



Juan Esteban Peláez

LA EDAD DE LAS ESTRELLAS

**Recopilación de las historias
del Nallhard**

Libro II



Juan Esteban Peláez

PARTE II

LA GUERRA ESPECTRAL

**Sobre la Shidrahas
Y el mundo de los muertos**



CONTENIDO

PARTE II.....	8
97	8
98	10
99	12
100	15
101	18
102	19
103	22
104	25
105	28
106	30
107	32
108	34
109	36
110	37
111	39
112	42
113	44
114	47
115	50
116	52
117	55
118	58
119	60
120	66
DERREN Y LAS DOS AMATISTAS	69
121	69
122	70
123	72
124	74
125	78
126	79
127	83
128	85
129	88
130	89
131	92
132	94
133	96
134	98
135	100
136	103
137	105
138	106



Juan Esteban Peláez

139	109
140	111
141	113
142	115
143	119
144	123
145	125
146	129
147	132
148	134
149	138
150	140
151	141
ARCALÓN Y	143
LA VENGANZA DEL CORAZÓN DE LOS VOLCANES	143
152	143
153	144
154	149
155	152
156	153
157	156
158	160
159	164
160	168
161	173
162	176
163	182
164	184
165	186
166	189
167	192
168	196
169	197
170	200
171	202
172	206
173	213
174	215
175	218
176	222
177	224
178	226
179	232
180	232
181	237
182	240
183	243
184	247
185	250



Juan Esteban Peláez

186.....	253
187.....	256
188.....	257
189.....	260
190.....	262
191.....	266
192.....	268
193.....	270
194.....	273
195.....	276
196.....	279
197.....	281
198.....	284
199.....	286
200.....	287
201.....	289
202.....	290
203.....	292
204.....	294
205.....	295
206.....	296
207.....	298
208.....	300
209.....	301
210.....	302
211.....	303
212.....	305
213.....	306
214.....	309
215.....	310
216.....	311
217.....	312
218.....	314
CRONOLOGÍA.....	315



PARTE II

97

Méladriel sabía que estaba divagando, como si una fiebre la sofocara y jugara con su mente. Se vio de repente frente a una montaña negra y estéril, bajo un cielo gris y pesado. Sobre la cima parecían volar aves negras y gigantes, y en sus faldas se abrían fisuras de las que emergía un brillo verde fosforescente. Y en los brazos de la elevación había miles de lápidas, iluminadas con esa fluorescencia espantosa, como si toda la humanidad descansara bajo tierra. Pero Méladriel sabía que tras la montaña todo era calma y tranquilidad. Sabía, sin ir al otro lado, que quien iba a la cara opuesta de la negra montaña se convertía en polvo de estrellas, y finalmente dejaba atrás sus dolores. Méladriel era consciente que todo esto era una visión, una pesadilla terrorífica. Y, de repente, la montaña se derrumbó y vio en el cielo unas estrellas amarillas, que con su brillo cubrieron todo, hasta enceguecer a la joven.

Entonces abrió los ojos grises, mareada por el extraño brillo amarillo. Incluso sintió náuseas. Pensó que quizás el hambre, la deshidratación o una fiebre pasajera causaron esa extraña psicosis. Miró su entorno y vio a Éliot no muy lejos, sentado en la hierba y con la daga en la mano. El Hombre había logrado quitarle la daga a la joven. Pero permanecía cabizbajo, pensativo, incluso triste. Entonces miró a Méladriel y le sonrió sin ganas.

-Veo que no quieres rendirte aún -dijo el Hombre, que mirando el collar que la había regalado, añadió: -Prometiste que sonreirías.

Entonces la joven asintió mientras miraba el collar, ensimismada, sonrió y se puso de pie. -No me rendiré tan fácilmente -dijo cansada, pero parecía haber tomado un segundo aire. Se acercó a Éliot y lo ayudó a levantar.

El Hombre se levantó, un poco más animado.

-¿Dónde está Algar? -preguntó Méladriel, que de repente sintió que el cuerpo le daba una nueva carga de energía. El hambre no era tan desesperante, y se sintió un poco más liviana, como si el pequeño micro sueño la hubiera reconfortado.

-Vi que se adelantó un poco, pero lo perdí de vista cuando me lancé para quitarte la daga -respondió Éliot mirando su entorno.

Méladriel se sintió avergonzada por su acción, y abrazó al guía. -Gracias por no dejarme cometer una locura -dijo profundamente agradecida.

Éliot devolvió el abrazo y dijo: -Vamos, busquemos a Algar-. El Hombre también parecía rehabilitado.

La pareja caminó por entre la parda arbolada por varios días. Al principio no tuvieron éxito, pero guiados por el extraño sentimiento de premonición de Méladriel, finalmente lograron hallar a Algar, sentado sobre un tronco en un sendero muy alejado del camino principal. Parecía que el viaje lo había envejecido, pues tenía la barba más larga, sucia y



Juan Esteban Peláez

enmarañada. Su rostro estaba más cansado y arrugado, incluso descarnado, y sus ojos tenían menos brillo que antes. En verdad parecía cansado, agotado, como si varios años le hubieran pasado por encima, extinguendo sus bríos.

Ambos se acercaron al ensimismado Mago, y cuando Éliot se acercó, el Mago se espabiló y miró a la pareja. Se quedó pensativo un rato, mientras un frío extraño le hacía emanar vapor de la boca; y como si cayera en cuenta de algo, sonrió. —Pensé que los había perdido a ambos -dijo débilmente.

-Todavía no -respondió Méladriel sonriendo. La joven tenía la piel rojiza bajo la nariz, como rasgada por el frío. También tenía algunas manchas en la frente y en el cuello; al igual que Éliot.

-No he podido salir de esta arbolada por mucho tiempo. He caminado en círculos, creo, o me he desviado mucho; pero ahora que tengo un guía creo que podré acabar el viaje -dijo Algar aliviado y sonriente, mientras miraba a Éliot. Parecía que el ver a sus compañeros lo hacía muy feliz-. Por fin podré acabar mi misión -añadió como hablando a sí mismo. Éliot asintió, agradecido. -Vamos, todavía quedan algunos días a pie para llegar al puente de Aigón; pero sé cómo salir de esta arbolada -aseguró el guía que, olvidando por un momento la sed y el cansancio, se encaminó de nuevo al occidente y un poco hacia el sur.

Días y noches pasaron, pero los tres viajeros parecían más descansados. Aunque el hambre los debilitaba, parecía que se habían acostumbrado a las noches frías en la inclemente intemperie, y recuperaron poco a poco las fuerzas que el trasnocho parecía haberles quitado.

Y, después de varios días, los tres viajeros vieron cómo la arbolada se abría y dejaba paso a un llano pardo y extenso. Sobre el llano estaba, como una serpiente, el imponente y peligroso río Harllén, lanzando sus gélidos alientos al aire cercano.

-¡Lo logramos! -exclamó Méladriel, que parecía haberse reanimado de nuevo. Durante días no habían tenido percances, pero las caminatas habían sido largas y agotadoras. Sin embargo, ahora todo parecía haber valido la pena.

-¿Hacia el norte o hacia el sur? -preguntó Algar.

Éliot se quedó meditando un rato, hasta que pareció recordar algo y señaló el sur. —El puente debe estar al sur -dijo guiándose por las elevaciones lejanas que se alcanzaban en el horizonte.

Los viajeros caminaron por dos días más, a una distancia prudente del caudaloso río, hasta subir una colina llena de árboles frondosos. Desde la elevación divisaron por fin lo que todos tres consideraron el escape del Infierno, pues por fin era visible el puente de Aigón.

Pero sobre el puente de piedra, difuso entre los vapores fríos del Harllén, parecía desarrollarse una escaramuza. Al parecer, un grupo de figuras negras (quizás una compañía exploradora del enemigo), se batía contra un poderoso destacamento de Hombres a caballo. Los jinetes, de piel curtida, tenían capas del color de la arena, y estaban armados con arcos pequeños y cimitarras. Parecían ser Jerládrim, Hombres de los Desiertos.

Entonces Méladriel, ya sin fuerzas, dijo débilmente: -Por fin-. Y sin poder aguantar más el hambre, la sed y el cansancio, se derrumbó en el suelo, cayendo rendida e inerte sobre las hojas que cubrían el suelo de la arbolada.



Méladriel tuvo un descanso segmentado. De vez en cuando, abría los ojos entre sueños, y se veía al interior de un cómodo carruaje lleno de velos dorados; pero el cansancio no le permitía levantarse. Y cuando finalmente pudo abrir los ojos por completo, sintió una luz muy brillante, tanto que tuvo que cerrarlos de nuevo. El cantar de los imanes al rezo la había despertado, pues era un canto maravilloso que retumbaba por todas partes. El calor del aire era sofocante. La joven ya se había acostumbrado a las oscuras Tierras Espectrales, y ahora que no estaba en ellas todo parecía más luminoso. Cuando pudo, abrió sus párpados y miró a su alrededor. Estaba en un amplio salón alfombrado con varias mesillas bien elaboradas que sostenían finos jarrones. Estaba acostada en una cama muy cómoda y repleta de cojines, arropada con cobijas de seda roja, y cubierta por unos velos de seda amarilla que se extendían alrededor de la cama.

Entonces un cansancio súbito invadió a la joven que, al sentirse más liviana, notó que sus vestimentas habían sido cambiadas, lo que la hizo sonrojar.

-¿El mithril y mis pertenencias? -se preguntó alarmada. Entonces se levantó, ganándole al cansancio y a la pereza, corrió los velos de su cama y se apresuró a la puerta. Pero las piernas le temblaban, y a duras penas podía tenerse en pie. Mas no se dejó vencer, y logró llegar hasta la puerta, llena de grabados de oro y jade. La abrió y siguió descalza por el amplio pasillo. Con un gran esfuerzo bajó unas amplias y tapizadas escaleras y llegó a un amplio salón donde había varias personas. Todos la vieron bajar. Al verla débil, un Hombre y una Mujer se apresuraron a ayudarla.

-Gracias, gracias -decía Méladriel una y otra vez, apenada, sintiendo la alfombra a sus pies y el calor en su cuerpo.

Pero la pareja parecía no entenderle, y en vez, le hablaban en una lengua que Méladriel jamás había escuchado en su vida.

-Soy Méladriel y vengo del oriente -les dijo la joven, avergonzada todavía.

Pero la morena Mujer, vestida con una burka púrpura y un velo, meneaba con la cabeza y le respondía en su lengua.

-Necesito mis pertenencias -insistió la joven de cabellos negros-. Venía con un Mago y un Hombre de Herda.

Cuando la palabra «Herda» fue escuchada, el Hombre asintió como si entendiera, y llevó a Méladriel entre todas las personas hasta ponerla frente a un aparente general. El Hombre tenía varias insignias en el chaleco, y tenía un turbante y un paño blanco e impecable. El resto de las personas estaban finamente vestidas con sedas de colores vivos. El general miró a Méladriel y chasqueó los dedos a uno de sus acompañantes, un joven tímido y al parecer no muy astuto. El joven se apresuró a acercarse.

Entonces el Hombre que acompañaba a Méladriel le besó la frente. Méladriel quedó atónita e inmóvil, pues no estaba acostumbrada a esos saludos.

-Aquí es una costumbre que los Hombres se saluden y se despidan así de las Mujeres -dijo el joven pusilánime al ver la reacción de la joven.

Méladriel volteó a mirar al tímido joven, y se alegró y sonrió al escuchar su lengua. -¿Me entiendes? -preguntó animada.

Y el joven asintió.

Entonces el general dijo algo en su lengua, y el joven sirvió como traductor.

-Él es Arsej-Tarar, *carrud* de Darrelli -dijo el traductor.

-¿*Carrud*? -preguntó Méladriel.



Juan Esteban Peláez

-Sí, un general -aclaró el joven-. Sus Hombres te encontraron cerca del río Harllén.

Entonces el carrud habló en su lengua, de nuevo. Y el traductor hizo lo suyo.

-Un Hombre de Herda te traía cargada, pues estabas desmayada. También había un anciano con ustedes.

-¿Y dónde están?

-El anciano y el Hombre se turnaron para cuidarte, pero decidieron dejarte descansar hace tres o cuatro días.

-¡¿Tanto?!

-Sí.

-¿Cuánto llevo dormida?

-Unas dos semanas. Tuvimos que alimentarte con un catéter.

Méladriel simplemente no lo podía creer. -¿Dónde están Algar y Éliot? -preguntó.

-Deben estar en el segundo piso; pero estás muy débil, así que mejor come algo.

Entonces el carrud volvió a chasquear los dedos, y vino una bella Mujer de cuerpo envidiable, vientre plano y espalda desnuda. Su piel era canela y fina. La Mujer tenía una charola con extraña comida, como dátiles y algo de té.

Méladriel al principio dudó, pero apenas tomó uno de los dátiles, se sintió aliviada. - ¡Están deliciosos! -dijo mientras tomaba otro.

-En unos meses partiremos al norte, cuando el calor baje. Al parecer, Irgoliath intentará atacar otra vez las tierras de Herda, y necesitan nuestra ayuda -aseguró el carrud-. Ustedes pueden ir en unas de las caravanas mercantes directas a Dan-Silum -añadió.

-Los Dacones nos deben estar esperando -dijo Méladriel.

Pero el carrud y el traductor se miraron con duda, pues nada sabían de Dacones esperando en Herda.

-Y parece que lleváramos años de retraso -dijo Algar, que había llegado a la sala sin que Méladriel se hubiera dado cuenta.

La joven se volteó entonces, y los ojos grises le brillaron de felicidad. -¡Algar! -exclamó alegre.

Algar sonrió. -Me alegre verte bien -dijo con sinceridad.

-Le dije que ella no se rendiría tan fácil -increpó Éliot, que estaba tras el Mago.

Entonces Méladriel dio unos saltitos de alegría y se apresuró a abrazar al Hombre, que había recuperado la constitución pasada: Estaba más robusto y con un rostro más calmado. -¡No se imaginan lo alegre que estoy! -aseguró Méladriel que, después de abrazar a Éliot tomó otro dátil y se apresuró a hablar y a preguntar lo más que pudo.

Méladriel había dormido exactamente dos semanas, cuidada por dos doncellas del carrud. Aunque estaba agobiada, la recuperación de la joven había sorprendido a todos, pues había sido demasiado rápida.

Durante ese tiempo, Éliot había vuelto a su pasión: La pintura. El Hombre, a petición del carrud, estaba pintando un fresco en la cúpula del palacio de Darrelli, que era la ciudad donde estaban (en medio del Desierto de Jerlán). El fresco tenía elefantes; animales que Éliot ignoraba por completo y que lo fascinaban. Los elefantes, al igual que los camellos, (también desconocidos para los viajeros), eran utilizados para la guerra. El fresco retrataba dos elefantes sosteniendo una torre en forma de escorpión: El emblema de Darrelli.

Algar, en cambio, no había hecho más que enviar mensajes en palomas hacia Dan-Silum, donde los Dacones de Ehirot esperaban la Estrella de Jores. El Mago habíase negado ir a



Juan Esteban Peláez

Dan-Silum hasta que Méladriel se recuperara completamente. Los Dacones, resignados y poco conformes, habían aceptado esperar.

Después de un buen tiempo de conversación, el carrud les pidió a los viajeros que lo acompañaran al minarete del palacio. Primero cruzaron un opulento salón con un piso blanco y reluciente, y una lámpara colgante y gigantesca (la más grande que los viajeros habían visto). Después salieron a unos jardines interiores, repletos de arbusto podados con figuras de elefantes y jirafas, y después subieron escalones y escalones hasta posarse en la cima del minarete, que sobresalía del techo conopial.

Allí, Méladriel vio un mundo que nunca había visto en su vida, ni siquiera en sus sueños. Aunque la luz al principio la cegó, cuando abrió por completo los grises ojos, vio que dunas de arena fina y anaranjada subían y bajaban hasta donde la vista se extendía, acariciadas por los vientos rasos. Sobre ellas estaba el cielo más azul que pudo recordar, sin nubes y con los dos soles imponentes y despejados. Entonces Méladriel no pudo aguantar las lágrimas de felicidad al ver los soles, pues muchas veces pensó que jamás los volvería a ver. Y bajo ella se abría una ruidosa ciudad amurallada y repleta de gente, mercados y casas de techos planos.

-¡Es hermosa! -dijo Méladriel con el corazón henchido de felicidad.

-Y el Demonio intentó destruirla -añadió el traductor.

-¿Lo logró? -preguntó Méladriel.

Y Algar, con una mirada pensativa, asintió. -Hasta hace poco los Jerládrim decidieron volver a tomarla, revelándosele a Irgoliath -respondió.

-La Shidraha nos ayudó -aseguró el carrud.

-¿La Shidraha? ¿Pero acaso esas piedras no están malditas? -preguntó la joven, mientras se cubría con su mano los ojos de la luz solar.

Y Algar asintió.

Pero el carrud meneó la cabeza al escuchar al traductor. -La Estrella del Inframundo que Herda nos dio nos ayudó a desafiar al Diablo -aseguró.

Entonces Algar le preguntó a Méladriel con un tono muy oscuro: -¿Qué ves en la ciudad?

-Gente feliz, alegre, laborando en diferentes campos. Muchos mercados, tapices y lámparas, y joyas y sedas -respondió la joven que, extrañada, devolvió la pregunta. - ¿Acaso ver algo distinto?

Pero Algar evadió la pregunta. -Pronto iremos a Dan-Silum, que al parecer también fue liberada por los que portaban la Shidraha. El Demonio no pudo arrebatarse la Shidraha de estas tierras, y fue expulsado; aunque quién sabe por cuánto. Irgoliath pierde poder, y eso me preocupa, pues, como un felino encerrado, ahora es más insensato y está desesperado por recuperar la Shidraha de Herda. Se lanzará de cabeza para recuperar su joya.

99

Méladriel aprendió mucho en los Desiertos de Jerlán. Aprendió el idioma rápidamente, ayudada por su capacidad de lectura y escritura. Méladriel era buena con los signos, y por lo mismo, descifró rápidamente las escrituras Jerládrim. También conoció en uno de sus viajes el gran mar de Mer, en mitad del desierto. Este mar tenía agua tan salada, que el beber sólo un vaso laceraría hasta el estómago más resistente. Y, de forma maravillosa, estalagmitas de sal se alzaban como árboles sobre el agua. A menudo las moscas visitaban ese mar, por lo que los viajeros debían viajar con velos en los rostros. Se sorprendió al



Juan Esteban Peláez

ver rosas negras en los oasis, pues al oriente del mundo esas rosas no crecían. Y también aprendió sobre la historia del desierto, y supo que Jerlán había sido un temerario rey que había conquistado las dunas.

Pero lo verdaderamente importante, aunque no para ese momento, fue el cuadro que Éliot pintó durante ese tiempo. El pintor le había pedido a Méladriel que se dejara retratar, y ella había aceptado. Ambos se negaron a ir a Dan-Silum hasta que el cuadro estuviera terminado, y esto duró casi año y medio. El carrud se sentía a gusto con los extranjeros, así que no puso oposición alguna. Sin embargo, el carrud estuvo afuera casi todo este tiempo, en las fronteras, expulsando enemigos que habían logrado escapar de Gorthgath.

El 10 de mayo del 208, los viajeros dejaron Darrelli con destino a Herda. El carrud decidió acompañarlos personalmente, pues habíase encariñado con Méladriel. Arsej-Tarar aseguraba que los caminos de las caravanas se habían vuelto peligrosos, y que los escoltaría hasta la gran fortaleza de Dan-Silum.

Marcharon seis días sobre los ardientes desiertos, subiendo y bajando dunas, y bajo la atenta mirada de los soles. Allí también se elevaba Sírel, despejada y acompañada de sus hijas y de miles de estrellas. En tales tierras eran visibles todas las constelaciones y, a veces, destellos verduzcos y rojizos eran divisados en el cielo sin nubes; todo parecía más maravilloso después del cruce de las Tierras Espectrales.

Aunque al principio Méladriel montó un camello, decidió seguir a la segunda noche sobre un pequeño caballo bayo mono que el carrud le regaló. El caballo era de un color amarillo tostado, pero sus patas, su crin y su cola eran negras. El pequeño caballo era en verdad fino y bien entrenado, pues ya había sufrido dos batallas contra los Nomos. Los viajeros se detuvieron todas las noches para armar sus yurtas y para despejar el camino frente a ellos. Durante este tiempo no hubo novedad alguna.

Al séptimo día, la caravana, cargada con sedas y alfombras, llegó a una planicie que después se convirtió en una herbosa y extensa pradera: Había llegado al reino de Herda. Cuando esto pasó, a Méladriel ya le dolía la cabeza a causa del calor. Aunque ella toleraba las altas temperaturas, Jerlán era muy caliente incluso para ella. Durante su estadía en el desierto, Méladriel dormía constantemente, llevada por la pereza y el tedio, además del bochorno.

Anduvieron a paso lento por la campiña verduzca y brillante, adornada por uno que otro olmo que coronaba alguna pequeña colina. En la pradera los viajeros pudieron ver ciervos, alces, pequeñas gacelas saltarinas, impalas, y más cuadrúpedos. También vieron algunos poderosos leones, que eran símbolos de Herda por su valentía y fuerza. Sin embargo, el animal que más cautivó a Méladriel fue un pequeño serval, de orejas negras en punta y pelaje rojizo y moteado.

Cabalaron sin percances por las tierras de Herda, entre arboladas frondosas y praderas floridas durante dos mañanas de niebla dorada y dos anocheceres despejados y repletos de estrellas; hasta ver el poderoso río Utum. El Utum era el río más importante de Herda; prácticamente su columna vertebral. Desembocaba en el Mar de las Deidades y nacía en el Nevado de Morlán, ahora la izquierda de la caravana, lejano y oculto entre brumas blancas.



Apenas llegaron al río, Méladriel apeóse con rapidez del Bayo y se agazapó frente al agua. Ya la noche transcurría, iluminada por la Dama y sus hijas. Entonces la joven vio su rostro informe en el agua calma, (pues esa parte del río no era profunda y tenía poca corriente), y meditó allí por unos momentos, a la luz lunar.

-Me veo horrible -dijo mientras curvaba sus labios sonrosados.

-Sí, es cierto -dijo Éliot. Entonces ambos soltaron una sincera carcajada, alegre y muy profunda.

Méladriel, todavía sonriente, volvió a mirar su cansado rostro sobre el agua, y preguntó pensativa: -¿Hace cuánto no reíamos así?

Y Éliot, mirando las estrellas y a la Dama, dijo: -No había motivo para hacerlo.

Siguieron por los caminos cercanos al Utum casi toda la noche, hasta llegar a un pequeño poblado llamado Koral. Allí se reabastecieron, vendieron algunas sedas, esencias y alfombras, y descansaron un día entero. La caravana, aunque había sido divertida, tenía jornadas extenuantes tanto para los animales como para los mercaderes. Además, Arsej-Tarar había llevado consigo cuatro poderosos elefantes de guerra fuertemente armados; esto hacía que el viaje fuera más lento.

Salieron de Koral al día siguiente, cruzaron el Utum por un amplio puente de piedra con pilares y arcos, y volvieron a las praderas. Herda en verdad tenía paisajes hermosos; parecía que tales tierras no habían sufrido la voluntad del Diablo. Sin embargo, para los viajeros todo parecía más hermoso fuera de Gorthgath, más luminoso y frondoso. Méladriel veía la hierba más verde, las flores más vivas, los árboles más fértiles, el cielo más azul y las nubes más blancas. Los soles parecían refulgir con más fuerza a medida que los días pasaban, y Sírel bañaba de plata el ennegrecido cielo nocturno, acompañada de sus hijas y de las estrellas. Igual sensación tenían Éliot, que parecía disfrutar del frescor del aire y de la pureza de los arroyos.

Y, sin embargo, aunque había pasado en verdad mucho tiempo, los viajeros recordaban todo como si hubiera pasado el día anterior. Incluso Méladriel y Éliot todavía tenían pesadillas: Ojos amarillos, sitios oscuros, cadáveres horribles y gritos espantosos, y más. Méladriel todos los días pensaba en Alora, y en cómo disfrutaría esos parajes; y lloraba a ratos. También recordaba a sus difuntos compañeros de viaje, y un hondo sentimiento de culpa la abordaba de vez en cuando, culpándose por sobrevivir, pero Éliot y Algar la animaban. El viaje les había cambiado la vida; pero quien más demacrado se veía era Algar, que parecía envejecer cada vez más rápido. A medida que pasaba el tiempo el Mago se veía más cansado y arrugado, incluso algunas manchas negras se asomaban en su piel. Méladriel y Éliot empezaron a pensar que estaba enfermo, pero el Mago nada decía.

Ahora bien, Méladriel estaba ansiosa de conocer Dan-Silum, pues ahora sería su nuevo hogar. Ella nada sabía de su antiguo hogar, ni de la suerte de la Guerra de los Cuatro Elementos; pero sabía que en Herda se enteraría de todo. Empero, todavía recordaba su casa con melancolía, y a ratos ansiaba volver a Verdelheid. Por otra parte, las ansias de Méladriel por conocer Dan-Silum eran causadas por las historias que había leído y escuchado durante el viaje. Dan-Silum era la fortaleza mejor construida por los Hombres en esa parte del mundo, y había resistido furiosos ataques y asedios. Sólo había caído una



Juan Esteban Peláez

vez: La vez que dos de los Seis la atacaron, cuando Éliot escapó y cruzó por primera vez las Tierras Espectrales.

Y grande fue la sorpresa al ver la magnífica ciudad capital. A la izquierda de los viajeros se erguían poderosas y escarpadas elevaciones, una tras otra hasta donde la vista alcanzaba. Algunas frondas recubrían las laderas. A la derecha siseaba con más caudal el majestuoso río Utum, azul como el cielo y muy cristalino. Y a lo lejos, en donde el río y las montañas se encontraban, había un pequeño valle muy plano. En ese valle, refrescante por las sombras de las montañas, estaba la soberbia Dan-Silum.

-Jamás olvidaré la última vez que vi esa ciudad -dijo Éliot melancólico-. Estaba retorcida en llamas y en gritos.

-Pero ahora ha cambiado -añadió Méladriel mientras se mecía el cabello para refrescarse. En ese momento Arsej-Tarar se acercó sobre su enjaezado corcel blanco. -Hemos cumplido, pero ahora debemos ir al sur para proteger nuestras fronteras. Al parecer el Demonio está a punto de despertar de nuevo, y debemos estar preparados -aseguró.

-¿Por qué piensa eso? -preguntó Algar.

-Hemos tenido informes sobre una gran acumulación de enemigos en del sur. Todas esas huestes van a Trarras y a Aigón, las ciudades sobre el Harllén.

-Sabemos qué sucede cuando tantos enemigos se reúnen -aseguró uno de los guardias. Entonces Algar lo miró pensativo, al igual que Méladriel.

-¿Por qué lo sabe? -preguntó el Mago, pensativo.

-Porque casi todos los que estamos en la caravana venimos de esas pobres tierras -respondió el carrud.

Entonces Éliot y Méladriel quedaron atónitos. -¿Vienes de Gorthgath? -preguntó la joven. Y el carrud asintió. -Casi todos combatimos al lado de Irgoliath en algún momento; pero él nos traicionó, y ahora somos sus enemigos. Herda también está habitada por miles de personas que vienen del sur -dijo.

-¿Y qué traición fue? -preguntó Éliot.

-Sólo quería las Shidrahas. Primero nos ordenó ir al oriente para invadir la Península de los Elementos, de donde ustedes vienen, para ir por una de las Shidrahas. Cuando nos negamos nos atacó sin aviso, y envió tropas para aniquilarnos. Su segundo objetivo fue siempre apoderarse de la Shidraha de Dan-Silum. Entonces empezó una gran revuelta, y logramos desterrar a los enemigos que venían con él hasta el río Harllén. Por esa derrota Irgoliath no ha podido atacar Falheid. Pero ahora se prepara para volver a la guerra, y debemos estar listos.

Todas estas revelaciones dejaron fríos a Éliot y a Méladriel; pero Algar parecía esperar esas palabras. Entonces miró a la pareja, mas nada dijo.

-¿Y la Shidraha no está maldita? -preguntó Méladriel a Arsej-Tarar.

-Si, pero esta vez se volvió contra el Diablo, pues la joya espantó a muchos de los fantasmas que venían con el enemigo. Finalmente huyeron aterrorizados al vernos, asustados por nuestra presencia. La Shidraha es un tesoro que no dejaremos perder.

-Pero igual está maldita -aseguró Algar, serio y mirando a todos sus acompañantes. -Lo está -reiteró.



Juan Esteban Peláez

Dan-Silum era una poderosa ciudad entechada, lo que la convertía en una maravilla arquitectónica. Era la única ciudad que tenía un techo enrejado en su totalidad. El techo tenía intrincadas formas que formaban tribales. En un principio el techo se hizo para evitar que las rocas de los escarpados peñascos cayeran sobre las casas, pero después se perfeccionó con los siglos y se convirtió en una protección contra los enemigos voladores y las rocas de las catapultas.

La ciudad también tenía un puerto pequeño sobre la orilla del Utum, lo que le permitía abastecerse en medio de un asedio. Sólo era posible atacar la ciudad por el sur, pues para hacerlo por el norte se debían flanquear las montañas, una empresa casi imposible para un ejército. Dan-Silum estaba sobre el único paso entre el norte y el sur de Herda, lo que la convertía en una soberbia fortaleza.

Aunque la despedida fue triste, no duró mucho. El carrud se despidió de los viajeros prometiéndoles ir a Dan-Silum lo más rápido posible. El carrud los había albergado mucho tiempo, y por lo mismo, los viajeros le hicieron algunos regalos.

-Cuando me necesiten o necesiten a alguien de Darrelli, no duden en hacérmelo saber -dijo el general por medio del traductor, y besándole la frente a la joven Méladiel, se despidió.

-Y si nos necesitas, sabes dónde estaremos -respondió Méladiel, que ya se había acostumbrado a las despedidas. La joven había endurecido después del viaje por las tierras negras.

Y sin más, Arsej-Tarar se retiró con sus tropas y sus elefantes, y sin mirar atrás fue hacia el sur, a la guerra. El carrud nada les había dicho a los viajeros, pero los enemigos ya estaban cruzando los puentes del río Harllén. El Demonio se había sacudido.

Ahora bien, Méladiel, que era la más ansiosa, fue la primera en entrar a la ciudad. El portón, abierto de par en par, era en verdad magnífico: Tenía estatuas blancas de Hombres y Mujeres incrustadas en la madera verde. La muralla era más alta que los árboles, y tenía un parapeto alto y lleno de garitas.

Cuando Méladiel entró, abrió los ojos grises a causa de la maravilla. Adentro vio que un muro interno se erguía todavía más alto que el externo, y era custodiado por cuatro torres que se levantaban a los lados de dos puertas. Entonces Éliot se adelantó y cruzó una de las puertas. Tras la puerta había una plaza gigantesca de piedra. En la mitad se levantaba un monolito brillante bajo los soles y envuelto por las sombras uniformes del techo. Era una estatua de Dan-Silum; el fundador de la ciudad y el primer rey de Herda.

Dicen las historias que en el tiempo de Dan-Silum, el Demonio todavía no había caído en desgracia, y que fue él mismo quien lo coronó como rey. En esos tiempos el Irgoliath no se inmiscuía en asuntos mortales, pero todo eso cambió con el pasar de las edades.

Tras la enorme plaza se erguía una ciudad enorme y hermosa, de casas blancas y grandes con puertas corredizas y balcones finamente adornados. Había en la ciudad varias pagodas y dos enormes castillos, uno en el centro de la ciudad y otro cercano a la puerta principal. Este último dejaba caer su enorme sombra sobre los viajeros, que miraban maravillados los techos negros de aleros anchos. Estos castillos de varios pisos servían como defensa si los portones caían.



Juan Esteban Peláez

Pero los viajeros no fueron al castillo, sino que se dirigieron al centro de la ciudad, donde esperaban entregar la Estrella de Jores. Todos estaban muy ansiosos, pues estaban a pocas calles de terminar por fin el difícil viaje; un viaje que se había prolongado casi dos años y diecinueve días (aunque en verdad duró mucho más). Ya Méladriel, Éliot y Algar estaban agotados.

Anduvieron a paso lento por entre las concurridas calles, repletas de carruajes y jinetes. Méladriel estaba maravillada al escuchar otro idioma. Mucha gente estaba comprando víveres, pues la ciudad había vuelto a crecer económicamente. El hambre en Dan-Silum era mínima, pero el temor del retorno del Diablo era persistente. Cuando finalmente llegaron y se posaron frente al Castillo del Rey todos tres suspiraron, como quitándose un enorme peso de encima.

-Lo logramos -dijo Éliot-. Sólo tres, pero lo logramos.

Méladriel suspiró de nuevo y miró a Algar. -Te dije que lo lograríamos; en Verdelheid te lo dije.

Y Algar asintió, miró a la pareja, pero nada dijo.

-¿Volverás a casa? -preguntó la joven.

Y Algar asintió de nuevo. -Nada hay para mí en este reino, que ya está maldito por la Shidraha; así que volveré a mi hogar o iré con los Dacones al occidente. No lo he decidido aún- entonces hizo una pausa y dijo: -Si quieres, Méladriel, puedes volver a Verdelheid. Entonces la pareja quedó conmovida.

-¿De qué hablas? -preguntó Méladriel.

-Las cosas han cambiado -dijo el Mago sin dar detalles-. No tendrás problemas con la ley en Verdelheid. Te lo aseguro. De hecho, puedes ir a los muelles del norte, a Adsul, para embarcarte al oriente.

La joven parecía no entender nada de lo que el Mago le decía. -¿Embarcarme? ¿Quién me llevaría? Recuerda que sólo los barcos de la Majestad de las Aguas pueden cruzar la Falla de Broid.

Algar asintió, sonrió y dijo: -Ya te dije que todo ha cambiado.

-¿Entonces puedo volver a mi casa? -preguntó Méladriel con voz quebrada, pues empezó a sentirse viva de nuevo. El corazón pareció acelerársele con ansias, y el recuerdo de la Ciudad Nublada le llenó el ser de una felicidad indescriptible. El rostro pareció coloreársele, y una sonrisa profunda emergió de sus labios. -¡Entonces volveré a Verdelheid! -exclamó alegre.

Pero a Éliot no le gustó mucho la idea. El Hombre habíase encariñado con la hermosa y carismática joven, y ahora no deseaba que se fuera de su lado. -Pero quédate un tiempo y conoce Dan-Silum. Quizás nunca vuelvas, pues esto está muy lejos de tu casa -pidió.

Y Méladriel, sonriendo, asintió. -Sí. Quiero conocer la ciudad de las historias antiguas, y no perderé la oportunidad. Sufrí mucho para llegar aquí, y no veo el motivo para volver a casa tan pronto. Es verdad que extraño mi casa, pero puedo esperar un poco.

Si Méladriel hubiera sabido lo que iba a suceder durante su estadía en Herda, ella nunca hubiera aceptado quedarse en la ciudad más tiempo que el necesario, pues los hados del Demonio la inmolaron desde ese momento, y no la soltarían hasta que el mundo cambió de nuevo.



-Sabes que este reino está condenado. Debes ir de inmediato con nosotros a Ehirarh -dijo el Dacón a Algar. Los Dacones había pedido una reunión con el Mago antes de la entrega de la Estrella de Jores.

-Iré a mi hogar -aseguró el Mago.

-La Península de los Elementos también está maldita -aseguró otro de los Dacones-. Sabemos que la Apsara del Agua custodia una de las Shidrahas, y esto hizo que Irgoliath se fijara en la península. No demorará en atacar -añadió.

-La Tierra de los Magos no es segura -aseguró un tercer Dacón.

-Irgoliath no vencerá a Melina; todos lo sabemos. Y si el Corazón de los Volcanes despierta, Irgoliath estará perdido -dijo Algar-. No creo que ese maldito espíritu alcance la Tierra de los Magos. Agradezco la invitación, y por favor agradézcanle al viejo Ehirot de mi parte; pero mañana les entregaré la joya y volveré a mi hogar.

-¿Y Méladriel y Éliot? -preguntó el primer Dacón. Ya Algar les había contado sobre el viaje y sobre los jóvenes.

-Parece que Méladriel se quedará por un tiempo y volverá a Verdelheid. Éliot se quedará en Herda, pues es su hogar -aclaró el Mago.

- Han tenido una participación noble. Le hablaré a rey Ehirot sobre ellos para que sus nombres sean cantados por los Ángeles, y no sean olvidados, pues fueron portadores de la joya, y merecen poemas y reconocimientos -dijo el primer Dacón.

Y Algar, agradecido, realizó una venia.

El día de la entrega de la Estrella llegó finalmente. Era el 26 de mayo del 208 de la Nueva Era. La noche anterior Méladriel le pidió la joya a Algar para despedirse de ella. La miró por mucho tiempo, sintiendo una gran calma y una tranquilidad enorme. La fuerte luz ya no la afectaba, pero alumbraba como un faro todo su cuarto. Le habló como si escribiera un diario en ella, y le agradeció muchas veces por calmarla.

-Sin ti no hubiera conocido a Arcalón, a Londrake, a Algar, a Éliot, a Ángor y a Sergail. Y sin ti no hubiera aguantado las dolorosas partidas. Gracias mi amada joya, y gracias mi amada Sírel -dijo Méladriel, que besó la joya y se dispuso a dormir, abrazada por esa luz maravillosa. Entonces durmió como hace mucho tiempo no dormía, tranquila y sosegada.

Lo que Méladriel nunca supo es que la estrella guardaba registro de sus palabras, como un libro. Y de esta manera Valen y los Ángeles, e incluso la gran dama Híldred, supieron de la historia de la bella Méladriel, y de la historia de los Magos, y conoció de la existencia de Arcalón, de Éliot, de Ángor y de Sergail, y sobre muchas otras historias. Por lo mismo, Jores y Méladriel fueron los Humanos más conocidos y amados en el cielo nocturno.

Ahora bien, a diferencia de lo planeado por Méladriel y Éliot, la estrella fue entregada fuera de la ciudad, en un linde a las laderas occidentales. En el sitio indicado había una pequeña comitiva de Dacones muy altos, de cabellos de plata y de ojos azules.

Cuando Algar, Méladriel y Eliot llegaron, en horas de la mañana y bajo un frío viento, todas las conversaciones Daconas se detuvieron y todas las miradas se enfocaron en ellos. Aunque la estrella la tenía Algar, los Dacones se fijaron más en Éliot y en Méladriel, y los examinaron con detalle.

-Entonces es verdad que fueron tres -dijo uno de los Dacones.



Juan Esteban Peláez

-Sin ellos jamás lo habría logrado -aseguró Algar.
-¿Pero está consciente de su situación? -preguntó otro Dacón.
Éliot y Méladriel se miraron.
-¿De qué habla? -preguntó el pintor.
-¿Estuvieron en contacto con alguna Shidraha? -preguntó el tercer Dacón.
-No que sepamos -respondió Méladriel.
-En Gorthgath hay una Shidraha, y algunos que pasan por allí quedan malditos -aseguró el primer Dacón.
Pero Algar interrumpió. -Tengo el encargo proveniente de las Tierras de las Brujas -dijo mostrando la bolsa que tenía la joya.
-Y nosotros le devolveremos al cielo lo que es del cielo. Ehirot, señor del reino de Ehirarh y único Elfo, les da las gracias -dijo otro Dacón.
Entonces los Dacones agradecieron a los viajeros hincándose frente a ellos en señal de respeto y gratitud. Tomaron la estrella y, sin más, desaparecieron por completo entre los árboles, mientras Méladriel experimentaba una sensación de pérdida enorme, pero también sintió que se quitaba un peso de encima. Entonces miró hacia el cielo y dijo: -Vuelves a donde perteneces, mi amada estrella.

Cuando los viajeros volvieron a Herda se encontraron con un grato homenaje por parte del rey Megot, Hombre imponente y gobernante de Herda. El rey conocía bien a Éliot, y consideró prudente premiar a los viajeros. La ceremonia estuvo acompañada de coros hermosos y de música de arpas y liras, y de manjares y regocijos.

Así terminó el cometido que Londrake inició años atrás y que Algar completó. Así terminó el horrible viaje de Méladriel por las Tierras Espectrales; pero hasta ahora el Demonio se desperezaba, y su venganza estaba muy cerca. Irgoliath convocaría de nuevo a sus seis hechiceros y reuniría sus ejércitos malditos. Sólo en semanas, los reinos occidentales estarían de nuevo bajo la guerra, luchando vivos contra revividos.

Por otra parte, sólo meses después de la entrega, Ehirot, Señor Supremo de los Dacones, único Elfo existente y el gran Sabio Albino, estaba entregando la estrella a los Ángeles para que la llevaran a los cielos. Y así se hizo: Los Ángeles volaron y se la dieron a la gran Arquitecta Híldred, y la madre la engarzó en la Dávina, la torre más alta de Argeliógrim. Y desde allí brilló con desdén todas las noches. Y cuando la noche era despejada, la Estrella de Jores brillaba con alegría, indicando la ubicación de la ciudad de los Ángeles. Así terminó la historia de la única estrella terrenal, pero en ese momento empezó la historia de las Estrellas del Inframundo.

102

Ahora bien, grande fue la felicidad de Éliot al ver su cuadro colgado tras los tronos, a la vista de todos. Era un cuadro de colores amarillos matizados; incluso parecía de oro. Mostraba el rostro de Méladriel inclinado a la derecha, con el cabello largo y flotante, sus ojos cerrados y unas facciones iluminadas y muy pulidas. El rostro era hermoso y aparentaba inocencia y beldad; y alrededor de éste había varios arreglos florales. Atrás, de un tono más oscuro, un árbol se levantaba acompañado de montañas lejanas. Vestía con una manta, y en el sutil cuello le colgaba el collar negro que el pintor le había regalado. Parecía que la joven rezaba entre las flores.



Por otra parte, Méladriel se empeñó en aprender el idioma de Herda, y Éliot le sirvió como traductor durante este proceso. No era muy diferente al idioma de la península, pues todos los dialectos del oriente del Antiguo Continente derivaban del Ariánico Imperial. Incluso el idioma de Jerlán tenía la misma gramática (aunque diferente escritura). Por lo cual Méladriel pudo dominar el idioma de Herda con facilidad. La joven también decidió practicar tiro con arco y, ayudada por varios maestros arqueros, dominó ese arte.

Aunque la joven pensaba que los imperios de la península eran los más «limpios» del Nallhard, diose cuenta que no era así: En Dan-Silum las personas se bañaban dos veces al día. La ciudad tenía cinco enormes acueductos, cuatro de ellos alimentados por el río Utum. Además, Dan-Silum tenía termas y complejos de baños públicos, que consistían en piscinas de diferentes temperaturas; algunas cubiertas y otras al aire libre. Méladriel empezó a frecuentar en el baño más opulento de la ciudad, pues ganó rápidamente el favor de muchos al ser muy querida.

Mientras tanto, las noticias llegaban con preocupación al rey Megot, que ya sentía el poder del Diablo en sus tierras. Los Jerládrim habían sido derrotados en los puentes de Harllén, y un ejército de fantasmas ya avanzaba hacia el norte, hacia Koral. Megot había mandado algunas tropas allí, pero había mandado a evacuar la ciudad días atrás. Muchos desplazados empezaron a llegar a Dan-Silum a mediados de julio, y los albergues se atestaron de gente; pero las provisiones aún eran suficientes.

Pero de esto Méladriel poco se enteraba. Durante ese tiempo estuvo viviendo en Castillo Real; no como cortesana, sino como invitada. La hermosa y carismática joven se había ganado el respeto y el cariño de muchos de los habitantes de la ciudad, pues ya era conocida la aventura de la Estrella de Jores. Ella gozaba de una fama envidiable. Pronto se volvió un símbolo de gallardía y perseverancia. Inclusive, la palabra Méladriel significó años después «valentía» en la lengua de Herda. Y cuando la Estrella de Jores brillaba en el cielo nocturno, todos en Herda la recordaban.

Y cuando una noticia proveniente de Koral llegó, ese mismo mes, Megot sintió que un mundo oscuro y maligno se cerraba sobre él. Koral cayó en menos de tres días de cruenta batalla. Sólo un día después, Félgor, la poderosa potencia austral, le declaró la guerra a Herda. Félgor y Herda habían tenido muchas enemistades antaño, y ahora las ciudades del sur, ahora repletas de aliados leales al Diablo, se apresuraban a enviar tropas hacia las praderas del norte.

Pero Herda no estaba sola, pues los Desiertos de Jerlán se apresuraron a declararle la guerra al Diablo y a los reinos australes. Y algunas provincias leales a Megot se apresuraron a darle su apoyo. Las alianzas se forjaron, y así inició una guerra que cambiaría el Nallhard. Y, aun así, los verdaderos protagonistas todavía no habían entrado a la guerra.

Las noticias llegaron hasta Alheid; los dominios de Melina. Pero también llegaron más al norte, a Sadamarca, a oídos de Héliz, la Apsara del Hielo. Desde hace buen tiempo el Imperio del Agua y la Península de Sadamarca habían tenido conflictos, aunque nunca una guerra abierta (y las Apsaras nunca se habían enfrentado). Esa era la chispa que



Juan Esteban Peláez

faltaba, pues Melina mandó a crear un bloqueo en las costas de Gorthgath. La Majestad, con ayuda de sus almirantes, hundió casi toda la flota enemiga.

Pero esto no fue del todo una victoria: Sadamarca tenía rutas mercantes marítimas con los muelles de Trarras. Así que, sin mandar siquiera aviso de guerra, Héliz atacó la flota de Alheid. De esta forma la guerra se extendió hasta el norte y hasta el mar. Sólo Falheid, Velheid y Telheid permanecían neutrales, pues se recuperaban lentamente de la Guerra de los Cuatro Elementos. Mas el Imperio de la Tierra mandó algunos milicianos a las islas en homenaje a la vieja alianza.

Sólo dos semanas después de que el Diablo incursionara en Herda y tomara Koral, casi todas las potencias de esa parte del mundo ya estaban en guerra. Irgoliath tenía la guerra que tanto había deseado y tanto había planeado. Pero sabía que Falheid y Telheid todavía no debían entrar en ella, por lo menos no por ahora.

En cuanto a los asuntos de amor, Éliot, aunque cuestionado varias veces en cuanto a su hombría, se enamoró de una hermosa Mujer de clase media llamada Sara. Se conocieron cuando el pintor aceptó realizarle un retrato al padre de ésta. Fue en verdad una bella relación. De Méladriel poco se sabe sobre ese asunto mientras estuvo en Herda. La joven habíase vuelto muy conocida, pero no se supo de nadie que hubiera podido llenar su corazón. Sin embargo, se rumoraba sobre su entrenador de arco llamado Máthor. Máthor provenía de Velheid, hablaba perfectamente la lengua de Méladriel y, por lo mismo, hubo mucha afinidad entre ellos.

A menudo, Méladriel pensaba y hablaba sobre Arcalón, y todos notaban siempre la melancolía al recordarlo. Mas de Arcalón nada se supo, y por lo mismo, Méladriel se hundió en dudas, de nuevo. Aunque ya sabía de la situación al oriente y de la suerte de la Guerra de los Cuatro Elementos, nada se había sabido de su amado.

A medida que el tiempo pasaba, Méladriel se hacía más importante en Dan-Silum. La fama que le había dado el viaje por las tierras del Diablo ahora se extendía en todas las provincias del norte, y el nombre de la joven se hizo muy reconocido, aún más que el de Éliot y el de Algar. Éliot también tenía gran fama, pero lo consideraban más artista que temerario. Algar, en cambio, poco se quedaba en Dan-Silum. Siempre estaba de viaje, ausente y ocupado en asuntos secretos, y esperando con ansias volver a la Tierra de los Mago, lejana, muy al oriente.

Pero a Megot poco le importaba la fama de los viajeros, pues el terror cubría sus estrellas y sus hados. El rey cada vez parecía más preocupado, pues recibía a menudo malas noticias provenientes del sur. Las tropas de Irgoliath, al mando de un rey Espectro llamado Hellmer, se estaban agrupando por miles en el poblado de Koral, devastando todas las fincas a su paso. Aunque nada se sabía de los Yúcidas, era casi seguro que por lo menos uno de los Seis atacaría Dan-Silum.

El rey había mandado mensajes pidiendo ayuda a todos lados, pero habían sido muy pocos los que habían acudido al llamado. Los Jerládrim aceptaron, pero se demorarían en llegar, y Hellmer, el Rey Espectro, ya había empezado a movilizar sus tropas cuando los Hombres de los Desiertos recibieron el mensaje. Aunque los Jerládrim eran muchísimo más rápidos que las huestes del Demonio, nunca llegarían a tiempo.



Sin embargo, Dan-Silum no fue abandonada del todo, pues recibió ayuda de donde menos la esperaba. El primero en acudir al llamado fue el duque de Elel-Larul, Agot, el sobrino del rey. Agot era muy conocido y querido en Herda, y, por lo mismo, llegó a Dan-Silum con muchos Hombres fieros que ondeaban estandartes negros y llevaban carromatos repletos de comida; pero todo eso no era suficiente.

Entonces, en su desespero, Megot envió peticiones de ayuda incluso a los imperios orientales. Como era de esperarse, Kélkhor, Facet y el nuevo emperador de Falheid, Hérsof, se negaron; pero hubo un gobernante que no lo hizo.

103

El día era soleado. Méladriel se refrescaba en los baños y leía sobre hechicería, cuando llegó una de sus cortesanas con paso apresurado.

-Mi dama Méladriel, el rey desea verte en el portón principal -dijo la joven.

Méladriel, a diferencia de Arcalón, habíase acostumbrado a la vida noble, y no le parecía en absoluto extraño que el rey quisiera verla. Mas la actitud de la cortesana la extrañó. – ¿Suced algo malo? -preguntó la hermosa joven.

-Simplemente me dijeron que era urgente -respondió la cortesana.

Entonces Méladriel salió de la piscina, se secó el cuerpo y el cabello y salió del baño. Méladriel era la única que tenía un baño privado custodiado por guardias. Se vistió y se dirigió en un opulento carruaje de caballos blancos al portón de la ciudad. Mientras lo hacía, todavía leía el libro de hechizos.

El carruaje anduvo por las calles principales, enlosadas e impecables, y llegó finalmente a la plaza. Allí se bajó y fue recibida por algunos soldados de negras armaduras que la llevaron apresuradamente a una de las torres del muro interior de la ciudad. Sobre el muro estaba Éliot y su amada Sara, Megot, Lana (su reina), y varios nobles y soldados.

-¿Qué sucede? -preguntó la jovencita de ojos de plata. Pero cuando miró a las afueras de la ciudad, sobre la planicie, vio lo que en verdad pasaba: Cientos de tiendas se extendían en un amplio campamento. Casi todas las tiendas estaban adornadas con banderolas azules y blancas.

-Llegaron hace dos días -dijo Megot mientras miraba el campamento-. Dicen estar al mando de Égorad, el Tiburón -prosiguió.

-¿Cuántos son? -preguntó Méladriel.

-Unos mil o dos mil -respondió Éliot.

-Hasta que no esté seguro que es buena idea dejarlos entrar, las puertas estarán cerradas -dijo el rey, que ostentaba su brillante corona bajo los soles.

-¿Y los carromatos con provisiones? -preguntó Sara.

-Entrarán por el norte-. El tono del rey era vacilante, y parecía no saber lo que hacía. Megot era indeciso; y esa no era actitud de un rey.

-¿Para qué me necesitas? -preguntó Méladriel.

-Deseo que seas mi mensajera, además de mis ojos. Quiero que vayas a ese campamento acompañada del Mago Azul, y averigües qué desean esos Hombres. Ellos hablan tu idioma; además que confío en ti -dijo Megot.



Juan Esteban Peláez

Méladriel lo miró entonces, sorprendida; pero aceptó sin vacilar. Igual, era la palabra del rey y debía obedecer.

Poco después llegó Algar. Entonces ambos bajaron y salieron de Dan-Silum, dirigieron al campamento, y pronto se vieron rodeados de Hombres de cabellos negros, pieles pálidas y ojos azules como el cielo. Todos eran muy altos y fornidos, aparentemente marineros. En medio de todas esas sucias miradas, Méladriel sintióse incómoda, mas nada respondió a los insolentes halagos de los apestosos soldados.

-¡Exigimos hablar con Égorad, el Tiburón! -dijo Algar ceñudo, ya bien enterado de todo. -Sé que he escuchado ese nombre, pero no recuerdo dónde -aseguró Méladriel, que escarbaba sus pensamientos sin lograr recordar.

Entonces, de entre los Hombres, salió un rostro que a Méladriel le pareció muy familiar, pero que no recordaba.

El Hombre, de rostro alegre y de ademanes respetuosos, miró a Méladriel y se alegró al hacerlo. Esbozó una sincera sonrisa y se apresuró a ella. -Sé que te conozco, pero no recuerdo de dónde -dijo el Hombre.

-Estamos igual -respondió Méladriel con una sonrisa nerviosa.

Entonces todos los Hombres callaron y temieron que Méladriel los acusara; pero eso no pasó.

Sin embargo, Algar, que tenía buena retentiva, se acordó de inmediato del Hombre. -Te recuerdo -dijo el Mago mientras reparaba el rostro del recién llegado.

El Hombre lo miró, extrañado.

-Eres Helad, el Hombre que nos salvó en Crillén y que nos llevó al Castillo de Cristal cuando fuimos por Éliot -aseguró Algar.

-¿Éliot? -preguntó el Hombre intentando recordar. Entonces miró a Méladriel y se acordó de inmediato. -¡Ah, ya recuerdo! ¡Méladriel, de Verdelheid! -exclamó Helad con alegría. Y sin poder resistir su felicidad, se lanzó a abrazar a la joven. -Por favor, discúlpame, pero en verdad tengo mala memoria.

-No, discúlpame a mí -respondió Méladriel.

-¿Y Ahora? -preguntó Helad.

Entonces Méladriel bajó la cabeza. -Después hablaremos de eso -respondió.

Helad, al ver el rostro de dolor de la joven, asintió. -¿Y Éliot? -preguntó.

-Adentro de las murallas -respondió Algar-. ¿Qué hacen aquí?

-Fuimos enviados por la Majestad de las Aguas para ayudar a Dan-Silum, pero el rey se muestra reacio con nosotros, pensando que somos enemigos disfrazados.

-Pero iré de inmediato a decirle que eso no es verdad -dijo Méladriel muy animada-. Me da alegría verte -añadió sonriente.

-Quién imaginaría que nos veríamos al otro lado de las Tierras Espectrales, y después de tanto tiempo -dijo Helad.

Y Algar, en tono oscuro, añadió: -En verdad demasiado tiempo.

Sólo instantes después se abrió el enorme portón exterior de Dan-Silum, y los soldados de Alheid levantaron el campamento y dirigieron a la ciudad entechada. Al mando de los Hombres de Agua estaba el Tiburón, Égorad, de rizos rubios y barba tupida. El almirante tenía mirada altiva y furiosa, digna de un verdadero guerrero.

Se hicieron los formalismos normales entre el almirante y el rey, y se les dio acomodo a los extranjeros en el castillo sur. Al mismo tiempo, carromatos repletos de alimentos



Juan Esteban Peláez

llegaron a la ciudad por la puerta norte que daba directamente a un espolón que llevaba al Castillo Real. El castillo estaba rodeado por un estanque repleto de cisnes y patos, y gansos y peces dorados. Este estanque hacía que el castillo sólo tuviera dos posibles entradas, una al norte y otra, la principal, al centro de la ciudad.

Grande fue la maravilla de los orientales al ver las plazas, los jardines, las pagodas y los baños de Dan-Silum, pero lo que más los cautivó fue el techo, sostenido por miles de columnas que se erguían en las intersecciones de las calles.

Los siguientes días fueron silenciosos y expectantes, y llegaron varios destacamentos de Hombres provenientes de ciudades septentrionales, como Larul y los Muelles de Adsul. Los emblemas eran diversos: Leones, árboles, espadas y hachas, y más; pero todos los soldados ostentaban armaduras negras, y los más experimentados o ricos tenían yelmos con caretas enterizas y coronados por una cresta fina de acero. Y sólo las tropas de Megot tenían capas grises.

De destacamento en destacamento, Dan-Silum logró reunir unos cuatro mil quinientos defensores, aun con los Hombres de Égorad. Sin embargo, según los batidores, dos ejércitos se dirigían hacia la ciudad, ambos provenientes de la conquistada y ahora arruinada Koral, y ambos con casi el doble de tropas. Hellmer habíase devuelto a Yavín por órdenes del Demonio, así que nadie sabía quién dirigía los ejércitos invasores.

Y, finalmente, al amanecer del 9 de agosto, llegaron las noticias al Castillo Real. Uno de los ejércitos estaba sobre las praderas y llegaría a la ciudad a más tardar al crepúsculo. Este mensaje se extendió como el fuego, y los soldados llenaron las herrerías. Todos los habitantes tomaron los víveres que pudieron, y muchos otros se sumieron al llanto de desesperación. La guardia se dobló y miles de Hombres fueron enviados a los muros, todos concentrados en la muralla sur. Las puertas del norte se cerraron completamente, y los granjeros de las parcelas aledañas ingresaron a la ciudad, esperando lo peor.

Como diría Arcalón: «Las fichas están listas». Ahora, después de unos pacientes años, Irgoliath tomaba venganza, lanzando sus huestes a la fortaleza más poderosa del mundo construida por los Hombres, hacia la capital de Herda, hacia Dan-Silum.

Apenas Méladriel supo lo sucedido fue a buscar a Algar. La joven se sintió entonces atemorizada, pues poco sabía de los movimientos del enemigo y de la guerra. Todo esto la tomó prácticamente por sorpresa; pero estaba decidida a ayudar en lo que pudiera. Ya no había escapatoria, pues el enemigo cerraría el escape al norte con los Crimeos. Sólo quedaba una cosa por hacer: Luchar.

Algar estaba en la biblioteca principal de Dan-Silum, en todo el centro de la ciudad.

-¿Qué vamos a hacer?! -preguntó Méladriel muy acelerada.

Pero Algar levantó la mirada lenta y tranquilamente. -Nada -respondió.

-¿Nada? -preguntó Méladriel-. Pero el Demonio está por llegar a las puertas de la ciudad.

-¿Y?

-¡Debemos ayudar!-. Méladriel estaba en verdad conmovida.

Pero Algar meneó la cabeza. -Ni tú ni yo debemos hacer algo -dijo.

-Ellos se han portado muy bien con nosotros. Debemos ayudarles.

-Si quieres hacer algo, ve a las herrerías y después a los muros. Pero no te cuidaré.



Juan Esteban Peláez

Este comentario pareció herir el orgullo de Méladriel. –No necesito que nadie me cuide -respondió altiva.

-Quédate en el castillo y no interfieras en asuntos de guerreros -volvió a opinar Algar con serenidad.

-¡Debemos ayudar en lo que podamos! -exclamó Méladriel, furiosa por la actitud del Mago.

Algar levantó la mirada, dejando de leer el libro que tenía en sus manos. –Te dije que podías volver a Verdelheid cuando quisieras. Ahora estás atrapada en un conflicto que no es ni tuyo ni mío. Nosotros ya cumplimos con nuestra parte, pues ya entregamos la Estrella de Jores. Este conflicto es por las Shidrahas, y ninguno de nosotros debe entrometerse.

-¡Si entran nos matarán! -aseguró Méladriel.

-Nadie en Dan-Silum dejará que te hagan daño -respondió Algar, que en verdad estaba muy calmado.

Méladriel se dio cuenta de eso. –¿Qué tienes en mente? -preguntó la joven con mirada perspicaz.

Algar sonrió. –Hay una barca en los muelles de la ciudad que te llevará río arriba, hacia los Muelles de Adsul. Te irás en pocas horas. Todo está listo.

Méladriel se quedó sin palabras por unos instantes. Sintió que todo cambió en un segundo.

-¿Volveré a Verdelheid? -preguntó por fin.

Y Algar, sonriente, asintió. –Todos los habitantes de la ciudad saben que ya has hecho mucho por ellos, y ninguno se opondrá a tu retirada. Nadie quiere verte caer en batalla, pues si eso pasa, la moral de los Hombres estará destruida. Mejor ve al castillo, que pronto llegará un carruaje para recoger tus cosas. Megot ha dicho que te lles los libros que quieras, menos los de su biblioteca personal. Yo iré en un rato.

104

Pero grande y desdichada fue la sorpresa del Mago al ver el carruaje todavía al lado del estanque azul. Subió las escaleras y supo por las cortesanas que Méladriel, necia y remilgada como una niña pequeña, se había ido a la herrería del castillo con el mithril en una mano y una espada corta en la otra.

-¡¿Qué Diablos piensa esa jovencita?! -exclamó Algar furioso mientras bajaba las escaleras y se dirigía a la herrería. Allí le dijeron que Méladriel se había ido con varios guardias a los muros del sur, completamente armada.

-Parecía una Ariánica Imperial de las que luchaban otrora -aseguró uno de los herreros.

La furia del Algar llegó hasta el cielo. Entonces, iracundo, tomó su vara y se dirigió por las calles empedradas y los jardines floreados hacia las murallas. Allí había en verdad una enorme aglomeración de soldados, y era casi imposible encontrar a Méladriel entre todos ellos. El Mago la buscó en la plaza, en el interior y a los alrededores del castillo sur, en las torres y más. Pero al saber que Égorad y las tropas reales de Megot estaban en la cima del muro interno, supo que allí debía estar Méladriel.

Algar subió raudo las escaleras de la torre que llevaban directamente a la cima del muro parapetado, y caminó apresuradamente entre Hombres y pequeñas catapultas que se levantaban allí. Hasta finalmente toparse con Máthor.



Juan Esteban Peláez

-¿Dónde está Méladriel? -preguntó el Mago sin siquiera saludar.

-Está más allá, al lado del rey -respondió el joven, que en verdad parecía molesto.

Algar asintió y se siguió abriendo paso entre los Hombres, hasta detallar la menuda figura de la jovencita entre los fornidos cuerpos de los guerreros. -¡¿Qué crees que haces?! – preguntó apenas estuvo cerca de Méladriel.

-Lo que debo hacer -dijo la joven.

Entonces el Mago detalló a Méladriel y se quedó sorprendido. Tenía bajo la capa gris una hermosa armadura negra. Estaba coronada con una tiara, también negra con rubíes engarzados. Tenía unos guanteletes de cuero, hombreras esféricas, brazaes, una falda hasta las rodillas, flecada y de cuero, y botas. Bajo el peto tenía el reluciente mithril que la había salvado dos veces: En la caída del caballo y en la Torre del Vampiro. En el cinto tenía envainada la espada corta. Un arco compuesto también estaba cerca, contra el parapeto. La joven tenía los párpados pintados de rojo, los labios de carmesí, como si se los hubiera pintado con sangre, y un pequeño tribal negro en la frente. En verdad estaba hermosa. La joven, de ojos grises y brillantes, olía a durazno, su fragancia favorita y un regalo de los Jerládrim.

-Me quedaré a ayudar -dijo Méladriel con seguridad.

-¡¿Estás loca?!

-No. Esta gente me ha dado mucho, y debo retribuirles.

-Es muy peligroso. Lo mejor...

Pero en ese momento Algar fue interrumpido por el tronar de un tambor, retumbante en la planicie.

-Ya llegaron -dijo Megot, que tomó una bocanada de aire y suspiró.

-Resistiremos -aseguró Máthor, que volvía en ese preciso momento.

-Será una noche terrible -aseguró Helad mientras miraba el cielo de nubes tornasoladas.

-Atacarán el portón. Allí es donde debemos dar la mayor resistencia -aseguró Égorad, el altivo almirante rubio-. Yo estaré allí con mis Hombres. Majestad, encárguese de los muros, que yo me encargaré de las puertas.

-Si cae el portón, no duden en entrar al muro interno -pidió Megot.

Y Égorad asintió. Y chasqueando los dedos, dio la orden de bajar.

-Cuídate, por favor -le pidió Méladriel a Helad.

Y Helad, sonriente, asintió. -Lo haré -dijo. Y después de abrazar a la joven, bajó detrás del Tiburón por la torre más cercana.

Entonces habló el rey. -Manden a los menos experimentados a las dos puertas internas. Los más experimentados al muro exterior. Los milicianos y los soldados de las provincias al castillo. Toda mi guardia real estará apostada aquí, a mi lado.

Mientras estas órdenes se ejecutaban, y Algar y Méladriel seguían discutiendo, el ejército enemigo por fin fue visible, acompañado por atronadores tambores y cuernos distorsionados y atemorizantes. Al mismo tiempo, Hombres iban y venían entre los muros y sobre las arcadas. En ese momento Méladriel y los que estaban con ella vieron cómo toda la planicie empezaba a plagarse de horribles entidades, difusas al inicio, pero cada vez más visibles al acercarse a la ciudad.

Y de entre algunas arboladas que se extendían por la ladera emergieron varios jinetes de armaduras negras y lustrosas, cabalgando todo galope hacia el portón.

-¡Abran la puerta! -gritó el rey mientras veía cómo los jinetes se agrupaban para entrar a la ciudad, a todo galope y escapando de la marea negra que empezaba a pulular sobre la pradera.



Juan Esteban Peláez

Apenas los jinetes entraron, la puerta se cerró por completo y se trancó por dentro con maderos enormes. Segundos más tarde, subió uno de los jinetes, jadeando, hasta donde estaba el rey.

-En las tierras bajas no eran visibles, pero ya en las colinas pudimos verlos -aseguró el jinete.

-¿Qué sabe? -preguntó Megot.

-Traen dos catapultas y dos arietes -respondió el jinete-. Pero los que fueron a espiar al otro ejército no volvieron -prosiguió después de tomar una bocanada de aire.

-¿Quién está a la cabeza? -preguntó Algar.

-No sabemos -respondió el jinete-. Quien sea debe estar entre las tropas -respondió.

-¿Un Nomo o un hechicero? -preguntó Méladriel al Mago.

Entonces se escuchó un grito desde el muro exterior -¡Ya vienen! -gritó un vigía.

El rey miró de nuevo sobre el parapeto hacia la planicie, y vio que el ejército seguía avanzando, sin descanso y en silencio, como azotado por un cruel general. Lo más lógico era armar campamento y atacar con tropas descansadas, pero parecía ser que el ejército atacaría de inmediato. A medida que se acercaban se escuchaba sonidos, sonidos que se aclaraban con cada paso que daban hacia la muralla.

Entonces el rey, mirando a Máthor, dijo: -Es hora.

Y Máthor asintió. Tomó una flecha de su carcaj y la acercó a una de las teas que colgaban en el parapeto. Entonces midió la distancia y lanzó la flecha por encima del muro exterior, clavándola a una distancia prudente sobre la pradera. Aunque lejana, la débil llama era visible.

-Si osan traspasar esa flecha serán atravesados por miles más -aseguró el rey, altivo y orgulloso. Esos retos eran muy comunes en Herda, y normalmente así se empezaba siempre una batalla.

Pero el negro ejército, cada vez más visible bajo el atardecer, seguía avanzando. Parecían tenerle más miedo a su general que a las flechas y las espadas de los defensores. Y a medida que se acercaban, se aglomeraban más, como en una masa compacta. Pequeños grupos salían de las arboladas y las hondonadas cercanas, uniéndose al grueso del ejército.

Y cuando ya estuvieron frente a la llameante flecha, los enemigos vacilaron, aún translucidos, pero claramente visibles para los defensores. Miraron hacia la soberbia fortaleza, dudando, pues sabían que Dan-Silum era un hueso difícil de roer. Mas al general rival se le había ordenado que avanzara sin descanso, y él prefería morir que desobedecer a su amo.

Méladriel permaneció al lado del rey, estática y con la respiración agitada. Desde allí eran visibles algunas de las horripilantes figuras enemigas. Vio lo que parecían ser Nomos transparentes, con los ojos diamantinos y los párpados arrancados (una tortura común entre esas razas). También había figuras altas y corpulentas, otras bajas y patizambas; pero todas malignas.

-Debes estar tranquila -le dijo Máthor mientras se posaba al lado izquierdo de la joven.

-Es difícil en este momento -aseguró la joven, que sentía cómo el vértigo de la altura del muro se confundía con el vértigo del temor a la batalla.

-No te alejes de mí -pidió Máthor.

-Mucho menos de mí -dijo Algar, todavía ceñudo y más como una orden que como un favor. El Mago había puesto su sombrero en punta y había tomado su vara con fuerza.



Juan Esteban Peláez

—No debes dejar que se te acerque algún enemigo -agregó, mirando las numerosas huestes que pululaban en la planicie verde.

-¿Y Éliot? -preguntó la joven.

-Está en el castillo, con Sara -respondió el rey.

En ese momento los tambores volvieron a sonar, produciendo ecos profundos y claros entre las elevaciones y en las hondonadas aledañas. Pero esta vez los tambores parecían más desafiantes. Las sombras parecían alargarse más a medida que los minutos pasaban. Y de repente, como llevados por un hirviente furor, las huestes del Demonio se lanzaron en famélico tropel, empujándose unos a otros hacia los muros, y lanzando dardos y flechas hacia la cima del muro. Con la Shidraha de Dan-Silum ya tan cerca, los vivos y los muertos ahora podían hacerse daño.

105

Al principio, el apresurado y atemorizante avance del enemigo hizo que las tropas del rey vacilaran. Y los dardos y las flechas lanzadas por los fantasmas más que dañar, amedrentaron. Los gritos parecieron invadir el aire y el estruendo de la carga hizo temblar el suelo. En ese momento Méladriel temió, pues inicialmente pensó que todo sería como en los libros, y que simplemente todo terminaría bien; pero ahora se daba cuenta que en verdad estaba en peligro, y que la victoria era esquiva.

-¿Qué hacemos?! -preguntó la joven, aterrada por el ataque. Ella sólo veía cómo el enemigo avanzaba furioso hacia los muros de la ciudad, como un oleaje negruzco con el atardecer a sus espaldas. Tiritaba, inmóvil por el temor.

El rey pareció dudar de nuevo, intimidado. Respiraba con dificultad y sentía un nudo en la garganta.

-Debemos responder -aseguró Algar, que parecía inmune al miedo.

Y Megot, asintiendo, dio la orden. Entonces una trompeta retumbó, brillante bajo el crepúsculo. Y por fin Dan-Silum respondió al desafío: Miles de flechas emergieron de los muros, clavándose en la hierba, en la madera, en el acero y en la ahora sólida carne. La furiosa arremetida hizo que los enemigos temieran, pero siguieron adelante. Entonces otra carga emergió del muro exterior, seguida por una carga proveniente del muro interior.

Pero esto no frenó a los enemigos, que lograron llegar al primer muro. Y grande fue la sorpresa de muchos al ver cómo cientos de arañas enormes y rápidas trepaban el muro como trepando un árbol. Estas arañas fantasmales crecían en colmenas subterráneas en las tierras de Irgoliath, y era animales que prácticamente se lanzaba a la batalla para causar caos. Rápidamente estas arañas se vieron luchando cuerpo a cuerpo con los Hombres de Herda en cruenta contienda. Poco después, entre el griterío y los cuerpos que caían de los muros, llegaron unas escaleras repletas de Nomos, ahora claramente visibles.

-Debes estar calmada, Méladriel -aseguró Máthor que, ayudando a la joven a acomodar el arco a una altura precisa, añadió: -Sólo suelta la flecha.

Pero el nerviosismo de la joven era tal, que la primera flecha se le cayó del arco. —Lo siento -dijo temblado.

Máthor recogió la flecha y se la dio de nuevo. —Ten calma -dijo.

Entonces Méladriel tomó la flecha de nuevo y templó el arco, mientras escuchaba los furiosos gritos. Y finalmente lanzó el proyectil. La flecha cayó entre la multitud de enemigos.



Juan Esteban Peláez

-Sigue haciendo eso -pidió Máthor que, respirando hondo, tomó su arco y empezó a lanzar flechas hacia la masa negra que era semejante a un agresivo hormiguero.

Méladriel tomó otra flecha de su carcaj, y la lanzó a la misma altura que la anterior. Y otra, y otra, y otra vez. Nunca supo si alguna de esas flechas cayó sobre algún enemigo, pero siguió repitiendo la operación de forma maquinal, hasta que su carcaj estuvo vacío. Las dos últimas flechas las lanzó casi sin fuerzas, pues los brazos ya le dolían.

Entonces, cuando la noche ya alcanzaba los dominios de Herda, un estruendo resonó en toda la ciudad: Una roca había sido lanzada por el enemigo; pero el techo la había frenado. Y, como el techo estaba inclinado hacia el frente en los bordes de la ciudad, la roca empezó a rodar hasta caer sobre los mismos enemigos. Pero esto pareció no importarle al general enemigo que, en mórbido acto, ordenó lanzar las rocas una y otra vez, haciéndolas caer sobre sus mismas tropas.

Méladriel no podía hacer más que ver cómo se desarrollaba la batalla abajo, sobre el muro exterior. A la difusa luz de la Dama de plata, la joven lograba ver distorsionadas siluetas inmolándose unas a otras, como sombras hambrientas. Muchas de esas siluetas caían del muro, y muchas otras se desgonzaban y no se volvían a levantar.

A sus lados, la joven miraba cómo las hileras de arqueros apostados en el alto muro lanzaban flechas a diestra y siniestra, esperando abatir a un enemigo. Sólo unos pocos, como Máthor, buscaban blancos específicos. Méladriel, mientras tanto, desenvainaba y envainaba la corta espada, ansiosa y temerosa. Las manos le sudaban y la sensación de vacío en su vientre no cesaba.

Algar permanecía a su lado. El Mago observaba la lucha en el muro exterior, en silencio y aparentemente calmado. En cambio, el rey daba órdenes a sus tropas, y a menudo las animaba con frases gallardas. Megot no estaba nada calmado, pero no mostraba temor alguno. Sin embargo, sólo horas después del anochecer el rey vio que sus tropas estaban cayendo en un número muy elevado. Entonces hizo tocar la trompeta, y los que pudieron bajaron por las rampas hacia el suelo, logrando entrar por las dos puertas del muro interno y dejando el portón principal.

Los enemigos que estaban sobre el muro exterior eran blanco fácil para los arqueros del rey, apostados en el muro interior y en las torres. Al darse cuenta de esto, los enemigos intentaron bajar, empujándose unos a otros y, a menudo, tumbándose entre ellos. Casi todos murieron intentando bajar, lanzados por sus compañeros o atravesados por lanzas y flechas. Algunos intentaron lanzar dardos y venablos desde la cima del muro exterior, pero la gran mayoría fueron atravesados por una lluvia de flechas.

Sin embargo, dos flechas enemigas pasaron sobre la cabeza de Méladriel, que asustada, se agazapó detrás del parapeto. Y sólo se irguió cuando Algar la ayudó.

-Debemos luchar -dijo el Mago, que al ver el temor de Méladriel cambió de actitud.

Méladriel, temblando, asintió y se irguió, sacó su espada y miró a su alrededor. Entonces vio que Égorad y sus tropas trancaban las puertas del muro interno, al mismo tiempo que algunas banderolas negras y rojas ondeaban en el muro externo. Pero la noche hasta ahora comenzaba, al igual que la batalla.



Aunque Megot perdió varios Hombres fieros, como Sergot Mano Multada, y Aelot de Larul, la gran mayoría de guerreros lograron resguardarse en el muro interior; entre ellos el Tiburón. Las bajas habían sido cuantiosas para las tropas del rey durante el inicio de la batalla, pero por un Hombres muerto había por los menos cinco enemigos caídos. El ataque parecía haber sido planeado desesperadamente, y el único objetivo aparentemente había sido avanzar y chocarse contra los potentes muros de Dan-Silum.

Cuando el portón cedió por fin a causa de los golpes de los arietes, cientos de enemigos entraron como un alud, pero al verse entre los dos muros, se sintieron como ratas en una ratonera, pues eran presa fácil de los arqueros del rey. Y, para fortuna de Megot, los enemigos se seguían empujando contra los muros, apeñuscados.

Méladriel no hacía más que mirar desde la cima del muro. Bajo las sombras del techo y a la luz de Sírel veía sombrías siluetas, gruñendo y chillando, y lanzando injurias en lenguas inentendibles, mientras caían sangrantes o eran asfixiados contra las paredes. Pero el general enemigo seguía ordenando el avance, sin importarle lo que sucedía.

Allí, a la luz plata, Méladriel vio una matanza sin comparación. Los Hombres simplemente tenían que lanzar cualquier objeto para matar algún enemigo. Pero hubo un momento en que, desesperados, varios grupos de arañas empezaron a trepar las murallas. Méladriel vio esto con temor, y, temblorosa, se puso detrás del Mago y desenvainó.

-¡Caretas abajo y espadas en alto! -gritó el rey que, protegido por sus guardias, púsose el yelmo y desenvainó su fina espada. Y así se hizo. Méladriel, al estar protegida por el Mago, vio con detalle cómo todos los guardias reales bajaban la careta plana de su yelmo y desenvainaban. Las espadas brillaron entonces bajo la Dama, y furiosas, se blandieron de lado a lado, cortando carne de araña. Esas eran las mejores tropas del rey, y, por lo mismo, eran diestras en el arte de la guerra. Las bestias no pudieron hacer nada contra las armaduras pesadas y las espadas afiladas, y tuvieron que bajar del muro, mutiladas. Al mismo tiempo, las torres no dejaban de lanzar flechas.

Pero las arañas no se dieron por vencidas, y volvieron a subir reptando por el muro. Entonces los soldados las esperaron con ansias, y dejaron de nuevo descargar su furia sobre los exoesqueletos. Pero la batalla llegó hasta Algar y Méladriel, que se vieron frente a frente contra una enorme araña. El monstruo, babeante, lanzaba frenéticos alaridos, mientras los ocho ojos le brillaban bajo la noche. Y, con una furia bestial, empujó a uno de los soldados y lo hizo caer de espaldas. Entonces la araña se lanzó contra Algar. Pero el Mago era temerario, y batió su vara. El arácnido retrocedió entonces. Y llevada por un impulso extraño, Méladriel emergió de detrás del Mago, y valiente y pequeña, se lanzó contra el monstruo, apuñalándolo en el vientre. El arácnido lanzó un chillido, al mismo tiempo que la joven sacaba su espada y retrocedía. Entonces el monstruo cayó débil, y fue presa del mismo Hombre al que había empujado sólo segundos antes.

Pero otra araña apareció, y otra más, y ambas se lanzaron al soldado. Pero, rápidos como felinos, otros tres Hombres fueron en su ayuda, empujando y trabando furioso combate. Méladriel y Algar, sin pensarlo un solo momento, también se lanzaron a los gigantescos



Juan Esteban Peláez

bichos, y blandiendo sus armas, lograron herir a ambos. Después los Hombres les dieron muerte; pero el soldado al que habían atacado inicialmente pereció envenenado.

Ya Méladriel sentía su cabeza palpar por la adrenalina, y la mano donde tenía su espada sudaba. Era la primera vez que hería a alguien en batalla. Pero tomó algunas bocanadas de aire y, gallarda, se lanzó hacia el parapeto, apoyando a los soldados y al rey, que también se vio obligado a luchar. Algar hizo lo mismo. Pero Méladriel no se dio cuenta que dos veces estuvo en peligro, y Máthor la salvó las dos veces con sus flechas. Ella nunca lo supo.

Y, después de una lucha cruel, los arácnidos se vieron obligados a bajar de nuevo del muro. Allá abajo siguió la matanza, pues los enemigos no dejaban de entrar por el portón, apiñándose entre los muros.

Sólo hasta ese momento Méladriel se apoyó contra el parapeto, agotada y con los brazos adoloridos. La joven jadeaba del cansancio, aunque sólo habían pasado minutos de lucha. Y cuando estuvo un poco más calmada, se dio cuenta que había sido herida en el antebrazo. Era una pequeña cortada que ardía, pero nada serio. También tenía algunas raspaduras que se había ocasionado al caer al suelo, empujada por un enemigo. En el furor de la batalla, Méladriel había herido a tres monstruos. Tiempo después, la joven atribuyó todas estas proezas a la valentía que le había dado la Estrella de Jores, rutilante y desdeñosa en el cielo nocturno.

Pero hasta ahora el enemigo había mostrado sólo una carta, y aunque los difusos gritos de «¡victoria!» se escuchaban al interior de la ciudad, el general enemigo sonreía. Los enemigos se agotaban, y perecían a gran velocidad, pero seguían en una fiera batalla por abrir las dos puertas custodiadas por Égorad y sus Hombres.

Y cuando el rey Megot parecía más aliviado, y sólo cuando la media noche pasó, todos vieron en verdad lo que sucedía: Como un silencioso manto de seda negra e invisible bajo las estrellas, un nuevo ejército habíase apostado a las afueras de la ciudad, esperando órdenes. Un ejército entero de Espectros esperaba en las hondonadas aledañas a la ciudad. Y cuando los refuerzos provenientes del sur llegaron, empezaron el avance por las laderas azuladas por la luna. Muchos destacamentos ondeaban pendones y lábaros negros con el emblema de un corcel: El emblema de una de las Almenas.

Pero los refuerzos no eran simples huestes, y Méladriel diose cuenta de esto cuando los vio. La joven ya había visto esas horripilantes criaturas, semejantes a vástagos de dragones, de alas cartilaginosas y cuellos desnudos, cornamentas y garras poderosas, y un cuerpo escamoso cual armadura de placas. Esos saurios estaban montados por Espectros que los dominaban con maestría.

-¡Crimeos! -gritó la joven con un helado temblor en su médula.

Entonces Algar miró hacia el cielo, y entre el techo vio que las siluetas aladas se escabullían en las oscuras nubes, saliendo de vez en cuando para dejar sus sombras caer en el techo y sobre la aterrorizada ciudad.

Eran cientos, y eran dirigidos por un segundo general que montaba un *crimo* más cruel y horrible. Ese saurio fue criado en el Árbol Macabro, tal y como Éliot había escuchado antaño. Había sido alimentado por las Brujas con carroña pútrida y aves recién nacidas.



Juan Esteban Peláez

Este crimo, a diferencia de los demás, tenía una cornamenta ramificada como la de los ciervos, y tanto la cornamenta como las garras estaban bañadas en acero que brillaba bajo las estrellas.

Ahora todas las fichas del Diablo estaban puestas: Sobrevolando la ciudad de forma fantasmal, estaban los crimeos de la Almena de Carrhas, y sobre la pradera, al sur de Dan-Silum, estaba un ejército de fantasmas provenientes de la Almena de Macrhas. Todos los temores de los Hombres habíanse materializado, pues ya se sabía quiénes estaban al mando: Cranior de Macrhas y Alanior de Carrhas; dos de los seis Yúcidas.

107

Los crimos se lanzaron con violencia contra el techo, con sus alas bien abiertas y sus garras extendidas. Esta aparición hizo que todos los habitantes de la ciudad temieran por sus vidas. Al mismo tiempo, los Espectros ya avanzaban, silenciosos y amparados por la oscuridad de la noche. La marcha no producía sonido alguno, y ningún cántico de guerra era entonado. Andaban disciplinados y en formaciones cerradas.

-¡A las puertas! -gritó Megot.

Pero sus Hombres no le hicieron caso, y en vez, empezaron a correr por las rampas hacia la ciudad, presas del pánico.

-¡Vamos, a las puertas! -volvió a gritar el rey, pero sólo unos pocos acataron la orden, entre esos Méladriel, Máthor y Algar.

Entonces descendieron por una de las rampas hasta llegar a una de las puertas del muro interior. Allí había varios heridos, pero la puerta todavía estaba cerrada.

Allí estaba Égorad, con una venda ensangrentada en la frente y sin una oreja, pero todavía fiero. -Ya era hora de una pequeña ayuda, majestad -dijo agitado.

-Debemos resguardarnos para defendernos de los Espectros -dijo el rey.

Mientras tanto, Méladriel buscaba a Helad entre las tropas, mas no lo veía.

-Mande más tropas arriba, a los muros, que nosotros los contendremos lo más que podamos -aseguró el almirante.

Pero a Megot le dio pena decir que sus tropas eran unas cobardes. -Lo haré -dijo gallardo, y mirando a sus guardias, enfatizó: -¡Lo haremos!

-¡Sí! -gritaron los pocos guardias que, llevados por un palpitante clamor, subieron las rampas. También lo hizo Máthor, que ya jadeaba del cansancio. Pero Méladriel y Algar no fueron de inmediato.

-¿Y Helad? -preguntó Méladriel, apenada.

Entonces Égorad la miró detenidamente, y sus ojos le dieron la respuesta.

Méladriel abrió los ojos grises entonces, lagrimosos, pues descifró de inmediato la mirada del almirante. -No puede ser.

-Habla de eso después -dijo Égorad que, poniendo la mano en el hombro a la joven, prosiguió: -Que esto no sea en vano. Ahora sube y arranca algunas cabezas con tu espada; pero asegúrate en volver.

Méladriel, aguantando el llanto, se conmovió por las profundas palabras del rubio, y asintió. -Así será -dijo con voz quebrada mientras la sangre le hervía.

Entonces Égorad miró al Mago, y le pidió que la cuidara.



Juan Esteban Peláez

Cuando llegaron a la cima, vieron que unos pocos soldados lidiaban con varios arácnidos y algunos Nomos y Gnomos fantasmales que habían subido por escaleras improvisadas. Entonces Méladriel, pensando rápido y necesitada de respaldos, tomó un cuerno que estaba tirado en el suelo y lo sopló con todas sus fuerzas, intentando llamar la atención. El cuerno retumbó entre todos los gritos. Y cuando los Hombres vieron a Méladriel sobre el muro interno, hermosa y temeraria, con su capa flameando y su tiara iluminada por la Dama, se sintieron rehabilitados y subieron furiosos por las rampas, llenos de valor y con clamores y vítores hacia la joven y hacia el rey. Incluso algunos soldados afirmaron que Valen y la Estrella de Jores bañaron a Méladriel con su luz plata en ese preciso momento para que todos los soldados de Herda la vieran.

Al ver cómo los Hombres se agrupaban de nuevo y subían iracundos y rugiendo por las rampas, los enemigos temieron, y muchos se lanzaron hacia el suelo. Los que se quedaron recibieron la ira de los Hombres de Herda, que blandieron sus armas, cortaron cabezas y amontonaron cadáveres.

Y muchos arqueros se apostaron sobre el muro de nuevo y empezaron a lanzar sus flechas sin temor sobre los Espectros translucidos que ya entraban por el portón. Fue tan repentino el ataque, que los enemigos tuvieron que detener su avance, pues diéronse cuenta que Dan-Silum todavía no estaba vencida, y que no sería vencida por el temor, sino por la espada.

Ahora Méladriel jugaba el rol de capitana, y aunque nada sabía de la guerra, su valor era suficiente para inspirar a los Hombres. Aprovechando esto, el rey logró organizar una buena defensa sobre el muro, expulsando a todos los enemigos y apostando más arqueros en las torres. Pero esto no fue suficiente, pues un terror envuelto en nieblas hizo que Égorad y sus Hombres flaquearan, y las puertas se abrieran. El segundo muro ahora caía.

Dijeron los que estuvieron allí, que una niebla helada empezó a colarse entre las fisuras y los umbrales de las puertas; pero poca importancia le dieron. Mientras los golpes a la puerta seguían, la niebla formó de repente un cúmulo en medio de los atónitos soldados, y pareció materializarse, formando así un terror encarnado.

Dijeron que los ojos amarillos del rubio fantasma hipnotizaron a todos los presentes, que quedaron petrificados. Y como si rompiera porcelanas, el hechicero empezó a blandir su espada a diestra y siniestra, matando a varios Hombres en un solo instante. Dijeron los que sobrevivieron que tenía una capa negra con interior rojo, una armadura gris, el cabello dorado y corto, y un rostro perfecto y blanco como un muerto.

Tal fue el terror que infundió el hechicero enemigo, que los soldados de Égorad salieron corriendo hacia el castillo, gritando «¡Yúcida!». Pero antes que la noticia llegara al Tiburón, (que estaba apostado en la otra puerta), se repitió lo mismo, y Cranior atacó a Égorad obligándolo a retirarse. Ningún Hombre cuerdo se enfrentaría a uno de los Seis.

Cuando Cranior abrió las puertas, los Espectros entraron en tropel a la ciudad, causando terror y caos. Al mismo tiempo, las rocas hicieron ceder una parte del techo que cayó sobre las torres y los muros, y por allí entraron los saurios negros, rápidos como aves nocturnas, y se lanzaron contra los que iban en retirada sobre la plaza hacia el castillo.



Juan Esteban Peláez

Al ver todo esto, Méladriel, el rey, Algar y los Hombres que todavía estaban sobre el muro se conmocionaron, y sin dar aviso alguno ni señal de retirada, bajaron las rampas a toda velocidad hacia el castillo. Pero eso era lo que Alanior quería, y furioso, se lanzó con su monstruoso crimo sobre las tropas en retirada.

Esa pequeña corrida fue en verdad eterna y espantosa para la temeraria Méladriel, que, escuchando aterrados y furiosos gritos a su espalda, también veía cómo los crimeos caían sobre los Hombres, descendiendo sobre la multitud. Bajo la luz nocturna, los crimeos se veían ennegrecidos como sombras encarnadas.

Pero, afortunada, la joven logró llegar al castillo. A su lado, como siempre, Máthor y Algar. El rey también logró llegar intacto. Sin decir nada, subieron a la torre del homenaje, y allí vieron cómo la plaza era abordada por los Espectros, de túnicas negras y armaduras enterizas, sin rastro de carne y produciendo un frío mortuorio.

108

Aunque unos pequeños grupos de Nomos fantasmales se dedicaron al saqueo de la ciudad y los crimeos sobrevolaron las casas para causar terror; los Espectros se apostaron alrededor del castillo sur, listos para atacar al rey Megot. Pero el castillo no era fácil de invadir, pues tenía ladroneras bien fortificadas y torres soberbias.

A medida que se acercaban al castillo, los Espectros parecían menos transparentes, incluso parecía haber vestigios de carne bajo sus armaduras. Esto causó temor a los habitantes de Herda, pues sintieron que ahora los fantasmas podía atacarlos. Entonces los Espectros quisieron tomar por asalto el castillo, esperando intimidar por la sorpresa. Pero Éliot, que había quedado encargado de la defensa del castillo, había formado una gran resistencia, y, con Hombres apostados en sitios estratégicos, evitó la entrada del enemigo.

Durante esta defensa, Méladriel, todavía con el dulce aroma de durazno rondándole la tierna carne, permaneció recostada contra una de las columnas del salón principal, extenuada. La batalla la había agotado, y a duras penas sentía fuerzas para levantar la corta espada. Había olvidado por completo su arco. La joven jadeaba y sentía todos sus músculos adoloridos.

Máthor y Algar estaban a su lado. El arquero tenía el carcaj vacío y había sufrido una herida en la espalda. Algar tenía la vara manchada de sangre, pero no había recibido herida alguna.

-¿Y ahora qué? -preguntó Méladriel mientras miraba por uno de los ventanales las estrellas y a la Dama.

-No lo sé -respondió Algar.

Entonces a Méladriel la invadió la angustia, y empezó a llorar como nunca lo había hecho, ni siquiera en las Tierras Espectrales. -Quiero mi casa -dijo sollozando, mientras soltaba la espada y se ponía las manos en el rostro para que no la vieran llorar. -Extraño mi casa -volvió a decir.

En ese momento Éliot entró, agitado por la lucha. Y al ver a Méladriel llorando, se acercó a ella y le hizo mirar el collar que le había regalado. -Sonríe -le pidió el Hombre.



Juan Esteban Peláez

Máthor miraba con detalle, mas nada entendía.

-Quiero volver a Verdelheid, a mi casa -insistió la joven, llevada por la desesperanza.

Entonces Éliot la abrazó. -Prometiste que sonreirías -dijo, al mismo tiempo que un estruendo fue escuchado en la parte baja del castillo.

Méladriel permaneció callada por unos segundos, pensativa. Miró el collar de nuevo y, secándose las negras lágrimas, asintió. -Lo haré -dijo, tomó su espada corta y añadió: - Sonreiré cuando corte la cabeza de esos malditos.

Éliot la miró y se sintió alegre, y lanzó una sonrisa. -Entonces vamos a cortar cabezas.

-Aquí vamos de nuevo -dijo Algar renuente, mientras se incorporaba, resignado.

Máthor también lo hizo. Entonces bajaron hasta el primer piso del castillo. Allí la puerta sufría furiosos golpes; pero algunos soldados seguían apuntalándola. Afuera, miles de gritos y siseos eran escuchados, acompañados por los guturales gruñidos de los saurios voladores y los furiosos relinchidos de los caballos eoméricos.

Los cuatro estuvieron aguardando tras la puerta por varios minutos, ansiosos y a la vez temerosos. Y pasaron hora y media de furiosos ataques a la puerta, pero los goznes no cedieron. Durante ese tiempo la ciudad sufrió un verdadero caos, pues el enemigo quemó casas y mató inocentes. Muchos fueron los asesinatos, y varias fueron las casas que quedaron destruidas. Prácticamente sólo las esquinas de la ciudad permanecieron intactas, sin contar los perímetros de los dos castillos.

Pero las flechas se acababan y los castillos mermaban su poder. El cansancio también influía. Y antes del amanecer, el castillo sur no era más que un complejo que se había convertido en una trampa de la cual no había salida. Ahora sólo quedaba esperar que los Espectros entraran y arrasaran con los que estaban adentro, incluyendo al rey, al Tiburón, a Méladriel y a los demás.

Un frío anormal había invadido el aire del primer piso a causa de la presencia de los fantasmales enemigos, que no emitían más sonido que el del golpe de sus armas. Tal fue el frío, que los defensores empezaron a tiritar por el aire helado, aunque el alba se acercaba.

Sin embargo, no fue la luz de los soles la que traspasó e iluminó la ciudad; fue un destello enigmático que provino del norte y bañó las armas de Méladriel y de los defensores, pues se coló por las pequeñas rejillas. Después del destello amarillo y podrido, miles de horribles y crípticos gritos invadieron Dan-Silum.

Sin que nadie lo supiera, aunque todos notaron su ausencia, el rey Megot había ido al Castillo Real por uno de los túneles secretos bajo la ciudad. Dan-Silum no sólo era una fortaleza sobre tierra, era un bunker completo bajo ella. Megot fue al Castillo Real y se dirigió a sus aposentos, abrió su baúl y tomó la vara que tenía la Shidraha.

Entonces subió a la torre más alta del castillo, y allí levantó la vara con firmeza, mientras furioso gritaba una y otra vez «¡Herda!». Entonces la Shidraha volvió a traicionar al Demonio, y lanzó sus brillos malignos sobre toda la ciudad. Estos destellos amarillentos parecieron quemar a los saurios voladores y asustar a los fantasmas, que, aterrados al ver la maldición de la Shidraha, buscaron cualquier sombra cercana o cualquier escape de la ciudad.



Juan Esteban Peláez

Fue tan poderoso el brillo de la Estrella del Inframundo, que hasta el saurio de Alanior se espantó; y por más que el general lo golpeó para que siguiera adelante, el monstruo se negó y se alejó del Castillo Real, escapando por la misma fisura del techo por la que había entrado. Los crimeos se vieron obligados a hacer lo mismo y escaparon de la ciudad, aterrados por la Shidraha y lo que mostraba a su paso.

Y al verse desprotegidos por los saurios voladores los fantasmas en la ciudad se vieron vulnerables. Entonces Agot, duque de Larul y sobrino del rey, salió ondeando su estandarte y gritando furioso. Y tras él salieron todos los defensores del Castillo Real, que no eran pocos, y se lanzaron contra el enemigo. Aunque algunos crimeos atacaron a los Hombres en tierra, casi todos escaparon de Dan-Silum, incluyendo al Yúcida.

Pero no todo estuvo a favor, pues en medio de la batalla, algunos crimeos lanzaron flechas y venablos, y dardos venenosos contra Megot. El rey sostuvo la vara con la Shidraha en alto, hasta que el alba llegó del todo. Cuando el amanecer brilló, furioso y desdeñoso, Megot había sufrido muchas heridas: Dos flechas en el torso, un dardo en el muslo derecho y un venablo en el pie. Desde ese día, Megot significó en el idioma de Herda «El que muere de pie». Así se recuerda a Megot, el rey más gallardo de su era y el más querido después de Dan-Silum y Morlán.

109

Segundos después de que la Shidraha brilló en lo alto del Castillo Real, los goznes y las trancas del castillo sur cedieron, la puerta se melló y los fantasmas entraron en furioso tropel como una turba endemoniada. Pero fueron recibidos con filosas espadas y pesadas hachas. Los Hombres se lanzaron contra ellos, emanando vapor de sus bocas y sintiendo el frío glacial de la muerte frente a ellos.

En medio de este frenesí, Méladriel y Éliot se lanzaron hacia la puerta, blandiendo sus armas. Méladriel, ahora temeraria, parecía haberse acostumbrado a la adrenalina, y, más valiente que algunos de los Hombres, encaraba al enemigo sin temor.

Entonces los enemigos tuvieron que retirarse de la puerta. Cuando Méladriel salió del castillo, vio que en los jardines aledaños se desenvolvía un verdadero cataclismo: Espectros se enfrentaban a miles de Hombres que salían de todos los edificios cercanos. Las negras armaduras y las espadas pulidas ahora brillaban bajo la luz de los soles, mientras la Shidraha espantaba a los crimeos que, furiosos, seguían rondando la ciudad como un perro que desea atacar pero que ha sido apaleado por su amo.

Y, de súbito, la joven sintió cómo un viento furioso le rozaba el rostro. Al principio, Méladriel quedó inmóvil, pero cuando reaccionó se agachó; y por sobre su cabeza pasaron varias flechas. Méladriel, con el corazón muy agitado, permaneció agazapada por unos segundos, pero su mundo pareció ennegrecerse al ver que Éliot caía violentamente a su lado, inerte y soltando un pequeño y ahogado gemido.

El gran pintor de Herda, Éliot de Dan-Silum, había recibido dos flechas, una en su ojo derecho y otra en su brazo. No sufrió, pero sucumbió frente a Méladriel, la joven que lo



Juan Esteban Peláez

acompañó por las Tierras Espectrales. Uno de los tres sobrevivientes de la horrible campaña había caído en la defensa de su amada ciudad.

Nadie sabe cuántas veces Méladriel gritó el nombre de Éliot, pero se supo que la joven no se levantó de allí hasta que el anochecer llegó y la batalla culminó. Y tanto fue el impacto de Méladriel, que nunca notó que Sara, la amada del pintor, estuvo a su lado por horas, llorando desconsolada. Tampoco se dio cuenta que Cranior, el Yúcida de Macrhas, había ordenado la retirada al ver que la Shidraha amedrentaba a sus tropas. Méladriel ni siquiera se dio cuenta que habían ganado la batalla. Simplemente permaneció allí, al lado de Éliot, mirando el blanco rostro del pintor y aferrándose con fuerza al collar que él le había regalado. Ni siquiera se dio cuenta que Algar había estado a su lado todo el tiempo.

Las lágrimas, negras por el maquillaje, rodaron una y otra vez por horas, mientras recordaba con desconsuelo las peligrosas aventuras que había pasado juntos. La joven había sufrido pérdidas, pero después de la caída de Alora, la joven jamás pensó que ese dolor se iba a repetir. Así, en medio de humaradas negras y edificios destruidos, cayó Éliot, el creador de la pintura que más tarde turbaría mentes y cambiaría el curso de la guerra.

Olvidando todo lo sucedido por un momento, Méladriel entró cabizbaja y destrozada al castillo sur, acompañada por Algar. Nada le dijo la joven al Mago, pues en verdad no deseaba hablar. Una amargura indescriptible se había acunado en su ser, como un clavo en su corazón. La joven, casi sonámbula, subió y entró al salón del segundo piso, callada y con la cabeza baja. Se sentó contra la pared, en el suelo, y allí permaneció por horas.

Poco después llegó Máthor. -¡Méladriel, ganamos! -dijo el arquero, intentando animar a la joven.

Pero Méladriel ni siquiera lo miró. -Que bien -dijo con gran desgana. La joven no hacía más que pensar en todo lo que le había sido arrebatado: Alora, Arcalón, Sergail, Ángor, Londrake, Asholf, Maron, Kor, Eret, Helad y ahora Éliot. Sólo faltaba que Algar se fuera de su lado para que su desdicha fuera completa.

-Es mejor dejarla descansar -aseguró Algar al arquero.

Este último asintió.

Y, en medio de la oscuridad de una nueva y triste noche, Méladriel bañó con sus lágrimas el salón, al mismo tiempo que las lágrimas de los pobladores intentaban disipar las humaradas y limpiar la sangre de Dan-Silum. Esa noche la Estrella de Jores no fue visible desde Herda; pero la batalla había terminado.

110

Pasaron dos melancólicas y tristes semanas. Méladriel, sin salir del salón, sólo comía obligada por el Mago. Dormía poco y casi no hablaba. Entonces Algar decidió que era hora de llevar a Méladriel por fin a Verdelheid, a su amada casa. La joven ya había pospuesto el viaje una vez, y Algar no deseaba que lo hiciera dos veces. Aunque era muy querida y conocida en Dan-Silum, Algar sabía que Méladriel estaría más segura en Verdelheid, un poco más lejos de las garras de acero de Irgoliath.



Juan Esteban Peláez

Méladriel, renuente, decidió acompañar a Algar al Castillo Real para ver la coronación del nuevo rey. Después de la muerte del gran Megot, Agot, duque de Elel-Larul, era el firme candidato a la corona. Agot era muy amado en Herda, y por lo mismo, no hubo objeción a su coronación.

La ceremonia fue en verdad simple. El duque se puso la corona y se proclamó rey de Herda, sin coros ni carruajes, y en medio de escombros y lágrimas. A Méladriel poco le importó eso en ese momento, pues la pérdida de Éliot todavía ardía en la memoria.

Después de la coronación, Algar y Méladriel fueron citados a una reunión importante. Ambos aceptaron ir. En esta reunión estuvieron los generales más importantes de Herda y algunos nobles que Méladriel nunca había visto. También estaba Égorad. Aunque Méladriel deseaba hablar con él sobre la pérdida de Helad, el almirante la evitaba.

-Los he citado porque los momentos funestos están lejos de irse -dijo el nuevo rey, iniciando así la reunión.

-¿Qué sucede? -preguntó Algar sin vacilar.

-Cranior de Macrhas, se ha retirado a Koral -dijo el rey, que después de tomar un poco de agua, prosiguió. -Si dejamos que Cranior escape a Gorthgath y a su Almena, estaremos destruidos.

-¿Por qué? -preguntó uno de los generales, el más joven.

-Porque Él no le negará un ejército a un Yúcida -respondió Égorad-. Irgoliath le ordenará a Cranior que invada Herda a cualquier precio. Dicho de otra manera, si Cranior escapa, vendrá con un ejército mayor y más poderoso.

-Pero evitar que un Yúcida escape es inevitable -aseguró Algar mientras se recostaba en la silla-. Ningún Hombre saldrá bien librado si se enfrenta a uno de los Seis -añadió, al mismo tiempo que se mecía la blanca barba.

-Sí, lo sé -respondió Agot-. Pero podemos hacer algo para que el Yúcida lo piense dos veces -añadió.

Entonces Algar se inclinó sobre la mesa para ver mejor el rostro del rey. -Escucho.

-El Yúcida puede escapar solo, pero debemos evitar que escape con lo que le queda de ejército. Cranior todavía tiene al mando los Espectros que fueron espantados por la Shidraha.

-¿Y qué propones? -preguntó Méladriel con voz débil, un poco más interesada en el tema.

-Me han llegado dos noticias, una del norte y otra del sur -dijo Agot-. La del norte se refiere a los poblados de la Cordillera de Nínilver. Ellos, al saber de nuestra hazaña, han decidido ayudarnos. Hace ya algunos días que enviaron refuerzos.

-¿Y del sur? -preguntó otro de los generales.

-Noticias de Arsej-Tarar -respondió Agot.

Entonces Méladriel abrió los ojos atenta. -¿Y qué dijo? -preguntó ansiosa.

-Va hacia Koral con un ejército gigantesco -respondió el rey.

-Si juntamos fuerzas en Koral, quizás podamos destruir el ejército de Cranior -dijo uno de los generales.

Y Agot asintió. -El carrud de Darrelli llegará a Koral en una semana a lo mucho, debemos sincronizar un ataque para atacar a Cranior desde el norte -dijo el rey mientras señalaba la ciudad de Koral en un mapa muy viejo.

-Mientras el carrud y los Jerládrim atacan desde el sur -añadió Algar mientras señalaba los Desiertos de Jerlán.



Juan Esteban Peláez

Y Agot volvió a asentir. –Pero las tropas están agotadas, y muchos Hombres se negarán a ir a Koral -y mirando a Méladriel, añadió: -Por eso te necesitamos.

Méladriel abrió los ojos grises, sorprendida. -¿A mí? -preguntó más espabilada.

Agot asintió. –Los Hombres te quieren y te seguirán a cualquier parte. Mis tropas me son fieles, pero las tropas de Megot te conocen más a ti que a mí.

-¡No! -se apresuró a increpar Algar-. Méladriel no está lista para luchar de nuevo. Se expuso mucho defendiendo esta ciudad, y no se volverá a exponer.

-Lo sé -dijo el rey-. Méladriel no se expondrá, pues estará a mi lado siempre -aseguró Agot-. Si Méladriel muere la moral morirá, y el ejército también. Una victoria sin Méladriel sería más una amarga derrota. Sólo te pido que vayas a Koral y que sirvas como incentivo para los Hombres; no más.

Méladriel permanecía callada. Y después de unos momentos preguntó: -¿Y después qué?

-Volverás a tú hogar, si quieres. Aunque aquí eres considerada una reina -aseguró Agot.

-Pero una reina a la que Irgoliath le pondrá precio -aseguró Algar, receloso-. Ella irá a Verdelheid, lejos de la guerra -añadió.

Méladriel permanecía en silencio.

-Méladriel, te necesitamos en este momento. Ayúdanos por última vez. Ve a Koral y observa cómo Herda derrota las tinieblas que el Demonio quiere lanzar sobre nosotros -pidió el rey.

Méladriel pensó por unos momentos más. Durante ese rato se planearon los preparativos de la nueva marcha. Agot esperaba dos días más a los Nórdicos de las montañas septentrionales y marcharía hacia el sur, Utum arriba, hacia Koral. También se habló de la Shidraha, pues Agot debía llevarla consigo para poder ver a los fantasmas y atacarlos. Uno de los generales mencionó la retirada de Alanior y sus saurios voladores a Gorthgath, por lo que podrían marchar al sur sin el temor rondando los cielos.

Lo que en verdad motivaba a Méladriel era vengar a Éliot, y también a Alora, Helad, a Asholf, a Maron, a Kor y a Eret. Además, parecía ser que la joven había desarrollado un amor por el belicismo que sólo los generales debían tener. Méladriel ya había estado en fieras batallas, y había tentado a la muerte más veces que muchos de los generales que estaban sentados a sus lados. También quería ver de nuevo al carrud Arsej-Tarar para agradecerle de nuevo por su atención mientras estaba en Darrelli.

Entonces Méladriel habló: -Verdelheid y Villa Ángel me han esperado un par de años, no veo por qué no me pueden esperar unos días más. Tanto en Jerlán como en Herda me han tratado como una princesa, y no veo el motivo por el cual no puedo pagarles por lo menos con mi presencia. Aunque amaría quedarme en Herda, mi corazón está en mis tierras. Espero poder ser tan feliz allá como acá. Iré a Koral como agradecimiento por todo lo que han hecho por mí. Y si es necesario, blandiré de nuevo mi espada.

-Méladriel -dijo Algar con una desilusión enorme-. ¿Volveremos a lo mismo? -preguntó. Y Méladriel asintió. –No me iré de Herda sin ver destrozado al ejército que osó atacar Dan-Silum. Es mi último deseo antes de volver a Verdelheid -dijo la joven, que, suspirando, añadió: -¿Cuándo partiremos?

Antes de que el alba rompiera la noche, Méladriel fue al salón de los tronos del Castillo Real, acompañada de Algar y de Máthor. Allí estaba su retrato, pintado por Éliot en



Juan Esteban Peláez

matices dorados. Méladriel se acercó a la invaluable pintura y poniéndose de puntitas para alcanzarlo, lo bajó y besó su marco de oro.

-Nunca te olvidaré, Éliot de Dan-Silum -afirmó Méladriel con profundidad mientras miraba el cuadro con detenimiento. Entonces se empinó para ponerlo de nuevo en su sitio, suspiró y miró al Hombre y al Mago. —¿Ya es hora? -preguntó la joven.

Y Algar asintió. —Vamos a las caballerizas.

Los tres bajaron las escaleras tapizadas de verde y dorado y bajaron a la caballeriza del Castillo Real amparados por el calor de las antorchas. Allí Méladriel montó su caballo bayo mono, regalado por el carrud, y se apresuró a salir del castillo. Tras ella el Mago y Máthor.

El frío del amanecer golpeó los cuerpos de los tres con inclemencia. Pero sin prestarle mucha importancia al clima, se dirigieron en medio de la bruma, que poco a poco se disipaba hacia el portón de la ciudad. Anduvieron por las calles empedradas y las amplias casas, y cruzaron los muros. Y afuera, en la planicie, se encontraron con el rey Agot, que tenía la Shidraha engarzada en su estandarte. También estaban sus generales y miles de Hombres que esperaban ansiosos a Méladriel. Pero esta vez no había sólo Hombres de Herda; esta vez había varios Hombres de armaduras grises bajo pieles de lobos y osos, rubios o pelirrojos.

Así, en medio de la bruma blanca y con el terrible brillo de la joya en sus cabezas, el ejército de Herda se dirigió hacia el sur, entonando vítores de venganza y cánticos que hablaban sobre Megot y la Shidraha. Esta vez Herda, Nínilver y Jerlán se vengarían del Demonio.

Ahora bien, al frente del ejército, de unos siete mil Hombres, había varios batidores para despejar el camino. Pero quienes encabezaban la marcha eran Agot, Algar, Máthor, Méladriel y tres de los generales más importantes para el rey.

Méladriel marchaba sobre el Bayo. El caballo era pequeño y estaba finamente enjaezado de negro y gris. Tenía un faldón negro, y sus bridas estaban enjovadas con perlas y diamantes. La joven lucía su armadura negra sobre el mithril. Sobre la cabeza la tiara negra, y sobre sus hombros una capa gris. Su espada corta envainada y su carcaj lleno de flechas pendiendo en la espalda. Sostenía su arco en su mano izquierda, mientras con la otra se aferraba a las riendas del Bayo.

El rey cabalgaba al lado de la joven, y ostentaba una poderosa corona de oro y diamantes sobre un yelmo enterizo. Su capa negra ondeaba al paso del viento y su armadura oscura relucía bajo los soles. Su corcel blanco tenía un faldón blanco como la nieve, y su larga espada brillaba desdeñosa. De vez en cuando se unía a los vítores, y les lanzaba a sus acompañantes una sonrisa.

Algar, en cambio, permanecía en silencio, claramente envejecido y flaco, mirando bajo su sombrero en punta siempre hacia el frente, a las lejanas colinas y a las hondonadas aledañas. De vez en cuando desviaba la mirada a las arboladas cercanas, y seguía con su vista a los batidores lejanos que ondeaban estandartes negros. Algar se sentía cansado, con muchos años aplastándole el cuerpo; pero no quería dejar aún a Méladriel. Máthor



Juan Esteban Peláez

también permanecía en silencio, con el arco en su mano izquierda, pues era zurdo, y con su armadura plateada brillando bajo el día.

Égorad, el Tiburón de Magmatrión, guiaba a sus tropas en la retaguardia, mientras sostenía el estandarte de Alheid; una Sirena blanca en una bandera azul. El Tiburón, sin una oreja a causa de la batalla, recordaba la pérdida de Helad y de sus Hombres con furia, y deseaba venganza. Su armadura semejaba los corales y su capa azul al mar.

Así marcharon tres días a marcha forzada. Y cuando estuvieron tras las colinas que rodeaban Koral, donde el río Utum siseaba a la izquierda entre arboladas frondosas, el rey ordenó montar campamento.

-Esperaremos en este sitio hasta que los Jerládrim lleguen -aseguró Agot mientras miraba su alrededor-. Quiero zanjás allí y allí, y allí una empalizada. No quiero sorpresas -ordenó.

El campamento, levantado al otro lado del río, fue armado en día y medio, formando un fortín improvisado para evitar ataques. Mientras tanto, la espera se hizo interminable, pues todos estaban ansiosos de enfrentar al enemigo y vencerlo. El miedo a los fantasmas había sido mitigado, y los Espectros ya no eran tan temidos como antes.

Ahora bien, Méladriel no hacía más que pasearse en silencio por entre las tiendas, halagada por muchos Hombres. La joven aceptaba estos halagos con dulzura, pero en su interior la pérdida de Éliot no había sanado. La gran mayoría del tiempo permanecía callada y ensimismada, y, a menudo, olvidaba la batalla que se avecinaba.

Y al alba dorada del séptimo día en el campamento, un cuerno irrumpió y todos los Hombres salieron de las tiendas. Aunque se habían presentado escaramuzas durante estos días, la señal que Agot tanto había esperado por fin llegó: Los cuernos y los tambores Jerládrim. Apenas los cuernos de los Hombres de los Desiertos quebraron la calma de la mañana, el rey de Herda se levantó y se apresuró a organizar sus tropas.

Méladriel también salió de la tienda, sin siquiera peinarse, y vio que todos los Hombres tomaban apresurados sus armas y sus armaduras, y levantaban sus estandartes negros.

Momentos después llegó Algar. -Debemos acabar esto de una vez por todas -aseguró mientras se acomodaba el sombrero y examinaba su vara-. No te alejarás de mí en ningún momento, y contra eso no hay objeción -agregó.

Méladriel asintió, mientras sentía la adrenalina correr por todo su cuerpo. Entonces volvió a la tienda y puso su armadura y su tiara. Enfundó su espada y se colgó el carcaj en la espalda. Y rápida, montó a Bayo y se apresuró a la cima de la colina más cercana, acompañada por Algar y Máthor, y varios Hombres. Cuando la joven llegó a la cima, vio a Koral, humeante y hundida en gritos desesperados. Y más allá, al sur, sobre una llanura verde, la batalla.

Cranior había previsto que la Shidraha defendería a los atormentados de Herda y traicionaría a Irgoliath. Por eso había mandado a llamar más de sus huestes para que se reunieran en Koral. Aunque todas sus tropas todavía no estaban listas para atacar de nuevo Dan-Silum, ya eran muy numerosas. Pero ni Cranior ni Alanior habían previsto que los Reinos Occidentales se unieran para dar batalla en Koral, con la joya entre ellos para unir vivos y muertos, y no esperaban a Arsej-Tarar ni a los Jerládrim. Grande fue la sorpresa del hechicero de Macrhas cuando se enteró que un ejército gigantesco venía desde el sur,



Juan Esteban Peláez

de los Desiertos de Jerlán, directamente a Koral. Casi al mismo tiempo Cranior dióse cuenta que Agot, portador de la Shidraha, había desplegado sus tropas hacia su misma posición. Apenas se enteró de esto, Cranior escapó de Koral, dejando a su ejército a su suerte.

112

Ahora bien, Méladriel vio cómo las tropas enemigas intentaban formar una desesperada defensa contra los Hombres sobre elefantes, caballos y camellos que se dirigían en furioso tropel hacia ellos. La Shidraha, ahora cerca, permitía ver al traslucido enemigo caer presa de los Jerládrim. Y lo que más asombró a Méladriel fue el animal que los Hombres de Occidente llamaban *milmidón*. Los milmidones eran paquidermos enormes, casi del doble de los elefantes comunes y de cuatro colmillos: dos rectos en la barbilla y dos curvos y enormes bajo la trompa. Eran blancos y eran adorados como deidades, pues los Jerládrim pensaban que eran las mascotas de los dioses.

La joven siguió con la mirada a un milmidón de faldón púrpura y dorado que mugía y marchaba frente a las tropas Jerládrim con paso tronante, y con furia y violencia. Sobre el enjaezado animal estaba Arsej-Tarar en compañía de tres corpulentos Hombres que lanzaban venablos a diestra y siniestra. Al mismo tiempo, el milmidón pisoteaba enemigos como se pisotea la hierba.

Y tras el enorme animal, los jinetes y arqueros Jerládrim irrumpieron y rompieron todas las formaciones enemigas. Los elefantes molieron a los enemigos, y los camelleros y jinetes los abatieron, blandiendo sus cimitarras mientras rugían y la sangre les hervía.

-Es hora de luchar -dijo el rey a la joven.

Y Méladriel suspiró y asintió, y tal como se había planeado, fue ella quien sopló el cuerno, mientras Algar ondeaba el estandarte con la Shidraha a la vista de todos los Hombres, que, animados y con los corazones fervientes, salieron a correr cuesta abajo hacia Koral, y muchos hacia su eterno descanso.

Pero los enemigos no eran pocos ni eran débiles. Muchos se lanzaron a detener a los elefantes de los Jerládrim, y muchos mataron a los enormes animales con sus lanzas. Y otros lograron detener el avance de los jinetes y camelleros Jerládrim. Al mismo tiempo, varios saurios voladores descendieron sobre Koral, y se lanzaron como aves rapaces sobre los soldados de Herda que descendían las colinas cercanas al poblado. Muchos perecieron mientras bajaban las cuestas. Sin embargo, Agot no dudó y mandó el resto de sus tropas, quedándose solamente con su guardia personal.

Los saurios volvieron a abalanzarse sobre los Hombres de Herda, pero esta vez fueron recibidos con jabalinas y flechas, y tuvieron que retirarse. Entonces los Hombres del rey entraron a la batalla y blandieron sus espadas y hachas, y lograron dividir el enemigo. Entonces los Jerládrim se lanzaron entre las huestes y lograron atravesarlas.

En ese instante Méladriel vio que, por las colinas orientales, donde los bosques eran densos y verdes, salía un nuevo contingente de Hombres de los Desiertos, dirigidos por



Juan Esteban Peláez

otro carrud, el general de Tirrem, montado sobre otro milmidón de jaeces rojizos y majestuosos. Tras él, diez elefantes más y casi cinco mil jinetes y camelleros.

Estas nuevas tropas descendieron furiosas como una marea que desea limpiar las costas, y con sus pendones en alto y sus trompetas retumbantes bajaron en rápida y furiosa carga contra el flanco derecho del enemigo, barriendo todo a su paso. Y el segundo milmidón, en medio de flechas y dardos, logró llegar hasta el corazón del negro ejército, causando allí caos y confusión.

Pero la bestia que sostenía a Arsej-Tarar ya estaba muy débil, pues estaba lleno de flechas y lanzas; como un erizo. Entonces a Méladriel volvió el instinto temerario y las ansias de lucha, y valerosa, tomó su arco con fuerza, y sin decir una sola palabra cabalgó cuesta abajo mientras el viento le ondeaba el cabello negro entre la tiara. Ella sabía que todos la seguirían y la protegerían, por lo que se sintió segura al cargar. Tras ella, y llenos de valor y furia, fueron los Hombres restantes, menos la guardia del rey.

-¡Méladriel, Méladriel! -gritó Algar una y otra vez, pero no logró retenerla.

Entonces Máthor púsose el yelmo y miró a Algar. -Aquí vamos de nuevo -dijo el Hombre de Viento.

Y Algar, molesto pero renuente, asintió. -Entonces que no quede en pie ningún enemigo -dijo mientras se quitaba el sombrero y entregaba la Shidraha al portaestandarte. Y sin decir más, ambos cabalaron ladera abajo, intentando alcanzar a Méladriel, que era la primera en la carga.

La joven, con la cabeza palpitante y jadeando de las ansias y del temor, bajó la cuesta y cruzó el puente de piedra sobre el río Utum. Cruzó Koral sin detenerse, mientras los negros saurios volaban sobre su cabeza, y de repente se vio rodeada de muerte y ruina. Sin embargo, aunque el peligro era constante, Méladriel no se detuvo, y en vez siguió hacia el milmidón, alto como una torre y blanco como la nieve.

Y cuando ya estuvo cerca, se detuvo y sacó flecha tras flecha de su carcaj, y empezó a disparar a los enemigos más cercanos, con los ojos refulgentes como un fuego azul. Con una puntería precisa, causada por tanta práctica, Méladriel abatió desde el lomo de su caballo a unos cuantos enemigos de túnicas negras. Esto lo pudo hacer porque apenas se detuvo, los Hombres que la seguía la rodearon para protegerla, y como eran fieros, lograron formar un perímetro alrededor de la joven que, gallarda y con los cabellos danzantes, lanzaba una y otra flecha, casi siempre impactando su blanco.

Al ver este acto tan valiente por parte de Méladriel, muchos de los Jerládrim que estaban cerca se sintieron más animados, y con la moral en alto arremetieron de nuevo y mataron a muchos enemigos. Y Arsej-Tarar, que también había visto a Méladriel desde el lomo del paquidermo, hizo todo lo posible para alejar a la bestia enorme de la jovencita. Los milmidones eran impredecibles, y el enorme animal podía aplastar a Méladriel en un ataque de furia. El carrud lo logró, y dirigió al milmidón hacia el sur, acabando con la resistencia que allí se formaba.

Los saurios todavía rondaban el aire, y desgarraban las nubes y la carne, pero cuando el carrud de Tirrem llegó a la batalla, supieron que la batalla estaba perdida. Y los enemigos se vieron corriendo en desorden hacia todos lados, incluyendo hacia el norte, hacia el río Utum, donde muchos murieron ahogados. Así culminó la Batalla de Koral.



La Batalla de Koral fue una de las últimas donde todos los ejércitos de los Reinos Occidentales se unieron para luchar contra un enemigo común. Después de la batalla, los Jerládrim volvieron a los desiertos, y los Nórdicos, rubios y de alta talla, volvieron a la Cordillera de Nínilver.

Y la victoria había sido muy súbita e inesperada. Era la primera vez que uno de los Yúcidas era sorprendido a la defensiva, y Dan-Silum se había convertido en la única ciudad que había podido frenar el ataque del Mal. Esto hizo que Irgoliath considerara a Herda como un enemigo fuerte, y volvió a sus fosos para mejorar sus planes.

113

Ahora bien, los festejos no se hicieron esperar, y la comida y la bebida abundaron entre la música festiva y las risas de alegría. Los cánticos sobre la victoria retumbaron por tres días seguidos en Koral y en Dan-Silum.

Pero había algo que inquietaba a Agot: Muchos Hombres habían visto a la valerosa Méladriel en batalla, con su corona y su capa gris. Y muchos le juraron lealtad antes de hacerlo al mismísimo rey. También los Jerládrim estaban agradecidos con la joven, que habíase arriesgado sin siquiera ser oriunda de esos reinos. Arsej-Tarar, infinitamente agradecido, le hizo muchos regalos y le dio cientos de perfumes, más que todo de durazno, el preferido de la joven. También le regaló ropas de seda y mucho oro. Poco a poco, Méladriel habíase convertido en una de las personas más influyentes de todos los Reinos Occidentales.

Por lo mismo, Agot se sintió envidioso por la fama de la joven y por la lealtad que sus Hombres le tenían. Entonces fraguó un plan, pues no deseaba que su reinado quedara en duda. Si Méladriel decidía obtener el trono de Herda, los Jerládrim y mucho de los Hombres de Herda la ayudarían, y entonces lo derrocarían.

Con esto en mente, el rey realizó un gran banquete. Agot había decidido agradecerle a sus generales y a algunos nobles por coronarlo y por ayudarlo en Koral. Entre los invitados estaban, obviamente, Méladriel, Algar y Máthor. También estaba Sara, amada del fallecido Éliot. En el banquete se le hizo un merecido homenaje al pintor.

Y para culminar, Agot levantóse de la mesa y propuso un brindis que dejó a más de uno boquiabierto. –Este brindis no es sólo para agradecerle a mis generales por la victoria, sino también agradecerle a la dama Méladriel de Verdelheid -dijo el rey, que levantando su copa de oro llena de vino, prosiguió. –Es valerosa, además de hermosa, y creo que todo el reino de Herda desearía tenerla como reina. Por lo mismo, creo que es conveniente pedirle a Méladriel que sea mi esposa.

Todos en el banquete enmudecieron. Pero quien quedó más pasmada fue Méladriel, que nunca había esperado eso. La joven permaneció en silencio y con los ojos grises muy abiertos a causa de la sorpresa, y su boca entreabierta.

Al mismo tiempo, Algar se levantó de la mesa, con los ojos relampagueantes, y dijo: - Méladriel no es de Herda, y no estaría bien visto que la reina de Herda fuera extranjera.



Juan Esteban Peláez

Los reyes son los que crean la imagen del reino, y no sería bueno que el linaje real fuera cortado tan abruptamente.

-Sí -se apresuró Máthor-. Yo que soy extranjero lo digo. Usted, majestad, debería fijarse en alguna de las duquesas del reino, y no en Méladriel, que, sin deseos de ofenderla, no tiene linaje en absoluto; y aunque sea amada por muchos, sigue siendo ante los ojos de la nobleza como una plebeya.

Méladriel seguía sin inmutar palabra alguna. Sabía que el peso de una corona a duras penas compensaba los gustos de una reina.

-¡La decisión es mía, no de los nobles; y ellos harán lo que yo diga! -dijo Agot, arrogante y furioso.

Entonces la joven pareció reaccionar. -No, su majestad, la decisión es mía -dijo. Para una persona normal esta respuesta habría sido una sentencia de muerte; pero Méladriel, que estaba bien enterada de su creciente poder, podía darse el lujo de contradecir al rey.

Agot también sabía esto, y por lo mismo, tuvo que tragarse su orgullo. -¿Entonces cuál es tu decisión? -preguntó el rey.

Méladriel bajó la cabeza por un momento, escondiéndola de la luz de las lámparas. Entonces recordó a Arcalón, y a ella llegó una visión que se había vuelto muy familiar: Lluvias torrenciales, un mar embravecido y un barco de velas blancas que se mecía furioso entre las olas. Esa visión la había tenido por primera vez el día que se había despedido de Arcalón en Villa Ángel; pero con el tiempo se había aclarado. Aunque Méladriel se reprochó muchas veces la decisión tomada en ese momento, en ese momento no hubo vuelta atrás.

-¿Entonces? -volvió a preguntar Agot, esta vez más impaciente.

Méladriel aún dudaba. -Majestad, creo que debo pensar con más detenimiento tal propuesta -dijo de manera astuta.

Pero esto irritó de sobremanera al rey, que se sintió despreciado. -¿Qué hay que pensar?! ¿Cómo es posible que una plebeya necesite pensar en comprometerse conmigo?! -gritó furioso.

Esta reacción tomó por sorpresa a todos los de la sala.

Méladriel temió entonces, pero al ver el rostro del resto de los nobles se sintió respaldada.

-Majestad, sólo estoy pidiendo tiempo; no es un desprecio -dijo intentando calmar al rey. Pero esto fue en vano. -¡A mí nadie me reta! -dijo Agot-. Ya que desprecias al rey, entonces tienes dos días, Méladriel de Verdelheid, para volver a tus miserables tierras. Ya no serás bienvenida en Herda mientras yo esté en el trono.

-¿Cómo puede decidir eso si ellos lucharon a nuestro lado para expulsar al Diablo?! -exclamó un noble muy irritado.

-¡Si no es a mi lado, no es bienvenida en Herda! -reiteró Agot-. Yo soy el rey, y yo decido. Muchos nobles se molestaron e increparon al rey.

-¡Entonces me iré! -exclamó Méladriel finalmente-. Ya hice lo que debía hacer, incluso más, y no me arrepiento de nada. No volveré a Herda, por lo menos mientras usted, «majestad», tenga esa corona puesta. Pero espero que me recuerden, usted y todos los presentes, cuando en el cielo nocturno brille la Estrella de Jores.

-No debes irte Méladriel, no lo permitiremos -insistió otro noble.

Pero la joven negó con la cabeza. -Es lo mejor para todos -aseguró mirando a Algar.

Y el Mago, aliviado, asintió. -En verdad es lo mejor -aseguró claramente satisfecho.

-Si no se ha ido en dos días, enviaré a mis guardias -aseguró el rey.

-No habrá necesidad -dijo Méladriel, mientras altiva, se retiraba de la mesa. Tras ella Algar.



Juan Esteban Peláez

Entonces Máthor miró a Agot con ira, y dijo: -Si no fuera porque mi familia le sirvió a su tío, el gran Megot, le aseguré que renunciaría a mi cargo en este momento. Y el rey, con una sonrisa sardónica, respondió: -Pero así no son las cosas.

Apenas llegó a sus aposentos, Méladriel se lanzó contra la cama y empezó a empapar las almohadas con lágrimas. Nunca en su vida se había sentido tan utilizada. Algar llegó casi de inmediato, y se apresuró a darle palabras de consuelo.

-Algo es cierto, Méladriel: Tú no eres de estos reinos; tú eres de Verdelheid, del Imperio del Fuego -dijo el Mago.

-¿Pero por qué no puedo ser feliz en ningún sitio? -preguntó la joven con profundidad.

-Algún día lo serás -dijo Algar débilmente, mientras sentía en su interior un dolor enorme. Él había llevado a Méladriel y a Alora por un verdadero infierno, y a menudo se culpaba por eso.

Sin grandes ceremonias ni bellos festines, ni cánticos de agradecimiento, Méladriel salió de Dan-Silum, acompañada de Algar y en el anonimato. A duras penas pudo despedirse de Máthor, pues a nadie más se le permitió verla.

El Hombre la abrazó con fuerza, y lloró. -No quiero dejarte ir- dijo.

Méladriel también lloró, pero secándose las lágrimas dijo: -Al menos sé que estás vivo. Por favor cuídate.

Y Máthor asintió, y le dio varios regalos. -No me olvides -pidió.

Y ella sonrió. -Nunca lo haré.

Méladriel salió vestida con una manta negra con capucha para que nadie la reconociera. Tras ella estaba Algar y una carreta repleta con los regalos que los Jerládrim le dieron. Lo único que Méladriel se llevó de Herda fue la armadura negra que el rey Megot le regaló, la tiara, el arco y la capa gris, además de bellos recuerdos.

Salió montando Bayo por la pequeña puerta norte, dejando atrás las grandes pagodas, los hermosos templos y las casas de techos con aleros anchos, los baños termales y gran parte de su vida. Entonces dirigióse a los Muelles de Adsul, donde una embarcación enviada desde el imperio insular de Alheid la esperaba. Méladriel habíase vuelto famosa por sus hazañas, y esta fama llegó a oído de Melina, la Majestad de las Aguas.

Después de que Méladriel se fue de la ciudad, el equipo de propaganda del rey hizo todo lo posible por desmeritarla, mas no lo logró. Aunque mucho se dijo sobre la partida repentina de Méladriel, no dejó de ser querida por los ciudadanos y por los mismos soldados que le servían a Agot.

Sin embargo, aunque Agot fue malvado con Méladriel, fue un rey bueno y muy querido por su pueblo. Se puede decir que mayor error que cometió fue haber exiliado a Méladriel. Pero, aunque estaba exiliada, la historia de Méladriel en los Reinos Occidentales no se detuvo ahí, y ella parecía saberlo, porque no miró hacia atrás cuando se fue de Dan-Silum. Muchos estudiosos aseguraron que las palabras de Méladriel al salir la ciudad fueron: «No me despido de Dan-Silum porque sé que los hados me traerán de vuelta». Méladriel nunca volvió a pisar las dunas de los Desiertos de Jerlán, y nunca volvió a ver a Máthor y a Agot, pero su historia en Herda continuaría.



Ahora bien, Méladriel habíase acostumbrado a las largas jornadas de viaje. Por lo mismo, a la joven ya no se le hizo tan complicado dormir sobre la silla del caballo o en la fría y húmeda hierba, a la intemperie. También había aprendido a encender una hoguera y a diferenciar los frutos buenos de los dañinos. Prácticamente habíase vuelto una exploradora magnífica. Esto hizo que el viaje desde Dan-Silum a los Muelles de Adsul fuera fácil. Cruzaron el Nev por un pequeño poblado llamado Vel y siguieron al norte.

A medida que Algar y Méladriel se acercaban a las costas de Herda, la temperatura empezaba a bajar y las nubes se aglomeraban en furiosos remolinos. Por lo mismo, las estruendosas tormentas no se hicieron esperar. En los Muelles de Adsul, al igual que en toda la costa de Herda, las lluvias casi nunca cesaban, y embravecían el Mar de las Deidades a menudo; esto se debía a la Falla de Broid.

La Falla de Broid, (llamada así por el marinero Broid, quien fue el primero que pudo cruzarla), era una fisura muy profunda, una falla geológica que desprendía vapores gélidos al cielo, y los vientos del oriente hacían que esos vapores se concentraran en las costas de Herda. Sin embargo, esta falla no era intraspasable, pues los Hombres de Alheid habían hecho navíos tan perfectos, que podían cruzar la honda grieta con gran éxito.

Cuando Méladriel llegó a los Muelles de Adsul, vio cómo los enormes barcos y las pequeñas embarcaciones se mecían de un lado al otro, a merced de los vientos y las lluvias. Pero hubo un barco que resaltaba a la vista, el mismo que Algar le indicó.

-En ese viajaremos -dijo el Mago.

El barco era un galeón de cubierta enorme y velas blancas con los emblemas de la Sirena Azul. Su bauprés estaba tallado en forma de Tritón y su mástil era enorme. Apenas Méladriel y Algar llegaron, un almirante, con el rostro oculto por un capuchón azul, ordenó a algunos de sus marineros cargar todas las pertenencias de Méladriel en la bodega. Y los Hombres, muy ordenados y obedientes, asintieron y lo hicieron con velocidad. Y sólo cuando la carreta estuvo vacía del todo, el almirante ordenó llevar los dos caballos a otra gran bodega, adecuada para esa clase de carga. Finalmente subieron por la rampa Méladriel y Algar. El almirante encapuchado ayudó a bajar a Méladriel al casco del barco. Algar subió tras ella, con caminar frágil.

-¡Alcen velas! -gritó el almirante emanando vapor por la boca a causa del frío.

Entonces Méladriel, al escuchar la voz, se volteó rápidamente y clavó la mirada en el Hombre, que tenía el rostro cubierto. -Conozco esa voz -dijo entre las gotas de lluvia, intentando reconocerlo.

El almirante miró a Méladriel entre la cortina lluviosa y la niebla helada y circundante, y pareció sonreír. -Y yo he visto tu rostro -dijo con profundidad.

-¿Málem? -preguntó la joven, haciendo caso omiso a la fuerte tormenta.

Entonces el Hombre quitóse la capucha y dejó ver su cara entre la lluvia. -Conozco a Málem, Señor del Castillo de Cristal. Es un buen Hombre, pero no soy yo.

En ese momento Méladriel sintió la alegría más grande que había sentido en su vida. Todos sus males parecieron ser olvidados, y el mundo pareció callarse ante el latido de



Juan Esteban Peláez

su corazón, que parecía no poder albergar tanta felicidad. Y sin pensarlo, y olvidando el cansancio, se abalanzó al Hombre, y lo abrazó con mucha fuerza.

-¡No puedo creerlo! ¡Esto debe ser un sueño maravilloso! -exclamó la joven mientras el cabello mojado se le pegaba al empapado rostro.

-Entonces los dos estamos en el mismo sueño, mi querida Méladriel -dijo Arcalón que, superando el nerviosismo, abrazó a la joven como si nunca quisiera soltarla.

-¡Esto es maravilloso! -gritó Méladriel a los cuatro vientos, olvidando todo su alrededor. La felicidad la había invadido del todo. -¿Cómo estás? ¿Dónde has estado? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué sucedió...?

-Una pregunta a la vez -respondió Arcalón, que en ese momento se fijó en los ojos grises de la joven, semejantes a la plata bajo las estrellas. De repente, esos ojos claros parecían haber tomado el brillo de antes; incluso parecieron azules. Arcalón en verdad no deseaba que ese momento terminara; pero terminó.

-¡Señor, los vientos están a barlovento! -dijo un marinero desde la cofa del trinquete.

Arcalón, suspirando y nada contento, miró hacia arriba y asintió. -¡Entonces la salida será más fácil que la llegada! -gritó.

-¿Qué hacemos? -preguntó otro marinero.

-Tengan las velas tensas y sigan el curso, que el viento hará el resto. Y preparen mantas para los viajeros y para los caballos. Recuerden que debemos cruzar de nuevo el Falla -respondió Arcalón.

-¿Y es muy peligrosa? -preguntó Algar, que había estado allí todo el tiempo.

Y Arcalón asintió. Entonces miró al Mago y recordó a Londrake, aunque más viejo y cansado. Se hincó frente a Algar en señal de respeto y dijo: -Mago Algar de la Orden Azul, es un placer conocerlo, y será un placer escoltarlo hasta Falheid. A cambio, le pido que cuando vaya a su hogar le dé mis más sinceras gracias a Londrake de la Orden Roja. Algar, detallando a Arcalón por un momento, asintió. -Así lo haré -dijo.

Entonces Arcalón miró a Méladriel y le dijo: -Hablaremos después, en aguas más calmas. Supongo que tienes mucho que contarme.

-¡No te imaginas cuánto! -exclamó Méladriel con viva voz. La joven en verdad estaba alegre, y esta alegría se la impregnó a Algar, que al verla así sonrió y se animó.

-Pero lo mejor será que bajen a cubierta, si no quieren enfermarse -aseguró Arcalón.

Y ambos viajeros asintieron.

-Sus literas ya están listas, y hay algunas teas colgantes -añadió el almirante, que guiñándole el ojo a Méladriel, subió al castillo de proa.

Entonces Méladriel entendió sus visiones, y sonrió y se culpó por no haber caído en cuenta: El mar embravecido, lluvias torrenciales y un barco. La misma visión que había tenido la última vez que había visto a Arcalón.

La joven esperó por unas interminables horas bajo cubierta, ansiando hablar con Arcalón. La nave se mecía con furia a ratos y las teas se movían incesantemente.

-Así que ése es Arcalón de Metys -dijo Algar con voz seria.

Y Méladriel asintió. -Así es.

-Lo imaginaba distinto -aseguró el Mago, recordando los mensajes que había cruzados con Londrake.

-¿Cómo lo imaginabas? -preguntó Méladriel.

-Tiene el carisma esperado, pero no lo esperaba tan joven.

-Es un poco mayor que yo.

-Es muy joven para gozar de la fama que tiene, además de su poder -aseguró Algar.

-Yo soy más joven y casi soy reina de Herda.



Juan Esteban Peláez

Y el Mago soltó una carcajada, algo que Méladriel no lo había visto hacer durante todo este tiempo. Aunque Algar parecía agotado, ahora se veía más tranquilo; pues sabía que estaba en camino a su casa y a un merecido descanso. –Los tiempos han cambiado mucho. En mis tiempos eran los más ancianos los de más poder, ahora los reyes son jóvenes- dijo.

-¿Y cómo te pareció?

-Simplemente muy joven, no más-. El Mago parecía receloso-. Londrake en sus cartas escribía mucho de él, y de Sergail y de Ángor, pero estoy seguro que los jóvenes que Londrake conoció no son los mismos de ahora.

-¿Por qué? -preguntó Méladriel mientras se peinaba el cabello mojado.

-Porque la batalla que sostuvieron cerca de los Picos Rojos hizo que sus mundos cambiaran -aseguró el Mago.

-¿Por qué lo sabes?

-Una batalla cambia a cualquiera -respondió el Mago.

Méladriel asintió entonces.

–Pero eso no importa en este momento. Lo importante es que por fin estás con Arcalón, la persona que conociste en Villa Ángel, y de la que parece estar enamorada.

Estas palabras hicieron que Méladriel se sonrojara de inmediato. La joven bajó la cabeza, apenada y tímida, y sonrió nerviosa. –No lo sé -dijo.

-Lo sabes, pues el brillo azul de tus ojos te delata -aseguró Algar.

-No puedo negar que no he dejado de pensar en él todo este tiempo, pero ahora no sé qué sucederá -dijo la joven mientras miraba el collar que Éliot había regalado.

-Él tampoco -aseguró el Mago-. Y si te sirve de consuelo, él está tan nervioso como tú, pues él también te esperaba, y ahora no sabe qué hacer.

-¿Cómo lo sabes?

-Se nota-. El Mago se quitó los zapatos y se acostó en la litera para descansar.

-¿En verdad crees eso? -preguntó Méladriel, ansiosa.

Algar la miró y sonrió. –Definitivamente ambos son muy jóvenes. Hazle caso a un anciano que ha vivido seis veces lo que tú has vivido -dijo mientras se acomodaba para dormir-. Aunque no te niego que esta ha sido mi aventura más difícil. Mejor descansa, bella Méladriel, que habrá tiempo para hablar con él -añadió mientras cerraba los ojos.

Méladriel miró las danzantes teas, y sus ojos profundos brillaron a la luz. –Sí, lo mejor será descansar por ahora -se dijo la joven mientras dejaba el peine a un lado y se acomodaba en la litera-. Descansar tranquila -añadió profundamente.

Sin embargo, Méladriel no pudo dormir, pues las ansias no la dejaban. En verdad deseaba estar con Arcalón el mayor tiempo posible. Aunque permanecía con los ojos cerrados, el sueño no la abordaba, al mismo tiempo que sentía cómo la litera se mecía.

Al mismo tiempo, Arcalón luchaba por mantener el curso de la nave. El almirante estaba muy desconcentrado, y sólo deseaba bajar a cubierta y abrazar y besar a Méladriel. Pero la nave necesitaba un almirante, y ése era él. Arcalón había ansiado ver a Méladriel desde que se había ido de Verdelheid, y ahora que la tenía cerca se sentía extraño, pues de repente todos sus anhelos se habían vuelto realidad.

Apenas supo que Méladriel estaba en Herda, Arcalón le pidió a la Majestad de las Aguas, a quien ahora servía, que lo enviara a recogerla (la situación entre Arcalón y Hérself, el nuevo emperador de Falheid, había tenido algunas complicaciones. Así que Melina decidió dejar a Arcalón bajo su protección, aunque el Hombre debía acudir al llamado de Falheid cuando fuera necesario). Arcalón le decía a Melina que no importaban los



Juan Esteban Peláez

peligros, que simplemente lo enviara. Melina aceptó, pues quería mucho a Arcalón y prácticamente le seguía todos los caprichos como una madre a su pequeño.

Méladriel esperó bajo cubierta tres días, y sólo veía a Arcalón cuando este bajaba con comida y bebida, y mantas y ropas secas. El Hombre deseaba que la joven y el Mago estuvieran lo más cómodos posible antes de llegar a la Falla de Brold. Ya Arcalón les había advertido que tenían que cubrirse las bocas con paños gruesos, y los cuerpos con la mayor cantidad de mantas posibles, pues la Falla emitía vapores fríos y mortales.

Y al cuarto día un frío súbito empezó a entrar a cubierta. Fue tan abrupto el cambio de temperatura, que la joven y el Mago a duras penas lograron tomar las mantas, se agazaparon en un rincón cerca de las teas, y allí esperaron mientras el barco crujió y se zarandeaba con violencia. Allí, en la Falla, los vapores emanaban hacia el cielo como una cortina helada, como una catarata invertida que terminaba en el cielo ennegrecido y tormentoso.

115

El cruce de la Falla de Brold no duró más de quince minutos, y, para gracia de todos, no hubo una sola víctima. Esto se dio porque Arcalón habíase vuelto un experto navegante, pues había servido a la Majestad de las Aguas contra las tropas de Héliz, la Apsara del Hielo y reina de Sadamarca.

Cuando las aguas estuvieron más calmadas, Arcalón dejó que la joven y el Mago subieran. Méladriel no esperó y fue al castillo de popa, donde Arcalón estaba acompañado de unos marineros. Apenas Méladriel llegó, los marineros, asombrados con la belleza de la joven, le hicieron halagos; pero al ver el pálido rostro de Arcalón y su mirada fulminante, todos decidieron retirarse.

-Me alegro tanto que todo esto haya terminado -aseguró Méladriel mientras se sentaba contra el parapeto del castillo de popa, cerca del Hombre.

Arcalón la miró con detenimiento, y la vio más hermosa que antes. Sin embargo, también se dio cuenta que no era la misma joven, y que ahora su inocencia estaba lejos. Sus ojos, aunque todavía brillantes, ahora eran más profundos y mostraban más experiencia, y ahora la joven hablaba con mucha más seguridad y elocuencia. Todo esto hizo que Arcalón se intimidara un poco.

Pero no era el único, pues Méladriel también vio un cambio en Arcalón. El Hombre tenía un rostro mucho más fiero y curtido por los viajes en alta mar. Sus ojos también habían cambiado, pues en ellos se veía inteligencia y sabiduría. Incluso estaba más fornido que antes. Era obvio que Arcalón había visto mucho del mundo, y que no era igual al joven que había vivido en Verdelheid, cazando al Híbrido y siguiendo con Londrake y Sergail la Estrella de Jores.

Mas ambos guardaban ademanes y actitudes, como el carisma, la alegría y muchas más. Méladriel todavía seguía siendo la dulce y tierna joven, y Arcalón el perspicaz y carismático Hombre. Sólo habían adquirido experiencias en muchos campos. Ambos pensaron que el otro no había cambiado, pero por el contrario se encontraron con un



Juan Esteban Peláez

Hombre y una Mujer diferentes, como si muchos años los hubieran educado. Y todo esto se dedujo en una simple y momentánea mirada.

-¿Por dónde empiezo? -preguntó Méladriel muy animada, mientras miraba al Hombre recostado contra el timón.

Arcalón sonrió. -¿Por qué no empiezas por el viaje por las Tierras Espectrales? -preguntó. Y Méladriel asintió.

Pero Arcalón pensó rápido e interrumpió. -Mejor empieza con el motivo por el cual te fuiste de Verdelheid -pidió.

El pedir eso hizo que Méladriel empezara a hablar como nunca lo había hecho. La joven era normalmente muy habladora y muy amena, pero esta vez parecía nunca acabársele las palabras. Esto porque era a Arcalón a quién deseaba contarle sus historias. Méladriel habló sobre Allora, pero Arcalón ya lo sabía por las cartas entre Algar y Londrake; y cuando se había enterado habíale dolido en verdad, pues Arcalón había aprendido a estimar y querer a la anciana.

Méladriel a menudo dramatizaba sus historias de manera tal, que Arcalón se sentía metido en las asombrosas aventuras. La joven hablaba de situaciones que Arcalón a duras penas se podía imaginar, como lo sucedido en las Ruinas de Morzad, en la Torre del Vampiro y en el Árbol Macabro. También se le hacía difícil creer la existencia de las bestias llamadas *crimos*, y se sorprendió al escuchar sobre la dura batalla en Dan-Silum y en Koral. Méladriel contaba esto con alarde y orgullo, pues en verdad se sentía orgullosa de haber sobrevivido a todos esos peligros.

-Pero ya estoy lista para volver a mi casa -aseguró la joven.

-Hasta donde yo sé, ley de la caza de Brujas fue abolida por Hérsof, y ahora Verdelheid está libre de esas políticas -aseguró Arcalón.

-¿Y tú? -preguntó Méladriel-. ¿Qué ha pasado contigo?

-Después de la Batalla de los Cuatro Elementos fui con Londrake a Kárijan -dijo Arcalón, y le contó todo respecto a Melina, la Majestad de las Aguas.

Pero Méladriel se sintió un poco incómoda y celosa con este relato, pues Arcalón hablaba de Melina con mucho sentimiento. Después supo que el encantamiento era causado por la energía irradiada por las Apsaras.

Arcalón le contó a Méladriel que después de haber estado cuidando las fronteras septentrionales de Falheid, ahora guiado por el emperador Hérsof, se firmó la paz. Después de esto, y después de haber vaciado el tesoro de los Picos Rojos, Melina le pidió a Hérsof la ayuda de Arcalón para enfrentarse a la flota de la Península de Sadamarca. Esto también beneficiaba a Hérsof, que, aunque estaba agradecido con Arcalón, se sentía envidioso por la fama del joven general. Cuando la guerra del Demonio fue declarada, Arcalón ya estaba sirviendo como almirante para el Imperio del Agua. Con respecto a su vida sentimental, Arcalón no habló, y Méladriel nada le preguntó. Esto también sucedió a la inversa.

-¿Y hasta cuándo servirás a la Majestad de las Aguas? -preguntó Méladriel un poco desalentada por el relato del Hombre. Durante mucho tiempo Méladriel había pensado en estar con Arcalón siempre; pero ahora sus planes parecían venirse abajo por la cruda realidad. Ahora Arcalón no sólo vivía en una ciudad distinta, vivía en un imperio distinto. Arcalón, deduciendo los pensamientos de Méladriel, se agazapó frente a ella y acercó su rostro al de la joven. Entonces un nerviosismo nubló a la pareja.



Juan Esteban Peláez

—Me faltan seis meses de servicio a la Majestad -aseguró el Hombre con dolor. Méladriel bajó la cabeza y asintió, intentando disimular su amargura. —Entiendo -dijo. —Pero si fuera por mí... -pero Arcalón cayó en cuenta de su imprudencia antes de cometerla, y se retractó. —Si fuera por mí volvería hoy mismo -dijo más cauto. Méladriel diose cuenta del pensamiento del joven, y sonrió. —Te extrañé -dijo la joven con una voz muy profunda, desarmando la cautela del joven. —No lo dices en serio -dijo Arcalón con voz baja-. Mientras que yo sí lo hice -añadió. Méladriel levantó la mirada, melancólica y a la vez furiosa. —Hablo en serio -dijo con un tono muy severo. —Yo también -se apresuró a responder Arcalón-. Es verdad, Méladriel, te extrañé mucho, y no dejé de pensar en ti desde que me fui de Verdelheid. Y cada vez que veo la Estrella de Jores en el cielo te traigo a mi pensamiento -añadió con extrema sinceridad, mirando al cielo. Méladriel abrió los ojos, atónita, muda y sorprendida. Ella nunca esperó una reacción así de Arcalón, pues lo consideraba un Hombre demasiado cauto. Pero momentos después, cuando por fin pudo asimilar esas palabras, suspiró y se recostó contra el parapeto del castillo de proa, como si se hubiera quitado un peso enorme de encima. —Yo también te extrañé mucho -confesó Méladriel mientras miraba el sorprendido rostro del Hombre. Arcalón tomó aire con profundidad y se levantó, fue hacia el timón y miró el mar frente a él, azul como un zafiro. Entonces, sin aguantar más, y llevado por un impulso, se puso frente a Méladriel y se apresuró besarla. Méladriel no tuvo tiempo de reaccionar, y ya cuando sintió los labios de Arcalón contra los suyos, se dejó llevar, y devolvió el beso que hacía mucho tiempo había deseado; el mismo beso con el que soñó muchas veces durante sus aventuras.

Sin saberlo, el gusto de ambos se había incrementado con el tiempo, pero sólo cuando ambos supieron qué era la vida, supieron qué sentían el uno por el otro. Ambos tenían que conocer el mundo y la gente para aprenderse a apreciarse. Dicho de otra manera, ambos llegaron en el momento perfecto. Pero ambos sabían que todavía no podían estar juntos, pues una horrible guerra se les venía encima, y ahora ellos eran fichas del tablero que desataba los hados del conflicto.

Después del beso, siguió otro, y otro, y otro más, con cada vez más pasión. Y después de eso, Arcalón y Méladriel anduvieron juntos por el barco, tomados de la mano, separándose solamente para dormir, o cuando Arcalón tenía que subir a alguna cofa y trepar por las mallas. Dicen los que los vieron, que en ese barco Arcalón y Méladriel tuvieron los momentos más felices de sus vidas. Inclusive Algar aceptó la relación, aunque se sentía un poco celoso del Hombre, pues Algar habíase vuelto como un padre para Méladriel, al igual que Londrake años atrás con Arcalón y Sergail.

116

Así pasaron los días y las noches. Las aguas permanecían calmas la mayoría del tiempo, aunque el invierno lanzaba una que otra lluvia. Sin embargo, no todo fue tranquilidad, pues una de las noches uno de los marineros divisó a la luz de la Dama de la Noche dos embarcaciones de velas grises, sucias y rotas, y mástiles enormes, banderas negras y cofas



Juan Esteban Peláez

adornadas con pliegues rasgados, mallas desgarradas y cascos lacerados. En verdad eran barcos fantasmas, recortados contra las brillantes aguas como negras cunas en un espejo plateado. No hacían ruido, ni parecían tener fuegos que los iluminaran; estaban completamente a oscuras. Fueron detectados porque la vista del marinero era penetrante en la oscuridad y Sírel iluminaba con claridad el mar.

-¡Llamen al almirante! -gritó el vigía.

Y en momentos estaba Arcalón en cubierta, mirando desde la proa las embarcaciones a su derecha, sombrías a la luz de la Dama. - ¡Preparen todo, pero no ataquen! - ordenó.

En ese momento llegaron Algar y Méladriel.

-¿Qué sucede? -preguntó el Mago.

-Son barcos del Demonio -respondió uno de los marineros.

-Los vemos a menudo en estas aguas, pero no nos atacan -respondió Arcalón.

-La Shidraha que tiene Melina aún está lejos, por eso no atacan -aclaró el Mago.

-Es cierto -convidió Arcalón-. Sólo cuando esos barcos se acercan a las islas atacan.

El Mago miraba con mucho detalle los barcos enemigos, como si pudiera ver claramente a los marineros de Irgoliath. Entonces dijo: -Es mejor que baje a cubierta. No tengo mucho que hacer acá.

-¿Y yo? -preguntó Méladriel.

-Es mejor que también vayas a tu cuarto, y no quiero que subas hasta que todo sea seguro -dijo Arcalón.

-¿Qué? -preguntó Méladriel, que había vuelto orgullosa y no aceptaba órdenes de nadie.

-Por favor ve a tu cuarto y no salgas de allí hasta que te diga, princesa -volvió a decir el almirante con calma.

-No lo haré -respondió Méladriel con llamas azules en sus ojos grises.

Arcalón la miró entonces, y dijo tranquilo: -Es por tu bienestar.

Méladriel palideció de la furia, y sin decir nada más, se retiró; pero, remilgada como una niña, volvió a cubierta con su arco y una flecha en la mano.

Arcalón, que ya tenía mucha presión a causa de la expectativa, la miró y se sorprendió. -¿Qué sucede? -preguntó asombrado. Arcalón no estaba acostumbrado a que lo contradijeran.

Pero Méladriel no respondió. En vez, prendió la punta de la flecha en una tea y la puso en el arco, lo templó y apuntó hacia el barco fantasma más próximo, y la lanzó. La flecha, aunque debió caer en el casco del negro barco, pareció traspasarlo, y cayó en el agua. Entonces hubo un silencio de muerte.

-¡¿Qué haces?! -preguntó Arcalón arregañadiente-. Arriesgas a toda la tripulación -añadió.

Entonces un pequeño destello purpúreo emergió del barco fantasma, y como un rápido insecto, brilló en la oscuridad y se dirigió al barco. Y sólo cuando estuvo muy cerca, los marineros del castillo de popa vieron que era una flecha con una llama púrpura. Pero antes de poder reaccionar, vieron que la flecha traspasó el casco, como si fuera sólo una ilusión. Después de esto, Méladriel miró a Arcalón con una sonrisa de satisfacción. -Ya puedes estar tranquilo, que no hay ninguna Shidraha lo suficientemente cerca -dijo regodeándose, como si hubiera ganado una partida de algún juego.

Arcalón la miró y sonrió, como orgulloso de la joven. -¡Vuelvan a sus puestos habituales, que no hay nada de qué preocuparse! -ordenó.

Méladriel sonrió entonces. -Te gané -le susurró a Arcalón, para que nadie la escuchara.

Arcalón, todavía con una sonrisa en los labios, meneó la cabeza, como resignado, y bajó a su camarote sin decir más. Sabía que se había preocupado por nada, y Méladriel había quitado su preocupación.



Juan Esteban Peláez

En ese momento Algar se acercó. –Es mejor que no lo tientes, pues no puede flaquear frente a sus Hombres.

-Pero no había nada que temer –dijo Méladriel-. La Shidraha está lejos.

-Pero esos Espectros sí me podían ver a mí –aseguró Algar.

Entonces Méladriel miró al Mago, sorprendida y un poco apenada porque sintió que exponía a Algar sin necesidad. –¿Por qué a ti? –preguntó.

-Los Magos, las Apsaras y los demás seres que manejan magia podemos ver a los Espectros tal y como son. Y los Espectros pueden vernos tal y como somos. Ese barco vio un Mago solitario, y quizás algunas sombras que formaban un navío.

-¿Y tú qué viste? –preguntó Méladriel.

-Vi unos Hombres de túnicas blancas, asustados, que al ver tu flecha transparente se apresuraron a lanzar otra flecha.

Entonces Méladriel bajó la cabeza. –Lo siento. De haber sabido que ellos podían verte y dañarte no habría lanzado esa flecha –dijo.

-Los Espectro no pueden dañarme sin la Shidraha, pero sí pueden verme y yo puedo verlos.

-Lo siento –dijo Méladriel.

Algar sonrió, y dijo mirando el horizonte: -Es mejor ir a descansar.

Y Méladriel asintió.

El día era muy soleado cuando llegaron a las costas de Falheid, cerca de las Llanuras de Pelts y del Lago Álgido. El invierno de ese año había sido muy leve, y por lo mismo, el viaje habíase tornado rápido y fácil. Arcalón miraba desde el bauprés las tierras que se asomaban en el horizonte azul bajo las blancas nubes. Pero, aunque las tierras eran verdes y fértiles, Arcalón y Méladriel vieron las tierras terribles, pues sabían que allí acabaría su historia de amor, por lo menos por ahora.

El barco ancló velas cerca de la costa, y los marineros bajaron el carromato y a los caballos en balsas. Posteriormente bajaron los dos viajeros, acompañados por el almirante y tres marineros más. Arcalón los llevó hasta el camino más cercano: Una senda que llevaba de Linéa a Llemel. La marcha no duró más de dos días, pues las llanuras eran muy fáciles de cruzar. Durante el viaje, Méladriel y Arcalón permanecieron en silencio, abrumados por la forzada separación.

Y cuando por fin divisaron la senda siseando en la planicie herbosa y florida, Arcalón habló. –Mi misión acaba aquí. Ya los he traído a Falheid, pero no puedo llevarlos más allá. Me esperan en Kárijan en menos de un mes, por lo cual tengo que partir de inmediato. Siento no poder acompañarlos más, pero si van al Castillo de Cristal, Málem los ayudará. -Ha sido un placer haberlo conocido, Arcalón de Metys -dijo el Mago.

Pero Arcalón meneó la cabeza. –El placer fue mío, Algar de la Orden Azul -respondió mientras realizaba una venia-. Y por favor recuerde envíele mis mejores deseos a Londrake.

Algar asintió. -Espero que su suerte en Alheid sea mejor que la que tuvo en Falheid -dijo el Mago enigmáticamente.

El Hombre lo miró extrañado, pero asintió. Curiosamente, en ese momento le empezó a doler la quijada, donde había recibido la herida en la Batalla de los Cuatro Elementos.

En cambio, Méladriel no pudo aguantar la angustia, y entre sollozos, se apresuró a abrazar al Hombre. –No quiero que te vayas -le susurró al oído-. Ya he perdido a muchos seres querido, y no quiero perderte a ti también.



Juan Esteban Peláez

Arcalón apretó con fuerza a la joven entre sus brazos. –No puedo hacer más que prometerte que volveré, y apenas lo haga iré a Verdelheid a verte -dijo. Entonces levantó suavemente el rostro de la joven y clavó en sus labios un beso profundo, al mismo tiempo que la abrazaba y le acariciaba el rostro.

-Si no vas a Verdelheid, entonces yo iré por ti a Metys -dijo la joven.

Y Arcalón sonrió y la abrazó. Y así permanecieron por varios minutos, abrazándose el alma para dejar sus sentimientos en el otro, y uniendo sus deseos para un futuro próximo.

Así fue la despedida entre Arcalón y Méladriel; pero de haber sabido los peligros que rondaban en Falheid, Arcalón no hubiera dejado ir a Méladriel, y en vez, la hubiera llevado consigo a cualquier otra parte, menos al Castillo de Cristal. Arcalón había estado mucho tiempo fuera de Falheid, y de poco se enteraba, pues en alta mar las noticias llegaban tarde. Y desde el momento que Méladriel desapareció por las colinas, Arcalón, con una gran sensación de pérdida, se sumió en bellos recuerdos, y no dejó de pensar en ella desde ese momento, firme a cumplir su promesa de volver.

117

-¡Esto no puede ser! ¡¿Qué sucede aquí?! -preguntó Méladriel mientras, agazapada tras una colina, miraba las costas australes del Lago Álgido, las mismas que debían cruzar para llegar al Bosque Denso.

-¿Los ves? -preguntó Algar, incrédulo al ver que la joven podía divisar al enemigo.

Y Méladriel asintió. -Los veo, borrosos, pero los veo. Eso quiere decir que pueden dañarme -añadió temerosa.

Y Algar asintió, al tiempo que sentía que su mundo se ennegrecía de nuevo.

Ambos habían andado varios días, cruzando arboladas y subiendo y bajando cuevas, con la esperanza de descansar en el Castillo de Cristal. El Lago Álgido se había extendido siempre a la izquierda, azul y brillante. Pero ahora todo se venía abajo. A esto se le sumaba la dolorosa despedida de Méladriel y Arcalón: La joven había quedado destrozada, pues ahora que había conocido el cielo le quedaba muy difícil acoplarse a la vida de nuevo.

-¿Por qué Arcalón nos dejó en esas costas? -preguntó Méladriel con extrema amargura.

-Dudo que él supiera sobre esto. Y siento lástima por él cuando se entere en Kárijan. Se odiará por habernos dejado aquí -aseguró Algar; y tenía razón.

Abajo, alrededor del lago, sobre la arena blanca y entre los pinos azules había un enorme campamento de tiendas de cuero oscuro y banderolas negras y rojas con varios emblemas. Méladriel ya había visto un campamento así, y fue en la Batalla de Koral. Ése era un campamento enemigo; un horrible presagio. Había por lo menos diez mil enemigos allí, pudriendo la arena y contaminando las aguas azules. Habían talado miles de árboles a su alrededor, dejando un erial hediondo alrededor del campamento. Y rodeando el campamento había una pobre empalizada, y había varias trincheras inmundas.

Ahora bien, el Demonio llegó allí mientras Cranior volvía a la Almena de Macrhas, y los Reinos Occidentales festejaban su victoria. Mientras Méladriel preparaba todo para partir de Herda, el Paso de Llamas había caído en manos del Diablo. Posteriormente, Él había mandado a sus huestes a Falheid, saqueando todos los poblados cercanos, como Linéa,



Juan Esteban Peláez

Vertoris y Llemel. Aunque habían intentado atacar la ciudad de Bargas, no habían logrado sumirla en la miseria. Así que el Demonio avanzó hasta el Castillo de Cristal. Mientras los reinos de Herda y Jerlán expulsaban a los enemigos, Irgoliath tenía bajo su dominio gran parte del Imperio del Fuego.

La conquista más importante del Diablo en esa incursión fue la ciudad de Golu-Dom, una ciudad que daba paso directo a las costas del Castillo de Cristal. Irgoliath sabía que tenía que tomar el castillo, pues deseaba recuperar la Shidraha que tenía Melina; y para hacerlo necesitaba invadir las islas del norte. El Castillo de Cristal era la puerta para invadir Alheid.

Los enemigos no habían hecho escala en ninguna ciudad, pues el Demonio estaba afanado por llegar al Lago Álgido. Ahora un ejército enemigo se interponía entre los viajeros y sus hogares. Pensaron en volver, pero dedujeron acertadamente que Golu-Dom estaba en manos enemigas, y que era un suicidio caminar sobre sus propios pasos. Estaban encerrados entre las colinas alrededor del Lago Álgido y las vastas llanuras que se abrían hasta la Muralla de Volcanes, con un carromato lleno de finas pertenencias y con provisiones para menos de una semana. Parecía ser que el Mal inmolaba todo a lo que los viajeros aspiraban.

Bien, el campamento estaba cerca de la costa más cercana al castillo, cerca de la hedionda Crillén, donde Méladriel y Algar habían estado antaño. Al sur estaba el volcán más grande del Nallhard, conocido como la Montaña de Flamas. Este volcán había permanecido dormido por décadas, y por su ladera oriental trepaba el Bosque Denso, ahora oscuro y enigmático. Al norte estaban las heladas aguas del lago, y tras los viajeros había colinas interminables y boscosas.

Aunque se habían presentado varias escaramuzas, el verdadero ataque hasta ahora se estaba preparando, o por lo menos eso alcanzaban a ver los viajeros, que permanecían escondidos tras las elevaciones circundantes. El aire allí era viciado por las fraguas del campamento.

Pero el verdadero peligro era causado por la carreta repleta de presentes, pues era una mina de oro para cualquier ladrón. Además, la carreta era lenta y difícil de esconder ya que era tirada por un solo caballo. Era prácticamente imposible cruzar hasta el Bosque Denso sin ser vistos por el enemigo.

-Sólo tenemos una opción -aseguró Algar mientras miraba el hediondo campamento.

-¿Acaso hay alguna? -preguntó Méladriel, que estaba golpeada por la desesperanza. Ella pensó que todos los males habían quedado al occidente, pero ahora se daba cuenta que los males estaban más cerca de lo pensado.

-Debemos cruzar en medio de la batalla -respondió el Mago con la mirada fija en una patrulla enemiga que rodeaba el campamento: Unos jinetes translucidos de túnicas negras. Méladriel lo miró, extrañada. -¿Enloqueciste? -preguntó la joven con los ojos bien abiertos. El blancor de sus cristalinos brillaba en el día soleado, y su lustroso cabello negro emitía destellos azulados, como las plumas de los cuervos.

-Si el Demonio toma el castillo jamás podremos volver a casa -aseguró el Mago.

-¿Y si Málem logra repeler el ataque? -preguntó la joven mientras miraba hacia el castillo. Desde allí no era visible, pues algunos árboles se interponían a la vista.



Juan Esteban Peláez

-No podemos arriesgarnos. Debemos cruzar cuando todos los ojos estén fijos en el Castillo de Cristal.

Mientras Algar decía esto, Méladriel sintió una sensación extraña, semejante a un frío en su espalda y a una intranquilidad enigmática. Entonces, por un impulso inexplicable, la joven volteó a mirar el camino tras ellos, donde éste desaparecía en un recodo tras una colina llena de árboles.

-¿Qué sucede? -preguntó el Mago.

Y Méladriel, aparentemente concentrada, respondió: -Lo mejor será ir a los árboles. No puedo decirte por qué, pero estar aquí resulta peligroso.

Algar miró hacia el recodo del sendero, mas no oyó ni vio nada. Sin embargo, el Mago decidió hacerle caso a la joven. Subieron la carreta y a los caballos por una sutil pendiente, hasta ponerse bajo los ramajes, ocultos de cualquier vista. Allí permanecieron, expectantes, mirando el recodo en silencio.

Y como su hubiera sido presagiado, después de una eterna media hora, Algar y Méladriel vieron que por el camino aparecían, primero de a uno, después de a dos y de a tres, un gran grupo de enemigos fantasmales. Pero Méladriel podía verlos sin problema: Allí había en su mayoría Nomos, pero también había algunos Goblins, y Hombres de rostros cadavéricos, como si fueran esqueletos con mantas negras. Pero lo que más llamó la atención de los viajeros fue el enorme Troll que venía en la retaguardia, de piel carrasposa, gruesa y verdusca, sin cartílago en la nariz ni en los oídos; en vez había sólo hoyos. No tenía bello alguno, y medía como tres o cuatro metros. Era muy corpulento, pesado y de rostro iracundo. Traía en su lomo una bolsa de la cual salían algunas puntas de lanzas. La Shidraha ataba a todas las especies a una resurrección terrible.

-¿Cómo lo supiste? -preguntó Algar a la joven en un susurro. El Mago estaba en verdad sorprendido.

-No lo sé; simplemente no lo puedo explicar -respondió la joven. Pero al hacerlo, notó que vapor salía del aliento. Y, de repente, un frío se estancó en el aire, aunque el día era cálido.

-Hay más enemigos por estos sitios -aseguró el Mago mirando el grupo que marchaba por la senda, insultándose unos a otros en distorsionadas y chillonas lenguas. Y a menudo, los Nomos golpeaban a los Goblins que se salían de la fila.

Y cuando casi todo el grupo estaba al frente de los viajeros, Algar vio que del recodo salían pendones y lábaros que despuntaban el cielo azulado.

-¡Mira! -dijo Algar con presura.

Méladriel se levantó un poco del suelo para ver sobre un ramaje que le impedía la visibilidad, y cuando vio lo que aparecía por el sendero se petrificó del terror. Fue la primera vez que Méladriel en verdad le temió a un Espectro, más que en la Batalla de Dan-Silum.

-El enemigo debe traer una Shidraha -aseguró Algar-. No creo que la Shidraha que tiene Melina sea la que ate a este ejército, pues está muy lejos. Eso explica por qué han podido atacar Falheid.

El Espectro que apareció en el recodo montaba un corcel negro y monstruoso, de ojos refulgentes y rojos como la sangre, con unas bridas férreas que lo hacían sangrar, y un cabestro de hierro. Las crines eran cortas y erizadas. Los jaeces del bestial animal eran escarlatas, su armadura era de placas de un acero. Pero era el Espectro lo que en verdad intimidaba, pues vestía una desgarrada manta negra, y tenía sobre su capucha un yelmo dentado como una fría corona, y una armadura gris de hombreras puntadas. Y bajo su



Juan Esteban Peláez

capucha era visible una calavera terrorífica con una sonrisa macabra desprovista de labios, y sostenía las bridas con mano huesudas y amarillas. Tenía porte macabro y semejaba un rey maligno. Parecía que un aura fría de horror y dolor lo abrigara.

Tras el imponente Espectro cabalgaban dos Brujas, con caretas negras que les cubrían los rostros, de armaduras doradas y cabellos lisos y negros. Y tras las Brujas venían cientos de fantasmas, silenciosos, sin entonar ningún cántico y como si no pesaran más que una pluma. Todos marchaban por el sendero hacia el campamento allá abajo.

-Debe ser Hellmer -aseguró Algar con voz trémula, algo que nunca había sucedido. Algar nunca se había sentido tan temeroso antes, y su aparente serenidad había desaparecido, pues se sintió vulnerable, solo con Méladriel, en medio de la nada y al alcance de esos terribles enemigos.

Esto también impacientó a Méladriel. -¿El general de Irgoliath? -preguntó la joven, que sentía temor y adrenalina.

Y Algar asintió. Y en ese momento ambos detuvieron la respiración, pues el Espectro pasó cerca de ellos, sobre el camino, produciendo un frío muy intenso; un frío de sepulcro. Fueron en verdad instantes tormentosos. Esa fue la primera y la última vez que Méladriel y Algar vieron a Hellmer, el conocido Rey Espectro y el gobernante de Yavín, la Ciudad Endemoniada.

118

La noche fue fría y pareció eterna, pues la hierba húmeda hacía tiritar los cuerpos de los viajeros. Pero cuando por fin pudieron conciliar el sueño, fueron despertados por un estridente cuerno de decibeles altos y distorsionados, seguido por un claro sonido de trompetas. Todo esto fue antes del amanecer. Entonces se inició la batalla.

Méladriel se levantó de inmediato apenas escuchó las trompetas provenientes del Castillo de Cristal, y se apresuró a su carreta por su armadura. Cuando lo hizo, vio que Algar ya estaba con su sombrero puesto y su vara en la mano.

-Te demoraste -aseguró el Mago, que había sido despertado por el graznido solitario de un enorme cuervo poco antes de iniciarse la batalla.

Méladriel, que todavía estaba adormecida, tomó débilmente el mithril y la armadura negra. Miró al Mago y le dijo con dulce tono: -¿Qué esperas para voltearte? ¿No ves que me voy a cambiar?

Algar sonrió y se volteó.

Entonces Méladriel puso su armadura, su capa gris y su carcaj lleno en la espalda. Tomó su arco y su espada envainada. Se aferró el cinto a la cintura y montó al Bayo. -¿Nos vamos? -preguntó la joven con una sonrisa en los rosados labios.

Algar la miró, extrañado. -¿No tienes miedo? -preguntó el Mago.

Y Méladriel meneó la cabeza. -Ya no tengo miedo a morir, no ahora -respondió dulcemente. En verdad la joven parecía haber entrado en un trance de alegría, como si en verdad la muerte ya no la intimidara. -A la muerte hay que recibirla sonriendo -añadió.

Algar no dejaba su asombro, y con los ojos todavía muy abiertos bajo sus cejas pobladas, asintió. -Entonces vamos -dijo subiéndose a la carreta de un salto. Entonces ambos, llevados por un frenesí extraño, y en medio de sonidos tempestuosos y de la adrenalina que ya se impregnaba en el aire mañanero, se encaminaron al Bosque Denso.



Salieron a la senda y cabalaron lo más rápido que pudieron cuesta abajo por las colinas. Mientras lo hacían el suelo empezó a temblar y un sonido fuerte retumbaba en el aire, como un tambor gigantesco bajo la tierra. Subieron la colina menos empinada, y allí vieron lo que en verdad sucedía: El punto de invasión era las costas donde la aldea de Crillén se levantaba. Hacía allí iban todos los enemigos. El campamento poco a poco se vaciaba, y de las empalizadas salían enemigos como negros arroyos de pestilencia, gruñendo y chillando, como azotados por el Diablo.

Pero no sólo de allí pululaban los fantasmas, pues de los lindes del Bosque Denso emergían más enemigos como si fueran dardos oscuros. Vestían batas negras y rostros ocultos bajo la capota, con espadas de acero frío y armaduras enterizas.

Sin embargo, era Málem, el Señor del Castillo, quien había iniciado la batalla. Por la noche, mientras Méladriel y Algar intentaban dormir bajo la arbolada al lado del camino, Málem había subido a las torres más altas del reluciente Castillo de Cristal, con catapultas de brazos poderosos y con grandes contrapesos. Y apenas los primeros destellos del día emergieron en el cielo, pintado de nubes rosadas, Málem lanzó rocas gigantescas contra Crillén. Era tal la fuerza de esas catapultas, que algunas rocas sí alcanzaron a llegar hasta tierra firme, formando el sonido de tambor y el tronar de la tierra, y lazando nubes de polvo al cielo. Otras simplemente eran muy pesadas, y caían en el agua.

Apenas la primera roca cayó a las afueras de Crillén, Hellmer se apresuró a enviar a todas sus tropas a las costas del Lago Álgido, revelando las huestes que había llevado hasta el Bosque Denso por la noche, al amparo de la oscuridad.

Cuando Méladriel y Algar llegaron a las afueras del ahora vacío campamento enemigo, vieron que miles de barcas improvisadas y repletas de enemigos se dirigían a la isla del castillo, como escarabajos con los remos como patas. Las barcas tenían escudos o tablas de madera en la parte frontal para evitar las flechas de los Hombres.

Aunque las aguas eran frías, parecieron hervir de furia apenas la batalla comenzó. Y apenas los enemigos estuvieron cerca de las costas, Málem y sus Hombres se apresuraron a responder, y lanzaron una ráfaga de flechas. Estas flechas atravesaron escudos y hundieron barcas. Pero las improvisadas embarcaciones no eran pocas, y era casi imposible lidiar con todas. Así que, inevitablemente, los enemigos desembarcaron en las costas blancas de la isla y se lanzaron cuesta arriba con los escudos sobre sus cabezas, hacia el blanco castillo.

Pero, aunque Méladriel sintió temor por la suerte de Málem, volvió en sí a tiempo, y cuando ya los soles estaban bien arriba y las sombras de los árboles se inclinaban hacia ella, la joven y el Mago rompieron a cabalgar cuesta abajo, mientras la adrenalina les hacía latir las cabezas y los corazones. Fue una corrida en verdad corta, pues los lindes del Bosque Denso no estaban lejos. Y apenas estuvieron al amparo de los árboles se agazaparon y esperaron, mientras todavía se sentía el impacto de las rocas y el lejano sonar de los cuernos. Poco después siguieron adelante.

Apenas estuvieron en un pequeño plano rodeado de árboles, arbustos y maleza, Algar bajó de la carreta y la llenó de enredaderas para esconderla. Hecho esto, el Mago subió



Juan Esteban Peláez

ágilmente por un árbol para ver mejor su entorno. Desde allí era visible el lago, el castillo y el campamento enemigo en las blancas orillas. Pero también era visible desde allí un nuevo ejército de Espectros que venía desde los lindes cercanos del Bosque Denso, a menos de un kilómetro. De haber seguido más hacia la izquierda, los viajeros se hubieran topado con ellos.

Los Espectros salían del bosque como si flotaran sobre la hierba, negros como la noche y con sus pálidas armas bien aferradas. Era miles, y emitían un fuerte frío a su alrededor. Cuando los Hombres de Málem vieron a los Espectros se sumieron al temor. Y cuando los fantasmas llegaron a las costas y cruzaron el lago hacia el castillo, la batalla pareció terminar. Los Hombres de Málem no tenían salida, pues defendían una isla ahora rodeada. Algar bajó pálido y dijo: -¡Estamos perdidos!

-¿Qué sucede? -preguntó la joven mientras se apeaba del Bayo.

Algar se tomó la sudorosa frente y suspiró. -El bosque está plagado de enemigos -aseguró mirando los ramajes que cubrían el cielo azul-. Jamás llegaremos a Verdelheid si seguimos por los árboles -añadió mientras se dejaba desplomar sobre la hierba. Algar parecía haber perdido la fortaleza de antaño, la que lo había ayudado en las Tierras Espectrales. Ahora estaba envejecido y débil.

-¿Entonces qué haremos? -preguntó la joven, que parecía no medir el verdadero peligro. Méladriel ya había salido de muchas, y en verdad parecía aletargada, sin temor ni esperanza, pero sí alegre.

-Debemos dejar la carreta y seguir con lo que podamos llevar -respondió el Mago.

Méladriel miró la carreta por unos momentos, detallando todos los regalos que le habían dado en los Reinos Occidentales, y sintió melancolía. Pero de repente un pensamiento más doloroso atravesó su ser: Recordó a Arcalón, los mágicos días que había pasado con él, y cómo lo había perdido de nuevo. Entonces Méladriel estalló, incapaz de aguantar su desdicha.

-¡Maldigo el día en que llegó a mí la Estrella de Jores, la misma que brilla allá en el cielo y que destrozó mi vida! -gritó a los cuatro vientos, con voz furiosa y un dolor inaguantable en su interior. Olvidó el peligro en el que estaban, pues algún enemigo la podía escuchar, y olvidó la batalla que se desarrollaba lejana, y los árboles aledaños, y las criaturas que la miraban desde los ramajes, como mapaches y gorriones.

Algar quedó tan estupefacto, que también cayó de rodillas al suelo, como si una flecha le hubiera atravesado el pecho, y desorbitó la mirada y se sintió muerto. Méladriel habíase vuelto su prioridad, y ahora se sentía culpable de su desdicha. Ahora él se sentía más miserable que ella. La fortaleza interna habíasele acabado, y ahora parecía más anciano, más vulnerable. Era obvio que el Mago que había salido de la Tierra de los Magos años atrás ahora era un simple viejo con algunos trucos bajo la manga.

En ese momento todo pareció acabar, y el viaje de Algar y Méladriel pareció venirse abajo, destrozado por un bosque plagado de enemigos. Y lo más doloroso era que ese bosque era el único obstáculo para llegar finalmente a Verdelheid, donde todo había comenzado y donde Méladriel ansiaba terminarlo.



Juan Esteban Peláez

Algar y Méladriel vaciaron la carreta en silencio y con una congoja insuperable. Habían permanecido en silencio casi por una hora entera, mirando de vez en cuando los árboles ahora oscurecidos por la creciente noche, y escuchando uno que otro azaroso sonido producido por algún pequeño animal. Pero la depresión había llegado a tanto, que ya ni se asustaban con los sonidos nocturnos; de hecho, parecían esperar que algún fantasmagórico Espectro rompiera los bajos ramajes y los decapitara con su helada espada, brillante bajo los rayos plateados de la Dama que alcanzaban a colarse entre el bosque.

Desocuparon la carreta y sólo hablaron para ponerse de acuerdo en dormir esa noche en la carreta y bajar las laderas hacia la hondonada en donde se encontraba el camino, sin esperanza alguna. Así que durmieron en la carreta, o por lo menos lo intentaron. Era como si en verdad sólo estuvieran esperando a ser encontrados y que la muerte fuera rápida.

Los sonidos de la batalla a menudo se mermaban, pero momentos después volvían con más fuerza e ímpetu, y a lo lejos parecían brillar antorchas gigantescas, alrededor del Lago Álgido, que parecía un espejo grácil y líquido bajo Sírel y las hogueras. Sin embargo, las humaradas subían densas, y a menudo cubrían la luz de la Dama y de sus hijas, y de las estrellas en el cielo.

Y apenas el alba triste rompió la penumbra, Algar y Méladriel se apresuraron colina abajo con los caballos muy cargados. Algar había cargado las provisiones, mientras Méladriel algunos de sus regalos. Sin embargo, la gran mayoría de presentes quedaron allí, abandonados en medio de un funesto bosque; escondidos como un tesoro de piratas en una isla desierta.

El descenso fue en verdad peligroso, pues a veces los caballos resbalaban con sus cascos por la pendiente. También había ramajes filosos y muy bajos que cortaban a los viajeros. A menudo la pendiente se hacía impenetrable, y por lo mismo tenían que devolverse un poco para poder buscar un camino menos accidentado. Los sonidos de la batalla parecían intensificarse cada vez más, y la pendiente parecía declinarse, lo que indicaba que la hondonada estaba cerca.

Entonces, cuando ya estaban en la parte más baja del Bosque Denso, lograron escuchar, de forma lejana y difusa, unos tambores que retumbaban contra los troncos lejanos, llevando el sonido en bajos ecos.

-¿Los escuchas? -preguntó Méladriel al Mago.

Y Algar asintió. -Al parecer viene de allá -añadió mientras señalaba hacia el sur, donde los árboles parecían descender. Pero ni Méladriel ni Algar parecieron asustarse, y ni siquiera se detuvieron; sólo disminuyeron la velocidad.

Pero de repente, Méladriel empezó a sentir un fuerte dolor de cabeza, y decidió detenerse. -¿Sucede algo, Méladriel? -preguntó Algar, que también se detuvo para esperar a la joven. Méladriel se tomaba la cabeza con fuerza, y tenía la frente arrugada y los ojos cerrados. Y antes de responderle al Mago, Méladriel pareció ver en su cabeza imágenes extrañas, como las que había visto antes referentes al encuentro con Arcalón. Esta vez veía siluetas negras que parecían ser Nomos corriendo entre árboles. También vio una borrosa imagen del Castillo de Cristal, y vio aves, aves negras, posadas sobre ramajes cercanos, con ojos



Juan Esteban Peláez

rojizos y brillantes, y plumajes lustrosos bajo las sombras. Eran tres aves, y parecían irradiar horror a su alrededor.

-¿Qué sucede Méladriel? -volvió a preguntar el Mago, esta vez más asustado.

Entonces Méladriel pareció volver en sí, y suspiró, pues el dolor se esfumó de súbito. –

Vamos por aquí -dijo mientras daba vuelta al caballo y se dirigía de nuevo cuesta arriba.

-¿Hablas en serio? -preguntó Algar-. Acabamos de venir de allá -añadió.

Méladriel miró al Mago con severidad, y con sus ojos grises pareció hacerle un reproche.

-¿Hacia dónde? -preguntó Algar, intimidado por la mirada plateada de la joven.

-Sólo sígueme -respondió la hermosa jovencita-. No sé qué sucede, pero estoy segura que no debemos seguir por acá -agregó.

Algar se quedó mirándola por unos momentos, petrificado. –Bueno, tuviste razón antes, así que te seguiré ahora -dijo mientras volvía cuesta arriba.

Así, llevados por las extrañas intuiciones de Méladriel, anduvieron cuesta arriba por un rato, retirándose de los sonidos de tambores de guerra. Después Méladriel tomó dirección hacia su izquierda, donde la maleza era menos densa, y después empezaron a descender por unas pendientes no muy abruptas. E increíblemente, antes de que la noche se posara de nuevo, Méladriel y Algar estaban frente al camino principal del Bosque Denso, siseante y amplio.

Ni siquiera Méladriel podía creer lo que estaba sucediendo. La posibilidad de encontrar el camino habíase vuelto casi nula; y ahora, en menos de un tedioso día de marcha, estaban frente a él. ¿Qué estaba ocurriendo? Méladriel había cambiado mucho, pues ahora parecía ver lo que sucedía a lo lejos, antes de que sus ojos lo vieran o que el tiempo transcurriera. Ni siquiera ella misma podía explicar tan extrañas sensaciones, pero ya le habían salvado la vida varias veces.

En ese momento los ánimos parecieron volver y la esperanza renació. Ya no les importaba dormir bajo los árboles y a la intemperie unos días más. Simplemente sentían que ya estaban a salvo, y que estaban a las puertas de Verdelheid.

Anduvieron por la senda buen tiempo, con el retumbar de los tambores y el sonido de las trompetas ya casi imperceptibles. La batalla allá en el norte continuaba, pues al parecer Hellmer no había podido arrodillar del todo a Málem. Pero, aunque a Méladriel le importaba mucho la suerte de Málem, ella sólo deseaba llegar a su hogar, lejos de todas las destructivas aventuras que la habían seguido por tanto tiempo. La joven estaba cansada, y deseaba dormir en su cama, comer en su mesa y tomar su rutina. Aunque sabía que sería difícil vivir en soledad (pues Ahora ya no estaba con ella), simplemente deseaba llegar a Verdelheid.

Pero durante el crepúsculo dorado, Méladriel, que habíase vuelto muy perceptiva e instintiva, sintió en un recodo del camino una sensación súbita, como un vértigo glacial que le subió por la médula y la hizo sentir escalofríos. Era una sensación maligna, inexplicable, incluso de horror. Era una sensación que Méladriel sólo había sentido con uno de los Seis cerca. La sintió en la Torre del Vampiro cuando Alanior casi le da alcance, y en la Batalla de Dan-Silum. También la sintió cuando Cranior abrió las puertas de la ciudad. Mas no sucedió lo mismo cuando se dio la Batalla de Koral, pues Cranior ya había escapado.



Juan Esteban Peláez

Este vértigo la alarmó de sobremanera y la hizo sudar. Algar diose cuenta de esto de inmediato, y miró el recodo, atemorizado, como si un ser invisible estuviera de pie frente a ellos, mirándolos fijamente como una estatua de mármol. Algar, con sólo ver a Méladriel, supo que algo sucedía.

-¿Podemos tomar otro camino? -preguntó Méladriel.

Pero Algar, que bien conocía ese camino, meneó la cabeza. -Debemos pasar por aquí. Hay barrancos a ambos lados, ocultos por los ramajes -respondió con la sombra de un tronco en su rostro. Las lánguidas sombras se iban alargando con presura, pues la noche parecía impaciente.

Entonces Méladriel sacó la espada corta, y acomodándose los guantes de cuero, suspiró y avanzó lentamente hacia el recodo. Algar también lo hizo, atemorizado por la acción de Méladriel, pero ignorante de lo que sucedía. El silencio del bosque era en demasía extraño, y ni las luciérnagas ni los sapos emitían sonido alguno entre los arbustos. Sólo la profunda respiración de los viajeros era escuchada.

Apenas llegaron al recodo, que bordeaba una roca enorme cubierta de maleza, vieron que no había más que árboles alrededor; y, sin embargo, se sentía un aire de temor y un silencio tenebroso. Algar y Méladriel miraron su alrededor, pero no se veía nada.

-¿Qué sientes, Méladriel? -preguntó el Mago finalmente.

Méladriel, con el cabello recogido y la espada bien empuñada, miró de nuevo a su alrededor y respondió a modo de susurro: -Hay un Yúcida.

-¿Estás segura?

Y Méladriel asintió. -Lo puedo sentir. Juraría que...

Pero en ese momento el Mago recibió un golpe supremamente violento en la espalda, un golpe que lo lanzó fuera de la silla del caballo blanco y lo hizo caer de cara sobre la carrasposa senda. Méladriel quedó atónita, y a duras penas pudo ver cómo el Mago caía al suelo, levantando polvo e hiriéndose el rostro.

Entonces la joven vio quién lo había golpeado, y se sintió petrificada. Méladriel jamás pudo olvidar esos brillantes e hipnotizantes ojos amarillos, clavados en una faz tan blanca que parecía tallada en mármol con un cincel maestro. Esa era la sensación que producían los Yúcidas, los Seis Hechiceros; una mezcla de impotencia con terror. La sola presencia paralizaba a quienes los veían, pues eran más bellos que cualquier Humano o Dacón, y dicen las historias que quizás sólo los Ángeles más hermosos de antaño eran comparables con ellos. Mas, aunque eran bellos, era crueles, maestros para causar dolor y hacer perder la conciencia y la razón por medio del horror. Y eran muy pocos los que sobrevivían a un enfrentamiento con ellos.

La Yúcida, había caído desde una rama alta como un halcón, y había golpeado a Algar con sus puños, como si ella fuera un ariete. El golpe habría roto la columna de un Hombre común, pero Algar no lo era, y por lo mismo, aunque adolorido, sangrando y tendido en el suelo, aún respiraba.

Méladriel entonces vio a la hechicera frente a ella, de cabellos negros con visos azules, brillantes bajo el atardecer; y de piel pálida. Sus ojos amarillos la miraban con ansias, como una bestia hambrienta, y se lamía sus labios rojos con provocación. Aunque hermosa, la Yúcida parecía más una cazadora feroz que una hermosa dama. Allí estaba frente a Méladriel la Seducción misma.



Juan Esteban Peláez

La joven simplemente no pudo moverse, y por un instante olvidó qué era respirar. Jamás se había sentido tan vulnerable en su vida. Ahora estaba a merced de uno de los Seis, consciente de que jamás podría escapar, en medio del bosque donde nadie la hallaría. Moriría allí, como una anónima, y no como la Dama de Herda, ni como Méladriel la Valerosa, ni como la Custodia de la Estrella de Jores. Simplemente moriría allí, lejos de todo y de todos.

Entonces la Yúcida se irguió del todo, hipnotizando a Méladriel con sus ojos amarillos bajo sus cabellos negros, y acercóse a ella con lentitud, orgullosa, consciente de que Méladriel estaba paralizada del miedo. El Bayo empezó a relinchar cuando la hechicera se acercó, y cuando iba a salir desbocado, ella lo tomó de las bridas, y como si no hiciera fuerza, lo mantuvo firme con una increíble frialdad y al parecer sin nada de esfuerzo.

Cuando la tuvo cerca, Méladriel sintió más vértigo que antes, acompañado de una fascinación incomprensible. Méladriel era amante de la belleza, y vio en la Yúcida voluptuosidades y simetrías que no pudo ignorar. Se sintió entonces hipnotizada por la fatal belleza. Simplemente se fascinó con tal hermosura.

Mas todo esto lo sabía la Yúcida, que acercó su rostro al de Méladriel. La joven simplemente parecía haber caído en un sopor extraño e inexplicable. E, increíblemente, Méladriel no hizo más que cerrar los ojos y esperar el final fatal. La Yúcida sonrió y, sin que Méladriel lo notara, sacó una pequeña daga de su cinto, lista para el asesinato.

Pero en ese momento la Yúcida se vio obligada a desmaterializarse frente a la joven, volviéndose un cúmulo de niebla que fue partido por la vara de Algar. El Mago se había levantado sin que la Yúcida se hubiera dado cuenta, y había intentado cazarle; pero ella era audaz y demasiado ágil, y se escurrió como el viento. Mas esto sirvió para que Méladriel saliera del letargo y volviera en sí. Entonces el Bayo se encabritó e intentó salir desbocado; pero Méladriel, todavía sudando, logró calmarlo.

-¿Qué sucedió? -se preguntó la joven temblando y con el rostro colorado.

Algar todavía sangraba por la boca, y parte de sus canas estaban rojas, pero permanecía con la fortaleza intacta. -¡Debemos salir ya de aquí! -aseguró de repente, mirando a su alrededor.

Méladriel asintió, y de inmediato se encaminaron hacia el sur lo más rápido posible.

La siguiente noche fue la noche más espantosa que Algar y Méladriel pasaron, inclusive más que las frías noches en Gorthgath. Al menos, en las tierras negras no tenían a uno de los Seis tan cerca. Galoparon lo más rápido que pudieron, pero cuando la negrura de la noche se volvió intraspasable, no pudieron hacer más que pasar la noche a paso lento, entre croares y extraños ululares de búhos. Ambos sabían que la hechicera los seguía muy de cerca, como quien asecha a su presa y espera cautelosa cualquier descuido. El cansancio y el sueño invadían a menudo a los viajeros, y por más que sacudieran la cabeza, estos tediosos síntomas no se iban. Las horas se hicieron eternas entonces, y los minutos parecían no pasar. El brillo de la Dama se quedaba en las copas más altas, y sólo algunos rayos de plata entraban al bosque. Ni siquiera se detuvieron a comer, y por lo mismo, sus estómagos empezaron a tener dolorosas contracciones.

¡Si que fue tediosa esa noche! Los viajeros se cansaban de ver hilera tras hilera de árboles, a menudo unos recostados en otros, haciendo el paso difícil. El frío ya golpeaba la tierna



Juan Esteban Peláez

carne, y las luciérnagas, emitiendo sus destellos entre los arbustos, a menudo eran espantadas por alguna extraña presencia oculta tras la oscuridad, y con ojos amarillos y penetrantes. La Yúcida hacía eso a propósito para asustar a los viajeros, pues según dicen los textos antiguos, a los hechiceros les parecía más deliciosa la carne Humana cuando estaba sazonada con el miedo.

Mas Algar y Méladriel corrieron con una suerte que sólo las estrellas pueden dar, pues dos horas antes de que los soles se posaran en el horizonte, la Yúcida pareció desaparecer en la oscuridad, dejando ir a sus presas. Todo esto se dio por un curioso hado que volteó la suerte de la batalla allá lejos, al norte, en el Lago Álgido.

Méladriel y Algar habían escuchado un tambor lejano el día anterior, proveniente del sur, de las hondonadas más profundas del Bosque Denso; pero se habían confundido. Méladriel había tenido una visión de Nomos y Espectros, pero esa visión venía del norte, de cerca del lago, y no del sur.

Apenas se supo del avance del rey Espectro Hellmer, los emperadores de los Imperios de los Elementos se apresuraron a planear una defensa, y habían concluido que el punto de defensa sería el Castillo de Cristal. Málem sería la carnada, como lo fue, pero el emperador Hérself había enviado sus tropas desde Metys un día antes de que la batalla empezara. Este ejército rojo marchaba con tambores para que los ánimos de batalla no decayeran. Ésos mismos tambores fueron los que Algar y Méladriel escucharon.

Por otro lado, Facet, emperador de Telheid, también había enviado Hombres a Kamea días atrás, y éstos habían entrado en combate sólo unas horas antes de que Méladriel y Algar encontraran el camino en la hondonada. Y Kélkhor, emperador de Velheid, había enviado a sus cóndores durante el crepúsculo, cayendo furiosos sobre el enemigo.

Todos estos refuerzos habían tomado por sorpresa a Hellmer, que había pensado que después de la Guerra de los Cuatro Elementos la península iba a quedar fragmentada. Y, al verse superado de forma tan abrupta, tuvo que pedir ayuda. Esa ayuda se la brindó el Demonio, que años atrás había ordenado a dos de los Seis atormentar a Tartanos, el Mago Blanco, y a Eleonora, la Reina Bruja, para que el tesoro de los Picos Rojos quedara descuidado, y que la codicia de los Imperios de los Elementos hiciera el resto.

Uno de los dos hechiceros que se había quedado en el Bosque Denso era Ana, de la Almena de Lavrhas, al sur de las Tierras Espectrales. Era ella, la Seducción encarnada, quien había encontrado a la pareja y la misma que los había atormentado. Pero al saber que Hellmer estaba en líos no tuvo más remedio que acatar las órdenes del Demonio e ir hacia el norte, olvidando a los viajeros. Ana desconocía quiénes eran ellos, y por lo mismo poca importancia les puso; pero de haberlo sabido, no hubiera dudado en asesinarlos.

Méladriel también había visto tres aves negras, pero no supo cuál era el significado. Tiempo después sabría que esas aves eran simbólicas: Dos de ellas eran Prerior y Ana, los dos Yúcidas que habían asesinado a Tartanos y a Eleonora. La tercera era el arma secreta del Diablo, el arma que más cuidaba y que más escondía, pues era su elemento sorpresa. Ese Yúcida también había estado en el Bosque Denso tiempo atrás; pero no había ido a los Picos Rojos. Sólo había aguardado allí, bajo los densos árboles. Pero su



Juan Esteban Peláez

presencia había embrujado el bosque, tornándolo macabro y peligroso. Arcalón y Londrake vieron ese cambio años atrás.

De no haber sido por este enorme golpe de suerte, ambos viajeros habrían sido presas de Ana. Cuando el amanecer golpeó con su frío rocío el bosque, Algar vio que Méladriel estaba desgonzada sobre la silla del Bayo, sin saber si estaba dormida o muerta. Esto alarmó de sobremanera al Mago, que al verla así se apeó del caballo le pidió que se bajara. Aunque respiraba, su pálpito era débil, pues las fuerzas la habían abandonado. Bajó del caballo casi sonámbula, y se derrumbó sobre la hierba, sintiendo el olor del musgo y de la madera. Méladriel ya no era capaz de seguir adelante; ya estaba cansada, muy cansada, y sus ánimos ya parecían haber sido destrozados con los años de viaje.

Ella en verdad había cambiado. Antes, cuando iba hacia las Tierras Espectrales, todos los que la acompañaban, (ahora en paz), estaban sorprendidos de la dulzura y el carisma de la jovencita, de sus ánimos y sus ganas de vivir. También fue una sorpresa su fortaleza, su valentía, su resistencia y su persistencia. Méladriel habíase vuelto en verdad una caja de sorpresas. Además, la gran belleza que parecía darle la aventura ayudaba en verdad. La joven parecía ahora más hermosa que antes, además de más experimentada.

Pero ya no aguantaba más esas terribles aventuras. Ya había hecho demasiado, mucho más de lo que se había imaginado; y sólo quería descansar, lejos de esos horribles terrores, de la sangre y la muerte, de las noches en vela, de las inclemencias del clima, de la tediosa y dolorosa sensación del hambre y la sed. Ahora sólo quería dormir, y Méladriel parecía no querer despertar, buscando a la muerte tras sus largas y crespas pestañas.

120

Cuando Méladriel se despertó, vio que estaba en un poblado a los lindes del Bosque Denso. Parecía estar en un estadero. Miró a su alrededor y vio ella estaba sola en la habitación. Entonces se levantó y vio que, al lado de su cama, en el suelo, estaban todas las pertenencias que había logrado llevar consigo. Allí estaban las fragancias de durazno, algunas sedas y tapetes de Jerlán, y algo de oro. La joven, como había dormido con armadura, tenía adolorida la espalda. Se sentó y se mecía el cabello negro en un esfuerzo de peinarlo con las manos. Aprovechó un pequeño espejo que le habían regalado y tomó algo de su maquillaje, pues era vanidosa, y después salió del cuarto con la espada en mano y el arco en la otra.

Méladriel todavía no sabía qué había pasado, y había aprendido a ser muy precavida. Por lo mismo, bajó sigilosamente. Abajo miró a todos los Hombres que allí bebían y gritaban, entonando ridículas canciones. También había allí Enanos ebrios. Méladriel se dirigió entonces al tendero, y vio que era un Hombre rudo de bigote delgado.

-¿Qué quiere? -le preguntó el Hombre.

-¡Lo que quiere es «acción»! -exclamó un ebrio que estaba sentado cerca.

Aunque Méladriel se puso roja de la furia, nada respondió. -¿Ha visto a un anciano de barba canosa y cejas pobladas? -preguntó la joven secamente.

-Esa información le costará -dijo el tendero mientras servía una cerveza en un sucio vaso.



Juan Esteban Peláez

Méladriel ya se estaba irritando, pero sabía que un problema no sería muy benéfico. Entonces, como ya no era tan inocente, cambió su forma de mirar, tornándola ardorosa, y se acercó de forma febril al Hombre, ganándole a su pudor y a su timidez. -¿Y qué quieres? -preguntó con coqueta.

El tendero pareció entonces ponerle más atención, y miró a la joven de arriba abajo, fijándose en su menudo cuerpo. Sonrió con malicia en ese momento.

Méladriel también lo hizo.

-El Mago está por allá -dijo el Hombre señalando una mesa lejana en un rincón, entre humos de pipas y tumultos de Hombres.

Méladriel buscó con su mirada gris entre la atestada taberna, y vio a Algar sentado y tomando una cerveza. Estaba cabizbajo y se veía en verdad muy cansado.

-¿Y mi premio? -preguntó el tendero.

Entonces Méladriel sonrió y dijo: -Nunca dijiste que querías. Igual olvídale -entonces sacó dos monedas de cobre y añadió: -Esto será suficiente-. Y sin decir más, y sin mirar a todos los borrachos que la miraban, la joven se dirigió hacia Algar. Uno que otro ebrio le lanzó algún sucio halago, pero Méladriel no respondió a nada de eso. La joven se sentía en verdad altiva, y miró sólo al Mago, alardeando de su belleza y su valentía.

Algar la siguió con la mirada y sonrió.

La joven se sentó y lo miró con profundidad. -¿Qué sucedió? -preguntó con voz dulce y tierna

-Tus fuerzas se acabaron, pero lograste subir al caballo, casi dormida. Así que guíe al Bayo por otro día y otra noche, y otro día más. El Bayo me ayudó, pues se portó muy bien al seguir mi caballo. La hechicera desapareció sin dejar rastro. Desconozco el motivo.

-¿Dónde estamos? -preguntó la joven mientras dejaba su arco sobre la mesa e intentaba disipar el humo de las pipas de su rostro.

-Aunque siento este sitio como un poblado fantasma, estamos en Jaffar -respondió el Mago.

-¡Eso quiere decir que estamos muy cerca de Metys! -dijo Méladriel muy ansiosa y alegre. Ahora parecía una dulce joven en vez de una valerosa guerrera.

Algar sonrió y asintió. -Mañana estaremos en Metys, y de allí a Verdelheid. Lo logramos, querida Méladriel, lo hicimos.

Méladriel, al escuchar esas palabras, dejóse caer sobre el espaldar de la silla, y suspiró, como si se hubiera arrancado un gran peso de la espalda. Pareció que ese suspiro la hizo revivir. -Lo logramos -dijo a sí misma, y volvió a suspirar.

-También han llegado noticias del norte. Parece ser que Hellmer fue abatido en la batalla, y el Castillo de Cristal sigue siendo de Málem y del Imperio del Agua. Ahora hay una especie de coalición en la Península de los Elementos, una alianza que el Diablo ignoró, y que, por lo mismo, pagó con su máspreciado títere.

-¿Eso quiere decir que ganamos la batalla? -preguntó Méladriel, incrédula y con los ojos brillantes por la luz de la vela.

Algar volvió a asentir. -Es hora de que tu nombre no vuelva a ser nombrado en este horrible libro de terribles sucesos, mi compañera de viajes -aseguró el Mago.

La joven simplemente parecía no creerlo, pues la desesperanza la había ahogado muchas veces. El estar tan cerca de su casa la ponía demasiado feliz.

El resto de la noche Algar y Méladriel no hicieron más que recordar todas sus anécdotas por los últimos años. Aunque habían hecho eso a menudo, esta vez recordaron todo, y se sintieron orgullosos de haber atravesado tantos peligros, y alegres de haber superado



Juan Esteban Peláez

todas esas situaciones, y de haber conocido personas maravillosas y sitios que sólo en sueños podían imaginar.

Hablaron con melancolía de los caídos durante los viajes, pero las cervezas que pidieron hicieron efecto, y resultaron riéndose y cantando canciones inentendibles para los Hombres y Enanos de la taberna; pues eran canciones en los idiomas de Herda y Jerlán. Hablaron con algunos extraños que se les acercaron, y les contaron sobre sus peligrosas batallas en Dan-Silum y Koral, y describieron los reinos de más allá de las tierras de Demonio. Muchos permanecieron incrédulos, ignorantes del tamaño del mundo, pero otros escucharon con detalle esas bellas y temerarias historias.

Así llegó la mañana. Méladriel durmió sólo un poco, pues la ansiedad de llegar a su hogar no la dejaba conciliar el sueño. Y a las diez de la mañana, los viajeros ya iban hacia el sur, hacia Metys. Y cuando llegaron a la ciudad capital de Falheid, se dio una última despedida, muy semejante a la despedida de Arcalón con Méladriel, pero la joven aseguró años después que esa había sido la despedida más dolorosa de su vida.

-Aquí nos separamos, mi querida niña -dijo Algar mientras se bajaba del caballo y lo amarraba a una baranda, en la plaza central de Metys.

Méladriel hizo lo mismo. -¿Por qué no te quedas en mi casa a vivir, Algar? -preguntó la joven, que ya empezaba a sentirse triste por la despedida.

Algar meneó la cabeza. -Tú extrañas tu hogar, yo el mío -aseguró el Mago-. Debo informarle a las Órdenes de los Magos todo lo que hemos pasado -añadió.

Entonces Méladriel no aguantó más, y lloró de la angustia. -¡Gracias por todo! -exclamó con una profundidad enorme.

El Mago, que era frío, se sintió extraño; pero había aprendido a querer a Méladriel como una hija, y se sintió abatido por dejarla. Entonces pasó lo impensable, incluso para Méladriel: El Mago bajó su cabeza, con una mezcla de alegría y felicidad, y lloró.

-Te pido, mi querida niña, que me perdones -pidió Algar-, perdóname por exponerte a tanto y por no haberte podido cuidar de tantos males -añadió.

Méladriel lo miró extrañada.

- Todas las penurias que has pasado han sido por culpa mía -dijo el Mago-. Sólo perdóname.

Méladriel sonrió y sus ojos grises tomaron un color profundo. -Si eso es lo que quieres, claro que te perdono -dijo con voz quebrada.

Entonces el Mago se secó las lágrimas y tomó aire. -Fue un placer vivir esta gran travesía contigo, Méladriel de Verdelheid, Dama de Herda y mi amada niña -dijo.

Así fue la despedida de Méladriel y Algar, y sus destinos no volvieron a cruzarse. Entonces Méladriel miró el collar que Éliot le había regalado, y recordó la promesa de siempre sonreír. Así que, aunque estaba triste por dejar al Mago, sonrió y no miró atrás para que la despedida no fuera más amarga. Pero mientras salía de la Ciudad Enladrillada, no dejó de recordar cuando el Mago, acompañado de los Dacones, llegó esa dorada mañana y les informó lo ocurrido con la Estrella de Jores.

Méladriel se hundió en todos esos recuerdos mientras cabalgaba hacia su casa como un alma solitaria cubierta con una capa gris. Ahora el día parecía brillar más, o por lo menos así lo sentía ella. Sintió el calor de los soles y el frescor del viento, y vio las flores más hermosas y los árboles más frondosos, y el cielo más azul y las nubes más blancas.



Juan Esteban Peláez

Viendo el mundo de esa manera, y como si volviera a su vida anterior, Méladriel, ensimismada, se dirigió al sitio donde todo había comenzado y donde todo terminaba. Ahora volvía al sitio que más había extrañado en sus frías noches, de donde quizás nunca debió salir, pero al que siempre quiso volver: Su casa.

DERREN Y LAS DOS AMATISTAS

121

Érase una vez, un Hombre llamado Derren. Derren venía de una clase media alta de la sociedad de Metys. Su familia era influyente en los campos de la política y la milicia. Su tío había servido al mismísimo dictador Lioric años atrás, pero había sido dado de baja porque había perdido un brazo y un ojo una en batalla durante la Guerra de los Cuatro Elementos. Pero ese impulso por la milicia no se había extinguido de la familia, y Derren lo revivió cuando empezó a servir desde muy joven en el ejército, ahora al mando del emperador Hércols.

Derren no pasaba de los treinta años, y su temperamento habíase vuelto irreverente y orgulloso. Todo por el rumor de que él solo había matado a un Troll. Este rumor se expandió como el fuego en los bosques, y por lo mismo, en poco tiempo llegó a ser Carnero Escarlata (cargo de capitán) bajo el mando del mismísimo Arcalón, que había vuelto a Falheid años atrás. Mas el rumor del Troll no era del todo cierto, pues había sido ayudado por otros dos Hombres que tristemente habían perecido durante la lucha; pero Derren no dijo nada, y aceptó la fama.

Sin embargo, aunque Derren era fanfarrón, era un muy buen guerrero. Blandía la espada con maestría e impulsaba a sus Hombres con elocuentes frases. Era valiente, aunque arrogante, y fuerte y fiero. Ya había servido en varias luchas donde había demostrado su valía.

La guerra contra las huestes de más allá de la Muralla de Volcanes habíase extendido por un par de años. La primera gran batalla en el occidente había sido en el Castillo de Cristal, donde había caído Hellmer, el rey Espectro. Esa fue una baja que el Demonio no pudo reparar fácilmente. Así que tuvo que conformarse con las tierras occidentales del Imperio del Fuego. Pero el emperador Hércols decidió despejar todo su imperio de enemigos, y llevó a las huestes de Irgoliath hasta la Muralla de Volcanes, causando así un estancamiento en la guerra (pues Irgoliath había sacado la Shidraha de Falheid, evitando la interacción de los vivos y los muertos). Nadie se atrevía a desafiar al enemigo cruzando sus fronteras, no aún.

Pero Derren sólo sabía lo que debía saber: Que el Diablo preparaba otra vez sus tropas para invadir la península, y que los Imperios de los Elementos se preparaban para detenerlo de nuevo. Él había pasado mucho tiempo lejos de las ciudades importantes, pues había sido mandado a las provincias occidentales. A esas provincias, más que noticias llegaban órdenes.



Juan Esteban Peláez

Y a mediados de febrero, cuando el verano estaba en pleno auge, Derren recibió la orden de ir a Golu-Dom, una pequeña ciudad que el Demonio había tomado antaño para atacar el Castillo de Cristal. Allí se encontraría con una Mujer a la que debería proteger con su vida. Allá, en Golu-Dom, recibiría más órdenes. A Derren se le dio un grupo de treinta Hombres, muy fieros y diestros en armas. Arcalón los alcanzaría días después.

122

Ahora bien, Derren había recibido pocas instrucciones: Ir a los estaderos sureños de Golu-Dom, donde estaría una Mujer de cabellos negros y ojos grises. La Mujer estaba en el estadero llamado «Hollín», en la habitación 6. Nada más sabía de su misión. Cuando llegó a la ciudad, acompañado de los treinta soldados, fue directamente hacia el sur de la ciudad, pasando sin miedo por ínfimos callejones de faroles moribundos, ladrones y desdichadas. Miraba los rostros de las adoloridas Mujeres que esperaban a algún borracho en las esquinas, y los rostros airados de los pordioseros de ruanas hediondas.

Antes de la llegada del Demonio, Golu-Dom había sido una hermosa ciudad, próspera y famosa por sus sangrientos pero costosos y entretenidos juegos. Pero cuando el Diablo lamió con su lengua ardiente las tierras cercanas, hundió a la ciudad en la miseria. Ya las grandes caravanas no llevaban mercancías, y a duras penas había oro para comprar panes. Aunque las huestes demoníacas habían sido expulsadas, el Diablo no había fallado, pues había destrozado las almas que se aferraban todavía a la ciudad.

Pero Derren no temía a los ladrones, pues iba muy bien escoltado. Aunque ostentaba una capa roja larga y fina, y un anillo de oro con una esmeralda, ningún ladrón osaba acercársele, pues con él estaban Hombres muy corpulentos y agresivos. Sin embargo, a Derren no lo inquietaban los miserables; lo inquietaba la Mujer con la que tenía que encontrarse. El Hombre esperaba reunirse con ella en un sitio mejor, pero a medida que se acercaba a la dirección sus dudas se incrementaban más.

-¿Qué clase de Mujer será? -preguntó Alor, el mejor amigo de Derren y su mano derecha. Alor era un Hombre cauto, perspicaz e inteligente, aunque humilde.

-Debe ser una anciana decrepita, una condesa loca llena de gatos que perdió su fortuna y ahora necesita algún favor de Arcalón -respondió Derren.

-Esperemos que no se disguste porque él no vino personalmente -dijo Alor mientras miraba con recelo a un Hombre tirado en el suelo, al parecer inundado por alguna droga extraña.

-Pues si quería que Arcalón viniera personalmente pedía mucho -respondió Derren-. Arcalón es muy altivo, y mira a todas las personas con arrogancia, como si fuera mejor que los demás -añadió con un tono rencoroso.

-Es un buen estratega.

-¡No el mejor del mundo!-. Derren no podía disimular la envidia que le tenía a Arcalón. Alor calló unos momentos. -Esperemos que la encomienda no sea peligrosa -dijo finalmente.

Entonces un brillo pasó por los ojos de Derren, bajo los faroles amarillentos. -Si no es peligrosa no es divertida -respondió-. Además, ¿qué se puede esperar de una Mujer que se mete a estos sitios? -añadió.



Juan Esteban Peláez

Caminaron por las estrechas calles, mientras una que otra mirada lujuriosa salía de alguna pobre Mujer con maquillaje fuerte y ropas ligeras, hasta que finalmente llegaron al estadero. El letrero era de madera mal tallada, y por las ventanas salía el humo de las pipas. Aun afuera, en la calle, se sentía el fuerte olor a ron y cerveza, y se escuchaban las carcajadas descaradas que se juntaban con gritos de furia, sonidos de pelea y ofensas e injurias. Era obvio que no era un sitio digno.

-Estén listos -dijo Derren a dos de sus Hombres, incluyendo a Alor.

Todos asintieron y lo siguieron a la taberna.

El humo poco dejaba ver, y el olor a ron se mezclaba con un intenso hedor a vómito. Las mesas se levantaban por todos lados, todas llenas de botellas. La barra del dueño estaba al fondo. Así que los Hombres, sin hacer mucho escándalo, pero llamando la atención por el rojo de sus armaduras, se abrieron paso hasta llegar a un Hombre gordo y de modales poco sanos.

-¿Qué desean? -preguntó sin siquiera dejarlos llegar. El Hombre estaba muy asustado, pues pensaba que eran las autoridades que venían a cerrarle la taberna.

-Estamos buscando a una persona -respondió Derren, que de inmediato notó el nerviosismo del dueño.

En ese momento se desató una pelea en una mesa cercana entre dos Hombres ebrios. Así que el dueño saltó por sobre la barra y, con ayuda de varios Hombres, logró sacar a los dos borrachos de la taberna. Poco después volvió y vio con sorpresa que los soldados ni se habían inmutado por la pelea.

-¿Qué persona? -preguntó mientras escupía al suelo.

-Una Mujer -respondió Derren.

El estadero pareció saber de inmediato de quién se trataba. -¿La de la habitación 6? -preguntó, aunque pareció más una afirmación.

Y Derren, un poco sorprendido, asintió.

-Esa maldita ha causado problemas toda esta semana -dijo el dueño con furia-. No la he echado porque es muy buena paga. Además, sé por buenas fuentes que tiene amigos poderosos, y ella parece saberlo, pues actúa sabiendo que no habrá consecuencias.

Entonces los soldados se miraron y soltaron una carcajada al unísono.

-¿Está diciendo que una Mujer causó problemas? -preguntó Alor con sátira.

-Sólo ayer le rompió la nariz a uno de mis mejores clientes con el mango de su espada -dijo el dueño sin mofa.

Entonces todos se miraron, sorprendidos.

-¿Y usted qué hizo? -preguntó uno de los soldados.

-Nada -dijo el dueño, todavía más furioso-. Sólo llévense a esa maldita loca -insistió.

-Debe ser una Mujer espléndida -aseguró Derren a Alor.

-¿Dónde está en este momento? -preguntó Alor.

-En su habitación -respondió el Hombre-. Suba por esas escaleras y vaya hacia la izquierda. Es la última habitación del pasillo.

Los Hombres subieron riéndose del estadero por ser tan cobarde. ¿Cómo una Mujer podría intimidar así a la gente? Hicieron lo que el dueño les dijo y llegaron a la puerta.

-Vamos a ver cómo es esta Mujer, aunque parece ser que es más agresiva que todos nosotros juntos -dijo Derren sarcásticamente mientras tocaba la puerta. Se demoraron un poco en responder, pero cuando abrieron la puerta, los Hombres quedaron estupefactos, incapaces reaccionar. Era imposible creer lo que el dueño había dicho.



Juan Esteban Peláez

Al principio Derren se imaginó a una Mujer fea y corpulenta, quizás una pescadera, pero ahora estaba atónito con la persona que estaba frente a él. Sus lisos negros caían a los lados de su hermoso rostro, blanco como la nieve. Sus labios rosados y su nariz pulida le daban una dulce hermosura, y su cuerpo menudo mostraba gráciles formas. Pero lo que petrificó a Derren fueron esos ojos grises como piedras preciosas, brillantes, pero sin inocencia. Aunque se veía joven, parecía conocer mucho. Esos ojos parecían refulgir, como si la profundidad rondara sus pupilas y sus blancos cristalinos.

La Mujer examinó a los Hombres, como si buscara un rostro muy familiar entre ellos, pero al no encontrarlo arrugó su frente y miró a los Hombres con esos furiosos ojos.

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó con una voz delicada pero seria.

-Somos los enviados de Arcalón -respondió Derren, volviendo del sopor.

Entonces la Mujer pareció cambiar de semblante, y sus ojos se abrieron y brillaron, como si la sangre de un Ángel hubiera inundado su ser. -¿Y dónde está él? -preguntó expectante y ansiosa. Ahora parecía otra persona.

Los Hombres se miraron y titubearon.

-Él está aún en Arsen -respondió Derren.

Entonces, como si hubiera sido atravesada por una lanza, la joven cerró los ojos, intentando aprisionar las lágrimas, y su rostro se puso muy rojo por la furia. Entonces dio media vuelta, como quien no quiere que lo vean llorar.

Los Hombres permanecieron inmóviles y en silencio.

-Entiendo -dijo en voz baja y claramente resignada, volviéndose a los soldados.

Entonces Derren se sintió ofendido. -¿Acaso no le servimos nosotros? -preguntó altivo, consciente de la decepción de la joven.

La Mujer los miró y dijo: -Si pueden blandir una espada pueden servirme -respondió.

Derren en verdad se sintió molesto por la actitud de la Mujer. -¡Venimos hasta acá para servirle, ¿y ése es el recibimiento?! -preguntó ofuscado.

La joven los miró y suspiró, y con un ademán los invitó a entrar en la habitación.

Sólo tres soldados entraron; el resto bajaron a la taberna.

123

-¿Cuánto tardará en llegar? -preguntó la joven mientras tomaba una copa de vino que estaba en la mesa de noche.

-Dijo que unos días, pero no lo sabemos con certeza -respondió Alor.

La joven, aunque más calmada, no podía disimular la decepción que se estancaba en su interior. -Bien, les explicaré qué necesito: Debo ir al Lago Álgido, pues temo por la seguridad de una amiga -dijo antes de tomar otro trago de vino.

-¿Acaso teme a los Goblins? -preguntó Derren.

La joven meneó la cabeza. -Temo a seres más poderosos, a los Seis -dijo.

-No hay hechiceros enemigos en estas tierras -aseguró Alor.

La Mujer suspiró. -No quiero entrar en detalles, pero estoy preocupada. Mi amiga fue a ver a Málem hace varios días, pero no hemos recibido noticias de ella. Sé que hay peligros en el Bosque Denso y en las costas del lago. Su hermana gemela, quien me contactó, también teme por ella. Por eso pedí ayuda a Arcalón.

Los soldados asintieron en señal de entendimiento.

-Lo mejor será ir primero al castillo, después a Kamea -añadió la joven.



Juan Esteban Peláez

-Es claro -dijo Derren-. Debemos descansar uno o dos días y podremos iniciar la búsqueda- añadió mientras miraba con detalle a la Mujer. Derren se sentía atraído a ella, pues era atractiva, muy atractiva.

Después de llegar a unos acuerdos en cuanto al pago, los Hombres y la joven bajaron a la taberna a beber algunas cervezas. La joven sólo tomó agua.

-¿Y cómo se llama «su majestad»? -preguntó Derren con sarcasmo, un poco ebrio y claramente molesto por el desmerito que sintió.

La joven lo miró tranquila, y dijo: -Soy Méladriel de Verdelheid.

-Y mi nombre es Derren.

Entonces Méladriel dijo secamente: -Un placer.

Estuvieron conversando un rato más, hasta que los soldados, ya ebrios, empezaron a realizar sucios comentarios e impúdicas miradas a Méladriel. Así que la Mujer, cansada de lidiar con borrachos, subió a su habitación para descansar. Derren y Alor estuvieron unas horas más, hasta que el mareo los obligó a dormir.

Al día siguiente, al alba, Derren, Alor y Méladriel salieron de la taberna, dejando a los soldados rasos descansar la resaca. Anduvieron por las angostas calles por un tiempo hasta llegar al centro. Allí descansaron, comieron panes con mantequilla y hablaron sobre su destino. Méladriel dijo que tenía que ir primero a una pequeña casa al norte de la ciudad. Después seguirían al lago. No hubo objeción alguna.

Los viajeros tomaron por el camino norte. Antes de mediodía la senda empezó a serpentear e ingresó a un pequeño bosque, muy frondoso y colorido. Allí había arces dorados y alerces pálidos, robles, cedros y sauces, olmos y nogales, y algunos pinos y cipreses verdes. Las flores abundaban. Después de dos horas de marcha, los viajeros vieron, atónitos que las flores se acumulaban a los lados del camino, como si hubieran sido puestas allí por manos artificiales. Antes del anochecer ya divisaban desde un recodo la pequeña casita que se erguía entre las frondas y las flores.

Méladriel, sin titubear, fue la primera en acercarse. Se apeó de Bayo, tocó la puerta y esperó. Derren y Alor también se apearon y esperaron. Cuando abrieron la puerta los Hombres se llevaron una nueva sorpresa. Esta vez se sintieron intimidados, pues la aparición parecía simplemente imposible, increíble a los ojos abiertos y sólo digna de los mejores sueños.

Ella era de rizos castaños, de ojos verdes como jades, de rostro fino y de facciones que se acercaban a la perfección y al gusto de todos los mortales. Parecía ser el deleite de los Ángeles, la envidia de la belleza, la presa de las beldades y la tentación de los Demonios. Irradiaba un aura enigmática, de calma, e inmolaba sentimientos muy profundos. Literalmente enamoraba a quien no estaba acostumbrado a su presencia, y por lo mismo no podía ser vista por muchos. Tenía una vestimenta púrpura como la amatista, y de allí provino su sobrenombre otrora.

Fue durante esta Nueva Era que las Apsaras empezaron a interactuar con los mortales. En la Era de las Luces sólo hubo un registro de una Apsara, y fue de Nirel, la Apsara de los Bosques, que ayudó a un duque Ariánico Dárlaran. Pero esto pasó más allá del mar, y poco registro se tomó de eso en el Antiguo Continente. Pero en esta nueva era, ya dos Apsaras habían emergido para imponerse en tronos: Héliz, la Apsara de las Heladas, en



Juan Esteban Peláez

el trono de Sadamarca; y Melina, la Majestad de las Aguas, en Alheid. Ahora Derren y Alor tenían otra Apsara frente a ellos.

Su dulzura encantó a los Hombres de inmediato, y su tierna y suave voz los sumergió en un sopor indescriptible, como si el mundo alrededor hubiera desaparecido y sólo la presencia de la Apsara importara. No hay registro de cómo Méladriel se conoció con la deidad, y siempre fue un misterio.

-Espero no ser una molestia -dijo la Apsara a los Hombres.

Y ambos, saliendo del letargo, respondieron al unísono: -Es un honor servirte-. Sin embargo, Derren ni siquiera sabía que se trataba de una Apsara; de hecho, ni siquiera sabía qué era una Apsara. Simplemente se sintió lleno de un sentimiento tan puro hacia ella, que creyó estar enamorado con sólo verla. Ese era un síntoma normal en los mortales. Entonces la Apsara se apresuró a decir con dulzura: -Deben estar cansados. Por favor guarden los caballos y pasen a comer.

-Pero los Hombres en la ciudad...

Mas Méladriel interrumpió a Alor. -Ellos deben estar disfrutando de las Mujeres de Golu-Dom y de las peleas de bestias. Supe de un Hombre que va al coliseo y que parece hablar con dragones. Son saurios pequeños; pero son fieros, y ni siquiera los osos les dan muerte.

-¡Qué juegos tan horribles! -dijo la Apsara asqueada.

-Así son los Hombres -respondió Méladriel.

-Vamos, mejor pasen, que ya hace frío -insistió la Apsara.

Y, como mansos perros, ambos Hombres acataron.

Ya dentro de la pequeña pero acogedora casita, la deidad se apresuró a hablar con los Hombres sobre la encomienda. Su hermana gemela no aparecía, y Málem aseguraba por cartas que no la había recibido en el castillo. La Apsara y Méladriel sabían que por lo menos uno de los seis hechiceros rondaba esas tierras, y estaban preocupadas.

-Les prometo que después de encontrar a mi hermana serán bien recompensados -aseguró la Apsara mientras traía consigo dos platos con una sopa que, aunque no tenía sabor familiar, era deliciosa.

Los Hombres comieron con avidez y se calentaron en la pequeña chimenea que estaba en la sala. La pequeña sala era muy cómoda, tapizada de rojo, y tenía sofás de cojines verdes y amarillos. En verdad eran colores vivos, muy agradables, incluso parecían emanar felicidad.

La misión era clara: Hallar una Apsara.

124

-¿Siempre eres así? -le preguntó Derren a Méladriel. Ambos encabezaban la marcha; sólo la Apsara iba frente a ellos. Los treinta Hombres contratados no dejaban de mirar a la deidad, fascinados por su belleza e inmolados por su energía.

Méladriel lo miró, escéptica. -¿Cómo? -preguntó mientras se cubría los ojos de la luz de los soles con su mano. Ya empezaba a sentir el calor de la negra armadura. Vestía su capa gris sobre el acero, y ostentaba unas bridas enojadas. Además, tenía una cayena roja en la cabeza.



Juan Esteban Peláez

-El tabernero dijo que habías causado muchos problemas. Además, nos tratas como sirvientes.

Méladriel, consciente de su error, lanzó una sonrisa, avergonzada. -Aprendí a que debo dar el primer golpe -respondió mientras miraba las colinas herbosas que se erguían enfrente-. Sin embargo, no soy así siempre, de hecho, casi nunca; pero la soledad y las penurias hacen su efecto. Por eso mismo me disculpo por cómo me he comportado -añadió sinceramente y para sorpresa del Hombre. Méladriel luchaba (y con razón), con su ego y con su orgullo; pues casi había sido reina, y había tenido a su lado guerreros poderosos, y por ella una estrella iluminaba el cielo nocturno; pero nada de esto sabía Derren, y Méladriel era consciente que a veces su actitud molestaba. En verdad se sintió apenada por el reclamo.

Derren, sorprendido, se quedó mirando el rostro hermoso de Méladriel, atraído por las gráciles facciones. -¿Quién te hizo tanto daño? -preguntó.

-La vida -respondió la joven secamente-. Pero no me gustaría hablar de eso.

-¿Fue Arcalón?

Entonces Méladriel volvió a mirar el rostro de Derren, pero meneó la cabeza. -Arcalón no tiene la culpa de nada -dijo con seguridad.

Pero Derren sonrió con sardonía entonces, y miró al frente e hizo un gesto triunfal. -Fue él -aseguró cegado por su orgullo.

Méladriel pareció titubear un poco, pero volvió a negar con la cabeza. -Arcalón y yo hemos estado separados por buen tiempo, pero ninguno ha tenido la culpa -insistió.

-Pero...

-Por ahora enfoquémonos en la misión -se apresuró Méladriel a cortar la conversación.

Derren suspiró y asintió. -Veo que sólo me limitaré a cumplir órdenes -dijo-. Parece ser que ya no tienes remedio -añadió.

Méladriel lo miró y sonrió.

Poco después, antes de que el crepúsculo se asomara púrpura en el cielo, Derren ordenó montar campamento. Méladriel no puso objeción.

Mientras armaban las carpas, Alor se acercó a Derren. -Es mejor que se mantenga alejado de esa Mujer. Es obvio Méladriel es muy importante para Arcalón, y no desearía que tuviera un problema -dijo como consejo.

Entonces Derren se irguió, olvidando la carpa. -¿Acaso cree que le temo a Arcalón? -preguntó ofendido.

-Sé que no, pero...

-¡Pero nada! -increpó Derren.

Alor entonces supo sobre los sentimientos de su amigo. -¿Está interesado en ella? -preguntó casi afirmando.

Derren calló un momento, sonrió para sí mismo y respondió: -Tiene ademanes que me gustan, y es hermosa.

Alor suspiró. -Sólo tenga cuidado.

Derren levantó la cabeza y asintió. -Siempre lo hago -dijo muy seguro de sí mismo.

Al anochecer, cuando todas las hogueras estuvieron prendidas, Derren acercóse a Méladriel y a la Apsara con unos pedazos de conejo asado. -Deben tener hambre -dijo.

Entonces la Apsara, al ver el conejo, se volteó, asqueada. -Yo no sufro hambre -aseguró.

-Las Apsaras no comen carne -añadió Méladriel.

-¿Y tú?

-Aceptaré. No puedo negar que tengo hambre.



Juan Esteban Peláez

Derren se sentó al lado de Méladriel y se dirigió a la Apsara. -¿Y cuál es tu nombre?

-Los Hombres de antaño nos nombraron Bella y Clara. Yo soy Clara. Bella es mi hermana. Sin embargo, tenemos otros nombres en lenguas antiguas.

-Entiendo -dijo el Hombre que, aunque no le molestaba la presencia de la deidad, deseaba hablar con Méladriel a solas.

Sin embargo, aunque él no lo sabía, Clara veía los pensamientos de los mortales como si hubiera un cristal entre ellos y sus verdes pupilas. Así que simplemente se despidió, excusándose con un supuesto cansancio.

-¿Estás cansada? -preguntó Derren.

-Estoy acostumbrada a las jornadas largas -respondió Méladriel.

-¿Por qué? ¿Acaso has tenido muchos viajes?

Méladriel lo miró y calló.

-Yo he tenido viajes muy peligrosos. Uno de ellos fue de Vertoris a Linéa. Unos Nomos rondaban los alrededores de Linéa, robando. Todo el camino estaba plagado de esos horribles seres. Tuvimos dos escaramuzas, y de las dos salimos victoriosos. En verdad fue muy peligroso.

Méladriel lo escuchaba, mas nada decía.

Derren en verdad contaba esta anécdota con orgullo, pues en verdad se había visto muy cerca del peligro. Y se sentía temerario. También contó sobre su encuentro con el Troll tiempo atrás. Era obvio que deseaba impresionar a Méladriel; pero ella nada decía, sólo escuchaba.

-¿A dónde has viajado? -preguntó finalmente el Hombre, esperando una respuesta simple. Méladriel miró el crepitante fuego de la hoguera y por un momento pareció aletargarse en recuerdos, y permaneció ensimismada un momento. Y sin dejar de mirar el fuego, respondió: -He viajado a sitios que ni en tus peores pesadillas podrías imaginar.

-Nada puede ser tan malo como mis pesadillas -aseguró Derren.

Entonces Méladriel pareció volver en sí. -¿Qué quieres saber? -preguntó.

-Quiero saber qué te tiene tan mal. Que puede marchitar la felicidad de una Mujer tan hermosa y aún joven. La vida no puede ser tan mala con una joven tan bella. ¿Qué te amarga?

Méladriel dudó un momento, volvió a mirar el fuego y después las plateadas estrellas. Casi sobre ella estaba la estrella más brillante del firmamento, y la más hermosa. Méladriel reconoció la estrella que ella misma había tenido en sus manos años atrás. -Estoy así por una estrella -respondió, ensimismada.

-¿Una estrella?

Y Méladriel asintió. -Por una estrella perdí a todos los seres amados. Sólo seis personas que aprecio siguen en este mundo, pero todos lejos-. La voz de la joven era profunda, y parecía haberse congelado en la melancolía.

-¿Quiénes? -preguntó Derren, cada vez más interesado por el pasado de la Mujer.

Pero Méladriel permaneció en silencio, mirando la hoguera.

-Sé que Arcalón es uno de ellos -dijo Derren, que parecía hipnotizado por el rostro pálido de la joven a la luz del fuego. Su cabello, aunque maltratado por el viaje, brillaba bajo las estrellas, y sus enigmáticos ojos parecían ser ventanas brillantes; Méladriel expresaba mucho en los ojos de plata.

-Quería verlo -dijo ensimismada-, y por eso me siento un poco frustrada. Pero no estoy molesta con Arcalón. Estoy más molesta conmigo misma por algunas decisiones que he tomado. Por ejemplo: Dejé una corona -respondió la joven-. La verdad no lo sé por qué dudé. Quizás fue un impulso de arrogancia, pues me sentí más arriba que un rey recién coronado. Quizás un impulso de estupidez. La verdad no sé.



Juan Esteban Peláez

-¿Eres una reina? Lo siento, pero eso no lo creo.
-No lo soy; pero pude haberlo sido... -. Entonces Méladriel volvió a callar.
Derren también calló un momento. -¿Y a quién más estimas?
-Debes conocer a Sergail.
-Sí, lo conozco.
-¿A Ángor?
-¿De Trimíl?
-Sí.
-Sólo he oído hablar de él.
-Las otras tres personas viven al oriente, en Telheid. Una es mi hermana Háladriel, y dos Magos: Londrake de la Orden Roja y Algar de la Orden Azul.
-No he oído hablar de ninguno de los tres.
-Lo sé. Pero bueno, ya te dije qué me tiene triste.
-¿El abandono de Arcalón?
Entonces Méladriel se levantó de inmediato, con el rostro pálido de furia. -¡Deja de mencionar a Arcalón! -exclamó furiosa-. Ya te dije que no es él la causa de mi amargura, pero no quieres creerme.
-Entonces olvídale para que no sufras más por él -dijo Derren-. Una Mujer tan hermosa no debe estar sufriendo por un Hombre así -añadió.
Méladriel miró a Derren con detenimiento, como estudiando su rostro. -Tú sirves a Arcalón -dijo la joven.
-¿Y?
-¿Sabes qué te haría si se entera de cómo hablas de él? -preguntó la joven mientras se mecía el cabello para sacarse las cenizas y acomodarse la flor roja tras su oreja.
-¿Acaso le contarás? -preguntó Derren.
-Podría hacerlo.
-Pero no lo harás, lo sé -respondió el Hombre.
-No me conoces.
-Lo estoy haciendo.
-No intentes medirme.
-¿Acaso nadie lo ha hecho?
Méladriel calló un momento y bajó la cabeza. La levantó de nuevo y dijo: -Sólo Arcalón.
-¿Y por eso lo odias?
-Por eso lo amo.
-¿Aún lo amas?
Entonces Méladriel se sintió interrogada y, furiosa, dijo: -Lo que yo sienta o deje de sentir es mí problema.
-Todavía lo amas, ¿cierto?
Méladriel asintió, segura.
-¿Te doy un motivo para odiarlo?
Al escuchar eso, Méladriel sintió un nudo en la garganta, pues imagino otras Mujeres. Pero, volviendo a sus cabales, dijo incapaz de disimular su temor y a la vez su ira: - Escucha Derren, jamás hables mal de Arcalón frente a mí; pues no te creeré nunca nada. Derren, sintiendo la terrible mirada de la joven en su ser, supo que había cruzado una línea, así que subió los hombros y nada más dijo. Pero en su ser empezaba a crecer el gusto por Méladriel, y no estaba dispuesto a rendirse fácilmente; aunque compitiera contra un general.



Poco después de mediodía, la compañía por fin divisó el Castillo de Cristal, lejano y en medio del Lago Álgido. El lago, aunque todavía guardaba un poco de la hermosura de antaño, había sido infectado después de la venida de Hellmer, y ahora lampreas abominables y peces monstruosos vivían en las profundas aguas. Pero algo llamó la atención de la compañía: Humaradas negras a la izquierda, provenientes de la aldea de Crillén. Entonces, llevadas por una extraña sensación, Clara y Méladriel pidieron a la compañía encaminarse a la mísera aldea, esperando encontrar allí a Bella, sana y salva.

Alrededor de Crillén todavía estaban las hediondas trincheras que había mandado a cavar Hellmer, y algunos edificios improvisados se erguían como recuerdos de tiempos negros. Entonces Méladriel acarició a Bayo y tomó el arco en su mano derecha, las riendas con la izquierda, y bajó a trote lento hacia la aldea. Los Hombres la siguieron sin titubear, inspirados quizás por su valentía o hipnotizados por su belleza. Clara, a trote lento, cerraba la expedición.

Pero a medida que se acercaban, los viajeros veían que la aldea parecía estar abandonada. Ningún Goblin era visible allí, pero los humos indicaban actividad reciente. Méladriel entonces temió por Bella, así que apresuró el paso y, sin temor, se paseó por entre las yurtas humeantes y destrozadas. Los Hombres, escoltando a la joven, buscaron por toda la aldea, hasta que uno de ellos vio unas huellas que se alejaban de la aldea. Había muchas huellas de Goblins que se dirigían al Bosque Denso, muy probablemente escapando; pero había otras huellas muy claras sobre la arena de la playa, de piecitos descalzos que iban en línea recta por toda la costa.

La compañía siguió las huellas por casi una hora, hasta finalmente encontrarla. Estaba allí, sentada sobre la hierba húmeda en la costa, mirando el cielo nublado, cansada, despeinada y con un vestido púrpura sucio y rasgado. A su izquierda tenía un báculo de oro. Entonces Méladriel se apeó de Bayo y se apresuró a la Apsara.

Bella bajó la mirada, sonrió agotada y dijo: -Estabas demorando mucho.

Méladriel se puso frente a Bella y la detalló, asustada; pero no vio herida visible. -¿Estás bien? ¿Te atacó alguno de los Seis?

Bella asintió. -Hay tres hechiceros, Méladriel. Me emboscaron tres de esos malditos en el bosque -entonces levantó la cabeza y vio a su hermana corriendo hacia ella sobre la arena. Y dijo, orgullosa y sonriente: -Pero ninguno de los tres pudo conmigo.

Clara entonces se abalanzó a Bella y la abrazó con fuerza. -¿Estás bien? -preguntó casi llorando.

Y Bella asintió, miró las humaradas provenientes de Crillén y dijo: -Tuve que abrirme paso por esa aldea. Menos mal todos los Goblins escaparon y ninguno salió herido. Yo estoy bien -aseguró mientras devolvía el abrazo. Entonces miró a todos los soldados, y añadió: -Gracias por venir a buscarme, valientes Hombres; pero creo que ya podemos volver a casa.

Había más preguntas que las respuestas para los soldados. ¿Quiénes eran esas gemelas? ¿Qué poder tenían como para destruir de esa manera una aldea repleta de Goblins? Durante la marcha Clara pareció no cansarse, y Bella, después de varios días a la intemperie y rodeada de peligros, parecía no tener hambre ni sed; sólo se veía un poco



Juan Esteban Peláez

cansada y sucia, pero ni siquiera olía mal. Era obvio para los Hombres que esas Mujeres no eran comunes y corrientes.

-¿Son alguna clase de Brujas? -preguntó Derren a Méladriel mientras subían la colina sobre los caballos, prestos para volver a Golu-Dom.

Méladriel entonces le explicó que eran Apsaras.

-Es difícil entender que deidades nos pidan ayuda -dijo Derren-. Pero fue un trabajo muy fácil.

-Y en Golu-Dom serán bien remunerados -aseguró Méladriel, que mirando a los Hombres tras ella añadió: -Me alegra que nadie haya salido herido. Ahora puedes volver a servirle a Arcalón.

Pero Derren meneó la cabeza. -Aún tengo algunos días de licencia, por lo que nos quedaremos con Alor en Golu-Dom. Así que podemos estar juntos algunos días más -dijo coqueteando.

Méladriel lo miró pensativa. -¿Estar juntos? -preguntó.

Y Derren sonrió.

La joven bien sabía lo que Derren pensaba, pero nada dijo sobre ello. -Voy a quedarme con las Apsaras unos días, pero quizás vaya a la ciudad por algunas provisiones -dijo inexpresiva.

-Entonces nos veremos en el mercado -aseguró el Hombre.

Y Méladriel, sonriendo maliciosamente, dijo: -Si, esperaré en la casita del bosque hasta que Arcalón vuelva.

126

La salida de Verdelheid (aunque por una emergencia) ayudó a la salud mental de Méladriel. Ya la soledad de su casa la estaba enloqueciendo. Se había acostumbrado a la aventura y se había vuelto adicta a la adrenalina. Durante sus largas noches había pensado una y otra vez en sus hazañas, y en las maravillas que había conocido. El sólo ver la Estrella de Jores en el cielo la llenaba de alegría y orgullo. Sin embargo, al estar tan sola, sentíase triste de no poder compartir sus logros.

Desde que había vuelto a Verdelheid había sido tildada como extraña. Había llegado con vestimentas muy poco usuales, y la Ciudad Nublada era muy recatada. Había llegado con aires de reina, con regalos y fragancias que no se encontraban en toda la península, y había obtenido una estabilidad económica sin trabajar.

Pero todo esto la aburría. Ella deseaba compañía. Pensó en ir a las Tierras de las Brujas, pero rápidamente desistió por la vieja enemistad con Dínadel. También pensó en ir a la Tierra de los Magos, pero allí sólo Algar o Londrake la aceptarían. Y si ellos la aceptaban, quizás tendrían problemas con Arus y las Órdenes.

Entonces llegó la carta de Clara, pidiendo que la acompañara a buscar a Bella al norte. Este pedido le permitió compartir tiempo con las Apsaras, y le permitió conocer a Derren y a Alor. Aunque Derren era un rufián, no era del todo malo. Tenía sus virtudes, y las Mujeres de por sí ponen las virtudes sobre los defectos. Derren no le inspiraba confianza, pero tampoco quería tomarlo todo a mal.



Juan Esteban Peláez

En este interín, Derren decidió quedarse en Golu-Dom con Alor. Méladriel se quedó esperando a Arcalón en la casa del bosque. Los Hombres visitaban todos los días a las Amatistas y a la joven. Las Apsaras eran dulces y buenas conversadoras, y Méladriel era buena anfitriona con los soldados; aunque cambiaba a menudo de tema cuando Derren intentaba demostrarle su interés.

Durante estos días la sonrisa pintó de nuevo los labios sonrosados de Méladriel, y la felicidad coloreó sus pálidas mejillas. Reía a menudo, e incluso asistía a los juegos de luchas de animales con los Hombres. Así conoció al famoso Dragonífero Bélaron. Bélaron tenía el extraño talento de domar saurios. Era el campeón de esos juegos. Incluso había rumores de que el Dragonífero tenía en sus aposentos subterráneos dos dragones rojos, gigantescos y de alientos ígneos, pero eran sólo rumores.

Ahora bien, en la mitad del mes de marzo, Méladriel y Derren se encontraban en el Coliseo Menor de la ciudad de Golu-Dom, viendo luchar los saurios de Bélaron contra un enorme perro negro. La pareja reía con encanto y miraba con detenimiento la lucha. Apenas terminó, a altas horas de la noche, la pareja decidió ir a la casa del bosque.

Anduvieron por las calles más seguras y amplias de Golu-Dom para evitar altercados, y fueron por la senda mientras se reían y hablaban sobre los juegos. Apenas llegaron a la casa, vieron que las luces de la sala estaban encendidas. Ambos se extrañaron, pues de por sí las Amatistas permanecían en el segundo piso.

La pareja entró y vio que Bella estaba sentada frente a la pequeña chimenea. Su sombra descansaba sobre el tapiz rojo y sus ojos verdes brillaban con el fuego. Parecía ensimismada, incluso preocupada. Tenía una carta en su mano.

-¿Sucede algo? -preguntó Méladriel un poco asombrada.

Bella miró a la joven y asintió. -Síéntense, por favor -pidió la Apsara de rizos castaños. Ambos lo hicieron al mismo tiempo.

Bella volvió a mirar al fuego, y después miró a Derren de forma extraña e incomprensible. -Me alegra que hayan venido -dijo con suave voz.

-¿Sucedió algo malo? -preguntó Derren, que había sentido la mirada de la deidad como una advertencia de algún fatuo acontecimiento.

-Recibimos una visita hoy -dijo la Apsara-, una que en verdad no esperábamos -añadió. Entonces Derren dejó de respirar por un momento, atemorizado, pues especuló, y lo hizo bien. Su mundo pareció menguar entonces, y las estrellas y la Dama parecieron perder su destello tras las nubes nocturnas.

-¿Quién? -preguntó Méladriel.

-Dijo que mañana vendría, pues quiere hablar contigo.

-¿Conmigo?

-¿Arcalón? -preguntó Derren, incapaz de resistir las ansias y el temor.

En ese momento Méladriel sintió una helada sensación en su pecho, y pareció entrar en un pasmo ansioso.

Pero la Apsara negó con la cabeza. -No fue Arcalón, fue un Hombre que conoces, Méladriel. Fue el capitán de Trimíl -respondió la hermosa deidad.

Méladriel abrió los ojos de sorpresa, y éstos brillaron por los fuegos de la chimenea. -¿Ángor? -preguntó.



Juan Esteban Peláez

Y la Apsara asintió con una tierna sonrisa. –Supo que estabas en Golu-Dom y aprovechó para venir a visitarte. No sé cómo encontró esta casa, pero lo hizo. Vendrá mañana a mediodía. Casi no lo convenzo de venir, pues parece ser un Hombre tímido; pero aceptó. –¿A mediodía? ¿Lo invitaste a almorzar? –preguntó Méladriel.

Y Bella asintió.

Entonces Méladriel se levantó de un salto. –¡Qué alegría! Entonces me esmeraré en preparar el almuerzo mañana.

Pero esto no le gustó a Derren. Se puede decir que sintió celos. Sin embargo, nada dijo. Además, no sentía mucha simpatía por Ángor. El capitán era muy amigo de Arcalón, y Arcalón, aunque era su general, no le era de mucha estima.

Bien, antes de mediodía Méladriel ya tenía todo preparado para el almuerzo. Había preparado variedad de exquisiteces, y, con ayuda de las Apsaras y de Alor, había bajado algunas peras y manzanas de los árboles cercanos.

Y, de forma muy cumplida, Méladriel vio desde una ventanilla del segundo piso que un jinete venía a trote por la senda hacia la casa. Estaba vestido de blanco, impecable, con un abrigo negro encima. Méladriel lo identificó de inmediato: Aunque con el cabello un poco más largo y con barba tupida, era sin duda Ángor.

Apenas lo vio, Méladriel bajó hacia la sala, alegre, dando saltitos y con una dulce sonrisa. Derren jamás la había visto tan feliz, y por lo mismo sintió más recelo. Le era irritante pensar que él no podía arrancarle una sonrisa tan fácilmente.

Y apenas tocó la puerta, Méladriel abrió y se quedó mirando al Hombre bajo la luz de los soles, con el cabello bien peinado y la vestimenta luminosa, los zapatos lustrados y el abrigo negro en la mano, pues era un día caluroso. Méladriel lo vio y sus ojos se iluminaron de felicidad. En cambio, el Hombre pareció aturdido por la belleza que la joven había adquirido con el tiempo.

–¿Hace cuánto no nos vemos? –preguntó la joven.

–Hace mucho tiempo, mi querida niña.

Entonces Méladriel sonrió y se lanzó a abrazar a Ángor, amarrándolo y prácticamente colgándose al cuello.

Ángor le devolvió el abrazo con un poco de timidez, pues en verdad estaba nervioso.

Cuando Ángor entró saludó con respeto a Clara y a Alor, y no pareció asombrarse de ver a Derren allí, aunque lo miró de reojo como si en verdad le guardara rencor. Derren le devolvió la mirada de la misma manera.

Todos se sentaron en la sala y empezaron con los formalismos. Y pronto, eran Méladriel y Ángor los únicos que hablaban. Ángor todavía se intimidaba con la presencia de las Apsaras, y les hablaba con timidez, y a los Hombres poco les decía. En cambio, a Méladriel le hablaba constantemente. Recordaban más con gracia que con amargura la noche de la Cacería de Brujas en Verdelheid, la misma en la que se conocieron. Además, hablaron de los buenos momentos que pasaron con Sergail, Alora, Londrake y Arcalón en la Ciudad Nublada.

Entonces todos los temores de Derren se hicieron realidad cuando la pregunta que todos esperaban por fin se formuló.



Juan Esteban Peláez

-¿Y qué has sabido de ellos? -preguntó Méladriel mientras cruzaba la pierna y se sentaba plácidamente en el sillón. Ella no había dejado de sonreír ni un momento desde la llegada de Ángor, y era una sonrisa sincera.

-No volví a saber de Londrake desde que volvió a su hogar. La última vez que lo vi fue en una reunión que organizó Arcalón en las Torres de Nevard años atrás, después de los festejos de fin de año. Pero cuando me levanté el Mago ya no estaba -dijo el Hombre mientras le daba un fuerte mordisco a una manzana verde.

-Espero que el señor Londrake esté bien -dijo Méladriel ensimismada.

-Debe estar con tu hermana -aseguró Ángor.

Y Méladriel sonrió. -Eso quiero pensar -dijo mientras miraba a Clara.

Y Clara asintió. -Lo está -dijo sonriente.

-Déjame pensar -dijo Ángor haciendo memoria-. Supe que Sergail está en el norte, en las provincias de Vertoris y Linéa.

-Sí, yo estuve con él allá -interrumpió Derren. Ya estaba incómodo por la presencia de Ángor.

Pero Méladriel no pareció notarlo. -Sí, Derren me contó sobre Sergail. ¡Tengo tantos deseos de verlo! -dijo con anhelo.

-Lo sé -dijo Ángor-. Cuando me encontré con él hablamos mucho sobre ti. Pero yo estaba de paso, como en este momento; por lo que no pudimos hablar mucho. Él te extraña mucho, y estaría sorprendido si te viera tan hermosa -agregó, halagando a la joven.

Méladriel se sonrojó y lanzó una sonrisa nerviosa. -¡No es verdad! -exclamó-. Lo dices por ser cortés.

Ángor sonrió. -No, Méladriel, es verdad -respondió-. La vez que me reuní con Sergail recordamos muchos momentos; pero concordamos que faltaba Arcalón, y que lo mejor sería reunirnos con él y contigo. Estar de nuevo los cuatro, aunque sea por sólo unos días.

-¡Sería sensacional! -exclamó Méladriel muy alegre.

Pero Derren estaba muy incómodo. En verdad le daba furia escuchar tal conversación.

Alor notó esto, pero calló.

-¿Y Ahora? -preguntó Ángor.

Entonces Méladriel bajó la cabeza, y su alegría pareció desaparecer de súbito.

Ángor abrió los ojos entonces, sorprendido. -¿Le sucedió algo malo? -preguntó.

Entonces Clara, que sabía bien la historia por boca de Méladriel, se apresuró a decir: -Eso deben hablarlo ustedes dos solos, no ahora cuando estamos todos.

Y Bella asintió. -Después hablarán de eso.

-Entiendo -dijo Ángor mientras se recostaba en la silla y suspiraba, pues ya imaginaba qué había pasado-. Arcalón nada me dijo en sus cartas, sólo dijo que debíamos hablar personalmente.

Entonces Méladriel levantó los ojos grises, expectante. -¿Has hablado con Arcalón? -preguntó con un vacío frío en el pecho.

-Por él supe que estabas aquí -respondió Ángor-. De hecho, se supone que nos veríamos el Golu-Dom. Pero parece ser que tuvo que posponer su viaje. Llegará aquí en dos días. Yo no aguanté las ganas de venir a verte, y por eso estoy aquí.

Esta noticia cayó como un maremoto en la mente de la Mujer. Entonces sus sentimientos empezaron a invadir de nuevo su ser, su mente y su corazón. Su respiración se complicó y su corazón empezó a latir con más fuerza. Empezó a temblar de ansias, y se le formó un nudo en la garganta. -¿En dos días? -dijo débilmente.

Y Ángor, sonriente, asintió. -Tengo muchas ganas de hablar con él. ¿Tú no?

-¿Y para qué viene? -interrumpió Derren con una furia producida por el miedo y la imprudencia.



Juan Esteban Peláez

Ángor, incrédulo de la absurda pregunta, lo miró extrañado. —Porque quiere vernos. Méladriel también miró a Derren, confundida por la pregunta, aunque sabía bien que los celos y la inseguridad eran los orígenes de la pregunta; pero no le reprochó. Derren deseaba morir. Quería escapar de allí a todo galope y huir de Arcalón lo más pronto posible. No quería volver a estar bajo su mando, no quería verlo, ni quería que él viera a Méladriel. La envidia en su corazón le estaba ganando cada vez más.

127

Larga fue esa noche para Méladriel. Miró buen tiempo el cielo. Algunas estrellas eran visibles, pero ni Sírel ni sus hijas se veían desde la ventana de su habitación. «¿Estará en camino? ¿Dónde estará? ¿Qué pensará? ¿Qué sentirá?» pensaba la joven constantemente; sin saber que en ese momento Arcalón andaba por el camino desde Arsen hacia Golu-Dom, arrastrando al caballo Alazán de las riendas y pensando en su amada Méladriel.

El día siguiente la Mujer estuvo sola en el bosque, cerca de la casa, bajando algunas frutas de los árboles. Al mismo tiempo, Derren sentía temor y furia por Arcalón. Pensó en irse, pero algo en su interior todavía lo ilusionaba, pensando que podría gustarle a Méladriel, pues a menudo los Hombres tienen una gran ceguera para justificar sus actos en vez de admitir sus errores.

Pasó otra interminable noche. Las rutilantes estrellas engarzadas en el cielo parecían melancólicas para Méladriel y furiosas para Derren, como si unos ojos diamantinos lo miraran y le reprocharan. Y fue tanta la ansiedad de ambos, que cuando el alba azul destrozó el cielo nocturno, ambos todavía tenían los ojos abiertos.

Pasó la mañana. Méladriel no se sentía tranquila en ningún lado. Andaba de aquí para allá, de la sala a la cocina, y subía al segundo piso y se paseaba por las habitaciones, y después al ático y miraba por la redonda ventanilla el camino, esperando ver a Ángor y a Arcalón cabalgando hacia la casa. Después, al no ver nada, volvía a bajar.

Derren, en cambio, no salía de la habitación que compartía con Alor en la ciudad. Se acostaba y miraba el techo, pero no por mucho, pues la incomodidad no lo dejaba. Entonces se sentaba al borde de la cama y se tomaba la cabeza, caminaba un poco por la habitación y volvía a acostarse, hasta que Alor lo arrastró después del desayuno a la casa del árbol.

Pasó la hora del almuerzo, y una tarde eterna. Y llegó la hora de la comida. Las Apsaras se encargaron de toda la cena. Después de comer las ansias volvieron; pero cuando la noche se hizo inescrutable, Méladriel se fue a dormir, o por lo menos a intentarlo. «¿Le habrá sucedido algo malo?» empezó a preguntarse. Y, en medio de dudas, y cuando el cansancio por fin la abordó, pudo dormir. Soñó con Arcalón, pero no recordó su sueño.

La mañana pasó rápida para Méladriel, pues había dormido casi hasta la hora del almuerzo. Se levantó y se bañó en la pequeña regadera que había tras la casa. Méladriel había tomado como costumbre bañarse dos veces al día, tal y como se hacía en Herda. Se peinó con detenimiento y se maquilló los labios y los párpados, se esmaltó las uñas y se



Juan Esteban Peláez

puso un vestido azul de falda larga y espalda destapada. En verdad se veía hermosa. Almorzó y se dedicó a leer para intentar olvidar su ansiedad. Alor y Derren ya estaban allí.

Y como a eso de las cinco de la tarde tocaron la puerta. Méladriel se sintió desmayar entonces, pero hizo lo posible para disimular su nerviosismo. Derren permanecía en la sala, y Alor cortaba leña afuera. Méladriel respiró profundo para calmarse, al mismo tiempo que Bella abría la puerta. Entonces se escuchó la clara y gruesa voz que Méladriel escuchaba tan a menudo en sus sueños.

-Espero no interrumpamos por venir a esta hora -dijo la voz.

-Tú debes ser Arcalón de Metys -se escuchó la voz de Bella.

-Él es -se escuchó la voz de Ángor.

-Veo que tu fama es bien atribuida -dijo Bella.

Méladriel escuchaba la conversación con detalle y claridad, pero sólo veía la espalda de Bella en la puerta entreabierta.

-¿Mi fama?

-Sí, tu fama. No te intimidas al verme, eso se nota; eso se debe a que ya te acostumbraste a la presencia de las Apsaras.

-Pasé mucho tiempo con la Majestad de las Aguas.

-¿Con Melina?

-Sí.

-Pero igual veo que estás nervioso -dijo Bella con doble intención, pues sabía que Méladriel estaba escuchando. Así que deseaba que la joven se tranquilizara un poco.

-Un poco, quizás -respondió Arcalón con una sonrisa-. Disculpa, pero me gustaría saber si...

-Sí, Méladriel está aquí -se apresuró Bella-. Por favor sigue -pidió mientras abría la puerta de par en par.

Méladriel se mecía el cabello negro y levantó la cabeza, intentado ocultar su nerviosismo. Entonces sintió pasos cercanos, y cuando volteó a mirar, vio que Arcalón estaba allí, de pie, inmóvil, frente a ella, mirándola. Su rostro de quijada cuadrada parecía estar atónito con la belleza de la joven, y sus ojos parecieron emitir un destello blanco, como un rayo en medio de una noche tormentosa. Su cabello relucía, su loción inundaba el aire y vestía impecable de gris.

Ambos se quedaron mirando el uno al otro, estupefactos, atónitos, como si de repente todo se hubiera desvanecido.

-Estás hermosa -dijo Arcalón todavía en medio del sopor.

Méladriel bajó la cabeza con el rostro muy colorado. Su cuerpo temblaba. -Gracias -respondió, cabizbaja y apenada.

Entonces Arcalón se acercó unos pasos, lentamente, y se posó frente a ella, buscando sus ojos de plata tras sus cabellos negros. -Doy gracias a los Ángeles porque estás bien. Estuve mortificado cuando supe lo del Castillo de Cristal, y temí lo peor -dijo mientras se apresuraba a abrazarla.

Entonces Méladriel, ya incapaz de aguantar, se prensó a Arcalón con fuerza, como si nunca quisiera dejarlo ir. Allí estaban de nuevo, juntos después de varios meses, sanos y salvos, y con los corazones entrelazados en un gran abrazo, acariciándose las almas. Incluso sintió salir unas lágrimas de alegría por sus ojos, mojando el hombro de Arcalón.

-Te extrañé -dijo sollozando de alegría.

-Yo también te extrañé mucho -respondió el Hombre mientras le mecía el cabello.



Derren miraba desde la sala el encuentro de los amantes, y en su interior se acunaba un odio y un resentimiento que pronto estallaría. Entonces, hipócrita, se levantó y se apresuró a interrumpir el abrazo, hincándose frente al general.

Arcalón miró a Derren con detalle, como quien examina una bestia peligrosa. -Gracias por haber cuidado de Méladriel -dijo formal.

Derren, con la cabeza baja, asintió. -Ha sido un placer, señor -respondió.

Alor llegó casi de inmediato y también se hincó frente al general. Y tras Alor entró Ángor, que había llevado los caballos a las caballerizas traseras.

Todos se sentaron en la pequeña sala de la casita. Aunque las Amatistas emanaban una energía tranquilizante, se notaba la tensión en el aire. Derren había quedado relegado, y no hablaba. Sólo miraba a Arcalón de reojo y apretaba los dientes cuando él y Méladriel se tomaban de la mano y hablaban con avidez. La pareja, melosa, se contaban de todo sobre todo. Arcalón le habló sobre sus aventuras al servicio de Melina, mientras Méladriel le explicaba de su difícil adaptación en Verdelheid. Ninguno disimulaba la felicidad.

-Mañana iremos a ver a Bélaron al Coliseo Mayor. ¿Nos acompañas? -preguntó Arcalón a la bella joven.

-¡Claro que sí! -respondió esta última, animada de pasar tiempo con su amado.

-Si, todos iremos -se apresuró a decir Derren, más por impulso que por gusto.

Arcalón miró a Derren con detalle, al igual que Ángor.

-Con Méladriel hemos ido a los juegos antes -añadió Derren.

Arcalón miró a Méladriel, pero no vio duda ni temor en sus ojos grises, así que dijo: -Está decidido. Entonces mañana iremos todos a los juegos. Allá nos encontraremos con Lev y con Levanov, unos colegas míos. Después iremos a un restaurante a hablar de ciertos asuntos de la guerra. Al parecer, el Demonio sigue inquieto en sus fosos.

128

Todos se quedaron esa noche en la casa del bosque. Al día siguiente los cuatro Hombres y Méladriel fueron a Golu-Dom para ver los juegos de bestias. Las Amatistas odiaban esos juegos, por lo que decidieron quedarse en la casa. Anduvieron por la senda norte hasta llegar a la ciudad, y allí se encontraron con dos Hombres de gran porte.

Arcalón hizo entonces los formalismos. -Les presento a Levanov, Jinete Escarlata del Norte, y a Lev, mi gran amigo. Lev luchó conmigo en la Batalla de los Cuatro Elementos, y fueron sus tropas las que vencieron a Norad, el Delfín de Zafiro y el campeón de Melina. -Es un verdadero placer conocerte, Méladriel de Verdelheid -dijo Levanov, un Hombre ya maduro y con tono serio y altivo.

Méladriel se alegró al escuchar su nombre. -El placer es mío, pero ¿cómo sabes quién soy? -preguntó atónita.

Entonces Lev se acercó cojeando, pues había perdido una pierna en la Batalla de los Cuatro Elementos, además de dos dedos de su mano derecha. -Arcalón nos ha hablado mucho de su amada, por lo que sentimos que te conocemos desde hace tiempo -dijo el general mientras le daba la mano a la joven.

Derren y Alor quedaron relegados a simples guardias, pues había allí tres generales del imperio, además de Ángor, el capitán de Trimíl. Pero Méladriel, en cambio, no parecía intimidada con los títulos. Por el contrario, se desenvolvía como si en verdad fuera de la



Juan Esteban Peláez

nobleza. Esto hizo que Derren empezara a pensar que Méladriel sí podía haber sido una aspirante a un trono lejano.

Después del encuentro se dirigieron a una pequeña tienda para comer algunas galletas, y posteriormente fueron al Coliseo Mayor, en la parte sur de la ciudad. Allí se llevarían los terribles combates entre animales. Bélaron era el favorito a ganar.

El anfiteatro era maravilloso, y quizás era uno de los pocos edificios que aún mantenían su belleza después de la fallida invasión de Irgoliath. Era un círculo enorme y completamente blanco, y bajo cada arco se levantaba una hermosa estatua hecha por manos maestras, todas ellas de mármol blanco con pedestales negros. El Coliseo Mayor era la mayor industria de la ciudad, y lo que generaba más ingresos a Golu-Dom. Alrededor la gente se arremolinaba y hacía filas para poder entrar. Levanov, gran admirador de Bélaron, había comprado ya las entradas, por lo que accedieron fácilmente a uno de los balcones; pero Derren y Alor fueron a las gradas generales. Esto hizo que Derren se irritara, olvidando que era sólo un capitán y no uno de los generales. Además, se sentía inseguro al ver cómo esos Hombres agasajaban a Méladriel, que parecía encantada y caminaba de la mano de Arcalón con una sonrisa imborrable en su rostro pálido y hermoso.

Ya en el balcón, cerraron la puerta con tranca y empezaron a hablar sobre la situación actual.

-Antes de empezar Arcalón, debe tener en cuenta la actitud de su «capitán estrella» -dijo Levanov con sarcasmo, refiriéndose a Derren. Para él era claro el odio que crecía en el capitán.

Lev asintió. -Estoy de acuerdo -dijo mientras se sentaba trabajosamente en un sillón del balcón. Los juegos todavía no empezaban.

Méladriel, ya acomodada en la silla, miraba a su amado con preocupación.

Arcalón se sentó, bajó la cabeza y asintió. -Lo sé. Sé lo que Derren piensa de mí, pero no estoy en condiciones de renunciar a un capitán. Puede ser un verdadero idiota, pero es buen capitán, y los Hombres lo siguen. Además, su familia es poderosa, y no quiero tener más problemas de los que ya tengo.

-Debes cuidarte -pidió Méladriel mientras lo tomaba de las manos y le miraba el rostro.

Arcalón la besó y asintió, sin dimensionar el terrible acto que Derren iba a realizar en sólo horas. Entonces miró a Levanov y preguntó: -¿Qué sucedió en el Paso de Llamas?

Levanov se acomodó en la silla y suspiró. Se rascó la cabeza, preocupado, y respondió: -Fue quebrado por las huestes negras.

Lev tomó una manzana de una charola cercana y se la llevó a la boca. -Las tropas del Demonio ahora se dirigen al sur, directamente hacia Arsen. Están arrasando con todas las plantaciones y aldeas -dijo, y mordiendo la fruta añadió: -Está muy rica.

-¿Cuántos son? -preguntó Méladriel con severidad.

-Son incontables -aseguró Levanov-. Parece un campo de espigas negras y bamboleantes. Un ejército de langostas que inunda todo como una plaga. Marchan en filas interminables. Arcalón sacó un mapa entonces y lo extendió en la mesa. -¿Por dónde marchan? -preguntó mientras tomaba una manzana para comerla.

Levanov señaló el norte de las Llanuras de Pelts, cerca de Linéa.

Méladriel miró el mapa y suspiró. -Irgoliath nos está encerrando.

-¿De qué hablas? -preguntó Lev.



Juan Esteban Peláez

-Estoy segura de que hay enemigos en el Bosque Denso -respondió la joven mientras se quitaba el cabello del rostro para ver mejor el mapa. Señaló el Bosque Denso y el Paso de Llamas, y prosiguió: -Metys, Verdelheid y Arsen están entre el bosque y el paso. Las tres ciudades más importantes del imperio. Si Irgoliath ataca desde el Bosque Denso a Metys y desde el norte a Arsen, nos encerrará como una trampa de acero, férrea sobre las tres ciudades. Con Falheid bajo su poder, puede invadir las islas y las tierras más allá de los Acantilados. Utilizará el imperio como una plataforma para recuperar la Shidraha.

-No hay registros de que haya tropas enemigas en el Bosque Denso -aseguró Levanov.

-Porque ninguna Shidraha está lo suficientemente cerca, por lo que no podemos verlos; pero allí están-. Méladriel en verdad parecía preocupada, mirando una y otra vez el amarillento mapa. De repente hablaba como un general más, incluso como una reina, causando admiración en los Hombres y amor en Arcalón.

-Si lo detengo en Arsen, el Diablo no podrá utilizar las huestes del Bosque Denso. Eso nos dará tiempo suficiente para contraatacar -dijo Arcalón con decisión, mirando fijamente el mapa, pensativo, como si ya planeara algo para derrotar a Irgoliath. Su mente mapeaba varios escenarios, buscando solución a cada problema.

Méladriel levantó la cabeza y una luz cruzó por sus ojos grises como un rayo en medio de una oscura noche. Se sintió enamorada por la seguridad del Hombre, pero también sintió temor. -¿Puedes detenerlo? -preguntó la joven.

Lev y Levanov miraron a Arcalón con expectativa.

Arcalón miró a Ángor, y dijo: -Necesitaré ayuda.

Y Ángor asintió, como si entendiera algún plan tácito.

Arcalón se tomó la barba tupida, ensimismado y enfocado en el mapa. -Debo convocar todas mis tropas en Arsen. ¿Cuánto tiempo tengo?

-Menos de un mes -aseguró Levanov.

-Casi todos mis destacamentos están en el oriente del imperio. Puedo hacerlo -dijo Arcalón, pero hubo duda en su afirmación. Pareció titubear un momento, pero entonces pareció pensar en algo más, en una solución adicional, y dijo, esta vez más seguro: -Puedo hacerlo. Puedo detener el ejército enemigo en Arsen.

Abajo, en las gradas, Derren y Alor esperaban el inicio de la batalla de bestias. Derren tenía el rostro pálido de la furia, pues se sentía menospreciado. Además, por un momento sintió que Méladriel era una Mujer interesada, y que se había fijado en Arcalón sólo por su título, y que por ese motivo ella no le correspondía el amor que él intentaba profesarle sin éxito.

-Espero que desaparezca -dijo Derren molesto, refiriéndose a Arcalón.

-¿Y por qué no pide un traslado? -preguntó Alor.

Derren meneó la cabeza. -Mi familia ha tenido problemas con otros Jinetes Escarlatas y con algunos nobles. Estar bajo las órdenes de Arcalón es más seguro: Mis padres pueden ajustarle la correa si se sobrepasa conmigo.

Alor asintió, miró la arena, donde ya el maestro de ceremonias daba la bienvenida, y preguntó: -¿Y qué piensa hacer con Méladriel?

-¡A esa maldita sólo le importa el oro, así que puede quedarse con ese imbécil! Pero créame que los haré pagar -aseguró Derren celoso y con el ego herido; pero esta afirmación era sólo de dientes hacia afuera, pues en verdad se sentía atraído por la joven, y de esto se daría cuenta en tan sólo horas.



Los juegos iniciaron con una gran fanfarria. El júbilo de los asistentes inundó el anfiteatro, y miles de gritos y vítores acompañaron las furiosas y sangrientas batallas de los animales, traídos por sus entrenadores desde todos los rincones de la península. Desde osos enormes hasta lobos. Méladriel esperaba ver algún león o algún elefante, pero estos animales eran sólo vistos en Herda y Jerlán, lejos, muy lejos de Golu-Dom.

Después de varios encuentros sanguinarios llegó la batalla más esperada, la última del día. Por una de las puertas salió un entrenador extranjero, de Telheid, y por la otra, y en medio de ovaciones y halagos, salió un Hombre de constitución robusta, barba larga, cabellos rojizos y ojos azules como el mar. Parecía un Enano, pero su talla era la de un Hombre normal. Ése era Bélaron, el Dragonífero.

Ambos entrenadores se pusieron en los palcos, y las puertas de plata se abrieron. De la izquierda salió una monstruosa hiena de pelaje moteado y dientes filosos, lanzando seniles carcajadas. De la otra puerta salió un saurio, un reptil de lengua bípeda y fauces poderosas. Tenía escamas verduscas que parecían una armadura.

Entonces se inició la contienda. La hiena lanzó una y otra vez sus risas sarcásticas, y atacaba, al mismo tiempo que el saurio se defendía mostrando sus amarillos dientes. Pero hubo un momento en el cual el lagarto desató su violencia al sentirse tan hostigado y, rápido, logró prensar a la hiena por una pata. La hiena dejó sus burlas y gimió de dolor, dándole inútiles mordiscos al lagarto. Pero las escamas eran fuertes, y las mandíbulas de la hiena no podían triturarlas. Entonces, en un segundo acto de furia, el saurio desgarró el vientre de la hiena con sus zarpas. Así acabó la batalla.

Los gritos de euforia hacia Bélaron no se hicieron esperar. Levanov se levantó de su silla y aplaudió con fuerza, pues en verdad había quedado impresionado. No había duda de que Bélaron era el Rey de los Saurios y el maestro de los juegos. Se habían llenado todas las expectativas del público. Fueron en verdad instantes vertiginosos, repletos de adrenalina. Los juegos habían culminado con el éxito esperado.

Arcalón, después de mirar la batalla con detalle, pareció idear otro plan. Entonces miró a Méladriel y dijo: -Debo ir a hablar con Bélaron.

-¿Lo conoces? -preguntó la joven sorprendida.

Pero Arcalón meneó la cabeza. -No lo conozco, pero necesito conocerlo-. Entonces le pidió a Levanov que lo acompañara, y salieron apresurados del balcón.

Méladriel permaneció en el recinto con Ángor y con Lev por casi dos horas, bebiendo cerveza y comiendo carne asada y jugosa. Lev salió un momento del balcón, y al poco tiempo llegó acompañado de Alor.

-¿Y Derren? -preguntó Méladriel extrañada.

Alor meneó la cabeza. -Apenas acabó la batalla de Bélaron salió del coliseo diciendo que necesitaba comprar algo; pero no me dio detalles -dijo tímidamente.

Ángor y Lev dudaron, pero Méladriel poco caso le prestó al tema.

En ese preciso momento Derren estaba buscando cicuta en las callejuelas, pues estaba cegado por los celos y por la envidia. Deseaba a toda costa venganza, pues su hombría



Juan Esteban Peláez

había sido quebrada por Arcalón y por Méladriel. No manejaba bien el rechazo ni la frustración, y el ver a su amada enamorada de otro Hombre más poderoso lo enloquecía. «No seas estúpido Derren, es un general» pensaba, pero la cabeza no parecía mandar en su cuerpo, pues mientras pensaba esto compraba a un mísero mercader la hierba venenosa, escondido en la oscuridad de los callejones. «Te condenarán a muerte, idiota» seguía pensando mientras guardaba la cicuta en su bolsillo.

Poco después, Derren volvió al coliseo y buscó a Alor en las gradas, pero no lo encontró. Sin embargo, vio a Arcalón hablando con Levanov, con Bélaron y con otros Hombres. Así que Derren permaneció a distancia, esperando, hasta que Arcalón dio un apretón de manos a Bélaron y subió con Levanov al balcón. Derren los siguió y al llegar vio que Alor estaba allí. Y, para su infortunio, Méladriel lo distinguió a lo lejos, y lo llamó para que se uniera con todos. De haber sabido lo que iba a pasar, Méladriel no lo hubiera invitado al recinto; esta vez su poder de premonición le falló.

Ya en el balcón, Derren, llevado por su demonio interior, empezó a beber más de la cuenta. Arcalón y Levanov también empezaron a tomar cerveza, y la juerga se alargó. Arcalón parecía aliviado, como si la conversación con Bélaron lo hubiera tranquilizado; pero nada decía sobre eso. En vez, se acercaba a Méladriel y le daba besos en la mejilla y en la frente, y le tomaba de la mano y la abrazaba. La pareja estaba evidentemente feliz. Esto, más los vapores del alcohol, hicieron que Derren se decidiera. Así que, viendo la oportunidad, echó en la cerveza de Arcalón la cicuta triturada, y esperó. Arcalón, inocente, tomó la cerveza, y aunque sintió un sabor amargo, siguió bebiéndola en medio de la algarabía; y así fue envenenado.

130

Después de quince minutos, Arcalón tuvo una fuerte contracción y vomitó. Inicialmente todos pensaron que era por el exceso de cerveza; pero las Mujeres son más perspicaces que los Hombres, y por eso Méladriel se dio cuenta que ese síntoma no era normal. Después de vomitar, Arcalón se puso muy pálido, y el sudor empezó a posarse en su frente y enjugó su cabello. Méladriel entonces miró a Derren, y vio en sus ojos un brillo de malicia y satisfacción.

-Ángor, por favor busca la forma de llevar a Arcalón de inmediato a un hospital -pidió la joven un poco alterada y con la borrachera disipada.

-Sólo bebió mucho -insistió Levanov claramente ebrio.

-Si, debe ser eso -dijo el mismo Arcalón mientras se incorporaba.

Pero Ángor, al ver el rostro asustado de Méladriel, salió apresurado a buscar ayuda. Su opción más clara era encontrar algunos de los guardias de los generales. Todos tenían licencia esa noche, pero muchos estaban en el anfiteatro.

Arcalón entonces empezó a sentir la boca seca y, en sólo minutos, empezó a sentir dolor en su pecho. Los latidos de su corazón se aceleraron y, mirando el rostro angustiado de Méladriel, temió por su vida.

Lev y Levanov vieron el cambio estrepitoso de Arcalón, ahora con la cabeza gacha y la mano en el pecho, intentando mitigar el dolor.

Lev miró entonces a Derren y frunció el ceño. Una ira casi incontenible abrasó su pecho, pues supo que el capitán era el culpable. -¿Qué le hizo a Arcalón? -preguntó en voz baja, casi en un susurro furioso.



Juan Esteban Peláez

Pero Derren meneó la cabeza. -No sé a qué se refiere, señor -dijo bajando la cabeza y escondiendo una burla casi inconsciente.

Levanov también miró a Derren, molesto, pero nada le dijo. En vez, se apresuró a ayudar a Méladriel a levantar a Arcalón. La menuda Mujer no era capaz de levantar sola a su amado. Alor miraba a su alrededor, un poco ebrio pero consciente de lo que ocurría.

Sólo instantes después llegó Ángor con más de veinte Hombres; entre ellos Bélaron.

-¿Qué le ha sucedido? -preguntó el domador de bestias, con su voz gruesa y claramente acelerado.

-No lo sabemos -dijo Méladriel mientras miraba a Derren con profundidad; pero mentía, pues ella casi podía asegurar lo sucedido.

Entonces Bélaron y los soldados se apresuraron a llevar a Arcalón a una carreta. Méladriel también se subió y se sentó a su lado. Ángor saltó a la parte frontal y dirigió al caballo por la calle. Lev y Levanov, y todo el séquito de Hombres se apresuraron a escoltar la carreta, incluso Alor y Derren. Alor estaba notablemente preocupado, pero Derren seguía a Arcalón por dos motivos: Encubrir sus actos disimulando preocupación por su general, y asegurarse que muriera.

-¿Dónde queda el hospital? -preguntó Ángor acelerado.

Pero Méladriel meneó la cabeza. -Vamos a la casa de las Amatistas -pidió mientras acariciaba el rostro sudoroso y el cabello empapado de Arcalón. El Hombre cada vez se sentía más débil, pero la cercanía y los cuidados de su amada lo reconfortaban un poco.

Todos anduvieron a la luz de las antorchas hacia el norte, saliendo de Golu-Dom y llegando en pocas horas a la casita del bosque. La conmoción despertó a Bella y a Clara, que se apuraron a abrir la puerta al ver la comitiva. Entonces Ángor detuvo la carreta y todos los amables Hombres se apresuraron en tropel para ayudar a Méladriel a bajar a Arcalón.

-¿Qué sucedió? -preguntó Bella mientras miraba el pálido rostro de Arcalón.

Entonces Méladriel miró los ojos verdes de la Apsara, casi sollozando. -¡Por favor, ayúdalo! -le rogó con la voz quebrada.

Bella asintió sin dudar y les pidió que lo llevaran a la sala y lo pusieran en el sofá. No había tiempo ni fuerza para subirlo por las escaleras.

-Déjenos todo a nosotras -dijo Clara mientras abrazaba a Méladriel para reconfortarla.

Después de poner a Arcalón sobre el sofá Bella lo examinó, y casi de inmediato supo qué tenía. -¿Comió o bebió algo antes de ponerse así? -preguntó a Ángor.

-Muchas cerveza -respondió el mismo Arcalón, débilmente y con una sonrisa, un poco ebrio todavía.

Bella sonrió también. -Pero no sólo estás ebrio -dijo-. Estás envenenado -añadió al oído del Hombre.

Arcalón asintió y suspiró.

-¿Podemos ayudar en algo? -preguntó Bélaron.

Pero Clara negó con la cabeza. -Nosotras nos encargamos -respondió con voz suave y tranquila.

Todos los Hombres salieron de la casita, pero pocos volvieron a la ciudad. Casi todos se quedaron en el antejardín, sobre la hierba y en medio de la oscuridad del bosque, esperando noticias de Arcalón. Al ver la devoción de esos Hombres, Clara decidió darles mantas y algunas frutas. Los Hombres, enamorados por la presencia de la Apsara, aceptaron con gusto, y olvidaron el frío y el hambre. Incluso, muchos afirmaron años después que esa había sido la mejor noche de sus vidas, pues habían visto a las dos



Juan Esteban Peláez

Amatistas. Bélaron, intentando animar a los Hombres, pidió que se sentaran cerca de él y empezó a contar historias fantásticas de sus viajes. El carisma del Hombre era grande, e irradiaba tranquilidad y alegría. Muchos incluso pensaron que era un semidios o un rey Enano de antaño.

En el interior de la casita sólo permanecían Ángor y Méladriel. Lev y Levanov decidieron acompañar a los Hombres afuera. Derren y Alor también esperaban sobre la hierba, un poco más sobrios, pero lejos de Bélaron y el grupo de Hombres.

Entonces Levanov se acercó a Derren. -¿Hizo usted algo? -preguntó.

Pero Derren meneó la cabeza. -No hice nada, señor -mintió.

Lev y Levanov sabían que, sin pruebas, no podrían acusar a Derren (y Derren lo sabía); pero para ellos era obvio que el capitán había envenenado a Arcalón. Esa impotencia molestaba a los generales. Pero entonces Levanov pensó en un plan, y después de decírselo a Lev parecieron aplacar sus molestias.

Por otro lado, Bella obligaba a Arcalón a beber extraños remedios. El Hombre trasbocaba con cada sorbo, pero esto parecía servirle, pues su corazón empezaba a calmarse y el dolor de pecho empezaba a menguar. Méladriel no hacía más que sostenerle la mano, y, aunque estaba asustada, mostraba estoicismo. Ángor parecía más atemorizado que la Mujer, pues caminaba de un lado a otro, pálido y preocupado.

Así pasó la noche. Cuando el alba llegó Clara salió a decirle a los Hombres que Arcalón se pondría bien, y que ya podían volver a la ciudad sin preocupaciones. Los Hombres entonces se abrazaron alegres y, en un acto de respeto, se hincaron frente a la deidad (menos Bélaron y los dos generales). Pero había un Hombre que no celebraba; por el contrario, quería tomar un caballo y salir a toda prisa de allí; ese Hombre era Derren. «El maldito sobrevivió» pensó aterrizado y con algo de resaca. «¿Ahora qué voy a hacer? Tranquilo, no hay pruebas de nada. No pueden acusarme de nada. Ellos lo saben. Muestra alegría por su recuperación para que no despiertes dudas. ¡Vamos Derren! ¡Tranquilo!» se decía mentalmente mientras abrazaba a Alor y daba gracias al cielo por la recuperación de su general de una manera hipócrita.

Arcalón permaneció en cama por tres días con síntomas terribles (como diarrea y náuseas), pero estaba vivo. Durante ese tiempo Méladriel sólo se separó de él para bañarse, pues hasta comía incómodamente al lado de la cama.

-Sin ti estaría muerto, amor de mi vida. Fuiste tú quien se dio cuenta incluso antes que yo del peligro. Te debo la vida -dijo Arcalón mientras se sentaba en la cama y abrazaba a la joven con fuerza. Entonces vio sobre el hombro de Méladriel que también estaban allí Levanov y Clara.

-Todos sabemos lo que sucedió Arcalón, y puede volver a suceder -dijo el general con preocupación-. Debemos hacer algo. Si fuera por Lev ya lo hubiera matado, pero no podemos actuar por impulso.

-Lo sé -dijo Arcalón mientras suspiraba-. La verdad no pensé que la situación se agravara tanto. Me descuidé y por lo mismo casi muero-. Entonces miró a Méladriel, más enamorado que nunca, y añadió: -Pero no puedo acusarlo sin pruebas.

-Por eso quiero hacerle una petición -dijo Levanov.

Arcalón entonces levantó la mirada. Aún se sentía débil, pero estaba notablemente mejorado.



Juan Esteban Peláez

-Dos de mis capitanes murieron en el Paso de Llamas, y necesito uno. Si Derren en verdad es tan buen líder me servirá mucho en el sur. Debemos detener a Irgoliath en Arsen, así que yo le ayudaré enviando mis tropas allá, incluyendo a Derren.

Arcalón entendió de inmediato el plan de Levanov, y sonrió. -Y me imagino que Derren se desenvolverá muy bien en primera fila -aseguró.

Y Levanov, también sonriendo, asintió. -Usted no puede enviarlo al frente porque la familia de Derren y varios nobles le caerían encima, pero en mi caso es diferente. Yo sí puedo enviarlo al frente, pues esos nobles no tienen poder sobre mí. Recuerde que mi linaje domina todo el oriente del imperio, y en oriente Derren no tiene poder. ¿Puede servirme Derren desde este momento?

Arcalón miró a Méladriel como si esperara aprobación, y al leer los hermosos ojos grises de su amada, asintió. -Acepto -dijo finalmente.

131

-Debes ir con Ángor a Arsen -pidió Arcalón a Méladriel-. Allá está Sergail. Encuéntrate con él y espérame allí.

-No, déjame ir contigo -dijo Méladriel.

Pero Arcalón meneó la cabeza. -Debo ir primero a Golu-Dom. Debo enviar varias palomas mensajeras desde los puertos, y debo recorrer varias villas para recoger mis tropas. En Arsen nos encontraremos, confía en mí.

-Lo hago, pero quiero ayudarte -insistió la joven mientras la luz del mediodía que entraba por la ventana le bañaba el rostro. Sólo ellos dos y Ángor permanecían en la casita de las Apsaras. Lev y Levanov había partido a Arsen dos días atrás. Derren había quedado al mando de Levanov, y Alor, siempre fiel a su amigo, había pedido a Arcalón que lo dejara ir con el capitán. Arcalón había aceptado sin dudar, pues un soldado menos no le haría mella.

-Si fuera por mí te enviaría a Verdelheid, para que estuvieras a salvo. Incluso te pediría que fueras lejos, a Telheid, a la Tierra de las Brujas con tu hermana para que estuvieras segura y feliz; pero sé que no lo harás. Así que te pido que me esperes en Arsen. Sé que deseas ayudarme, y sé que incluso eres mejor que yo para la aventura y las agotadoras jornadas; pero esta vez debo ir solo a la ciudad. Por favor, sólo confía en mí.

Méladriel asintió entonces. -No te demores mucho -pidió mientras lo abrazaba.

Arcalón, sintiendo el dulce perfume de su amada al abrazarla, dijo: -No lo haré, pero si el enemigo llega antes por favor huye. No te quedes en Arsen. Sé que Sergail y Ángor te protegerán, pero no te arriesgues-. Entonces Arcalón la besó en la cabeza.

En ese preciso momento llegó Ángor, un poco agitado por el esfuerzo de ensillar a los caballos. -Las provisiones están listas. Podemos partir -dijo llevándose una alforja al hombro.

Méladriel asintió y miró a su amado profundamente, como quien quiere recordar un rostro por siempre, y asintió.

La despedida fue triste. Aunque Méladriel ya se había acostumbrado a esta clase de situaciones, no pudo disimular la congoja que sentía al dejar a las Apsaras en la pequeña casita del bosque. Se hincó frente a ellas, y después abrazó y besó a Arcalón.

-Espero no tener que ir a buscarte -dijo Méladriel sonriente.

Arcalón soltó una risa. -Yo iré a buscarte -dijo mientras detallaba a Méladriel bajo la luz del día. Un halo dorado parecía envolverla, y los árboles del rededor desprendían hojas



Juan Esteban Peláez

amarillas, lo que producía una imagen hermosa de la joven de cabello negro entre los ramajes tostados.

Ángor se arrodilló entonces frente a las Apsaras, agradecido, y abrazó a Arcalón. -No se demore -pidió.

-Llegaré a tiempo. Por favor, cuide a Méladriel -respondió el general.

Y Ángor asintió. Entonces se montaron a sus caballos y partieron.

-¿Estás seguro de hacer esto? -preguntó Clara a Arcalón, mientras miraba cómo Méladriel y Ángor tomaban el camino sur, montados sobre sus caballos y con varias alforjas en las grupas.

Arcalón los vio desaparecer entre los árboles dorados, y suspiró. -Debo hacerlo. La verdad temo que todo saldrá mal, pero debo dudar antes de ejecutar, porque después de ejecutado no puedo tener dudas.

Por otro lado, Derren y Alor realizaron una marcha forzada bajo las órdenes de Levanov, pues tenían que cubrir varios kilómetros en poco tiempo. El general había puesto a Derren como líder de la milicia, y, por lo mismo, el capitán debía marchar en el frente, expuesto al enemigo. En la marcha también estaba Levanov, sus doscientos guardaespaldas y varios milicianos.

-Voy a mi muerte, lo sé -dijo el capitán resignado-. ¡Todo por ese maldito y esa desgraciada! -añadió-. Levanov me podrá en la primera fila, y los Espectros harán su trabajo.

Alor sólo lo escuchaba renegar. Sabía bien que Derren era el culpable del envenenamiento de Arcalón, pero no tocaba el tema. Pero por seguirlo ahora estaba en la primera línea, al alcance del enemigo y rodeado de mercenarios mal armados. Alrededor de ellos marchaban en líneas rectas Hombres apestosos y malhablados que eran impulsados por la codicia. No eran una unidad de soldados organizados, eran en su mayoría bellacos. En ese momento Alor estaba arrepentido por su lealtad hacia su amistad. Incluso pensó dar media vuelta y volver a Golu-Dom, pero no tuvo el impulso para hacerlo.

Dos días después de salir de la casa de las Amatistas llegaron al poblado de Kush, un pequeño pueblo de casas antiguas con techos de teja, amplios zaguanes y plazas de piedras blancas. En Kush se quedaron dos días. Después siguieron hacia el sur, hacia Arsen. De vez en cuando, al subía por alguna colina, la compañía alcanzaba a divisar la Montaña de Flamas, adormilada como un recorte en el horizonte herboso. La Montaña de Flamas era el volcán más grande del Nallhard, pero no había hecho erupción en décadas, y por lo mismo la hierba ahora cubría sus laderas.

Y antes del anochecer, los viajeros vieron con respeto y majestuosidad un cañón que partía los llanos pardos. Otrora, ese cañón de bordes escarpados había sido creado por una fuerte erupción. Aunque la lava ya no pasaba por allí, en Falheid ese cañón era conocido como el Río de Lava. La falla geológica, de hierba seca y bordes rocosos, empezaba en las laderas australes de la Montaña de Flamas y terminaba a las faldas de la Muralla de Volcanes.

Había dos puentes que cruzaban el Río de Lava. La compañía cruzó por el puente norte, que era empedrado y muy amplio. En los parapetos de los costados había varios pilares. Los parapetos eran blancos y tenían grabados bien elaborados de rostros Humanos. Los pilares, en cambio, eran lisos y de piedra rojiza, despuntando el cielo de estrellas rutilantes. La Dama allí no era visible, ni Halen, pero Valen y varias estrellas brillaban



Juan Esteban Peláez

deslumbrantes, incluyendo la Estrella de Jores. Sin embargo, en sólo día sería el puente sur del Rio de Lava el que determinaría la suerte de Falheid y de la guerra en general.

Al atardecer del día siguiente, la compañía ya entraba a Arsen. La ciudad hermosa, de altos edificios con pináculos estridentes y arcos agudos. Sus calles empedradas eran amplias, y sus casas eran blancas y estucadas. Había algunas cúpulas en los edificios más ostentosos, casi todos en el centro de la ciudad. Las estatuas de mármol y granito dominaban las plazas, y grandes obeliscos se levantaban en los sitios más concurridos. El *Odrón* era el obelisco más alto y estaba en la plaza principal de la ciudad, bordeado por edificios altos y opulentos. El *Odrón* estaba hecho de piedra rojiza, pulida como un espejo escarlata, y estaba rodeado por banderas de muchos colores y emblemas.

Los cielos estaban despejados cuando Derren y los demás llegaron a Arsen. Las nubes blancas flotaban como barcas en el cielo azulado. Muchas arboladas fértiles y aromáticas flanqueaban la ciudad, y desde las torres más altas, cuando los cielos estaban despejados, era visible la poderosa Montaña de Flamas.

Pero de estos pequeños placeres Derren poco disfrutaba, pues ahora su mundo se había ennegrecido. Ya su suerte había caído, y ahora se dirigía al frente, cual carnada de pesca. Levanov le había ordenado montar el campamento al norte de la ciudad, en las tierras bajas, y esperar allí con sus tropas el embate ardiente del Demonio. Era prácticamente una sentencia de muerte para él y todos los milicianos.

132

-¡Él es Derren, capitán de los ejércitos del oriente de Falheid! -dijo Levanov a varios milicianos-. Él será su capitán y, si quieren el pago prometido, deben servirle y obedecerle a él-. Entonces se volteó a mirar a Derren: -Su misión es armar un campamento al norte del Valle de Ahl, a las laderas del volcán. Cuando llegue las tropas de Lev le indicarán el sitio preciso.

-¿Con cuántos soldados dispongo, señor? -preguntó Derren notablemente irritado.

-Son tres mil milicianos -respondió Levanov seriamente.

Entonces el capitán abrió los ojos, sorprendido. -Con Arcalón tenía al mando casi diez mil soldados. ¿Qué espera que haga con tres mil? -preguntó preocupado y ofuscado.

Levanov levantó las cejas, como reprochando la actitud del Hombre. -Espero que haga lo mismo que todos vamos a hacer: Detener al enemigo -respondió seco.

Derren diose cuenta de su altanería, y bajó la cabeza. -Entendido, señor -dijo mientras bajaba la cabeza.

-En el valle lo espera el resto de sus tropas. Esté allí hasta nuevas órdenes -ordenó Levanov mientras daba media vuelta.

-Sí, señor -respondió Derren mientras apretaba los dientes y miraba de reojo a su amigo Alor.

Alor simplemente contrajo los hombros, resignado. Ya no podía volver a Golu-Dom, ya no podía escapar de la batalla.

Ya con instrucciones claras, Derren, Alor y más de quinientos mercenarios salieron de Arsen hacia el norte, hacia el punto de encuentro. El camino de Arsen a las tierras bajas era de una jornada entera a paso lento y con carretas, por lo que para el atardecer ya era



Juan Esteban Peláez

visible la Montaña de Flamas, recortada contra el cielo púrpura que poco a poco se oscurecía. Al llegar de noche, los milicianos decidieron dormir a la intemperie, pues al día siguiente levantarían el campamento base y se unirían al grueso de los ejércitos de Lev y Levanov.

Cuando llegó el amanecer azul, Derren abrió los ojos y se irguió, pues le dolía la espalda por dormir sobre el duro suelo. Despertó a Alor y al resto de los milicianos, preparó las carretas y continuó su camino. Subieron unas colinas, y cuando estaban arriba vieron un gran campamento frente a ellos. Muchas empalizadas habían sido construidas, casi todas apuntando hacia el norte. Frente a ellos se erguía majestuosa la Montaña de Flamas, con laderas escarpadas y un cráter mellado en su punta. Algunos pequeños abetos crecían cerca de sus faldas. Muchas tiendas trepaban esa pendiente, y muchos pendones y estandartes flameaban al viento. Sobre la montaña el cielo estaba nublado, como un lúgubre manto que cubría todo el valle allá abajo.

Más al sur se extendía otro campamento; pero allá las tiendas eran más elaboradas y había más estandartes. Abajo estaba el ejército de Lev: Hombres bien entrenados y armados. Y aún más al sur, fuera de la vista de Derren, estaban las diezmadas tropas de Levanov. Sólo al norte del valle estaban los milicianos, silenciosos y trabajando como hormigas para mantener el campamento en excelentes condiciones.

Cuando Derren llegó con parte de sus tropas, dos Hombres Negros lo recibieron.

-Bienvenido, señor, mi nombre es Ortoth y él es Bladar, servidor del conde de Jaffar -dijo uno de ellos. Y ambos bajaron la cabeza en señal de respeto.

-Yo soy Derren, su capitán -respondió ya más cómodo. Estaba cansado de ser humillado por los generales, en cambio ahora él era el jefe, aunque fuera jefe de simples milicianos y algunos esclavos. Ortoth y Bladar eran representantes de nobles. El primero representaba al señor de Vely, mientras Bladar representaba el poblado de Jaffar. Cada uno tenía mil hombres bajo su mando, y eran ellos los que habían mantenido el campamento; pero era evidente que necesitaban un líder para unificar a los mercenarios, pues cada día desertaban más.

-¿Tenemos esperanzas, señor? -preguntó Bladar.

-Somos quienes van a medir al enemigo -respondió Derren con sinceridad, pero al ver la duda en ambos Hombres, añadió: -Pero ganaremos la batalla-. Por un momento recordó a Arcalón, pero no con ira, sino con esperanza. Recordó cómo Arcalón dijo que podría detener al enemigo en ese valle, y, aunque lo envidiaba, no dudaba de sus capacidades.

-¿Y usted ha estado en batalla antes, señor? -preguntó Ortoth.

Y Derren asintió.

-Yo he luchado contra los lobos que bajaron de las montañas a las haciendas de mi señor -dijo Ortoth orgulloso.

Derren sonrió. -No sé si habrá lobos, pero habrá muchos enemigos que decapitar, Ortoth -aseguró con complicidad.

Ortoth pareció más calmado, incluso alegre.

-Yo serví en la lucha contra los Nomos que vinieron del Bosque Denso -dijo Bladar.

Entonces Derren le puso más atención. -¿Del Bosque Denso? -preguntó.

Y Bladar asintió. -Sí señor. Hace años, cuando el tesoro aún estaba en los Picos Rojos. Los derrotamos cerca de Jaffar.

Derren suspiró al escuchar esto. -Entonces Méladriel tiene razón: El enemigo está en el Bosque Denso -se dijo a sí mismo.



-¿Méladriel? -preguntó Bladar.
Pero Derren pidió que lo olvidaran.

El capitán caminó acompañado de los Hombres Negros por entre el campamento, enterándose de lo necesario. Fue presentado a varios milicianos que lo miraban con reojo, pero tener un líder militar y experimentado causaba más confianza en el frente. Después de ponerse al tanto, el capitán ordenó armar las carpas para los recién llegados. Y sólo hasta que armaron las tiendas pudieron irse a descansar, y eso fue a altas horas de la noche. Al día siguiente Derren levantó a todos antes del alba y los obligó a entrenar en arenas improvisadas hasta la hora del almuerzo, exigiéndolos al máximo. El trabajo de Derren había comenzado.

Durante tres días el capitán obligó a sus Hombres a agotadores trabajos bajo un calor bochornoso, pues los dos soles calentaban el aire. Bladar y Ortoth lo ayudaban en casi todo, mostrando así su valía. Durante este tiempo muchos milicianos vieron a Derren como un buen comandante, y estuvieron más prestos a seguirle. Derren, aprovechando esto, entrenó a los milicianos para defenderse y mantener la disciplina en medio de la batalla. Durante esos días, un rayo de esperanza cruzó las mentes y los corazones de los Hombres, que de repente vieron viable la oportunidad de volver a sus casas sanos y salvos.

Pero Derren poco sabía de lo que sucedía afuera. Sólo sabía por rumores que los sobrevivientes de Vely habíanse resguardado en el poblado de Kush. Pero Kush no resistiría un ataque poderoso, y por lo mismo Arsen estaba próxima a ser probada por los labios de Demonio.

Sin embargo, había muchos más problemas que Derren desconocía. Nadie conocía el verdadero número de enemigos. Muchos aseguraban que día tras día más fantasmas cruzaban el Paso de Llamas, casi invisibles y con carretas repletas de víveres para las horribles raleas del Diablo. Miles subían y bajaban las colinas del occidente de Falheid, y plagaban a sus anchas las Llanuras de Pelts. Era cuestión de tiempo para que llegaran al Valle de Ahl.

Pero la falta de información no era el único problema. El emperador Hércolf tenía a tres de sus cinco Jinetes Escarlatas en Arsen. Trisanio permanecía con su ejército en Metys, como último recurso. Otro Jinete Escarlata había sido enviado al norte del Bosque Denso, al Castillo de Cristal, para ayudar a Málem por si el Diablo decidía atacar de nuevo el norte. Los otros tres: Levanov, Arcalón y Lev, debían estar al oriente. El problema era la gran velocidad con la que el enemigo avanzaba. Aunque Órenot, hijo mayor de Facet y príncipe de Telheid, había mandado sus tropas personales para ayudar a Hércolf, sabía que nunca llegarían a tiempo. Para ese momento hasta ahora cruzaban el Paso del Salto Azul, y les llevaría casi un mes llegar hasta Arsen. La ayuda brindada por las islas tampoco llegaría a tiempo, pues Melina estaba enfrascada por el dominio de unas pequeñas islas cerca de la Península de Sadamarca. Y Velheid podía colaborar, pero no tenía tropas suficientes. Falheid estaba solo esta vez.



Juan Esteban Peláez

Ángor y Méladriel llegaron a Arsen sólo dos días después de que Derren y Alor partieran hacia el norte. De inmediato se dirigieron al *Odrón*, en el centro de la ciudad, donde preguntaron a varios soldados sobre los generales y sobre Sergail; pero ninguno pudo darles detalles. Así que se dirigieron a los cuarteles principales de la ciudad. Allí les dijeron que Lev y Levanov estaban a las afueras de la ciudad preparando la defensa; pero allí estaba alguien conocido por los recién llegados.

Cuando le dieron la noticia, Sergail simplemente no lo pudo creer. Así que se excusó con los soldados con los que estaba reunido y corrió escaleras abajo. Entonces los vio: Méladriel estaba igual de hermosa, menuda y con el cabello y los ojos brillantes, además percibió esa fragancia a durazno que inundaba el aire a su alrededor. A su lado estaba Ángor, barbado y un poco delgado, pero con la cabeza altiva y temeraria.

Méladriel tuvo ganas de llorar cuando vio a Sergail, y se lanzó a abrazarlo, pues no lo veía desde su partida de Verdelheid, muchos años atrás. -¡Te extrañé! -dijo muy animada. Sergail le devolvió el abrazo, animado y alegre. -Yo también, Méladriel. Estaba muy asustado de no verte de nuevo. Arcalón me contó sobre las Tierras Espectrales, y después de la invasión de Hellmer, y temí mucho por tu vida. Me alegra que estés bien -dijo. El Hombre estaba más robusto que antes, y en sus ojos se veía experiencia y valentía.

-Lástima que nos reunamos para este tipo de situaciones -dijo Ángor mientras abrazaba a Sergail, pues hacía mucho no lo veía.

El capitán asintió. -Son momentos difíciles, pero el estar con amigos hace que sean más llevaderos -dijo.

Los tres fueron a una pequeña sala y Sergail pidió que le llevaran quesos y vino. Entonces Méladriel le contó sobre el envenenamiento de Arcalón en el anfiteatro.

-¡Nunca confié en ese maldito! -dijo Sergail refiriéndose a Derren-. Pero si no hay pruebas no podemos hacer nada; él tiene amigos poderosos. Sin embargo, me alegra que Levanov lo haya tomado bajo su mando. Ahora debe estar en el campamento base, muy probablemente en la parte septentrional.

-¿Qué has sabido de la guerra? -preguntó Méladriel, curiosa por la situación de Derren y Alor.

Sergail pareció cambiar de semblante, como si muchas preocupaciones le llenaran la cabeza. Incluso se encorvó sobre la mesa como si recibiera de repente un peso en la espada. -Todo el norte fue devastado por el Demonio, desde el Paso de Llamas hasta Vely. El enemigo lleva la Shidraha en la retaguardia, así que apenas la joya llega a los poblados los fantasmas ya han invadido las calles. Apenas llega El Portador, todos los Espectros se materializan, y matan y torturan y destruyen. Acá hay muchos desplazados de Bargas, Vektoris, Linéa y Vely, incluso del lejano Llemel. Esta vez los enemigos son más cautelosos que en la primera invasión; y les está funcionando.

-¿Cuántos son? -preguntó Ángor.

Sergail meneó la cabeza. -Son fantasmas, y sólo son visibles cuando hay una Shidraha cerca. No lo sabemos -respondió al mismo tiempo que mordía un succulento queso.

-¿Algo más te preocupa? -se anticipó Méladriel, con su perspicacia a flor de piel.

Sergail se sorprendió, miró los ojos grises de la joven y asintió. -Si Arcalón está en lo cierto, lo peor está por venir.

-Y Arcalón no se equivoca a menudo -dijo Ángor-. Hace poco me pidió que enviara peticiones a los Areshti para que lo ayudarán a defender Arsen. Pidió más que todo cóndores, pues piensa que algunas bestias voladoras acompañan al enemigo.

Entonces Méladriel recordó con temor y furia los crímenes de Irgoliath. -Es casi seguro -dijo la joven remontándose a sus batallas pasadas en Herda.



Juan Esteban Peláez

-Dice que en pocos días se decidirá esta batalla -prosiguió Sergail-. Hay dos puntos determinantes según Arcalón: Que el enemigo marche por el sur temiendo una nueva derrota en el Castillo de Cristal, y que Arcalón pueda conseguir la ayuda necesaria.

Entonces Ángor habló: -Irgoliath sabe que si marcha por el norte estará al alcance de Alheid y Telheid, al igual que en la invasión anterior. Es posible que marche por el sur, lejos de los Acantilados y de las costas.

-Si lo hace debe invadir Arsen -aseguró Méladriel.

Y Sergail convino. -Acá daremos la gran batalla.

Méladriel y Ángor se quedaron por varios días en la ciudad. Ángor pidió ayuda a Velheid tal y como Arcalón se lo había pedido. En cambio, Méladriel se dedicó a conocer la ciudad, pues sabía que debía aprovechar el tiempo antes que la batalla estallara. Sergail iba de un lado a otro, coordinando con Lev y Levanov la defensa; pero nada sabía de Arcalón; hasta que llegó una terrible carta que explicaba el motivo por el que el general deseaba ir solo a Golu-Dom.

«Sergail, lo he hecho finalmente: He dejado a Golu-Dom desprotegida. He sacado todas mis tropas de la ciudad, y ahora marchó hacia el sur. Los dejé a su suerte. Hace dos días me enteré que El Portador de la Shidraha llegó a la ciudad, tal y como me lo temía. Arrasaron con todo. No sé con qué cara voy a decirle a Méladriel que fui yo quien los sentenció a muerte. Pero era necesario: Ya sé quién es El Portador, ya se cómo atacan, ya conozco sus tropas, ya sé quién los dirige. Sergail, debe ir inmediatamente al Valle de Ahl, pues el enemigo se concentra en Golu-Dom y en Vely, y los guía un Espectro llamado Pecaín. Pronto atacarán Arsen. Por favor, cuide de Méladriel.

Arcalón de Metys».

Las noticias llegaron como un baldado de agua fría. Sergail se apresuró de inmediato a preparar su marcha, quizás la última, hacia el norte, a las tierras bajas. Mandó a llamar a Méladriel y a Ángor, y envió emisarios a los campamentos de Lev y Levanov. Aunque les contó sobre la caída de Golu-Dom, no les dijo que Arcalón la había abandonado. Sólo les aseguró que el general ya venía hacia Arsen con sus tropas, presto a dar batalla. Ese mismo día, Sergail partió con Méladriel y su séquito hacia el Valle de Ahl. Ángor aún esperaba respuesta de Velheid, por lo que aguardó en Arsen.

134

Los generales realizaron un consejo urgente para planear la defensa. Las noticias de Arcalón sacudieron el campamento. En la reunión estaba Lev, Levanov, Sergail y varios capitanes, incluyendo a Derren. Aunque muchos lo miraban de reojo, incómodos, Derren tenía bajo su responsabilidad a tres mil Hombres, y era importante que conociera los planes. También estaba Méladriel; ninguno puso resistencia a la asistencia de la Mujer de ojos grises.

-Ya sabemos que es un Espectro el que dirige al enemigo y no un Yúcida -empezó Lev la reunión. Esta afirmación parecía tranquilizarlo.

-Pero aún no sabemos quién es El Portador -aclaró Sergail con duda.



Juan Esteban Peláez

-Durante la invasión pasada, Hellmer era El Portador, puede que esta vez sea igual -dijo uno de los capitanes.

Pero Sergail meneó la cabeza. -Arcalón dice que no es así -aseguró.

Levanov se tomó la barbilla, preocupado. Aunque sus tropas estaban bien alimentadas por la cercanía de Arsen, los rumores empezaban a pulular en el campamento, mermando la valentía de los Hombres. Incluso muchos empezaban a pensar en desertar. -Mis Hombres dicen que son incontables -dijo pensativo.

-No sabemos cuántos son -admitió Sergail.

-También hay rumores de que El Portador es invencible. Incluso dicen que es un Demonio antiguo -dijo Levanov.

Todos se miraron entonces.

Pero fue Méladriel la que habló. -Arcalón se encargará del Portador. Nosotros encarguémonos de las tropas enemigas. Es importante enfocarnos en lo que podemos controlar-. Las palabras seguras de la joven parecieron calmar los ánimos.

Levanov, convencido, asintió. -Mis tropas están listas desde hace días -dijo mientras miraba a Derren de reojo.

Este último asintió, confirmando.

-Las mías también -dijo Lev mientras se sentaba. La prótesis de su pierna le había estado molestando, al igual que su mano mutilada. Al parecer la cercanía del enemigo tenía influencia en sus heridas pasadas.

-¿Cuándo llegará Arcalón? -preguntó otro capitán-. Mis tropas temen que el general nos haya abandonado. Muchos dicen que Arcalón se fue a Metys.

Entonces Méladriel se vio claramente molesta. Su rostro palideció y sus puños se crisparon.

Pero Sergail le tocó el hombro para calmarla, y dijo: -Soy el representante de Arcalón, y sé que el vienen en camino. Debe estar llegando entre hoy y mañana.

Al salir de la reunión, Derren se apresuró a ir al norte, donde estaban sus tropas. No quería darle cara a Méladriel ni al resto. Anduvo entre las carpas con paso rápido hasta desaparecer de la vista. Huía, pues sentía que los ojos grises de Méladriel lo perseguían, inquisitivos. Incluso empezó a sudar de temor. Y, en pocos minutos, se vio entre sus tropas. Todos estaban expectantes, esperando noticias de la guerra.

-Estén preparados. La batalla está cercana -dijo Derren secamente, escondiendo todos los detalles, aun a Alor.

Al mismo tiempo, Méladriel y Sergail caminaban hacia el centro del campamento. Desde allí era visible la parte baja del valle bajo un crepúsculo repleto de nubes tornasoladas. Allí, ambos notaron que los Hombres permanecía en silencio, y muchos caballos empezaban a relinchar y a inquietarse, como si una presencia maligna e invisible los zurriara. Los ánimos de los soldados eran más bajos de lo pensado, pues allí llegaban noticias crudas. Sabían que el ataque sería a lo mucho en tres días, y que no tenían ventaja numérica. Las tropas no bastaban, y las palabras de Levanov y Lev no los alentaban.

En ese momento, antes del anochecer, sonaron unas trompetas lejanas, y un grupo de vigías sobre caballo pasaron rápidos como el viento.

-¿Qué sucede? -preguntó Méladriel a uno de ellos.

Y el Hombre, a raudo galope, sólo respondió: -¡Llegó, llegó!

-¿Quién?



Juan Esteban Peláez

Pero el Hombre siguió su camino, presto a buscar a Lev. Mas en su rostro no había terror; por el contrario, había alegría, y sus ojos parecían brillar de felicidad.

-Mejor vamos -dijo Sergail.

Méladriel asintió.

Subieron a un pequeño montecillo inclinado contra el volcán. Al llegar a la cima y mirar hacia el sur, quedaron sin aliento, y sus ojos se abrieron mucho y sus labios se curvaron en una sonrisa, y sus almas parecieron volver a sus cuerpos. Miraron hacia el valle, ahora dorado por el atardecer. Allí se extendían hileras tras hileras de Hombres con armaduras rojas y capas negras, y con estandartes de varios colores. Eran miles y marchaban en formaciones organizadas. Algunos jinetes cabalgaban alrededor, relucientes bajo el atardecer.

-¿Qué sucede? -preguntó Ortoth, posicionado en las elevaciones del norte, esforzando la mirada para ver en la creciente noche.

Y Derren, suspirando y mirando a Alor, dijo desde su puesto: -Él llegó.

135

Clara estaba terminando una pequeña casa de muñecas cuando tocaron la puerta. La Apsara abrió y dejó pasar al recién llegado, le brindó algunas frutas, como se había vuelto costumbre en las últimas visitas, y se sentó a su lado, bañada por la luz dorada que entraba por la ventana de la pequeña sala.

-¿Cómo van tus planes? -preguntó Clara mientras miraba a Arcalón con profundidad.

-Todo ha salido bien -respondió mientras devolvía la mirada y sonreía, pero no de felicidad, sino de melancolía.

Clara percatóse de esto y también sonrió. -Pero no te sientes muy seguro -aseguró.

-Estoy asustado -admitió Arcalón-. Debo dejar Golu-Dom en manos del Demonio. Muchos van a morir por mi culpa. Además, dependo de muchos para la victoria -entonces miró a Clara con profundidad.

La Apsara sonrió y dijo: -Ten calma.

En ese momento, y para asombro de Arcalón, un Hada muy pequeña entró por la ventana y se posó en el hombro de la Apsara. El Hada tenía alas de color púrpura, cabellos dorados, ojos azules y piel blanca. Al ver el rostro estupefacto de Arcalón, el Hada sonrió y lo saludó lanzándole un beso con la mano.

-¿Ella...?

-Sí, es un Hada -se apresuró Clara-. Y hay más. ¿Quieres verlas? -preguntó.

Y Arcalón, con la respiración cortada, asintió.

Clara se levantó y llevó a Arcalón a una pequeña pieza bajo las escaleras. Allí estaba Bella trabajando en otra casa de muñecas: La estaba pintando de rojo y dorado.

-Que bueno verte por aquí de nuevo Arcalón -dijo la otra Amatista, mientras sonreía y volvía a su trabajo.

En el cuarto había varias casas de juguete, pero fue una gran sorpresa para el Hombre el ver que por las ventanitas de algunas casas se asomaban rostros pequeñitos, hermosos y de cabellos y ojos claros, curiosos por ver al gigantesco Arcalón tras los cristales. El Hombre quedó estupefacto.

-¿Ellas viven en esas casas?

Bella asintió.



Juan Esteban Peláez

Entonces Arcalón miró el interior de la casa que Bella estaba terminando, y vio que era una casa en miniatura completamente funcional. Incluso había pequeños cuadros colgados en la pared, y diminutos jarrones con flores pequeñísimas. Sin embargo, lo que más dejó atónito a Arcalón fue la belleza de las Hadas, de colores vivos y rostros hermosos.

-¿Y cómo te fue con tus planes? -preguntó Bella.

-Muy bien -respondió Arcalón.

Bella, al escuchar el tono del Hombre levantó la cabeza para mirarlo mejor. -Pero no te sientes muy seguro -dijo.

Y Arcalón asintió de nuevo.

-En verdad no entiendo a los Humanos -dijo Bella.

Pero Clara conocía mejor a los Hombres, y vio preocupación en los ojos de Arcalón. -

¿Necesitas nuestra ayuda? -preguntó la Apsara sin rodeos.

Arcalón volvió a asentir sin sorprenderse. -No tenemos muchas oportunidades de frenar al Diablo en Arsen -respondió.

Clara y Bella se miraron entonces. -¿Ustedes llaman «Diablo» a Irgoliath? -preguntó esta última.

-Sí, para nosotros es el Diablo -respondió el Hombre mientras comía un casco de mandarina-. Ya hablé con todos los que podían ayudarme: Capitanes, terratenientes, incluso mercenarios; y mucho aceptaron; pero temo que no somos suficientes.

-¿Qué dijo Bélaron? -preguntó Clara.

-Iría conmigo a Arsen con sus saurios -respondió.

-¿Y quieres que nosotras también te ayudemos? -preguntó Bella.

-Me da pena pedirles ayuda, pero son a las únicas que puedo acudir. Ni con el triple de Hombres puedo vencer a La Portadora de la joya. Así ella no tuviera guardias, no podría siquiera acercármele. Pensé que era uno de los seis Yúcidas, pero me equivoqué.

Las Apsaras permanecieron en silencio por un momento.

-¿Sabes quién es La Portadora? -preguntó Bella.

Y Arcalón asintió, preocupado, incluso con una leve jaqueca. -Ya sé quién trae la Shidraha-. Se tomó la cabeza y prosiguió: -Sé que esta guerra no les concierne, pero pronto caerán estas tierras -aseguró Arcalón.

-¡Ningún ser se atreverá a cruzar las puertas de esta casa si no lo deseamos! -aseguró Clara, esta vez con voz severa-. Ni siquiera Irgoliath en persona -añadió ofendida.

Arcalón diose cuenta de su error y se apresuró a disculparse. -Sólo pido que me ayuden a detener a La Portadora -pidió de nuevo el Hombre.

Las Amatistas miraron al Hombre por unos instantes, examinándolo. Entonces miraron a las Hadas en las casas de juguete.

-Si Melina confía en ti debe ser por algún motivo -dijo Clara.

Y Bella sonrió y dijo: -Tú encárgate de tus Hombres y que Bélaron se encargue de los saurios; nosotras nos encargaremos del resto. ¿Dónde nos reuniremos?

-En el Valle de Ahl, el valle al norte de Arsen. Levanov y Lev me esperan allá con sus tropas -dijo Arcalón.

-¿Y Méladriel? -preguntó Clara.

Entonces Arcalón respiró con profundidad. -Ella también está allá, esperándome.

Bella miró a Arcalón con una dulzura y solemnidad. -Tienes muy buenos amigos.

Arcalón asintió y sonrió. -Es verdad, tengo mucha suerte -dijo ensimismado.

-Irgoliath se demorará en invadir Golu-Dom. Así que tenemos por lo menos dos semanas para ir a Arsen y preparar la defensa -aseguró Clara, sonriente y decidida, al tiempo que se erguía con orgullo.



Juan Esteban Peláez

Arcalón se hincó entonces frente a las Apsaras, olvidando su orgullo y sintiéndose muy aliviado. –En verdad les agradezco, y si salimos bien librados de esta batalla les juró que les agradeceré toda mi vida -aseguró.

-Eso lo veremos después -dijo Bella enigmática.

Planeado esto, Arcalón dirigióse a toda carrera a Golu-Dom, y en un tiempo extremadamente corto logró organizar a sus tropas y sacarlas de los alrededores de la ciudad, vaciando los almacenes y dejando a los civiles a su suerte. Era un sacrificio que debía realizar, pues no podía perder su ejército allí, intentando salvar una ciudad ya condenada. Algunos ciudadanos lo insultaron, otros y le rogaron que no los abandonara, otros le pidieron que no se llevara los alimentos; pero el general no escuchó a nadie. Ignoró a los desesperados habitantes y marchó con el corazón encogido hacia el sur, hacia Arsen, con dos sorpresas que nadie esperaba, ni siquiera el mismísimo Irgoliath.

Y grande fue la alegría cuando él y sus tropas llegaron al valle. Arcalón poseía las mejores tropas de Falheid, la Élite del Fuego, de yelmos de cimera plana, armaduras rojas y capas negras. Eran Hombres doctos en el arte del combate, extremadamente disciplinados y violentos cuando debían serlo. Eran los más valerosos, y presentaban lucha a cualquier enemigo, incluyendo a los Espectros. Al ver a la Élite del Fuego llegar desde el oriente, todos los Hombres parecieron descansar, y vieron una luz de esperanza en el oscuro valle. Era como si los Ángeles en persona hubieran llegado para ayudarlos.

Al escuchar las trompetas, Lev y Levanov salieron de sus tiendas, con los ojos brillantes de felicidad y los rostros coloreados por el descanso, como si hubieran ganado la batalla de repente. Allí vieron que tres jinetes se acercaban a galope rápido. Dos parecían ser escoltas, pero en verdad eran capitanes, vestidos con capas y armaduras rojas. En medio de ellos estaba Arcalón, con capa negra y armadura escarlata. Arcalón se apeó del caballo, presuroso y jadeante.

Entonces Lev se lanzó a abrazarlo. –Ya estábamos preocupándonos -dijo muy aliviado.

-No los iba a dejar solos -respondió mientras apretaba la mano de Levanov.

-Debería golpearlo por llegar tan tarde -dijo Levanov con sátira mientras entraba a la carpa.

-El enemigo ya cruza el Río de Lava con sus huestes -aseguró Arcalón.

-¿Tenemos apoyo? -preguntó Lev.

-Sí.

-Eso quiere decir que ahora sí podemos ganar -dijo Levanov.

-Todo depende de nosotros mismos -respondió Arcalón que, sin poder aguantar más, preguntó: -¿Y ella?

-Está hermosa como siempre -dijo Levanov.

-¿Dónde está?

-En el campamento, con Sergail. No piensa huir de la batalla -aseguró Levanov.

Arcalón se tomó la frente, como si una jaqueca lo invadiera de repente. -¿Qué voy a hacer con ella? Parece una niña malcriada.

-Amarla -respondió Lev.

Entonces Arcalón suspiró y sonrió. -Lo hago -dijo.

-Este no es momento para ese tema -interrumpió Levanov.

Arcalón asintió y miró rápidamente algunos papeles sobre la mesa. –Les pediré un favor -dijo seriamente.



Juan Esteban Peláez

Ambos Hombres asintieron.

-Pase lo que pase, hagan lo que les pida. Ya tengo un plan -dijo el Ajedrecista-. Es arriesgado, pero puede funcionar -añadió.

-Nos dio la victoria en la Batalla de los Cuatro Elementos. Confío en usted -dijo Lev. Levanov también aceptó.

-Deberemos resistir lo más que podamos en el valle -dijo Arcalón-. Esto es lo que haremos...

Cuando Méladriel y Sergail llegaron a la tienda, vieron que estaba cerrada, pues los tres Jinetes Escarlata planeaban una presurosa defensa. El enemigo ya estaba casi sobre ellos, y aunque desconocía el número de los contrincantes, ahora podían presentar una batalla digna de poemas y cánticos. Méladriel sentía nervios mientras esperaba afuera de la carpa. La ansiedad hacía que los minutos parecieran horas. Había esperado mucho el momento de poder ver a su amado, hablar con él, besarlo y abrazarlo.

Pero la espera de Méladriel y Sergail fue en vano, pues los generales no salieron en toda la noche, planeando la batalla. Sólo entraba a la tienda un guardia que llevaba alimentos y bebidas. Llegó el alba y después la hora del almuerzo, y fue en ese momento que se abrió la tienda y los tres generales salieron. Todos vestían sus opulentas armaduras, rojas y de hombreras anchas, y capas negras como una noche sin luna. Tenían los yelmos bajo el hombro y las miradas fieras, y se sentían listos para enfrentar los terrores del Diablo y sus huestes, aunque habían pasado la noche en vela.

Arcalón subió a su caballo Alazán, finamente enjaezado de rojo, con bridas de joyas y faldón escarlata. Entonces cuando se dispuso a bajar hacia su campamento, sintió que le tocaron la pierna. Apenas volteó a mirar sus ojos se abrieron mucho a causa de la sorpresa, y su corazón pareció acelerarse al ver que era Méladriel quien lo miraba, con su hermoso rostro bajo la luz dorada. Sus cabellos danzaban por el viento y su perfume de durazno inundaba el aire. Arcalón recordaba constantemente ese dulce aroma. Entonces el general, perdido en el rostro de su amada, bajó apresurado del caballo y la abrazó como si nunca quisiera dejarla ir.

136

Ya entrada la noche, las noticias de los exploradores eran preocupantes. El enemigo, translucido y silencioso, pero ahora visible, ya había cruzado el Río de Lava. Así que, siguiendo las instrucciones de Arcalón, Levanov y Lev movilizaron sus tropas a lo largo del Valle de Ahl, de hierba tupida y verde, pocos árboles y altas margaritas. La hora había llegado. Miles de Hombres iban y venían, y formaban gigantescos bloques compactos, listos para actuar como yunque frente a un martillo.

Mientras todos se preparaban, Arcalón y Méladriel caminaban con parsimonia por el campamento, ya casi vacío por completo.

-La cima de esa cuesta es la zona más segura para ti. Desde allí podrás ver todo y escapar si es necesario -dijo Arcalón a la joven.

Méladriel entonces sintió angustia, pues sentía que el momento se acercaba, y se lanzó a abrazar al Hombre. -Tengo miedo -confesó-. Tengo miedo a que alguno de nosotros no



Juan Esteban Peláez

lo logre. Quiero que estemos juntos después de esto. Ya no quiero estar sola. Quiero que estemos juntos.

Entonces el Hombre, fijo en el rostro de la joven, dudó, pues el desenlace de la batalla era incierto; pero finalmente dijo: –No te preocupes. Estaremos juntos -y la besó.

Méladriel abrió los ojos grises lentamente y suspiró, como si la congoja de su corazón hubiera desaparecido, y los Ángeles por fin la hubieran sacado de un pozo.

Arcalón exhaló y miró a Méladriel. Él tenía ahora un brillo claro en los ojos y una sonrisa profunda. –Estaremos juntos -insistió.

Méladriel, con una sonrisa en su rostro, se apresuró a abrazar al Hombre, feliz. – ¡Estaremos juntos! -exclamo animada-. No te preocupes, por mí. Recuerda que soy mejor guerrera que tú -añadió pícaro.

Arcalón asintió y sonrió.

La pareja salió del campamento cogida de la mano, y después de un último abrazo montaron sus caballos, tomando cada uno su camino: Arcalón cabalgó cuesta abajo, hacia la vanguardia, encontrándose con Sergail en la mitad del camino; mientras Méladriel iba cuesta arriba, hacia las estribaciones del volcán. Méladriel subió y pasó entre tropas y pendones de colores variados, hasta posarse en uno de los brazos de la Montaña de Flamas, en un terreno un poco elevado al norte del Valle de Ahl.

Al mismo tiempo, grupos numerosos de Hombres de grises armaduras descendían por las estribaciones australes hacia la ciudad de Arsen. Eran las tropas de Ángor, enviadas desde Velheid para ayudar a Hérsof. Según los planes de Arcalón, Ángor estaría con sus tropas en la ciudad de Arsen como última resistencia. Méladriel vio cómo esos Hombres bajaban las cuestas, dejando atrás el ejército defensor y perdiéndose en la penumbra nocturna, alejándose de las hogueras.

En ese momento llegó un soldado con las pertenencias de Méladriel. La joven no se demoró en vestirse, y estuvo lista para la batalla, con aire arrogante y valeroso, altiva y lista para la lucha si era necesario. Su espada corta colgaba del cinto y su arco estaba en su mano derecha, mientras que con la otra tomaba las riendas de Bayo, que parecía amedrentado por la extraña paz que se respiraba en ese momento.

Por otra parte, Derren, se encontraba posicionado con sus tropas en las estribaciones más bajas del volcán, casi debajo de Méladriel (aunque ni él ni la Mujer lo sabían). Desde su posición podía ver que en el valle se extendían dos hileras de Hombres, hileras enormes y formadas por bloques compactos. Estas hileras llenaban todo el valle hasta las elevaciones que empezaban a trepar por la Muralla de Volcanes, boscosas e intraspasables. Bien, la primera hilera de Hombres, la vanguardia, estaba formada por las tropas de Levanov y Lev, y formaba un semicírculo convexo, inclinado hacia el frente. Los flancos estaban compuestos por la Élite del Fuego, bajo el mando de Arcalón. Tras la Élite estaba la caballería de Sergail, al lado opuesto del volcán. Y la retaguardia, casi tan poderosa como la vanguardia, estaba constituida por el resto de Hombres que Arcalón tenía bajo su poder. La retaguardia, separada por varios metros en el valle, estaba formada en línea recta, pues allí el valle se ampliaba, mientras que en el punto de la vanguardia se estrechaba por los brazos del volcán y las arboladas que bajaban de la cordillera.

Todo esto veía Derren desde su posición. Entonces diose cuenta que había un punto débil en la formación: ¡Ellos! La milicia no podría contener el ataque del enemigo si éste



Juan Esteban Peláez

lograba trepar por los brazos del volcán. Si vencían a la milicia podrían rodear e incluso encerrar a los Hombres sin problema. ¿Acaso Arcalón no había previsto esto? ¿Cuáles eran los planes de Arcalón al dejar el semicírculo hacia el frente y las tropas más poderosas a los flancos? Si el centro colapsaba la batalla estaría perdida.

137

-Arcalón, yo sólo poseo diez mil Hombres -se apresuró a decir Levanov mientras se acercaba al Ajedrecista-. Casi todos los perdí en el Paso de Llamas y en los poblados del norte. ¿Por qué quiere que los últimos Hombres que tengo estén al frente? -preguntó.

-Ellos ya tiene experiencia -respondió sobándose el mentón, y abriendo y cerrando la boca, claramente molesto por el dolor que le crecía en la quijada. Días atrás ese dolor se había intensificado, como si la proximidad de la joya reviviera viejas heridas.

-Dejemos al frente a los milicianos. ¿Acaso ese no era el plan? ¿Dejar a Derren como anzuelo? -insistió Levanov.

-Ese era el plan inicial, pero ahora que sé sobre La Portadora, sé que Derren y los milicianos no lograrán frenar al enemigo -aseguró Arcalón.

-¿Y sus tropas? Sus tropas están frescas -insistió Levanov, refiriéndose a las tropas de Arcalón. En verdad no quería sacrificar lo que le quedaba de su ejército.

Peo Arcalón parecía seguro de sus decisiones. -Confíe en mí, por favor -pidió.

Levanov permaneció molesto, pero suspiró y asintió. -Ya están listos -aseguró.

Entonces Lev, que también sentía un dolor frío en la unión de la prótesis de su pierna y en su mano sin dos dedos, fue quien habló. -¿Está seguro que los Espectros están en las arboladas de la izquierda? -preguntó mientras miraba los ennegrecidos árboles que subían hacia las montañas.

Arcalón miró con detenimiento y asintió. -Son el único escondite lo suficientemente grande para albergar tantos fantasmas.

-Espero que tenga razón -dijo Lev, sobándose la mano izquierda con la derecha.

-La tengo -dijo Arcalón, que suspiró para superar su nerviosismo creciente, al mismo tiempo que escuchaba un solitario graznido de un cuervo.

-¿Qué falta? -preguntó Levanov.

-Ángor ya está reuniendo sus tropas en los muros de Arsen, y Sergail está listo. Sólo falta que Derren y la milicia estén listo -dijo Arcalón mientras miraba las cuevas altas a su derecha. Allí intentó buscar a Méladriel, pero sólo vio estandartes a la luz de las hogueras que ardían en las estribaciones más bajas.

Levanov se tomó la cara y se limpió el sudor de la frente, causado por la ansiedad. -Sólo esperemos que el enemigo no nos supere antes del amanecer, sino estaremos perdidos.

No era ni media noche, cuando unos gritos famélicos empezaron a invadir el aire pasajero. Los gritos al principio parecían de bestias furiosas, pero después pasaron a ser lamentos dolorosos. Y bajo el brillo de Sírel fueron visibles unas siluetas aladas, recortadas a la luz plata. Algunas eran pequeñas, y al ojo normal semejaban murciélagos, pero otras eran enormes como águilas, de alas desnudas y coriáceas entre cartílagos membranosos. No poseían plumas, y en vez tenían escamas.

-¡¿Qué son esos monstruos?! -exclamó uno de los vigías al ver las horripilantes bestias. Entonces los Hombres vacilaron y el valor pareció esfumarseles por un momento. Y fue más grande el temor cuando uno de esos saurios alados voló bajo, a la luz de las hogueras, y fue visible. Tenía una cornamenta de toro y fauces enormes y poderosas. Hedía al agitar



Juan Esteban Peláez

sus alas fibrosas, y sus ojos negros parecían abismos de dolor. Aunque poseía bridas y estaba ensillado, parecía no estar montado. Mas la terrorífica aparición espantó a muchos Hombres, que nunca habían visto animal semejante.

-¿Qué son? -preguntó Derren, que podía ver las bestias sobrevolar cerca de la mellada boca del volcán, en círculos prolongados, como aves de rapiña bajo la luna.

Pero ninguno de los Hombres que lo acompañaban pudo responder. Sólo Méladriel había luchado contra esas bestias tiempo atrás.

Los saurios causaron confusión, pero los Hombres se calmaron y mantuvieron sus posiciones al ver que muchas de esas bestias se apostaban en las salientes del volcán en vez de atacar. Arcalón y Méladriel sabían que la Shidraha todavía no estaba lo suficientemente cerca para mostrar a los fantasmas y darles cuerpo, pero sabían que el enemigo ya estaba sobre ellos, quizás allá al frente, organizándose y listo para el ataque.

Y no se equivocaban, pues los enemigos fantasmales se habían desplegado por todo el valle bajo la oscuridad nocturna. Y sólo minutos después, cuando ya La Portadora estuvo cerca, prendieron antorchas y fueron visibles por completo. Entonces los Hombres volvieron a vacilar, pues de repente la noche pareció un infierno. Miles de antorchas danzaron a menos de doscientos metros frente a ellos como un enjambre de luciérnagas. Algunos habían sentido el temblar de la tierra mientras los enemigos marchaban al amparo de la noche, pero no imaginaron que se hubieran acercado tanto.

Y de repente, como impulsados por un látigo invisible y cruel, muchos de esos torrentes de antorchas se arremolinaron y se unieron, moviéndose a una gran velocidad hacia los atónitos soldados, que no podían hacer más que ver cómo el fuego se acercaba a ellos. Así el enemigo inició su avance, y la tan esperada batalla por fin comenzó.

138

-¡Piedras, piedras! -gritó Lev notablemente asustado tras la primera hilera. Apenas habían visto las antorchas, los tres Jinetes Escarlatas habían pasado entre sus tropas, instigándolas a la lucha, y se habían posado entre las dos grandes formaciones de Hombres, desde donde podían dar mejor las órdenes. Muchos soldados acataron la orden de Lev, y cargando las máquinas con rocas ardientes, atacaron hacia el valle, a un enemigo que poco a poco se materializaba. Casi de inmediato, Levanov ordenó lanzar una descarga de flechas incendiarias desde la primera línea. Eran tantas las huestes oscuras que pululaban en el valle, que casi todas las flechas y casi todas las rocas cayeron sobre la carne. Pero muchos de los Hombres se intimidaron, pues lograron ver con una aterradora claridad a miles de Nomos que avanzaban hacia ellos, con rostros fieros y llenos de odio. -¡Firmes! ¡Que nada atraviese los escudos! -gritó Levanov a los Hombres del frente. Y esa instrucción la replicaron los portaestandartes una y otra vez, pero algunos tenían la voz entrecortada, lo que mostraba su temor.

Los Hombres tomaron aire y pusieron sus grandes escudos rectangulares en posición, formando así un muro. Entonces algunos dardos y algunas flechas empenachadas de negro se clavaron en ellos. Los soldados se sintieron atemorizados, pues poco veían por la oscuridad y por entre sus escudos; y por lo mismo, pocos lograron ver cuál era la



Juan Esteban Peláez

magnitud del verdadero peligro. Así que muchos cayeron sin siquiera saber qué los había golpeado.

Pero los Hombres que estaban tras ellos vieron qué venía; y algunos intentaron huir. A la vanguardia enemiga, como arietes vivientes que intentan romper una muralla, venían Trolls de horribles facciones y cuerpos robustos y enormes. No se podía saber si era piel verdusca y áspera o mallas lo que los forraban. Sus nudosas manos llevaban mazas enormes, y martillos y garrotes con púas de acero. Y mugiendo, lograron llegar al muro de escudos y arremeter contra él como quien golpea porcelanas llenas de carne y hueso con un martillo gigantesco. Muchos Hombres murieron bajo esas crueles mazas.

Pero Levanov, mostrando su gran valor y su destreza, cabalgó raudo hacia el frente, acompañado de sus guardias, y se enfrentó a uno de los Trolls. Aunque Levanov en verdad sólo se posó desafiante frente a él, el Troll dudó; y en ese momento cientos de flechas emergieron de todos lados para defender al general. El Troll cayó atravesado por muchas flechas, como si fuera un puercoespín.

-¡Valor Hombres, que estas bestias no son inmortales! -gritó Levanov mientras hundía su espada en el pecho verde y hediondo del monstruo caído.

Entonces los Hombres sintieron sus corazones repletos de valor, y volvieron a formar el muro con sus escudos. Y con sus cortas espadas, apuñalaron a los Nomos y Goblins que se les acercaron. Y algunos Trolls cayeron presas de las lanzas y las flechas.

Pero la oscuridad pareció volverse densa de nuevo, pues sólo instantes después del cielo cayeron más enemigos, mortíferos y despiadados. Los saurios todavía estaban en las rocas del volcán, pero miles de murciélagos descendieron como una nube. Y la densa nube cubría enemigos visibles a la maldición de la Shidraha. Allí venían las Brujas, montadas sobre monstruosas aves. No eran pocas, y dejaron caer sobre los aturdidos Hombres una lluvia de flechas y venablos. Muchos Hombres simplemente rezaron para tener la suerte de que uno de esos mortales proyectiles no cayera sobre ellos.

Los Hombres volvieron a vacilar, y las primeras filas fueron cediendo terrenos, pues las bajas eran cuantiosas. Y el semicírculo empezó a flexionarse hacia adentro. Todo esto era más claro desde la posición de Derren, que miraba hacia abajo intentando ver con claridad la batalla entre las hogueras. Méladriel, en cambio, parecía más interesada en los saurios voladores que esperaban bajo la pálida luz de Sírel, estáticos sobre los riscos.

-¿Estamos perdiendo? -preguntó Ortoth a Derren.

Y este último, sincero y preocupado, asintió. -No creo que duremos mucho -dijo.

Al mismo tiempo Arcalón miraba su reloj de cuerda con congoja. Ya estaban perdiendo terreno y no había pasado ni siquiera una hora. La idea de Arcalón era lograr contener al enemigo hasta el amanecer; pero esta empresa parecía imposible. Sin embargo, Arcalón miraba con detalle los flancos de la vanguardia, y veía que su élite se desempeñaba con maestría y no cedía terreno. A su izquierda, entre las arboladas, muchos Nomos caían, y a su derecha varios enemigos intentaban abrirse paso entre los escudos y las relucientes lanzas sin éxito. A menudo, las huestes del enemigo se lanzaban a la muerte, pues las tropas de atrás atropellaban a las de adelante, mandándolas contra las lanzas y las espadas.

Sin embargo, en poco tiempo las densas y negras humaradas parecieron oscurecer el cielo por completo. Así que Arcalón, incapaz de ver qué sucedía, tuvo que ir con sus heraldos hacia la izquierda, a un terreno más alto. Cruzó casi todo el valle a rápido galope, en



Juan Esteban Peláez

medio de gritos furiosos, lamentos y graznidos. Y una que otra flecha solitaria silbaba de vez en cuando sobre su cabeza.

Apenas llegó a la cuesta, Arcalón mandó a sus emisarios a dar órdenes a puntos específicos. El centro parecía colapsar, así que lo mandó a reforzar con unas pocas tropas de la retaguardia, y se vio obligado a pedirle a la Élite, en el flanco izquierdo, que cedieran un poco de terreno para que el semicírculo no se rompiera.

Las órdenes se acataron con una formidable efectividad, lograda en verdad en pocos ejércitos. Así que Arcalón logró mantener la resistencia por un tiempo valioso. Levanov seguía al frente, ahora blandiendo con furia su espada contra los Nomos que osaban acercársele. Lev permanecía en el medio, incapaz de ver a su alrededor a causa del humo, pero manteniendo la vanguardia firme. Méladriel todavía permanecía en las estribaciones del volcán, esperando cualquier noticia. Se sentía impotente, pues la batalla que se desarrollaba abajo estaba fuera de su alcance. No podía hacer más que esperar o, en el peor de los casos, huir. Derren también se sentía ansioso, pues quería trabar combate con esas horribles castas y mandar al olvido a muchas de ellas.

Durante esos momentos, el centro de la vanguardia del imperio se había visto obligado a ceder todavía más terreno. Las tropas que habían caído ahora eran incontables, y los enemigos cada vez avanzaban más, aumentando sus números a medida que la joya se acercaba desde el norte.

Entonces el Ajedrecista se vio obligado a actuar para no perder la batalla tan rápido, y se dirigió al medio entre el humo de las hogueras, y allí le ordenó a un capitán bajo su mando que preparara sus tropas. Apenas estuvieron listas, Arcalón dio la orden, los cuernos retumbaron en el valle y en las laderas, y la retaguardia avanzó en tempestuosa embestida para ayudar a los Hombres del frente y evitar que el valle fuera invadido.

Esos fieros Hombres gritaron y rugieron, y se lanzaron contra los enemigos que había logrado romper el muro de escudos. Sus lanzas y espadas, y escudos y hachas resplandecieron como centellas pálidas bajo la Dama, y rompieron escudos y huesos, y atravesaron carne y tejido. Ni los Trolls pudieron frenar tan furioso avance. Y muchos enemigos vacilaron, y muchos iniciaron una retirada desordenada.

Arcalón había puesto en jaque a Pecaín, el general enemigo. Pero Pecaín no era un aficionado ni un principiante. Él había hecho caer el Paso de Llamas, arrebatándoselo al mismísimo Levanov, y había invadido todos los poblados del norte sin perder una sola batalla. Pecaín era docto en el arte de la guerra, y era cruel. Arcalón había dado un golpe, pero Pecaín ya preparaba el siguiente.

Entonces los cansados y temblorosos Hombres vieron cercana su ruina: Una segunda marea de antorchas venía directamente hacia ellos, con aires de muerte y desesperación. Los enemigos que se retiraban fueron golpeados e incluso asesinados por sus mismos compañeros. Así que los desertores decidieron cargar nuevamente.

Los soldados dudaron y temieron. Todos jadeaban y sentían sus fuerzas mermadas. Pero Levanov volvió a posarse frente a ellos. El Jinete Escarlata tenía la cabeza sangrante, y la pierna izquierda entumecida por una flecha clavada en su muslo; pero su mirada era fiera



Juan Esteban Peláez

y parecía no sentir dolor. Su cuerpo parecía mitigar el sufrimiento con adrenalina, y parecía estar en un trance iracundo.

-¡Fórmense, que mientras estemos de pie ningún enemigo pasará por este valle! -gritó. Y todos los Hombres se sintieron reanimados, pues el valor de Levanov los inspiró. Así que volvieron a formar el muro de escudos, y gruñendo y gritándole injurias al enemigo, esperaron la nueva marea. Y esta llegó con fuerza; pero la gran mayoría no pudieron atravesar los escudos rojos, y sufrieron un trágico final, pues la gran mayoría de enemigos murieron aplastados entre los ejércitos. Sin embargo, a Pecaín no le importaban estas bajas, pues sólo deseaba medir la fuerza de Falheid. Simplemente esperaba asestar un golpe definitivo, y ese llegaría cuando la Shidraha llegara al campo de batalla.

Arcalón, nervioso y viendo lo que sucedía, se vio obligado a mandar más de sus tropas de reserva al frente para evitar que el semicírculo de la vanguardia, ahora hendido, no colapsara. Si el enemigo lograba romper la vanguardia sólo necesitaría atacar parte por parte al ejército defensor y ganaría el valle sin ningún problema. Arcalón lo sabía, y por eso estaba empeñado en mantener el centro.

Eran tan ensordecedores los gritos y sonidos del acero, que desde Arsen eran escuchados. Ángor, apostado en la torre más alta de la ciudad, lograba ver las humaradas que se levantaban a lo lejos contra el cielo nocturno, y temía por la suerte de sus amigos. Estuvo tentado a salir de la ciudad para ir a ayudar en la batalla, pero confiaba en Arcalón y seguiría sus peticiones hasta donde le fuera posible.

139

No había todavía indicios del alba, cuando Méladriel sintió una sensación extraña, incluso fastidiosa. Su interior empezó a incomodarse, y sintió una maléfica presencia en el aire pesado que se extendía a su alrededor. Al principio pensó que podía ser la presencia de uno de los Yúcidas, pero después supo que se trataba de algo más. Recordó la batalla de Dan-Silum, y recordó el brillo amarillento que apareció cuando el gran rey Megot levantó la joya de Irgoliath. Entonces supo que una de las cuatro Estrellas del Inframundo ya estaba en el valle.

Mas esta no era una joya como la de Herda, que había ayudado a los defensores; esta era la joya que Irgoliath todavía tenía bajo su voluntad. Esta Shidraha, con un alcance inmenso causado por La Portadora, mostraba con gran detalle a los malditos y los ponía en el plano con los vivos.

Y esto lo afirmó la joven cuando se enfocó un saurio cercano. Vio que, como por extraños artilugios y maldiciones, sobre la bestia aparecía lentamente un jinete de manta negra, sin vestigios de carne, como una persona que en vez de piel se viste con oscuridad. Entonces la joven pareció despertar de su letargo, y rápida, sacó una flecha y la puso en su arco templado. Y antes de que el jinete lograra levantar vuelo, el saurio cayó sobre las rocas, muriendo de inmediato. Todos los soldados alrededor quedaron atónitos por esa acción, pero quedaron más atónitos por la extraña aparición de esa misteriosa sombra, semejante a un Hombre.

-¡Ve y dile a Arcalón que los Espectros han llegado! -ordenó Méladriel a un mensajero cercano.



El Hombre asintió.

Pero era tarde. Cientos de saurios, ahora montados por enemigos, bajaban desde los riscos de la Montaña de Flamas hacia el valle. Sus alas desplegadas causaban temor y sus horribles fauces mostraban sus soberbias dentaduras.

Los enemigos cayeron sobre los Hombres allá abajo como rocas, y causaron pánico. En ese momento todos los Hombres, incluyendo a los Jinetes Escarlatas, sintieron que la victoria se les alejaba. Y más grande fue la desolación cuando el flanco izquierdo, constituido por la Élite del Fuego, empezó a flaquear, pues al parecer seres invisibles estaban atacándolos, golpeándolos en los rostros y haciéndolos trastabillar para que los enemigos más visibles les cayeran encima.

Arcalón no supo qué hacer en ese momento. Aunque creyó haber cubierto todos los ángulos, confió mucho en el valor de sus Hombres. No tomó en cuenta que muchos de ellos nunca habían visto un Espectro, ni un saurio volador ni una nigrovela. Confió que sus Hombres aguantarían hasta el amanecer, pero éste estaba lejos y ya sólo tenía la caballería de Sergail disponible, en el flanco izquierdo, exactamente atrás de su posición.

Sin embargo, no todo había fallado. Arcalón había logrado reducir el número del enemigo al encerrarlos en el semicírculo ahora cóncavo. Los flancos habían resistido con heroísmo, y el grueso de la vanguardia enemiga no podía entrar en combate, pues estaba apeñuscada entre sus propias filas y la resistencia de los defensores.

Así que, tomando todos los riesgos, Arcalón cerró la trampa antes del alba, y fue a hablar con Sergail. —Creo que es hora -le dijo. Arcalón permanecía muy inquieto. Sudaba y respiraba profundo.

Sergail suspiró para calmarse. —¿No resistiremos hasta el amanecer? -preguntó.

Y Arcalón, con una mueca de desilusión, meneó la cabeza. —Debemos cerrar la trampa ahora -aseguró. En sus ojos se veía un dolor enorme, pues en verdad detestaba enviar a su amigo a la batalla en medio de la oscuridad y con fantasmas casi transparentes rondando las arboladas cercanas.

Sergail logró descifrar esa mirada, aunque la luz era muy tenue. —Lo lograremos, Arcalón -dijo para darle alientos a su amigo.

Arcalón miró la batalla, ahora cercana, y asintió. —Sí, Sergail, lo lograremos -dijo como convenciéndose.

Entonces Sergail se puso su yelmo, bajó su visor y le dio la mano a Arcalón. —Nos vemos al amanecer -dijo, y sin más, dio la señal e inició un galope embravecido. Entonces cientos de caballeros lo siguieron, expectantes, con el corazón agitado y el sudor en sus frentes, con la respiración entrecortada y con sus armas en las manos.

El plan de Arcalón consistía encerrar al enemigo en el semicírculo reforzado, Sergail y su caballería traspasarían los bosques de las estribaciones occidentales y destruirían su retaguardia. Así que Sergail cabalgó rápidamente con sus jinetes por las sombrías arboladas, empinadas y accidentadas. Pero casi inmediatamente se internaron en ellas, algunos caballeros, sin motivo aparente o visible, empezaron a caer, y los caballos se encabritaron sin razón alguna. Pero algunos caballeros lograron ver unas siluetas negras mientras cabalgaban, escondidas por las sombras de los ramajes, y sólo visibles cuando la bruma azulada era iluminada por la Dama de la Noche.



Juan Esteban Peláez

Apenas salieron a los lindes y volvieron al valle, se abalanzaron con fuerza atronadora sobre la retaguardia del enemigo, y les pasaron por encima. Las lanzas atravesaron muchos enemigos y las espadas silbaron y cortaron cabezas. Algunos jinetes cayeron presas de dardos o cimitarras, pero Sergail logró destrozar la retaguardia del enemigo. La trampa de Arcalón se había cerrado.

Los enemigos estaban desesperados, pues veían cómo los caballeros los atacaban desde la retaguardia, impidiéndoles escape alguno, y al frente y a los lados eran detenidos por muro tras muro de escudos y lanzas. No tenían escapatoria y sabían que su amo no movería un dedo para salvarlos. De vez en cuando se esperanzaban en los saurios o en las Brujas que todavía sobrevolaban los cielos nocturnos; pero su moral caía al suelo cuando veían que se retiraban o volaban lejos de las flechas de los Hombres.

Pero la noche era larga y la Shidraha se acercaba al Valle de Ahl. Pecaín en verdad había quedado sorprendido con la trampa que le habían tendido los tres generales; pero esto sólo atrasaba su inminente victoria. Todavía tenía un ejército que en ese preciso momento cruzaba el Río de Lava, internándose en el valle. Además, tenía a La Portadora. Cuando la Portadora de la Shidraha llegara al valle, todo acabaría para la península; y Pecaín creía que eso sería antes del amanecer.

140

Ahora bien, Pecaín aprendió de Hellmer a no ser él mismo El Portador. Esa Shidraha era especialmente maligna, pues era la única que todavía servía a los designios del Demonio, y estaba maldita y llena de malos hados. Dos Shidrahas habían escapado del poder de Irgoliath: Una era propiedad de la Majestad de las Aguas; y la otra había salvado a Dan-Silum. Una tercera estaba desaparecida, quizás en el fondo del mar, pero la cuarta la tenía él, y era la que iba en ese momento al Valle de Ahl, llevada por un ser muy poderoso, quizás más poderoso que los Yúcidas. Un ser que se había dejado engañar por las venenosas palabras de Irgoliath.

Y los problemas aumentaban en el valle. Méladriel, que tenía mirada penetrante en la oscuridad, vio formas arácnidas trepar las escarpadas laderas de la Montaña de Flamas. Parecían un enjambre y eran incontables. No emitían ruido alguno, pero eran visibles por sus abruptos movimientos. Tan espantosa fue la visión, que la joven cortó la respiración, mientras las formas de patas lánguidas y velludas subían por las laderas directamente hacia los milicianos de Derren, metros abajo.

Méladriel quedó inmóvil, presa del terror. Nunca se había sentido tan vulnerable. En las batallas libradas en Herda, Méladriel siempre había estado acompañada de fieros soldados, e incluso había inspirado ejércitos; pero ahora estaba protegida por un puñado de Hombres claramente atemorizados. Y sabía que nadie la ayudaría. Arcalón ya tenía sus propios problemas y nunca llegaría a las altas estribaciones del volcán a tiempo. Entonces un tormento cubrió su mente, pues pensó que no pasaría la noche y que nunca podría estar al lado de su amado. Así que, presurosa y consciente del peligro, decidió bajar hacia el valle, hacia la retaguardia del ejército; allí quizás estaría más segura.



Juan Esteban Peláez

Pero era más grave la posición de Derren, que, mirando hacia abajo, las grises rocas, y vio que cientos de arañas de varios tamaños subían hacia ellos sin hacer ruido. Su adrenalina y su temor subía casi tan rápido como esas arañas gigantes. Dudó entonces, pero suspiró y, al ver que todos sus Hombres esperaban órdenes, se acomodó sobre la silla del caballo, y ordenó a los milicianos posicionarse en peñas específicas, listos para recibir el ataque.

Durante toda la batalla los milicianos no habían sido más que espectadores, pero ahora se veían frente a frente con una colonia enemiga, y era hora de luchar. Y así lo hicieron. Pocos milicianos escaparon. Por el contrario, muchos, inspirados por Derren, se plantaron con fuerza sobre las peñas, y dieron pelea. Con piedras y flechas intentaron frenar el ataque arácnido, y lograron matar muchos insectos enormes mientras trepaban las faldas del volcán. Pero los ánimos desaparecieron pronto, pues las arañas eran muy rápidas, y era muchas. Entonces los milicianos temieron, temieron mucho, y temieron más cuando ya vieron los monstruos cerca: Con colmillos largos, pedipalpos peludos y baba blanquecina saliendo de sus fauces. Y cada vez emergían más insectos de los abismos y de las grutas, pululando por todo el volcán. Pronto los milicianos se vieron rodeados, como una fruta rodeada de hormigas.

Sólo en minutos todo terminó. Las arañas cayeron sobre los milicianos y los envenenaron, y los paralizaron, y los devoraron, succionando sus tripas con sus largos colmillos. Entre esos los fieles Bladar y Ortoth. A Bladar lo devoraron como si fuera una mosca, mientras que a Ortoth lo envenenaron, dejándolo morir por un progresivo adormecimiento de sus órganos. Todo el entrenamiento que les había dado Derren, todas las promesas de oro y de gloria, ahora se venían abajo.

Y el capitán, viendo el desastre de su defensa, tomó una decisión que, aunque empezó como cobardía, resultó siendo su mayor hazaña y sirviendo para el perdón de sus pecados. Derren ordenó a Alor bajar con los pocos guardias que le quedaban al valle; prácticamente huir. Él dio media vuelta a su caballo, presto a ir a Arsen. Allí podría pedir ayuda a Ángor para que fuera al valle y evitara la inminente derrota.

Así que dio media vuelta a su caballo y se apresuró cuesta abajo hacia el sur, casi ciego por la oscuridad nocturna. Logró evitar a las arañas que infectaban las estribaciones, y llegó a la planicie. Entonces azuzó a su caballo, furioso y con el sudor en la frente, hacia la ciudad. Pero los saurios voladores estaban atentos a cualquier presa en fuga. Ya habían atajado muchos mensajeros que iban a la ciudad, y ahora Derren era una presa fácil. Apenas vieron que el capitán salía cabalgando en dirección a Arsen, dos saurios alados y cabalgados por lo que parecía ser Hombres, bajaron en picada, prestos a matar.

Derren, inconsciente del peligro por la poca visibilidad, sintió que estaba a salvo a medida que se alejaba de la batalla. Pero entonces sintió un golpe brutal. Todo le pareció en cámara lenta, pues sólo vio el cielo lleno de estrellas, y el suelo herboso donde caía con extrema violencia. Sabía que algo había pasado, pero desconocía qué. Entonces intentó levantarse, pero sintió que su pierna derecha no le respondía. Temió haberla perdido, entonces se sentó y vio que la tenía. Sólo tenía un golpe. Entonces sintió que la pierna, poco a poco, empezaba a hormiguesear. Logró ponerse de pie, y entonces vio lo horrible del ataque: Su caballo había sido partido por la mitad por las filosas garras de los saurios. Él estaba empapado por la sangre del caballo, de la cabeza a los pies, pero no le importaba.



Juan Esteban Peláez

Sólo quería llegar a Arsen, ahora consciente del peligro y de su muy posible muerte. Así que empezó a correr por la planicie, invadido por el miedo.

Pronto, el temor y la adrenalina fue reemplazada por el cansancio. Sólo después de correr unos minutos, el cansancio empezó a abordarlo. Un dolor punzante empezó a invadirle el costado, y empezó a jadear para no caer presa del agotamiento. Pensó varias veces en detenerse, pero el miedo a los saurios voladores le impedía tirarse sobre la hierba y descansar. Cada vez jadeaba con más fuerza; pero sabía que todavía quedaba mucho que recorrer. Siguió estoicamente corriendo por la hierba tupida y a la luz de la Dama, sin detenerse en ningún momento. A veces aminoraba el paso para calmar la sed y el gran dolor que ahora tenía en su pecho, pero cuando recordaba que todo el Imperio del Fuego estaba en peligro, se sentía de nuevo reanimado y redoblaba el paso.

Pero Derren había calculado mal la distancia desde el Valle de Ahl hasta Arsen. A medida que corría parecía sentir la ciudad más distante, y aunque veía uno que otro sitio familiar, no medía bien dónde estaba. Incluso temió perderse varias veces en la oscuridad; pero cuando el sendero siseaba a sus pies se tranquilizaba. Mas hubo algo que le ayudó de sobremanera para no desviarse del camino: Después de media hora de correr, una tormenta eléctrica pareció emerger de la nada. Rayos fulminantes y sucesivos empezaron a romper el cielo a su espalda, iluminándole el paisaje de vez en cuando. Los rayos a veces se chocaban contra las mismas nubes que se arremolinaban sobre el valle, pero a veces parecían caer sobre el mismísimo valle. Derren bendecía los rayos por brindarle luz en la noche negra. Siguió corriendo, y aunque sus fuerzas empezaron a abandonarlo, siguió su carrera, pasado de vez en cuando bajo ramajes frondosos o subiendo alguna pequeña colina iluminada por los rayos.

Derren aseguró tiempo después que esa fue una de sus peores noches, quizás la peor, y seguramente la más desesperante y agotadora. Y su temor se incrementó cuando vio que la noche empezaba a menguar y que los soles empezaban a levantarse a su izquierda, tornando el cielo azul y el aire cálido. Derren había corrido durante seis horas, cubriendo una gran distancia. Pero pensó que se había demorado mucho y que quizás ya era muy tarde. ¿Qué haría Ángor cuándo lo viera? Y si la batalla estaba ya perdida, ¿cómo explicaría su presencia en la ciudad? Sería tildado como un traidor y colgado. ¿Qué haría?

Pero mientras todos estos pensamientos lo atormentaban, Derren corría sin cesar. Trotaba cuando ya se sentía desfallecer, pero no se detenía. Su garganta estaba seca, su corazón agitado y su cabeza palpitante, pero siguió exigiéndose al máximo hasta que vio la poderosa ciudad de Arsen erguida en la llanura, de torres ostentosas y murallas poderosas. Un campamento enorme se erguía a su alrededor, de carpas y estandartes grises. Muchos Hombres permanecían allí, y cuando se percataron de la presencia de Derren, intentaron detenerlo para preguntarle sobre la batalla; pero Derren sólo gritaba el nombre de Ángor.

141

-¡No puede estar hablando en serio! -exclamó Ángor después de escuchar el apresurado relato de Derren.

-Ángor, no podemos perder más tiempo, sólo créame -pidió el Hombre.



Juan Esteban Peláez

Ángor miraba a Derren con desprecio, pues en verdad no era de su agrado; pero algo en los ojos del cansado Hombre le incitaban a creerle. -¿Sabe qué me está pidiendo? -preguntó el Capitán de Trimíl.

-Le pido que ayude a los Jinetes Escarlatas en el valle -dijo el Hombre.

-No -increpó Ángor-. Me pide que olvide los planes de Arcalón y que deje la ciudad vacía. Si llegamos y es muy tarde, nunca lograremos volver a tiempo para defender Arsen -meneó la cabeza-. Es muy arriesgado -añadió.

-Lo sé, pero es la única posibilidad -aseguró Derren.

Ángor ya había escuchado a muchos de sus Hombres decir que deseaban ayudar en el valle, y quizás esto ayudó a la decisión del capitán. Ángor miró a Derren con actitud inquisidora, pero al ver que Derren parecía más desesperado que atemorizado, habló a uno de sus heraldos. -¿Los cóndores están listos? -preguntó.

-Están en los criaderos de la ciudad esperando la orden, señor -respondió el heraldo.

Ángor asintió y dijo: -Ordene a todos los Hombres que se armen de inmediato. Debemos llegar antes de mediodía al Valle de Ahl. Que no levanten las tiendas ni lleven comida; no hay tiempo.

El heraldo pareció alegrarse con la decisión, y asintió sonriendo. -¡Así se hará! -respondió animado, y se retiró.

Entonces Ángor miró a Derren. -Me voy a arriesgar, Derren, pues no me siento bien aquí sin saber qué pasa allá al frente. Pero si lo que dice no es verdad...

-Podrá colgarme -interrumpió Derren-. Igual, eso es lo que desea.

Ángor miró a Derren, pero no respondió a eso. -No hay vuelta atrás -aseguró.

-Si fallamos yo mismo me entregaré, pues no podría vivir con el peso en el corazón de que por mi culpa todo está perdido -dijo Derren.

Ángor nunca había escuchado hablar así al Hombre, y por lo mismo le tomó respeto.

Los soldados de Ángor parecían estar esperando esa orden, pues estuvieron listos y marchando en un tiempo increíblemente corto. Ángor, sin saber qué esperar, marchó entonces con cinco mil Hombres de capas blancas hacia el valle. Marchaban en hileras como ríos de plata bajo los soles, y algunos batidores limpiaban el camino. Pero Ángor decidió jugársela del todo, y envió a sus cóndores sin apoyo hacia Ahl. Los criaderos y puertos aéreos de la ciudad de Arsen quedaron vacíos, y cientos de arqueros montados emprendieron rápido vuelo, como una nube oscura, hacia la Montaña de Flamas, que se levantaba soberbia en el horizonte.

A medida que se acercaban a la batalla, los infantes de Velheid veían cómo las humaradas negras y densas emergían hacia el cielo azul y sin nubes, como si de repente la Montaña de Flamas hubiera despertado de un largo sueño. Pero hubo algo que alentó a los Hombres: Los gritos de una todavía encarnizada lucha, y la visión de una batalla en el cielo, librada por arqueros de penachos blanco sobre cóndores contra horribles Brujas sobre aves negras.

Entonces Ángor aceleró el paso, y sus tropas se esparcieron como una cuna plateada por toda la llanura. De vez en cuando veían uno que otro pequeño grupo de Hombres salir corriendo hacia la ciudad, huyendo desesperados y cansados de la batalla. Pero apenas Ángor y sus Hombres llegaron al campo de batalla se sorprendieron, pues vieron que, aunque parecía una empresa imposible, los Hombres de Falheid habían aguantado la batalla hasta el mediodía, librando una fiera y casi inhumana resistencia. Entre humaradas y cadáveres, algunos Hombres, jadeantes y exhaustos, todavía blandía espadas y hachas,



Juan Esteban Peláez

y gruñían y gritaban. Y también vieron que en los brazos de la Montaña de Flamas permanecían extendidos miles de cadáveres arácnidos lanzando vapores hediondos al aire cálido. Los soles cocinaban los cuerpos, y muchas patas velludas estaban sobre la hierba del valle, mutiladas y desprendidas de los exoesqueletos.

Y más sorprendente aún fue el ver que muy pocos fantasmas eran visibles a la luz del día. Sólo unos pequeños grupos de Espectros, ya casi transparentes, parecía correr bajo las sombras de las fértiles arboladas o por las faldas de la Montaña de Flamas. ¿Cómo era posible que los tres Jinetes Escarlatas hubieran resistido toda la noche?! Mas Ángor sabía que Arcalón tenía la respuesta, y la respuesta estaba al otro lado del campo de batalla, al norte.

142

Ahora bien, apenas Méladriel descendió de los brazos del volcán, los arácnidos tomaron toda la ladera de la Montaña de Flamas. Al mismo tiempo, Sergail tuvo que hacer sonar su cuerno para indicar la retirada, entre muertos y gritos adoloridos. En verdad fueron pocos los jinetes que lograron salir ilesos. Apenas lo hicieron, Sergail los llevó a las arboladas; pero allí parecieron sellar su destino, pues a medida que se internaban en las arboladas, sentían un frío glacial, un frío que indicaba que la muerte estaba próxima.

Arcalón, intentando todavía resistir hasta el amanecer, también sintió ese aire mortuario, y supo que la Shidraha había llegado al Valle de Ahl y que había traído consigo al grueso del ejército enemigo. Entonces miró hacia su derecha, hacia el volcán, y vio que miles de arácnidos descendían por los negruzcos riscos hacia el valle. Y el centro de los Hombres pareció colapsar. Pero Arcalón todavía parecía tener una confianza enigmática, pues no tocaba la retirada y no se movía de su puesto. El general, un poco asfixiado por el humo circundante, alcanzó a ver cómo Sergail retiraba sus caballeros del valle, mas no le pidió que volviera a la batalla, ni tampoco retenía a los Hombres que huían del valle hacia Arsen. Aunque Arcalón tenía confianza, en verdad no sabía qué sucedía más al norte, sólo lo especulaba y esperaba que todo sucediera tal y como él lo había planeado.

Bien, cuando las arañas empezaron a subir por los brazos de la Montaña de Flamas, ya tenían muchos ojos encima, ojos brillantes como piedras preciosas, escondidos tras las arboladas del norte. Estos ojos vieron cómo los arácnidos trepaban por los peñascos en un amontonado y trastabillante tropel. Y apenas el último arácnido subió por las escarpadas caras del volcán, dos siluetas salieron de las arboladas, acompañadas de algunas siluetas más pequeñas y de dos enigmáticos jinetes. Anduvieron hacia el norte y en un tiempo corto estuvieron en el puente norte del Río de Lava. Apenas llegaron vieron hileras tras hileras de enemigos cruzando por el puente empedrado como negros torrentes de inmundicia, hacia el valle, prestos a matar. Y vieron un destello amarillento cerca del puente que rompía la negrura de la noche; un destello maléfico que parecía entrar por los ojos y sumir las almas en una pesada e insoportable desdicha.

Entonces, con arrogancia e imponentia, las dos siluetas descendieron al puente, a la vista de los enemigos. Mas ninguno osaba acercársele al grupo que bajaba por la ladera calva hacia el puente. Muchos les gritaban injurias, pero ninguno se atrevía a atacarlos. Y apenas el grupo estuvo frente al puente, los enemigos que pasaban atropelladamente por



Juan Esteban Peláez

él se vieron obligados a detenerse, incluso a despejar el puente y devolverse tras sus deformadas huellas.

-¡Nadie pasará por acá si yo no permito! -gritó una de las dos grandes siluetas con voz severa, mientras sentía el frío viento de la noche.

Los enemigos la amenazaron y le mostraron sus oxidadas armas, pero esto de nada sirvió, pues la silueta, de vestido púrpura, tiara dorada y cetro de oro, ni siquiera se inmutó, como si en verdad los enemigos no existieran. Parecía más interesada en el brillo maligno que se acercaba rápidamente.

Y en verdad fue inmensa la sorpresa de ambas partes cuando la Shidraha por fin llegó al puente. A un lado del abismo estaban las dos Amatistas, acompañadas de una escolta de Hadas pequeñas y dos Hadas de talla alta (semejantes una Mujer promedio), montadas sobre unicornios. Estos unicornios eran blancos como la nieve, de crines y colas lustrosas, y más pequeños que los eoméricos y los emarotes, pero más ágiles, y sólo habitaban en el Reino de las Hadas.

Cuentan las historias que los unicornios fueron una stirpe salida de la raza nórdica de corceles emarotes, pero que no vivieron en las nieves perpetuas, sino que se desplazaron a los bosques e hicieron amistad con las Hadas. Sin embargo, casi nada se sabe de ellos, y sólo aparecen registros de ellos en esta batalla. Muchos Hombres por siglos creyeron que los unicornios eran seres fantásticos, pero todos los textos incluyen a los unicornios en este acontecimiento.

Del otro lado del puente, montando un corcel emarot gigantesco y gallardo, estaba la Portadora de la Shidraha, de rizos blondos como el oro, de ojos verdes como la hierba en verano, y de cuerpo menudo. Vestía un ostentoso manto rosa pastel sobre un mithril dorado. Parecía una joven de unos dieciséis o diecisiete años, pero provenía de edades antiguas, al igual que las Amatistas. Tenía la Shidraha en la punta de un cetro negro, y venía escoltada por varios enemigos que a los ojos de las Amatistas y de las Hadas eran Hombres.

Dicen las historias que fue tal la sorpresa, que por casi un minuto permanecieron en silencio desde los extremos del puente, mirándose fijamente a la luz trágica de la Estrella del Inframundo.

Finalmente, Bella fue quien habló. -¿Qué haces aquí? preguntó a la Portadora.

Y ésta respondió con tierna pero sonora voz: -Ayudo a Irgoliath a darle paz a estas almas atormentadas.

Pero Clara meneó la cabeza. -Estas que tú llamas almas atormentadas son almas buenas -dijo.

-¿Y por eso las Hadas las protegen? -preguntó la Portadora.

Y Clara asintió. -Y no las abandonaremos a la voluntad de Irgoliath -aseguró mientras dejaba ver su cetro de oro a la luz de la Shidraha.

La Portadora vaciló, pero entonces levantó la Shidraha lo más que pudo. Y casi de inmediato las Amatistas y las Hadas vieron un ejército completo de enemigos tras la Portadora, a la luz podrida de la joya. Eran miles y marchaban en silencio hacia el valle. -Es mejor que no intervengan, hermanas mías, pues pasaré este puente como sea -dijo la Portadora.

Entonces toda su escolta, unos doce, se apresuraron a cruzar el puente y desenvainaron sus espadas brillantes, produciendo un sonido metálico. Las espadas lanzaron destellos



Juan Esteban Peláez

pálidos a la luz de Sírel. Pero antes de que pudieran alcanzar a las Amatistas, las dos Hadas altas, de alas verdes y cabellos dorados, se apresuraron a defender a las Asparas, posándose sobre sus unicornios frente a los enemigos y blandiendo sus verdes espadas, que dejaban un haz de luz al ser movidas. Los enemigos dudaron y decidieron volver al lado de la Portadora, amedrentados por la luz verde de las espadas de las Hadas.

-¡Ya te dije que nadie pasará! -insistió Clara con voz seria.

La Portadora la miró sorprendida, pues pocas veces había visto tan decidida a Clara. -¿Por qué están tan empeñadas en defender a estas almas? -preguntó.

-Porque son buenas, Alana -respondió Bella.

Alana, la Portadora, permaneció un momento en silencio. -Sabes que no podemos hacernos daño entre hermanas, así que no me explico por qué estás del lado enemigo -dijo.

-Ustedes están del lado del enemigo. Irgoliath las ha engañado -aseguró Bella.

-¿A quiénes?

-A Hélix, a ti y a ella -respondió Clara mientras señalaba la Muralla de Volcanes, recortada en el cielo de estrellas rutilantes.

Alana miró la cordillera con asombro. -Feya jamás se dejaría engañar de nadie -aseguró Alana, que amaba más que nadie a Feya.

Pero Clara asintió. -Te propongo, mi hermosa hermana menor, que vayas y converses con el Corazón de los Volcanes. Amas a Feya más que a cualquier otro ser vivo, pues la consideras un ejemplo a seguir. Dependiendo de lo que hables con ella, toma un bando. Si nosotras estamos equivocadas, te ayudaremos a apaciguar a las almas buenas -aseguró. Alana dudaba cada vez más, pues para ella no había ser más importante que Feya. Miró a las Amatistas, con los ojos verdes y brillantes entrecerrados. Permanecía pensativa. Y miró a las Hadas, que parecían también muy decididas. -¿Están seguras? -preguntó.

Y Bella asintió.

-Feya no recibe visitas hace siglos -aseguró Alana. Entonces volvió a mirar a los volcanes lejanos de cráteres mellados.

-Ve y habla con ella. Hasta ese momento ten contigo la Shidraha. Si en verdad Irgoliath tiene razón, vuelve con esa famélica joya y arrasa toda la península. Si no, déjala y ven con nosotras -pidió Bella.

Nada de esto entendían los enemigos, pues esto lo hablaron las Apsaras en lenguas antiguas y casi olvidadas.

Alana suspiró sin quitar la mirada de la Muralla de Volcanes, y asintió. -Debo creer en mis hermanas más que en Irgoliath -dijo, y sin más, dio media vuelta a su caballo y se retiró del Valle de Ahl con la Shidraha, impidiendo que Pecaín tuviera los refuerzos que tanto deseaba.

Bien, Alana era la menor de las Apsaras y dominaba el sonido. Sus gritos eran poderosos y destructivos, y por lo mismo nunca los utilizó después de los acontecimientos de las edades jóvenes. Ella estaba muy apegada a su hermana mayor, a Feya, llamada por los Hombres El Corazón de los Volcanes. Feya no era la Apsara más antigua, pues una Apsara llamada Silena, la Apsara del Hierro, había sido la primera en nacer del vientre de la tierra. Mas Silena había sido la única Apsara que había perecido en las batallas de antaño. De esta manera, Feya había quedado como la mayor de las Apsaras.

El resto de Apsaras habían estado ocultas de los Hombres después de los sucesos de las primeras edades. Sólo la Apsara de los Bosques había intervenido en las guerras de los Hombres en la Era de las Luces. Ahora, en esta Nueva Era, el resto de Apsaras habíanse



Juan Esteban Peláez

involucrado en asuntos mortales; entre ellas Melina, Hélix, las dos Amatistas y ahora Alana; sin incluir al Corazón de los Volcanes.

Dicen las historias que después de mucho tiempo, Alana decidió volver a las mismísimas catacumbas de Yavín, donde estaba Irgoliath. También dicen que Irgoliath temió a la furia de Alana y decidió escabullirse entre las sombras de la Ciudad Endemoniada hasta el Necromurtur, su palacio. Alana tiró el cetro con la Shidraha en la puerta, y le gritó a Irgoliath con desprecio, y lo maldijo. Apenas Alana dejó la ciudad, Irgoliath le lanzó injurias y la odió, y juró asesinarla antes de que la guerra terminase por completo.

Cuando Alana dio media vuelta y se llevó a los refuerzos consigo, Pecaín, que no estaba lejos, enfureció y maldijo a las dos Amatistas. Y, llevado por un frenesí engendrado por el temor y la ira, lanzó a todas las tropas que le quedaban hacia el valle. Las dos Amatistas se percataron de esto y se apresuraron al Reino de las Hadas, no lejos de allí. Corrieron bajo la luz de la Dama y llegaron a los lindes de los bosques. Allí sus aliadas, las Hadas, ya las esperaban.

Aunque las Hadas en verdad preferían mantener los asuntos de los Hombres lejos de sus dominios, a nadie detestaban más que a Irgoliath. Dicen las historias que los Vampiros emergieron de Hadas deformadas por el Diablo. Además, las Hadas y las Amatistas se conocían de décadas atrás, y las Apsaras, impulsadas por un amor maternal, habían decidido ayudar a Falheid; y las Hadas no las dejarían solas.

Así se dio un golpe inesperado, incluso para el Demonio, que esperaba una victoria en el Valle de Ahl. Cuando la noche empezó a menguar; de los lindes salieron cientos de Hadas, de alas de todos los colores, y cotas de mallas doradas, plateadas, rojas, amarillas, verdes, rosadas, púrpuras y azules. Las de alta talla, semejantes a las Mujeres mortales, tenían coronas coloridas, y tenían espadas de hojas verdes luminiscentes. Esas Hadas montaban lustrosos unicornios, con jaeces de colores vivos, sin bridas ni sillars.

Pero el verdadero ejército de Hadas era casi invisible, pues las Hadas más pequeñas parecían más cigarras que guerreras. Eran del tamaño de las mariposas, y estaban armadas con cerbatanas y dardos envenenados. Y volaban y revoloteaban alrededor de las Hadas más grandes, meciéndoles los cabellos dorados y rojizos. Todas las Hadas tenían ojos verdes, azules o grises, y sus cabellos eran brillosos y claros: Rubios o rojizos en su mayoría, aunque las Hadas más antiguas tenían cabellos azulados.

Pero antes del amanecer, el otro as de Arcalón había impedido que los arácnidos descendieran del todo por la ladera del volcán, ayudando al escape de Méladriel, de Derren y de Alor. De las fisuras más cercanas al valle emergieron varios saurios que se apresuraron a devorar a los enormes insectos. Algunos lagartos eran tan poderosos que vomitaban fuego, como los dragones de otrora. Aunque no más grandes que un cocodrilo, estos reptiles eran muy decididos, y parecían tener un especial gusto por la carne de araña, pues los masticaron con deleite. Entre los saurios que emergieron de los socavones estaba Bélaron, el Dragonífero, quien había jurado ayudar a Arcalón en la lucha.

Bélaron había estado esperando oculto en las grietas del volcán por dos días, enseñando a sus animales para atacar. Méladriel no lo había visto, pero él sí la había visto descender por los riscos, entonces le ayudó a su escape sin que ella lo supiera. Para Bélaron era fácil



Juan Esteban Peláez

la espera, pues los reptiles tienen metabolismos lentos y suelen estallar con una violencia súbita cuando es el momento. Los arácnidos tuvieron que volver cuesta arriba; pero cuando estuvieron en la cima vieron en la oscuridad nocturna que ya cientos de coloridas Hadas sobre unicornios cabalgaban con valentía sobre la hierba, con sus espadas verdes en alto y sus alas bien extendidas.

Y como si no fuera suficiente, fueron las Apsaras las que dieron el golpe más fuerte. Ellas eran las que encabezaban el ataque proveniente de los bosques, y por lo mismo fueron ellas las que dieron a Pecaín el golpe fatal. Las nubes sobre ellas se arremolinaron, y mientras caminaban con desdén sobre la hierba hacia la batalla, levantaron sus cetros, que prácticamente era bobinas. Y cuando todo estuvo listo, las nubes respondieron a la llamada de las Apsaras, y un rayo cayó exactamente sobre el cetro de Clara. Y ella, mirando con desprecio a los enemigos, apuntó el cetro hacia una bandada de Nomos que se apresuraban a la batalla, encorvados y gruñendo. Y del cetro emergió el blanco rayo, directamente hacia el grupo negro. Todo después fue humo y dolor.

Segundos después cayó otro rayo, esta vez en el cetro dorado de Bella, y ella envió ese mismo rayo hacia otros Nomos que se habían aturdido con el primer ataque. También fueron fulminados. Y esto se repitió una y otra vez. Los Nomos y los Hombres que todavía luchaban a lo largo del valle se impresionaron al ver la súbita e inesperada tormenta de rayos. Pero cuando se supo que los rayos parecían sólo impactar a las tropas enemigas, los Hombres parecieron envalentonarse; y gritando y con la sangre hirviendo, volvieron a la batalla con bríos renovados, y mantuvieron los muros de escudos y lanzas.

Y Sergail decidió salir de las arboladas, ahora libres de Espectros, para embestir de nuevo la retaguardia del enemigo, que poco a poco desaparecía. Pecaín enviaba más y más tropas; pero muchas, amedrentadas por los rayos o ya invisibles por la lejanía de la joya, no le hacían caso y huían hacia cualquier dirección. Esos mismos rayos fueron los que Derren vio mientras corría hacia Arsen.

Arcalón sabía que las Amatistas ya estaban en el campo, acompañadas de las Hadas, y que los Espectros ahora desaparecían poco a poco. El general también sabía que Bélaron ya había dejado salir a sus bestias. No habría vuelta atrás.

Los saurios voladores habían escapado, y sus jinetes habían desaparecido, y algunas pocas Brujas todavía sobrevolaban los cielos, rodeadas de murciélagos. Aunque ahora estaban encerrados, los enemigos eran aún numerosos. Además, Pecaín no era un novato, y no cometería los mismos errores de Hellmer, su antecesor. Entonces él, que todavía no tenía todas las cartas sobre la mesa, lanzó su último ataque, apresurado, pues la Shidraha se alejaba; pero quizás todavía podía obtener la victoria, ahora tan escurridiza.

143

Grande fue la sorpresa cuando Sergail y sus caballeros se encontraron con las Hadas sobre unicornios en medio del campo de batalla. Sergail y sus Hombres quedaron en verdad encantados con la belleza de las Hadas, y las Hadas, que poco sabían de los Hombres, también los miraron con maravilla. Al principio las Hadas permanecieron escépticas y



Juan Esteban Peláez

tímidas, pero al ver cómo los Hombres blandían con furia sus espadas contra los Nomos, no dudaron y los ayudaron, pues las Hadas odiaban a los Nomos.

Y también fue grande la sorpresa cuando las Amatistas irrumpieron con paso galante en el valle, lanzando rayos a diestra y siniestra, e iluminando constantemente la noche moribunda. Ningún enemigo osaba acercárseles, y los pocos que lo intentaban recibían una súbita descarga.

Pero Pecaín, ahora colérico por la actitud de Alana y la interrupción de las Amatistas y las Hadas, lanzó tres enormes monstruos que había mantenido escondidos y encadenados, pues deseaba soltarlos en Arsen y no en el Valle de Ahl. Pero no tuvo más opción, y liberó a esas bestiales criaturas. Fue una horrible aparición en el aire nocturno, aun para las Amatistas, que incluso temieron por sus vidas.

Las tres enormes sombras aladas, recortadas en el cielo nocturno, parecían saurios, pero mucho más grandes y crueles. Eran más semejantes a los dragones de las historias pasadas, de enormes envergaduras y desplumados por completo, pues sus cuerpos eran escamosos como una coraza gruesa y casi intraspasable. Sus alas eran cartilaginosas, y sobre sus columnas tenían espinas que les daba un aspecto maligno. Sus fauces estaban repletas de largos dientes y sus ojos eran diamantinos.

Dicen las historias que estos dragones vivían en las cumbres yermas y heladas de las montañas de las Tierras Espectrales. Se alimentaban de carroña putrefacta y de criaturas como jabalíes y caballos; aunque los arácnidos, los Nomos y los Hombres hacían parte de su dieta. Mascaban la roca para que por medio de vapores estomacales pudieran tener hálitos ígneos, y afilaban sus garras contra los peñascos. Era muy difícil ver dos dragones juntos; pero Irgoliath, que era astuto para el mal, supo que dos machos y una hembra podían convivir. Así que el Demonio sumió a su voluntad a tres de estos dragones, y se los dio a Pecaín para que invadiera la península.

Pero Pecaín no se detuvo cuando liberó a los tres dragones, pues apenas lo hizo, tomó una corte de Nomos que todavía estaban con él y se dirigió iracundo hacia el norte para impedir que la Portadora de la Shidraha se alejara con sus amados y ahora tan necesarios refuerzos.

Los dragones emergieron de las arboladas septentrionales del valle, aleteando con furia y rompiendo los ramajes cercanos. Los monstruos rugían y miraban con ansias asesinas a los Hombres allá abajo, pues los odiaban casi de la misma manera que odiaban a los Enanos. Y cuando ya pudieron emprender vuelo, rondaron el valle en círculos, planeando sobre la mellada boca de la Montaña de Flamas.

Apenas vieron a los dragones negros, los enemigos volvieron a llenarse de seguridad, y arremetieron una vez más contra los Hombres. Pero la retaguardia y el flanco izquierdo del enemigo habían sido destrozados por Bélaron y las Hadas, y los Hombres de la Élite del Fuego habían resistido en las arboladas. Sólo la vanguardia del enemigo era fuerte.

Entonces, cuando el alba despuntaba el horizonte y la luz de los soles trepaba por la Montaña de Flamas, los dragones lanzaron su desgarrador ataque. Dos de ellos, los machos, extendieron sus alas membranosas y se abalanzaron sobre los Hombres del



Juan Esteban Peláez

medio. Y abrieron sus horribles fauces, y de ellas salieron alientos ígneos. Los Hombres que sufrieron el lamido de las llamas cayeron inertes, humeantes y carbonizados, y no fueron pocos.

Entonces los Nomos aprovecharon este flaqueo, y gritando y chillando, se abrieron paso con sus oxidadas cimitarras. Los Hombres no podían combatir a los dragones desde tierra, y por lo mismo se vieron en la dolorosa obligación de romper filas. Arcalón no había previsto tan espantosa jugada, y por lo mismo, no pudo hacer más que indicarle a su heraldo tocar la retirada. En ese momento Arcalón pensó que tenía la batalla perdida, y temió por la enorme responsabilidad que cargaba. En ese momento pensó en dejarlo todo, escapar y dejar la guerra; pero el sentimiento de responsabilidad lo retuvo, y justo a tiempo.

Entonces Arcalón detuvo el repliegue a tiempo, pues vio en el cielo que, bajo la creciente luz del día, llegaban como Ángeles cientos de cóndores montados por arqueros que relucían plateados bajo los soles. Eran los cóndores que Ángor había enviado precipitadamente.

-¿Cómo supo Ángor que lo necesitábamos? -se preguntó Arcalón, al mismo tiempo que su caballo Alazán se agitaba por los vapores levantados por el ígneo aliento de los dragones. El campo hedía a carne quemada y a metal derretido, y en algunos sitios el cálido aire era sofocante.

Cuando Lev vio la llegada de los cóndores, abortó la retirada e hizo lo que estaba a su alcance para agrupar los Hombres en retirada. -¡Firmes! ¡Firmes! -gritó una y otra vez, entre humaradas y quejidos, y sonidos metálicos y flechas silbantes. Algunos Hombres acataron la orden; pero muchos otros decidieron emprender la huida.

Así, los arqueros sobre cóndores se internaron violentamente en las nubes de murciélagos, y se apresuraron a atacar a las Brujas, desatando una furiosa batalla en los cielos brumosos del amanecer. Las nigrovelas odiaban a los cóndores, pero les temían y evitaban acercarse a ellos. Esto lo aprovecharon los Hombres, y se apresuraron a espantar a las horribles aves con flechas y venablos.

Además, los cóndores eran valerosos y orgullosos, y no temían acercarse a los dragones. Y por lo mismo, los Hombres lograron hostigar a los enormes y negros saurios con flechas. Pero casi todas estas flechas se rompían al impactar las corazas de los furiosos dragones; y no causaban daños severos.

Pero los Hombres no estaban solos, y rápidas se elevaron las Hadas más pequeñas, y se acercaron y atacaron los ojos y las fauces de los dragones con sus dardos. Los monstruos, desesperados por los dolorosos piquetes, abrían las fauces para intentar tragar algunas Hadas distraídas o poco ágiles; y tristemente más de una cayó entre esos dientes filosos. Pero los dragones no pudieron evitar este diminuto pero efectivo ataque. Así que, aleteando con furia y rompiendo las brumas doradas del alba, empezaron a emanar sus hálitos a diestra y siniestra, destrozando los riscos del volcán, y los verdes pastos del valle, y a los Hombres, y a los Nomos, y a todo el que se les cruzara en el camino, incluyendo cóndores y murciélagos. Los dragones agitaban con violencia sus alas cartilaginosas y llenas de dardos y flechas, disipando las nieblas de oro que empezaban a bajar hacia el valle; y gruñían con perversidad, y lanzaban zarpazos a los cóndores y a las Hadas. Pero nada de esto funcionó, pues fastidiados y malheridos, tuvieron que emprender vuelo hacia



Juan Esteban Peláez

la Muralla de Volcanes para intentar escapar del furioso contraataque. Y durante su retirada, masticaron murciélagos y nigrovelas, y Brujas que los escoltaban.

Al ver cómo los dragones huían del campo de batalla, los enemigos que aún eran visibles entraron en desespero. Describir la alegría de los Hombres al ver a los saurios huir es imposible. Y los enemigos iniciaron la retirada cuando unos exploradores vieron a Ángor y a Derren acercarse con las tropas que estaban apostadas en Arsen. Pecaín no fue quien tocó la retirada, y nadie pareció hacerlo. Los enemigos, cada vez más translucidos por la lejanía de la joya, simplemente supieron que los defensores los habían derrotado y humillado de nuevo, al igual que en el Castillo de Cristal. De no haber llegado Ángor y sus cóndores, los dragones hubieran hecho añicos a las tropas de Falheid; pero no fue así.

La batalla se extendió hasta los graneros, molinos y casas aledañas al Río de Lava, pero prácticamente terminó poco después de mediodía, cuando Derren y Ángor llegaron al Valle de Ahl. Y mientras algunos de los Hombres de Ángor se apresuraban a volver a la ciudad para traer provisiones, y otros se apresuraban a saludar y abrazar a los exhaustos soldados en el valle.

Arcalón, agotado y con el rostro negro por el hollín, cruzaba con sus guardias el valle, en medio de vítores, buscando a Méladriel a diestra y siniestra. Subió adolorido pero ansioso hasta la ladera del volcán, pero vio que allí no estaba. Entonces descendió y fue a la parte baja del valle, y allí la vio hablando con Bélaron.

Apenas la vio, Arcalón se apeó del Alazán y se apresuró a abrazarla. Su cansancio, su dolor y sus angustias desaparecieron por completo. La joven sólo vio al Ajedrecista cuando ya estuvo casi sobre ella. Entonces una felicidad inmensa la abordó, y sintió que su vida ahora era iluminada por la alegría. De sus ojos grises salieron brillos de infinita felicidad, y respondió al abrazo de Arcalón con fuerza. Se aferró al Hombre y no lo soltó por buen tiempo. Entonces supieron que ahora estarían juntos.

Poco después, Arcalón y Méladriel cruzaron todo el valle, en medio de halagos y cánticos triunfales, y llegaron a los lindes de los bosques septentrionales. Allí estaban las dos Amatistas, serenas como si en verdad nada hubiera pasado.

Arcalón se detuvo frente a las Amatistas, exhausto, pero infinitamente agradecido. Y sin decir palabra alguna, se hincó frente a las Apsaras. Bella se apenó y Clara sonrió agradecida. Méladriel también bajó la cabeza y se hincó con respeto a los pies de Clara. Y todos los Hombres que estaban cerca hicieron lo mismo, como si las dos Amatistas fueran las reinas de la península. Y los Hombres también se hincaron frente a las Hadas, que perplejas los miraban, pues no esperaban reverencia semejante de parte de los orgullosos Hombres de los imperios de Falheid y Velheid. Y muchos agradecieron a Bélaron.

-¡Traigan de Arsen todos los regalos dignos para las Hadas! -pidió Arcalón a los Hombres.
-No hay necesidad -dijo Bella.

Pero Arcalón, todavía hincado a los pies de las Apsaras, meneó la cabeza. -Déjanos agradecerle, aunque sea con regalos. Díganles a todos los habitantes de Arsen lo que aquí aconteció. Díganles que esta batalla es digna de canciones y sonetos. Y digan en cada casa que den un presente para un Hada; pues no nos iremos de aquí ni descansaremos



Juan Esteban Peláez

hasta que todas las Hadas tengan un regalo proveniente de los Hombres, así sea una muñeca de trapo.

Entonces un heraldo gritó: -¡Que los Ángeles y el Corazón de los Volcanes cuiden a las Amatistas y a las Hadas!

-¡Que así sea! -gritaron miles de voces provenientes de los Hombres que se habían aglomerado alrededor de las Apsaras.

-¡Y que vivan los Jinetes Escarlatas! -gritó Méladriel sonriente, mientras se levantaba y miraba a Arcalón, y lo tomaba del brazo.

-¡Que así sea!

Arcalón sonrió y miró a su alrededor. El valle era ahora un cementerio. Aunque se había alcanzado la victoria, las bajas habían sido cuantiosas. El Imperio del Fuego había pasado la peor noche desde su formación, y por lo mismo, todos los Hombres que estuvieron allí contaron la historia con orgullo, pero sin quitar la melancolía y la tristeza por el recuerdo de los amigos caídos. Y se hicieron canciones con los relatos de la batalla, y poemas que recordaron a los Hombres no talar los árboles del Reino de las Hadas, poemas que se conocieron generaciones después hasta que el mundo cambió.

144

Las humaradas y el hedor de los cadáveres permanecieron en el valle como una constante. Bajo la luz del atardecer, la hierba de Ahl parecía pintada con tinta roja, y abundaban los charcos negruzcos y escarlatas causados por los torrentes de sangre derramada. Después de la desorganizada retirada del enemigo, todo fue silencio, hasta que los Hombres reaccionaron; y entonces empezaron a cantar de alegría y a gritar: «¡Victoria!». Pero era una victoria agridulce, pues muchos habían perdido a sus amigos y compañeros. Muchos soldados no volverían a sus hogares.

Los tres generales se encontraron antes del anochecer, y cada uno había demostrado sus dotes. Aunque Arcalón no había blandido su espada en toda la noche, había demostrado ser un estratega brillante, quizás el mejor que había pisado el Nallhard. Lev, por otra parte, había demostrado su liderazgo en los momentos difíciles, logrando mantener sus tropas en el valle. Y Levanov, indudablemente había demostrado ser el Jinete Escarlata más valiente. Levanov había sufrido algunas heridas, pero todas fueron curadas, y dicen que más de cien Nomos cayeron bajo su espada. Mas ni Levanov supo cuántos enemigos cayeron por su espada, pues estaba sumergido en la adrenalina durante la batalla.

Sergail llegó poco después, con una venda ensangrentada en la cabeza, pero nada más. Méladriel, en cambio, había permanecido intacta, pues los saurios de Bélaron la habían protegido de las arañas. Pero quien parecía ser en verdad el héroe era Derren, que había salvado al imperio de una derrota segura.

En Arsen, bajo la dorada luz del estío, cientos de carretas repletas de muertos y heridos entraban por el portón principal, y muchas lágrimas eran derramadas. En verdad habían sido muchos los caídos, y aunque muchos se alegraban por la victoria, otros lloraban.

Todos los valientes caídos fueron honrados con piras y rezos. Y también fueron honradas las Hadas y los saurios de Bélaron que perecieron. Las Hadas recibieron los regalos de



Juan Esteban Peláez

los habitantes de Arsen, y, aunque tímidas, aceptaron la petición de los Jinetes Escarlatas de ir a las afueras de la ciudad para festejar la victoria, lejos de ese campo de muerte.

Así se hizo. Llegaron al campamento levantado por Ángor a las afueras de la ciudad, y muchos ciudadanos salieron de Arsen, alegres y muy agradecidos con las Hadas. Entonces las canciones alegres y las melodías de festejos sonaron toda la noche. Y hubo comida de sobra para todos, pues los dueños de los almacenes aceptaron donar todos los alimentos para los valientes que habían defendido el valle. Y muchos rieron entre las carpas, y bailaron, y comieron y bebieron. El festejo se prolongó durante toda la noche. Pero Arcalón cayó dormido casi inmediatamente llegó al campamento, pues no había dormido ya por dos días. Lev y Levanov aguantaron sólo unas horas, hasta caer presa del cansancio. Méladriel, en cambio, disfrutó el festejo con Bélaron y las Amatistas.

Al amanecer cálido, Derren fue convocado a la tienda de Arcalón. Ese encuentro no fue en verdad el ejemplo a seguir en una milicia, pero así ocurrió. Derren, adolorido por la resaca de las cervezas tomadas durante el festejo, llegó a la tienda del general. Allí estaba él, atacado en risotadas. A su lado, también carcajeada, estaba Méladriel. Era notorio que estaban embriagados.

-¡Derren, vamos, pase! -pidió Arcalón con los ojos entrecerrados. Ya se encontraba descansado, y había tomado unas cervezas para celebrar la victoria.

Derren asintió y entró.

Arcalón miró a Derren y sonrió. -Sin usted no hubiéramos ganado la batalla -aseguró mientras se llevaba un vaso de cerveza a la boca. Tomó un sorbo y le ofreció a Derren.

Éste se negó. -¿Para qué me necesitan? -preguntó un poco ofuscado.

Arcalón soltó una carcajada y dijo: -Ya no está bajo mi mando, pero quiero que sepa que olvidaré lo ocurrido anteriormente.

-¿Qué, señor? -preguntó Derren, intentando disimular sus acciones pasadas.

Pero Arcalón no le prestó atención a esta hipocresía. -Sólo sepa que olvidaré lo anterior -dijo sin más detalle.

Derren en verdad no sabía cómo actuar o qué sentir. De sentía descansado, incluso agradecido, pero a la vez se sentía colérico, pues odiaba a Arcalón con todas las fuerzas de su alma. Además, parecía sentir las llamas de los celos en su interior al ver a Méladriel al su lado, sonriente y muy contenta.

-¿Acaso no le gustó la noticia? -preguntó Arcalón, que tenía en verdad la lengua muy enredada a causa de los vapores del vino.

Derren sonrió fingidamente. -Estoy a gusto, señor -dijo con tono de obligación.

Pero Arcalón ni lo notó. -Las Amatistas y las Hadas nos invitaron a celebrar con ellas al Reino de los Bosques. Y Clara me pidió que lo invitara. Iremos pocos, y usted será uno de los pocos que tendrá el honor de conocer el Reino Escondido -dijo el general mientras abrazaba a Méladriel, que estaba recostada en su hombro izquierdo.

Derren sintió de nuevo la furia de los celos, pero no hizo más que suspirar para calmarse.

-Será un placer ir con ustedes al Reino de las Hadas -respondió despóticamente.

-Veo que no está de muy buen humor; pero lo ignoraré. Ahora vaya a festejar -pidió Arcalón finalmente.

Derren asintió y salió de la tienda, con el rostro rojo de la furia y los puños crispados. Estaba en verdad iracundo.

Poco después, entre festejos y canciones de juglares, Derren se encontró con su amigo Alor. Grato en verdad fue el reencuentro. Y casi de inmediato se sentaron para hablar. Y



Juan Esteban Peláez

ambos se preguntaron qué había pasado con el segundo Rey Espectro, pero ni siquiera las Amatistas lo sabían.

Cuenta las historias que Alana, la Portadora de la Shidraha, fue alcanzada por Pecaín en el poblado de Kush. Pecaín, colérico por la inexplicable traición de Alana, le exigió que le diera la Shidraha. Pero Alana no recibía órdenes de nadie, ni siquiera del propio Irgoliath, pues Alana hacía favores, no acataba mandatos. Así que Alana lo miró, sorprendida y furiosa.

Pero Pecaín, hundido en un mar de incertidumbres y desesperos por la derrota creciente, desafió a la Apsara. Se apeó de su caballo, negro como las piedras volcánicas, y desenfundó su pálida espada. Alana, sorprendida por la acción de Pecaín, pidió al general que se retirara, pero al ver el desespero de Pecaín por la joya y su agresiva reacción, lo mató. Así fue el fin de Pecaín, sucesor de Hellmer y segundo títere de Irgoliath.

Después de ese acontecimiento, Alana desapareció por un buen tiempo. Se cree que la Apsara fue a visitar al Corazón de los Volcanes, tal y como las Amatistas se lo habían pedido. Durante esta ausencia, Irgoliath mandó miles de espías para encontrar a la Apsara y a su amada Shidraha. Pero sólo supo de ella cuando, furiosa, llegó a las mismísimas puertas de Yavín, la capital de Gorthgath.

Las puertas negras se abrieron, iluminadas por teas mortecinas; y Alana, con llamas verdes en sus ojos y montada sobre un corcel blanco, cabalgó a toda velocidad hasta posarse frente al Necromurtur, el Palacio de Irgoliath. Allí, a la vista del espíritu, Alana le gritó y lo maldijo, y botó el cetro con la Shidraha al umbral del portón. Alana le ordenó que saliera y le diera frente. Pero Irgoliath sabía que no tenía tanta fuerza como para retarla. Un solo grito de Alana podría destruir toda la ciudad.

Así que, mientras Alana esperaba airada en la puerta del Necromurtur, a la vista de miles de Nomos, Irgoliath no pudo hacer más que temblar de miedo y agazaparse en el foso más profundo de su palacio. Pero tampoco mandó secuaces para que la atacaran, pues sabía que ni los Yúcidas podían lidiar con una Apsara enfurecida. Irgoliath no deseaba provocarla.

Así que la furia de Alana mermó con el tiempo, y decidió abandonar la ciudad, arrogante y orgullosa. Y los habitantes de la ciudad no pudieron hacer más que ver cómo la majestuosa hermosura salía con desdén por la puerta principal de Yavín. Dicen que durante el reinado negro de Irgoliath, sólo Alana entró y salió por la puerta de Yavín intacta.

145

Nunca antes había visto Hombre alguno tan hermoso país, y ni siquiera las majestuosas ciudades de más allá del Mar de las Deidades podían igualarlo. Pero para llegar a tal país la pequeña y exclusiva compañía debía pasar por el nefasto Valle de Ahl, repleto de carroñeros que se ensañaban con los cadáveres de la reciente batalla. Los cuervos y los



Juan Esteban Peláez

buitres surcaban el cielo de blancas nubes, y algunos zorros y chacales salían de sus madrigueras tímidamente para roer los huesos.

La compañía constaba de las dos Amatistas, dos Hadas llamadas Shadar y Haldarel, Arcalón, Méladriel, Ángor, Sergail, Derren, Alor, Lev, Bélaron y Levanov; los personajes más sobresalientes en los acontecimientos recientes. Sólo ellos habían sido invitados al Reino de las Hadas, escondido por los bosques al norte de la Montaña de Flamas, más allá del Río de Lava.

Apenas estuvieron a los lindes del bosque, todos sintieron el aire más fresco y lleno de dulces aromas, producidos por rosales y durazneros. No había sendero que siseara en los verdes pastos de los lindes, pero las Hadas conocían bien sus tierras, y, sin dudarlo, se internaron en el bosque, llevando a sus unicornios por caminos invisibles para los Hombres.

A medida que andaban por entre los ramajes y los troncos, los mirtos y helechos parecían brotar con más ánimos, y los pastos parecían tornarse más fértiles y brillantes. Los ramajes empezaban a abrirse con más color, y los arbustos pequeños y floreados tornábanse más frondosos. El aire era sereno, y de vez en cuando se podía ver algún ciervo moteado o algún conejo entre las frondas.

Y antes del anochecer, la compañía vio que un camino se abría, bordeado de abetos pequeños. Los abetos erguían en una hilera verde semejante una barandilla arbórea a los bordes del camino. Tomaron el camino y no se detuvieron ni siquiera en la oscura noche, pues parecía ser que el aire dulce de tal país reanimaba a los viajeros y no permitía que el cansancio o el hambre los abordara.

En la oscuridad vieron muchas luciérnagas rutilantes entre la hierba; pero también vieron otras luces de colores variados: Verde y azul, y dorado y rosado, y púrpura y blanco. Haldarel, el Hada de alas azules, les aclaró que eran Hadas más pequeñas que rutilaban como luces fantasiosas, pues eran las encargadas de mantener el camino en perfectas condiciones. Sólo hasta ese momento Derren y los demás notaron que ahora andaban sobre un sendero de flores de todos los colores, semejante a un tapete aromático.

De vez en cuando escuchaban búhos ulular entre las ramas, y mirándolos pasar con solemne paciencia. También se escuchaba el susurro de algún pequeño arroyuelo que serpenteaba entre la alta hierba. En verdad era un mundo distinto, lejos de toda maldad y de toda corrupción. Y no se equivocaban, pues era un reino desconocido por las criaturas malvadas (incluyendo a los Hombres). En el Reino de las Hadas poco se conocían la maldad, la codicia, la envidia, la ambición, el odio, el rencor, o alguno de los sentimientos que a menudo trastornan a los Hombres.

Y cuando el alba empezó a bañar las copas de los verdes árboles, la compañía vio por fin la capital del reino oculto, sin nombre en la lengua de los Hombres, pues la ignoraban por completo, y por lo mismo sólo se refieren a ella como la Ciudad de las Hadas. Esta ciudad estaba en el corazón de los bosques y no tenía caminos fáciles de encontrar, por lo que era casi imposible llegar allí sin ayuda.



Juan Esteban Peláez

Alrededor de la espléndida ciudad había cientos de manantiales circulares, como pilas enormes de fuentes subterráneas. El agua en esos manantiales era tan clara que se podían ver las piedras del fondo, aunque eran profundos. Y nadaban allí muchos peces, en su mayoría danzarinas doradas y peces moneda.

Los manantiales bordeaban la majestuosa ciudad, que en su mayoría eran árboles bien trabajados, repletos de terrazas de barandillas labradas, y balcones semicirculares que eran sostenidos por los poderosos brazos de los cedros y robles. Todo estaba iluminado con lámparas azuladas, extrañas para los viajeros. Estas lámparas pendían de los ramajes o se erguían en soportes de madera, o se empotraban en los troncos enormes. Parecía que los enormes árboles tuvieran incrustaciones de zafiros que flameaban contra la madera y relucían en los manantiales cristalinos.

Y en medio de los enormes árboles había un palacio blanco como la nieve. El palacio tenía techos de cúpula, y las ventanas tenían marcos conopiales de oro. Cuatro minaretes se erguían a cada extremo del palacio, no más altos que los árboles del rededor.

Tal aparición hizo que los viajeros quedaran sin aliento. Pero lo que más extrañeza les causó fue ver el enorme portón de más de siete metros de altura.

-¿Para qué las Hadas necesitan un palacio de tan vastas proporciones, si la gran mayoría de ellas viven en casas diminutas? -preguntó Derren.

Entonces Shadar, el Hada de alas grises, sonrió. -No es un Hada la que vive en ese palacio -aseguró mientras miraba a Derren con detenimiento. Por algún motivo, Shadar había encariñado con Derren.

-¿Entonces? -preguntó el Hombre.

-Ya lo verás -aseguró Shadar mientras agitaba sus alas con ternura, lanzando un sutil viento a su alrededor. Esa era una forma de las Hadas para demostrar su ánimo y su alegría; pero sólo Méladiel y las Amatistas sabían eso.

Anduvieron hacia el palacio blanco, de paredes con relieves y ventanales limpios y enormes. Un manto de bruma dorada coronaba el palacio y abrazaba las puntas de los minaretes. Y cuando estuvieron frente a la puerta blanca con tribales dorados, Clara hizo una señal para que todos se detuvieran, y se apeó del caballo blanco. Shadar y Haldarel también se bajaron de sus mansos unicornios y se posaron al lado de la Apsara.

-¡Hemos llegado los viajeros que provienen de más allá de los lindes, Torlad, Amo de los Bosques y Señor de las Hadas! -exclamó Clara.

-¡Esperamos que decidas admitir a las «Almas Buenas»! -añadió Shadar con las alas bien extendidas y su malla grisácea refulgente bajo los soles.

Hubo un silencio expectante, al mismo tiempo que cientos de diminutas Hadas volaban alrededor de la compañía, curiosas y soltando risas nerviosas, pues la gran mayoría de ellas nunca había visto un Humano.

-Señor Torlad, habla Sildaéral, Apsara de la Amatista, Dueña de los Rayos y las Tempestades -dijo Clara.

Entonces las puertas se abrieron, y de ellas salió un ser que ningún Hombre viviente había visto antes. Por lo mismo, su origen es desconocido. Sin embargo, se cree que perteneció a la raza de los Gigantes de las Montañas que dominaron la Cordillera de Nínilver y la Cordillera Coronada. Mas este Gigante era único en su especie: No poseía cabello ni barba, sus ojos eran azules como el cielo, era de talla enorme, pero no era robusto, tenía quijada delgada y una sonrisa profunda en sus labios, como si siempre estuviera feliz. Sus



Juan Esteban Peláez

ojos mostraban una inocencia infantil, y su expresión bonachona parecía impregnar de alegría y tranquilidad a quien lo veía.

Apenas el Gigante salió, vestido con enredaderas delgadas y bien trenzadas, Shadar y Haldarel se hincaron, al igual que Clara. Y Bella, bajando la cabeza, le indicó al resto que hicieran lo mismo.

-¡Sildaéral! -exclamó el Gigante con voz lenta, incluso torpe. Parecía ser que no era muy elocuente.

Clara sonrió y se apresuró a abrazar al Gigante. Aunque ella era de talla alta, sólo llegaba hasta su abdomen. -Me alegra verte, Torlad -aseguró la Apsara.

-A mí también -respondió el lento Gigante mientras con suavidad acariciaba la espalda de la deidad.

Bella se apeó del caballo y se apresuró a saludar a Torlad.

-¡Aldaéral! -dijo el Gigante con una sonrisa sincera, irradiando felicidad.

Bella abrazó al Gigante. -Torlad, te presento a las «Almas Buenas» -dijo la Apsara mientras presentaba a cada uno.

Torlad, aunque era un rey poderoso, y aunque podía aplastar a cualquiera de la compañía con su fuerza, parecía muy humilde y poco agresivo. Apenas le presentaron a cada uno de la compañía, les sonrió y les voleó torpemente la mano, imitando el saludo de los Hombres. Y, aunque lento, el Gigante se aprendió el nombre de cada uno de sus visitantes.

-Los invito a pasar a mi... casa -dijo lentamente-. Serán bienvenidos al Reino de las Hadas, pues los... amigos de las Amatistas son... amigos -respondió.

-Nos sentimos profundamente honrados, Señor de las Hadas -aseguró Arcalón, que había sido seleccionado como el vocero de la compañía.

El Gigante sonrió y los hizo pasar al palacio.

El interior de la blanca mansión era hermoso. Tenía enormes lámparas colgantes, refulgentes y azules, y mesillas y sofás hechos de madera y con suaves cojines, y objetos extraños que no tenían nombre en la lengua de los Hombres. Pero en el palacio había muchas casas de muñecas, si se les podía llamar así, y diminutas maquetas que semejaban villas para las Hadas más pequeñas. Algunas de las maquetas parecían verdaderas ciudades y estaban llenas de vida. Había allí recintos repletos de Hadas, y salones de celebraciones, y teatros y salas de música.

-Me alegra tener visitas -dijo Torlad. La frase fue tan inocente, que causó mucha gracia entre algunos de la compañía, como Sergail y Derren; pero todos aguantaron las ganas de carcajearse.

-Es un placer estar aquí -aseguró Méladriel, que estaba conmovida por la gran pureza del Gigante.

Torlad sonrió, alegre por las profundas palabras de Méladriel. -¿Eres una hembra entre los Humanos? -preguntó, de nuevo con ese tono inocente que tanto fascinaba a Méladriel. La joven, sonriente, asintió. -Soy una Mujer, y ellos son Hombres -le explicó.

Torlad, acurrucado para escuchar mejor a Méladriel, miraba a Arcalón y a Ángor, que también lo miraban con detenimiento. -¿Hombres? -preguntó el Gigante.

Y Méladriel asintió.

-De ellos tener muchas noticias nuestro reino. Pero no todas las noticias...buenas -dijo el Gigante, como si la palabra «buenas» se le hubiera olvidado por un momento.

-No todos los Hombres son bueno -aseguró Méladriel.

Entonces Torlad miró los ojos grises de Méladriel. -¿Y las Mujeres? -preguntó.

Méladriel sonrió, pero negó con la cabeza. -No todas las Mujeres son buenas -aseguró.



Juan Esteban Peláez

-¿Y tú? ¿Eres buena?

-Deberás juzgarlo tú.

El Gigante miró a Méladriel por unos momentos, examinando esos grises ojos, relucientes en la faz de porcelana. —Creo que eres buena -dijo dulcemente.

Méladriel soltó entonces una tierna expresión de su rostro. —Gracias -dijo.

-¿Y esos Hombres son buenos? -preguntó Torlad.

Méladriel miró a los Hombres y asintió. —Ellos son buenos -dijo, mas no se fiaba de algunos que se encontraban en la compañía, y tenía razón en desconfiar.

146

Después de una grata bienvenida, los viajeros subieron a los aposentos más altos del palacio. Allí se bañaron con agua caliente y se acostaron en camas de enormes magnitudes, pues no estaban diseñadas para ellos. Hasta cuatro Hombres podían dormir extendidos en una de esas camas. Mas cada uno durmió en una cama independiente, y durmieron plácidamente, derrumbados por el cansancio causado por el viaje.

Mientras los extranjeros dormían, Torlad, que parecía más un niño que un Gigante, preparaba con las Hadas una celebración para homenajear la victoria que las Amatistas. Torlad no podía odiar a nadie, pero no deseaba tener visitas por parte del espíritu Irgoliath, pues no era bien recibido por sus amigas las Apsaras.

Torlad preparó todo para el festejo, mas dejó dormir a los viajeros hasta bien entrada la noche. En verdad quería lo mejor para ellos, y por lo mismo, había pedido a las Hadas que los atendieran de la mejor forma. Pero la verdadera sorpresa que Torlad tenía para los visitantes era Yíldarel, su Hada más amada, y la Flauta de las Flores, que cuando era tocada por una mano diestra hacía crecer flores con pétalos de plata y oro, de invaluable valor. Los pétalos delgados de los metales preciosos se sostenían en tallos que germinaban en cualquier parte de la tierra, dependiendo de la melodía.

Y cuando los viajeros despertaron fueron llevados por Hadas diminutas hasta los jardines a las afueras del palacio. Allí ya había varias hogueras encendidas, pero eran de fuegos azules que producían poco calor. Eran fuegos mágicos, inentendibles para los Hombres. Apenas estuvieron todos afuera, Shadar, con una sonrisa sincera en sus labios rosados y sus alas grises plegadas, se apresuró a llevarlos a los patios más amplios, en la parte posterior del palacio.

Allí estaba Torlad sentado tras una enorme hoguera azul. Estaba nervioso, pues deseaba que todo fuera perfecto para sus invitados. A su alrededor había cientos de Hadas, que apenas vieron llegar a los viajeros se apresuraron a rodearlos y lanzarles sobre las cabezas y los hombros polvos de oro.

-¿Qué sucede? -preguntó Arcalón.

-Es hora de festejar la victoria, Arcalón de Metys -respondió el Gigante animado. Entonces aplaudió y algunas Hadas altas empezaron a tocar hermosas melodías, alegres y festivas. Torlad empezó a aplaudir entonces, siguiendo el compás de la melodía. Y a él se le unió Arcalón, que de repente había estallado de alegría y se había posado sonriente



Juan Esteban Peláez

cerca del Gigante. Y Ángor y Sergail también aplaudieron y se apresuraron a posarse cerca de la hoguera.

Y Háldarel, quizás el Hada más hermosa después de Yíldarel, se apresuró a Levanov y le pidió que la acompañara. Háldarel, de rostro fino, alas azules y coronada con flores, llevó al general cerca del fuego azul, y se puso a danzar con él. Levanov era un poco torpe para la danza, pero disfrutó como nunca lo había hecho, hechizado por los ojos verdes y la sonrisa blanca y hermosa del Hada.

Alor fue rodeado por muchas Hadas pequeñas, que sonreían y le cantaban con solemnes voces al oído y lo llenaban de polvos dorados. Sucedió lo mismo con Bélaron, que, con expresión bonachona, se apresuró a tararear las canciones de las Hadas, intentando seguirlas.

Y a Derren lo invitó a bailar Shadar. Derren, que al principio parecía reacio al festejo, se dejó llenar de la alegría que allí se irradiaba, y sucumbió a la hermosa sonrisa y a las gráciles facciones de Shadar, que era en verdad bella bajo la luz de las estrellas. Derren y Shadar no detuvieron su baile por buen tiempo, y permanecieron juntos, riendo y festejando. En verdad estaban muy felices.

A eso de las dos de la mañana, Torlad se levantó y pidió que la música cesara por un momento. Entonces habló. –Nuestros visitantes tienen... almas buenas, y por lo mismo, les voy a... pedir que conozcan a Yíldarel, el Hada más antigua de estos bosques -dijo lentamente mientras tomaba una pequeña casita de mármol. Abrió trabajosamente la puertecilla, pues sus dedos eran muy grandes para tomar la perilla de plata. Cuando logró abrirla dejó al descubierto un Hada.

La hermosura de Yíldarel opacaba la belleza de todas las Hadas, mas eso no importaba, pues a diferencia de las Mujeres, las Hadas no envidiaban la belleza ajena. Yíldarel era un Hada pequeña, de alas verdes como las hojas bajo la primavera; de tez fina y clara; de cabellos rojizos como el fuego; y de ojos grises que a menudo se confundían con un azul celeste (semejantes a los ojos de Méladriel). Vestía sedas verdes y tenía una corona de florecillas blancas.

Yíldarel no hablaba la lengua de los Hombres, pero con sólo su sonrisa cautivó a los visitantes. Entonces tomó pequeñas bolitas de hierro que tenía en su casita, voló y las puso al frente de cada uno de los viajeros. Entonces se acercó a Méladriel y besó la pequeña esfera de hierro que le había puesto cerca. En ese momento Méladriel vio lo que parecía imposible: La esfera se tornaba verde en vez de gris, hasta volverse una esmeralda redonda y maciza. La joven miraba atónita, con sus ojos grises bien abiertos y la respiración interrumpida. Entonces Yíldarel besó cada una de las esferas de hierro, y todas se volvieron esmeraldas.

-Un regalo de mi querida Yíldarel -aseguró Torlad.

Derren, impactado por lo que había sucedido, preguntó: -¿Cómo lo hizo?

-Todo lo que Yíldarel besa se convierte en... esmeralda... o en zafiro -aseguró el Gigante con voz bonachona.

-Y como las Hadas saben que estas piedras tienen mucho valor para los Hombres, Yíldarel ha decidido regalarles esas esmeraldas -añadió Bella.



Juan Esteban Peláez

-Con esto podríamos comprar varios caballos -aseguró Derren, que de repente sintió crecer en su interior una codicia extrema. Pero no era el único, pues todos los Hombres estaban impactados con los poderes de Yíldarel.

-Y eso no es todo -aseguró el Gigante, que sacó de un estuche de madera tallada una flauta aparentemente rústica. Se la pasó a un Hada que estaba cerca, y cuando ella empezó a entonar una hermosa y dulce melodía, de la hierba alrededor del fuego empezaron a brotar flores de pétalos de oro y plata, relucientes bajo la llama azul. Esto dejó todavía más estupefactos a los viajeros. Dos flores crecieron a los pies de cada uno, una de oro y una de plata.

-Este es el otro regalo que Toldar decidió darles -aseguró Clara.

-¿Es verdad? -preguntó Arcalón, que simplemente no podía creer tal hospitalidad por parte de un desconocido.

-Es verdad Arcalón -respondió Bella-. Toldar es un muy buen anfitrión y confía mucho en ustedes, al igual que nosotras. Por eso hace todo lo que hace -añadió mientras unas Hadas pequeñas le mecían el cabello rizado y castaño.

Arcalón recogió las flores preciosas y se posó frente a Toldar. Sacó un pañuelo de seda blanca que tenía bordado un dragón rojizo en la mitad, y se hincó frente al Gigante, olvidando su orgullo, y se lo brindó con la cabeza abajo. -Sé que no podemos ofrecerte ni oro ni plata, pues aquí ambos abundan, pero te pedimos que aceptes este paño de seda como señal de agradecimiento por tu gratitud -pidió Arcalón encarecidamente. El Ajedrecista en verdad se sentía apenado por tal trato, y por eso hablaba con tanta solemnidad.

El Gigante sonrió asintió.

Entonces Méladriel se dirigió hacia Toldar, y también hincándose, le brindó un frasco de fragancia de durazno. -También acepta esto, Señor de las Hadas. Es un regalo proveniente de los lejanos Desiertos de Jerlán -pidió la joven.

Toldar volvió a sonreír y asintió. -Será un honor -dijo, y dirigiéndose a las Hadas, añadió torpe y lentamente: -De ahora en adelante estas serán las pertenencias más preciadas en el Reino de las Hadas, esta fragancia y este pañuelo. Serán mi tesoro, y serán tan preciadas como la Flauta de las Flores.

Dicho esto, las melodías festivas volvieron a entonarse en el bosque. Y las Hadas hicieron un círculo alrededor del fuego azul, cantando y bailando, y saltando y riendo. Entonces una de las Hadas llevó a Méladriel al círculo. Y Méladriel saltó y bailó con ellas, sonriendo y mirando de vez en cuando a Arcalón. Arcalón le devolvía la mirada, pero hablaba con Torlad sobre todo un poco. El Gigante era en verdad curioso, y le preguntaba a Arcalón y a Sergail sobre el mundo allá afuera. Mas el Gigante también era prudente, y poco dijo sobre su origen.

Pero había una persona que, aunque alegre por tan buena compañía, sólo pensaba en la esmeralda y en las flores de oro y plata. Aunque Derren estaba muy alegre con Shadar a su lado, parecía muy interesado en Yíldarel y en la Flauta de las Flores. Le preguntaba al Hada constante pero disimuladamente. Shadar, que era inocente, respondía sin vacilar, pues no desconfiaba de Derren. Así, Derren supo dónde Torlad escondía al Hada y a la Flauta, y supo que nadie la protegía, pues no había necesidad de protección en ese reino.

Las Hadas eran buenas por naturaleza, además de confiadas. Sólo odiaban a los Nomos porque ellos talaban y quemaban árboles. Aunque los Hombres también talaban, no los



Juan Esteban Peláez

odiaban porque, según las historias antiguas, habían sido protegidos tiempo atrás por Ángeles, y todas las Hadas amaban a los Ángeles por encima del resto de seres.

147

La mañana llegó clara. Las brumas grises empezaron a disiparse cuando los soles empezaron a tomar altura, y los fuegos azules del bello país empezaron a menguar hasta extinguirse por completo. En verdad había sido una noche inolvidable, y ninguno pudo borrar los hermosos momentos; pero todo estaba por cambiar.

Derren le había pedido a Shadar que se quedara con él, y el Hada aceptó. Caminaron bajo el creciente calor del día por lindes hermosos, caminos floreados y árboles que parecían torres vivientes. De vez en cuando se topaban con algún Hada pequeña y la saludaban sin dudar. También se encontraban algunos animales pequeños, como ardillas y liebres, y Shadar, con gran dulzura, los acariciaba sin espantarlos.

-Yíldarel es un Hada hermosa y muy poderosa -aseguró Derren mientras miraba las copas arbóreas, verdes y doradas.

-Es verdad -dijo Shadar con su suave voz-. Por eso son ustedes los primeros extranjeros en conocerla -añadió.

Derren sonrió y siguió caminando por los frondosos árboles. Calló un momento, sumido en sus pensamientos, y dijo mirando al suelo: -Me gustaría volver a verla.

Shadar miró a Derren, sorprendida, pero sonrió y asintió. -Eso se puede conceder -aseguró el Hada, que en verdad deseaba la felicidad de Derren.

El Hombre la miró y un destello blanco pasó por sus ojos. -¿Es en serio? -preguntó.

Y Shadar asintió.

-¿Y cuándo?

-Si lo deseas ahora mismo -respondió el Hada-. Torlad todavía está en los jardines del palacio. Podemos, si quieres, pedirle permiso para que nos permita ver a Yíldarel.

Derren dudó, pues temió una negativa del Gigante; pero decidió aceptar.

Anduvieron por los caminos de flores y pasaron los manantiales, hasta estar de nuevo en los jardines. Allí estaba Torlad, rodeado de pequeñas Hadas que le preguntaban en lenguas extrañas y sin cesar sobre los Hombres. Mas Derren se detuvo al ver que Méladriel todavía estaba allí, al lado del Gigante, sonriente y amable.

-¿Suced algo? -preguntó Shadar.

-¿No hay forma de entrar sin molestar a Torlad? Lo veo muy ocupado y no quiero interrumpirlo -respondió el Hombre.

Shadar dudó por un momento. -No creo que lo interrumpamos -dijo.

Entonces Derren miró a Méladriel y se apresuró a decir: -Quizás a Torlad no, pero sí a Méladriel. Las Mujeres Humanas son en verdad extrañas, y no les gusta que se les acerque alguien cuando están tan sonrientes.

Shadar miró a Méladriel y abrió los ojos, extrañada. -¿Estás seguro? Méladriel siempre ha estado sonriente, y no ha dicho nada cuando la he interrumpido y se está riendo -aseguró el Hada.

-Las Mujeres no dicen nada, pero igual se incomodan -aseguró Derren.

Entonces, inocente, Shadar se sintió apenada, pues pensó entonces que había molestado a Méladriel muchas veces. -Debo pedirle disculpas -aseguró el Hada.



Juan Esteban Peláez

Derren asintió, pero detuvo a Shadar. –Hazlo, pero después. Por ahora sólo dime si podemos ver a Yíldarel en este momento.

Shadar se sentía en verdad extraña, pues por un lado deseaba concederle los deseos a Derren, pero por otra parte sabía que no estaba autorizada para ver a Yíldarel sin el permiso de Toldar.

Derren diose cuenta de esto, y dijo: -Torlad dijo que nos atendieran lo mejor que pudieran, y que nos mantuvieran felices. Así que no creo que se moleste.

Shadar sonrió y asintió. –Tienes razón Derren -dijo el Hada de alas grises. Entonces llevó a Derren al interior del palacio. Subieron unas escaleras blancas y llegaron a un gran salón de puerta roja y de grabados dorados. La puerta, aunque enorme, no tenía cerrojos. Ambos entraron y vieron cientos de repisas repletas de figuras de esmeraldas, y cientos de arreglos con las flores de oro y plata. Caminaron por entre las repisas y llegaron a una mesa muy alta, tanto, que Derren y Shadar debían empinarse para ver la superficie. Sobre la mesa estaba la casita de Yíldarel, de paredes blancas y techo de tejas rojizas.

-¿Allí está? -preguntó Derren mientras, trabajosamente, miraba la casita de mármol.

Shadar asintió y voló para subirse a la mesa. Derren también subió. Entonces el Hada tocó la puerta y dijo algo en un lenguaje inentendible para Derren. Momentos después salió la hermosa Yíldarel, de cabellos rojizos y rizados, y ojos grises. Al ver a Derren sonrió dulcemente, como invitándolo a pedirle algún favor.

-¿Deseas algo? -preguntó Shadar.

Y Derren, sin quitarle la mirada a la pequeña Hada, asintió. Sacó un pequeño pedazo de acero, una placa desprendida de su armadura, y le indicó al Yíldarel que lo besara. Yíldarel sonrió todavía más y asintió. Entonces Derren le dio el pedazo de acero, y el Hada lo besó con sutileza, convirtiéndolo en una lámina de esmeralda más costosa que todo lo que Derren tenía puesto, incluyendo el anillo de oro que su padre le había regalado antaño. Derren tomó la esmeralda, con sus ojos fijos en ella, impactado y con pensamientos confusos.

-¿Será que Méladriel está muy disgustada conmigo? -preguntó Shadar, que no había podido quitarse la preocupación de la cabeza.

Derren pareció volver en sí, miró a la pequeña Yíldarel, sonriente y posada bajo el marco de su casita, y miró a Shadar. –No lo creo -respondió.

Entonces Shadar pareció descansar, curvando sus labios rosados en una sonrisa hermosa. –Ahora iré a pedirle disculpas -dijo.

En ese momento los goznes del portón chirrearon, y Derren y Shadar voltearon a mirar, atemorizados. Entonces vieron que Torlad estaba frente a ellos, de pie, enorme como una torre.

-¿Qué haces aquí Shadar? ¿Y tú, Derren? -preguntó el Gigante lentamente.

-Derren deseaba ver a Yíldarel de nuevo, y como no deseábamos interrumpirte a ti o a Méladriel, decidimos venir sin avisarte -respondió Shadar inocentemente.

Pero Derren, que no era inocente, sintió su frente empapada de sudor a causa del nerviosismo, y puso la lámina de esmeralda en su bolsillo. Sentía una horrible sensación en su interior tiritante, y la voz no parecía salirle, pues se sintió descubierto.

Sin embargo, para su descanso, Torlad sonrió y asintió. –Entiendo -dijo-. Si en verdad deseabas ver a Yíldarel, puedes hacerlo cuando quieras y cuantas veces quieras. Confío en ti.

Entonces a Derren pareció atravesarlo un rayo glacial, pues se sintió en verdad mal al escuchar tales palabras. En ese momento pensó que en verdad no podía hacerle mal a un ser tan bueno como Torlad, ni engañar más a Shadar. –Muchas gracias, Señor de las Hadas -dijo Derren mientras se hincaba.



Juan Esteban Peláez

En ese momento Torlad asintió y se retiró.

-Bueno, ahora que tenemos el permiso de Torlad, te dejaré con Yíldarel. Yo iré a pedirle a Méladriel disculpas por haberla interrumpido cuando estaba sonriente -dijo Shadar.

-¡Espera!

-No temas. Si Méladriel en verdad no está tan disgustada, creo que entenderá y aceptará mis disculpas. Hablaremos más tarde, en el almuerzo-. Y así, Shadar bajó de la mesa hacia los jardines.

Entonces Derren miró a Yíldarel, de verdes alas y corona de flores. Ella le devolvía una mirada bondadosa, esperando hacerle otro favor a su alcance. No dejaba de sonreír y clavaba sus pupilas grises en la faz del Hombre. Entonces a Derren le volvió el sentimiento de codicia y ambición, y fue más intenso cuando vio no muy lejos de la casita, también sobre la mesa, el estuche de la Flauta de las Flores. Pero volvió de su ardiente tentación cuando escuchó su nombre desde debajo de la mesa.

-¡Derren, soy Alor! Ayúdeme a subir.

-Váyase Alor.

-No, Derren, sé que piensa, y pienso ayudarle. Según me dijeron unas Hadas, hay un sendero al norte del palacio que lleva directamente a las Llanuras de Pelts. Por allí podremos huir -dijo el Hombre.

Entonces Derren volteó a mirar a su amigo allí abajo, y se sorprendió. Alor había demostrado siempre rectitud, pero parecía que de repente el Demonio le hubiera plantado una de sus ardientes semillas. Derren vio que los ojos de Alor brillaban de codicia. Incluso Derren alcanzó a ver que Alor ya había guardado algunas esmeraldas bajo su manto.

-¡Vamos, Derren, no hay tiempo! El Gigante no sospecha nada, pero Arcalón y Méladriel ya están empezando a preguntar por usted. Incluso Ángor ya salió a buscarlo, y no con ánimo de felicitarlo. ¡Debemos irnos ya!

148

Apenas Shadar llegó a los verdes jardines, vio que Méladriel todavía sonreía. Así que no se atrevió a acercársele, inocente y crédula. Así permaneció por buen rato, cabizbaja, hasta que Méladriel por fin dejó de sonreír, pues Ángor se había acercado y le había susurrado algo al oído. Shadar se sintió apenada por Ángor, pues creyó que había interrumpido a Méladriel; pero vio que era la oportunidad perfecta para acercarse.

Cuando Shadar estuvo frente a Méladriel, el Hada se sentó frente a ella, mirando al suelo, y plegó sus alas. -Méladriel, quiero disculparme por haberte interrumpido cuando sonreías -dijo Shadar.

Entonces Méladriel miró asombrada al Hada. -¿Qué te disculpe? ¿Por qué?

Shadar le contó lo que Derren le había explicado.

En ese momento Méladriel palideció de la furia y no disimuló. -Derren está mintiendo -dijo-. Al igual que las Hadas, las Mujeres sonreímos cuando estamos felices. Y es falso que detestemos que nos interrumpan cuando sonreímos. ¡¿Dónde está ese mentiroso?! -preguntó la joven de cabellos negros.

Shadar, atónita e impactada por la aclaración, dijo: -Está con Yíldarel.

Al escuchar esto, Méladriel sintió desmayarse, pero logró sostenerse. -¡Vamos ya por él! -exclamó mientras se ponía de pie de un salto.



Juan Esteban Peláez

Pero Méladriel no era la única que estaba allí. Ángor también había escuchado todo, y apenas se enteró que Derren estaba con Yíldarel, corrió hacia el palacio blanco para detenerlo. Subió a zancadas las escaleras, guiado por un Hada diminuta, y cuando llegó al salón vio que Derren no estaba, pero tampoco estaba la casita de Yíldarel, ni el Hada, ni la Flauta de las Flores. Es indescriptible la congoja y la desilusión que Ángor sintió en ese momento. Pero la furia pareció aplacar todos esos sentimientos. Su rostro palideció y su sangre hirvió.

En ese momento llegó Méladriel con Shadar. Y cuando la joven vio los ojos llameantes de Ángor, supo lo que había sucedido.

-¡Voy a empalar la cabeza de ese maldito! -gritó Ángor a los cuatro vientos, mientras rompía a correr escaleras abajo.

-¿Qué sucede? -preguntó Shadar, asustada.

Entonces Méladriel, con una profunda tristeza, dijo: -Debemos encontrar a Derren antes de que deje el reino.

-¿Acaso él no se irá con ustedes?

Y Méladriel, suspirando y con una honda angustia, meneó la cabeza. -Él ahora quiere escapar -aseguró.

-¿Y Yíldarel? -preguntó Shadar, que ahora empezaba a sentir un terrible miedo en su interior. Pareció por un momento que el brillo en sus ojos se apagaba.

Méladriel, destrozada al ver el miedo de la inocente Hada, simplemente bajó la cabeza. - Se la llevó Derren -respondió.

Ángor bajó y buscó a Arcalón rápidamente. Lo encontró dormido sobre el suave pasto de los jardines frontales. Ángor se apresuró a despertarlo y le contó todo lo sucedido. Entonces Arcalón fue invadido por una cólera digna de dioses, y se apresuró a buscar a su caballo Alazán, rojizo y de cola y crines negras. En su camino se encontró con Sergail. Y en menos de diez minutos ambos Hombres, guiados por algunas Hadas que a duras penas respondían a los apresurados favores de los Hombres, galopaban por los caminos alejados.

Por otra parte, Méladriel bajaba con Shadar, que parecía herida, como si sus fuerzas la hubieran abandonado de repente. Shadar no sabía cómo decirle a Torlad que Derren había robado la Flauta de las Flores y había secuestrado a Yíldarel. Méladriel, en silencio porque no sabía qué decir, sólo acompañó a Shadar a bajar las escaleras, y la llevó hasta donde estaba el Gigante, bonachón y sonriente.

Apenas Torlad las vio, aplaudió y se carcajeó. -¡Veo que se han contentado! Disculpa a Shadar y a todas las Hadas que te interrumpieron -dijo; pero al ver los rostros de ambas, cambió de semblante. -¿Sucede algo? -preguntó.

Y Shadar asintió. -Algo muy malo, gran Torlad, y creo que es mi culpa -dijo el Hada.

-No es culpa de nadie más que de Derren -aseguró Méladriel, que pronunciaba el nombre del Hombre con un desprecio profundo.

Pero Torlad meneó la cabeza. -Derren es bueno -dijo el Gigante-. Tú me lo dijiste -le recordó a Méladriel.

Entonces la joven de cabellos negros y ojos profundos bajó la cabeza, avergonzada. -Me equivoqué, gran Torlad -dijo con una pantalla de lágrimas en los ojos.

Cuando Shadar le contó a Torlad lo que había ocurrido, el Gigante se levantó de un salto, supremamente preocupado y aterrado. Sus ojos desorbitados parecieron buscar en vano a Derren en las cercanías, y su corazón retumbó como un tambor en el enorme pecho.



Juan Esteban Peláez

Entreabrió la boca, pero no exhaló suspiro alguno. Y cuando por fin soltó aire, lanzó un grito de temor: -¡Derren!

Torlad salió entonces a correr torpemente hacia el camino principal, asustado, mas no enfurecido. Pero nadie en ese momento sabía que Derren y Alor habían tomado el camino opuesto al principal, hacia el norte. Torlad miraba hacia abajo, buscando a Derren a su izquierda y a su derecha.

-¡Derren, por favor, no te vayas! -le pedía-. ¡Si quieres te regalaré miles de esmeraldas y flores de oro y plata, pero por favor, devuélveme a Yíldarel! ¡Te regalaré cuantas riquezas quieras, pero no te vayas con mi Yíldarel!

El Gigante prácticamente rogaba a Derren que no huyera. Pero estas suplicas fueron en vano, pues Derren, aunque escuchaba de vez en cuando los gritos del Gigante, los escuchaba difusos y lejanos. Él y Alor ya estaban muy lejos cuando Torlad se enteró del robo, pues Shadar espero buen tiempo para hablar con Méladriel.

Tras el Gigante estaban Shadar, Méladriel y Háldarel, que habíase enterado al mismo tiempo que el Gigante. También iba con ellos Levanov, que había permanecido cerca de Háldarel todo el tiempo.

-¡Derren, por favor! -gritaba el lento Gigante, ahora con lágrimas en los ojos. Yíldarel había sido su compañera inseparable por edades enteras, y ahora no estaba. Podría decirse que la flauta no le importaba mucho, pero sí el Hada de ojos grises. Torlad miraba entre los ramajes, pero no veía ni oía a Derren.

No muy lejos Arcalón y Sergail buscaban a Derren con vehemencia. Ambos escrutaban las sombras de los árboles intentando encontrar al traidor. Ambos estaban iracundos, con los dientes apretados y las riendas bien cogidas. Parecían sabuesos tras un zorro.

-¡Debí matar a ese maldito cuando tuve la oportunidad! ¡Debí hacerlo! -rugía Arcalón furioso, mientras cabalgaba por entre las frondas y los mirtos.

-¡Si lo encontramos, lo haremos! -respondía Sergail.

Pero, aunque cabalgaron hasta la pálida tarde, no tuvieron rastros de Derren ni de Alor. Cuando llegaron a la ciudad, antes festiva y ahora triste, se enteraron que Alor también había escapado. Y ahora sabían por unas Hadas que Alor conocía sobre el angosto camino del norte. Apenas Ángor se enteró de esto, se sintió impotente, pues en las Llanuras de Pelts hubiera sido muy fácil encontrarlos a lomo de cóndor. Mas él no tenía ningún cóndor disponible. Pensó en ir hasta Arsen, pero se demoraría días, y Derren y Alor tomarían mucha ventaja. Sin embargo, pocos minutos después de que Arcalón y Sergail llegaron, Ángor y Lev se apresuraron a ir a Arsen para iniciar la búsqueda. Las Hadas, ahora reacias por la actitud de los Hombres, al principio se negaron a llevarlos por los caminos, pero terminaron por aceptar.

Pero ni Torlad, ni Méladriel, ni Shadar, ni Levanov ni Háldarel volvieron en toda la noche. Aun bajo la luz plata de la Dama, el Gigante siguió buscando por entre los ramajes, pidiéndole a Derren que no se fuera, y llorando la pérdida de su querida compañera.

-¿Por qué Derren se llevó a mi Yíldarel? -le preguntaba a Méladriel constantemente-. Yo confié en él. ¿Por qué él no confió en mí? ¿Acaso lo ofendí o hice algo que no le gustó? Las preguntas de Torlad laceraban el alma de Méladriel como una daga ardiente. Ella se sentía culpable de la traición de Derren. Así que, aunque sabía la respuesta a todas estas inocentes preguntas, no hacía más que menear la cabeza y callar, mientras la Estrella de Jores, la más brillante del firmamento, le iluminaba la faz culpable con su luz blanca.



¿Y cómo contarle a las Amatistas sobre la traición de Derren? Ellas, que lo habían tenido bajo su protección en la casa del bosque, ¿cómo reaccionarían? En verdad fue difícil darles la noticia a las dos Apsaras, y fue Arcalón el encargado, sin saber siquiera cómo iban a actuar. Ambas quedaron pasmadas, con el corazón agrietado, en silencio y con los ojos abiertos por la sorpresa.

-¿Derren y Alor? -preguntó Clara después de un silencio bochornoso.

Y Arcalón asintió, cabizbajo y apenado, pues él también se sentía culpable. -¡Debí haberlo colgado! -se apresuró a decir-. ¿Cómo pude ser tan tonto? Me traicionó a mí; ¿por qué no traicionaría de nuevo? -se regañó. Y apenas levantó la mirada, vio que dos lágrimas, más claras que el agua, bajaban por las pulidas mejillas de Bella que, sin decir una palabra, lo miraba con detenimiento. Arcalón se sintió morir entonces.

-¿Por qué Derren hizo eso? -preguntó Clara con voz trémula, como intentando ahogar el llanto.

-Por codicia -se apresuró a contestar Sergail, que estaba al lado de Arcalón.

-Le fallamos a Torlad -aseguró el Ajedrecista. Creía que en verdad no podía darle cara al Gigante. Él había sido muy bueno con ellos, y a cambio le robaron sus más queridas pertenencias.

-¡Si atrapamos a Derren y a Alor los destajaremos! ¡Lo juro! -dijo Sergail furioso.

Pero Clara meneó la cabeza. -Ya mucha sangre ha bañado la hierba. Eso no solucionará nada Sergail. Esperemos a que Torlad llegue y hablaremos con él. Le pediremos disculpas por haber traído a un «Alma Mala» a sus tierras, y esperaremos que él nos perdone.

-Aunque queda claro que las Hadas jamás volverán a confiar en nosotros -aseguró Bella mientras se limpiaba sus brillantes lágrimas con la mano.

-Ellas nos ayudaron en la guerra, y nosotros las traicionamos en la paz -añadió Arcalón con un dolor muy intenso. En verdad no sabía qué hacer.

Mientras esta conversación se desarrollaba, llegó Torlad al palacio, acompañado de Méladriel, Levanov y las dos Hadas. Sus ojos hinchados y rojos mostraban cuántas lágrimas había derramado, y su cabeza baja daba cuenta de cuánto sufría su corazón. Se tambaleaba como si de repente su alegría y sus fuerzas lo hubieran abandonado, y sus labios cerrados ya no esbozaban la sonrisa constante de su rostro. Entonces entendieron que Derren y Alor se habían salido con la suya.

Apenas Torlad entró, Arcalón sintió un frío de temor en su espalda, un frío que lo hizo tiritar. Su tristeza se combinaba con un odio enorme hacia Derren. Entonces miró hacia el suelo, incapaz de ver al Gigante a los ojos, y sin previo aviso se apresuró a arrodillarse.

-Si te hace sentir bien aplastar a un Hombre, hazlo conmigo, pues tengo toda la culpa -aseguró Arcalón, que en ese momento vio en verdad el final de su vida.

El Gigante miró al Hombre arrodillado frente a él, y meneó la cabeza. -No tienes que pagar por los errores de Derren, Arcalón de Metys -dijo Torlad.

Arcalón descansó. Sin embargo, su pena era profunda. -¡Yo tuve la culpa por traerlo aquí, y de dejarlo vivir sabiendo que era un traidor! -exclamó como si se arrancara un peso de su pecho.

El Gigante lo miró con ojos apagados. -Debiste haberme dicho eso cuando llegaste, Arcalón de Metys -dijo lentamente mientras se sentaba en un enorme sillón.

Arcalón sintió esas palabras como lanzas en su alma, y no pudo hacer más que callar. Pensó una y otra vez cómo compensar tal pérdida, pero era simplemente imposible.



Juan Esteban Peláez

Entonces el Gigante, ensimismado y muy triste, dijo: -Si de casualidad ven a Derren, pídanle que me devuelva a Yíldarel. Convénzanlo, porque si él no quiere hacerlo, no hay nada que hacer.

-Si lo encontramos traeremos su cabeza y la exhibiremos en este palacio -dijo Levanov con una profunda ira.

Pero Torlad meneó la cabeza. -No sería capaz de ver algo tan feo. Derren es bueno, aunque obró mal -dijo, dejando al descubierto su infinita bondad, aun por encima de su desdicha.

-¿Cómo podemos enmendar esta ofensa? -preguntó Sergail.

El Gigante volvió a menear la cabeza. -Ustedes no tienen nada que enmendar. El error lo cometió Derren y Alor, según veo -dijo, pues había notado la ausencia de este último.

-Igual somos culpables de que ellos hubieran entrado en estas hermosas tierras -aseguró Méladriel.

-Pero confío en ustedes -dijo Torlad.

Todos permanecieron en silencio por unos momentos.

Hasta que Clara por fin habló. -Este reino queda prohibido para los de más allá de los lindes, menos para los que están presentes, y para Ángor de Trimíl y Lev de Metys, hasta que descansen en paz -aseguró la Apsara.

-¿Incluso después de esto? -preguntó Arcalón.

Y Clara asintió.

-No podemos aceptar tal regalo -aseguró Bélaron-. ¿Les fallamos, y aun así nos permiten la entrada al Reino de las Hadas? La vergüenza me mataría al ver de nuevo estos hermosos rostros, antes felices y ahora tristes por nuestra culpa.

-No debes tener vergüenza. Ven cuando nos necesites -aseguró Háldarel, que ostentaba un moño enorme y azul en su cabello dorado.

-Las Hadas no podemos odiarlos -aseguró Shadar, que en verdad estaba abatida por el duro golpe que Derren le había dado. Jamás se había sentido como una herramienta. Durante todo este tiempo no había dejado de llorar.

-Les ayudaremos a ustedes, mas no intervendremos con los de más allá de los lindes si ustedes no nos lo piden -aseguró Toldar.

Entonces Arcalón se levantó. -Mi vida está a disposición de cualquier Hada de este reino, y a la tuya, Torlad, Señor de las Hadas. Haré lo que esté a mi alcance para enmendar el error de Derren, y ayudaré a todo habitante de este país sin importar el favor. Lo juro.

Y Méladriel, Levanov, Bélaron y Sergail hicieron un juramento semejante.

149

Después de salir del palacio, Derren y Alor cabalgaron a toda prisa por entre las frondas y los helechos espesos, siguiendo la senda norte hacia las Llanuras de Pelts. Sólo llevaban agua en sus cantimploras, pero no se preocuparon por comida, pues sabían que ese bosque era frondoso y supliría sus necesidades. Y así fue: Aunque no se detuvieron durante tres agotadores días y dos oscuras noches, comieron duraznos y peras, y manzanas y naranjas que bajaron de las ramas bajas mientras galopaban. El camino inicialmente estaba bordeado de abetos y tapizado con flores, pero poco a poco fue estrechándose, hasta volverse una senda terrosa que siseaba por entre los árboles. Siguieron la senda sin detenerse, exigiendo a los caballos y aguantando el dolor de espalda y cintura.



Juan Esteban Peláez

Cuando se cansaban, ambos miraban o la Flauta de las Flores o la casita de Yíldarel, e instigados por la ambición, seguían adelante, mirando siempre hacia atrás y hacia los alrededores, esperando ver alguna Hada o algún jinete tras ellos. Pero ambos Hombres corrieron con suerte, pues la búsqueda se enfocó en el sur y no hacia ellos, en el norte.

Hablaron poco durante estos días. De vez en cuando cruzaban ideas de cómo gastar la riqueza que ambos artilugios producían, y hablaban muy poco sobre sus destinos; pero ambos sabían que serían buscados por todo el imperio. No podía quedarse en Falheid, donde tenían tras ellos tres generales e incontables Hadas casi invisible. Sin opciones, decidieron ir hacia el norte, hacia el Paso de Llamas. Aún no sabían si cruzarlo o no, pero por ahora ése era su destino.

Ya incapaces de seguir adelante a causa del agotamiento, Derren y Alor se detuvieron la tercera noche para cazar. En verdad les resultó fácil cazar conejos, pues en esos bosques los predadores eran escasos, y los conejos no eran tan desconfiados y escurridizos como era habitual. Comieron esa noche conejo asado y un poco de agua. Esto los llenó de energía. Les dieron agua a los extenuados y jadeantes caballos, y siguieron la huida hacia el norte.

Y con el temor siempre pisándoles los talones, llegaron finalmente a los lindes septentrionales del Reino de las Hadas. Frente a ellos se extendieron las Llanuras de Pelts, de magnas proporciones, planas y verdes bajo el alba creciente. Entonces los Hombres se sintieron a salvo y, tomando primero algunas provisiones que el bosque les brindó, cabalgaron hacia el Paso de Llamas, siguiendo la trayectoria de los soles y de las constelaciones, incluyendo a la brillante Estrella de Jores, puesta allá arriba con ayuda de Méladriel, aunque ambos fugitivos ignoraban eso.

Los viajeros llegaron después de varias jornadas al Paso de Llamas. Durante su travesía, habían concluido que su única alternativa era ir a Gorthgath, y, con sus enormes riquezas, volverse aliados de Irgoliath. Esta era una clara traición, pero era eso o quedar en manos de Arcalón y su terrible venganza. Pero ellos no irían a Gorthgath escondidos, ni querían cruzarlas como Méladriel antaño. Ellos querían ir directamente a Irgoliath. Así que cruzaron por la puerta grande del Paso de Llamas. No había guardias allí, pues habían escapado al primer embate de Pecaín. Así que pasaron sin complicaciones.

Pero Irgoliath tenía la mirada fija en el Paso de Llamas, y vio claramente cuando Derren y a Alor pasaron a sus dominios. No transcurrieron ni dos días antes que Irgoliath los atrapara con sus terribles poderes.

-Tenemos con qué negociar -insistió Derren, sudando y claramente aterrado al ver al Yúcida frente a él, arrogante y cruel.

Pero Alanior sólo sonrió y dijo desde el lomo de su horrible caballo: -Lo que el gran Irgoliath desea, lo obtiene por la fuerza.

-¿Podemos llegar a un acuerdo? -pregunto Alor, que pálido miraba a Derren, asustado. En ese momento asimiló el gran peligro que se erguía frente a ellos.

El Yúcida volvió a lanzar una sonrisa sardónica que brilló en medio de las oscuras tierras, y respondió: -Mi señor no necesita nada de ustedes, miserables. El Hada y la Flauta son de él desde que cruzaron el Paso de Llamas. Ya no los necesita.

-¡Podemos darle información sobre Arcalón! -exclamó Derren mientras se orinaba en los pantalones del miedo. La cercanía del Yúcida producía un terror frío e inaguantable.



Juan Esteban Peláez

Incluso Alor vomitó por las contracciones producidas por el pánico de ver al hechicero acercarse cada vez más, mientras un aura púrpura y podrida se levantaba alrededor como un halo fantasmal.

Alanior no había escuchado aún el nombre de Arcalón, pues la derrota en el Valle de Ahl era reciente e Irgoliath todavía no tenía información clara de la batalla. Por todo esto les perdonó la vida a los traidores. Sin embargo, cuando llegaron a Yavín, Derren y Alor empezaron casi de inmediato a pedir la muerte, pues era el único escape a esa horrible y dolorosa temporada en el Infierno.

150

La despedida del Reino de las Hadas fue en verdad triste. Torlad se despidió de la compañía en los lindes del palacio.

-Ustedes son... Almas Buenas –dijo Torlad, aún abatido por la traición de Derren.

Entonces todos se hincaron.

-Te prometo, gran Torlad, que no descansaré hasta recuperar a Yíldarel y a la Flauta. Y las traeré personalmente, pues la vergüenza no me dejará hasta compensarte –aseguró Arcalón aún hincado.

Torlad lo miró con profundidad, y sintió bondad hacia él, pues sabía que el peor dolor era la intranquilidad, y que Arcalón y el resto de la compañía se llevaban un peso enorme.

Clara sabía también esto, y dijo: -Arcalón de Metys, te compadezco a ti y a todos los demás, pues la felicidad se soporta en la tranquilidad, y la tranquilidad de ustedes ha quedado mellada por esta tragedia. Por eso, de parte de Torlad y de nosotras, te pido que estés tranquilo y que no sufras por la pérdida de Yíldarel y de la Flauta. Derren y Alor no son eternos, nosotros sí. Y lo que para ustedes es toda una vida para nosotros es un parpadeo. Recuperaremos a Yíldarel y a la Flauta, puede que no pronto, pero tenemos el tiempo para hacerlo. Derren y Alor deben haber escapado a Gorthgath, y allí los capturará Irgoliath. Cuando acabe la guerra Irgoliath nos entregará esos tesoros, gane o pierda, pues, aunque él no lo sabe, él ya tiene perdida la guerra; quizás no contra ustedes, pero sí contra las Apsaras. Ya Alana se ha enterado de sus pecados y pronto Hélix conocerá de su traición-. Miró hacia el cielo tornasolado, como recordando algo, y prosiguió mientras un viento le acariciaba el rostro y le mecía los risos: -Vayan a sus ciudades y sean felices, que la estadía en este mundo es corta para ustedes y pronto descansarán en paz. Disfrútenla y estén tranquilos.

Y Bella añadió: -Han sufrido mucho por la guerra, y la Batalla de Ahl los desgastó; no vale la pena sufrir más.

Entonces Méladriel se levantó y se posó frente a Torlad. –Perdónanos, por favor –pidió sollozando.

Torlad le sonrió a Méladriel y dijo: -Los perdono a todos, incluso a Derren y a Alor.

En ese momento todas las pequeñas Hadas se apresuraron a rodear a Méladriel, y muchas la consolaron para que se calmara, pues Méladriel no dejaba de llorar.

Entonces Bella se fijó en Arcalón, tranquilizándolo con su verde mirada. –Nos volveremos a ver, antes de que salgan de la Maldición de la Shidraha, lo sé –añadió mientras miraba como el Hombre sonreía profundamente, como si le alegrara escuchar sobre el reencuentro.

De esta manera fueron perdonados y salieron tranquilos del Reino de las Hadas. Sin embargo, Arcalón no olvidó su promesa, y dijo a Méladriel: -Barreré las Tierras Espectrales y recuperaré a Yíldarel y a la Flauta. Lo prometo.



151

Ahora bien, el mismísimo emperador Hércól, de Falheid, llegó a Arsen en el mes de agosto, cuando los vientos fuertes ya empezaban a anunciar el lluvioso invierno. Ya habían pasado poco más de dos meses después de la Batalla de Ahl. Allí lo estaban esperando los tres Jinetes Escarlatas, además de Méladriel y Ágor. Sergail fue enviado por Arcalón al norte para mantener la reconquistada ciudad de Golu-Dom.

El nerviosismo invadía la amplia sala del castillo donde esperaban los generales. Méladriel era la más nerviosa, pues ella nunca había visto al emperador en persona. Y apenas Hércól entró, todos se levantaron de las sillas y lo reverenciaron. Pero Hércól olvidó todo modal, y se apresuró a abrazar a cada uno de los Jinetes Escarlatas, agradecido por sus valerosas hazañas.

Méladriel detalló a Hércól con detenimiento: Ojos cafés, al igual que su cabello y su espesa barba, rostro fino, nariz con arco pronunciado, corpulento y de fuerte voz. Y cuando Hércól se acercó a ella, la joven se sintió muy nerviosa, y se hincó con presura. -Me siento halagado que una Mujer tan hermosa se hinque ante mí -dijo el emperador-. ¡Vamos, levántate, que deseo abrazarte! -añadió. Méladriel sonrió, nerviosa, y se dejó abrazar del emperador.

Bien, la reunión no fue más que agradecimientos. Hércól les dio regalos a los tres Jinetes Escarlatas y a Ágor por su participación en la batalla. También le dio algunos presentes lujosos a Méladriel, como estatuillas de porcelana y finos maquillajes. Pero Hércól, aunque en el fondo era buena persona, no dejaba de desconfiar de Arcalón, pues la fama del Ajedrecista subía, y sabía bien que Arcalón podía hacer un golpe de estado, igual que Lioric lo hizo años atrás.

-Arcalón, aunque estoy muy agradecido por la labor aquí desempeñada, creo que tendré que pedirle otro favor -dijo el emperador.

Entonces Arcalón se sintió asustado. Su corazón empezó a latir con más fuerza y un vacío se formó en su estómago. Miró a Méladriel y tragó saliva.

La joven le devolvió la mirada, sintiendo también nerviosismo.

Y Lev, Levanov y Ágor se miraron entre ellos, sorprendidos. Todo esto circulaba a la promesa entre Arcalón y Méladriel: «Estar juntos después de la batalla».

-¿Cuál es ese favor, majestad? -preguntó Arcalón con voz trémula.

-Debe ir al Paso de Llamas y recuperarlo -respondió Hércól sin rodeos.

Entonces Méladriel le apretó la mano a Arcalón bajo la mesa.

Arcalón la volteó a mirar y vio angustia en su rostro. -Pero debemos reconquistar todos los poblados del norte del Río de Lava antes de tomar el Paso de Llamas -aseguró.

-Entonces hágalo -respondió Hércól con frialdad.

Fue en ese momento que Levanov habló. -Señor, si no hay problema, me gustaría ser yo quien tome de nuevo el norte -interrumpió.

El emperador lo miró, extrañado.

-Mi honor quedó destruido cuando perdí el Paso de Llamas y a mis capitanes. Pido ir al norte para emprender esa empresa, y así podré saldar mi deuda y salvar mi honor -se apresuró Levanov mientras miraba a Arcalón.

El Ajedrecista quedó mudo.



Juan Esteban Peláez

Entonces Hérsof miró a Levanov y vio orgullo en sus ojos, y asintió. –Entonces usted irá al norte, Levanov.

–Y, si no hay problema, déjeme quedarme aquí en Arsen, para ayudar a Levanov en lo posible, majestad –se apresuró a decir Lev, que pareció leer los pensamientos de Hérsof. El emperador dudó por unos momentos. –Esa tarea se la iba a asignar a Arcalón –dijo mientras acomodaba su roja y larga capa a sus lados.

–Me siento bien en Arsen, señor, pues tengo familia acá –dijo Lev-. Concédame este placer, por favor –pidió.

Entonces Hérsof volvió a aceptar. –Eso quiere decir que Arcalón estará a cargo de la ciudad de Verdelheid, pues Trisanio está al norte del Bosque Denso, y yo estaré en Metys. Y Arcalón, con una luz de tranquilidad y alegría en el rostro, asintió. –Así lo haré –dijo mientras tomaba la mano de Méladriel todavía con más fuerza, celebrando en silencio tal triunfo.

Apenas Hérsof se retiró de la sala, Arcalón se apresuró a abrazar a Levanov y a Lev. – ¡¿Cómo podré pagarles?! –preguntó entusiasmado.

Levanov miró a Méladriel, y dijo: –Tómese unas buenas vacaciones. Usted se las merece.

–Y también Méladriel –añadió Ángor mientras se levantaba de la silla.

–¿Y sus vacaciones? –preguntó el Ajedrecista.

–Yo no estaré tranquilo hasta reconquistar el Paso de Llamas. Ese objetivo ya se volvió mi obsesión –aseguró Levanov-. Además, tengo esperanza de que puedo encontrar a Derren.

–Y yo estaré de descanso aquí –respondió Lev.

–Yo me iré a Trimíl –aseguró Ángor-, y volveré cuando me necesiten.

Arcalón se sintió muy feliz entonces, pues supo que las Amatistas tenían razón al decirle que tenía en verdad muy buenos amigos.

Arcalón se despidió de Levanov, Lev y Ángor bajo la arcada del portón sur de Arsen. A todos les dio la mano fuertemente y les prometió que siempre estaría a sus órdenes. Méladriel abrazó a los tres Hombres, muy agradecida por tal favor. Entonces, con los ojos brillantes a causa de su ánimo, la pareja se montó en los caballos, en el Alazán y en el Bayo, y salieron de la ciudad en medio de vítores provenientes de algunos ciudadanos que decidieron despedirlos. Los ciudadanos de Arsen querían y respetaban mucho a Arcalón, y por lo mismo le desearon lo mejor, aunque no todos estaban de acuerdo con que el Ajedrecista se marchara.

Y así, con una alegría que a duras penas cabía en el pecho de la pareja, Arcalón y Méladriel salieron hacia Verdelheid, la Ciudad Nublada, para por fin estar juntos, queriéndose y siendo ajenos al mundo que los inmolaba, (por lo menos hasta donde fuera posible). Ambos, con sus capas negras ondeando por los vientos, se voltearon no muy lejos, en un recodo del camino, y allí bolearon la mano para dar un último adiós. Y desaparecieron bajo la bruma de la mañana, gris y fría, siguiendo el camino empedrado del sur, bajo los soles borrosos y los cielos nublados, sin saber que nunca volverían a ver la ciudad de Arsen. Y así, felices, desaparecieron para el mundo por un buen tiempo, viviendo por fin su sueño: Estar juntos.



ARCALÓN

Y LA VENGANZA DEL CORAZÓN DE LOS VOLCANES

152

Érase una vez, un Hombre llamado Arcalón, hijo de Tarlon. Arcalón nació en un feudo a las afueras de Metys, la capital de Falheid, el imperio ubicado entre Los Acantilados y La Muralla de Volcanes. La Muralla tenía todavía algunos volcanes activos, y decían los eruditos que esta cordillera estaba dominada por una deidad llamada El Corazón de los Volcanes, la deidad más amada en el Imperio del Fuego.

Bien, Tarlon, su padre, fue diestro guerrero, que había ayudado al general Lioric a ejecutar un golpe de estado. Aunque no muy de acuerdo con este movimiento, Tarlon ayudó a Lioric a destronar a rey de turno. Sin embargo, Lioric era desconfiado, y sabía bien que Tarlon podía ejercer mucha influencia y volverse una amenaza para su reinado. Por lo tanto, ordenó su asesinato y el de toda su familia y amigos. Lioric también se deshizo de muchos otros peligrosos adversarios, y así pudo mantener su corona.

Mas Lioric desconocía que habían sobrevivido dos de los hijos de Tarlon: Almond y Arcalón. Aunque eran niños cuando todo sucedió, Almond, la hermana mayor de Arcalón, habíase escondido con su hermano en el humilde feudo, ayudados por el Mago Londrake, de la Orden Roja.

Por medio de sucesos narrados anteriormente, Arcalón logró destronar a Lioric, quitándole incluso la vida en la magistral jugada de la Batalla de los Cuatro Elementos. Así Arcalón llegó a ser una de las personas más influyentes del imperio, y puso a Hérself en el trono. Hérself era aspirante directo al trono antes del golpe de estado.

Después de seguir una gran trayectoria militar, Arcalón llegó a ser el general más querido y reconocido de Falheid. Después de la Guerra de los Cuatro Elementos, trabajó como almirante para Alheid, bajo el mando de Melina. Cuando volvió a su tierra natal, supo sobre la nueva amenaza que se alzaba en el occidente. Y, con brillantez, logró ganar en la Batalla de Ahl, ayudado por Lev, Levanov, Ángor, Sergail, Bélaron el Dragonífero, por las Hadas y las dos Amatistas. Cuando la amenaza fue expulsada, Arcalón y su gran amor, Méladriel, fueron a la ciudad de Verdelheid para vivir en paz y felices.

Arcalón y Méladriel vivieron varios años en Villa Ángel. Olvidaron el mundo exterior y se dedicaron a ellos mismos, tal y como lo habían prometido. Todos los domingos iban al mercado, y tenían la costumbre los viernes de salir a los parques más altos de la ciudad y ver desde allí los crepúsculos dorados.

Vivían de la gran riqueza acumulada por Arcalón en sus tiempos de campaña, y de los ahorros de Méladriel ganados en su viaje a Herda. La joven había invertido mucho oro en empresas de cobijas y ropa, y de allí venían sus ganancias. En Verdelheid hacía mucho frío, y la venta de mantas era buena. Adicional, ambos trabajaban como profesores. Arcalón era un genio para las matemáticas, mientras Méladriel enseñaba las lenguas de



Juan Esteban Peláez

Herda y de Jerlán. Sin embargo, aunque eran prácticamente ricos, no vivían llenos de lujos. Todavía vivían en la casa antaño de Alora, herencia de Méladriel, y aunque se daban algunos lujos, no pensaban en mudarse a ningún palacio, ni contratar trabajadores, ni comprar esclavos.

Méladriel disfrutaba de la cocina, por lo que ella preparaba la cena y el almuerzo. Arcalón se dedicaba a las lecturas y a los estudios. Aunque le habían ofrecido varias veces títulos nobles, él evadía la política, pues le parecía despreciable. Ambos iban a las bibliotecas de la ciudad, y disfrutaban del teatro y de los juegos de bestias.

En verdad eran tiempos muy felices. Ignoraron la guerra y al Demonio que tanto intentó quemarlos tiempo atrás; pero ambos sabían que tarde o temprano los hados terribles volverían a tragarlos, sumergiéndolos de nuevo en horribles tiempos de maldad. Además, Arcalón aún seguía obstinado en recuperar a Yíldarel y a la Flauta de las Flores.

Tal felicidad era sólo una ilusión, pues sabían que la armonía y la tranquilidad no eran eternas, sólo prolongables, al igual que la belleza; pero la maldad parecía perdurar por siempre, allá, sentada en su trono negro, tras los volcanes negruzcos y mellados, pensativa, esperando asestar un golpe mortal, rodeada de Diablos crueles, lista para morder a la bondad con sus fauces de hierro.

153

Bien, en esos tiempos los acontecimientos se desarrollaron muy rápido. El verano estaba en su auge. Los días de ese enero eran brillantes y las noches calurosas. La bruma del amanecer era dorada y se disipaba con rapidez. Arcalón fue el primero en despertarse; había dormido muy bien. Apenas abrió los ojos vio a Méladriel a su lado, con los cabellos arremolinados alrededor del fino rostro. Dormía profundamente, con sus largas pestañas selladas sobre sus pupilas grises, con una respiración constante y con una mano bajo su almohada, como era costumbre.

Arcalón dejó de abrazarla y se levantó suavemente para no despertarla. Como era el último lunes del mes, Arcalón sabía que ella debía ir a las tiendas que estaban en la parte más baja de la ciudad para realizar pagos y pedir cuentas de las cobijas y mantas vendidas. Era un día tedioso para ella, así que Arcalón hizo lo posible para dejarla descansar por más tiempo.

Se bañó y se preparó el desayuno: Arepa con mantequilla, pan blando, chocolate y huevos. Dejó chocolate para Méladriel y una arepa a medio tostar (tal y como le gustaba a ella). Comió y tomó un libro del anaquel, un libro de historia antigua, y hablaba un poco sobre las Shidrahas. Así que Arcalón se sentó en un sillón y empezó a leerlo.

Poco después Méladriel despertó. –Arcalón, mi vida, ¿ya desayunaste? -preguntó la joven mientras se sobaba los ojos soñolientos y bajaba la escalera.

-Sí, ya lo hice.

-¿Y por qué no me despertaste?

-No quería incomodarte.



Juan Esteban Peláez

-Tú no me incomodas -aseguró Méladriel mientras le daba un tierno beso al Hombre.

Arcalón sonrió.

-Pero tengo mucha pereza de ir a las tiendas -dijo a joven meciéndose el cabello. Aunque se había acabado de levantar, el negro cabello de Méladriel era tan liso que parecía no enredarse. Fue a la cocina y puso a calentar el chocolate. La *vellina* era en verdad una bendición para los Hombres, pues permitía alimentar las estufas y calentar los alimentos.

-¿Y debes ir a las tiendas? -preguntó Arcalón desde la sala.

-Sí -respondió la joven desde la cocina-. ¿Me acompañas? -preguntó.

Arcalón suspiró e hizo una expresión de pereza. -¿Puedo decir que no? -preguntó.

-No, no puedes decir que no -respondió Méladriel.

-Entonces iré contigo -respondió el Hombre sonriendo.

-¡Perfecto! -exclamó Méladriel-. Iremos después del almuerzo.

La mañana pasó calmada, pero a mediodía tocaron la puerta. La pareja se extrañó, pues en verdad no recibían muchas visitas. Arcalón fue quien abrió la puerta, pues Méladriel estaba en el segundo piso, maquillándose. Cuando Arcalón atendió, quedó mudo.

-¿Quién es, amor? -preguntó Méladriel desde la segunda planta.

Pero Arcalón no respondió. Poco después se escuchó el cerrar de la puerta.

-¿Quién era? -volvió a preguntar Méladriel, que en verdad estaba muy animada. A la joven le encantaba salir con Arcalón.

Mas Arcalón no respondió.

Entonces Méladriel bajó, extrañada. Y se sorprendió todavía más cuando vio a su amado sentado en una silla del comedor, con las manos en la cabeza y con los ojos fijos en una carta abierta que tenía entre sus codos. La Mujer se acercó y vio que Arcalón había palidecido, como si hubiera visto un fantasma.

-¿Qué sucede? -preguntó Méladriel con tono más serio, ahora con una preocupación creciente.

Arcalón no dejaba de mirar la carta. Ya la había leído, pero el blanco del papel parecía hipnotizarlo. Finalmente dijo: -¿Recuerdas la historia sobre las Estrellas del Inframundo? Méladriel sintió entonces su sangre muy fría, como un río que baja de elevaciones nevadas. Olvidó exhalar aire por un momento, y asintió.

-¿Recuerdas cuántas son? -preguntó Arcalón.

-Cuatro -respondió Méladriel que, sin aguantar la curiosidad, preguntó: -¿Pasó algo grave?

Pero Arcalón no respondió a esto. -¿Recuerdas dónde están? -preguntó, sin quitarle la mirada a la carta.

Méladriel miró la carta y vio que el sello roto era de parafina azul con la figura de una Sirena. Ella sabía de quién era ese escudo, y se sintió todavía más nerviosa. -Una está en Alheid, en manos de Melina -dijo mientras indicaba con la mirada la carta.

Arcalón asintió, también mirando el papel.

-La otra está en Herda; fue la que tuve más cerca. Y otra la tiene el Demonio. La cuarta está perdida en el mar, o está en las tierras orientales, más allá del Mar de las Deidades, en el Continente de los Bosques -respondió.

El Hombre suspiró. -La carta dice que me citan urgente en Kárijan para un asunto muy importante -dijo.

Entonces Méladriel meneó la cabeza como reflejo. -No, Arcalón -se apresuró a decir mientras un peso le caía encima-. ¡No, no, no! Arcalón, me prometiste que estaríamos juntos. Niégate a ir a Kárijan y quédate aquí -dijo suavemente, pero con un tono de desespero y un gran temor en sus ojos-. ¡Lo prometiste! -reafirmó.



Juan Esteban Peláez

Arcalón volvió a suspirar. –Lo sé -dijo tomándose la cabeza con más fuerza, como si le doliera. Entonces levantó la cabeza y miró a su amada con angustia. –Méladriel, encontraron la cuarta Shidraha -dijo.

Después de esto, Méladriel ni siquiera le dirigió la palabra a Arcalón durante todo el día. Se fue a las tiendas sin él, y pasó toda la tarde afuera, hablando con los trabajadores de la industria. Un sentimiento de furia y celos hacia Melina la invadió. Aunque no dudaba del amor de Arcalón, ella se sentía en desventaja frente a la sabiduría y a la belleza de la deidad. Méladriel no volvió hasta después de la hora de cenar. Arcalón le había preparado la cena, pero la Mujer la dejó servido en la mesa. Sólo se quitó el maquillaje y se derrumbó en la cama, en silencio, celosa y pensativa, ignorando al Hombre.

Arcalón en verdad tenía pocas opciones. Fue citado no sólo por el emperador Hérself, sino también por Melina. Por más que quisiera, él no podía faltar a esa reunión. Así que, mientras Méladriel permanecía en las tiendas, Arcalón preparaba todo para ir a Metys, y de allí a la isla de Kárijan. Tenía buen tiempo para llegar a la isla, pues no sólo él estaba citado, y los otros invitados vivían mucho más lejos. Sin embargo, Arcalón preparó todo rápidamente para no correr a última hora. Cuando sacó su armadura del baúl, se dio cuenta que en verdad había cambiado: La armadura ahora estaba empolvada y su espada opaca. Arcalón ya ni siquiera cargaba su espada en el cinto, y sus ojos ya no mostraban a un guerrero sino a una persona común. Ahora se preocupaba más por comprar los huevos del desayuno que por el Demonio que acechaba más allá de los volcanes.

Al día siguiente, Arcalón se levantó muy temprano, fue a la caballeriza que tenía Villa Ángel y le dio de comer a los dos caballos, a Bayo y a Alazán. Los examinó y supo que su caballo estaba listo para el viaje. Cuando volvió a la casa, Méladriel ya estaba de pie, y ni siquiera le dio una mirada para saludarlo. Arcalón entendió la furia de Méladriel, y por eso no la culpó por tales actitudes.

Pero Méladriel desconocía todo el contenido del mensaje. La carta también tenía detalladas instrucciones que llevaban a una playa escondida en las costas septentrionales del imperio. Allí lo esperaría un barco que lo llevaría a Kárijan. Todas estas instrucciones preocupaban a Arcalón, pues no sabía si podría seguirlas. Todo esto se hacía en secreto porque el Diablo tenía espías por todos lados, y si se enteraba que la cuarta joya había sido encontrada no dudaría en reclamarla como suya.

Los siguientes días fueron semejantes. Méladriel sólo hablaba con Arcalón cuando era extremadamente necesario, y permanecía seria, sin brillo en las pupilas y casi siempre en silencio. Arcalón sentía esta actitud como una espada atravesada, pues en verdad le dolía la indiferencia de Méladriel; y esta situación se hacía todavía más dolorosa a medida que el día de la partida se acercaba.

El viernes, cuando la noche se acercaba, Arcalón se sentó al lado de la joven. Méladriel intentó no prestarle atención, fijándose en un libro que tenía en su mano

-Méladriel, debo partir mañana -dijo Arcalón finalmente.

La joven hizo como si no le importara. -¿Y? -preguntó.

Arcalón bajó la cabeza. –No quiero irme estando mal contigo -dijo.

-Yo no estoy mal -dijo Méladriel.

–Por favor, Méladriel, si fuera por mí me quedaría para siempre contigo.



Juan Esteban Peláez

Y por fin Méladriel explotó. —¡Entonces hazlo! -exclamó, incapaz de aguantar más la tristeza.

Arcalón quedó atónito, pero en su interior pareció descansar.

Méladriel bajó la cabeza. —No te vayas -le pidió en voz baja.

Entonces Arcalón, sin poder aguantar, se apresuró a abrazarla con profundidad. —Por favor, Méladriel, entiéndeme -pidió Arcalón mientras le besaba la frente.

-No, Arcalón, entiéndeme a mí -respondió Méladriel, que ya tenía la voz quebrada-. Te adoro y no quiero perderte. Ya hemos estado mucho tiempo separados, y no quiero que ese tiempo vuelva.

Arcalón no supo qué responderle. Permaneció en silencio por buen tiempo, sin dejar de abrazarla.

Entonces Méladriel desconcertó a Arcalón con lo que dijo después. —Si tú te vas a Kárijan, yo debo irme a Herda -aseguró la joven.

En ese momento el Hombre dejó de abrazarla, y la miró con una expresión de confusión. Su ser se llenó de vértigo y respiró hondo para intentar calmarse. —¿Herda? -preguntó débilmente.

Y Méladriel asintió.

-¿Qué tienes que hacer en Herda? -preguntó Arcalón con voz trémula.

-¿Qué tengo que hacer aquí? -preguntó la joven con astucia-. Si tú te vas, no tengo nada aquí -añadió.

-¿Y tus negocios?

-En Herda puedo obtener una corona -se apresuró a responder Méladriel.

En ese instante Arcalón se sintió desfallecer. ¡La corona que había perdido antaño! ¿Cómo no había pensado en eso? En Herda Méladriel era mucho más querida, conocida y respetada que en Verdelheid. Lo que ella decía era verdad: ¿Para qué se iba a quedar? Ya había perdido esa corona una vez, y no lo haría dos veces. Méladriel tenía el oro suficiente para rentar un barco que la llevara por la Falla de Brold hasta los Muelles de Adsul, y de allí a Dan-Silum.

Méladriel en verdad había pensado mucho en ese viaje. Muchas veces se había arrepentido por haberse rehusado a esa oportunidad. Y ahora, que veía que lo que más amaba se iba, veía la oportunidad perfecta para reivindicarse y enmendar lo que ella tantas veces había considerado un error. Cuando estaba en Herda, Méladriel estaba tan cegada por su poder que se dio el lujo de rechazar a un rey; pero ahora era más humilde y sabía que esa oportunidad era única.

Arcalón no supo qué hacer, pues se vio enfrascado en un verdadero dilema que no tenía solución aparente. Había vivido los años más felices de su vida al lado de Méladriel, y el dejarla era renunciar a esa felicidad. Él sabía que, si Méladriel se iba a Herda, posiblemente jamás volvería a verla, y eso lo aterraba. Pero tampoco podía pedirle que lo esperara, pues ella ya lo había esperado por mucho tiempo. Y, por otra parte, Arcalón no podía negarse a ir a Kárijan, pues era una orden más que un favor.

-Te acompañaré hasta la Encrucijada, y de allí volveré, arreglaré mi viaje y me iré. Ya la vida se encargará de unirnos de nuevo si así ha de ser -aseguró Méladriel, mientras soltaba un profundo suspiro. Ya tenía tomada su decisión.

La pareja salió hacia el Parque de la Cima bajo un rojizo atardecer. Quizás fueron los sentimientos que surgieron en la situación, pero ambos aseguraron tiempo después que jamás pudieron olvidar la belleza de ese crepúsculo. Después de que el Mal fue expulsado,



Juan Esteban Peláez

los días habíanse vuelto más calurosos, y en los atardeceres se veían los dos soles nítidos como esferas incandescentes que declinaban en el horizonte.

Mientras miraban cómo bajo el atardecer los ciudadanos iban y venían, Méladriel y Arcalón se sentaron en una herbolada bajo la sombra de un frondoso saúco de flores blancas. Ya la Dama ponía su cortina nocturna en lo alto del cielo, y muchas personas iban a sus casas para descansar.

Arcalón tomó a Méladriel de la mano y posó sus ojos en el cielo rojizo. –Sólo podremos estar tranquilos cuando se acabe la maldición de las Shidrahas -aseguró el Hombre. Entonces se ensimismó y cubrió sus pupilas con su mano.

Entonces Méladriel recostó su cabecita en el hombro de Arcalón. –Tienes razón -dijo mientras le tomaba la mano, entrelazando los dedos. Poco después prosiguió. –Sé que suena muy soñador, incluso tonto, pero mi deseo es que podamos estar juntos para siempre. Que el Diablo desaparezca y rescatemos a Yíldarel y a la Flauta, y después poder estar felices, juntos.

Cuando Arcalón escuchó esto, volteó a mirar los ojos a Méladriel, y sintió lo que sólo una persona enamorada puede sentir. Entonces se apresuró a los labios de la joven, y clavó en ellos un beso muy tierno. Apenas se separó, tomó aire y dijo: -Es un bello pensamiento.

Méladriel levantó la mirada de nuevo, enfocándola en el rostro del Hombre.

-Méladriel, yo te amo con toda mi alma y con todo mi corazón -dijo profundamente.

Méladriel lo miró, enamorada, y respondió: -Yo también te amo, Arcalón -y se recostó de nuevo y abrazó el brazo de su amado, mientras miraba el brillante atardecer.

La pareja permaneció en el parque hasta que Sírel estuvo muy alta, tras las brumas de la ciudad. Anduvieron por las anchas calles por buen tiempo hasta que por fin llegaron a Villa Ángel; no sin antes comprar dos botellas de vino.

Antes del alba, y antes de que los vapores de la bebida se disiparan, la pareja salió de Verdelheid hacia la Encrucijada. La Encrucijada era una bifurcación del camino empedrado que llevaba a la Ciudad Nublada. El camino de la derecha iba a Metys, mientras el de la izquierda iba hacia Golu-Dom, bordeando la Montaña de Flamas por el norte y tomando el mismo camino que llevaba directamente al Lago Álgido.

Aunque no dejaron de hablar durante todo el camino, poco a poco el viaje se convirtió en una tortura, como una clepsidra mortal. A medida que avanzaban entre la bruma creciente, la pareja sentía bajar los ánimos, y el sólo pensar que esa mañana sería la cruel despedida era una tragedia.

Y cuando finalmente llegaron a la Encrucijada, la pareja desmontó frente a un letrero de madera con letras talladas. La Encrucijada estaba bordeada de algunos árboles, borrosos a causa de la bruma que ahora se alzaba, pues el amanecer había llegado, esbelto y caluroso. Ambos se posaron uno frente al otro y se miraron con detenimiento, como petrificando el rostro del otro en su mente para convertirlo en un anhelado recuerdo. Entonces Arcalón tomó una bocanada de aire y se acercó a Méladriel, que lo miraba con aflicción. La miró a los grises y brillantes ojos, sumergidos en el rostro que despejaba la bruma. No inmutó una sola palabra en ese momento. Entonces las cristalinas lágrimas de la Mujer cayeron, deslizándose tristemente por sus mejillas, como si el alma se saliera a gotas. Arcalón le secó las mejillas con sus pulgares y reflejó su mirada, y, sin decir nada,



Juan Esteban Peláez

se entendieron. Entonces Arcalón abrazó a Méladriel con fuerza, como si no quisiera soltarla nunca. Y ella devolvió el abrazo con profundidad, como intentando grabar ese momento para la eternidad.

El Hombre montó su caballo, con la cabeza baja y los ánimos destrozados, y volteó a mirar a la joven, que todavía permanecía en el suelo. -Mi premio y mi tesoro serás tú cuando la paz reine, mi amor y mi vida -le dijo.

Méladriel asintió y boleó la mano, despidiéndose del Hombre con una nublada sonrisa en el rostro; sonrisa que sobresalía de la tristeza, mientras se secaba las lágrimas.

El Alazán dio unos pasos más; pero Arcalón lo detuvo de nuevo, y se volteó, melancólico, y observó por última vez a Méladriel.

Ella también estaba mirándolo, mientras Bayo la alejaba, desvaneciéndose así frente al Hombre por entre la niebla.

Arcalón bajó la cabeza, dio media vuelta al caballo y aumentó el paso, mientras con vértigo se preguntaba: «¿La volveré a ver?».

154

Ahora bien, uno de los motivos por los cuales Arcalón decidió ir a Kárijan reposaba en la última frase de la carta: «*La Majestad de las Aguas fue atacada por los súbditos del Demonio, pues él ya sabe que ella tiene una de las cuatro Shidrahas. Pronto atacará a los demás.*». Si Irgoliath había osado atacar a la mismísima Melina, no se demoraría en atacarlo a él y por lo tanto a Méladriel. Aunque Méladriel había sido famosa en Herda y Jerlán, era una desconocida para el Demonio; pero Arcalón ahora era famoso en las tierras enemigas por culpa de Derren. Temía por la seguridad de los dos, y por eso prefirió hacer el largo viaje, aun dejando a Méladriel tomar su rumbo. En las bocas de los nefastos seres de Gorthgath ya retumban algunos nombres, como el de Ángor y el de Bélaron. Arcalón sabía que su nombre también estaba en esa lista, y por lo mismo no podía prolongar la espera.

Todo había empezado días atrás, cuando los espías del enemigo habían informado sobre la ubicación de la Shidraha que tenía la Apsara. Al principio, Irgoliath sabía que la Shidraha estaba en la península, y ese era el mayor motivo de la guerra. Sin embargo, desconocía el paradero exacto de la joya amarilla. Cuando finalmente supo que estaba en Kárijan, no dudó en intentar arrebatársela a la Majestad de las Aguas, pues de esta manera no sería necesaria una invasión a toda la península. Incluso acabaría la guerra al oriente. No era la primera vez que Irgoliath atacaba a una Apsara, pues edades atrás había osado atacar al mismísimo Corazón de los Volcanes; pero su ataque había fallado.

Bien, el ataque a Melina está bien documentado. La Majestad, rodeada de dulces fragancias, observaba el amanecer por la ventana de su habitación. Se había despertado antes de que los soles se asomaran en el horizonte, intranquila, pues ya sabía que los secuaces del enemigo rondaban la isla. El día surgía con una luz anaranjada y rojiza, y el mar cristalino reflejaba las nubes rosadas que flotaban en el cielo azulado. El susurro del vasto mar arrullaba la tranquila ciudad; pero Melina sabía que esa calma era el preludio del combate. Ella sabía bien que ese era el día del ataque.



Juan Esteban Peláez

Los verdes ojos de la Majestad escrutaban sus eternos dominios marítimos, cuando de repente sintió un frío súbito y violento en la habitación. Melina volteó, escudriñando todo el recinto, rincón por rincón. Entonces una bruma espesa y fría se filtró en la habitación, tornándola sombría. Melina, siempre precavida, observaba el estrepitoso cambio del cuarto. La luz de los soles vespertinos parecía hundirse entre la misteriosa niebla circundante. La habitación entonces se tornó oscura en medio del amanecer.

Y de improviso se abrió la puerta del cuarto, lentamente, como movida por el viento. Entonces entró con cautela una esbelta y poderosa figura femenina: Sus extraordinarios ojos amarillos brillaban en el bello rostro, y tenía cabellos dorados. Estaba protegida por una armadura de plata ceñida al voluptuoso cuerpo. Tenía una hombrera ancha y pulida en el costado izquierdo, y una capa negra con un pequeño bordado blanco en forma de rosa. Su tez era pálida y pulida, sin imperfección alguna. Era casi tan bella como Melina. Entró al cuarto lentamente, a la expectativa, sin saber qué esperar. Y al ver a la Majestad de pie al lado de la ventana pareció titubear; pero al notar que la Apsara no parecía violenta pareció tranquilizarse. Entonces miró con detalle a la deidad.

-¡Majestad, que gusto me da conocerla! -exclamó la Yúcida mientras realizaba una venia cínica.

-¿Qué hace uno de los Seis en mis aposentos? ¿Cómo osa Irgoliath a mandar a uno ustedes hasta Kárijan? -preguntó la Apsara mientras observaba seriamente a la hechicera.

-Primero déjame presentarme: Mi nombre es Victoria, de la Almena de Althras -informó la Yúcida.

-Sé quién eres. Eres, al igual que los otros Yúcidas, una exorcista de antaño que sirve a un espíritu arruinado. Y también sé que si hubiera estado dormida me hubieras atacado de inmediato; por eso entraste con cautela, esperando no despertarme. Pero no olvides que yo soy más antigua. Nací en el Río Eleth y estuve en las batallas de otrora, luchando contra demonios primigenios. Ante mí tú sólo eres una niña. Pero quiero saber qué haces aquí -dijo la deidad con sus ojos flameantes, sin titubear, mientras la luz del día se posaba a su espalda. La mirada de la Majestad era tan severa que pareció intimidar a Victoria.

La Yúcida bajó la mirada por un momento; pero, con un orgullo fantasmal, levantó de nuevo los ojos amarillos, mas nada dijo.

Entonces la Majestad sintió vértigo en su interior, como quien está a punto de entrar a una batalla. Y antes de que pudiera reaccionar, un Hombre entró corriendo violentamente y atacó a golpes a la emperatriz. El intruso blandió una espada a diestra y siniestra, y lanzó puños, patadas y sablazos a la Majestad. Incluso golpeó a Melina con el mango de la espada y con la hoja. Todo fue muy rápido, y en la brutal contienda el enemigo logró lanzar el frágil cuerpo de Melina contra la ventana, rompiendo los cristales. Después del rápido estruendo todo fue silencio.

Prerior de Sacrhas, otro de los Seis, fue quien irrumpió y atacó a Melina. Agitado por la lucha, se tocó el rostro y diose cuenta que Melina lo había alcanzado a arañar. La mejilla y la frente le ardían. También se dio cuenta que sangraba, pues las heridas en el rostro habían sido profundas. Entonces suspiró y se asomó por la ventana para ver la ruina de la deidad. La ventana daba a unos acantilados que se levantaban varios metros sobre el mar. -Nadie puede sobrevivir a esa caída -le dijo a Victoria-. No era tan poderosa como decía el amo -añadió. Pero en ese momento detalló una figura pequeña entre el agua que miraba fijamente hacia arriba.

Melina sacaba la cabeza del agua con extrema facilidad, como si flotara, al tiempo que miraba furiosa a Prerior allá arriba. Poco después vio a Victoria asomada por la ventana. Aunque el ataque fue muy agresivo, y Prerior había pensado que había herido a la Apsara



Juan Esteban Peláez

de muerte; Melina no tenía ni un solo rasguño. Todos los golpes, todas las cortaduras, no habían hecho mella en la tersa piel de la deidad. De hecho, Prerior había salido más herido en la contienda que Melina.

Así que el hechicero sacó una pesada hacha; seguido por Victoria, que sacó una espada delgada, larga y esbelta. Al hacerlo, los dos Yúcidas se apresuraron a bajar a la costa para atajar a Melina. Ningún guardia se cruzó con ellos. Y cuando ya estuvieron en la playa, vieron a la Apsara en el mar, con el agua hasta la cintura, intacta y mirándolos con furia. Entonces los Yúcidas se apresuraron a atacarla. Pero cuando ya estaban casi sobre ella, de repente se levantó una ola enorme que los golpeó con fuerza, devolviéndolos hasta la playa y haciéndolos caer de bruces sobre la arena blanca.

Entonces los Yúcidas, furiosos y con arena entre las armaduras, se levantaron para volver a atacar, pero vieron que Melina, aún en el mar, estaba envuelta en una burbuja de agua. Los enemigos se detuvieron, confundidos. Entonces Victoria sacó una pequeña daga y se la lanzó; pero la daga no traspasó la burbuja.

-Tendrás que hacer algo mejor para dañarme, niñita -dijo la Apsara mientras sonreía triunfal.

La hermosa Yúcida, rubia y de ojos brillantes, miró a la Apsara desde afuera del escudo de agua como una figura luminosa y difusa, y sin disimular su furia, apretó los dientes tras sus labios de fresa. -¡Danos la Shidraha, maldita Bruja! -ordenó Victoria, mientras unas llamas doradas brotaban de sus ojos.

Pero Melina sonrió. -Oblíguenme -tentó.

Entonces Victoria se lanzó hacia la playa de nuevo, y cuando estuvo cerca de Melina golpeó la burbuja con su espada varias veces, pero no pudo atravesarla. Y haciendo un aparente arrebato infantil, añadió: -Tú no estás sumergida en la maldición. Nada tienes que hacer en esta guerra. Si entregas la Shidraha la guerra acabará. No volveremos a la península.

Pero Melina meneó la cabeza. -Nada me asegura que ese viejo espíritu decadente deje la península después de entregarle la joya. Además, Irgoliath debe pagar por lo que les hizo a mis amigos y al Corazón de los Volcanes.

Prior entonces entró al mar y, sintiendo el agua entre sus piernas, tomó a Victoria del hombro y la ayudó a salir a la playa. Y sin decir más, los Yúcidas se retiraron, impotentes y vencidos por la Majestad.

Instantes después, con el ambiente más calmado, la burbuja que envolvía a la beldad se escurrió. Melina, intacta pero aún estremecida con el ataque, observó el cielo matinal y posteriormente salió hacia la playa, y de ahí a los bosques azules que rodeaban el palacio. Entonces, cuando ya estuvo en un claro rodeado de pinos, su corazón empezó a latir como un reloj, y casi se desmorona sobre la hierba a causa del temor que ahora la invadía. Había aguantado el miedo estoicamente, pero ahora tiritaba por la adrenalina y las vestimentas mojadas. Cayó entonces de rodillas sobre la hierba, mientras descansaba del violento ataque; rodeada de pinos olorosos y frescos. Soltó un suspiro y quedó tendida allí por varios minutos.

Al entrar al palacio, los guardias se sorprendieron y se asustaron. Pero Melina los calmó.

-Tranquilos, que no los reprocharé. Quienes me atacaron son muy poderosos -dijo-. Llamen a todos los generales, y que toda Kárijan esté en la Plaza de la Sirena en tres días.



Juan Esteban Peláez

Tiempos sombríos y maléficos se acercan, y pronto la guerra dará un giro feroz -añadió mientras entraba a la puerta del palacio.

155

Miles de ciudadanos llegaron a la Plaza de la Sirena, expectante por el discurso de Melina. La plaza estaba forrada de piedra blanca, era plana y ocupaba toda una cuadra. En el medio se erguía una estatua de lapislázuli y turquesa en forma de una Sirena sentada, que reflejaba los destellos de los soles. La plaza era rodeada por edificios espaciosos con cúpulas azules y paredes blancas. Y frente a la estatua se levantaba un poderoso castillo de banderas azules y blancas.

A eso del mediodía, un Hombre de armadura azul salió al balcón. Tras él otros dos soldados. Poco después, Melina apareció ante el pueblo de Kárijan en medio de trompetas de bronce. Los flameantes soles la iluminaron con fuerza, mientras la Majestad recibía con agrado el calor sereno de la isla. Miró al pueblo que la ovacionaba, aplaudiendo y lanzando gritos de alegría. Poco después, todo fue silencio.

-¡Ciudadanos de Kárijan, hace tres días recibí un ataque de dos de los Seis Seres Malditos! Esos hechiceros terribles rondan la isla; pero les pido cordura, pues no dejaré que les pase nada -gritó la Majestad.

Entonces el pueblo se hundió en susurros de asombro y miedo.

-¡Pido que toda actividad sobrenatural y maléfica sea reportada de inmediato, quizás así logremos capturarlos!

En ese momento la plaza cayó en un silencio súbito y temeroso.

Melina miraba con sus hermosas pupilas verdes su séquito. Y poco después miró a todos los capitanes presentes tras ella. -¡La guerra esta vez llegará a las islas, a las puertas nuestro imperio! ¡Con este ataque, Irgoliath ha declarado la guerra abierta! -añadió.

Todos la miraban expectantes y muchos temblorosos, invadidos por el temor de la inminente guerra.

En ese momento la Majestad calló un momento; pero poco después arrogante: -¡Pero el agua sacudirá sus barcos y hará temblar las áridas planicies volcánicas! ¡Que teman los que osen tocar nuestras islas!

Fue allí cuando la plaza se llenó de furor y orgullo, inundado de gritos de valentía.

Melina, al escuchar el coro de augurios, volteó y se retiró altiva. A su paso, mientras los capitanes le hacían una corte, dijo: -Necesito hablar con ustedes.

Y los capitanes la siguieron hasta la sala principal del castillo.

Todos se sentaron en una mesa larga de madera. A la cabecera la Majestad.

-Necesito que pasen lista todas las tropas del imperio, de todas las islas -pidió-. La guerra se nos vino encima y no la vimos venir. Debemos reclutar la mayor cantidad de tropas. Pronto las Tierras Espectrales se agitarán de nuevo, y no solamente desde el occidente. También necesito que envíen un mensaje al emperador Facet de Telheid, y manden un mensaje a Hércól de Falheid, y a Kélkhor, Areshti gobernante de Velheid. También necesito a Arcalón.

Los capitanes la escuchaban atentamente, asintiendo y anotando sus órdenes. La deliberación de la guerra se extendió hasta el crepúsculo.



156

Todo esto había pasado días atrás, allá, al norte, en las islas. Arcalón leí y releía la carta una y otra vez, siguiendo todas las indicaciones al pie de la letra. Primero tenía que llegar a Golu-Dom, después al poblado norte de Llemel, en las Llanuras de Pelts, y después debía seguir el camino terroso que llevaba hacia Linéa. Después venían indicaciones confusas, como por ejemplo el salir del sendero cuando dos sauces verdes flanquearan el camino. A los pies del árbol de la derecha había un camino escondido por la alta hierba. Otra de las referencias era una roca lisa en la playa en medio de una arbolada de pinos y cipreses verdes. Aunque extrañas, las indicaciones eran muy precisas.

Las vastas praderas se abrieron al crepúsculo, y Arcalón, en medio de la enorme planicie, sintió la soledad más que nunca. Almorzó y comió en silencio. Su caballo Alazán era su única compañía en medio de las praderas. Durmió una siesta y una noche sobre la hierba, y se sintió aburrido. Tarareaba canciones y se deleitaba con el paisaje, intentando entretenerse mientras iba sobre el lomo del caballo.

A la segunda noche, Arcalón se encontraba rodeado de azuladas praderas a la sombra de la Montaña de Flamas. Allí decidió dormir a las faldas de la montaña, y cayó profundo sobre el pasto a causa del cansancio. Al día siguiente, un viento helado lo despertó. El Alazán pastaba apetitosamente sobre el húmedo suelo. Entonces Arcalón se levantó, tomó un baño en una pequeña quebrada y se encaminó hacia el norte, hacia Golu-Dom. Subió los arenosos senderos serpenteantes, flanqueados a la izquierda por soberbios muros de piedra volcánica y a la derecha por abrumadores precipicios. Sin embargo, el camino no fue difícil.

Y antes del mediodía bajó a los lindes del oscuro Bosque Denso. No se explicaba cómo ese hermoso bosque que había cruzado varias veces durante la Gran Guerra se había convertido en el espeso recinto de muerte. Los sauces, robles y cedros que antes se levantaban frondosos, gruesos y olorosos, ahora se retorcían lúgubres, como brazos mortuorios que desean ocultar maldiciones. Las plantas trepadoras envolvían los árboles tristes y rebosantes de telarañas. El aire se sentía pesado y el viento no fluía en el interior. El bosque, lleno de zarzas y espinos, se había vuelto un lugar fúnebre, como una bóveda arbórea repleta de fantasmas. Lo peor de todo era que Arcalón sólo alcanzaba a ver los lindes; y sólo eso bastó.

Entonces, sin acercarse al bosque, subió unas cuantas colinas herbosas. Y desde la punta de una cuesta alta vio el Lago Álgido en su totalidad, plateado bajo la luz de la Dama. El Castillo de Cristal, rodeado de pinos azules, era lo único bello en tal podredumbre, y relucía como una perla en la isla. Entonces sintió un gran alivio, pues supo que estaba próximo a llegar a Golu-Dom.

Bien, durante el resto del viaje no hubo novedad alguna. Arcalón siguió todas las indicaciones hasta por fin llegar a la playa escondida entre la arbolada de cipreses. Grande fue su alegría al ver desde una colina el vasto mar, el límite septentrional de Falheid y los dominios de Alheid. Entonces cerró los ojos para disfrutar del susurro del mar, e inhaló



Juan Esteban Peláez

profundamente. Arcalón habíase vuelto amante del mar, y le había sido difícil desprenderse de él al vivir con Méladriel. Pero él amaba a la joven de ojos grises, y por eso había cambiado el mar por ella sin dudarlo. Pero ahora que escuchaba de nuevo el oleaje sintiose alegre, y sonrió.

Arcalón, descansado, se apresuró a bajar a la playa arenosa. Aunque no estaba seguro de haber seguido todas las indicaciones, y la duda no lo había dejado en paz durante todo el viaje, todo indicaba que estaba en el sitio correcto. Así que se sentó a la orilla del mar, cerca de una roca lisa que semejaba un dedo pétreo saliendo del agua (tal y como la carta lo indicaba). La carta también decía que allí lo esperaría un mensajero una semana y media. Arcalón estaba en el rango de tiempo correcto. Entonces se quitó las botas para sentir la arena en sus pies, comió algunas galletas partidas que todavía tenía, y esperó.

Sin embargo, la espera se hizo cada vez más larga, y Arcalón empezó a dudar. «¿Será que éste no es el lugar?» se preguntó. Allí esperó bajo el velo de la duda por unas horas, mirando todo su alrededor y perdiendo la mirada en el mar, hasta que sintió un burbujeo cerca de la roca. Entonces Arcalón miró detenidamente.

De nuevo se escuchó el burbujeo. Y poco después un chapoteo hizo que el Hombre saltara hacia atrás. Arcalón sacó su espada con presura, pero quedó impactado al ver lo que en verdad sucedía: Sobre la piedra apareció una bella figura. Tenía una cabellera roja y mojada pegada al rostro, unos ojos azules como el cielo, y una boquita pequeña y húmeda. Su piel era pálida, y una cota de malla resplandeciente y ceñida la cubría desde el cuello hasta un poco más arriba de su ombligo. Pero no tenía piernas; en vez tenía unas escamas de un color plata azulada que formaban una cola de pez que meneaba coquetamente, mientras lanzaba mimadas miradas.

-Debes ser Arcalón, el Jinete Escarlata -dijo la Sirena.

-Te ha mandado Melina, ¿cierto? -preguntó el Ajedrecista sin rodeos.

-Pareces irritado conmigo -replicó la Sirena.

-He tenido un camino largo, estoy cansado y extraño mis amigos y mi amada, ¡ah!, y tengo hambre. -dijo Arcalón con calma y sonriente mientras miraba el rostro grácil de la Sirena.

La bella pelirroja calló por un momento, pero poco después empezó a jugar con el Hombre. -¿Es que no quieres saber mi nombre? -preguntó mientras salpicaba agua con su delicada mano sobre el rostro del Hombre.

Arcalón sonrió de nuevo.

-Mi nombre es Serena -dijo mientras chapoteaba en el agua con la cola.

-Bien Serena, necesito saber si me tienes un mensaje de la Majestad -dijo Arcalón con dulzura.

-La guerra sé acerca a su final, y un golpe tempestuoso es preparado. La Majestad de las Aguas ha enviado emisarios por toda la península, pues desea más ayuda. Pero la Majestad necesita hablar contigo -informó.

Arcalón escuchó atento.

-No sé qué sucede exactamente, pero la situación está agravada. Ahora, al parecer, los dos Yúcidas que atacaron a la Majestad circundan por la península, merodeando por el Bosque Denso. La clarividencia de todos los seres mágicos fue nublada, y hasta la mismísima Majestad quedó ciega por los poderes del enemigo. Melina te explicará con detalle, pues yo no sé mucho.



Juan Esteban Peláez

Arcalón miraba con asombro hacia su izquierda, hacia donde creía estaba el Bosque Denso, tras las colinas y las arboladas cercanas, mientras escuchaba el relato de la Sirena.

–Si eso es verdad, Metys corre más peligro que Kárijan -aseguró.

-La Majestad ya envió la alarma a la Ciudad Enladrillada. Tú debes ir a Kárijan -respondió Serena.

-Ni siquiera me despedí de mis amigos -replicó angustiado el general.

-No creas que yo disfruté mucho el viaje: Me tocó nadar por estas aguas heladas y llenas de filosos corales -añadió la Sirena intentando animar al Hombre; pero al ver la mirada perdida y ensimismada de Arcalón, se sumió en silencio. Y sin pronunciar una sola palabra, la Sirena se zambulló en el agua, dejando a Arcalón pensativo. Poco después, la Sirena volvió a salir a la superficie. –Vamos, que el barco te espera.

Arcalón asintió y llevó al Alazán por la costa, siguiendo de cerca a la Sirena pelirroja.

Caminaron por entre un juncal por buen tiempo, hasta divisar una pequeña goleta en la playa. El barco se veía como una cuna de madera mecida por el agua. Tenía velas blancas y un alto mástil coronado con una cofa bien labrada. Varios marineros que conocían la reputación de Arcalón se apresuraron a saludarlo con venias respetuosas. Arcalón sonrió, y por un momento volvió a sentirse un almirante. Subió a cubierta con el Alazán. Poco después elevaron anclas.

Pero la Sirena no se fue. En vez, siguió nadando al lado del barco por casi todo el viaje. De vez en cuando Arcalón la perdía de vista, pues se zambullía a buena profundidad, pero de repente salía como un delfín, dando juguetonas piruetas. La Sirena miraba a Arcalón con frecuencia, sentado tras la barandilla del castillo de proa, cerca del bauprés. La Sirena, de manera extraña, sentíase atraída por el Hombre, mas no deseaba hechizarlo, y por lo mismo evitó cantar. Sin embargo, parecía no disimularlo, y realizaba ademanes coquetos cada vez que el Hombre la miraba.

Esto se repitió por días. Pero Arcalón permanecía cabizbajo, pensativo y aburrido. Muchos pensamientos se le cruzaban por la cabeza, y el más imperioso era el recuerdo de Méladriel. ¡Qué bellos fueron los días pasados! Arcalón todavía tenía presentes los momentos gratos al lado de la Mujer, y aunque habían pasado pocos días desde su partida, cada vez se le hacía más difícil aguantar su ausencia.

Y poco antes de llegar a Kárijan, durante el atardecer, Arcalón se acercó a la proa para hablar con la Sirena. El mar era dorado por la luz en el cielo, y nubes negras de vientres de oro paseaban lentamente, cubriendo los dos soles de vez en cuando.

-¡Serena! -gritó Arcalón mientras miraba el suave olaje de oro.

Y poco después la Sirena salió a flote, con el agua hasta los desnudos hombros y el cabello rojizo lleno de algas. -¿Sucede algo? -preguntó con dulce voz.

Arcalón asintió. –Quiero darte las gracias -dijo con profundidad-. Tu compañía en verdad me agradó mucho. Me alegra que hayas ignorado mi mal humor.

Entonces la Sirena se sonrojó. –El placer fue mío -aseguró mientras se quitaba el mojado cabello del rostro. Entonces se tomó la muñeca y zafó de ella una pulsera hecha con caparazones de animales marinos de varios colores. –Te pido que aceptes esto, para que me recuerdes -pidió.

Arcalón la miró con profundidad. El mar brillaba y la hacía ver más bella. –No necesito un regalo para recordarte -aseguró.



Juan Esteban Peláez

Pero la Sirena meneó la cabeza. –Los Hombres olvidan muy fácil, a diferencia de nosotras. Sólo acéptala. Es muy importante para mí -aseguró mientras extendía su mano para pasarle la pulsera.

Arcalón asintió, le envió una soga delgada y la Sirena amarró allí la pulsera.

-La cuidaré como si fuera un tesoro -dijo Arcalón.

-Eso espero -respondió la Sirena mientras sonreía.

157

Arcalón llegó a Kárijan al día siguiente, cuando el alba todavía era joven. Los pinos azules se elevaban como espigas alrededor de la blanca ciudad de cúpulas brillantes. El barco entró por el Paso de las Sirenas y llegó a los muelles. Aunque Arcalón ya conocía la ciudad, nunca dejaba de sorprenderse por su magnificencia. Visitó algunos conocidos de la ciudad, se bañó y comió en un hostel y al anochecer se encaminó al palacio de la Majestad de las Aguas.

La Dama de la Noche resplandecía y mostraba un halo destellante, dejando caer una fuerte luz plata sobre el mar. Entonces, bajo el manto nocturno, el Hombre subió la pendiente que llevaba al palacio, halando al Alazán de las riendas. Arcalón jamás había visto brillar tanto a Sírel. Siguió bajo la luz pálida por el camino, entre las sombras de los pinos, mientras le parecía ver Hadas pequeñas y brillantes entre los pinos que flanqueaban el camino.

Finalmente llegó al palacio. Las losas blancas se abrían como un gran tapete frente al enorme portón. Allí había dos hermosas fuentes de agua cristalina que caía a unos pilones abovedados de piedra blanca. El portón estaba iluminado con antorchas danzantes, y dos guardias de capas azules se encontraban frente a unas columnas blancas que flanqueaban la puerta.

Un tercer guardia se apresuró al Hombre. -¿Quién es usted? -preguntó, ignorante y sereno. -Soy Arcalón, el Jinete Escarlata de Metys. La Majestad de las Aguas me pidió que viniera.

-¡Arcalón! ¡Por favor siga! -se apresuró a decir el guardia mientras lo invitaba a entrar al palacio con una venia. Al mismo tiempo que otro guardia se apresuraba a tomar al Alazán. Arcalón bajó la cabeza como agradecimiento y lo siguió.

El guardia lo llevó por un corredor hasta una cámara contigua. Allí se encontraban todos los representantes de la península dialogando en extraño concilio: Kélkhor, Órenot y Hérself. Ya llevaban varios días reunidos.

-¡Arcalón! ¡Qué sorpresa verlo por acá! No pensé que la Majestad también lo hubiera convocado -se apresuró a decir el gobernante de Falheid. Hérself trataba muy bien a Arcalón (pues él lo había ayudado a obtener el trono), pero lo envidiaba por su fama y lo deseaba fuera de sus dominios.

Arcalón saludó con una venia.

Poco después llegó la Majestad de las Aguas con tres Mujeres más. Melina vestía una manta rosada pastel de mangas blancas, y tenía el cabello brillante, suelto y sedoso. Sus ojos mostraron desdén y orgullo frente los gobernantes; pero su arrogancia cambió cuando vio a Arcalón.



Juan Esteban Peláez

-¡Arcalón! -exclamó animada, y el Ajedrecista sintió la voz de la Majestad en su cabeza: «Tenemos que hablar en privado» decía la voz mientras Melina observaba sin mover los labios.

El Hombre asintió.

Entonces la Apsara lanzó una dulce sonrisa y se enfocó de nuevo a los gobernantes. -Tomen asiento por favor, líderes de la península; porque lo que les tengo que decir no es agradable -informó la Majestad, y su voz suave retumbó en los estupefactos Hombres que, siguiendo el consejo como una orden, se sentaron de inmediato.

Arcalón sentóse al lado derecho de la imponente Apsara.

Melina prosiguió. -Los enjambres de Nomos y arácnidos se multiplican más allá de los volcanes, en las negras y humeantes faldas de la Muralla de Volcanes, y tres de los Seis han estado usando el Bosque Denso como un escudo, y han cavado fosos enormes, hondos y apestosos. También hay túneles profundos y oscuros que llegan hasta la mismísima Montaña de Flamas. Los Yúcidas deben tener un séquito poderoso, y el volcán es un cubil perfecto para entrenar bestias aladas y para criar dragones. Irgoliath ya no tendrá que esperar a que el Paso de Llamas vuelva a caer. Nuestro enemigo no es tonto; es un Espíritu de las eras antiguas.

Todos los Hombres escuchaban atentos el informe.

Ella prosiguió sacando un mapa de todo el mundo conocido. -El Espíritu mismo ha tomado las riendas de su ejército. Ya hace dos meses todos los ejércitos de Irgoliath se preparan para el llamado. Algunos mandan refuerzos en barcos enormes, trepando por el Río Harllén. Al sur de Gorthgath son enviados ejércitos enteros a las Almenas. Y un ejército de Nomos del país sureño de Félgor aclama el nombre del Espíritu. Más allá de Félgor bajan Trolls de las Cavernas y Nomos. Las Almenas se preparan y los seis hechiceros ya están listos. La Península de los Elementos no aguantará sola -finalizó, soltó un suspiro y descansó en su silla.

-Si el Demonio está listo, ¿qué lo detiene? -preguntó Órenot, príncipe del Imperio de la Tierra y primogénito de Facet. El príncipe era joven y admiraba a Arcalón de sobremanera.

Entonces Melina miró hacia la ventana y dijo: -Los ejércitos del enemigo le temen aún al Corazón de los Volcanes. Además, sabe que mis hermanas y yo nos interponemos a sus designios.

-¿Hermanas? -preguntó Kélkhor.

-Sildaéral y Aldaéral -respondió Arcalón.

-Las Apsaras que nos ayudaron en Ahl -añadió Hérsolf.

-Pero ni las Amatistas ni yo podremos resistir un embate de tal magnitud. No venceremos a Irgoliath si invoca su maldición en el Bosque Denso y en las Tierras Espectrales -aseguró Melina.

-¿Entonces para qué nos has llamado? ¿Para apagar todas nuestras esperanzas? -preguntó Hérsolf, inquieto y con los ojos fijos en el mapa.

-Herda y Jerlán están casi en ruinas y no creo que brinden mucha ayuda. Sin embargo, mientras la maldición no sea invocada podremos ganar. Además, he enviado emisarios a los únicos que nos pueden ayudar. La respuesta debe estar por llegar -aclaró la Majestad. Arcalón miraba el mapa y escuchaba atento; pero en ese momento recordó a Méladriel y sintió un vacío en su pecho. Se preguntó por ella y anheló verla de nuevo, con sus cabellos negros al viento y sus ojos grises brillantes. Entonces suspiró.

-¿Cuáles son esos amigos? -preguntó Kélkhor entonces.

-Primero deben saber que la cuarta Shidraha ha sido encontrada. Quienes tienen la cuarta Shidraha también odian a Irgoliath -respondió la Majestad.



Juan Esteban Peláez

-¿Acaso la Shidraha no se había perdido en el Mar de las Deidades? -preguntó Órenot. Entonces Melina meneó la cabeza. -La Shidraha alcanzó a llegar a tierra firme -respondió. En ese momento todos entendieron lo que Melina quería decir, y retuvieron el aliento, atónitos.

Arcalón miró los rostros pálidos de los gobernantes, y temió lo peor.

-¡Jamás no ayudarán! ¡No son más que unos carniceros! ¡Egocéntricos de una raza arruinada que se aferran a las glorias del pasado! -exclamó Órenot, furioso.

-Cálmate -pidió la Majestad con serenidad, pues esperaba tal reacción.

-Estoy de acuerdo con el príncipe -dijo Kélkhor.

Entonces fue Arcalón quien habló. -Ellos jamás nos ayudarían, Majestad. Sólo desean reconquistar estas tierras y someternos, tal y como lo hicieron antaño -dijo seriamente.

La Majestad observó a Arcalón con detenimiento, y meneó la cabeza. -El impulso de odio hacia Irgoliath los impulsa más que la codicia -aseguró-. Además, han decidido entregarme la Shidraha para que yo la cuide. La maldición los sumergió hasta el pozo más profundo, y están cansados de sufrir por esa joya maldita. Si tengo esa Shidraha en mi poder le quitaremos más poder a Irgoliath. Él ya sabe también de la ubicación de la joya, y es sólo cuestión de tiempo para que la recupere. Si lo logra todo estará perdido. Debemos adelantarnos.

-¿Es que acaso no tenemos otra salida? -preguntó Órenot.

Y Melina meneó la cabeza. -Tampoco me hace muy feliz pedir esa clase de ayuda, pero no podemos dejar que el Espíritu se apodere de la joya y de la península -añadió.

Órenot suspiró entonces. -No aceptarán ayudarnos -insistió.

-Ya lo hicieron -aseguró Melina mientras sonreía triunfal.

Todos los de la reunión la miraron con sorpresa.

-¿Los Ariánicos nos van a ayudar? -preguntó Arcalón.

Y Melina asintió. -Hace poco me enteré que la cuarta Shidraha sí llegó al Continente de los Bosques, a Pacán. Los reinos Ariánicos del norte la tuvieron por décadas; pero ellos también cayeron en la maldición de Irgoliath. Muchas guerras entre ellos se formaron por la codiciada Estrella de Inframundo. Ahora los Ariánicos, en este momento arruinados, quieren descansar de la maldición. Por eso decidieron traerla y entregármela.

-Así que los Ariánicos nos van a ayudar -dijo Arcalón como convenciéndose a sí mismo. Y Melina asintió. -Debemos confiar en los Ariánicos, por lo menos por ahora -aseguró, soltó un suspiro y miró a los gobernantes.

Órenot, cabizbajo, dijo: -Esos Hombres nos odian por no ser iguales a ellos. En verdad no entiendo el motivo para confiar en esos asesinos.

Entonces Melina preguntó: -¿Has estado cerca de la muerte, príncipe?

Órenot levantó la mirada, extrañado, y asintió. -Todos los presentes, si no me equivoco -respondió.

Y Melina asintió. -Ya hemos probado la maldición de la Shidraha, unos más que otros. Ellos saben de la maldición, y saben en qué consiste, así que desean romperla, quizás más que nosotros -aseguró Melina.

-No debatamos más -interrumpió Hérself-. Si no hay más opción entonces debemos aceptar la ayuda de los Ariánicos.

-Pero no es gratis, ¿cierto? -preguntó Kélkhor.

Melina tomó aire y dijo: -Obviamente debemos pagarles por los servicios prestados -dijo.

-¡Lo sabía! -exclamó Órenot furioso.

-Pero yo me encargaré del pago -aseguró Melina-. Ustedes no deben hacer nada -añadió.

Entonces el príncipe miró con detenimiento a la Majestad. -Prácticamente vas a comprar la Shidraha -aseguró astutamente.



Y la Apsara asintió.

-Entonces sigamos con los planes -pidió Kélkhor.

Cuando todos se levantaron de la mesa, Melina se dirigió a Arcalón. -Te espero en el cuarto del tercer piso, pues debemos hablar -dijo mientras delicadas fragancias la rodeaban y sumergían a Arcalón en un dulce sopor.

El Hombre quedó pensativo. Descargó sus cosas y se acomodó en una habitación del palacio. Y poco después, sin importarle el cansancio, Arcalón fue a ver a la Majestad de las Aguas.

El Hombre salió a altas horas de la noche de su cuarto, subió las escaleras y llegó a un cuarto de puerta ancha. No había un sólo guardia a la vista, y el palacio dormía silenciosamente. Entonces Arcalón entró al cuarto donde la espaciosa cama de la Majestad se postraba fragante y cómoda, llena de cojines. A su izquierda, la ventana que se había roto con la caída ya estaba reparada y se encontraba abierta, dejando los vidrios plateados y las cortinas blancas danzando al paso del viento. Al frente de otra ventana más lejana, Arcalón encontró a la Majestad sobre un balcón. Desde el balcón la vista al mar era hermosa y las aguas parecían blancas y vacilantes. La Majestad tenía la mirada fija en el horizonte, y poco después miró a la Dama, y tuvo que poner su delicada mano como visera para cubrir sus ojos verdes del destello plateado.

Arcalón se acercó, y cuando salió de la ventana, su ropaje rojo se aclaró bajo la noche blanca, y se posó al lado de Melina tímidamente. -¿Necesitabas hablar conmigo? -preguntó con respeto.

Melina lo miró y lanzó una sonrisa hermosa. Sus ojos brillaban como piedras preciosas a la luz clara. Poco después miró a Sírel. -Jamás la había visto brillar así -dijo pensativa. Arcalón asintió. Entonces miró la Estrella de Jores. -Ese pequeño punto blanco está allí por ella -dijo refiriéndose a Méladiel.

Melina lo miró entonces con dulzura. -¿Crees en el amor? -preguntó.

Arcalón la miró con sorpresa.

-Aunque me costó tiempo, aprendí a comprender qué es el amor para los Humanos. Es un sentimiento bello e insondable, que poco a poco deja de ser una emoción y se convierte en una decisión. Pero tú estás aquí y ella en Verdelheid; una gran distancia y funestos acontecimientos de por medio -aclaró Melina.

Arcalón seguía atento, como si las palabras de la Majestad fueran amargas verdades.

-No cometas el mismo error que Norad y yo cometimos -dijo la Apsara finalmente.

En ese momento Arcalón puso una cara de sorpresa.

-Si debes ir por ella hasta Herda, ve por ella. Yo misma te daré un barco. Pero no la dejes ir.

Arcalón entonces se imaginó yendo por ella como lo hizo años atrás. Pero temía encontrarse con una reina que lo despreciara. Sin embargo, miró a la Majestad y sus dudas parecieron disiparse. -Iré por ella cuando esto acabe -aseguró.

Melina lo miró y poco después miró de nuevo al mar de plata fría. -Sé que tienes muchas preguntas sobre Norad. Pregunta. Te responderé con gusto -dijo mientras meneaba su cabeza para quitarse los cabellos negros del rostro.

-¿Qué decía la carta del listón rojo? -preguntó Arcalón un poco más confiado.

-En la carta Norad decía que me amaba. Y su pérdida me hizo ver la ruina de la guerra. Esa pérdida me llevó a buscar la paz y a acabar el conflicto en la península -respondió Melina.



Juan Esteban Peláez

-Amabas a Norad, y el listón rojo representaba algo importante, no sé qué es, ni sé si estoy equivocado; pero es lo que creo. No hay que ser Mago para darse cuenta -replicó Arcalón mientras detallaba el listón rojo que se trenzaba en la muñeca derecha de la Majestad.

Esta vez el asombro abordó a hermosa Apsara. Ella bajó la cabeza y se ensimismó, y sus pensamientos y su melancolía afectaron también al Hombre.

-¡No era mi intención hacerte sentir mal! ¡Te lo juro! -se apresuró a decir el Hombre, apenado.

-No, Arcalón, no es eso. Los recuerdos vienen a cada momento, y me parece que fue ayer cuando se posaba a mi lado y nos sentábamos a hablar por horas, contándonos los más profundos secretos. Me parece que fue ayer cuando me senté por primera vez en el trono de Alheid, y Norad se arrodilló ante mí y juró protegerme. De inmediato lo hice levantar, ya que un amigo nunca se debe inclinarse; eso también va para ti -en ese momento la Majestad calló y miró al cielo. Poco después prosiguió. -Gracias a ti supe que me amaba. Este listón representaba su corazón, y tú me lo trajiste -dijo mientras mostraba el listón de su muñeca. Estuvo en silencio un momento y prosiguió: -La guerra aún está lejos de terminar; pero todo acabará si el Corazón de los Volcanes finalmente despierta. Irgoliath no puede vencer a las Amatistas y a mí; pero nosotras tampoco podemos vencerlo a él. Estamos estancados y sólo sus ejércitos pueden darle la ventaja. Por eso es importante mantener la maldición lejos de la península. Para que la balanza se incline a nuestro favor la necesitamos a ella-. Entonces miró hacia el occidente, donde creía estaba la Muralla de Volcanes-. Los Ariánicos vendrán mañana, y en tres días tendré toda mi flota lista para ir Sadamarca; necesito primero sacar a Hélix de la guerra.

-¿Y Metys? -preguntó Arcalón.

Entonces Melina volteó a mirar a Arcalón, y pareció angustiarse, pues recordó que no sólo ella estaba involucrada en la guerra. Ella sabía que Metys estaba muy cerca de las garras demoníacas, y que sería Irgoliath quien daría el primer golpe. -Hérsolf debe defender su capital -dijo.

-Y yo también -aseguró Arcalón.

En ese momento Melina sintió un gran dolor en su interior, pues cayó en cuenta que su querido Arcalón estaba en gran peligro. Si Irgoliath tomaba Metys la guerra iría muy mal. Pero sabía que no podía hacer mucho, y asintió. -Sólo prométeme que te cuidarás lo mejor que puedas -pidió.

Y Arcalón asintió. -No dejaré que ningún enemigo entre a Metys -aseguró.

Melina sonrió entonces.

Y Arcalón un poco preocupado, dijo: -Espero que todo acabe rápido para poder ir a Herda y estar con Méladriel para siempre.

-Y que ambos puedan estar en paz -dijo Melina finalmente.

158

Arcalón llegó muy temprano al salón donde se había previsto la reunión. Esperó en silencio por unos minutos hasta que llegó Hérsolf. Ambos Hombres hablaron un poco sobre la defensa inminente de Metys. En ese momento llegaron Kélkhor y el príncipe Órenot. Poco después Melina, acompañada de tres Hombres de talla media, y de cabellos castaños claros y ojos mieles. Todos tres eran muy corpulentos. Vestían sedas amarillas y verdes, y uno de ellos ostentaba una corona de plumas irisadas. Los otros dos tenían una corona de plata con una sola pluma de color rojo. Sin duda eran los Ariánicos de más allá del mar.



Los tres Hombres se sentaron sin reverenciar a ninguno de los presentes, pues eran petulantes, y se sentaron cerca de la Majestad. El Hombre de la corona emplumada era el embajador de un poderoso reino llamado Cánt. Los otros dos Hombres representaban a los reinos de Malaquil y Patuc. Los tres reinos estaban en el norte del Continente de los Bosques, entre las densas selvas, y habían pertenecido al Imperio de los Dos Soles. Pero, a diferencia de otros reinos, estos tres habíanse vuelto poderosos después de la caída del imperio, una edad atrás.

La reunión con los Ariánicos en verdad no duró mucho. Por medio de Melina, que era la intérprete, los embajadores Ariánicos aceptaron ayudar a Falheid y Telheid por el precio justo; pero aseguraron que llevar los navíos Ariánicos hasta la Península de los Elementos no sería fácil y tomaría mucho tiempo. Confiar en los Ariánicos no era en verdad una buena idea, pues los Ariánicos, de linaje antiguo, repudiaban la raza mezclada (la raza de los Írimos). Los Írimos eran una mezcla de Nórdicos, Ariánicos y Nocturnos, y habitaban casi todo el occidente del Antiguo Continente. Todos los reinos de la alianza eran reinos Írimos. Pero, a pesar de todas estas filosofías, los Reinos del Antiguo Continente no tenían más opción que confiar en los Hombres Ariánicos de más allá del Mar de las Deidades.

Después del concilio, todos los emperadores decidieron ir a sus tierras y armarse para el enfrentamiento. Arcalón quedóse dos días más en Kárijan. Y al tercer día, a la sexta hora, Arcalón se despidió de Melina y zarpó hacia Metys, donde el golpe de Irgoliath sería fuerte y violento. Allí caería la maza de Irgoliath con más poder, empuñada por tres de los Seis. Ni siquiera Dan-Silum, la mejor fortaleza construida por los Hombres, había recibido un ataque tan furioso. A Herda sólo la habían atacado dos hechiceros. Pero en el Bosque Denso había tres Yúcidas, ocultos bajo los monstruosos ramajes.

La despedida en verdad fue rápida, pues el nerviosismo de Arcalón crecía con cada día que pasaba, más que todo al pensar en la suerte de su amada hermana Almond. Ella ahora vivía en Metys, en el apartamento de Arcalón.

-Majestad, no puedo quedarme un día hablando contigo, como deseo; pero quizás cuando la guerra acabe, y si logro sobrevivir a ella, hablaremos todo un día -dijo Arcalón apenado. Melina, siempre orgullosa, miró al Hombre con profunda tristeza; pero dijo serenamente: -Arcalón, debes sobreponerte a la guerra. Lo harás. No puedo ayudarte a defender Metys, ya que mi prioridad es Sadamarca; pero te prometo que te ayudaré en todo lo que esté a mi alcance.

Arcalón sonrió y agradeció con una venia. Entonces pensó darle un beso en la mejilla como despedida, pero no tuvo el valor para hacerlo; la energía de la Apsara aún lo afectaba. Así que subió al barco y simplemente le boleó la mano.

Después de unos días, sobre la vasta planicie que se abría en la última jornada, Metys ya era visible. Arcalón, cansado y con hambre, se dirigió a la puerta de la ciudad que miraba al norte como una furiosa boca de labios enladrillados. La arcada tenía un arco puntiagudo, y había allí dos enormes puertas de madera que eran adornadas con enormes tridentes de piedra roja y pernos negros. La entrada estaba custodiada por dos soberbias y altas torres rojas, con pináculos y tejas negras, y banderas rojas con la silueta de un dragón amarillo que flameaban con el viento. La muralla estaba defendida por un parapeto alto y grueso. Arcalón llegó a Metys cuando el día declinaba, y el crepúsculo bordeaba la



Juan Esteban Peláez

lejana Montaña de Flamas, a la derecha. Las antorchas de Metys ya estaban prendidas y toda la muralla estaba iluminada.

Cuando la puerta se abrió, Arcalón observó a los Hombres que vigilaban el muro de la ciudad, y se sorprendió. Los soldados tenían una capa roja que llegaba hasta sus tobillos, y el emblema de la Montaña de Flamas. Sus cascos eran enterizos y sus rostros no eran visibles. Eran Hombres que pertenecían a la Élite del Fuego; las mejores tropas del imperio. Era extraño ver a los mejores Hombres apostados en los muros, pues ese era trabajo de los guardias y no de los guerreros más fieros.

Entonces Arcalón saludó a los guardias, y estos lo recibieron avivadamente. El Jinete Escarlata preguntó quién estaba a la cabeza de la guardia de Metys.

Y un soldado apostado en la puerta respondió: -El Jinete Escarlata Marcov nos mandó a la guardia. Al parecer el señor Hérculf lo ordenó.

Arcalón se dirigió a una de las enormes torres vigías y pidió hablar con Marcov.

Poco después, un Hombre con armadura lo atendió. -Sé que parece raro que la Élite esté en la muralla; pero es orden de Hérculf. Dio la orden antes de ir a Kárijan. Al parecer fue a pedir ayuda a los Hombres de más allá del mar. El emperador llegó hace algunos días; pero insistió en dejar la Élite en los muros -informó Marcov, que era alto y corpulento, con una barba tupida y ojos severos.

Arcalón meneó la cabeza en señal de desacuerdo. -Lo mejor es retirar a nuestras mejores tropas del frente. Son Hombres fieros y muy necesarios. Cambie la guardia. Yo después hablaré con Hérculf -aseguró Arcalón.

Marcov, aunque tenía el mismo título que Arcalón, dudó un momento; pero como estaba muy inspirado por los logros de Arcalón y lo admiraba, aceptó.

Poco después, Arcalón se dirigió hacia las Torres de Nevard, a su hogar. El ambiente era diferente al de años atrás, y el temor fluía en el aire. La ciudad parecía estar asustada por quién sabe qué fantasma. No eran las ocho de la noche cuando ya todos los habitantes se encontraban en sus casas, cerrando las ventanas y trancando las puertas. Arcalón, saboreando un jugoso carambolo, miraba con preocupación la atemorizada ciudad, y poco después se encontró solo por el camino pedregoso. La Dama no era visible y sus hijas estaban veladas. Los cascos del Alazán eran lo único que producían ruido en Metys. Arcalón pasó varias casas y miró el cielo nubado y expectante, sintiendo el inclemente viento frío del altiplano.

Tomó entonces la calle principal, y descansó cuando vio el puente de la Quebrada Roja. La Quebrada Roja era una pequeña quebrada que recibió su nombre por las plantas acuáticas que enrojecían el agua en secciones. Todo el canal de la quebrada estaba protegido por parapetos muy altos. El puente que la atravesaba era abovedado y de ladrillo.

Entonces Arcalón se apeó, entró a pie al puente y sintió un viento helado en la bóveda. En el umbral, sintió por un momento un temor inexplicable. Así que entró lentamente, prácticamente arrastrando de las riendas al Alazán. El caballo estaba inquieto. Arcalón miró a todos lados, inquieto. A su espalda se encontraba un desolado y tenebroso paraje, donde las casas se velaban de niebla y el camino se perdía en la bruma como una sierpe. Al frente, al final del puente abovedado, un pequeño manto de niebla delgada cubría algunos edificios. Pero el tormento inexplicable parecía estar en el umbral del puente.



Así que Arcalón, seguro de que algo lo rondaba, sacó su espada. El Alazán se inquietaba cada vez más al acercarse al final del puente entechado, y relinchaba. Y, de súbito, Arcalón escuchó unos fantasmales y lentos cascos a su espalda. Giró rápidamente, apretando con fuerza el mango de la espada y con el corazón acelerado; pero no había nada. Entonces sintió la respiración complicada, y su corazón a toda velocidad; se sentía acorralado, como si el puente mismo fuera una trampa. Segundos después, bordeado de un gran silencio, sintió unos pasos exactamente frente él.

Entonces Arcalón se inundó en el miedo, y llevado por el temor, se montó en al Alazán y se dirigió a todo galope hacia la salida. Y cuando pasó el umbral del puente, sintió un frío aterrador, y se escuchó un grito agudo, terrorífico y horripilante, que subió de tono hasta desaparecer en tonos agudos. El Alazán sólo se detuvo a unas calles de la quebrada, y sólo allí Arcalón se tranquilizó; pero decidió no devolverse. En vez de eso, se fue a Nevard, aún asustado. Tiempo después, Clara le aseguró que ese incidente correspondía a la Maldición de la Shidraha, que cada vez estaba más fuera de control, y que probablemente se había cruzado con Espectros, pero la Shidraha estaba aún lejos y no logró verlos.

Ahora bien, Arcalón anduvo hasta llegar a las torres. Entró y entonces el cansancio empezó a notarse. Había comido un poco en la entrada de Metys; pero eso había sido horas atrás.

Apenas entró Almond salió del cuarto con un libro en la mano. -¡Arcalón! -exclamó muy contenta-. No te esperaba, pero me alegra que hayas llegado. ¿Ya comiste? -preguntó mientras lo abrazaba y le tomaba el rostro, inspeccionándolo.

Arcalón se alegró mucho de ver a su hermana, y negó con la cabeza. -No he comido muy bien -dijo.

-Entonces deja las alforjas y báñate mientras yo preparo algunos huevos. Apesta -dijo en tono burlón.

Arcalón sonrió. -Llevo varios días de viaje. Es obvio que apeste -añadió. Entonces se fue a bañar.

Arcalón, luchando contra el sueño y el cansancio, le contó a Almond todo lo sucedido en Kárijan y en la Quebrada Roja; pero antes de media noche no pudo aguantar más y se acostó, y durmió plácidamente. Su cama le pareció una bendición, y en ella durmió profundamente aliviado.

El día siguiente fue frío y lúgubre. La ciudad estaba bajo un temor expectante y creciente. Arcalón, después de descansar, recibió la visita de algunos conocidos, incluyendo a Sergail, que estaba de licencia. Contó a Sergail y al resto, políticos y nobles, lo ocurrido en el puente, y la alegría pronto se esfumó, transformándose en pensamientos de preocupación.

-La ciudad respira miedo. ¿Por qué? -preguntó Arcalón, aunque Almond ya le había contado ciertos incidentes.

Y Sergail le respondió. -Anteayer se encontró un cadáver en la cuarta torre, aquí en Nevard; un Hombre robusto y fuerte. No había rastros de lucha, y eso es extraño, pues el Hombre podía dar pelea. Su rostro era de terror. Fue estrangulado.

-No sólo ha muerto uno -interrumpió un Hombre que ostentaba el título de conde-. Ya son varios: Diecisiete en total. Al principio, todos pensamos que era un asesino en serie; pero ninguna víctima ha dado pelea, y sus rostros son de horror, como si la última imagen



Juan Esteban Peláez

que hubieran visto fuera la peor maldición. Ahora, sé que sonará como una tontería, pero todos pensamos que son los Seres Malditos.

-Lo seres de los que Méladriel nos habló -añadió Sergail.

Entonces Almond miró a Arcalón, pues sabía que la mención de la joven le dolía.

Pero Arcalón disimuló la aflicción. -Puede ser -dijo mientras recordaba con melancolía a su hermosa amada.

-No sé ustedes, pero por lo menos yo le creo a Méladriel. Sólo seres vestidos con maleficios pueden realizar un crimen perfecto; y estos son crímenes perfectos -respondió Sergail.

Entonces Arcalón quedó pensativo, recordando lo expuesto en el consejo. En las reuniones se había hablado de los Yúcidas. -Sí, creo en Méladriel ciegamente. Según supe, en el Bosque Denso hay tres de esos seres demoníacos. Quizás quiero no creerlo; pero es verdad. Ayer sentí mucho temor al llegar al puente principal de la Quebrada Roja; quizás esa sea la explicación -informó mientras se tomaba la cabeza en señal de preocupación.

-Si lo que se dijo en el consejo es verdad, Irgoliath no desea arrinconarnos, desea matarnos -añadió el conde que miraba por la ventana de la sala el cielo grisáceo y lleno de nubes.

-No desean asediarnos, ni dejarnos morir de hambre; ellos desean enloquecernos de temor. Los Yúcidas no nos darán tregua, y nos seguirán atormentando. Lo único que podemos hacer es rogar que no seamos nosotros las próximas víctimas -aseguró Arcalón.

Desde ese día, las noches de Arcalón y Almond volviéronse insoportables, abordadas por el insomnio y el temor. No podían dormir, pues esperaban la visita cruel y terrorífica de uno de los Yúcidas. Con el pasar de los días, Arcalón adelgazó y en su rostro se posó el cansancio. Pero no era el único, pues Sergail, al igual que miles de ciudadanos, se encontraba en el mismo estado; incluso Almond empezó a enfermar por la falta de sueño. Todo Metys se encontraba expectante, pues cada vez más muertos aparecían. Los días durante los tres meses siguientes fueron oscuros y tristes; y las noches nubladas y sin la luz de Sírel, ni la de Valen, ni la de Halen, ni la de la Estrella de Jores.

159

Así pasaron los duros días de invierno. Sin duda, esos fueron los meses más difíciles para Metys. Mientras las lluvias crecían en intensidad y las nubes grises se levantaban día tras día sobre el altiplano, las ansias empezaban a crear estragos. Los problemas en Metys cada vez se hacían más frecuentes, pues el temor llena de furia. Ahora había más robos y peleas, y cada vez más personas decidían irse de la ciudad hacia Verdelheid o Arsen, o algún otro poblado donde tuvieran algún pariente. Carromatos llenos de pertenencias salían de la ciudad todos los días, desde el alba hasta el crepúsculo, sin importar las fuertes lluvias y los fríos vientos. Familias enteras preferían arriesgarse a cruzar los guadales de los caminos terrosos antes que seguir sumidos al terror de los Yúcidas. Además, muchas inundaciones se presentaron en la ciudad, lo que complicó la situación. Todos pensaban que el ataque del Demonio empezaría apenas el invierno acabara, a inicios de mayo.

Pero, aunque la ciudad parecía un caos, Hércól no era mal administrador, ni mal emperador. Así que mandó a llenar todas las arcas con alimentos. Vacío todos los graneros de los feudos cercanos y ordenó ir por todos los soldados para preparar una



Juan Esteban Peláez

defensa. Metys habíase vuelto próspera después de la Guerra de los Cuatro Elementos, y podría durar años bajo asedio. Además, la capital contaba con numerosos Hombres. Hércules había mandado a llamar las tropas de cuatro de los siete Jinetes Escarlatas, incluyendo a Arcalón. Solamente Lev y Levanov estaban lejos de la capital. Faltaba que el Demonio mostrara sus fuerzas.

Bien, a eso de finales de febrero, Arcalón, extenuado por un día de reuniones con varios capitanes, se fue a su casa a intentar dormir. En verdad necesitaba descansar, pues al día siguiente debía reunirse con los embajadores Ariánicos y con los Areshti. Pero no logró descansar, pues cuando todavía dormitaba, sintió un golpe en su puerta, como si de repente hubieran lanzado una piedra contra ella. Entonces se levantó de la cama, adormecido, pues Almond estaba durmiendo y ya la noche era muy oscura. Sólo se escuchaba el monótono sonido de la lluvia contra las ventanas. El frío era intenso, pues el invierno había sido cruel ese año. Así que puso una bata encima y abrió lentamente la puerta de su casa. En ese momento su sueño desapareció por completo.

Sobre el suelo y las escaleras, unos aparentes órganos descansaban en un febril e impúdico acto, sangrantes y frescos; parecido a un festín macabro de Demonios descarados y ridículos. Entonces Arcalón sintió náuseas y pareció marearse con el desvergonzado y mórbido cuadro. «¡Que no sean de Humanos, por favor!» susurró mirando con asco los tumultos carnosos bañados en sangre. Entonces, de mala gana, los recogió y los botó.

Al día siguiente, Arcalón levantóse muy temprano y le contó a Almond sobre el evento. El cielo no dejaba de llorar, y sus lágrimas golpeaban contra las tejas de los techos produciendo ese sonido que ya habíase vuelto una constante. Poca gente se veía por las calles, y el temor todavía siseaba por las mentes de los ciudadanos. Algunos aseguraron ver figuras difusas bajo la lluvia y tras las ventanas de sus casas, como personas traslucidas que espían por los empañados cristales. Los informes se habían vuelto numerosos, y muchos concordaban al decir que una Mujer de cabellos dorados los observaban.

Arcalón, bien enterado de esto, sabía que no todos esos informes podían ser mentira. Así que a menudo miraba por la ventana para intentar descubrir la fantasmal aparición. Esa mañana no fue la excepción, pero sólo vio las calles vacías. También había informes sobre algunos seres fantasmagóricos se paseaban por los parques más oscuros y los callejones más estrechos, aun a la luz mortecina de los días nublados. Arcalón no dudaba, pues todo tenía nombre propio: Espectros. Pero se preguntaba cómo los Espectros podían ser visibles sin una Shidraha cerca.

El general salió de su casa muy temprano y estuvo en la Universidad Principal, donde había acordado encontrarse con Trisanio para después darle la bienvenida a los Ariánicos de más allá del mar. Anduvo bajo la lluvia por un tiempo, hasta que llegó a la universidad. Era en verdad un edificio majestuoso, con dos estatuas de mármol blanco a la entrada, un pórtico grande y ventanales enormes. En su interior colgaban lámparas limpias en techos abovedados, y el salón principal tenía una cúpula con un fresco de algunos Hombres triunfales escalando volcanes humeantes. Allí lo esperaba Trisanio, de mirada calmada y ademanes altivos.

-Veo que sigue siendo puntual -dijo el anciano.



Juan Esteban Peláez

Arcalón sonrió y le pidió a un guardia una toalla. Se secó y se sentó. -¿Hay nuevas noticias? -preguntó.

Y Trisanio meneó la cabeza. -Lo de siempre -aseguró-. Dos informes sobre la misma Mujer rubia. Una joven la vio cerca de la Quebrada Roja y un niño la vio tras un árbol cerca de su casa, al occidente. También fue divisado un Espectro cerca del Callejón de las Brujas.

-Ese callejón -dijo Arcalón a sí mismo.

-¿Sucede algo? -preguntó Trisanio.

A Arcalón siempre le había incomodado ese callejón. -Allí se ha visto ese fantasma varias veces, ¿cierto? -preguntó mientras se acomodaba en la silla.

Trisanio asintió. -Es donde más se ha visto -dijo-; pero casi todos estos reportes son de ebrios.

Arcalón permaneció pensativo unos momentos. -¿Por qué las apariciones de fantasmas se han intensificado últimamente? -se preguntó.

-Quizás el Demonio ya está listo -dijo Trisanio.

Arcalón, ensimismado, levantó la cabeza. -Para que los muertos y los vivos puedan encontrarse debe haber una Shidraha cerca -aseguró.

-El Demonio tiene la suya, ¿no?

-Sí, pero está muy lejos, y no creo que... -en ese momento Arcalón pareció caer en cuenta de todo.

-¿Qué sucede? -preguntó Trisanio al ver la cara pálida de Arcalón.

-¡Claro! -exclamó el Hombre-. Una Shidraha, una Shidraha...

-¿Qué sucede con la Shidraha?

Arcalón levantóse con presura y salió del salón.

-¡Arcalón! -llamó Trisanio, mientras salía a correr tras el Hombre.

Mientras bajaban las escaleras, Arcalón preguntó: -¿Hace cuánto los Ariánicos están cerca de la ciudad?

-¿A qué se refiere con cerca? -preguntó el anciano.

-Digamos el Lago Álgido.

-Eso no queda muy cerca.

-¿Hace cuánto?

-Varios días -entonces Trisanio calló, pues diose cuenta de un curioso suceso-. Aproximadamente el mismo día en que se recibió el primer informe de aparición de un Espectro.

-¡Claro! -volvió a exclamar Arcalón-. Por eso Irgoliath no ha atacado -añadió-; esos codiciosos Ariánicos no entregaron la Shidraha a Melina.

-¿De qué habla? ¿Hacia dónde vamos?

-Debemos hablar con Hércól. Apenas los Ariánicos lleguen a Metys se iniciará la batalla -aseguró Arcalón mientras salía de la universidad y cruzaba la plaza a grandes pasos y bajo la fuerte lluvia, hacia el castillo imperial.

Hércól se levantó de inmediato cuando Arcalón le dijo lo que pensaba iba a pasar. Varias cortesanas semidesnudas acompañaban al emperador, que se jactaba de placeres ocultos antes de que los dos Jinetes Escarlatas llegaran. Pero apenas supo que Arcalón y Trisanio lo buscaban, Hércól los hizo pasar, y no disimuló la sorpresa cuando supo lo que sucedía. -¿Está seguro? -preguntó el emperador a Arcalón, que estaba hincado frente a él, al igual que Trisanio.

Arcalón asintió. -Irgoliath no nos había podido atacar porque no había una Shidraha cerca, pero ahora hay una, y los Yúcidas por fin podrán lanzar sus huestes contra nosotros.



-Levántense -ordenó Hércules.

Ambos Hombres acataron la orden.

-Ya algunos consejeros me lo habían advertido; pero la verdad no lo tomé en serio- aceptó Hércules-. Incluso el visir me aseguró que los Ariánicos no entregarían la joya tan fácilmente -añadió mientras se tomaba la cabeza.

-Los Ariánicos tenían que entregarle la Shidraha a la Majestad de las Aguas; pero al parecer no lo hicieron. En cambio, la traen consigo a la ciudad, y esa es la Shidraha que Irgoliath aprovechará para aplastarnos -insistió Arcalón.

-¡Eso quiere decir que por culpa de los malditos mercenarios Ariánicos Metys será aplastada! -exclamó el emperador mientras se cubría con una manta. Besó a una cortesana con pasión y posteriormente les ordenó a las Mujeres que salieran del salón. -Debemos detener a los Ariánicos -aseguró.

-Ya están muy cerca, señor -aseguró Trisano.

-Ya cruzaron el Bosque Denso con el mínimo de bajas -añadió Arcalón.

-¿Cree que los enemigos los dejaron pasar? -preguntó el emperador.

Y Arcalón asintió mientras se quitaba el pegado cabello del rostro mojado.

Hércules volvió a acostarse en los cojines blandos. El emperador parecía abatido por la noticia, pues sin saberlo, sus aparentes salvadores habíanse vuelto sus verdugos. -¿Qué proponen? -preguntó esperanzado.

Arcalón y Trisano callaron por un momento.

-No podemos hacer más que recibir a los Ariánicos y a su maldita Shidraha -aseguró el anciano.

-Así que no tienen más ideas que dar frente a Irgoliath -dijo el emperador con tono de decepción y regaño. Hércules miraba a los Hombres con detenimiento, esperando una respuesta mejor. Pero a quien más miraba era a Arcalón. El emperador siempre había envidiado al Ajedrecista por su fama y su brillante mente, pero ahora esperaba que lo que envidiaba le sirviera de algo.

Mas Arcalón permaneció callado y cabizbajo por un tiempo. Pensaba en todas las soluciones posibles. Entonces dijo: -Podemos intentar hacer lo que hicimos en el Valle de Ahl.

Hércules lo miró, interesado. -¿Qué exactamente? -preguntó.

-Arrebatarse la Shidraha y llevarla fuera del campo -propuso Arcalón-. Si logramos llevar la Shidraha lo bastante lejos los fantasmas desaparecerán.

-¿Quitársela a los Ariánicos? -dijo Hércules con una risa burlona.

-Logramos quitársela a Pecaín, señor, así que no veo la dificultad.

-¡La dificultad es que no podemos arrebatársela por la fuerza! -exclamó el emperador, furioso por la altanería de Arcalón-. En Ahl nos ayudaron las Amatistas, pero ahora no nos ayudarán. Y no quiero entrar en guerra con los Ariánicos al intentar arrebatársela; no necesitamos otro enemigo más -agregó-. Además, si primero luchamos contra los Ariánicos perderemos tropas valiosas que nos harán falta contra Irgoliath.

Arcalón bajó la cabeza y afirmó. -Tiene razón, señor -se disculpó.

-Quiero una solución para mañana mismo -ordenó el emperador-. Ahora retírense.

Ambos Hombres realizaron una venia y salieron del castillo, abrumados y pensativos.

-¿Qué haremos? -preguntó Trisano con temor y decepción.

Entonces Arcalón sonrió con una extraña mueca de tranquilidad. De repente su rostro pareció tomar color, y dio la impresión de tenerlo todo bajo control, al igual que en la Batalla de los Cuatro Elementos.

-¿Tiene alguna idea? -preguntó el anciano al ver la serenidad del Ajedrecista.



Juan Esteban Peláez

Arcalón sonrió de nuevo. –Por favor que llame a los otros Jinetes Escarlatas. No les diga nada de la Shidraha, por lo menos mientras yo llego. Y, por favor, reciba a los Areshti por mí, pero sólo hable de la Shidraha con Ángor y con su primo...

–¿Rub?

–Sí, Rub. Yo recibiré a los Ariánicos.

–¿Qué planea?

–Se lo diré cuando todo esté listo.

–¿Puedo ayudar en algo más?

Al escuchar esto, Arcalón miró a Trisanio con extrañeza. El anciano nunca había prestado sus servicios; pero ahora lo sentía de su lado, como un cómplice. –No por ahora –dijo agradecido.

160

Parecía que la oscuridad crecía a medida que el ejército Ariánico se acercaba. Cuando fueron divisados en la planicie, a los lindes del Bosque Denso, las nubes se arremolinaron sobre Metys, cubriendo la luz de Arián y de Herén, y tornando lóbrego el ambiente. La luz gris cada vez se oscurecía más y la lluvia parecía más espesa e impura. Y, sin saberlo, ya desde atrás de las nubes algunos espías del enemigo sobrevolaban la ciudad, midiendo la fuerza y oliendo el miedo.

Bajo la lluvia, los miles de Hombres de armaduras doradas marchaban como tres lingotes gigantes. Cada hilera de oro era un reino Ariánico que iba a Metys para replantar los términos para la entrega de la Shidraha, sin saber que estaban condenando la ciudad. Habían cruzado el tenebroso Bosque Denso casi sin problemas, pero se habían encontrado con algunos grupos de Espectros errantes que paseaban entre los árboles. Se habían producido escaramuzas bajo los mojados ramajes y sobre los lodazales; pero nada de gravedad.

Antes del anochecer, los pendones amarillos, verdes y blancos ya eran visibles desde la arcada del portón principal de Metys. Aunque la lluvia era intensa, a muchos ciudadanos les ganó la curiosidad, pues casi ninguno había visto un Ariánico en su vida, aunque casi todos sabían de sus historias. Así que cientos de ciudadanos fueron a la puerta y vieron hileras largas como serpientes doradas que siseaban en la planicie húmeda frente a la ciudad, ostentando sus estandartes con emblemas de anacondas, jaguares y araucarias. Pero sólo un pequeño grupo de Hombres acercóse a la ciudad, incluyendo al Portador de la Shidraha. El resto esperaron a lo lejos.

La ciudad abrió sus amplios portones, pero nadie salió de ella. El grupo que se acercaba era numeroso, de unos cincuenta o sesenta Hombres, todos de talla más baja que los Írimos más altos, y cubiertos por mantas verduscas que se refundían con los ramajes. Bajo las mantas tenían ostentosas armaduras doradas.

Durante los últimos días habían llegado guerreros fieros a la ciudad, como los montañeses de las tierras altas, y algunos soldados de los feudos aledaños, además de unos doscientos Hombres de los Bosques de Pinos Rojos y de Pimera; pero casi todos, aunque valientes,



Juan Esteban Peláez

eran principiantes en la guerra y estaban mal armados. En cambio, estos Hombres de más allá del mar eran todo lo contrario.

Arcalón y Trisanio, acompañados de Sergail y una guardia pequeña, esperaron a los Ariánicos bajo la arcada puntada del portón, aguantando el frío y la fuerte lluvia. Todos los Hombres sentíanse ansiosos y a la vez preocupados, pues habían escuchado muchas historias sobre esos Hombres y sus linajes. Vieron acercarse la compañía Ariánica con detenimiento, con ondeantes estandartes que desafiaban los vientos. Entonces dos Hombres se adelantaron y se encontraron con Arcalón y Trisanio.

-¿Son ustedes nuestros anfitriones? -preguntó uno de los Hombres con extraño acento. Ambos Jinetes quedaron estupefactos, pues pensaron que los Ariánicos sólo hablaban las lenguas de sus tierras. Aunque en casi todo el Nallhard se hablaba la lengua de los Ariánicos del Imperio de los Dos Soles, estos tres imperios todavía hablaban su idioma nativo, pues poca participación tuvieron en la era dorada del imperio.

-Soy Arcalón de Metys, y él es Trisanio -dijo mientras detallaba a los extranjeros. Ambos tenían la capucha sobre sus cabezas, pero sus brillantes ojos mieles eran visibles. Tenían la piel canela, eran corpulentos, de quijadas cuadradas y miradas fieras, ansiosos de lucha. En verdad intimidaban.

Uno de los Hombres miró con detenimiento la arcada, examinándola lentamente y viendo algunos rostros curiosos que miraban desde todos lados. -Así que esta es la ciudad que vamos a defender -dijo en tono humillante.

-En verdad es un honor tenerlos aquí -dijo Trisanio, acoplándose al formalismo.

-Sí, lo sabemos -dijo el otro Hombre con desdén, menospreciando a los anfitriones.

Arcalón lo miró seriamente, mas nada dijo.

-Sus Hombres son invitados a la ciudad -dijo Trisanio, ignorando el comentario.

-Deben estar cansados, pues vienen de muy lejos. Deben descansar -dijo Sergail, que ya miraba con furia a los Ariánicos.

Entonces uno de los extranjeros miró hacia el interior de la ciudad y soltó una carcajada sarcástica y ofensiva. -Mis Hombres jamás entrarían a ese chiquero -dijo mofándose. Además, no nos subestimen, que no estamos cansados en absoluto -añadió.

Sergail entrecerró los ojos y apretó los dientes, pero nada dijo.

-¿Y la Shidraha? -preguntó Arcalón sin rodeos.

Entonces los Ariánicos le prestaron más atención.

-¿Qué sucede con la Shidraha? -preguntó uno de ellos.

-Tengo entendido que iban a darla a la Majestad de las Aguas, pero no creo que eso haya pasado. ¿Dónde está? -preguntó Arcalón.

El Ariánico dudó un momento. -Ve al Hombre de manta amarilla que está con un báculo largo. En la punta de ese báculo está la Shidraha -respondió señalando al Portador.

-¿Y quién es él? -preguntó Trisanio, mirando al Hombre de manta amarilla. Era el único del grupo que tenía la manta de ese color, pues el resto tenían capuchones verdes. El Hombre en verdad se hacía notar, aunque su rostro no era visible bajo la capota. El báculo emitía un destello amarillo muy débil. Sin embargo, tal brillo daba una maligna sensación de malestar, como si de repente los ánimos decayeran bajo tal resplandor.

-Él es Quetzal, Capitán Dorado y Guardián Real del Reino de Cánt -respondió un Ariánico.

-¿Qué sucede con la Shidraha? -preguntó el otro extranjero.

Arcalón miró al Portador bajo la lluvia por unos momentos, pensando qué decir. -Todavía podemos llevarla a Alheid, lejos de la ciudad. Tenemos cóndores que pueden llevársela a Melina -dijo.



Juan Esteban Peláez

Entonces los Ariánicos sonrieron con mofa. –El plan inicial era dársela a la hechicera, pero Quetzal reflexionó. Ahora quiere replantear las condiciones para la entrega de la joya -dijo.

-Esa joya puede ser nuestra ruina –aseguró Trisanio.

-El enemigo no nos vencerá –afirmó uno de los Ariánicos.

Entonces Arcalón suspiró y medito de nuevo. –Entonces él debe estar dentro de la ciudad cuando el enemigo lance su ataque -aseguró astutamente-. La Shidraha es muy preciada como para exponerla -añadió.

Entonces uno de los Ariánicos sonrió con malicia. –Es obvio que no conocen a los de nuestra estirpe. Somos una raza guerrera, y ninguno se quedará dentro de los muros, pues la vergüenza de ser un cobarde no lo dejaría vivir -dijo.

Entonces Sergail se enfureció. -¡Nos tildan de cobardes! -exclamó colérico.

Pero el Ariánico lo miró serenamente. -¿Qué se puede pensar de Hombres que tienen que esconderse tras muros de ladrillo para defenderse? –preguntó, miró al cielo y añadió: - ¿Es que acaso en estas tierras nunca deja de llover?

-Entonces que la Shidraha entre a la ciudad. Nosotros la protegeremos -insistió Arcalón, que en verdad se sentía incómodo y preocupado por el excesivo orgullo de los extranjeros.

-La Shidraha estará en la mano del Señor Dorado -aseguró el Ariánico, para desdicha de Arcalón.

-Entonces definamos los nuevos términos para la entrega de inmediato. ¿Qué desean? -preguntó Trisanio.

-Más tierras en toda la península -respondió el Ariánico -, pero es algo que no se puede tomar a la ligera, y no lo acordaremos antes de que el enemigo llegue -añadió.

Arcalón se tomó la cabeza, como si le doliera por la preocupación.

-Llamen al resto de sus generales. Los planes de batalla se discutirán en nuestro campamento -aseguró el otro extranjero que, sin más, se retiró hacia el Portador.

El otro lo siguió.

Grande había sido la ofensa y la decepción para los ciudadanos de Metys que habían estado esperando a los Ariánicos. Incluso, algunos tenían regalos para ellos. Pero los Ariánicos se negaron a entrar, alegando que Metys era una ciudad primitiva; aunque en verdad era una de las más hermosas y avanzadas del mundo. Sin embargo, aunque los habían humillado y tildado de cobardes, nada podían hacer, pues en verdad necesitaban la Shidraha y sus guerreros.

Arcalón, Trisanio, Sergail y los escoltas dieron media vuelta y se encaminaron bajo la lluvia y la bruma hacia el castillo para hablar con Hércules del encuentro. Pero muchos ciudadanos, incapaces de aguantar la curiosidad, salieron de Metys hacia los campamentos Ariánicos que se construían en ese momento. Poco les importó la lluvia y el frío. Algunas personas amables llevaban presentes, alimentos y joyas para agradecerle a los Ariánicos por su ayuda, ignorando que eran ellos los que traían a los enemigos a la batalla.

Pero el recibimiento no fue muy cálido como lo esperaban. Los Ariánicos de más allá del mar eran en verdad arrogantes, y poco interés les prestaron a los regalos. Sus ademanes petulantes dejaron a los ciudadanos atónitos. Muchos ciudadanos se hincaron frente a los extranjeros para expresar la felicidad que sentían; pero los Ariánicos no le prestaban atención, pues en verdad se creían superiores por ser de linajes antiguos.



Juan Esteban Peláez

Apenas Hércules se enteró de la actitud de los Ariánicos, los injurió, pero no tuvo más opción que aceptar los términos, y salió con sus generales hacia los campamentos. Allí se dirigieron a una enorme tienda donde los esperaba el Capitán Dorado. Hércules fue el primero en entrar. Él esperaba la venia a la que están acostumbrados los emperadores, pero en vez se posó frente a él un Hombre corpulento de cabellos dorados, ojos almendrados y acerosos, rostro fiero y mirada desdeñosa. Éste no se hincó, y en vez pareció intimidar al mismísimo emperador de Falheid.

Entonces el intérprete habló. –Si ustedes lo desean, pueden estar dentro de la ciudad; pero nosotros, los herederos del Imperio de los Dos Soles, daremos frente en las praderas -dijo.

-Los Espectros los aplastarán -dijo Hércules sin vacilar. Ya todos habían entrado a la tienda, incluyendo a Arcalón, que no dejaba de mirar al Capitán Dorado.

Éste le devolvía la mirada con detenimiento.

El intérprete tradujo lo dicho por Hércules.

Y el capitán Ariánico sonrió, dijo algo en su lengua y volvió a mirar a Arcalón, pensativo.

-En verdad no nos conocen -dijo el intérprete.

-Entonces dejen que la Shidraha esté en Metys -pidió Arcalón.

Y el capitán, sin necesidad de esperar la traducción, meneó la cabeza. Conocía bien la palabra «Shidraha», y sabía a qué se refería Arcalón. Habló en su lengua y se sentó con parsimonia en una silla cercana.

-La Shidraha la tendrá el señor Quetzal -aseguró el traductor.

-¿Y si muere?! -preguntó el emperador.

Pero Trisanio tomó del hombro a Hércules. –No los haremos cambiar de opinión -aseguró el anciano.

-Es la codicia la que evita que entregue la Shidraha -aseguró el emperador sin temor-. Esa codicia evitó que la entregaran a Melina, y ahora nos arruinará.

-Igual ganaremos la batalla -dijo Arcalón con seguridad.

Entonces Quetzal miró de nuevo a Arcalón. Aunque no entendía lo que el Ajedrecista decía, se esmeraba por prestarle toda la atención posible, con cautela y sigilo.

-Por fin concordamos en algo -aseguró el traductor-. Pero la victoria será para nosotros -añadió.

Arcalón sonrió y dijo: -Que el Capitán Dorado se quede con la Shidraha. Si en verdad quieren ser acribillados contra los muros rojos de la ciudad, es decisión de ustedes. Pero que quede algo claro: No abriremos la puerta hasta que lo consideremos necesario.

-No necesitaremos el resguardo -afirmó el intérprete.

De repente, Arcalón parecía tener el rol líder en vez de Hércules, pues la atención de los Ariánicos habíase volcado hacia él. –Entonces no hay nada que discutir -aseguró el Ajedrecista-. Ustedes ideen su plan de trabar batalla sobre las praderas, y nosotros nos encargaremos de la ciudad.

-Así será -dijo el traductor.

Entonces Quetzal habló.

El traductor asintió y dijo: -Los Espectros no lograrán quitarle la Shidraha al Capitán Dorado. El pago de nuestros servicios los discutiremos cuando terminemos con esta patética batalla. Ahora, el señor Quetzal desea que se retiren, que su sola presencia parece intoxicar el aire.

Todos se sintieron muy ofendidos entonces.

-¿Cómo puede tratar al emperador y a sus generales así?! -exclamó Marcov, el Jinete Escarlata más joven y más leal a Hércules.

Entonces hubo algunos improprios de parte y parte, en ambos idiomas, hasta que Trisanio logró calmarlos a todos.



Juan Esteban Peláez

-Váyanse y métanse tras sus rústicas chozas, y déjenle la batalla a los que en verdad saben -tradujo el intérprete.

-Delo por hecho -dijo Hércól saliendo de la carpa, ofuscado.

Todos los generales lo siguieron.

Apenas estuvieron afuera, Hércól preguntó a Arcalón: -¿Qué tiene en mente?

-Necesito a los Hombres de Velheid. También a Sergail y a la caballería. Haré lo mismo que en Ahl, aunque esta vez es más arriesgado -dijo, al mismo tiempo que las gotas de lluvia le golpeaban la cara.

Dos días después, cuando las lluvias cesaban y el mes de mayo empezaba, llegó una compañía de Hombres altos, de rostros pálidos y armaduras grises. Eran unos dos mil, y cruzaron los campamentos Ariánicos que se esparcían por todo el altiplano como arcos dorados, semejando otro nuevo bosque. Varios Ariánicos, de rostros endurecidos, vieron llegar a la compañía, mas no le hicieron reverencia alguna. En cambio, los ciudadanos de Metys recibieron a las tropas de los Areshti con vítores y cánticos. A diferencia de los Ariánicos, los Hombres del Imperio del Viento sí recibieron con agrado la bienvenida.

Arcalón estaba en un amplio salón del castillo, cuando se enteró de la llegada de los soldados de los Areshti. Entonces dejó los papeles que examinaba y bajó rápidamente a la plaza. Allí se erguía ostentosa una estatua del Corazón de los Volcanes. Y sentado cerca de ella estaban Ángor y Rub, los capitanes del ejército de Velheid.

Entonces Arcalón se apresuró a saludarlos. -¡Me da mucha alegría que hayan venido! -exclamó sin disimular su felicidad.

Ángor abrazó a Arcalón, y tampoco disimuló la felicidad. -Amigo mío, hace mucho que no nos vemos -aseguró.

-Años -dijo Arcalón.

Ángor asintió, sonriente, y volvió a abrazar a su amigo. -¡Es grato reunirnos de nuevo! -insistió.

Arcalón se separó y miró al cielo plomizo. Aunque no llovía, las nubes grises todavía se tendían sobre la ciudad como una premonición de catástrofe. -Qué lástima que nos encontremos en oscuros momentos -dijo un poco más serio.

-Hemos salido de muchas -dijo Ángor con más ánimo.

Arcalón lo miró y una luz de esperanza le renació en las pupilas. -¡Y claro que saldremos de ésta! -afirmó.

Entonces Ángor presentó a Rub, y los tres se reunieron en una sala pequeña del castillo. Allí estaban Sergail y Trisanio, además de Marcov y Mirllón, dos Jinetes Escarlatas relativamente jóvenes y muy leales a Hércól.

-Sólo faltan tres invitados y estaremos listos para defender Metys -aseguró Arcalón mientras tomaba asiento en la cabecera de la mesa. El recinto estaba iluminado por dos pequeñas lámparas, una colgada en el techo y otra en medio de la mesa.

El resto de Hombres tomaron asiento.

-¿Cuándo llegarán estos invitados? -preguntó Marcov.

-Deben estar por llegar; pero podemos empezar sin ellos -aseguró Arcalón.

-Bien -habló Trisanio dirigiéndose a Arcalón-, creo que ahora sí puede decirnos por qué está tan seguro y calmado. ¿Cuál es su plan?

-Arrebatara la Shidraha -dijo Arcalón secamente.

-¿A los Ariánicos? -preguntó Ángor mientras miraba por encima de la lámpara a su amigo.



Juan Esteban Peláez

Arcalón meneó la cabeza. –Eso sería declararles la guerra -aseguró-. Es obvio que los enemigos aplastarán a los Ariánicos. Dejemos que el orgullo los bote a las fauces del Diablo. Apenas ese maldito Capitán Dorado caiga, nosotros abriremos las puertas, tomaremos la Shidraha y la llevaremos fuera del campamento, evitando que los Espectros puedan invadir la ciudad.

-El plan es simple -dijo Sergail.

-Pero difícil de ejecutar -aseguró Rub.

-Por eso los necesito a ustedes dos -interrumpió Arcalón.

Rub y Sergail se miraron entonces.

-La caballería y los cóndores son los cuerpos más flexibles y rápidos que tenemos. Necesito que Sergail retenga a los enemigos mientras Rub y sus cóndores toman la Shidraha y la llevan lejos -explicó el Ajedrecista.

-¿Y a dónde la llevaremos? -preguntó Rub.

En ese momento se abrió la puerta del salón, y entraron los tres invitados faltantes. Entonces todos los Hombres allí presentes quedaron atónitos.

-¡Es un honor estar aquí! -dijo Bélaron el Dragonífero, de aspecto bonachón, talla baja y sonrisa sincera. Su barba y su cabello estaban bien peinados, y una pequeña corona de bronce adornaba su cabeza. Parecía más robusto y alegre que cuando apareció en Golu-Dom y en el Valle de Ahl.

Entonces, tras el Dragonífero entraron otros dos seres rebosantes de dulces perfumes que inundaron todo el salón. Ambas deidades tenían el cabello ondulado y de color castaño. Sus ojos verdes brillaban y sus gráciles facciones inmolaban el deseo de todo mortal.

-Para nosotras también es un placer volverlos a ver -dijo Clara con voz sublime, mirando con detalle a los allí reunidos y sintiendo cómo su energía producía encanto y atraía a todos los enamorados ojos.

Arcalón, al ver a las Apsaras y al Hombre, se hincó y sonrió, y dijo: -Ahora que estamos todos reunidos, démosle una lección a los Ariánicos y al Demonio.

161

Durante todo un día y toda una noche, Arcalón explicó con detalle sus planes. Caminaba de un lado a otro, a veces eufórico y otras impaciente; pero siempre irradiando tranquilidad. Sólo descansaron para comer cuando la noche estaba bien entrada. Esta vez no parecían planes tan imposibles como sus ideas anteriores; pero el riesgo era muy alto. No era un secreto que muchos valientes caerían allí, pero todos parecían prestos a correr el riesgo. Aunque era un plan simple, era una apuesta enorme: Si algún enemigo tomaba la Shidraha, sería el fin de Metys. Además, el plan no sólo dependía de los guerreros, había muchas variables en juego.

Después de realizar algunos sondeos, supieron que contaban a lo mucho con quince mil Hombres para defender la ciudad. Aunque todos los generales estaban reunidos allí, la gran mayoría de tropas estaban esparcidas por todo el imperio. Arcalón, por ejemplo, contaba sólo con las tropas de Sergail y sus guardias personales. Muchos Hombres habían desertado, y muchos otros habían perecido bajo el acero frío de los fantasmas. Después de Ahl, el imperio había quedado débil.



Juan Esteban Peláez

Pero los Ariánicos eran fuertes y no eran pocos, pues contaban por lo menos con veinte mil Hombres. Nadie sabe cómo los Ariánicos lograron armar una flota tan rápido y pisar las tierras que no habían pisado una era atrás.

Todo estaba listo. Sólo el general Mirllón, con unas cinco mil tropas, ayudaría a los Ariánicos fuera de la ciudad, sobre la planicie despejada y florida. El resto de los Hombres estarían sobre los muros y tras el portón de la ciudad. Y Rub esperaría con sus cóndores a una distancia prudente, en unas elevaciones desde donde era visible la ciudad. Allí esperaría la orden para lanzarse sobre la Shidraha. Sin la joya, el Demonio no podría utilizar sus tropas terribles y crueles.

Cuando el día llegó, un poco más despejado que el anterior, la guardia ya estaba redoblada y los batidores iban y venían por toda la planicie. Los últimos carros de comida ya entraban en la ciudad, pues las puertas ya estaban listas para cerrarse y no abrirse hasta nueva orden. Los Ariánicos le habían mandado un mensaje a Hércól al asegurando que algunos fantasmas ya se habían visto a los lindes del Bosque Denso. Aunque Quetzal trataba de bloquear el brillo macabro de la Shidraha, el poder de la joya era fuerte, y era lo suficientemente poderoso como para que algunas pequeñas escaramuzas se formaran por toda la pradera.

Quetzal aseguró a Hércól por medio de una carta que era muy probable que al día siguiente se iniciara la batalla. Así que Hércól alistó todas sus tropas. A la cabeza de todos estaba Arcalón, que había recibido beneficios especiales por parte del emperador durante el asedio. Ya todo estaba preparado.

Larga fue en verdad esa noche. La ciudad permanecía en silencio, expectante y temerosa de que la mano del Diablo lograra aplastarla. Los Hombres permanecían callados y los caballos estaban nerviosos. De vez en cuando era visible una negra silueta alada entre las nubes, y el graznido de algún cuervo solitario laceraba los oídos como un augurio maligno.

Arcalón llegó a altas horas de la noche a su hogar, cansado de las reuniones. Con él iban las dos Amatistas y Bélaron. Apenas llegaron, Arcalón les preparó la cama. Al mismo tiempo, Almond, maravillada con las Apsaras, se apresuró a hacerles la comida. Los tres invitados le agradecieron con sinceridad. Hablaron durante la comida de todo y recordaron tiempos más gratos. Recordaron los buenos momentos en la casa del bosque, y de los gratos tratos en el Reino de las Hadas, y recordaron a Gigante Torlad y a sus Hadas. Muchos de estos recuerdos les causaron melancolía.

A eso de las tres de la mañana el cansancio abordó a Arcalón por completo, así que se fue a dormir. Bélaron parecía tener más resistencia, y las Amatistas, al ser Apsaras, no necesitaban dormir; sólo lo hacían por placer. Almond decidió acompañar las visitas, despabilada por la presencia de las deidades. Y cuando Arcalón se acostó en la cama, el sueño pareció desaparecer por completo, y fue reemplazado por la ansiedad y el miedo. Aunque valiente, Arcalón no podía dejar de temerle a los fantasmas; sólo podía enfrentar sus miedos. El silencio imperaba en la habitación y todo estaba en verdad oscuro, pues la Dama no brillaba esa noche. Entonces, encerrado en las cuatro paredes de su cuarto, Arcalón escuchó una clara voz.



Juan Esteban Peláez

-¡Arcalón, Arcalón! ¿No te cansas nunca de luchar? -preguntó la voz, aparentemente de un anciano. La voz era calmada, pero sonora y profunda.

El Hombre se levantó de un salto de la cama. ¡¿Quién podía haber entrado sin ser escuchado ni visto?! -¿Bélaron? -preguntó mientras su corazón deseaba salirse del pecho. Un sudor frío lo invadió de repente y su rostro palideció. Entonces escuchó el graznar del mismo cuervo que había estado rondando todos esos días la ciudad; pero esta vez lo sintió tétrico y maligno. -¿Bélaron? -volvió a preguntar el Hombre, ahora más inquieto.

-No, Arcalón, no soy Bélaron -respondió la voz.

A Arcalón le pareció que la voz venía de un sillón que permanecía frente a la cama. Mas el sillón permanecía vacío. -¿Quién es? -preguntó Arcalón. Entonces se imaginó a una persona sentada en el sillón, sin rostro ni presencia, pues el sillón estaba vacío, pero de allí provenía la voz.

-¿Crees que conoces la Maldición de la Shidraha? -preguntó la voz desde el sillón, recortado en la oscuridad.

-¿Quién es? -volvió a preguntar Arcalón, que no dejaba de temblar. Estaba de pie al lado de la cama, nervioso y quieto.

-¿Acaso no quieres descansar, Arcalón? -preguntó la voz.

El Ajedrecista aguantó la respiración, pues creyó saber de quién era la presencia invisible. -Sólo descansaré cuando capture a Derren y a Alor, y rescate a Yíldarel -dijo con voz temblorosa.

Hubo un silencio en toda la habitación.

Poco después habló la voz. -¿Y cómo piensas hacer eso? -preguntó.

Arcalón suspiró para no desmayarse del temor, y dijo: -Obligando a Irgoliath a que me entregue al traidor. Lo haré así me toque destruir sus ciudades hasta los cimientos -dijo, pero su voz se quebraba, como si él mismo no creyera lo que decía.

-¿Piensas hacer eso ahora la guerra toca tu puerta? -preguntó la voz-. Las tierras de Irgoliath están muy lejos -añadió.

-Cuando libre a Metys... -entonces Arcalón calló.

-Eres prudente Arcalón -dijo la voz desde el sillón-. En verdad te mereces la paz de tu alma; pero todavía no deseas ver la verdad.

-¿Cuál verdad? -preguntó Arcalón.

-«Que ya has caído, Arcalón» -dijo la voz.

Arcalón calló por unos momentos. Pero, de repente, tomó bríos de nuevo y dijo con orgullo: -No estoy derrotado, y daré lucha hasta el final.

-Ya veo -dijo la voz-. Los Hombres orgullosos son muy predecibles. Sólo debes tocar su orgullo y harán por soberbia lo que quieres que hagan. Esa filosofía la utilizaste en la Batalla de los Cuatro Elementos, y te funcionó: Sepultaste a Lioric y casi de inmediato pusiste a Hérself en el trono imperial. ¿Crees que te funcionará con los Ariánicos?

Arcalón apretó los labios de furia. Se sentía más confiado, pero sabía que debía tener mucho cuidado con sus respuestas. -El orgullo de los Ariánicos sólo los afecta a ellos, no a mí -respondió sagazmente.

-¿Seguro? -preguntó la voz con tono extraño.

Arcalón dudó entonces. Y cuando entendió todo, abrió los ojos y entreabrió la boca, sorprendido y atemorizado. Entonces se encogió, como si hubiera recibido un golpe en la espalda, y se sintió derrotado.

-Veo que ahora entiendes que todo lo que Irgoliath ha planeado ha salido tal y como él quiere -dijo la voz.

-La venida de los Ariánicos... -dijo Arcalón sin dejar de mirar el suelo.



Juan Esteban Peláez

-Todo lo ha planeado. Ahora Él tiene las Shidrahas a su alcance. Las cuatro están casi en su mano. El orgullo de los Ariánicos hundió la Península de los Elementos, y la Shidraha de Herda sumió a los reinos occidentales a la maldición. El Diablo maneja sus fichas, y tiene a todos en jaque.

-¡Pero no en jaque mate! -increpó Arcalón, que se volvió a erguir. Miró el sillón vacío y dijo: -Todavía no estoy derrotado, ni mis aliados. Ahora entiendo que Ahl y el Lago Álgido sólo fueron tanteos para medirnos; pero no nos midieron bien. Subestiman a su enemigo.

-Arcalón, ustedes son los que subestiman a Irgoliath -aseguró la voz-. ¿Acaso creen que un plan funciona dos veces? Irgoliath no caerá en la trampa dos veces seguidas.

Al escuchar eso, Arcalón se sintió derrotado del todo. Su mente había sido leída y sus movimientos previstos, y ya no había marcha atrás. Era la primera vez que se sentía con tanta desventaja.

-Tarde o temprano Irgoliath te dará la paz, Arcalón de Metys. Creo que eres quien más lo merece -dijo la voz.

Arcalón, estupefacto, logró reunir lo poco que le quedaba de dignidad, y dijo mientras levantaba la mirada hacia el sillón: -Mañana nos veremos en la batalla y veremos quién tiene razón.

-Mañana estaré mirando cómo Metys se defiende -dijo la voz. Y, de súbito, el sillón estalló en furiosas brasas.

Arcalón se tapó los ojos. Y cuando los volvió a abrir se encontró acostado, cobijado por completo. Su frente estaba empapada y su respiración era muy agitada. Entonces cayó en cuenta de mirar el sillón, y vio que estaba intacto. Todo parecía haber sido una pesadilla, pero Arcalón vio todo tan real que dudó. ¿Cómo el Diablo podía saber de su plan? En ese momento el alba todavía no había despuntado, pero las trompetas de los Ariánicos retumbaron en largos ecos, invitando a los Hombres a la batalla. Todo Metys despertó cuando las estrellas todavía refulgían de plata y los búhos aún merodeaban.

-Ha empezado -dijo Arcalón en voz baja mientras suspiraba.

162

Las noticias que los exploradores trajeron no eran alentadoras. Para el calendario occidental, era el día 6 de mayo del año 212 de la Nueva Era. A lo lejos, desde las torres más altas de la ciudad era visible la Montaña de Flamas, que emanaba venenosos vapores; humaradas negras provenientes de forjas subían en espirales al cielo. Y el Bosque Denso, ahora un recinto de pesadillas, empezaba a mostrar los maleficios que había engendrado en secreto por tanto tiempo. Las frondas ahora tenían hojas salpicadas en sangre, y los troncos de los árboles eran oscuros y deformados. El lugar estaba maldito.

El poblado de Jaffar, que quedaba a los lindes australes del bosque, sufría el precio. A menudo, los hogares alejados del centro del humilde poblado tenían sepultados bajo sus pisos a sus dueños. Pero durante las últimas dos noches los exploradores habían encontrado decenas de ahorcados, llenos de infamia y ya podridos, colgando como adornos horribles de las ramas monstruosas. El temor se volvió un arma más letal que la espada. Ese día, Jaffar se había dado por perdido, y, por lo mismo, Metys estaba ahora expuesta.



Juan Esteban Peláez

Casi al mismo tiempo que llegaron los batidores Ariánicos e Írimos, la noche pareció clamar sangre. La oscuridad era casi impenetrable, cuando de repente el silencio se rompió como un cementerio que revive a sus muertos y los lanza al ataque: Unos tambores y gritos agudos y terroríficos se escucharon desde el corazón de las tinieblas. Y no solamente fueron escuchados desde el norte, pues el cielo pareció gritar estridente y maldito, y algunas sombras de animales malignos y alados cayeron sobre las casas, volando en círculos. Fue en ese momento cuando sonaron las trompetas de los Ariánicos, y Arcalón despertó de su pesadilla.

Desde las torres de la ciudad vieron cabalgar los últimos jinetes provenientes del norte, despavoridos, con antorchas y a todo galope. Algunos temblaban tanto que a duras penas podían sostenerse de las riendas. Así lograron llegar dos grupos de no más de quince exploradores. Todos tenían los rostros pálidos y estaban muy agitados. Trisanio fue quien los recibió, pues era él el encargado de mantener la vigilancia esa noche.

-¡Todo fue de repente! -exclamó uno de ellos, con la mirada desorbitada, mientras las trompetas de los Ariánicos sonaban. A eso se le unió el tintineo de las campanas de las iglesias.

-En Jaffar no hay más que cadáveres -dijo otro con presura-. Los enemigos acabaron con todo -aseguró, jadeante.

Otro explorador se apeó y dijo: -Los gritos nacieron todos al mismo tiempo. Nos sentimos rodeados, como si los fantasmas nos hubieran flanqueado, escondidos en la oscuridad.

-Y del cielo nos miran esas bestias -aseguró un otro explorador.

Todos hablaban muy acelerados, y esto impacientó al anciano general. -Avísenle al emperador. Y busquen a Arcalón -pidió el anciano.

Las campanas no dejaban de tintinear y las trompetas de sonar. Entonces a las trompetas se les unieron cuernos lejanos, provenientes de las brigadas más alejadas de los Ariánicos. A las afueras de la ciudad se veía mucho movimiento. A la luz de las antorchas iban y venían enormes grupos de Hombres, todos con armaduras doradas y capas verdes. La mayoría tenían yelmos con visores enrejados, y los más fieros ostentaban en sus cascos dos o tres plumas rojas o verdes.

Pero el movimiento no era sólo en la planicie, pues dentro de la ciudad Hombres iban y venían por las calles empedradas, acompañados del sonar de las campanas y de los cuernos lejanos que llamaban a las armas. Miles de ballesteros levemente armados ya subían a los muros rojos, acompañados de los certeros arqueros de Velheid bajo el mando de Ángor; los arqueros de los Areshti tenían vista penetrante y puntería casi inhumana.

Y tras el portón de la ciudad esperaba el joven Mirllón con cinco mil Hombres que guiaría a la batalla. El joven general temblaba, pues tanta algarabía lo había impacientado; pero por fuera tenía que mostrar valor para que sus Hombres lo siguieran. Todos esos Hombres eran valientes, pero muy pocos habían visto a un Espectro, y casi ninguno asimilaba el peligro de la situación.

Mientras todo esto pasaba, en el hogar de Arcalón había mucho movimiento. Arcalón buscaba todos sus arreos de batalla, y las Amatistas y Bélaron iban y venían. Almond, temerosa, ayudaba a Arcalón a ponerse la armadura, mientras lo abrazaba y le besaba la frente, y le decía que lo amaba y le pedía que se cuidara una y otra vez. Mientras Almond ayudaba a Arcalón, Bella notó que el brillo de los ojos del general había desaparecido.



Juan Esteban Peláez

Hacía unas horas hablaba de sus recuerdos y de Méladriel con una bondad enorme; pero ahora estaba frío e inexpresivo como una estatua de granito. Era definitivamente una persona distinta de la que había salido de Verdelheid ya tiempo atrás.

Cuando Arcalón vivía con Méladriel, las llamas de sus pupilas se habían apagado y su rostro mostraba bondad. Ahora el guerrero que había permanecido dormido desde la Batalla de Ahl renacía, apoderándose del cuerpo de Arcalón. La sangre ahora le hervía. Parecía haber olvidado lo bueno de su vida, y sólo vivía para ese negro momento.

-Por favor Arcalón, debes volver. No puedes caer. Debes volver conmigo -insistió Almond mientras abrazaba de nuevo al Hombre en la puerta de su hogar.

Arcalón devolvió la mirada y asintió. -Volveré -dijo, le besó la frente y salió apresurado. Bélaron y las Amatistas también abrazaron a Almond.

Y Bella le dijo: -No te preocupes. Nosotras lo protegeremos.

Esto pareció tranquilizar a Almond, que se secó las amargas lágrimas.

Entonces Arcalón fue al muro norte y se posó sobre la arcada negra, acompañado de las dos Amatistas y del Dragonífero. Las Apsaras ostentaban sus galas de batalla: Sus vestidos púrpuras, sus tiaras de plata con engarces de amatista y sus cetros de oro. Bélaron también ostentaba su corona de bronce, una cota broncea y un hacha de doble filo. Pero de todos el que más inspiraba respeto era Arcalón, que tenía llamas en sus ojos, el casco en su mano y la espada enfundada. Su capa negra flameaba, su armadura roja de anchas hombreras parecía de sangre a la luz de las antorchas, y su mirada colérica parecía ser más aterradora que la del mismísimo Irgoliath. Nadie sabía qué pensaba, pero inspiraba respeto y veneración.

-¿Todo está listo? -preguntó con voz severa a Marcov, que también estaba sobre la arcada del portón.

Y Marcov, intimidado por la presencia del Ajedrecista, asintió.

Arcalón miró a la luz de las hogueras a los Ariánicos allá abajo, sobre la planicie florida, formados sobre la llanura. En verdad era tan vasto el ejército dorado, que sus flancos no eran visibles desde allí. -¿Mirllón está preparado? -preguntó.

-Sí -respondió Marcov.

-¿Trisanio?

-Está reuniendo a los Hombres que faltan.

-¿El emperador?

-En su castillo.

-Bien. Sergail ya fue avisado y está en los establos ensillando los caballos. Esperemos que Rub también esté listo-. Entonces Arcalón miró a los Ariánicos con desprecio, y prosiguió: -Sólo esperemos que a ese idiota de Quetzal le quite la joya un Espectro y no uno de los Yúcidas-. El rostro de Arcalón era iracundo y sus ojos acerados.

En ese momento llegó Ángor, y para sorpresa de Marcov, el capitán de Trimíl también llegó con una mirada furiosa, los labios sellados en una expresión severa, y con todos los atavíos de guerra. Su carcaj estaba lleno de flechas, y sostenía con fuerza un arco enorme en la mano izquierda. Su capa blanca ondeaba con el aire. La armadura grisácea le brillaba por las antorchas, y tenía el yelmo de cimera alta en la mano derecha.

-Se estaba demorando -dijo Arcalón sin cambiar el serio tono de voz.

Ángor lo miró, mas no se extrañó. -Veo que volvió a ser el mismo Hombre con el que estuve en la Batalla de los Cuatro Elementos -dijo Ángor.

-¿Todo está listo?

-Sí.



Juan Esteban Peláez

-Entonces empecemos -dijo Arcalón, al mismo tiempo que las campanas tintineaban y las trompetas volvían a sonar en la noche.

Entonces Marcov le hizo una señal a un heraldo, y este último sopló una trompeta de un sonido estridente. Y a la trompeta la siguieron cuatro cuernos: Uno soplado por Mirllón, otro por el heraldo de Trisanio, otro por Sergail y otro por Ángor, que estaba allí mismo sobre la arcada. Las trompetas Ariánicas respondieron a este llamado, pues supieron que todo estaba listo en el interior de Metys.

Pero todos estos estridentes sonidos fueron callados de inmediato, pues el suelo empezó a temblar, como ecos lejanos bajo la tierra. Aunque era débil, era perceptible. Parecía que moles enormes golpearan la tierra con mazas gigantes a un ritmo constante. El temblor se asemejaba a un tambor de proporciones enormes.

-¿Qué será? -preguntó Ángor mientras intentaba escrutar la oscuridad con su vista.

Pero Arcalón meneó la cabeza. -No lo sé -respondió.

-¿Qué puede ser? -preguntó Marcov, mostrando preocupación.

En ese momento Arcalón lo miró, y Marcov sintió esa ardiente mirada lacerarle el corazón. -No lo sé -respondió sin subir ni bajar la voz. En verdad era otra persona, lejana a la compasión y a la misericordia. Ahora parecía un ser poseído. Pero no era sólo Arcalón, pues Ángor tenía una imagen semejante, una mirada asesina y una expresión pétrea. Ambos eran veteranos en la guerra y doctos en los horrores de la batalla.

Los Ariánicos allá abajo intentaban divisar al enemigo en la oscuridad, pero sin la luz de la Dama era imposible. Entonces la pesada marcha cesó, y todo fue silencio por unos momentos. El Capitán Dorado esperaba para dar la orden final, pero por un momento dudó. En ese momento una silueta solitaria apareció a lo lejos. Al parecer era un jinete de capa larga. Quetzal lo miró con detalle, pues este jinete parecía desafiar a las tropas Ariánicas. El jinete, casi invisible bajo la noche, parecía esperar el brillo total de la Shidraha.

Quetzal diose cuenta de esto y, cegado por su arrogancia, sonrió. -¡Démosle gusto al capitán enemigo! -dijo.

Entonces todos los Hombres Ariánicos gritaron: -¡Ruina al enemigo!.

Y la Shidraha pareció despertar, y sin que los Ariánicos quisieran, la joya lanzó su brillo a toda la llanura, liberando así la maldición. Entonces la noche se aclaró súbitamente, pues pareció que un sol maléfico naciera. El brillo amarillo inundó los alrededores, iluminando el campo de batalla, alargando las sombras de las torres, de los muros, de los árboles, de las tiendas, de las empalizadas y de los soldados.

En ese momento el jinete enemigo emprendió un violento galope hacia las tropas Ariánicas en acto suicida. Pero tan rápido como la luz amarilla llegó, miles de Espectros aparecieron de repente, aún un poco translucidos pero visible, vestidos con mantas negras. Y todos los fantasmas, armados con armas melladas y pálidas, se lanzaron hacia los Hombres que, estupefactos, titubearon. Cuando la Shidraha lanzó su resplandor y los Espectros fueron visibles, los Hombres vieron que los fantasmas ya estaban casi sobre ellos, pues habían iniciado el avance en medio de la oscuridad.

Entonces los Ariánicos vacilaron y temieron, pero el excesivo orgullo y la gran valentía que poseían hicieron que plantaran los pies sobre el suelo y no se movieran, aunque la oscuridad estuviera presta a ahogarlos. Y las primeras líneas de Hombres formaron una pared dorada con sus escudos convexos y rectangulares.



Juan Esteban Peláez

-¡No se muevan! -gritó Quetzal en la lengua Ariánica.

Y ninguno de los Ariánicos lo hizo, pues, aunque petulantes, eran excelentes y fieros soldados.

Desde los muros, Arcalón y los demás podían ver cómo la marea negra se lanzaba contra los ejércitos Ariánicos. Desde allí parecía un enjambre de hormigas negras que se lanzaba contra una colmena de abejas. Y cuando el choque se produjo, nacieron miles de sonidos metálicos, y miles de gritos horribles y distorsionados. Tal fue el impacto del primer avance, que muchas Mujeres gritaron y lloraron en Metys, atemorizadas por el estruendo. Ahora los muertos podían asesinar a los vivos. Sin embargo, los Hombres sobre los muros de la ciudad no se inmutaron, y Mirllón no sacó a sus Hombres de la ciudad, pues Arcalón no autorizó abrir la puerta.

-¿Y su hermana? -preguntó Ángor, mirando atentamente la batalla allá abajo. A la luz de las estrellas y de las hogueras, el color negro pareció fundirse con el dorado, y los destellos de las armas y las armaduras parecieron gotas de agua de un río caudaloso. Incluso alcanzaban a verse cráneos bajo las capuchas de los fantasmas más cercanos a la Shidraha. -En Nevard. Pero después de esto le pediré que vaya al Castillo de Cristal con Málem -aseguró el Ajedrecista, que parecía no haberse inmutado con el apresurado inicio de la batalla-. Si sobrevivimos esta noche muy probablemente iremos al frente, y no quiero que ella se quede sola.

Marcov miraba a ambos Hombres con sorpresa, pues parecían haberse endurecido de repente.

-¿Y Méladriel?

Entonces Arcalón bajó la orgullosa cabeza por un momento, como apesadumbrado; pero en segundos la levantó y buscó la Estrella de Jores en el cielo negro; pero no la encontró. Entonces dijo: -Está en Herda, o debe estar en camino.

Ángor pareció ablandarse un poco al escuchar esto; pero no cambió el tono de voz. -¿Fue por la corona? -preguntó.

Y Arcalón asintió. -Fue por su trono -respondió un poco melancólico.

-Méladriel es una buena Mujer, y espero que logre todo lo que desea -aseguró Ángor.

Arcalón suspiró. -Quiero ir tras ella, pero hablemos de eso después, si sobrevivimos esta noche -dijo.

En ese momento llegaron las dos Amatistas y Bélaron al muro. Habían bajado un momento, pero ahora estaban allí, al lado del Ajedrecista, como escoltas poderosos, mirando sobre la arcada la batalla.

Ángor asintió. -¿Qué espera? -preguntó mientras miraba cómo los Espectros intentaban abrirse paso entre los Hombres de escudos dorados. Las espadas golpeaban el acero dorado con furia, y se quebraban muchas puntas de lanza, y muchos yelmos Ariánicos, y muchos escudos, y se mellaban hachas y espadas, y caían Hombres y desaparecían fantasmas; pero Arcalón no autorizaba ningún movimiento. Marcov y Trisanio se incomodaron por la parsimonia del Ajedrecista; pero Ángor y Sergail lo conocían bien, y esperaban con paciencia. Mirllón era el más ansioso, pues, aunque deseaba quedarse al amparo de los muros, sabía que su tarea era no dejar que los enemigos se paseasen por la llanura.

-Los Ariánicos luchan bien -aseguró Bella, mientras se quitaba los rizados del rostro. El viento soplaba con furia, y cada vez hacía más frío, pues la presencia de los fantasmas enfriaba el aire.



Juan Esteban Peláez

Y Arcalón asintió. –No temen a los Espectros, y eso es bueno -aseguró mientras sentía el aliento frío en su rostro.

-¿Y nuestros Hombres? -preguntó Bélaron mientras miraba a los Hombres a sus lados, extendidos sobre los muros. Algunos mostraban valor y parecían estatuas que miraban atentas la batalla. Pero otros vacilaban, y si estaban quietos era porque estaban petrificados del miedo. Otros temieron tanto, que se acurrucaron tras el grueso parapeto del muro, incapaces de levantarse de nuevo y ver al enemigo.

-El valor les faltará cuando los Ariánicos perezcan del todo -aseguró Arcalón.

-¿Y es que no los ayudaremos? -preguntó Marcov, que también empezaba a temer por la suerte de la batalla. Los Espectros ya habían logrado hacer mella en el muro de escudos, y se lanzaban con brutal violencia hacia los Ariánicos. Las mantas negras ondeaban, y bajo ellas, manos huesudas empuñaban melladas armas que desgarraban carne y hendían acero dorado. De vez en cuando eran visibles calaveras bajo las mantas, e incluso algunos rostros difusos eran divisados a la luz de la Shidraha.

Arcalón sonrió triunfal, pero malicioso. –Quetzal puede arreglárselas solo. Si no puede hacerlo, que su orgullo lo entierre -respondió.

-Ellos están aquí para ayudarnos, ¿y los vamos a dejar a su suerte? ¡No podemos hacerlo! -exclamó Marcov.

Entonces Arcalón lo miró, y Marcov sintió su alma helada ante tal mirada. Los ojos de Arcalón parecían pozos que llevaban directamente al infierno, y reflejaban una ira casi incontenible. –Ellos no nos están ayudando -dijo con voz sombría-. Su codicia nos ha lanzado a la batalla. Si hubieran entregado la Shidraha a Melina esta batalla sería diferente -añadió.

En ese momento, Bella detalló un jinete enigmático entre la batalla. Aunque el sitio de la lucha estaba lejos de las murallas, Bella tenía buena vista, e identificó casi de inmediato al capitán enemigo. Entonces miró con temor a Clara, y dijo: -Tenemos un gran problema. -¿Qué sucede? -preguntó su hermana mientras emanaba vapor de su boca a causa del frío. La proximidad y el número de Espectros habíanse incrementado, y por lo mismo el frío mortuorio que desprendían.

Bella volvió a mirar al jinete entre la oscuridad de la noche, y no tuvo duda de quién se trataba.

Él montaba un caballo eométrico muy corpulento, de crines erizadas y zancas potentes, que ostentaba jaeces negruzcos y rojizos, y cascos que sangraban. El animal parecía tener los ojos rojos, pero quizás era el reflejo de las hogueras cercanas. El jinete blandía su espada a diestra y siniestra, temerario, sin miedo a la muerte, pues parecía verla como si fuera un recién nacido: Sin ningún remordimiento ni ningún temor. Era indiferente a las flechas solitarias que silbaban en el aire sobre su cabeza, y batía Ariánicos como si en verdad fueran ovejas indefensas. Su velocidad era tal, que de vez en cuando parecía que su brazo desaparecía o se alargaba, y su espada se anchaba con cada sablazo. No era ninguna magia; era simplemente una ilusión causada por la luz que reflejaba la velocidad del ataque. Era tan violento y fuerte, que los altivos Ariánicos le huían. Al principio de la batalla, muchos Ariánicos, buscando su gloria personal, le habían dado frente; pero todos habían caído con facilidad. Ahora ningún Hombre lo retaba en el fragor de la batalla.

Clara también miró al Capitán Enemigo y tomó su cetro de oro con fuerza, pues, aunque ella era una deidad y una Apsara poderosa, también era vulnerable, y si había un ser que podía hacerle daño era ese jinete, que azuzaba a su caballo con violencia y luchaba sobre su lomo con maestría. Y en un momento en el que el animal se encabritó a causa de la furia, Clara pudo ver con más detalle al enemigo: Tenía una capa negra de amplios



Juan Esteban Peláez

pliegues que ondeaban con el viento. La capa tenía en el ruedo un grabado de ave blanca. Su armadura, de hombreras gruesas, era plateada a la luz de las estrellas, pero se doraba cuando se acercaba a alguna hoguera. Ostentaba un yelmo de airón dentado que le cubría todo el rostro, y estaba armado con una espada pulida de mango labrado y engarces de rubíes y ágatas.

-¿Quién es? -pregunto Ángor, que también tenía buena vista.

-Un exorcista antiguo, un hechicero docto, un Yúcida -respondió Clara.

-¿Cuál? -preguntó Arcalón, intentando buscarlo entre los miles de combatientes.

-Prerior, de la Almena de Sacrhas -respondió Bella.

-¿Uno de los Seis? -preguntó Bélaron-. Eso cada vez se pone más interesante -añadió al tiempo que apretaba su hacha.

-Mientras ese brujo no se acerque a Quetzal para quitarle la joya... -dijo Arcalón con frialdad.

-Sin embargo -interrumpió Bella-, creo que necesitaremos algo de suerte.

-¿Ayudamos a los Ariánicos? -preguntó Marcov de nuevo.

Y Arcalón, mirando la encarnizada batalla sobre los prados verdes y rojos, meneó con la cabeza. -No gastaremos una flecha para ayudar a los Ariánicos. Si en verdad son tan poderosos que lo demuestren -respondió sin mostrar remordimiento alguno.

163

Arcalón ordenó dejar las puertas cerradas hasta nueva orden. Y cuando el día llegó, todos los que estaban en las torres vieron que la Montaña de Flamas había regurgitado vapores venenosos por algunas fisuras durante toda la noche, como una bestia inquieta.

Bajo el día sombrío de nubes grises y brumas blancas, ya el ejército enemigo era visible por completo. La oscuridad había desconcertado a los Hombres, pero cuando la luz tocó la tierra, se dieron cuenta que los fantasmagóricos enemigos eran menos de los que habían visto en la noche. Inclusive, sólo los Ariánicos los superaban en un número de dos a uno. Esto animó a los extranjeros, que viendo ahora la ventaja que siempre habían tenido, se abalanzaron contra los esqueléticos enemigos, lanzando gritos de furia y clamores de venganza.

Pero ni el Demonio ni los Yúcidas actuaban por actuar. Prerior, acompañado de un grupo de fantasmas, había logrado romper la vanguardia Ariánica, y ahora se acercaba a Quetzal. El Capitán Dorado no podía hacer más que ver cómo el Yúcida se abría paso poco a poco por entre los Hombres y las cenizas. Era desesperante ver cómo tan intimidante jinete se acercaba. Quetzal, bañado por completo por la pesada luz amarillenta de la joya, vaciló, pero no se movió.

Desde la arcada del portón, Arcalón, Marcov y Ángor veían el resplandor de la Shidraha, mas no a Quetzal; pero las Amatistas sí lograban traspasar con su mirada el tétrico resplandor. Así que cuando Bella notó el rostro temeroso del capitán, se apresuró a ponerse a la vista de Prerior, corriendo sobre el muro hasta estar lo más cerca posible de Quetzal.



Juan Esteban Peláez

Cuando vio a Quetzal, el Yúcida sintió un hambre voraz, un ansia de crueldad y una sed de sangre inaguantable. Así que azotó su caballo para que avanzara hacia el horrible resplandor. El caballo se negaba, pero al recibir tantas espoleadas, no pudo hacer más que dirigirse hacia la luz podrida de la Shidraha. Quetzal tomó su espada, ahora con la mano temblorosa. Pero cuando Prerior ya estuvo cerca, Quetzal soltó su arma, petrificado por el miedo. El Yúcida, con la espada bañada en sangre, cabalgaba con furia hacia el resplandor, arrasando todo a su paso.

Pero, para sorpresa de Quetzal, el Yúcida de Sacrhas se detuvo a pocos metros de él. Frenó a su monstruoso caballo y lo miró como una bestia hambrienta que tiene su presa cerca, pero que no puede comerla. Sus ojos amarillos brillaban de furia bajo el yelmo, y, como un perro apaleado, permaneció frenado por unos momentos, a la vista de algunos Hombres y Espectros que todavía combatían.

Lo que casi nadie sabía era que tras el resplandor enneguecedor de la Shidraha estaba una imagen temida por el Yúcida: Tras el brillo amarillo, sobre los muros, Prerior veía la esbelta y alta silueta de Bella, con su cetro de oro apuntando hacia él, mientras la diadema de plata le brillaba en la orgullosa cabeza y los ojos verdes le miraban sin temor. Pocos eran los seres que miraban a los Seis sin miedo, pero las Apsaras no les temían. Prerior ya había atacado a Melina sin éxito, y por lo mismo temía la furia de su hermana.

Llevado por el temor y la duda, el Yúcida no pudo hacer más lanzar blasfemias al aire, y volver por sus pasos, incapaz de obtener la preciada Estrella del Inframundo. Mientras volvía, los Espectros, que ya eran pocos, desaparecían sobre las praderas herbosas del norte, al amparo de los árboles más cercanos. Y muchos otros se acercaban al Yúcida, pues sabían que ningún enemigo se acercaría a él.

Arcalón se acercó a Bella y miró con detenimiento la débil refriega de los Espectros. - ¿Por qué lo defendiste? -preguntó el Hombre, que habíase dado cuenta del acontecimiento.

Bella sonrió. -El objetivo del Innombrable era quitarle la Shidraha al Portador, y creo que todavía no es el momento -respondió mientras miraba al cielo gris. Aunque la bruma era intensa, y había cenizas y humos, la Apsara lograba traspasar las nubes con su mirada, y veía cómo varios enemigos miraban la ciudad desde allá arriba. La vigilaban, quizás para mantener informados a los capitanes enemigos. Pero Bella también logró ver que de la Montaña de Flamas venían más enemigos, aunque en números pequeños. -El próximo ataque será por aire -aseguró, siguiendo con la mirada las borrosas figuras voladoras entre las nubes.

Entonces Arcalón miró a Ángor, que estaba a su lado, y dijo: -Creo que es hora de que nosotros luchemos. Si atacan desde el cielo atacarán los muros.

Ángor intentó divisar a los Espectros sobre los saurios alados, mas no lo logró. Asintió e hizo pasar la voz a sus Hombres por medio del heraldo.

-¿Sabes quién está al mando de los crimeos? -preguntó Arcalón a Bella.

-Según experiencias pasadas, es Alanior de Carrhas el Señor de los Crimeos; pero no creo que esta vez él esté al mando. Tampoco creo que sea Cranior de Macrhas -respondió la Apsara mientras una brisa refrescante le acariciaba el rostro y le movía los rizos castaños.

-¿Entonces quién puede ser?

-Pterior de Sacrhas está allá abajo -dijo Bella mientras miraba al Yúcida que, furioso, se retiraba de los prados hacia el norte.

-Quedan tres-dedujo Arcalón.



Juan Esteban Peláez

Y Bella asintió. –Roguemos para que no sea Victoria de Althras -dijo Bella.

-¿Por qué?

-Ella es la más poderosa de los Seis.

-¿Quiénes quedan?

-Está el Yúcida de Delfrhas, pero es el guardián de la Ciudad Endemoniada y el defensor de Irgoliath. Él nunca sale de su Almena. Si no es Victoria, debe ser Ana de Lavrhas.

-Ana -dijo Arcalón pensativo. Sabía que había escuchado ese nombre antes, y supo que si lo había escuchado había sido de boca de Méladriel; pero no pudo recordarlo. Méladriel había contado muy superficialmente lo que había sucedido en el Bosque Denso durante su llegada de Herda, pero era una de las tantas aventuras que Méladriel había relatado. Arcalón no la recordó en el momento.

Ahora bien, aunque los Ariánicos habían aguantado el primer ataque, sabían bien que ese sólo era el principio. Muchos Ariánicos cantaron de alegría, e incluso retaron al Diablo, pero otros más experimentados permanecían en silencio. La marcha tronante y lejana que hacía temblar el suelo se había iniciado de nuevo. En ese momento Quetzal pareció volver en sí, y se arrepintió de haber retado a Irgoliath y de haber cargado la Shidraha. Ahora él era el premio del enemigo. Mas el orgullo no lo dejó entrar a la ciudad, y en vez, tomó su espada del suelo húmedo y mandó a sus capitanes a desplegar a los Ariánicos por la llanura, sobre el muro norte de Metys.

164

A eso del mediodía, Ángor, que no había descansado en toda la noche, miraba desde una torre cercana hacia la pradera. Parecía inquieto, pero aguantaba el cansancio. Los guardias lo miraban y parecían intimidarse, pues sus ojos mostraban frialdad, como si fuera un asesino experimentado. Entonces el Capitán de Trimíl divisó desde la alta torre, a lo lejos, una nueva marea de pesadillas: Esta vez eran aproximadamente diez mil fantasmas, caminando por la pradera y bajo los cielos plomizos. Pero este nuevo ejército venía acompañado de torres de asedio repletas de enemigos y empujadas por enormes bestias de tiro.

-¡Toquen la alarma! ¡Son diez mil y con asedio! ¡Pronto, pronto! ¡Toquen la alarma! -gritó uno de los vigías desde la torre, desesperado.

Segundos después se escuchó de nuevo el cuerno de alerta, y los gritos revivieron, y Metys se sumió de nuevo en la desesperación. Los aldeanos se apresuraron a guarnecerse en sus casas y los soldados, exhaustos y angustiados, volvieron a sus puestos, hambrientos. La guardia se duplicó y el temor se renovó.

Ángor bajó al muro donde Arcalón, Bélaron, Marcov y las Amatistas esperaban. Los Ariánicos se recuperaban, listos para recibir una nueva arremetida.

-¿Los ayudaremos? -preguntó Ángor mientras miraba cómo los cansados Ariánicos se formaban de nuevo, creando el renovado muro de escudos.

Arcalón lo pensó por un momento, pero cuando vio a Quetzal y el destello mortecino de la Shidraha, meneó con la cabeza. –Todavía no -respondió con frialdad.



Juan Esteban Peláez

Esperaron por unos instantes hasta que el segundo golpe de Irgoliath fue visible. Y cuando las torres de asedio ya se veían grandes y soberbias, una repentina niebla gélida se estancó en la cima de la roja muralla, danzando abruptamente alrededor de los defensores como serpientes vaporosas. Aunque el día era frío, esa niebla no era natural. Y poco después, la bruma hizo un movimiento repentino, sin la ayuda del viento, como si estuviera viva. Pareció por un momento una telaraña enorme movida por un soplo.

Entonces los Hombres se sumieron en el temor. -¡Han llegado! ¡Estamos muertos! ¡Los Yúcidas nos matarán! -gritaron despavoridos.

Entonces los Ariánicos dudaron, pues ahora les temían a los Yúcidas más que nunca. Y muchos, incapaces de aguantar el pavor, rogaron a los guardias de la puerta que los dejaran guarnecerse en la ciudad; pero los Írimos no los dejaron entrar, obligándolos a estar en los prados.

En ese momento Arcalón pareció vacilar, pues miraba impresionado el ruego de los antes orgullosos Ariánicos. Su mente no creía lo que sus ojos veían. Pero lo impresionó más la niebla que formaba un velo aterrador, y que se paseaba por entre los Hombres de mirada impotente. ¡¿Cómo atacar la niebla?!

Prerior había desaparecido de repente, y su guardia se dirigía hacia el nuevo ejército; pero a él lo había reemplazado un homónimo. Esta vez venía a la cabeza una Mujer de ojos amarillos, con un yelmo coronado bajo el hombro, cabellos negros que se veían azulados a la luz, rostro hermoso, armadura de plata y una capa negra con un emblema blanco: Un árbol. Ésa era Ana, Yúcida de la Almena de Lavrhas y la encarnación de la Seducción.

Los Hombres miraban en lento avance del enemigo, y muchos corrían aterrados de un lado a otro sobre la muralla. Entonces la extraña niebla reptó en espirales y se filtró en una de las torres y, de repente, se escuchó un alarido desde el piso más alto. Arcalón y los demás miraron la cima de la torre. Entonces, más gritos se unieron como un concierto macabro, y de un momento a otro todo fue silencio. Al escuchar tales gritos, muchos defensores, temerosos, rompieron filas y bajaron de la muralla. Nadie los podía culpar, pues a muchos el miedo los dominaba.

Entonces los Ariánicos se prepararon para dar de nuevo batalla. Pero mientras se formaban, sintieron proyectiles livianos que les caían desde la ciudad. Quetzal volteó a mirar a la ciudad y vio que desde lo alto de la torre eran lanzadas cabezas hacia el ejército defensor, arrojadas por Prerior, que sonreía con malicia mientras los miraba desde la sangrante torre que ahora dominaba. Más Hombres se sumieron en el temor, pero el grueso del ejército dorado siguió estático.

Y bajo un cielo de nubes pesadas y un día con luz, pero sin calor, Ana lanzó sus huestes. Los enemigos esqueléticos y un poco translucidos invadieron las praderas de la izquierda, aprovechando unas leves elevaciones. Los Ariánicos se mantuvieron en su posición., Entonces miles de Espectros se lanzaron hacia el muro de escudos. Los ruidos de acero volvieron a invadir el aire, y los gritos abundaron. Los jadeantes Ariánicos hicieron todo lo que pudieron para resistir; pero el agotamiento les ganó, y rápidamente rompieron filas. Entonces la batalla perdió todo orden. Los Espectros penetraron la vanguardia dorada, al mismo tiempo que desde el norte bajaban el resto de los enemigos, mostrando pendones negros con el emblema del árbol blanco.



Y las torres de asedio no dejaban de avanzar. Las torres, tiradas por animales desconocidos, seguían su avance entre la batalla llena de humaredas negras y gritos espeluznantes. Y cuando ya estuvieron muy cerca, la ciudad de Metys por fin respondió: Los ojos se posaron en los fantasmas, los arcos apuntaron y las cuerdas se tensionaron y sonaron, y las flechas rompieron el frío aire, y las lanzas silbaron. Así, al grito de Ángor, la ciudad lanzó una descarga de venablos y flechas que se clavaron en las torres y en los enemigos, que ahora morían, aunque fueran esqueletos. Tan furiosa fue la arremetida, que los Espectros parecieron titubear; pero siguieron avanzando para desdicha de los defensores.

Al ver el ininterrumpido avance de los enemigos, Arcalón vio cercana la derrota, y temió al ver el flaqueo Ariánico. Si Quetzal moría en manos enemigas, la joya estaría perdida, al igual que la batalla. Dudó al principio, se sobó nervioso las manos sudorosas y se tomó la cabeza, y, llevado por un frenesí de adrenalina tomó la primera de sus tres grandes decisiones. Entonces el potente portón de Metys se abrió, y Mirllón salió cabalgando, enfurecido y enloquecido, hacia la batalla sobre la enrojecida llanura. Y tras él salieron miles de Hombres de armaduras rojas, gritando y con sus armas arriba. No eran pocos los que salieron de la Ciudad Enladrillada. En ese momento hasta el mismísimo Quetzal pareció descasar.

Pero no sólo los defensores reían ahora, pues Ana, que estaba sobre una colina lejana, miraba con satisfacción y triunfo cómo los Hombres Írimos salían a dar lucha. Ella esbozaba una sonrisa en sus labios rosados, mientras el cabello negro le danzaba con el viento. Parecía no importarle las pérdidas. Sin embargo, la Shidraha todavía brillaba en manos Ariánicas, lo que indicaba que la batalla todavía podía perderse.

De esta forma, los Hombres de Falheid bajo el mando de Mirllón, arreciaron. Los Espectros se vieron sorprendidos entonces, y perdieron bastante terreno en pocos instantes. Y los Ariánicos, al ver la vacilación del enemigo, sintieron su sangre hervir y sus cabezas palpar. Entonces se unieron a los Írimos, y lograron unirse de nuevo en la vanguardia. Los muros de escudos volvieron a formarse, y los Espectros volvieron a chocarse con una formación impenetrable, llena de lanzas y espadas tras escudos pulidos.

Pero Ana no parecía preocuparle este retroceso. En vez, mandó a su flanco derecho a lanzarse contra el costado occidental de la ciudad. Entonces los Espectros que todavía permanecían sobre las colinas descendieron, pisando girasoles y cartuchos blancos, y cayendo sobre los defensores como una marea negra de acero frío. El aire se volvió a helar, pues los Espectros emanaban un frío sepulcral, y las nubes parecieron volverse más densas, oscureciendo el día y el ánimo renovado de los Hombres. La Yúcida había cumplido con su cometido: Había logrado sacar a Mirllón de la Ciudad Enladrillada.

165

Ahora bien, la situación era la siguiente: En el flanco izquierdo la lucha era más recia, pues allí Ana había atacado con más fuerza. La vanguardia de los defensores todavía se sostenía, pues los soldados de Falheid habían logrado repeler el ataque. Y el flanco



Juan Esteban Peláez

derecho estaba casi despejado. Pero las torres no frenaban su avance, y miles de Espectros se amparaban tras las potentes edificaciones móviles. Sobre los muros rojos miles de arqueros se volvían a preparar para lanzar otro aluvión de flechas, y las pesadas puertas de Metys ya se cerraban de nuevo por orden de Arcalón.

Por otra parte, Prerrior de Sacrhas todavía miraba desde la cima de la torre puntada el brillo maligno de la Shidraha, aún en las manos de Quetzal, que se encontraba en la retaguardia del ejército Ariánico. Pero Prerrior sabía que no podía salir de la torre mientras Bella lo vigilara. Bella estaba sobre el muro, cerca de la torre, sin quitarle la vista, con su cetro de oro bien sostenido y lista para atacarlo. Bella, al igual que su gemela Clara, se sentía mareada, pues las Apsaras eran sinestésicas y saboreaban los sonidos. Los sonidos de la guerra las alteraban, por lo que iban a la batalla con tapones en los oídos. Ambas Apsaras se sentían un poco enfermas, pero aun así daban batalla sin dudar.

Y a eso de las tres de la tarde, ambos bandos empezaron a revelar sus ases. Es bien sabido que al principio de la batalla se descubren las cartas más débiles, al igual que los peones al inicio de una partida de ajedrez, y sólo cuando se considera el momento preciso, se muestran sobre la mesa las cartas más poderosas. Y fue Falheid el primero en destaparlas, siendo la segunda gran decisión de Arcalón durante la defensa de Metys.

A un ademán frío de Arcalón, Bélaron desabrochó un cuerno de su cinto y lo puso en sus labios. Entonces tomó aire y lo sopló con una fuerza tempestuosa. Pero más que el sonido de un cuerno, éste sonó como un rugido gutural y ronco. Y, para sorpresa de muchos, otro rugido lejano respondió al llamado. Bélaron miraba hacia el cielo, como si buscara algo, y cuando lo encontró, sonrió y gritó de alegría.

Entonces, con una rapidez tempestuosa, tres enormes siluetas aparecieron en el cielo desde el sur. Las tres enormes bestias, recortadas contra las nubes plumizas, se acercaron velozmente hacia los prados al norte de Metys, y cuando sobrevolaron la ciudad, sus poderosos aleteos atraeron toda la atención de los ciudadanos.

Majestuosas eran en verdad esas bestias. No habían sido vistas desde hacía una era, y sólo se habían convertido en un rumor de los trovadores. Pero ahora estaban allí, solemnes y orgullosas, con potentes fauces, con corazas de escamas escarlatas, alas de cartílagos negros, cuernos de marfil sobre ojos diamantinos, ancas robustas, zarpas afiladas y colas largas.

¿Cómo un simple mortal podía invocar dragones rojos?! Muchos, incluyendo a los Yúcidas, se lo preguntaron por mucho tiempo. Bélaron, aunque con aspecto de Enano, era un Hombre, y el dominio de dragones sólo lo lograban los más diestros Magos. En la Era Nueva sólo Tartanos había adquirido ese poder. ¿Cómo Bélaron había invocado tres dragones de una raza poderosa?

Todo se remonta años atrás, cuando Bélaron llegó a las estribaciones más australes de la Muralla de Volcanes. Buscaba ciervos para cazar cuando cayó en una grieta profunda. Aunque sólo se raspó, no pudo salir de allí por horas, pues la áspera fisura era muy honda. Entonces, cuando ya empezaba a alucinar a causa de la deshidratación, sintió una mano delicada, pero firme, que lo levantó y lo sacó de la grieta.



Juan Esteban Peláez

Se cuenta que allí Bélaron conoció a Feya, el Corazón de los Volcanes. Ella le enseñó a hablar con los saurios, incluyendo a los dragones rojos que vivían en las entrañas de las montañas. Su enseñanza duró muchos años. Y cuando terminó, Bélaron volvió a Goludom para luchar en los juegos. Antes de partir, el Corazón de los Volcanes le regaló el cuerno que ahora soplabla, que tenía el poder de invocar a los dragones más cercanos.

De esta forma, los tres enormes dragones llegaron para ayudar a los defensores. Uno de ellos, el más grande, se apresuró a la torre de asedio más cercana a la muralla, y la traspasó con sus garras, haciéndola colapsar sobre cientos de esqueléticos enemigos. Y los otros dos, o mejor, las otras dos dragonas, de cuernos más pequeños y alas más cortas, lanzaron sus ígneos alientos sobre la retaguardia del enemigo. Tan inesperada y feroz fue la arremetida, que Ana y sus guardias tuvieron que alejarse para evitar las llamas.

Entonces Ana, con un grito lastimero y furioso, sacó su carta, pues sintió lejana la victoria. Y de los nubarrones grises emergieron cientos de Espectros sobre saurios voladores, armados con arcos y lanzas. No eran pocos, y laceraron las nubes con violencia, lanzándose así contra la ciudad y contra los dragones.

Arcalón miraba cómo en la lejanía aparecían las bestias negras y aladas del enemigo; pero cuando sintió un viento cortante en su cabeza, dióse cuenta que la batalla ahora tocaba las puertas de Metys. Miró hacia arriba y vio que tres Espectros sobre saurios alados habían aparecido sobre la arcada.

Así que Ángor, de mirada fiera, tomó una flecha y la lanzó contra una de las bestias. Tan certera fue la puntería del Capitán de Trimíl, que la flecha se clavó en el ala membranosa del monstruoso animal. Entonces la bestia se zarandeó y lanzó a su jinete allá abajo, al suelo. El segundo fue alcanzado por varias flechas de penachos blancos, y el tercero, encguecido por el humo y asustado por los proyectiles, no calculó bien la distancia, y se chocó violentamente contra una de las torres de la ciudad, muriendo al instante.

Pero tras esos tres venían más enemigos, y las torres móviles no dejaban de acercarse, aunque ahora eran pocas, pues los orgullosos dragones destrozaron muchas. Sin embargo, los dragones ahora eran hostigados por los enemigos que, como insectos ponzoñosos, intentaban clavar sus envenenadas flechas y sus jabalinas en las corazas rojas.

Aunque los dragones daban fiera pelea, cinco torres ya estaban muy cerca de la muralla antes de que la noche llegara. Entonces los arqueros apuntaron hacia los animales. Algunos de ellos cayeron repletos de flechas, como si fueran erizos, pero otros lograron llevar las torres hasta los muros. Así llegaron tres de las torres enemigas hasta la ciudad, abrieron sus bocas, dejando que el peso de los puentes destrozara el parapeto, y vomitaron a sus negros y maléficos protegidos. Entonces los terribles Espectros cruzaron los tambaleantes puentes, visibles bajo el brillo de la Shidraha, y se lanzaron contra los Hombres sobre el muro.

Arcalón, consciente del peligro y viendo a los esqueletos encapuchados muy cerca, desenvainó su espada y se puso el yelmo rojo. Ángor también se puso su yelmo, y Bélaron se mecía la barba, furioso, y tomó su hacha con fuerza.

-¡A las torres! ¡Vayan hacia esas torres! -ordenó Ángor a sus Hombres mientras sentía el frío de tumba que emanaba el enemigo.



Juan Esteban Peláez

-¡Vamos a mandar a esos fantasmas al infierno! -exclamó el Dragonífero.

Arcalón miraba la batalla sobre el muro, no muy lejos de su posición. Permanecía inexpresivo, y ni siquiera Ángor sabía qué pensaba. Pero Arcalón tenía sus pensamientos sumidos en un rostro de ojos grises y tez pálida. Su amada Méladriel le invadía la cabeza. «¿Dónde estará?» pensó en ese momento, como si fuera una despedida amarga. «Espero que esté bien».

-¿Arcalón? -preguntó Ángor, que diose cuenta del letargo del Ajedrecista.

Arcalón examinaba el entorno, al mismo tiempo que salía vapor de su boca a causa del frío producido por los Espectros cercanos. Su mirada todavía flameaba, aunque su cuerpo tiritaba. Entonces miró a Ángor, y pensando en el bienestar de Almond, le dijo con voz firme: -Ningún enemigo debe entrar a Metys-. Y después de decir esto pareció entrar en un trance, y su pecho estalló lleno de adrenalina y a la vez temor. Entonces, con la respiración acelerada, se lanzó corriendo hacia la torre más cercana, donde la lucha era encarnizada.

-¡Está loco! -exclamó Marcov que, petrificado por la proximidad de la batalla, miraba cómo Arcalón corría entre los Hombres directo a la lucha.

Ángor miró al general y sonrió. -Ya había escuchado eso -dijo. Entonces tomó su arco con fuerza y fue tras su amigo, pasando entre los Hombres que gritaban y seguían lanzando flechas sobre los Espectros allá abajo, en la llanura.

Bélaron rugió también, y con su hacha de doble filo en alto, se lanzó colérico hacia la torre.

Y cuando Marcov sacó su espada, Clara, que todavía estaba allí, se puso frente a él. -No lo hagas -pidió con voz dulce, al tiempo que tragaba saliva para aguantar las náuseas por los sonidos. Su tiara relucía como las estrellas y sus ojos verdes mostraban una bondad enorme. Aunque estaban en medio de una dura batalla, la Apsara permanecía calmada. -Ellos están preparados para la lucha; pero tú no. Es mejor que te quedes a mi lado, y al lado de tus soldados -entonces sonrió y dijo: -Puedes estar tranquilo, que yo te protegeré. Marcov, conmovido por la energía emitida por la Amatista, se sintió a merced de su voluntad, y asintió. Entonces miró la batalla sobre el muro, y vio que Arcalón, Ángor y Bélaron habían desaparecido entre las capas negras, los huesos amarillos, los rostros translucidos y las armaduras grises y rojas. Después miró hacia la ardiente llanura, y vio entre el humo y los pastos chamuscados que algunos Espectros huían hacia el norte, y otros hacia el oriente. Los Ariánicos todavía sostenían la vanguardia frente al portón de la ciudad, y los Hombres de Falheid subían las colinas a la izquierda, intentando vencer a los Espectros cuesta arriba. Mirllón había desaparecido en medio de la lucha, pero los capitanes de Falheid habían logrado dar una batalla digna. Después miró hacia el cielo gris, y vio a los tres dragones rugiendo y lanzando zarpazos a los enemigos que los atacaban. Por último, Marcov se enfocó en Quetzal, herido en una pierna, pero todavía de pie, con sangre que le escurría bajo el yelmo dorado y que casi lo ahogaba, y con la malsana Shidraha en la mano. Su capa amarilla todavía ondeaba en el aire y su espada todavía permanecía en su mano.

Entonces Marcov exclamó: -¿Por qué tanta miseria por una simple joya?!

Tanto Arcalón como Irgoliath tenían todavía cartas ocultas; pero Irgoliath fue quien reveló su siguiente movida, y fue en ese momento cuando los defensores supieron que al



Juan Esteban Peláez

Demonio jamás le ganarían por las armas, o por lo menos no sobre las praderas de Metys. Cuando la segunda noche ya llegaba, por fin Irgoliath lanzó al ataque a su máspreciado general.

Para ese momento la batalla sobre los muros se había aligerado, pues los Hombres habían jaqueado de nuevo al Mal. Dos de las tres torres habían sido destrozadas por una de las dragonas, y la última ya estaba en manos de los defensores. Mas el precio había sido alto: Arcalón, llevado por un violento frenesí, había internado al corazón de la encarnizada batalla, y había logrado batir dos Espectros; pero durante ese ínterin había recibido un golpe en el yelmo que le había quebrado los dientes, y había sido herido en la espalda: Era una herida profunda, y emanaba sangre a borbollones bajo la armadura escarlata. El dolor era tan intenso, que el general de vez en cuando titubeaba y se desplomaba sobre el suelo, enceguecido por el tormento de la herida. Y cuando por fin cayó rendido a causa del frío dolor, Ángor, que estaba cerca, logró sacarlo de la lucha, y lo llevó con Bélaron hasta una torre cercana y maltratada.

Allí descansaba Arcalón, tendido contra la pared de la torre, repasándose con la lengua la boca sin los dientes delanteros, escupiendo sangre, jadeante y agotado. Se sentía muy débil. Miraba con ojos cansados y ardorosos a su alrededor, y de vez en cuando identificaba un saurio enemigo que pasaba agitando sus membranosas alas y gruñendo. También miraba a Ángor frente a él. El Capitán de Trimíl lanzaba flechas a diestra y siniestra; pero las flechas ya se le acababan. En ese momento ella apareció.

Ángor logró finalmente divisar al enemigo sobre las cabezas de los Hombres que protegían el muro, y temió. Sus ojos por fin cambiaron, y las brasas de sus pupilas se convirtieron en unos ojos profundos y atemorizados. Entre las volutas negras que emergían de los pastos quemados eran visibles más torres de asedio, y tras las torres venía una tercera marea negra, mucho más numerosa y cruel.

-¿Qué sucede? -preguntó Arcalón siseante mientras intentaba levantarse apoyándose contra la pared. Casi no podía hablar sin sus dientes, pero se hacía entender. El silencio de Ángor lo había inquietado.

-Estamos perdidos -respondió Ángor a modo de susurro, como si hablara para sí mismo. Arcalón, sudando por el dolor, logró erguirse del todo y se apoyó en el hombro de su amigo. Entonces vio qué le tenía deparado el Diablo, y lo maldijo.

La ciudad de Metys pareció tiritar del miedo entonces, ahora más que nunca, y los Hombres sobre la llanura dejaron de luchar por un momento, con la mirada fija en el tercer capitán enemigo.

Ahora bien, sobre los muros descansaban dos mil setecientos cuerpos de soldados, muchos aplastados por escombros, otros desfigurados o mutilados por armas, otros atravesados por flechas y lanzas, y otros simplemente irreconocibles. También había allí miles de armaduras opacas y vacías, y mantas negras que flameaban bajo un viento lastimero (pues los Espectros no dejaban cadáveres. En vez, desaparecían como ceniza). Sobre la llanura, repleta de cadáveres y capuchones negros, de los veinte mil valientes Ariánicos sólo quedaban puñados que juntos no formaban más de dos mil. Y de los Hombres de Metys quedaban unos tres mil quinientos a lo mucho; pero sin general: Mirllón, el general más joven y leal de Hérself, había caído en batalla, aplastado por una torre de asedio que colapsó. Un final triste para un valiente Hombre. Sólo los caballeros



Juan Esteban Peláez

de Sergail estaban intactos, pero no alcanzaban los seiscientos. Todo esto dejaba a los Hombres con unos ocho mil soldados, muy valientes, pero muy cansados.

En contraste, el nuevo ejército contaba con unos treinta mil enemigos. Además, Ana reunía sus diezmadas tropas sobre las colinas al occidente de la ciudad. Y las tropas del destrozado ejército de Prerrior también se unían bajo el mando de Ana. Estas tropas formaban un poderoso flanco derecho. Finalmente, frente al renovado ejército estaba el ser que todos los Hombres temían. Ella, rodeada de maldiciones y crueles pensamientos, marchaba sobre un corcel monstruoso con un cabestro coronado con un cuerno de acero, semejando un unicornio de pelaje negro. El endemoniado animal tenía un faldón negro y rojo, y corcoveaba y se encabritaba, hostigado por las apretadas riendas.

Y ella vestía una armadura de plata ceñida, pero con una hombrera lisa y abultada en su hombro izquierdo. También tenía una capa negra de pliegues con una rosa bordada en el ruedo; el emblema de la Almena de Altrhas. No tenía yelmo, en vez, ostentaba una diadema de plata con engarces de rubíes que lanzaban destellos rojos. Tenía cabellos sedosos de oro. Sus ojos eran amarillos y brillantes, casi mieles, y su boca, sensual y húmeda, estaba pintada de rojo, como si hubiera pintado sus labios con cerezas. En su mano derecha tenía una espada delgada. Dicen los que la vieron, que ni las Vampiresas ni las Hadas podían superar la belleza de la hechicera. Incluso se especuló que ella logró reunir un ejército tan grande porque la voluntad de sus guerreros quedaba anclada a su belleza.

Ella era Victoria de Altrhas, el emblema del Poder, la misma Mujer rubia que había aparecido en los informes de los ciudadanos días atrás, la misma que atormentaba la ciudad y había podrido el Boque Denso. Allí se presentaba la más poderosas de los Seis, la mimada del Diablo. Era ella quien había intentado matar a la mismísima Majestad de las Aguas. Pero sólo hasta ese día Irgoliath la enviaba a la lucha. Victoria había esperado en las sombras por décadas, y ahora se mostraba por primera vez a los Hombres.

Pero la guardia personal de Victoria no estaba formada únicamente por Espectros, pues muchas Brujas fanáticas la seguían. Las acólitas montaban, al parecer, carneros negros y monstruosos, y cabalgaban a paso lento mientras entonaban letanías hacia Victoria y hacia Irgoliath. Las tropas de los tres Yúcidas eran casi cincuenta mil, sin contar los saurios que todavía sobrevolaban la ciudad. Un martillo negro contra sólo ocho mil defensores y tres dragones.

Arcalón miraba con desconuelo cómo el enemigo se formaba hasta donde la vista llegaba, y supo que si no funcionaba su última carta todo estaría perdido. Esta vez se jugaba todo el imperio en un solo instante, y de la peor manera. Suspiró y, tomando su tercera y última decisión, mandó un mensajero a Sergail; pero le dio instrucciones terribles por escrito, instrucciones que nadie esperaba. También envió una carta a Clara con sus planes. Posteriormente miró hacia las elevaciones nubladas al sur, y volvió a suspirar.

-Espero tener el valor y la destreza para salir de ésta -se dijo mientras miraba los cielos, que se ennegrecían con la noche creciente-. Espero pasar de esta noche para ver los dos soles brillar mañana sobre estos campos -añadió trabajosamente, y dijo finalmente: - Espero que Londrake nunca se entere de lo que voy a pedirle a Sergail que haga; pues sé que estaría decepcionado.



Juan Esteban Peláez

Ángor escuchó estas palabras, y vio que Arcalón se había ablandado. Había vuelto a ser el Hombre que había vivido con Méladriel; el bondadoso Arcalón. -¿Preparado? -preguntó.

Arcalón suspiró, intentando abrir su ojo izquierdo que estaba hinchado, volvió a escupir sangre y asintió, se irguió del todo y volvió a asentir, esta vez con más vehemencia.

En ese momento los cascos de los caballos atraieron la atención de los Hombres. Abajo, tras el portón, estaba Sergail, mirándolos y esperando que el portón se abriera. Al ver a Arcalón herido, se preocupó, mas no lo demostró. Eran varios caballeros, y estaban frescos, pero eran los últimos refuerzos de la ciudad. La ansiedad de los caballeros era notoria, pues envainaban y desenvainaban sus espadas, o pasaban sus lanzas de una mano a otra. Y, peor aún, eran consientes de la orden de Arcalón, y pensaban cumplirla al pie de la letra, algunos renuentes, otros complacidos.

-Esperemos que funcione -dijo Ángor mientras miraba con detenimiento a su amigo Sergail allá abajo.

Este último le devolvía la mirada con serenidad, como si en verdad no temiera seguir las órdenes.

Entonces Ángor miró el ejército enemigo que se acercaban cada vez más. -¿Sabe cómo los va a detener? -preguntó.

Arcalón lo miró y después miró al cielo, y sonrió.

167

Al ver cómo el enemigo ocupaba toda la llanura, muchos soldados de Falheid empezaron a temblar y, llevados por el temor, salieron a correr hacia cualquier dirección. El terror por fin los venció, y la aparición de Victoria ayudó a eso.

-¡No huyan! ¡Den lucha y mueran por su emperador! -gritaba Marcov desde la arcada de la maltrecha muralla.

Pero Clara, ya con la nota de Arcalón en su mano, lo detuvo. -No los culpes por temer -pidió con voz tranquila.

Marcov miró a los Hombres correr y dejar sus armas sobre los pastos, y asintió.

Entonces se escuchó un grito desde los prados en lengua Ariánica. Marcov no entendió; pero vio que era Quetzal quien le gritaba, como reprochándole. El Capitán Dorado todavía sostenía la joya, y seguía erguido, aunque herido.

-¡Miserables y cobardes! -exclamaba Quetzal en su lengua-. ¡No son más que unos cobardes!

Entonces Victoria, cegada por la codicia, aligeró el paso, acompañada de Brujas y Espectros, adelantándose al grueso del ejército. Y el trote de pronto se volvió una carga tempestuosa que cruzó la llanura. Los carneros y caballos saltaron y pisotearon cadáveres, y, siendo indiferentes a las flechas lanzadas desde los muros de la ciudad, lograron acercarse a los Ariánicos, anticipando la ruina.

En ese momento la puerta de la ciudad se abrió por segunda vez, y de allí salieron Sergail y sus caballeros. Cabalgaron tempestuosos, a toda carrera; pero su dirección no era la vanguardia del enemigo, ni siquiera era la avanzada de Victoria: Sergail y sus caballeros iban directamente hacia Quetzal y los Ariánicos.



Juan Esteban Peláez

Al principio, el portador de la joya se alegró, pues sintió que esos caballeros iban a ayudarlo contra la avanzada de Victoria, pero empezó a dudar al ver que los caballeros no cargaban contra los enemigos, ni tampoco bajaban la velocidad. Entonces supo lo que sucedía, y maldijo a Falheid y en especial a Arcalón, pues sabía que él había orquestado todo.

Y Quetzal sintió el temblor de la marcha en el suelo, y escuchó los gritos de sus tropas, y vio con horror como Sergail y sus caballeros, enceguecidos por un febril sentimiento, los trituraban bajos los cascos y con sus monturas. Desesperado, intentó organizar sus tropas y dar batalla a sus antiguos aliados. Su guardia personal alcanzó a lanzar flechas y matar algunos jinetes; pero no era suficiente: El enceguecido Sergail y sus tropas rebanaron cabezas, y mutilaron y desfiguraron. Y al propio Quetzal le cortaron el brazo donde tenía la Shidraha. Casi al mismo tiempo otro caballero le pasó por encima, y el caballo le pisó la cabeza y le hundió el cráneo, acabando así con la historia del Portador Ariánico.

Un soldado se apeó rápido y tomó la intimidante joya, y se la pasó casi vomitando a Sergail. El capitán sintió un escalofrío terrorífico al tomar el báculo con la Shidraha, incluso sintió náuseas, pero él conocía ya esa sensación, pues había estado con Londrake durante su aventura a Kárijan. Entonces se apresuró a Metys con la Shidraha en mano y algunos guardias personales. Pero la orden de Arcalón era asesinar a todos los Ariánicos. No podía quedar uno vivo porque sería un riesgo. Si algún Ariánico lograba escapar y contaba lo sucedido allí, entonces se podría iniciar una guerra con los Hombres de más allá del mar. Así que sólo Sergail y unos pocos jinetes entraron a la ciudad; el resto se apresuraron a asesinar los soldados que quedaban del ejército de Quetzal, aunque eso implicara quedar al alcance de Victoria.

Y así fue: Casi todos los caballeros que dirigía Sergail fueron alcanzados por Victoria y posteriormente asesinados. Algunos lograron escapar por los flancos, pero la gran mayoría prácticamente se sacrificaron para que Sergail lograr llegar al interior de Metys. Arcalón miraba nervioso y a la vez ansioso, pues por primera vez vio que la victoria estaba a su alcance; incluso olvidó por un momento el dolor de su cuerpo. En cambio, Victoria vio cercana la ruina, pues la Shidraha se le escapaba de las manos. Así que se lanzó con todas sus tropas para alcanzar al raudo y demente Sergail. Victoria, aunque temerosa de una derrota, se sentía segura en medio de la batalla al contar con su guardia. Pero, de repente, la Yúcida vio un destello blanco que la encegueció por un instante. Y cuando pudo ver de nuevo vio que muchos de sus guardias se encontraban tendidos en el suelo, emanando humo de sus cuerpos. Entonces dióse cuenta que Clara, (o Sildaéral como ella la conocía), estaba sobre el muro, con sus risos al viento y su vestido púrpura danzando. Y dióse cuenta que Clara le había lanzado un rayo asesino. Entonces Victoria se sintió vulnerable por primera vez durante la batalla.

Al ver a Sergail cargar como un loco contra los Ariánicos, Clara entendió la nota de Arcalón, pues le pedía que defendiera a Sergail cuando fuera el momento... y ahora era el momento. Así que la deidad se apresuró a invocar su poder, y las nubes grises se arremolinaron, y desde su cetro de oro lanzó un rayo, y otro, y otro más. Y aunque siempre apuntó a Victoria, la Yúcida corrió con suerte y no fue alcanzada por ninguno de los ataques. Sin embargo, los Espectros y las Brujas que la acompañaban entraron en pánico y empezaron a huir. Al mismo tiempo, Bella lanzó un potente rayo a la torre donde se encontraba Prior. El Yúcida de Sacrhas sintióse vulnerable, así que escapó rápido y en



Juan Esteban Peláez

forma de bruma. Todo esto permitió que Sergail, ansioso y con la Shidraha en la mano, lograra entrar a Metys con sus guardias, casi alcanzando la victoria de Falheid.

La noche ya se aproximaba y la luz era tragada por el horizonte plumizo. Sergail, con galope embravecido, entró a la ciudad y se dirigió rápidamente hacia una plaza cercana donde Rub y varios Hombres sobre cóndores esperaban. Cuando llegó a la plaza el capitán intentó bajarse para entregarle la joya a Rub; pero entonces salió de su eufórico trance, y sintió dolor insoportable en su brazo derecho, en su muslo y en el pecho. Se miró el pecho y vio que tenía una flecha Ariánica clavada en el peto; ésta le había desgarrado la carne del torso. Además, tenía una herida profunda en el muslo derecho, y el húmero de su brazo había sido astillado por el golpe de una maza. Esto no lo había sentido durante su carga, pero ahora sentía un dolor tan inaguantable que casi se desmayó sobre la montura.

Rub se apresuró a Sergail, pues al ver sus heridas supo que él no podría bajarse por sí solo del caballo. Pero su prioridad no era Sergail, era la Shidraha. Así que tomó el báculo con la joya, un poco mareado por la proximidad de la joya, y apresuróse a montar su cóndor y emprender rápido vuelo hacia el sur. Su guardia lo siguió, mientras algunos otros ayudaban a Sergail a apearse. Apenas Rub emprendió vuelo, muchos Espectros sobre saurios voladores se apresuraron a perseguirlo.

Cuando Arcalón vio que la maligna Shidraha estaba en las garras del cóndor de Rub, suspiró, pues sintió un alivio enorme. La batalla lo tenía extremadamente estresado, pues sobre sus hombros reposaba toda una ciudad, y también el bienestar de su hermana. Pero en ese momento Arcalón sintió que tenía la batalla ganada.

Aunque muchos enemigos seguían a Rub, los dragones no se demoraron en atajarlos con sus hálitos ardientes, y custodiaron la Shidraha hasta la casa del bosque, el hogar de las Amatistas. El resto de cóndores dieron fiera lucha.

Pero la Shidraha todavía tenía poder, aunque ya estaba alejándose entre las nubes grises y las humaradas negras. Así que los Espectros todavía no desaparecían.

-¡Más Hombres a los muros! ¡Y que todos los de abajo entren a la ciudad! -ordenó Arcalón con dificultad al ver que la arremetida de Victoria no se detenía.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Ángor, inquieto al ver el enorme ejército cada vez más cerca.

Entonces Arcalón, tomándose la cabeza, y enjugado en sudor, dijo: -¡Defender la ciudad hasta la muerte!

Ángor miró a Arcalón y asintió.

Entonces los arqueros se apresuraron de nuevo a los muros, prestos a la defensa. Pero los Espectros eran muchos, y Victoria todavía tenía la fuerza suficiente para arrodillar cualquier ciudad. Entonces la hechicera mandó a los fantasmas a trepar los muros con escaleras y a entrar a la ciudad, ahora con el portón abierto. De esta forma se reanudó la lucha; pero el tiempo no le alcanzó: Al anochecer, y antes de que la batalla fuera en verdad encarnizada, los Espectros empezaron a desvanecerse a la vista de los Hombres, hasta desaparecer por completo del campo de batalla. La Shidraha ya estaba muy lejos, y las fuerzas de Victoria se mitigaban.

Y cuando Valen y Halen iluminaron el cielo, ya ningún Espectro rondaba la llanura, y sólo la Yúcida se paseaba por las praderas, más furiosa que el mismísimo Diablo. Lanzaba



Juan Esteban Peláez

blasfemias a los Hombres y a la ciudad, y derramaba lágrimas de ira e impotencia mientras miraba los defensores, incluyendo a Arcalón. Pero Victoria no atacaba, pues sabía que las Amatistas estaban sobre los muros, mirándola con recelo. Todo lo que había fraguado por años había terminado en un instante en las garras de un simple y miserable cóndor. Se reprochaba el haber perdido la Shidraha, y maldijo a Rub y a Sergail, jurando a los cielos vengarse. ¡¿Cómo el que se hacía llamar Arcalón de Metys pudo hacer caer al Demonio en la misma trampa dos veces?! Victoria miró de nuevo a los muros, traspasando la oscuridad nocturna, y detalló a Arcalón sobre el muro, con la boca llena de sangre, con un ojo hinchado y casi cerrado, herido y débil, recostado en el hombro de Ángor; pero con la orgullosa cabeza en alto y una expresión de satisfacción.

-¿Cómo una simple alma en pena puede desafiar a Irgoliath? -se preguntó la Yúcida furiosa mientras, derrotada, volvía hacia el norte. Prior ya había abandonado la ciudad, y Ana había desaparecido al ver la ruina próxima. La Shidraha estaba lejos y la Ciudad Enladrillada seguía de pie. La batalla había terminado.

Quizás esa noche, la noche del 7 de mayo del 212 de la Nueva Era, fue la noche más alegre para los sobrevivientes de Metys, y la noche más gloriosa para Arcalón y sus Hombres. Vítores se elevaron desde las casas y desde las torres, y en los muros fracturados aclamaron el nombre del Ajedrecista, incluso antes que Victoria desapareciera en la penumbra. Miles de ciudadanos salieron a la calle cuando escucharon las trompetas de triunfo, y varios fueron hacia el portón, donde pequeños grupos de caballeros traían los heridos.

Y sobre la arcada estaba Arcalón, sostenido por Ángor, incómodo por la espalda húmeda y por la tibia sangre. Estaba débil y jadeante, y se sentía avergonzado por la pérdida de sus dientes (vanidad). Entonces, a la vista de todos los ciudadanos, levantó la mirada y vio allá arriba la Estrella de Jores, y recordó a su amada Méladriel, y sonrió. Y levantó su cansado y sucio brazo. Al hacerlo, miles de gritos lo aclamaron, y lo llamaron «El Salvador de Metys».

Arcalón sonrió y miró a Ángor. -No hice casi nada -dijo desconsolado y con dificultad. Aunque lo aclamaban, en verdad sintió que su participación fue mínima.

Pero Ángor meneó la cabeza. -Dirigió a las tropas y venció a los Yúcidas -aclaró.

En ese momento llegó Bélaron, con la cota de malla broncea llena de sangre, pero era la sangre de uno de los heridos que ayudó. Los Espectros no dejaban cadáveres. En el campo de batalla sólo había capuchas negras y armaduras inertes. Los únicos cuerpos enemigos eran los de los saurios caídos en batalla.

-¿Está herido? -preguntó Arcalón.

Bélaron meneó la cabeza. -No, pero los dragones sí. Ellos deben descansar -aseguró.

-¿Y Sergail? -preguntó Arcalón con temor.

-No lo sabemos -respondió Ángor mientras miraba el campo humeante.

Arcalón, mirando a la multitud que lo aclamaba, miró al cielo oscuro, y enfocándose en la Estrella de Jores dijo: -Ojalá esté bien, pues esto no ha terminado.

-¿De qué habla? -preguntó Ángor.

Arcalón bajó la mirada y la enfocó al norte. -Voy a arrasar el Bosque Denso antes que el Demonio vuelva a tomar fuerzas -aseguró.

-Eso lo decidirá Hércules -aseguró Ángor.

Pero Arcalón meneó la cabeza, miró a la multitud y, llevado por un impulso excesivamente altivo, dijo en voz baja: -¡No necesariamente lo decidirá Hércules!



Poco después de la batalla, Ángor y Almond llevaron a Arcalón al mejor hospital de la ciudad. Almond, aterrada por el estado de su hermano, estuvo con él las primeras semanas, preparándole la comida y ayudándolo con la dolorosa fisioterapia. Lo abrazaba constantemente y le mecía el cabello cuando dormía; y todo esto ayudó a mejorar.

La recuperación de Arcalón duró unos cinco meses aproximadamente, incluyendo los implantes de los dientes y la vertebra que le fracturaron durante la batalla; pero mientras se recuperaba cumplía lo que se había prometido: Con poco apoyo de parte del emperador Hérculf, Arcalón logró reunir varias tropas para barrer los lindes del Bosque Denso. Hérculf sintióse furioso y envidioso, pues ahora Arcalón tenía más poder que él. Ahora era intocable, pues si algo le sucedía el pueblo estaría en su contra. Arcalón ahora disfrutaba de una reputación impecable, pues había hecho lo imposible: Había derrotado a tres de los Seis. Era el general más exitoso de todos los tiempos, incluyendo los tiempos Ariánicos.

Aunque no participó en batalla alguna, Arcalón, con un corrector de postura que le mitigaba el dolor de espalda, ordenó despejar los lindes del bosque y las estribaciones de la Montaña de Flamas. Con la Shidraha en su poder, podía acercarla y alejarla con ayuda de Rub, por lo que podía manejar los números del enemigo; así que la resistencia espectral no fue férrea. Durante esta campaña no hubo rastro de Ana, Preior o Victoria.

Pero, aunque no hubo casi resistencia, las sorpresas fueron grandes. Se supo que la Montaña de Flamas seguía inactiva, y que eran fraguas subterráneas creadas por los Yúcidas las que lanzaban las densas humaredas. Allí también encontraron horribles recintos enrejados y repletos de carroñas y carnes pútridas. Allí, bajo ardientes temperaturas y casi en una oscuridad total, fueron criados los saurios que Ana envió a la batalla. En cuanto al Bosque Denso, Arcalón, acompañado de Marcov y de Trisano, dismanteló siete enormes campamentos bordeados por empalizadas y zanjas hediondas, y tiendas toscas y rotas.

Durante estos meses, Sergail, que había sido herido de forma espantosa, se recuperaba en su hogar. Estuvo postrado en cama por casi año y medio, y no participó en campaña alguna. Arcalón y Ángor fueron a visitarlo después de la batalla, pero estaba tan malherido que no despertó hasta tres días después de que Arcalón emprendiera su campaña en el norte. Sin embargo, su sacrificio había sido justificado, pues además de haberle dado la victoria a Falheid, ahora él era considerado el Hombre más valiente de la península; incluso algunos lo tildaban como loco.

Por otra parte, muchos de los soldados que lucharon en la defensa de Metys juraron lealtad a Arcalón, mas no a Hérculf. Así que Arcalón poco a poco formó un ejército personal, fuera del poder del emperador. Ahora el Ajedrecista estaba dispuesto a llevar la búsqueda de Derren y Alor hasta las últimas consecuencias.

En cuanto a la Shidraha, estaba en manos de las dos Amatistas, oculta en la casita del bosque a los lindes del Reino de las Hadas. Aunque derrotado y a puertas del desastre, Irgoliath ahora sabía dónde estaban todas sus joyas: Una en Herda, otra en Kárijan, otra



Juan Esteban Peláez

en el Reino de las Hadas y la otra en su poder. Los Seis Yúcidas habían vuelto a Gorthgath, pues Irgoliath necesitaba a sus generales para manejar las vastas fuerzas que todavía tenía en el sur. El Espíritu fraguaba un nuevo plan; y sólo necesitaba envenenar una mente para quizás darle un giro a la guerra.

Al mismo tiempo, Levanov ya había logrado despejar el oriente de las Tierras Espectrales, hasta estar muy cerca de la Ciudad Endemoniada. Sólo necesitaba la ayuda de Arcalón para por fin llevar la guerra a las ciudades del Demonio.

169

Arcalón había sido citado en el Castillo Imperial de Metys el día 27 de diciembre del 212 de la Nueva Era. Hérself, disimulando su desconcierto y maniatado por las masas, lo había citado para darle un reconocimiento por su brillante campaña durante el último año. A petición de los ciudadanos de Metys, Hérself iba a premiar al Ajedrecista por su brillante logro en la batalla pasada. También deseaban felicitar a Rub y a Sergail, pero este último todavía estaba postrado en una cama a causa de sus heridas.

Arcalón se encontró con Rub en una calle muy concurrida de Metys, la Calle Real, que iba de norte a sur, desde el portón septentrional hasta los barrios más lejanos de la ciudad. Era una calle enlosada y estaba adornada con marcos de mármol y monolitos tallados. Se encontraron frente a un edificio hermoso de tejas negras.

-Me place verlo de nuevo -aseguró Rub mientras se apeaba del caballo ruano.

Arcalón también se apeó del Alazán y le estrechó la mano con vivacidad. -Espero que la ida hasta la casa del bosque no haya sido muy complicada -dijo mientras se quitaba algunas motas de la camisa blanca. Arcalón esta vez vestía de paño, estaba bien peinado y perfumado, bien afeitado e impecable.

Rub vestía semejante, pero su camisa era gris. -La verdad no lo hubiera logrado sin los dragones -aseguró-. Los enemigos me siguieron por varias millas. Fue tan rápido el vuelo, que los ojos se me irritaron y los labios se me secaron; pero logré dejarlos atrás. Los dragones me siguieron. En verdad temí que de repente se lanzaran contra mí, pues siempre los he visto como bestias salvajes; pero me equivoqué esta vez. Los dragones me escoltaron hasta la casa del bosque. Allí esperé casi una semana a Clara y a Bella. Cuando llegaron en verdad me alegré, pues traían noticias de la victoria.

-¿Y la comida?

-No sufrí por eso, pues los árboles alrededor de la casa estaban cargados de naranjas, peras, mandarinas, manzanas y carambolos. Y había muchos matorrales con fresas y moras silvestres. Además, logré cazar conejos. Se puede decir que tuve una alimentación sana durante esa semana.

Arcalón rio al escuchar esto. -En verdad me alegro que esté intacto.

-Yo también me alegro que se haya recuperado -dijo Rub mientras soltaba una carcajada.

-Será mejor que nos vayamos, pues nos esperan.

Rub asintió y ambos subieron a los caballos. Siguieron la calle por varias cuadras, mientras recibían agradecimientos y uno que otro presente por parte de los ciudadanos, como por ejemplo manzanas. Y, con paso valeroso, llegaron a la plaza central. Allí se reunía una gran multitud que los ovacionaba. Ambos Hombres se sintieron apenados. Pasaron por entre la gente que se desvivía por tocarlos, y entraron al opulento castillo.



Subieron unas majestuosas escaleras de tapices blancos y llegaron a un salón enorme de techo en cúpula y paredes estucadas. En la mitad había una mesa de madera barnizada en forma de cruz, y sobre ésta pendía una enorme lámpara de cristal. Alrededor estaban sentados nobles muy importantes, como duques y condes; pero los personajes más importantes estaban en las cabeceras: Dándole la espalda estaba el emperador Kélkhor de los Areshti, gobernante de Velheid. A su izquierda estaba el príncipe Órenot, hijo de Facet y aspirante al trono de Telheid. Aunque Facet había considerado a Arcalón su enemigo durante la Guerra de los Cuatro Elementos, Órenot admiraba al Ajedrecista, y deseaba igualarlo sin envidiarlo. A su derecha estaba Hércól. Y frente a él estaba la deidad que tanto respetaba y quería, la hermosa divinidad de cabellos negros y ojos de esmeralda, rostro pálido y tez tersa: Melina, la Majestad de las Aguas.

Arcalón al principio se sintió intimidado, pues, aunque se había acostumbrado a la energía de las Apsaras, sentía un especial respeto hacia Melina, quizás porque antaño fue su más fiera enemiga.

-¡Arcalón, qué alegría me da verlo! -exclamó Órenot mientras se levantaba del asiento. Apenas lo hizo, sus sirvientes se hincaron a su paso. El joven príncipe abrazó a Arcalón con ánimo sincero y lo invitó a seguir. Seguidamente saludó a Rub con la misma alegría. -¡El valeroso Rub! -dijo el joven-. Los Areshti deben estar orgullosos de tener guerreros así -añadió mirando a Kélkhor.

Y el emperador de Velheid asintió y se levantó para saludar a los dos recién llegados. - Claro que los Areshti estamos orgullosos de tener a Hombres como Rub -afirmó.

-¡Y yo a Hombres como Arcalón y Sergail! -dijo Hércól disimulando su envidia y sonriendo mentirosamente-. Lástima que Sergail no haya podido venir -añadió.

Pero Melina miraba a Hércól con detenimiento. Ella conocía los sentimientos del emperador de Falheid, y no se fiaba de él. Entonces miró a Arcalón con dulzura. -Es un gran gusto volverte a ver, mi almirante querido -le dijo. Entonces miró a Rub, y con mirada bondadosa y un ademán culto lo saludo. No se acercó a él, pues sabía que Rub todavía no se había acostumbrado a su energía.

Apenas Rub vio a Melina, se sintió enamorado de ella, al igual que cuando las Amatistas llegaron a la casa del bosque. Pero no era amor puro, sino una cadena de sensaciones despertadas por el aura de las Apsaras. Todos Humano que veía una Apsara parecía enamorarse de ella, pero con el tiempo se acostumbraba a su energía, y poco a poco ese sentimiento iba desapareciendo.

-Los hemos citado para asuntos de gran importancia -dijo Hércól finalmente.

-Hemos sabido que Levanov ha logrado despejar los alrededores del Paso de Llamas y las estribaciones más próximas de la Muralla de Volcanes. Lo que nos da paso directo a Yavín -interrumpió Kélkhor con voz sonora y clara. El Areshti era de edad madura, y en sus ojos denotaba sabiduría y prudencia. Al ser Areshti, Kélkhor era de una raza pura y antigua.

Arcalón y Rub asintieron.

-Tenemos al Demonio descubierto, y creemos que es hora de dar nuestra estocada final -dijo Hércól mientras se acomodaba en la silla.

-Pero Levanov no podrá solo -aseguró uno de los duques de Telheid.

-Es ahí donde entramos nosotros -añadió el príncipe Órenot, que demostraba ansias de batalla en sus ojos marrones.

Pero Arcalón pareció no estar tan entusiasmado como el príncipe, pues su prioridad era capturar a Derren y a Alor, y liberar a Yíldarel; poco le importaba Irgoliath. En vez se



Juan Esteban Peláez

tomó la cabeza y dijo: -Atacar los alrededores de Yavín es una cosa, pero atacar la Ciudad Endemoniada es otra muy distinta, y la verdad no creo que tengamos Hombres suficientes para asediar el baluarte del Diablo. Adicional, están las Almenas del sur y los Yúcidas.

-Tenemos las tropas suficientes -enfaticó el príncipe-. Mis ejércitos están casi intactos, y están listos para cruzar la Cordillera de Volcanes e internarse en las Tierras Espectrales. Arcalón se rascó la nuca y después la cabeza, mostrando su preocupación.

-Los Areshti también están listos para desatar una última batalla contra el Diablo -dijo Kélkhor, un poco más calmado que Órenot.

Arcalón miró a Melina, que permanecía callada, como si compartiera la preocupación. -¿Y las tropas de Alheid? -preguntó.

Melina levantó la mirada y meneó la cabeza. -Tengo todas mis tropas al norte. Necesito a Hélix y los Hombres de Sadamarca -respondió.

-Y Falheid está muy débil -interrumpió Hércól.

Rub suspiró. -Es difícil atacar Yavín con la situación actual -reiteró con respeto.

Entonces a Arcalón se le vino el rostro de Méladriel a la cabeza. En verdad extrañaba mucho a su amada. Ya habían pasado casi dos años sin saber nada de ella. -¿Y los Reinos Occidentales? -preguntó sagaz, como si reviviera un plan de años atrás.

Melina lo miró con profundidad, mas nada dijo en ese momento.

-¿Herda y Jerlán? -preguntó Hércól.

Y Arcalón asintió. -Sí, señor.

-No sabemos quiénes gobiernan esos reinos en este momento -aseguró Hércól.

-Con la ayuda de ellos podríamos atacar al Demonio con una fuerza considerable -aseguró el Ajedrecista.

-Debemos mandar emisarios -dijo Melina, que no dejaba de ver las reacciones de Arcalón. Ella bien sabía sobre la situación actual de Méladriel, pero callaba por prudencia.

-Pero no sólo vinimos a hablar sobre la guerra -interrumpió Órenot finalmente.

Entonces la Majestad de las Aguas se levantó de la silla, se acomodó el cabello tras sus orejas y chasqueó los dedos. Entonces dos Hombres de cabellos negros y talla alta pusieron sobre la mesa dos bultos de cuero. Los destaparon y sacaron dos hermosas armaduras, una blanca como la nieve y otra roja como el sol Herén. La blanca se la pasaron a Rub y la roja a Arcalón.

-Éstas serán de ahora en adelante sus vestimentas -dijo Kélkhor mientras miraba con orgullo a Rub.

Rub, ayudado por un soldado de Órenot, se puso la armadura blanca y liviana. En su peto tenía el grabado de un cóndor, y en sus brazales había repujados en forma de pluma. Sus canilleras eran lisas y sus hombreras redondas y pequeñas. Su capa también era blanca y de bordes dorados, y su yelmo estaba coronado por dos plumas negras y brillantes. Entonces sacaron de la bolsa un arco de madera de tejo, y un carcaj de cuero negro con adornos dorados.

-¡Serás de ahora en adelante «El Cóndor Blanco»! -exclamó Melina mientras miraba a Rub con desdén.

El Hombre reverenció profundamente a los gobernantes, pero se hincó frente a su emperador y le besó la mano. -Estaré siempre al servicio del señor Kélkhor y al de los Areshti -aseguró. Entonces se irguió, imponente, y miró a Arcalón.

El Ajedrecista, ayudado por otro soldado de Órenot, se puso su nueva y poderosa armadura. El peto era muy grueso y tenía engarzado una piedra preciosa en forma de hexágono, muy pulida y negra como la noche. Sus hombreras eran anchas y sus brazales tenían grabados de dragones. Su capa era negra y larga, y tenía a la altura de sus hombros dos estampados rojizos de dragones. Su yelmo era de cimera plana y su visor semejaba



Juan Esteban Peláez

las fauces de un dragón. Su cinto tenía una hebilla con un rubí incrustado. Entonces sacaron una espada con una vaina de cuero negro y brillante. La empuñadura de la espada semejaba una garra de plata. Y también había un escudo redondo con un emblema de alas cartilaginosas. Arcalón púsose todos estos arreos, y se sintió poderoso.

-Desde ahora, Arcalón de Metys, serás conocido como «*El Dragón Escarlata*», en honor al sobrenombre que ganaste en la batalla de Kamea -exclamó Melina, esta vez más animada.

Arcalón sonrió, apenado, y reverenció a los gobernantes, pero su venia fue más profunda cuando se hincó frente a la Apsara. De esto Hércól diose cuenta, mas sabía que nada podía hacer al respecto.

-Será un placer llevar ese título -dijo el general.

-No es sólo el título -interrumpió la Majestad mientras miraba a ambos Hombres con detenimiento-. No pensé que en estos tiempos todavía hubiera almas que pudieran desafiar poderosos y viejos espíritus; pero las tengo frente a mí -dijo.

Ambos Hombres asintieron agradecidos.

-El Cóndor Blanco tendrá bajo su mando toda unidad aérea de los imperios pertenecientes a la Península de los Elementos -aseguró Kélkhor.

-Mientras el Dragón Escarlata tendrá bajo su mando todo Hombre en tierra -añadió Hércól, que esta vez dejó salir en su tono de voz un poco de su irritación.

Ambos Hombres se miraron, pálidos de la sorpresa.

-Pero...

-Pero nada -interrumpió Melina a Arcalón-. Sólo nosotros cuatro tenemos poder sobre ustedes dos. Ni siquiera los nobles pueden darles órdenes -aseguró. Entonces llevó a ambos Hombres a un balcón que daba hacia la plaza, y los hizo salir a la vista de la multitud.

-Digan sus nuevos títulos a los ciudadanos -pidió la deidad en voz baja.

Rub salió primero, tomó aire y en medio de vítores, gritó: -¡Soy el Cóndor Blanco!

Entonces las masas repitieron su título varias veces.

Y cuando salió Arcalón, todos parecieron animarse todavía más. -¡Soy el Dragón Escarlata! -gritó el Hombre.

Pero ese grito no sólo fue escuchado por los ciudadanos de Metys, pues dicen que cuando Arcalón gritó su nuevo sobrenombre, Irgoliath se estremeció en sus fosos, inquieto; y el mismo Derren sintió, incluso en medio de su suplicio, un frío en su espalda.

Y dicen las historias, que muchos enemigos iban y venían diciendo: -«Pronto llegará el Dragón Escarlata a nuestras tierras».

170

-¿Has sabido sobre Méladriel? -le preguntó Melina a Arcalón.

Arcalón meneó la cabeza. -Mandé algunos Hombres por mis pertenencias en Verdelheid, pero no hay rastro de ella -respondió.

-Así que Méladriel finalmente fue a buscar su corona en Herda -dijo Melina mientras miraba el cielo por la ventana.

Arcalón la siguió con la mirada. Entonces vio, allá arriba, cerca de Sírel, a la Estrella de Jores, reluciente sobre las nubes. Cerca estaban Valen y Halen, plateadas y hermosas. -

¿Me ayudarás en las Tierras Espectrales? -preguntó.

Melina miró con profundidad al Hombre. Sus ojos verdes brillaban tras los cabellos negros, y su rostro formaba una expresión de desconsuelo. -Me gustaría...



Juan Esteban Peláez

-Pero no lo harás.

La Majestad, resignada, meneó la cabeza. –Primero debo ocuparme de mi hermana -dijo.

-¿Héliz?

-Así es. Ha sido seducida por las venenosas palabras de Irgoliath, y debo sacarla de ese letargo.

-¿Y ella nos ayudará?

-Eso espero.

-¿Qué otra Apsara nos ayudará contra Irgoliath? ¿Las Amatistas?

-Sildaéral y Aldaéral tienen corazones muy bondadosos, y por eso decidieron ayudarnos -respondió.

-Sildaéral es Clara, y Aldaéral es Bella, ¿cierto?

-Los nombres de Clara y Bella se los pusieron los Hombres Írimos. Sus verdaderos nombres son Sildaéral y Aldaéral.

-¿Y tú nombre?

-Melina, pero los Hombres me llaman la Majestad de las Aguas.

-Y el resto de Apsaras.

-Sus nombres no han cambiado: Héliz de la Escarcha, Alana del Sonido, Nirel de los Bosques, Feya del Fuego, Silena del Hierro, Cahra de la Piedra y Jihn de los Desiertos. Así las conozco yo. Esos son sus verdaderos nombres. Sin embargo, ustedes conocen a Feya como el Corazón de los Volcanes.

-¿Y ellas intervinieron alguna vez en asuntos mortales antes de esta guerra?

-Sí. Nirel ayudó en el continente de Pacán, más allá del mar, cuando los Ariánicos dominaban el mundo. Y Silena, la mayor de nosotras, murió siglos atrás, cuando los Ángeles todavía construían sus ciudades sobre la tierra.

Arcalón permaneció en silencio por un tiempo. -¿Por qué entraste en la Guerra de los Cuatro Elementos? -preguntó finalmente.

Melina miró al cielo y sonrió, como si recordara gratos momentos. –Son varios motivos, pero el mayor motivo fue Norad -respondió.

-¿El Delfín de Zafiro?

-Él estaba ansioso de luchar contra Lioric. Veret, el emperador de Alheid en ese tiempo, era un pusilánime. Así que, instigada por mi Delfín, decidí hacerme al trono de las islas. Así entré a esa guerra.

-¿Y a esta guerra contra Irgoliath? -preguntó Arcalón.

-Por Feya -respondió-. Pero no te contaré más por ahora sobre eso -añadió.

Arcalón bajó la cabeza y guardó silencio por unos instantes.

Melina habló entonces. –Ten cuidado, Dragón Escarlata, pues el Demonio conoce bien tus debilidades.

El Hombre quedó pensativo por unos momentos. –Méladriel -dijo en voz baja.

Melina volvió a asentir. –Irgoliath ya sabe de Méladriel, y sabe que está en Herda. Pase lo que pase, no te dejes llevar por los impulsos.

-Tendré eso muy en cuenta.

-¿Estás listo para ir a las tierras de Irgoliath?

-Estoy listo.

-¿Y has sabido algo de Derren?

Arcalón asintió. –Según Levanov y sus exploradores, los aldeanos lo vieron cruzar con Alor el Paso de Llamas y yendo al sur por la Muralla de Volcanes. Deben estar en las Tierras Espectrales, quizás en Yavín. Muy probablemente Irgoliath lo tiene preso.



Juan Esteban Peláez

Y la Apsara asintió. -Es casi seguro; y ese es otro punto que debes tener bajo control. No te dejes tentar por Irgoliath. Él sabe que buscas a Derren y a Alor, así que puede intentar negociar; pero el precio será alto.

Arcalón pensó por un momento en un trato, pero rápidamente lo descartó. -Espero liberar pronto a Yíldarel y llevarle la Flauta de las Flores a Torlad. Entonces me quitaré esta angustia -aseguró el Hombre.

Melina miró de nuevo hacia la ventana, perdiendo la mirada en Sírel. -Cuando arregle la situación con Héliz iré de inmediato a ayudarte; te lo prometo -dijo con profundidad. Entonces sintió angustia, y por lo mismo miró a Arcalón con detenimiento.

Arcalón, también temeroso de una última despedida, sonrió. -Espero que no tardes mucho-. Esas fueron las últimas palabras que Arcalón le dijo a la Apsara de las Aguas.

171

Viniéronle imágenes a Arcalón de repente. Aunque no conocía ni Herda ni Dan-Silum, se imaginó el castillo principal de la ciudad. Allí vio varios nobles que veían caminar a una Mujer desdeñosa sobre una alfombra verde hacia un trono. La Mujer ostentaba una corona de oro sobre los cabellos negros, y tenía un manto negro con ruedo de plata. Y cuando la Mujer ya estaba en el trono, Arcalón abrió los ojos y se levantó, sudoroso y jadeante. Estos sueños se habían hecho cada vez más frecuentes, y habían empezado desde que había decidido ayudarle a Levanov en las Tierras Espectrales.

El Dragón Escarlata miró a su alrededor y no vio más que paredes negras de bloques enormes. Sobre la mesilla de noche descansaba una lámpara con una luz débil. Además de unos cojines sobre el suelo y la cama, no había más muebles en la habitación. Entonces, ya un poco más despierto, recordó dónde estaba. Se levantó y fue hacia la ventana, y allí vio que metros abajo estaba el Paso de Llamas.

Arcalón había decidido marchar contra Irgoliath ya meses atrás, y, con poco patrocinio por parte de Hérself, había logrado reunir unos seis mil Hombres bajo su estandarte, incluyendo Hombres de la Élite del Fuego. Habíase adelantado a los ejércitos del príncipe Órenot y de los Areshti, éstos últimos al mando de Ángor y Rub. Hérself había decidido esperar los otros ejércitos.

El Ajedrecista ya llevaba tres días en el Paso de Llamas. Aunque Méladriel le había narrado sobre los horrores de Gorthgath, Arcalón estaba empeñado en cumplirle la promesa a Torlad de devolverle la Flauta de las Flores y a Yíldarel. Antes de partir, Arcalón había dejado a Sergail una orden que debería cumplir apenas se recuperara por completo. En su interior había un brillo de esperanza.

Desde la alta torre donde se encontraba, Arcalón lograba ver con detenimiento el Paso de Llamas. Bajo las nubes cenicientas se extendían cientos de crestas negras, de formas informes y caras escarpadas. A las laderas de las montañas más cercanas había una pequeña garganta bordeada por dos empinados e inexpugnables precipicios. Y a lo largo de la garganta había un muro de piedra volcánica que terminaba contra los acantilados. Finalmente, había seis torres talladas en la piedra viva de los volcanes alrededor de la garganta, de cimas puntadas, almenas potentes y parapetos dentados. Las torres



Juan Esteban Peláez

sobresalían del muro, pero parecían perderse con la gran altura de los volcanes. Desde una de esas torres Arcalón lograba ver todo esto.

Pero no era lo único que lograba divisar desde la torre. Tras las negras montañas, desprovistas de arbolada alguna, se abría una vasta planicie árida y fría. Allí no crecía la hierba, y uno que otro árbol desnudo se levantaba trágicamente, solitario y en medio de la nada. De vez en cuando los enormes buitres que rondaban los cielos bajaban a posarse sobre alguna podrida rama, y algunas veces se veía algún grupo de monstruosos animales escarbando en vano la empolvada llanura. Esa era Gorthgath, Las Tierras Espectrales.

Poco después llegó uno de sus capitanes a la habitación. –Todo está listo señor- dijo. Arcalón asintió. –Preparen al Alazán, ensíllenlo y enjaécenlo. Miren que tenga buenas herraduras y esté bien alimentado. Preparen buenas provisiones y protéjanlas. Redoblen la guardia de los carromatos. Bajaré en un momento -ordenó Arcalón sin dejar de mirar la yerma llanura.

El capitán asintió y se retiró. El capitán ya era un veterano de guerra, y había luchado en Ahl al lado de Arcalón; pero no podía disimular el malestar que sentía. Y no era el único, pues las Tierras Espectrales eran consideradas el Fin del Mundo por muchos y el Infierno por otros. Eran esas tierras las de las historias de terror, y muchos Hombres, aunque muy fieles, ya dudaban al estar tan cerca de ellas.

Arcalón se tomó la cabeza, pues el sueño todavía lo dominaba. No había podido dormir bien desde que había salido de Metys, y su cansancio se hacía cada vez más indisimulable. Se sobó los ojos y se vistió sin afán. Se puso la armadura roja, la capa negra, el cinto, la vaina, las botas, los brazales, y las demás galas de batalla. Se acomodó el escudo en su antebrazo izquierdo y tomó el yelmo. Entonces sintió un poco de malestar en la espalda por su vieja herida, pero no le impidió caminar. Bajó las escaleras débilmente iluminadas y llegó a suelo firme. Poco después llegó un Hombre con el Alazán listo. El corcel, de pelaje rojizo y crines, patas y cola negras, vestía un faldón rojizo de bordados dorados, un cabestro de acero y bridas enjoyadas. Arcalón lo montó y se dirigió hacia el muro, pasando entre soldados callados y cabizbajos. Nada desayunó. Cuando llegó al muro, las pesadas puertas se abrieron produciendo un crujido espeluznante. Entonces, frente a él se abrieron las Tierras Espectrales, las mismas que Méladriel había cruzado años atrás, y donde había sido inmolada por la Shidraha del Diablo.

-¿A cuánto estamos de Yavín? -preguntó a uno de sus batidores.

-Según los informes de Levanov, a una semana aproximadamente -respondió el Hombre mientras acomodaba el estandarte de dragón bajo su brazo. Por orden de Arcalón, ese Hombre, llamado Édolf, sería el portaestandarte.

Entonces Arcalón asintió y giró al Alazán, miró a sus Hombres y dijo: -¡Estas tierras son malignas, y si alguien no desea seguir adelante, no será considerado un cobarde!

En ese momento algunos murmullos fueron escuchados; pero nadie se atrevió a dar media vuelta para volver a su casa.

Arcalón se sintió en verdad agradecido. -¡Entonces vamos a acabar la guerra! -gritó.

Y todos los Hombres lo siguieron, mientras cantaban y cruzaban las puertas de Falheid.

Arcalón fue quien dio el primer paso en Gorthgath, y apenas lo hizo, sintió un frío glacial en su rostro. Incluso la vieja herida de su quijada despertó y le dolió; pero su interior pareció helársele todavía más. Se sintió en verdad extraño, casi enfermo, pero ya no había marcha atrás. Se había desatado el final de la terrible Guerra Espectral.



Juan Esteban Peláez

Aunque el aire era tedioso en el Paso de Llamas, a medida que la marcha avanzaba hacia el sur el olor a azufre se intensificaba, y los volcanes parecían más inquietos y activos. Las montañas negras rompían las pesadas nubes con sus crestas melladas, y de vez en cuando un viento pasaba y levantaba nubes de ceniza que obligaban a los Hombres a detenerse, pues tenían que taparse los ojos, las narices y las bocas. Todo esto en sólo tres horas de viaje.

Arcalón y sus Hombres siguieron un camino accidentado y poco visible bajo el polvo del llano. Aunque enviaba exploradores, Arcalón no les permitía ir muy lejos. Para empeorar las cosas, con cada paso se levantaban nubarrones de ceniza y polvo, lo que hacía más lenta la marcha.

Y antes de mediodía, los Hombres lograron divisar un aparente curso de un río, chamuscado quizás por alguna antigua erupción. En ese momento Arcalón recordó a Méladriel, pues ella habíale mencionado sobre ese reseco río en sus tantas anécdotas. Siguieron ese desolado curso hasta ya entrada la tarde. El aire ahora era pesado y no corrían vientos frescos. Las nubes parecían más densas y había pocos árboles: Era tal y como Méladriel lo había descrito.

Decidieron montar el campamento sobre la yerta y resquebrajada llanura. Pocos fueron los preparativos para armar las carpas, pues no había tiempo y la poca luz que lograba traspasar las nubes plomizas ya era engullida por la oscuridad que tomaba poder.

Arcalón no se metió en su carpa hasta que la oscuridad se hizo intraspasable. Aunque se lograba distinguir el suelo del cielo, casi nada era visible a eso de las cinco de la tarde. Las nubes tapaban la luz crepuscular, además de las nubes del invierno, pues para ese tiempo ya estaba empezando marzo. El negror de la noche era intenso y el silencio preponderante. En verdad causaba miedo tal silencio, pues ni aves ni insectos parecían vivir en esas tierras.

Cuando todas las tropas se reportaron, Arcalón entró a su carpa, escoltado por varios Hombres, e intentó dormir. Se cobijó por completo e intentó acomodar su cabeza sobre la almohada, pero el frío era muy intenso y lograba colarse a la tienda. «¿Cómo Méladriel pudo aguantar tantas noches a la intemperie en este horrible lugar?» pensó.

Su sueño fue fraccionado durante toda la noche, pues el frío era inaguantable. De vez en cuando se escuchaba el susurrar de algún soldado o el crepitar de la madera de las hogueras. Aunque era poca, la madera estaba seca y prendía fácil. Arcalón refunfuñó durante toda la noche, dando vueltas en su tienda e intentando acomodar la cabeza en la almohada; y ésa sería la noche más calmada de su campaña.

Al día siguiente, Arcalón salió de la carpa con los ojos cansados y dolor en su cuello y en su pecho a causa de malas posturas. Pero se sorprendió al ver la mimbrenia luz del día.

-¿He dormido hasta entrada la tarde? -le preguntó a un Hombre.

Pero el guardia meneó la cabeza. -No, señor. La luz no crece -respondió.

-Parecen las seis de la tarde -aseguró Arcalón mientras movía la cabeza para evitar el dolor del cuello. Salió de la carpa y se dirigió a Édolf, el portaestandarte, y le pidió ordenar levantar el campamento.



Juan Esteban Peláez

Siguieron el curso del seco río durante todo el día. Sólo se detuvieron para almorzar. El agua ya empezaba a escasear, lo que preocupaba a Arcalón, que sabía por boca de Méladriel que allí no había arroyo alguno. Las nubes destrozadas los miraban, mudas, mientras el viento parecía estar muerto. De vez en cuando se levantaban grupos de setas blanquecinas y venenosas en la tierra áspera.

A eso de las cinco de la tarde, cuando la oscuridad empezaba de nuevo a crecer a una extraordinaria velocidad, Arcalón, sobre el lomo del Alazán, pasó sobre una piedra pequeña, y el corcel la movió sin querer. Entonces de debajo de la piedra, del interior de un hoyo profundo, emergió un insecto monstruoso y grotesco. Tenía patas peludas y muy delgadas, un caparazón rojizo como si fuera una costra, antenas rápidas y mandíbulas múltiples. Sus ojos negruzcos causaban temor, y un aguijón en su parte posterior perturbaba los ojos. Entonces el Alazán se encabritó, pero Arcalón logró calmarlo. El insecto, al ver que se trataba de un caballo, pareció vacilar a causa de su tamaño, y decidió meterse de nuevo en su horrible y oscuro agujero. A parte de ese incidente, nada sucedió ese día.

En cambio, fue en verdad horrible esa noche en Gorthgath. A medida que iban al sur la oscuridad iba creciendo y los peligros se iban multiplicando. Los Hombres montaron el campamento de forma similar a la noche anterior. Prendieron fogatas con la poca madera que encontraron cerca, y no hicieron empalizada ni trinchera alguna. Sobre el campamento se escuchaba a ratos el graznar de algunos cuervos, y el aullido de los lobos retumbó mientras el campamento todavía estaba en construcción. Pero lobos no había en los alrededores, lo que hacía pensar que eran maleficios.

Arcalón decidió no enviar ninguna patrulla esa noche, pues no deseaba perder Hombres antes de llegar a Yavín. Se acostó e intentó dormir de nuevo, aguantando el inclemente frío. Durante horas pensó en las tristes y fatigosas noches que Méladriel había pasado en esas trágicas tierras años atrás, y se alegraba que ahora estuviera en una cama cómoda y llena de mimos. Mas el Humano es egoísta, sin excepción. Simplemente hay unos que manejan la envidia mejor que otros. Una parte de Arcalón se sentía indignada y ofendida, pues deseaba que Méladriel fuera feliz, pero a su lado, no lejos. Incluso llegó a pensar, inconscientemente, como es costumbre en los Humanos, que ojalá no fuera tan feliz en Herda para que por algún hado del destino volviera a su lado.

Mientras Arcalón se sumía en esos pensamientos, un grito de alarma lo hizo sentar de inmediato y salir sin armadura de la carpa. Ni si quiera llevaba espada. Había mucho movimiento en el campamento, y una multitud de soldados se aglomeraba alrededor de un árbol tétrico, deshojado y de ramas potentes. Alrededor había muchas moscas que agitaban sus alas con violencia, produciendo un zumbido ensordecedor. Pero la oscuridad era densa, y Arcalón tuvo que acercarse más y con una antorcha para ver qué sucedía.

Su descubrimiento lo dejó petrificado, inmóvil y con el rostro pálido. -¡Manden exploradores a todo el campamento, pero no se alejen mucho! -exclamó con rapidez. Entonces varios Hombres acataron la orden.

Arcalón se tapó la boca y la nariz con un paño y se volvió a acercar al árbol. Sobre sus ramas colgaban imágenes malignas, dignas de esas espeluznantes tierras. El aire poco a poco se había hecho más hediondo, pero allí era amargo y producía náuseas. Además, las



Juan Esteban Peláez

moscas producían ese molesto ruido de aleteos, y zumbaban en las caras de los Hombres que intentaban espantarlas con sus manos.

Todo esto a causa de tres luctuosos cadáveres que colgaban maniatados. Unas sogas toscas les amarraban las manos en la espalda, contra toda articulación posible. Todos tres tenían heridas profundas en sus torsos desnudos, y sus cabellos estaban empapados de sangre, lo que sugería violentos golpes en las cabezas.

-¿Quiénes eran? -preguntó Arcalón a Édolf, que había acabado de llegar.

-Ya averiguo, señor -aseguró el portaestandarte mientras iba hacia algunos Hombres. Poco después volvió. -Eran exploradores. Se separaron mucho de la patrulla.

-¡Pero ordené que todas las patrullas se quedaran en el campamento! -exclamó Arcalón furioso. Tomó aire y se tranquilizó. -Bájenlos de allí y redoblen la guardia. Ya sabemos que el Demonio nos acecha -añadió mientras intentaba espantar las moscas con su mano.

172

Ningún soldado durmió después del acontecimiento. Apenas el día fue creciendo, el campamento fue levantado y la marcha prosiguió. Parecía que esa lastimera llanura nunca tuviera fin. Se abría despejada y resquebrajada hasta donde la vista llegaba, lo que desanimaba a los Hombres, que ahora temían, pues sabían que los ojos de Irgoliath estaban puestos sobre ellos.

Y parecieron olvidar los brillantes amaneceres a medida que el tiempo pasaba. Olvidaron el verdor de la hierba y el azul del cielo. Olvidaron el brillo de las estrellas y el dulce aroma de los árboles. Olvidaron el frescor del aire puro y el vigor del agua cristalina. Ahora sólo parecían conocer ese hedor a fragua y azufre que les hacía vomitar constantemente, el gris de las nubes, el fastidio de las cenizas en los ojos, los árboles muertos, la desesperanza y la fatiga, el hambre y la sed, y el dolor. Ya no cantaban, y en vez, marchaban cabizbajos y en silencio, mirando con desconsuelo la interminable llanura. Fue tal la desesperación de la marcha durante esos días, que varios decidieron tomar la salida del suicidio o la desertión. Todo esto empezó a preocupar a Arcalón, que ya empezaba a perder Hombres sin iniciar la batalla.

Ya la cuenta de los días se había perdido, hasta que por fin el paisaje cambió. No era la Ciudad Endemoniada la que se erguía frente a ellos. En vez, unos precipicios altísimos se levantaban al frente. Alrededor había varias colinas repletas de árboles lúgubres, de ramajes oscuros y troncos retorcidos. Mas allí el forraje era denso y no dejaba ver nada entre los troncos.

Por más que intentó recordarlo, Arcalón nunca escuchó de boca de Méladriel un paraje parecido. Pensó en las proximidades del Árbol Macabro, pero Méladriel lo había descrito muy distinto. El ejército anduvo por las laderas de las rocosas colinas por un día entero, buscando cómo cruzarlas. Siguieron hacia donde la luz menguaba, hacia el occidente, y miraban constantemente y con cautela los árboles que se levantaban a todos lados. Por orden de Arcalón, los Hombres no se internaron en las arboladas.



Juan Esteban Peláez

Al anochecer, el campamento fue de nuevo levantado, no muy lejos de las estribaciones de una montaña negruzca y llena de hollín, que tenía brazos extensos y bordes mellados. Pero esta vez Arcalón ordenó cavar una zanja alrededor del campamento, pues temía que se aproximaran los enemigos. Muchos Hombres ya murmuraban que estaban perdidos en esas tristes tierras, pues debían haberse encontrado con Levanov a las afueras de Yavín días atrás. Algunos culpaban a Arcalón y otros a los exploradores que se suponía sabían el camino.

Incluso Édolf parecía preocupado y malhumorado, y aunque fiel, ya el hambre y la sed empezaban a ganarle. -¿Acaso nos ha traído a la muerte?! -le exclamó a Arcalón.

Y este último, calmado pero contundente, respondió: -Esto es una guerra, no un paseo de verano. Obvio vamos a sufrir, y lo estamos haciendo; pero daremos frente al Demonio y venceremos.

Las palabras hicieron recapacitar al portaestandarte, que se hincó apenado: -Discúlpeme señor, pero me ganó la desgana.

Entonces Arcalón lo ayudó a levantar. -A todos nos está ganando -dijo-, pero no hay vuelta atrás -añadió.

Ya entrada la noche, Arcalón, ahora barbado, delgado y con el cabello enmarañado a causa de la agotadora marcha, intentó dormir, pero no lo logró. Y cuando sus ojos empezaban a cerrarse por el cansancio, escuchó una voz que se le hizo conocida, mas no la reconoció al instante.

-Arcalón, despierta -le pidió la voz, que era profunda y sonora.

El Hombre, sorprendido, se levantó y escrutó con su mirada la oscuridad dentro de la carpa; pero no vio nada.

-Arcalón, no te esfuerces por encontrarme, pues no me verás -dijo la voz.

-¿Quién es? -preguntó el Hombre, con el rostro pálido y el corazón acelerado. Respiraba con profundidad para intentar calmarse, mientras rastreaba con sus ojos el entorno.

-Si en verdad insistes en buscarme, tomaré una forma para que tus primitivos ojos puedan verme -dijo la voz.

Entonces a Arcalón le pareció ver la silueta de una persona agazapada y de espaldas en un rincón de la carpa, mirando el suelo. Su rostro no era visible, y parecía más una sombra con cuerpo que una persona viviente. Estaba inmóvil, encorvado, como una estatua, y entrelazaba sus brazos sobre sus rodillas.

-¿Mejor?

-¿Quién es?

-Eso no importa en este momento. Simplemente digamos que soy una fuente de información que te conviene.

-¿Cómo sabe mi nombre?

-No importa. Lo que importa es que estás perdido. Tomaste senderos que te llevaron muy lejos de Yavín, y ahora estás a puertas de tu tormento.

Arcalón, más calmado, sonrió entonces con sarcasmo. -Quizás esté muy cerca de atrapar al Demonio.

-O quizás el Demonio, como tú lo llamas, está muy cerca de atraparte.

-No quiero escuchar nada de eso -dijo Arcalón.

-Arcalón, Arcalón, Arcalón -dijo la voz-. Si tu orgullo no te pusiera una venda en los ojos sabrías que el Diablo te ha dejado llegar hasta aquí. Pero ahora su trampa está lista, y piensa cerrarla.

Arcalón no dejaba de ver la figura sombría y agazapada. -Son sólo mentiras -dijo.



Juan Esteban Peláez

-Arcalón, Arcalón, Arcalón -volvió a decir la voz. La figura no se movía del rincón, pero igual atemorizaba. -¡Qué arrogante eres, Arcalón! ¿O debo decirte Dragón Escarlata?

Arcalón quedó petrificado al escuchar esto.

-En verdad crees, «Dragón», ¿que el Espíritu no está enterado de todo? Él sabe de tus planes.

-Los sabía en Metys, y aun así logré ganar.

La voz permaneció en silencio por un momento. -Deja esa arrogancia por un momento y piensa. Le has ganado a Irgoliath por tus amigas las hechiceras, esas malditas Brujas antiguas. Tú no le has ganado. Y ahora estás perdido. ¿En verdad crees haberle ganado al Espíritu?

-¡No estoy perdido! -exclamó el Hombre con furia.

-Muy bien, te voy a demostrar que lo estás -dijo la voz-. Primero te diré qué piensas hacer. Tus órdenes son concretas para tu mano derecha, el Hombre que se hace llamar Sergail. Él debe ir a pedir ayuda a la reina a Herda. También esperas que los Jerládrim ayuden a esa amada reina. Al mismo tiempo, los emperadores de la Península de los Elementos preparan sus fuerzas. ¿Me equivoco? Veo que la seguridad desapareció de tu rostro. El Espíritu sabe más. ¿Quieres escuchar?

Era verdad lo que la voz decía. Arcalón había pedido a Sergail que fuera a Herda a pedir ayuda, pues él solo no podría luchar contra el Diablo. Tragó saliva, mas nada dijo.

-Entonces proseguiré -dijo la voz-. El Espíritu sabe que el punto de encuentro son los alrededores de Yavín, y que quizás en unas pocas semanas los otros ejércitos llegarán a ayudar Levanov. ¿Te digo un secreto? El Espíritu le dejó Yavín.

-Eso no es verdad -balbuceó Arcalón.

-¿Crees que un solo general con unos quince mil Hombres a lo mucho, podría tomar tan fácilmente la capital de Irgoliath? ¿Y en tan poco tiempo? -preguntó la voz con sátira.

Arcalón permaneció en silencio. Ya no sabía qué pensar. La voz tenía razón en muchos puntos, y ahora se sentía desnudo, sin sorpresa alguna para el Demonio. Se había sentido casi igual en Metys, pero esta vez temía más, pues estaba en los dominios del enemigo.

-Irgoliath y sus Yúcidas los esperan tras las pedregosas colinas que estás a punto de cruzar. Fuiste muy hacia el sur y pasaste los senderos que llevan a Yavín hace muchos días. Has llevado a tus Hombres a un descanso seguro. Las tres Almenas sureñas se levantan tras las colinas, a día y medio a pie. Él también reúne sus fuerzas tras esas montañas.

-¡Eso es falso!

-No tienes que mentirme a mí, Arcalón -aclaró la voz-. No debes mentirme a ti. Si no me crees, manda batidores hacia cualquier dirección mañana a primera hora. Entonces verás que Irgoliath te tiene rodeado. Al norte, a un kilómetro a lo mucho, hay un grupo enorme de Nomos y Cremlos ocultos en los árboles. Al oeste hay otro grupo igual. Y, para tu desgracia, estás sobre una colonia subterránea de arácnidos, que tiene sus salidas hacia el occidente. Y al sur se elevan las colinas. Puedes enviar exploradores, pues Irgoliath dará la orden de no atacarlos. Sólo desea que veas que no eres omnipotente, ni que eres intocable. Desea que dejes de vanagloriarte, Arcalón de Metys, pues él es más astuto que tú.

-Si nos tiene encerrados, ¿por qué no nos ha atacado? -preguntó el Hombre, ofendido con tales palabras.

-Quizás después puedas preguntárselo a Él -respondió la voz-. Si no me crees, envía batidores y verás que lo que digo es cierto-. Entonces la figura pareció inmolarse con el resto de las sombras que estaban en el interior de la carpa, y desapareció por completo de la vista de Arcalón.



El Hombre permaneció pensativo un buen rato. ¿Cómo el Diablo sabía las instrucciones que él había dejado a Sergail? ¿Y cómo sabía que Sergail buscaría una reina y no un rey? ¿Acaso él sabía que Méladriel había sido coronada? Eso ni siquiera lo sabían los emperadores de la península. ¿En verdad había caído en una trampa demoníaca? La voz había dicho que en pocas semanas los ejércitos de los Hombres llegarían a Yavín. ¿Cuántos días había estado en esas lastimeras tierras? Había entrado a finales de febrero, pero no sabía en qué mes estaban. Allí no llovía, así que se hacía imposible saber si todavía estaban en invierno.

Además, había otros problemas: La comida y el agua empezaban a escasear, y los Hombres, aunque muy valientes y devotos, estaban cansados, y poco a poco se les agotaba la paciencia. Muchos ya estaban molestos con él, y su liderazgo poco a poco flaqueaba. Pensó en volver, pero los nobles que le habían dado ese ejército lo matarían. Arcalón odiaba la política, pero tenía buenos mecenas. Incluso su propio patrimonio estaba en juego, pues él había invertido toda su riqueza para patrocinar esa campaña. Ya no podía volver sin la victoria. Incluso pensó en el suicidio para que el enemigo no lo capturara y lo torturara, mostrándolo como un trofeo de guerra; pero este pensamiento fue fugaz, pues aún tenía un ejército entero para defenderse. ¿Acaso era verdad llevaría sus Hombres a una muerte segura? ¿Por qué el Demonio no lo había atacado si lo que decía era verdad? Agobiado por todas estas preguntas, Arcalón cayó finalmente presa del sueño y del cansancio.

Al día siguiente, árido y gris, Arcalón salió y le pidió a Édolf que enviara exploradores a todos lados. Patrullas enteras al norte y al oriente, y pequeños grupos a las arboladas del occidente. También envió a un grupo de jinetes experimentados a buscar un paso entre las pedregosas elevaciones que se erguían tenebrosas ante ellos. Silenciosas, las montañas parecían un muro escarpado e intraspasable. Si era verdad lo que decía la voz, Arcalón prefería perder una patrulla y no a todo su ejército.

Cuando llegaron las patrullas, todas intactas, las noticias abrumaron todo el campamento. -Enormes y hediondos huecos se abren en las tierras entre las arboladas -dijo un explorador que había ido al occidente.

-Parecen túneles que llevan a una fortaleza subterránea. Son muy numerosos -dijo otro explorador, jadeante y con presura. Tenía el rostro pálido del miedo.

-¿Cuántos? -preguntó Arcalón.

-Tantos que no tuvimos tiempo para contarlos -respondió el primer explorador.

-Al norte hay un campamento gigantesco -dijo otro batidor-. No sé cómo pasamos por allí sin verlo.

-Porque no mandaron vigías y nos dejaron pasar sin problemas -aseguró Édolf, que tenía un pensamiento perspicaz y astuto.

-Al oriente hay un campamento igual, pero los olores del campamento son mermados por los árboles circundantes -dijo un último explorador.

Arcalón tomóse la cabeza en señal de preocupación. Se levantó del tronco donde estaba sentado y caminó de un lado a otro por un momento, pensativo y con vértigo.

-¿Cómo supo de la noche a la mañana que estábamos rodeados? -preguntó Édolf.

Pero Arcalón no respondió a esta pregunta. -Armen una empalizada de inmediato. Esperemos que los jinetes que envíe al sur encuentren una salida -ordenó.

-¿Lucharemos? -preguntó Édolf.



Juan Esteban Peláez

-Señor, con todo respeto, estamos rodeados y no tenemos salida alguna -dijo uno de los exploradores.

Entonces llamas relucieron en las pupilas de Arcalón, pero al ver el asustado rostro del Hombre, se calmó. -Si nos rendimos tendremos un final peor. Vamos a luchar, sin importar las ventajas o desventajas.

Durante toda la tarde, los soldados alzaron empalizadas y cavaron zanjas alrededor del campamento. Y, a orden de Arcalón, todas las tiendas izaron sus banderolas con el emblema del dragón rojo. Todos los Hombres pusieron sus armaduras y afilaron sus armas. Patrullas de gran número cabalgaron fuera de la empalizada todo el tiempo, buscando cualquier signo de vida cercano. Allí se escuchaba el débil croar de sapos lechosos y el zumbido de enormes moscas.

Arcalón paseaba sobre el Alazán por todo el campamento, mirando los rostros asustados de los Hombres que trabajaban sin cesar como si estuvieran contra el reloj. Pero la imponente presencia de Arcalón parecía inspirarlos. Él, con sus atavíos impecables, cabalgaba con desdén entre las carpas, mirando con altivez sobre la empalizada e intentando divisar movimientos entre los oscuros y mohosos árboles que se extendían a su alrededor. Muchos Hombres le preguntaron si pasarían de esa noche, y Arcalón les respondía que sí con vehemencia y sagacidad, y los animaba e inspiraba.

Pero a altas horas de la noche, cuando Arcalón decidió entrar a su carpa por unos papeles, escuchó la clara voz de nuevo.

-¿Me crees? -preguntó.

Arcalón miró toda la carpa, ahora sin temor, y asintió. -¿Por qué Irgoliath no me ha atacado? -preguntó-. ¿Acaso me teme?

-Veo que tu orgullo no ha disminuido ni un poco.

-Y no lo hará.

-¡Qué valentía! Quizás por eso el Espíritu no te ha atacado.

-¿Me teme?

-Digamos que le caes bien.

-¿Por qué?

-Porque le recuerdas a sus enemigos de antaño.

-¿A los Ariánicos?

-Así es.

-¡Yo no soy un Ariánico! -exclamó furioso.

-En Metys conociste la decadencia de tal raza. No te pareces a un Ariánico moderno, pero eres muy parecido a los Hombres del Imperio de los Dos Soles.

-Ellos eran unos carniceros.

-Igual que tú. Pero dejaron enseñanzas, igual que tú.

Arcalón suspiró de la furia, mas nada dijo.

-El Espíritu no desea darte paz, no todavía. Él quiere un trato pacífico y un escudo contra esas Brujas del bosque y esa vieja hechicera del Agua.

Entonces Arcalón soltó una carcajada irónica. -¿Cómo puede el Diablo pedirle a su enemigo que interceda y lo defienda de las Apsaras? -preguntó satírico.

-Porque no tienes salida. Además, esas Brujas miserables no osarán luchar contra ti.

-Lucharé aquí así no tenga salida. Jamás negociaré en nombre del Demonio con las Apsaras.



Juan Esteban Peláez

Entonces la voz calló un momento, como si pensara bien lo que iba a decir. Y pareció leer los pensamientos de Arcalón de repente. -¿Acaso crees que Méladriel vendrá? ¿Quieres volverla a ver? -preguntó.

Arcalón abrió los ojos, sorprendido.

La voz se mofó con una risa ofensiva. -No seas iluso, Arcalón. En verdad veo que no eres muy brillante. ¿Por qué Méladriel vendría a ayudarte después de que la abandonaste por ir a ver a la Bruja de las Islas?

Arcalón empezó a sentir una presión dolorosa en su pecho. -Ella vendrá -dijo con voz trémula.

-Arcalón, ella no vendrá. Ella tiene todo en Herda: Riquezas, poder -entonces dijo con voz lacerante-, amantes...

-¿Y eso qué?

-A mí no me engañas, Arcalón. ¿Acaso crees que no sé cuánto te incomoda eso? Ella es hermosa, y creo que puede darse el lujo de poner en su cama a cualquier Hombre. Te diré un secreto: Ella cambia muy constantemente de amantes, pues no hay rey a su lado, y todos la aman y le perdonan todo.

-¡Cállese! -estalló Arcalón finalmente.

-¿Por qué habría de venir a estas tierras de pesadillas? -preguntó la voz-. Ella ya las conoce muy bien, y les teme. Tú lo sabes. Ella no sería tan tonta como para renunciar a todo lo que tiene allá por venir a... ¿A qué vendría? ¿Vendría por ti? Ella no tiene ningún motivo para arriesgar su reinado, además de su paz. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por un Hombre que la dejó de un momento a otro?

-Lo hice por motivos benéficos.

-Y ella se quedará en Herda por motivos benéficos.

-Lo hice porque no deseaba que la dañaran.

-¿Y ella lo sabe?

Arcalón vaciló.

-Arcalón, no es lo que sea, es lo que se vea -dijo la voz para finalizar.

Arcalón se sintió abatido, vencido al fin, derrotado y humillado. Por fin se quitó la venda que su arrogancia le había puesto en los ojos y lo había llevado hasta esas horribles tierras. Esa voz, que ahora tanto odiaba por mostrarle la cruda verdad, tenía razón en todo: Estaba rodeado; había llevado a sus Hombres a la muerte; había pensado que movería por voluntad propia los reinos occidentales... Ahora todo había acabado.

-Te noto pensativo -dijo la voz.

Arcalón levantó la mirada, iracunda y asesina, inclusive cruel. -¿Qué desea el Demonio de mí exactamente? -preguntó.

-Evita que las Apsaras lleguen al sur. No importa que los ejércitos pasen, pero que esas Brujas no lo hagan. Tú verás qué táctica utilizas: La paz o la guerra -dijo la voz.

-¿Qué recibiré a cambio?

-Mucho poder. Además, sabrías la verdad y evitarías la maldición de las Shidrahas.

-Quiero algo más -dijo Arcalón.

La voz pareció leer de nuevo los pensamientos del Hombre. -Te daré a Derren y a Alor -dijo.

Arcalón sonrió, esta vez con una malicia indescriptible. -También quiero la Flauta de las Flores y a Yíldarel -exigió.

-¿Al Hada?

Arcalón asintió.

-La tendrás.

-¿Cómo puedo saber eso? No puedo confiar en la palabra de mi enemigo.



Juan Esteban Peláez

-Irgoliath tampoco puede confiar en tu palabra.

-Y que quede claro que en cualquier momento lo traicionaré -admitió Arcalón, sin temor. La voz entonces calló por un momento. -Para mañana todos tus Hombres estarán besando ensangrentados el polvo de la llanura si no cambias de bando -aseguró la voz.

Arcalón, con mirada envenenada, levantó la cabeza. -Aún no estoy convencido -aseguró. Entonces la voz le dijo: -Mira bajo esos bultos, a tu derecha.

Arcalón vio unas bolsas de cuero que se apilaban en una esquina, las quitó y vio allí una pequeña jaula de barrotes oxidados y negruzcos. Las soldaduras tenían filos, y no tenía puerta alguna. Dentro de la jaula abovedada estaba la hermosa Hada que Arcalón había visto en el reino del Gigante Torlad. Allí estaba, agazapada contra las rejas, con las alas verdes plegadas, los cabellos rojizos enmarañados y los ojos grises hinchados de tanto llorar. Allí estaba Yíldarel. ¡Era Yíldarel! Estaba vestida con toscas telas rasgadas, y su piel estaba sucia por el hollín. Nadie sabe en verdad cuánto sufrió el Hada y bajo qué torturas la tuvo Irgoliath.

Cuando el Hada vio el rostro de Arcalón, el brillo le volvió a los ojos grises, y se levantó animada, diciendo felices frases en su lengua.

Arcalón entonces no pudo aguantar la emoción. ¡Lo había logrado! ¡La había salvado! Entonces lágrimas de alegría y paz salieron de sus ojos, y un peso plomizo desapareció de su conciencia; pero ahora tenía trabajo que hacer: Debía evitar que las Amatistas y que Melina llegaran a las Almenas del sur.

-¿Contento? -preguntó la voz.

-¿Y la Flauta?

-A su debido tiempo. Tú sabes Arcalón, mejor que nadie, que todo tiene su momento.

Arcalón asintió, sin dejar de mirar a la hermosa Yíldarel, que ahora lloraba de felicidad al ver a Arcalón, pues supo que por fin estaría a salvo.

-¿Qué dices? -preguntó la voz.

Arcalón, sumido en negros pensamientos, tardó en responder unos instantes. -Si me da a Derren y a Alor, evitaré que Melina y que las Amatistas lleguen al sur -dijo con voz poderosa y altiva-. Sin embargo, mis Hombres deben estar a salvo. Además, no levantaré las armas contra mis amigos. Sólo evitaré el avance de las Apsaras.

-¡Que así sea! -dijo Irgoliath, esta vez con voz gutural y terrorífica.

Arcalón asintió.

-Entonces, Dragón Escarlata, prepara tus tropas. Mañana vendrá un grupo de Nomos que te llevarán a ti y a tus Hombres a la garganta que lleva a la Almena de Lavrhas. Debes estar tranquilo, pues tus Hombres estarán a salvo. Pero si no logras evitar la llegada de las Apsaras, sufrirán todos por igual.

-Que así sea -respondió Arcalón finalmente.

Poco se sabe de lo que sucedió al día siguiente. Pero hubo algo seguro: Arcalón y sus Hombres lograron cruzar las gibas pedregosas, y allí, en los amplios valles, vieron bajo la luz de la Shidraha que tenía Irgoliath los vastos ejércitos enemigos. Irgoliath no había mentido: Él reunía sus huestes en las Almenas sureñas, y se preparaba para arrasarlo con todo a su paso. Y mientras los soldados de Falheid armaban un campamento al norte, rodeados de enemigos y prácticamente cautivos, Arcalón le dijo a Yíldarel: -Te juro, mi amada Hada, que no dejaré que nada te pase; así todos nosotros tengamos que sacrificarnos para que tú vuelvas a tu hogar.



Ya eran mediados de abril cuando Ángor, las Amatistas, Bélaron y un ejército de ocho mil Hombres de Velheid llegaron a las praderas horribles que bordeaban Yavín. Los valles estaban cuajados con flores rojizas, monstruosas y de agrios olores, y algunos árboles funestos se erguían con enredaderas que parecían barbas, lacerados por zarzas y arbustos espinosos. De vez en cuando un luctuoso arroyo siseaba grasiento por los prados de hierba oscura.

Ya todos habíanse acostumbrado al nauseabundo hedor de tales tierras, pero ese hedor parecía intensificarse en esas praderas, como si bajo la tierra yacieran miles de fosas. El hedor putrefacto se iba incrementando a medida que subían por los prados levemente inclinados. De vez en cuando pasaban alguna ruinosa torre de vigilancia, de paredes negruzcas y atalayas dentadas.

Pero nada de esto los había preparado para la espantosa imagen de la antes poderosa Yavín. Un valle amplio y plano se abría bajo la marcha. Alrededor del mortuorio valle se levantaba unos montes cenicientos y muy escarpados. Pocos árboles podían vivir bajo esas lúgubres condiciones. A la izquierda había unas colinas pedregosas que se recostaban contra las faldas de unos precipicios, pero había una colina que sobresalía de las demás.

Bajo la sombra de los silenciosos montes, y sobre la desnuda y alta colina, se erguían unos poderosos y negros murallones con amenazantes torreones que despuntaban estridentes en el cielo gris, como si fueran lanzas negras. Los sombríos muros chocaban abruptamente contra los precipicios de los montes. Alrededor de la oscura ciudad, sobre el valle, se levantaba un campamento de carpas rojizas.

Ángor y compañía descendieron al incoloro valle hacia el campamento. Los Hombres miraban con escepticismo y temor la ciudad que se erguía en los brazos del valle. No había luz que tocara tan tormentoso lugar. Los altos montes ocultaban a la ciudad del brillo más mimbrenño.

Apenas estuvieron en el valle, sintieron el agrio y lacerante olor de las flores. Y cuando llegaron todos notaron que eran menos Hombres de los que esperaban encontrar. Había a lo mucho unos nueve mil Hombres allí, y Ángor recordaba que Arcalón había salido por lo menos con siete mil Hombres, mientras que Levanov contaba con quince mil.

Cuando llegaron al campamento, muchos Hombres, reanimados, salieron a darles la bienvenida con apretones de manos y algunos abrazos, pero muchos otros parecieron sorprendidos, pues también esperaban que más Hombres llegaran en su ayuda.

Ángor pidió hablar con Levanov de inmediato. Y pocos minutos después llegó el Jinete Escarlata, con la barba espesa y enmarañada, el cabello hecho un revoltijo, el rostro sucio y mucho más flaco que antes. En su rostro se notaban las ojeras causadas por el gran agotamiento.

A Levanov le brillaron los ojos al ver a las Amatistas, y se apresuró a hincarse. —Me siento digno de tener tan grata compañía de nuevo -aseguró.



Juan Esteban Peláez

Entonces Bella, sonriente y apenada, lo hizo levantar. –Las Almas Buenas siempre serán nuestras amigas -aseguró.

Entonces Levanov miró a Ángor y se apresuró a abrazarlo. –¡Qué alegría me da verlo aquí! -exclamó-. Ya estaba cansado de ver sólo Nomos y Goblins -añadió.

-Y a mí y a los Areshti nos da placer venir a ayudar a los amigos en estos duros días -aseguró Ángor mientras miraba la horrible y abominable Yavín contra los barrancos cenicientos.

-Pero veo que son pocos los que llegan en nuestra ayuda -dijo Levanov un poco desilusionado, mientras miraba las tropas que descendían hacia el valle. Esos soldados tenían armaduras grisáceas que parecían gotas de plata que caían por la ladera. Y a menudo esas gotas parecían formar ríos, hasta que gran parte del valle estuvo ocupada por los Hombres de Velheid.

-El príncipe Órenot llegará en unos días; dos o tres a lo mucho -respondió Ángor.

Levanov asintió, pero no estaba muy animado.

Clara veía la ciudad con detenimiento. Los muros negros se sostenían soberbios, y los torreones lanzaban desde sus ventanas miradas furiosas, como ojos negruzcos que miran hacia el interior y no dejan escapar luz alguna. –¿Cómo va el asedio? -preguntó la Apsara.

-Lento, pero efectivo -aseguró Levanov mirando hacia Yavín-. La ciudad superficial es nuestra, pero en los precipicios hay cavernas repletas de enemigos. De vez en cuando sale un grupo de Nomos a desafiarnos, pero a todos los que han sido tan osados les hemos dado muerte. Estamos cansados de quemar pilas y pilas de cadáveres-. Entonces puso a los pies de Clara la Shidraha envuelta en varios trapos; pues Levanov había llevado la joya consigo para poder realizar el asedio. Las Amatistas habían aceptado dársela para que Levanov realizara la avanzada.

Clara entonces tomó el báculo con la joya, y asintió.

Bella miró a los Hombres del rededor. Éstos permanecían silenciosos y con los ánimos bajos. –Están cansados -aseguró la Apsara.

-Tenemos hambre, sueño y sed -dijo Levanov-. Incluso, la Shidraha hace que nos duelan los huesos y despierta males de heridas pasadas. Este asedio se ha prolongado más de lo que esperábamos -entonces miró a Clara y, un poco apenado, le preguntó: -¿Me podrías decir en qué mes estamos?

Clara sonrió y asintió. –Estamos en abril -respondió mientras volvía a levantar la cabeza y miraba hacia la negra ciudad.

-Eso quiere decir que estamos en invierno. Eso explica el por qué las noches han sido más frías las últimas semanas -dijo Levanov. Se sentó en un tronco que estaba cerca, fatigado, como si hubiera hecho muchas labores los últimos días, y prosiguió. –Les pido disculpas por no poder atenderlos de pie, pero en verdad el agotamiento me gana de vez en cuando -entonces permaneció pensativo por unos instantes-. ¿Y qué se ha sabido de los reinos occidentales? ¿Vendrán a ayudarnos? -preguntó.

-No lo sabemos -respondió Bélaron, incómodo por la proximidad de la joya maldita.

Entonces Levanov, que no se había fijado en el Dragonífero, se levantó de nuevo y lo reverenció. –Pido disculpas por mi falta de atención -dijo muy apenado-; pero a medida que paso tiempo en estas agrestes tierras voy olvidando las etiquetas y los detalles -aseguró.

Bélaron meneó la cabeza. –No hay problema -aseguró mientras le ponía la mano sobre el hombro.

-Espero que sí nos ayuden -dijo Levanov mientras miraba a su derecha, hacia el lejano occidente.



Juan Esteban Peláez

-Si lo van a hacer, deben estar por llegar -aseguró Bella-. Según mis cuentas, Sergail ya debió llegar a Herda meses atrás. Así que ya deben venir en camino -aseguró.

Entonces Levanov, incapaz de aguantar la curiosidad, preguntó: -¿Y dónde está el Dragón Escarlata?

Todos abrieron los ojos por la sorpresa, incluyendo las Amatistas.

-¿Acaso no llegó semanas atrás a este valle? -preguntó Ángor.

Pero Levanov meneó la cabeza. -Pensé que se había retrasado por esperarlos a ustedes -dijo mientras miraba con cara de temor a Bella.

-Él salió de Falheid hace más de un mes -aseguró la Apsara.

Levanov se desplomó entonces sobre la hierba, como si un peso le hubiera caído en la espalda. -¿Qué le habrá sucedido? -preguntó.

-Esperemos que la espada del Diablo no lo haya atajado -dijo Ángor.

Clara permanecía meditabunda y con la mirada fija en Yavín. -Esperemos que Arcalón no se haya topado con ese viejo y arruinado Espíritu -dijo con profundidad, como si ya dudara.

-Arcalón es fuerte. Lo más seguro es que haya tenido algunos percances -dijo Bélaron un poco más optimista-. Quizás llegue en estos días -añadió.

-Eso espero -dijo Levanov.

-Esa ciudad todavía no está derrotada -aseguró Clara.

-¿Por qué lo dices? -preguntó Levanov.

Clara miró al Hombre y sonrió. -Irgoliath te la cedió, querido Levanov. No deseo desmoralizarte ni matar tus aires de triunfo, mucho menos desmeritarte; pero esa ciudad no es tan débil como se ha mostrado hasta ahora. Yavín es demasiado poderosa -aseguró. Pero Levanov asintió. -Sé que el Demonio no ha defendido Yavín con su verdadero poder. No dejó más que miserables para proteger la ciudad; muchos, pero débiles, hambrientos y mal armados. Yo esperaba Espectros, pero no me he topado con ninguno. Sólo Nomos y Goblins han salido de la ciudad para darnos lucha. Cuando logramos romper los portones, la resistencia en el interior de la ciudad fue miserable; incluso la consideré una ofensa. Pero no hemos podido tomar la parte más alejada de los muros, pues está protegida por la Delfrhas -explicó el Hombre.

-¿Delfrhas? -preguntó Bélaron.

-La Almena de Delfrhas. El hogar del Guardián -explicó Bella.

-No hemos podido asediar esa Almena. Tampoco podemos burlar la vigilancia del Yúcida que la habita. Ese maldito hechicero ha causado muchas bajas, pero él no se mueve de la torre. Nunca sale. No come ni duerme, ni tiene piedad. Por su culpa no hemos podido tomar las catacumbas de la ciudad -aseguró Levanov.

Ángor miraba la ciudad, pensativo. -Me gustaría ver esa torre -pidió.

Levanov sonrió y asintió. -Pero no podemos acercarnos mucho, pues el enemigo tiene una puntería sobrehumana, y siempre vigila. Podremos verla desde lejos, pero nada más -aclaró.

-Sólo deseo ver la Ciudad Endemoniada por dentro -dijo Ángor-. Por fuera, esa ciudad me causa zozobra y un poco de temor -admitió.

Ángor, Levanov, las Amatistas y Bélaron cruzaron el horrible valle, adornado de árboles siniestros y oscuros, hasta estar frente a las puertas de Yavín. Negros eran los murallones que rodeaban la ciudad, bien labrados y muy gruesos. Poseían almenas de parapetos



Juan Esteban Peláez

denticulados, y en ellos había grabados deformados de calaveras Humanas y Nómicas. Las potentes puertas de madera roja y fuertes batientes estaban destrozadas a causa de unos arietes.

Tras los muros aserrados se levantaban hostiles torreones de pináculos altísimos y muy agudos, y atalayas dentadas y bien protegidas. En verdad había sido una empresa difícil asediar y tomar tales torreones. Algunos de ellos todavía lanzaban volutas negras de humo hediondo al cielo escabroso, como si la ciudad deseara vomitar toda su inmundicia en cada espiral.

A los costados de las puertas había dos enormes estatuas grises, labradas por manos diestras; pero tenían formas distorsionadas y obscenas. Eran bestias horribles con formas antropomorfas; engendros imaginados por la oscura mente del Demonio. Tenían los ojos pintados de blanco, pero no tenían pupila alguna.

Ángor y sus compañeros vieron todo esto con repulsión y temor. Entraron por las puertas derruidas y pasaron una calle amplia, bordeada de edificios con cristales sucios y quebrados, puertas empolvadas y llenas de hollín, y paredes resquebrajadas. Eran casas en verdad pequeñas, pues ni un solo Hombre podría vivir allí con un mínimo de comodidades. Y, sin embargo, en ellas habitaban cinco o seis Nomos antes del ataque, apretujados unos contra otros, y de vez en cuando matándose entre ellos para tener un poco más de espacio. La arquitectura allí era extraña: Marcos inclinados y alargados, techos planos, sin balcones y con pocas ventanas, puertas estrechas, y más.

Siguieron avanzando, y a medida que lo hacían, veían con más desconsuelo más podredumbre: Basura infecta se apilaba en las calles; miseras yurtas desaseadas y hechas de madera podrida se extendían a lo largo y ancho de plazas enteras; calderos repletos de festines horribles volcaban sus sebosos y viscosos caldos en los callejones estrechos; abundaban las carroñas llenas de miasmas blancuzcos; canales rebosantes de pútridas suciedades que se extendían alrededor de las calles más anchas; letrinas públicas llenas de infecciones y fuertes olores; y uno que otro nauseabundo cadáver irreconocible y purulento en alguna callejuela.

-¿Quién podía habitar tan horrible lugar? -exclamó Bélaron sin poder aguantar la miseria de la ciudad.

-Nomos y Goblins -aseguró Levanov.

-¿Y los Espectros? -preguntó Ángor, que miraba con repugnancia una pila de basura recostada contra una tosca casa.

-Al otro lado de la ciudad -respondió el general.

A medida que avanzaban entre las calles fracturadas, los edificios iban tomando altura y se volvían más labrados. Algunas puertas tenían tallados de animales desconocidos. Pero las proporciones de algunos de los edificios eran ridículas: Los marcos de las ventanas y los umbrales de los portones eran desproporcionados y ladeados, como si simbolizaran una burla a la arquitectura.

Intentando no tropezar con las inmundicias, Ángor, las Amatistas, Bélaron y Levanov caminaron por las grotescas calles de la horrenda necrópolis hasta llegar a una plazoleta oval de piedra hollada.



Juan Esteban Peláez

Entonces Levanov los detuvo a todos. –Ahora debemos tener más cuidado, pues a tres cuadras está el Necromurtur y la Almena de Delfrhas -aseguró. Todos asintieron.

Siguieron por una estrecha calle de faroles rotos hasta posarse tras una pila de escombros de una casona semidestruida. Allí había tres Hombres agazapados, intentando estar lejos de la mirada penetrante del Guardián. Todos se posaron tras los escombros y sacaron las cabezas para ver los dos edificios principales de la ciudad; y grande fue la sorpresa.

A menos de dos calles había un extenso muro coronado por púas curvas como garfios de acero. El muro, no muy alto, se abría en semicírculo y encerraba algunos opulentos pero malignos palacios, y gran parte de las faldas de los montes pedregosos. Pero donde el muro se rompía abruptamente había dos edificios: El primero era lo que los Hombres llamaban el Necromurtur, o el «Palacio del Diablo». Tenía varias entradas, envueltas en tinieblas como fauces hostiles bajo arcos apuntados y columnas negras de basas y capiteles gruesos; sus paredes eran negras al igual que su techo plano; y dos torres sobresalían soberbias del edificio, coronando la malignidad del palacio. Las torres terminaban en dos negros pináculos. El palacio estaba iluminado de una luz moribunda de color púrpura que emergía de unas grietas en la tierra, como si el palacio estuviera sobre un enorme horno purpúreo.

Todos quedaron atónitos al ver el horrible palacio. Pero era más amenazadora y hostil la segunda edificación: Era una torre alta e impetuosa, intolerante ante cualquier presencia. Su base, rodeada por una potente muralla, eran poderosa y ancha. Tenía tres pisos. En el segundo había algunas ventanas negras, cuales ojos vacíos. En el último piso la torre se anchaba como una cabeza siniestra que escrutaban la ciudad. El techo era aserrado y sobre él flameaba una bandera de un color negro con un emblema blanco: Una flecha.

-He ahí la Almena de Delfrhas -dijo Levanov mientras señalaba la maligna y oscura torre. Ángor permaneció un momento en silencio, detallando la extraña arquitectura de la torre. Por más máquinas de asedio que hubiera podido traer, no habría tenido oportunidad alguna de sitiar tal edificación. Suspiró y preguntó: -¿Todas las Almenas tienen la misma forma?

Y Clara asintió. – Todas son iguales y todas las entradas apuntan al Necromurtur -dijo mientras miraba la torre.

-No hemos logrado pasar al otro lado de la ciudad a causa del Guardián -explicó Levanov. -¿El Guardián? -preguntó Bélaron mientras se mecía la barba.

-El Yúcida de Delfrhas -respondió Levanov-. Él no duerme, ni come ni bebe.

-¿Y cómo se llama? -preguntó Ángor.

-Nadie lo sabe -respondió Bella-. En esta edad nadie ha mencionado su nombre verdadero, y sólo Irgoliath lo llama por su nombre.

-Pero lo llaman el Guardián de Ojos Amarillos -interrumpió Levanov-, pues dicen que antes de que una flecha salga disparada desde la torre, unos ojos amarillos y felinos brillan en la oscuridad tras las ventanas. Dicen que esa mirada lacera toda oscuridad, y siempre se fija donde la flecha se clava.

Ángor volvió a suspirar. –Entonces no se sabe qué hay tras ese muro -dijo mientras miraba hacia el Necromurtur.

Levanov meneó la cabeza. –Sólo sabemos que en los abismos donde se recuesta la ciudad hay fosos profundos y túneles que los Nomos atraviesan de vez en cuando para atacarnos. Los abismos están atestados de enemigos; pero sólo pocos salen a darnos frente.



Juan Esteban Peláez

Bella miraba el palacio con detenimiento, después miró la torre y pareció escrutar la penumbra. Entonces, segura y ensimismada, dijo: -Los Nomos que quedan en Yavín ya no tienen el apoyo del Espíritu, por eso se esconden. Aquí no hay ningún poder que los alimente. Los Nomos de aquí no saben vivir sin un amo. Probablemente deben estarse matando entre esas cavernas.

-¿Pero está el Yúcida de la torre? -dijo Bélaron.

Bella sonrió sin dejar de mirar la Almena. -Él no comanda ejércitos como los otros Yúcidas; él sólo cuida al Espíritu -y mirando hacia el sur, añadió-, y el Espíritu que protegía decidió dejarlo aquí, solo, mientras él va al sur.

-¿Segura? -preguntó Ángor.

Y Bella, sonriendo, asintió. -Segurísima -dijo sonriendo.

-¿Entonces qué debemos hacer? -preguntó Levanov.

-Esperar al resto de los ejércitos para marchar hacia el sur -dijo Clara mientras miraba hacia el embrujado y gris cielo que engullía el calor de los soles.

175

Pasaron tres días. Ángor no dejaba de frecuentar la ciudad, y siempre iba a la Almena de Delfrhas. Permanecía tras los escombros por horas, intentando divisar al Yúcida entre la penumbra de la torre; mas no lo lograba. Sin embargo, Ángor sabía que él lo vigilaba desde la oscuridad, y, aunque quizás era impresión, el Hombre sentía la furiosa mirada en su corazón, y se atemorizaba.

Las historias que algunos soldados le contaban a Ángor eran simplemente impresionantes, pero a esa altura todo era creíble. La puntería del ser maldito era tal, que Ángor alcanzó a sentirse envidioso. Él era también un arquero, pero, aunque pensó que era diestro, se sintió como un aprendiz al lado del Guardián. Era por eso que iba a Delfrhas seguido.

Por otra parte, muchos Hombres que patrullaban por la horrible ciudad, aseguraban que el Necromurtur no estaba vacío del todo. Algunos veían a la luz tenue de los sucios faroles dos fantasmales Mujeres que andaban silenciosas. Una de ellas vestía sedas rosadas pastel y tenía cabellos dorados. La otra era una hermosa pelinegra de lívida piel y vestida con sedas blancas. Los soldados aseguraban que eran Vampiresas atadas al Yúcida, quizás malditas. Ellas paseaban por los jardines internos del palacio, y cantaban entre las sombras con suaves y sensuales voces a altas horas de la noche, cuando la oscuridad era total y la bruma impenetrable. Ninguno de esos soldados vio el interior del Necromurtur, pero todo sabían que amplios y famélicos jardines se extendían en el interior, repletos de quién sabe qué clase de flores y árboles.

De estas dos Mujeres poco se dice en esta historia, pero de ellas se dice mucho en las historias posteriores a esta era, cuando Nallhard sufrió su séptimo y último cambio. Estas Vampiresas jugaron un importante papel al lado del Yúcida de Delfrhas siglos después, cuando deciden servir al Rey de los Cuervos.

Ahora bien, días después el sonido de unas trompetas de bronce invadió el aire muerto, y llegó al incoloro Valle de Yavín un ejército formidable, y el más poderoso de toda la alianza. Eran veinte mil Hombres, todos con armaduras pesadas del color del bronce. Esos



Juan Esteban Peláez

Hombres eran fieros y excelentes luchadores. Los guerreros más formidables tenían yelmos coronados por penachos negros a modo de cresta, y ostentaban capas negras. Casi todos poseían escudos redondos con una equis grabada, y algunos montaban corceles broncos. Estos Hombres estaban bajo el mando del carismático príncipe de Telheid, el gran Órenot de Larem. Aunque Facet no estaba de acuerdo, el entusiasta príncipe no pudo aguantar la tentación y el honor de ir a ayudar al Dragón Escarlata. Órenot admiraba a Arcalón, y estaba listo y ansioso por luchar a su lado.

Fue Ángor quien le dio la bienvenida. Se hincó ante el joven y lo reverenció. —Príncipe de Telheid, el capitán de los Areshti lo saluda, al igual que a su ejército -dijo.

El príncipe sonrió y asintió. —Es un placer venir a luchar al lado de tan brillantes personajes -aseguró mientras se apeaba.

Tras el príncipe se apeó un Hombre de gran talla, con el yelmo en su mano derecha y el estandarte del Imperio de la Tierra en la zurda. El emblema era una gran águila dorada, bordado de flecos de oro.

-Les presento a Tóldoras, mi guardia personal y el conocido Mata-Nomos -dijo el príncipe mientras mostraba a su enorme guardia.

Tóldoras reverenció a Ángor respetuosamente. El Hombre tenía una mirada fiera y una tez bronceada por la luz de los soles. Sus ojos eran castaños, su quijada cuadrada y su frente prominente. Era muy corpulento, y sus nudosas manos mostraban callos de tanto blandir su espada.

-He escuchado mucho de usted, señor Tóldoras -aseguró Ángor-. Dicen que mató a once Nomos usted solo -añadió.

Tóldoras sonrió, como apenado. —Eran nueve -dijo con humildad-, y estaban mal protegidos. En cambio, yo tenía armadura pesada y una filosa espada. Cualquiera podría haberlo hecho -añadió con gran modestia. Aunque su apariencia era muy fiera, su voz demostraba bondad. Tóldoras había obtenido fama por haber ganado todos los torneos de Telheid. Se había batido con muchos Hombres fuertes, pero él había sobresalido. Era inigualable con la espada, y muchos eruditos dicen que no hubo mejor guerrero en ese tiempo. Tóldoras sólo fue comparado con Sergail.

-¿Y el Dragón? -preguntó el príncipe-. Pensé que sería él quien me daría la bienvenida. Estoy muy agradecido con usted, Ángor de Trimíl, pero me gustaría hablar con Arcalón -aseguró.

Ángor miró a su alrededor, al valle repleto de Hombres, y suspiró. —No hemos sabido nada de él durante días -dijo con desconsuelo.

Al escuchar esto, el rostro de Órenot cambió, y una seriedad inquebrantable se posó en su cara. —Supe que salió hace más de un mes de Falheid -dijo secamente.

Ángor asintió. —Supe lo mismo -dijo.

-Esperemos que no haya tenido ningún altercado -dijo Tóldoras.

-Esperemos eso -añadió Órenot-. Y esperaremos a que el Dragón llegue aquí -añadió con seguridad. Levantó la cabeza y miró hacia la ennegrecida Yavín, recostada contra los montes cenicientos.

Con la llegada de Órenot, los Hombres de Levanov y de Ángor se animaron, los saludaron con calidez y amabilidad, y contaron todo lo que sabían sobre los sucesos recientes. Con el príncipe ahora en ese horrible valle, toda esperanza parecía volver a renacer. Ahora eran suficientes como para retar al Demonio a campo traviesa.



Juan Esteban Peláez

Pero fue mayor la alegría al día siguiente, cuando unos batidores le indicaron al príncipe, a Ángor y a Levanov que más Hombres venían, pero esta vez provenientes del otro lado de los montes rocosos. Venían en filas compactas, y descendían las colinas pedregosas del occidente. Marchaban en filas cerradas, pues no sabían qué esperar en esas malignas tierras, y mandaban pocos exploradores.

Eran Hombres con lenguas distintas y de emblemas desconocidos. Flameaba el escudo del león de Herda, el escorpión de los Desiertos de Jerlán y el cuervo de la Cordillera de Nínilver. Fue un choque de culturas cuando llegaron los hombres del occidente, provenientes del poderoso reino de Herda. También venían los Jerládrim, y con ellos venía una comitiva poco común: Enanos de las minas de la Cordillera de Nínilver.

Maravillosa fue la sorpresa cuando los Hombres de la península vieron por primera vez a los camellos y a los elefantes de los Desiertos de Jerlán, pues eran animales desconocidos para ellos, y sólo estaban en los libros y en algunas canciones de juglares extranjeros. Y más grande fue la sorpresa al ver los dos enormes y mugientes *milmidones* blancos que montaban los carrud de los Jerládrim. Las armaduras negras de los Hombres de Herda llamaron la atención de los orientales, y también las mantas color arena de los Hombres de los Desiertos. También se maravillaron con las labradas cotas de malla de los Enanos, y con sus bellas y pulidas hachas.

Y los occidentales se sorprendieron al ver los colores bronceos de las armaduras de los Hombres del príncipe, y las hermosas capas de los soldados de los Areshti, y las armaduras rojas de las tropas de Levanov. Pero fueron las dos Amatistas y Bélaron quienes más impactaron a los extranjeros. La majestuosidad de las Apsaras era deslumbrante, y su belleza inalcanzable por alguna mortal; y Bélaron, el Dragonífero, era sólo un mito de más allá del río Harllén.

Los occidentales primero montaron su campamento en las estribaciones al otro lado del Valle de Yavín, y después mandaron una gran comitiva al campamento, abajo, en el valle. Allí los recibieron el príncipe y sus guardias, Ángor y Levanov. De las estribaciones bajaron los dos carrud de Jerlán; el duque de Larul, acompañado de los condes de Elel y Koral; y Darhil, el rey Enano de las Minas de Ashor. Todos se saludaron con respeto, e incluso con alegría, pues olvidaron por un momento la etiqueta. En esas tierras lo último que importaba era la etiqueta.

Ángor detalló a los extranjeros con detenimiento. Se deslumbró por la majestuosidad de los nobles de Herda, vestidos con armaduras negras con grabados y capas grisáceas. Después vio a Darhil y a sus guardias, con cotas relucientes de mithril plateado, escudos en las espaldas, hachas bien labradas, barbas rojizas y rubias, enmarañadas y gruesas, y rostros de facciones gruesas. Pero en quienes más se fijó fue en los morenos carrud Jerládrim, pues recordó que Méladriel le había hablado de uno de ellos. Ángor no recordaba el nombre, pero lo más probable era que alguno de ellos dos fuera el conocido de su amiga.

-Es un gran honor recibir la ayuda de los reinos occidentales -aseguró el príncipe. Y el traductor llevado por los Hombres de Herda hizo lo suyo.

-Y es un honor venir a ayudar a los orientales -dijo el duque de Larul.

-Y para nosotros -dijo Darhil el Enano, con barba y cabellera rojiza, y voz ronca.



Juan Esteban Peláez

Ángor miraba a los nobles de Herda con detenimiento, preguntándose sobre la vida de Méladriel y la suerte de Sergail, que había ido a Herda ya tiempo atrás a pedir ayuda.

-Los Jerládrim también nos sentimos orgullosos -dijo uno de los carrud, el más alto.

Ángor miró al carrud, y después de hurgar en sus pensamientos, por fin pudo recordar el nombre que Méladriel le había dicho. -¿Arsej-Tarar? -preguntó.

Entonces el otro carrud miró a Ángor, sorprendido de escuchar su nombre.

Ángor sonrió y dijo: -Méladriel.

Y todos lo miraron sin necesidad del traductor. Sin quererlo, Méladriel había fijado de inmediato una inquebrantable alianza sin ni siquiera estar presente.

Arsej-Tarar miró a Ángor y sonrió, como si ese nombre le trajera buenos recuerdos. -¿Conoce a la dama Méladriel? -preguntó.

El traductor hizo de nuevo su trabajo.

Ángor asintió. -Desde antes que fuera a sus reinos -aseguró-. Es mi gran amiga.

-¿Y dónde está ella? -preguntó Levanov, que también se sentía alegre de escuchar sobre la querida joven.

Entonces los nobles de Herda se miraron unos a otros, sorprendidos.

-¿La reina no está aquí? -preguntó el duque de Larul.

-Dijo que nos encontraríamos aquí -añadió el conde de Elel.

-¿La reina? -preguntó Ángor.

-Sí -respondió el duque-. Méladriel, la reina de Herda. ¿Acaso no hablamos de la misma Mujer?

Ángor asintió. -Supongo -dijo sorprendido.

-¿Y no ha llegado? -preguntó Arsej-Tarar.

Ángor meneó la cabeza.

-Ni Méladriel ni el Dragón -exclamó Levanov-. ¿Qué les habrá sucedido? -se preguntó mirando el cielo plomizo.

Al escuchar el sobrenombre de Dragón, todos los occidentales se miraron, extrañados, incluso alarmados, mas nada dijeron.

-También faltan las tropas de la Majestad de las Aguas -aseguró Ángor.

-No nos moveremos hasta que ellos lleguen -aseguró el príncipe con desdén-. Sólo faltan ellos para poder seguir al enemigo hasta el confín de sus tierras.

-Esperemos unos días más, pero no podemos esperar mucho tiempo, pues las provisiones son escasas, mi señor -aseguró Levanov con respeto.

Bien, los números eran los siguientes: Herda tenía diez mil tropas, Órenot el doble, Levanov unos nueve mil Hombres, Ángor unos ocho mil, los Enanos de Darhil eran unos dos mil, y los Jerládrim unos cinco mil. Eso era un total de cincuenta y cuatro mil Hombres, un ejército poderoso. Con las tropas de Méladriel, de Melina y de Arcalón podrían hacer frente al Diablo y desatar una batalla brutal que finalmente decidiría el curso de tan espantosa guerra.

Ángor, Levanov, el duque de Larul y Arsej-Tarar hablaron de Méladriel en sus tiendas, asombrados con las historias que los otros les contaban. Se habló de la coronación de la reina de Herda, de su estadía en los desiertos años atrás y de su humilde vida en Verdelheid, mas nada se habló de su relación con Arcalón. Así, por la joven, esos cuatro Hombres se volvieron grandes amigos, pues en tiempos difíciles la amistad se hace más fuerte.



Juan Esteban Peláez

Los Nomos, al ver tantos Hombres, decidieron esconderse en la oscuridad de las cavernas. Pero los días pasaron, y ni Arcalón, ni Melina ni Méladriel llegaban al Valle de Yavín. Así que el príncipe y el resto tuvieron que planear el ataque final a las Almenas sureñas, un golpe final y devastador.

La idea era simple: Aislar a las tres Almenas tomando los caminos entre ellas. Así podrían derrotar las tropas de cada torre por separado. Los Hombres de Herda, los Enanos y los Hombres de Ángor se posarían entre la Almena de Lavrhas y Altrhas, mientras que las tropas del príncipe, las de Levanov y los Jerládrim estarían entre la Altrhas y la Sacrhas, donde el golpe sería mayor.

Con ese plan en mente, la alianza decidió partir, dejando unos pocos Hombres en el valle por sí alguno de los faltantes llegaba. Entonces la enorme marea de Hombres partió hacia el sur, con la firme intención de retar al Diablo en sus propias tierras.

A medida que avanzaban, el paisaje iba sumergiéndose en sombras alargadas y oscuridades intraspasables. Las colinas parecían más altas cuando la penumbra caía, y los árboles se mostraban más siniestros. Así marcharon hasta encontrar el curso del río carbonizado, y allí vieron huellas que los impacientaron, pues eran huellas de Hombres, y pensaron de inmediato en Arcalón.

Siguieron hacia el sur hasta estar en las pedregosas elevaciones con las que Arcalón habíase topado días atrás. Tras esas montañas sin nombre estaban las tres Almenas donde Irgoliath reunía sus huestes. Montaron en las laderas septentrionales un último campamento. De este día sólo se recuperó un documento, una carta que el príncipe Órenot escribió a Facet:

«Padre, he marchado días por estas tierras pobres e inmundas. Literalmente siento el olor a sangre y las náuseas a causa del temor y la ansiedad. El aire asqueroso ya nos es usual y olvidamos los bellos paisajes. El canto de los pájaros ahora son gritos blasfemos, y los días azules ahora son horizontes velados de grises nubes. Muchos no volveremos a ver nuestras casas, nuestras tierras, y no veremos nuestros cielos; pero he de hacer de esta batalla una hazaña épica y digna de canciones y libros. Soy un simple Hombre, pero desafiaré al Diablo hasta el fin de mis días, y causaré las matanzas que sean necesarias para que las tinieblas producidas por las Shidrahas se disipen. Padre, mañana entraremos en la historia».

176

Méladriel llegó el 2 de marzo del 212 a las costas del reino de Herda, a los torrenciales Muelles de Adsul. La joven, encapuchada para pasar desapercibida, visitó los poblados de Vel, Elél y el ducado de Larul. Pero en este último unos pocos ciudadanos la reconocieron, y le pidieron al duque que se entrevistara con ella. El noble, que bien conocía la historia de Méladriel, la citó de inmediato en su palacio.

Ella aceptó verse con el duque. Llegó con una comitiva de voluntarios hasta el palacio, que parecía más una fortaleza: Altos muros blancos alrededor de una edificación de techo



Juan Esteban Peláez

plano. El palacio tenía forma de equis. Méladriel, vestida con su manta negra sobre el mithril, entró sola al palacio con el mayor secreto posible, subió las escaleras guiada por un soldado que la veía maravillado y la detallaba con minuciosidad, y entró a una sala grande con sólo dos sillones verdes. En uno de los sillones estaba un Hombre calvo y de barba negra. Ostentaba una corona de plata con un esmeralda engarzada.

Apenas Méladriel entró, el duque se levantó del sillón atónito, como si hubiera visto una deidad. Sus ojos simplemente no podían creer lo que veían. –No mentía la gente cuando decían que eras la Mujer del cuadro -dijo el duque mientras, encantado, se hincaba en profunda reverencia.

Méladriel, consciente de lo que sucedía, levantó la cabeza, altiva, sin importarle que fuera un duque el que se hincaba frente a ella. Entonces recordó tiempos pasados, cuando vivía allí en Herda, bajo el mandato de Megot el Grandioso. Recordó qué era tener cortesanas y sirvientes, y qué era ser amada y famosa. Todo eso lo había olvidado en Verdelheid, pues había vivido feliz con Arcalón; pero ahora no desaprovecharía las oportunidades, y sabía que venía por una corona.

-Es un verdadero honor tener la Dama de Herda frente a mí -dijo el duque mientras se levantaba-. Eres el rostro más hermoso y conocido del reino -añadió.

-¿Conocido? -preguntó Méladriel, que poco a poco recordaba el idioma de Herda.

-Muchas copias del cuadro de Éliot se han hecho en Herda -respondió el duque mientras le indicaba a Méladriel que tomara asiento-. El cuadro es sinónimo de poder, y quien lo tenga tendrá la corona de Herda.

-¿Y quién lo tiene? -preguntó Méladriel mientras se echaba sobre los hombros la capucha y dejaba al descubierto sus sedosos cabellos.

El duque no pudo disimular el asombro por tal belleza. Méladriel, aunque endiosada en el cuadro, parecía más hermosa en persona; o quizás era la sola impresión de ver la inspiración del mejor pintor del reino. –El rey Agot, fallecido meses atrás, le regaló el cuadro al conde de Koral; pero ahora que estás conmigo soy yo quien debe tener el trono -aseguró el duque con codicia.

Méladriel permanecía seria y pensativa. -¿Tú? -preguntó.

El Duque, inseguro, asintió.

Méladriel se levantó del sillón y dio unos pasos por la sala con la cabeza erguida. -¿Por qué tú y no el conde de Koral? -preguntó con sabiduría.

-Porque estás aquí, en Larul. Eres como una bendición para mí y mi pueblo -aseguró el duque.

-¿Y qué te hace pensar que vine aquí para darte mi bendición? -preguntó Méladriel, que habíase vuelto muy sagaz, casi tanto como los Magos antiguos, como Londrake, Arus y Algar; ella había aprendido de ellos.

El duque, que al principio estaba muy animado y muy seguro de su título, ahora se encorvaba, inseguro e incómodo por las preguntas de Méladriel. –No lo sé -dijo al fin, mientras miraba cómo Méladriel caminaba de un lado a otro, deteniéndose de vez en cuando en una pequeña ventana rectangular que había en la sala.

-¿Por qué Agot le dio el cuadro al conde? -preguntó la joven. Entonces miró al duque con sus ojos grises, y lo intimidó.

-Porque era el preferido del rey -respondió el noble.

-¿Y por qué tú no? -preguntó Méladriel que, aunque tenía la mirada inescrutable, tenía un tono de voz bondadoso.

-Por mi padre.

-Explícate.



Juan Esteban Peláez

-Mi padre fue enemigo de Agot antes de la batalla de Dan-Silum, por títulos y tierras.

-¿Y qué sucedió con tu padre?

-Murió en la defensa de Dan-Silum, al igual que Megot el Grandioso y Éliot.

Méladriel volvió a sentarse, un poco más interesada. -¿El conde de Koral estuvo en las batallas pasadas?

-Su padre lo estuvo.

-Pero él no.

-No, él no.

Méladriel seguía inanimada, como una estatua. -Interesante -dijo pensativa.

-Supongo que ya sabías sobre la muerte del rey.

-Así es. Fue a causa de la fiebre, ¿no?

-Eso dicen, pero fue envenenado.

Méladriel no había planeado el viaje a la ligera. Sabía que Agot le cortaría la cabeza si volvía a Herda; pero ahora él descansaba en paz, envenenado por sus enemigos. La Mujer movió la cabeza con delicadeza para quitarse el cabello del rostro, y miró al duque con detenimiento. Leyó los ojos de su anfitrión, y prosiguió. -¿Por qué habría de ayudarte? -preguntó.

El duque quedó mudo por un momento, mirando a la hermosa Méladriel sin razones de peso. -No sabría decirlo -admitió-; pero pensé que venías para darme el trono de Herda. Cualquier noble que estuviera en mi posición pensaría de la misma manera. ¿Qué más podría pensar si la mismísima encarnación del cuadro acepta hablar conmigo?

-Entiendo -dijo Méladriel sin tono altivo.

-La verdad no sé qué méritos tengo para que tú, dama Méladriel, vengas a mi palacio y hables conmigo.

A Méladriel le conmovió la sinceridad del duque. Ella conocía los nobles de Herda, y sabía que eran orgullosos; pero los ojos del duque contaban otra historia. -Duque de Larul, no te daré el trono -dijo Méladriel-; pero te daré las riquezas de un rey.

El duque miró a Méladriel, atónito y estupefacto.

-Sin embargo -aclaró la joven-, sí habrá alguien en el trono, y no será el conde de Koral. Necesito tu ayuda, pues ambos sabemos quién debe estar en el trono.

Los ojos del duque parecían desorbitados a causa de la sorpresa. -¿Te harás al trono de Herda? -preguntó.

Y Méladriel asintió. -Mas no habrá rey que me acompañe. Yo sola reinaré -aseguró.

El duque dudó por unos momentos, pero al ver la majestuosidad de la Mujer, además de su gallardía y su hermosura, no pudo negar su ayuda. -Será un honor ponerte en el trono de Herda y tenerte como mi reina -aseguró mientras se ponía a sus pies. -¡Larga vida a la reina de Herda! -dijo con profundidad.

Méladriel, un poco apenada, sonrió. Era la primera vez que la llamaban reina, y a decir verdad le había sonado muy extraño.

La llegada de Méladriel a Herda causó conmoción. La Mujer había llegado en el mejor momento posible. Ahora que no había un rey establecido y que ella simbolizaba el poderío del reino, Méladriel tenía el trono a su alcance. Aunque intentó pasar desapercibida por su propia seguridad, los rumores de su llegada a Larul y de su trato con el duque eran numerosos, y varios ciudadanos iban al palacio con la esperanza de verla. Pero Méladriel permanecía escondida en el interior de la majestuosa edificación.



Los rumores de la llegada de la Dama de Herda se propagaron rápidamente hasta llegar al aspirante al trono, el conde de Koral. Al principio, el noble permaneció incrédulo, pero al ver que los rumores crecían y que su popularidad bajaba, decidió investigar. Mandó varios espías a Larul. Todos le dijeron lo mismo: «Los rumores en Larul son muy constantes». Pero los que lograban ver o toparse con Méladriel decían: «Pero sólo son rumores».

Méladriel no era más que un rumor para el conde, y así debía ser. Ella ahora era muy astuta y sagaz, y no se dejaría llevar por la impaciencia o la ambición. Ella sabía que debía aparecer en el momento perfecto, cuando estuviera a salvo de cualquier traición. Y ese momento llegó.

El día del 9 de abril se hizo una reunión en la capital donde se reiteraría el poderío del conde de Koral, pues los rumores ya habían llegado a varios nobles de Herda. Sin embargo, no era el conde el invitado más esperado, pues los ojos estaban puestos en el duque de Larul.

Días antes había llegado la invitación a Larul. El duque, ansioso, fue mostrarle la carta a Méladriel. La Mujer leía a la luz de una chimenea un libro cuando llegó el duque a la amplia sala.

-¡Dama Méladriel! -exclamó alegre-. No deseo interrumpirla, pero llegó una carta de Dan-Silum. Todos los nobles estarán presentes en una reunión.

Méladriel, con parsimonia, dejó el libro sobre una mesilla y tomó la carta. La recorrió con sus ojos de plata y sonrió. -Llegó el momento -dijo.

-¿Preparo todo para el viaje? -preguntó el duque.

Y Méladriel asintió. -Nos iremos hoy mismo -dijo mientras miraba sobre la chimenea la cabeza de un alce postrada en la pared como un trofeo. Las sombras de los cuernos se alargaban hacia el techo y vacilaban con la danza de las llamas.

Un rato después de que el duque se retiró, Méladriel se levantó con serenidad, mas no podía negar que tanta tranquilidad era sólo una fachada, pues en su interior se anidaba un temor grande. ¿Qué dirían los nobles al verla? ¿Podría hacerse a la corona de Herda? Todo había salido tal y como lo había planeado hasta el momento, pero los hados son impredecibles, y más en el ambiente político. Sin embargo, debía mostrarse segura como una reina; eso lo había aprendido de Megot el Grandioso.

El duque, Méladriel y unos pocos guardias salieron de Larul a mitad de la noche. Esos días habían sido extrañamente oscuros y sin la luz de Sírel. A veces, Valen y Halen brillaban, pero era muy de vez en cuando. Sin embargo, desde Herda siempre era visible la Estrella de Jores, reluciente como un diamante en el cielo, como si ésta fuera un hoyuelo de luz en una bóveda oscura.

Méladriel, ocultando su rostro bajo el capuchón negro, marchó los primeros días al lado del duque, a la cabeza de la comitiva. De vez en cuando alguna familia campesina la reconocía y la reverenciaba, y ella les devolvía las venias con una sonrisa dulce. Disfrutaba los paisajes, pues hacía mucho que extrañaba Herda. Las colinas sinuosas le parecían hermosas, al igual que las florestas y los árboles de cerezo, que llenaban las campiñas de color rosa.



Y cuando ya estaban cerca de Dan-Silum, Méladriel decidió marchar en la mitad de la fila, oculta a los ojos de los ciudadanos y de los espías. Apenas vio a Dan-Silum recostada contra los peñascos pedregosos sintióse muy extraña, y quizás las palabras melancolía y nostalgia serían las más precisas para describir sus sentimientos.

Allí, a la derecha del siseante y azulado río Utum, estaba la poderosa ciudad que había defendido antaño al lado de Algar, Máthor, Éliot, Megot, Égorad y Helad. La misma que había rechazado a dos de los Seis. Allí estaba la ciudad en donde ella había entregado la Estrella de Jores a los Dacones del reino escondido de Ehirarh.

Dan-Silum estaba postrada contra los brazos de las elevaciones rocosas, sobre la planicie herbosa y fértil, y tenía un techo labrado y murallas potentes. Méladriel no pudo aguantar las lágrimas de alegría al ver la ciudad que tanto amaba. Pero de estas fugaces lágrimas ninguno de los Hombres se dio cuenta. «¡Cuánto me hubiera gustado que Arcalón hubiera conocido esta ciudad!» pensó.

Entraron sin problemas por la puerta norte, por la misma que Méladriel había cruzado antaño para huir del rey Agot. Al igual que antes, entró en el anonimato, y no fue reconocida, pues momentos atrás habíase puesto un casco de soldado para cubrirse. Anduvieron en medio de murmullos por la ciudad, entre casas opulentas de puertas corredizas y letreros con grabados dorados, hasta estar frente al Castillo Real, castillo en el que Méladriel había vivido años atrás.

-Qué bellos recuerdos -le susurró a un Hombre que iba a su lado.

El Hombre, carcomido por la curiosidad, y al ver que la dama amada le hablaba, preguntó: -¿Es verdad todo lo que se dice, reina Méladriel?

Méladriel, con una bondadosa mirada, miró al Hombre. -¿Sobre mí? -preguntó sonriente.

-Si, mi reina -respondió el Hombre-. Dicen que luchaste en las dos batallas contra el Demonio, y que encaraste a los dos hechiceros y que los venciste tú y el rey Megot. También dicen que cortaste las cabezas de cien Nomos. ¿Es eso verdad?

Méladriel sonrió. -Quizás -dijo con astucia, pues sabía que la fama era importante para una reina-. Mas te confesaré algo -añadió-, fue Megot quien levantó la Shidraha y ahuyentó a los enemigos.

El Hombre asintió, maravillado por el suave tono de voz de Méladriel, además de su elocuencia y su ternura. Aunque podía ser muy severa, la naturaleza de Méladriel era la de una tierna y dulce joven, de apacible y generoso corazón.

Entonces el grupo se detuvo en el espolón de la entrada del castillo, y sólo un guardia, Méladriel y el duque atravesaron el estanque que bordeaba el castillo. El estanque artificial, lleno de cisnes y danzarinas, tenía agua pura y cristalina, reluciente bajo el día creciente. Los guardias del castillo los dejaron pasar sin oponer resistencia alguna.

Y cuando iban subiendo las escaleras, Méladriel vio todo como si en verdad el tiempo no hubiera pasado. Suspiró y dijo: -Llegó la hora de cumplir mi cometido.

Cuando el duque de Larul fue anunciado en la sala por un sirviente, todas las miradas se posaron sobre él. Hombres de porte petulante y Mujeres desdeñosas que mostraban sus



Juan Esteban Peláez

perlas y sus finas vestimentas clavaron la mirada en el noble, buscando el rumor de la dama Méladriel; pero en vez vieron entrar al duque acompañado por dos guardias encapuchados que cubrían sus rostros con sus yelmos negros de cimera alta.

Sin embargo, el conde de Koral, que era astuto, detalló que uno de los guardias era demasiado bajo, y no le quitó la mirada por un buen tiempo. El guardia le devolvía la mirada desde debajo de la rejilla del yelmo, y miraba el paño con el que aparentemente el conde cubría el cuadro. Lo tenía bajo el brazo izquierdo, como un tesoro defendido por una feroz y recelosa bestia.

Entonces una Mujer de avanzada edad acercóse al duque. Méladriel había conocido a esa Mujer años atrás. La noble siempre estuvo en contra de los beneficios brindados por el rey Megot a Méladriel, y ella ayudó a Agot para que la expulsaran de Herda. Llámese envidia o codicia, pero la Mujer nunca amó a Méladriel, aunque era parte de una minoría. -¡Es un placer tenerlo aquí! -aseguró la Mujer, mas mentía, pues no le agradaba la compañía del duque.

El duque miró con profundidad a la Mujer, y dijo envalentonado: -Qué lástima que no sea mutuo.

Esta respuesta asombró a todos los nobles.

-¡Qué irrespetuoso! -aseguró un Hombre desde el otro lado de la sala.

-¡Impertinente! -dijo la Mujer, ofuscada por el comentario. Esa clase de insultos eran muy raros entre la nobleza, pues ésta prefería mentir antes de quedar como grosera frente a sus iguales.

Pero esto ya no le importaba al duque que, mirando a todos los nobles con gallardía, sonrió con satisfacción. -No me retracto -dijo-, pues sé que a muchos les incomoda mi presencia.

-Más que su presencia, duque de Larul, nos incomodan los rumores que se escuchan en su ducado -aseguró el conde de Koral, que no dejaba de ver al guardia de baja estatura.

-¿Qué rumores? -preguntó el duque, haciéndose el desentendido.

-Usted lo sabe -respondió la Mujer frente a él.

-¿Es verdad que la dama Méladriel se esconde en Larul? -preguntó el conde de Elel, que era más cauto y comprensivo. Su tío, de quien heredó el título de conde, había amado a Méladriel, y por lo mismo él también la amaba.

El duque, sabiendo bien que el conde de Elel quería a Méladriel, lo miró con detenimiento, mas calló.

-El silencio lo delata, duque -aseguró la Mujer, que parecía cada vez más nerviosa.

-Piense lo que quiera -dijo el duque con astucia.

Entonces el conde de Koral se acercó a una mesa cuadrada y barnizada, dejó allí el cuadro y se acercó al duque. -Mientras yo tenga el cuadro, yo seré el rey -dijo con furia.

El duque sonrió. -Que eso lo decida el pueblo de Herda -dijo.

-¡Eso lo decidimos los nobles! -exclamó otro Hombre, sentado en un rincón de la sala y fumando una pipa. El Hombre tenía el bigote y la cabellera canosa, y era obeso.

-Pero hay casos especiales -habló por fin otro Hombre de talla alta. Tenía, como la mayoría de los occidentales, el cabello negro y los ojos oscuros, la tez pálida y el rostro grueso. Era un soldado, un rostro que Méladriel podía reconocer sin ningún problema. Era uno de los guardias reales de Megot que siempre la había apoyado. La protegió muchas veces y siempre estuvo a su lado en las batallas, aunque ella pocas veces se dio cuenta. Su nombre era Nolat, y era el mejor amigo de Máthor, el antiguo maestro de arquería de Méladriel.



-¿Cuáles casos? -preguntó el conde de Koral.

Entonces el duque dijo mientras se mecía la barba negra: -Uno de esos casos sería que esos rumores fueran ciertos.

-Sin rodeos, duque -pidió un noble joven, proveniente del sur del reino.

Mientras hablaban, el guardia de talla baja habíase acercado al cuadro sin ser notado, pues todos se fijaban en el duque. Tomó el lienzo blanco y desenvolvió la obra de arte. Allí estaba, tal y como lo recordaba: Tenía un marco de oro, y en él su rostro era visible entre los adornos florales del rededor. Todavía estaba el collar negro que Éliot le había regalado, y que todavía pendía de su cuello. Aunque Méladriel sabía que era bella, jamás se había visto tan hermosa, ni siquiera cuando Éliot había terminado el cuadro en Jerlán.

-¿Qué hace?! -preguntó otro Hombre, un guardia del conde de Koral.

Pero se hizo caso omiso a la pregunta.

Entonces todos voltearon y vieron al guardia encapuchado mirando el cuadro sin ninguna pena.

-¿Qué Diablos está haciendo?! -exclamó Nolat, ofuscado al ver la imprudencia y el descaro del guardia.

-Miro mi rostro -respondió una voz femenina que dejó a todos estupefactos. No solamente no esperaban una voz femenina de parte de un guardia, sino que no esperaban una respuesta si quiera cercana. El recinto enmudeció, al mismo tiempo que el duque sonreía. Nadie movió un dedo, pues todos estaban paralizados, como si esa voz hubiera hechizado a todos los presentes.

Entonces Méladriel se quitó el yelmo y meneó su cabeza para dejar su rostro al descubierto de sus cabellos negros y brillantes. Se dejó ver ante los atónitos y pálidos nobles. Aunque quizás fue más la impresión que la realidad, la belleza de Méladriel pareció llenar el recinto de luz. Su piel pálida pareció brillar y sus ojos grises relucir como estrellas, y su cabello lanzar dulces perfumes. Era en verdad hermosa bajo la luz cálida que entraba por los relucientes ventanales.

No hubo respuesta alguna por parte de los nobles, pues todos parecían deslumbrados por la presencia de Méladriel. Entonces ella dejó el yelmo negro al lado del cuadro y miró con presunción a los nobles. Primero se fijó en el conde de Koral, que en medio de su asombro mostraba con rabia y temor. Después miró a la Mujer que había saludado al duque, la marquesa de Vel, y después miró a Nolat, que miraba maravillado un rostro que no había visto hacía mucho tiempo. Al resto les hizo una mirada fugaz.

-Hace mucho que no te veía, marquesa -dijo Méladriel con voz suave, pero igual retumbante. Muchos nobles ni siquiera habían imaginado la voz de Méladriel. Mucho menos imaginaban su personalidad, actitud o astucia. Lo que conocían de ella, además de su rostro, era la valentía que muchos aseguraban en sus anécdotas; entre ellos Nolat, que todavía no superaba el pasmo.

La marquesa se encorvó como si hubiera sido apaleada por las palabras de la joven. -Méladriel -balbuceó, intimidada y con la cabeza gacha.

-Así que la gran dama ha venido a Herda -dijo el conde de Koral, un poco más sereno que los demás-. Debo preguntar el motivo del honor de tu visita -dijo mientras realizaba una venia superficial.

Méladriel miró al conde con detalle, y al ver la mentirosa venia, preguntó: -¿A qué crees que podría venir la reencarnación del cuadro de Éliot?

La pregunta dejó sin palabras al Hombre.

-Escucho -insistió Méladriel, presionando al noble para no darle tiempo de pensar.



Juan Esteban Peláez

-¡Para darnos su bendición y darnos las buenas nuevas del oriente! -exclamó Nolat con una alegría profunda. Entonces se acercó a Méladriel y se hincó frente a ella, poniendo su espada a los pies de la Mujer. -Creí que mis ojos jamás volverían a disfrutar de tu imagen en carne y hueso -dijo-, y pensé que estaba relegado a verte siempre sobre un inerte lienzo. Pensé que jamás volvería a escuchar tu dulce voz y oler tu perfume. No sabes cuánta alegría me da haber estado equivocado -aseguró el Hombre.

Méladriel sonrió con bondad y alegría, incluso con pena. -Me halagas Nolat -dijo.

Entonces el Hombre levantó la cabeza para mirarla, y sus ojos relucían de felicidad. -Te acordaste de mi nombre -dijo incrédulo, pero alegre, al tiempo que se le encharcaban los ojos por la felicidad.

Méladriel, sonriente, asintió. -¿Por qué no habría de hacerlo? -preguntó.

Pero en ese momento el conde de Koral interrumpió. -¡Ya veo! -exclamó-. Vienes a darnos tu bendición. Me alegra -añadió.

Méladriel miró al conde y a sus guardias que, aunque miraban a Méladriel atónitos, todavía estaban a merced del noble. -Algo por el estilo -dijo de forma engreída.

-Pero la dama Méladriel no vino exactamente a bendecirlo, conde -aseguró el duque de Larul.

Entonces el rostro del conde se tornó ceniciento del temor. -¿Entonces? -preguntó con voz trémula.

-Vine por lo que es mío -aseguró Méladriel, mirando con desdén y desafío a todos los presentes.

-¿Y qué es eso? -preguntó la marquesa de Vel.

Méladriel levantó la cabeza con orgullo. -La corona de Herda -dijo.

Entonces hubo muchos murmullos en la sala, unos de desaprobación y otros de aprobación.

-¿Crees que puedes venir a reclamar un trono sin siquiera ser de Herda? -preguntó el conde, que cada vez se sentía más acorralado.

Méladriel sonrió. -Sí -dijo secamente, igual de desafiante.

-¿Cómo puedes decir eso?! -exclamó un Hombre, un barón amigo del conde de Koral.

-¿Acaso debería decir que no? -preguntó Méladriel-. Escuchen, nobles, tengan algo en cuenta: Yo amo estas tierras más que casi todos ustedes, y aunque mi linaje es humilde, tengo méritos para ser reina -dijo con ímpetu.

La sangre de algunos nobles hirvió, pues no estaban acostumbrados a ser ofendidos de esa manera, y muchos, como la marquesa, se colorearon de la furia. Pero hubo otros, como el conde de Elel, que permanecieron estáticos, inanimados, pues sabían que era verdad.

-¡No te atrevas a decir eso! -exclamó el conde de Koral, furioso-. Si lo vuelves a hacer, olvidaré que eres la dama más amada del reino -añadió mientras sacaba una daga.

Al ver esto, Nolat tomó su espada del suelo y apretó la empuñadura con fuerza. -Ninguna persona tocará a Méladriel mientras yo esté a su lado. Si usted lo hace, conde, olvidaré que su título y le abriré una zanja en el pecho -aseguró el alto Hombre con furia.

En ese momento los guardias del conde reaccionaron y sacaron sus espadas. Segundos después el otro guardia del duque sacó su espada y se puso frente a su señor. Los ánimos estaban ardiendo, y el ambiente se tornó peligroso y expectante.

Pero Méladriel parecía no inmutarse con la peligrosa situación. Volvió a mirar el cuadro con tranquilidad y tocó a Nolat en el hombro, indicándole que bajara la espada.

Nolat, descifrando la mirada de la joven, asintió y bajó el arma.

Méladriel paseó alrededor de la mesa de centro, mirando a través de unas botellas rojas, verdes y azules con serenidad enigmática. -Esto se pone interesante -dijo sin miedo-. Me



Juan Esteban Peláez

pregunto cómo un conde que no sabe nada puede amenazar a una Mujer que lo sabe todo -dijo enigmática. Miró al resto de nobles y prosiguió. -Veo muchas caras nuevas -dijo-; pero yo conocí a sus predecesores. Conocí a las personas que les dieron los títulos que ahora ostentan. De los que están en este recinto sólo Nolat estuvo en la defensa de Dan-Silum y en la batalla de Koral -entonces miró al conde-. «Koral» -repitió con énfasis-. El mismo condado que ahora reclama una corona.

-Porque así lo quiso Agot -replicó el conde.

-Agot -repitió Méladriel-. Un buen Hombre, fiero luchador y gran rey; pero un poco paranoico con su vacilación en el trono -aseguró-. Por ese motivo desaparecí de mi tan amada Herda -añadió.

-Pero ahora apareces -aseguró Nolat.

Méladriel asintió. -He derramado más sangre que cualquiera de los presentes por esta amada tierra. He arriesgado mi vida por Herda; algo que ninguno de ustedes siquiera ha imaginado. ¡¿Y todavía me preguntan si merezco esta corona?! -exclamó furiosa.

Entonces una ventisca se formó en el interior de la sala, mas ningún ventanal estaba abierto. Tal fue la fuerza del viento, que alcanzó a lanzar unos pocos papeles de la mesa.

-No tienes sangre de Herda -insistió el conde, pero esta vez más nervioso. La presencia y la coherencia de Méladriel lo habían intimidado.

-Pero tengo más méritos que cualquiera -aseguró la joven. Entonces la ventisca cesó. -

Ninguno de ustedes estuvo en esas horribles batallas. Yo vi cómo Megot levantó la Shidraha y vi cómo murió atravesado por flechas en la cima de la torre más alta de este castillo -dijo, suspiró como si recordara tristes momentos y prosiguió: -Vi morir a mi lado al gran Éliot, hacedor de este cuadro y el mejor artista de Herda. Vi salir al antiguo duque de Larul, padre del duque presente, del Castillo Real cuando la Shidraha brilló, y lo vi batir al enemigo. Luché al lado del poderoso Mago Algar, de la Orden Azul. También fui a Koral para luchar contra el Demonio al lado del carrud Arsej-Tarar -se quitó la manta y dejó al descubierto la armadura negra que el rey Megot le había regalado años atrás. La armadura relucía y tenía grabados blancos en su peto, forrando los contornos de la joven.

-Esta armadura me identifica como soldado de Herda, algo que ninguno de ustedes es.

-¡No más ofensas! -gritó el conde, que se abalanzó hacia la joven Méladriel con el puñal en la mano y una mirada asesina en sus ojos.

Fue tan rápida la reacción, que Nolat no alcanzó a reaccionar, y ningún noble lo hizo; pero Méladriel sí, y dejó al descubierto un secreto que había guardado para ese momento, y que sólo Arcalón conocía, pues ella practicó ese truco mucho tiempo en Verdelheid hasta que por fin lo perfeccionó.

Tan rápido fue todo que ni siquiera el conde de Koral supo qué sucedió. Sólo sintió un tremendo y doloroso golpe en su pecho que lo envió al suelo casi de inmediato. Cuando se abalanzó para atacar a Méladriel, escuchó palabras difusas de la roja y húmeda boca de la Bruja, mas no las entendió. Méladriel las pronunció tan rápido que nadie logró escuchar lo que decía; pero Méladriel dijo más o menos estas palabras, pues las dijo en lengua antigua y su traducción es casi imposible:

*Que desde el cielo muerto y la tierra fría
se estremezcan los huesos repletos de ira;
que los muertos atiendan mi llamado,
y que del abismo provenga el profundo canto.*

Si es necesario, que mi sangre se congele,



Juan Esteban Peláez

*pero que los difuntos a mi llamado acudan,
u que los hechizos y conjuros pulan,
unos guerreros infestados de muerte.*

*Del más allá, a mis esclavos llamo;
cada uno siendo siempre fiel.
A mis soldados aclamo.
¡Ayuden a quien conocen como Méladriel!*

Este espantoso encantamiento era el hechizo más poderoso que una Bruja podía lograr. Méladriel, letrada ahora en conjuros, habíase vuelto una hechicera poderosa, y no dudaba ahora en utilizar su magia. Antes, en Verdelheid, tenía los poderes limitados por políticas y leyes; pero ahora ella era la ley, y bien lo sabía.

Apenas Méladriel dijo estas palabras, de la nada, y rodeados de un aparente remolino de negra arenisca, aparecieron tres seres fantasmales. Eran soldados de armaduras doradas y lustrosas. ¡Eran los Einheriar! Dos aparecieron en la puerta, impidiendo la salida, pero el tercero apareció entre el conde y Méladriel, y fue éste quien lo golpeó con la vaina de su espada y lo envió de espaldas al suelo.

Tras el Einheriar estaba Méladriel, serena como si no hubiera pasado nada. Ni siquiera había retrocedido un paso.

-Arreglaremos lo de mi corona ahora mismo -dijo la Mujer-, y nadie saldrá antes.

En ese momento, los dos Einheriar de la puerta cruzaron sus alabardas, impidiendo la salida de la sala.

-¿Está claro? -preguntó Méladriel mientras miraba al conde en el suelo.

Éste último, impresionado pero furioso, asintió de mala gana.

-No voy iniciar una guerra civil ahora que el Demonio se hace de nuevo fuerte -aseguró Méladriel.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó el conde de Elel, que sentía cada vez más admiración por la dama.

Méladriel lo miró, y al ver la bondad del joven, sonrió con ternura. -No sólo he batallado contra Irgoliath aquí. Estuve en la Batalla del Valle de Ahl, donde el rey Espectro Pecaín fue derrotado por Arcalón de Metys -aseguró Méladriel, que por un momento sintió malestar al recordar los buenos pero pasados instantes con Arcalón, a quien extrañaba mucho y amaba con todas sus fuerzas.

El conde, en un último acto, masculló: -Yo tengo el cuadro.

-Yo soy la inspiración del cuadro -respondió Méladriel con aire triunfal-. Si voy a Koral o a cualquier sitio de Herda, me identificarán de inmediato. Todos saben en Herda que yo debo ser reina, pero algunos, como usted, están tan enceguecidos con el poder que no desean ver lo que saben es verdad.

El conde apretó los dientes, pero nada dijo.

-Seré una buena reina, pues amo estas tierras -aseguró Méladriel, que, volviendo al cuadro con su mirada, añadió: -Y respetaré la memoria de los caídos a mi lado, al igual que el futuro del reino.



La ceremonia de coronación se hizo el 9 de abril. Era la primera vez que una Mujer sola gobernaba el reino. Después de varias discusiones y acuerdos, todos los nobles, incluyendo al conde de Koral, estuvieron de acuerdo con el ascenso al poder de Méladriel.

Como había sido costumbre por siglos, Méladriel caminó por una alfombra verde hacia los tronos de Herda, tal y como Arcalón la soñaría tiempo después. Entonces los nobles pasaron uno por uno y se presentaron frente al trono. Hicieron una reverencia a Méladriel, que estaba sentada en uno de los tronos, con un manto negro con ruedo plateado y con cuello de piel de armiño. Los nobles dejaron sus espadas a los pies de la joven, jurándole lealtad. Posteriormente llegó el duque de Larul, que había sido designado como senescal, y puso en la cabeza de la hermosa Méladriel una corona de oro macizo con esmeraldas, y le pasó un cetro también de oro. Así fue coronada Méladriel como reina de Herda.

Después de la coronación se realizó un baile en honor a la nueva dama del reino. En ese baile, Méladriel se enteró que Máthor, después de su partida, había iniciado un viaje hacia más allá de las montañas occidentales, y se decía que había cruzado la Cordillera de Nínilver. También supo que Égorad, el Tiburón de Magmatrión, había partido hacia Sadamarca para ayudar a la Majestad de las Aguas. Supo más de la muerte de Agot y de la suerte de algunos nuevos nobles.

El mandato de Méladriel empezó casi en el instante en el que el baile terminó. Respetó todas las riquezas de los nobles que le juraron lealtad, y los pocos relegados fueron castigados con el decomiso de sus bienes para la corona. Así Méladriel incrementó las urnas reales en pocos días.

Pero Méladriel, aunque disfrutaba de lujos que sólo había imaginado tiempo atrás, estaba preocupada por la suerte del reino. Ella conocía bien el poder de Irgoliath, y sabía que si atacaba Herda la arrasaría por completo. Así que realizó proyectos para el mantenimiento y reconstrucción de los caminos, además de una militarización constante para engrosar las líneas de los ejércitos. También financió caravanas de mercaderes a Jerlán, y resolvió las asperezas que tenían los Hombres con los Enanos de las Minas de Ashor. Todo esto antes de noviembre del mismo año.

En su trono, Méladriel enteróse de la suerte de Metys y de la fantástica e increíble victoria de Arcalón. Supo con admiración y asombro cómo Arcalón jaqueó por segunda vez a Irgoliath, derrotando a tres de los Seis. En verdad se sintió orgullosa y feliz. También le llegaron noticias sobre el título del Dragón Escarlata. Todo esto alegró a Méladriel de sobremanera, pues amaba a Arcalón y quería lo mejor para él.

Y después de las festividades de fin de año, Méladriel recibió una visita que nunca habría imaginado, pero que cambiaría su reinado por completo.



Juan Esteban Peláez

Sergail arribó a Herda a principios de enero, casi recuperado por completo. Sus heridas se habían cerrado, y el tedio y el hastío lo habían arrojado de la cama más rápido de lo que los médicos habían pensado. Apenas se recuperó le llegaron instrucciones específicas por parte del Dragón Escarlata. Sergail debía ir a Herda para pedir ayuda. Arcalón esperaba que Méladriel consiguiera la corona, pero no estaba seguro. Entonces las órdenes eran sencillas: Convencer a Méladriel (o al rey en curso) de que ayudara a los ejércitos de la península en la invasión a las Tierras Espectrales.

Ya los rumores de que Levanov estaba asediando la ciudad de Yavín eran constantes en Herda, y por lo mismo, Sergail pensó que sería una empresa fácil. Pero, al igual que Arcalón, Sergail se dejó enceguecer. En su letargo de omnipotencia, Arcalón pensó que su sola presencia en Gorthgath haría que los reinos occidentales acudieran en su ayuda, y Sergail también pensó lo mismo.

Bien, Sergail se asombró por la majestuosidad de Herda. Las planicies herbosas eran acariciadas por los vientos, y las floridas abundaban. Los cerezos dejaban caer sus hojas rosadas sobre la verde hierba. Las arboladas eran frondosas, y de noche, la hermosa Estrella de Jores relucía plateada en el cielo, cerca de Valen.

Y grande fue su asombro al ver Dan-Silum y sus pagodas. Sin embargo, Sergail la reconoció de inmediato, pues recordaba con detalle las historias de Méladriel. Entró a la ciudad y se dirigió hacia el Castillo Real, guiado por un joven al que le había pagado una gran suma desde los Muelles de Adsul. El idioma para él fue un problema, aunque ya había escuchado a Méladriel hablar en el idioma de Herda. Sin embargo, pudo hacerse entender con pocas palabras. Se anunció en el castillo como Sergail de Metys, y esperó. Los guardias, sorprendidos de ver por primera vez un soldado oriental, fueron a avisarle a la reina que Sergail estaba allí. Casi de inmediato lo llevaron a los baños del castillo, en la parte más baja.

Sergail bajó por una escalera en caracol iluminada por antorchas, hasta llegar a un amplio recinto adornado con mosaicos e iluminado con lámparas opulentas de cristal. Había en las paredes frescos de leones alados, y el techo estaba pintado de un dorado reluciente. En el medio del recinto había una enorme piscina de agua caliente y humeante, y alrededor de la piscina había varias columnas.

El Hombre esperó en la entrada del baño por unos instantes, hasta que dos doncellas salieron del recinto. Posteriormente el guardia lo hizo entrar y cerró la puerta.

-¡Sergail! -exclamó Méladriel sin salir del agua. Estaba desnuda, pero sólo su cabeza y sus hombros sobresalían del agua. Tenía el cabello pegado al rostro, y un aroma a durazno rondaba su tersa carne. No disimuló la alegría al ver al Hombre.

Sergail, al ver a Méladriel así, no supo cómo reaccionar. Primero sintió pena al verla, después un deseo ardoroso, y después confusión. Entonces, un poco vacilante, se hincó frente a la joven. -Reina Méladriel -dijo profundamente.

Méladriel sonrió. -¡Vamos, Sergail! Eres mi amigo, no mi sirviente -dijo Méladriel animada. Los ojos grises le brillaban de felicidad y los labios se le curvaban en una sonrisa dulce. -¿Qué haces en Herda? -preguntó.

-Pues...



Juan Esteban Peláez

-¡Ya sé! -interrumpió Méladriel feliz-. Viniste a contarme sobre el logro de Arcalón en Metys. También me enteré de tu hazaña. Me alegra mucho que ya estés bien. Puedes quedarte cuanto quieras -aseguró.

Pero Sergail meneó la cabeza, un poco más seco y desanimado.

Méladriel percatóse de esto y púsose seria. -¿Sucedió algo malo? -preguntó desde la piscina.

-Arcalón...

-¿Qué sucedió con Arcalón? -preguntó la joven, que palideció de repente, asustada.

-Arcalón va a las Tierras Espectrales para ayudar a Levanov -dijo Sergail con desconsuelo.

Méladriel abrió entonces los ojos grises, presa de un terror indescriptible. Pareció de repente que los ánimos hubieran muerto con esas palabras. La reina, sin quitarle la mirada a Sergail, permaneció muda por unos instantes, atónita por la noticia, al mismo tiempo que el vapor del agua subía a su alrededor. Poco después habló. -¿Quién va con él? -preguntó con voz trémula.

Sergail volvió a negar con la cabeza. -No lo sé; pero según tengo entendido, fue él el primero en reunir un ejército y marchar hacia la Ciudad Endemoniada. No sé si ya está con Levanov.

Méladriel suspiró y miró hacia el techo dorado, sumida en pensamientos profundos. Había amado a Arcalón más que a cualquier otra persona, y esas noticias le causaban gran preocupación. Ella conocía las Tierras Espectrales, y les temía, tal y como Irgoliath se lo aseguraría a Arcalón meses después. -¿Vienes sólo a decirme eso? -preguntó, todavía en el agua tibia.

Sergail meneó la cabeza, cabizbajo por la incómoda situación. -Arcalón, el Dragón Escarlata, me ha pedido que venga a Herda y pida tu ayuda.

-¿Mi ayuda?

-Desea que vayas con nosotros a las Tierras Espectrales -respondió Sergail, que sintió un peso enorme al decir esas palabras.

Méladriel volvió a enmudecer por unos segundos. -¿Qué? -preguntó incrédula, como si no creyera lo que escuchaba.

-El Dragón Escarlata te pide que lo ayudes a invadir Gorthgath, las Tierras Espectrales. El frente oriental ya se mueve y necesitamos que los reinos de Herda y Jerlán crucen el río Harllén y se encuentren con los ejércitos orientales a las afueras de Yavín.

-¿Arcalón acaso perdió la razón?! -exclamó Méladriel-. ¿Cómo puede pedir algo así? ¿Acaso cree que tiene dominio en occidente como para pedirnos algo de ese tipo? -preguntó, más atemorizada que ofuscada. El temor de Méladriel fue expresado con furia, pues la impotencia causa furia.

Sergail quedó paralizado al ver la reacción de Méladriel. No sabía qué decir en verdad.

-Estoy cansada de la terquedad de Arcalón -aseguró la joven-. Y si piensa que correré cada vez que me llame está equivocado. No arriesgaré mi reino porque a Arcalón le dio el arrebató infantil de ir a tocarle las puertas al Diablo para ver si puede vencerlo. ¡Qué no cuente conmigo! -exclamó airada.

-Pero Méladriel...

-No hay discusión, Sergail. Aquí lo tengo todo: Un gran séquito, riquezas incontables, poder y dominio total. No acudiré a ese llamado simplemente por un Hombre que me dejó cuando le dio la gana. ¡No lo haré!

Sergail quedó impactado. Nada podía decir, pues sabía que Méladriel tenía en parte razón. ¿Por qué Méladriel habría de ir a las Tierras Espectrales? ¿Por qué tendría que dejar todo lo bueno atrás y arriesgar más vidas? ¿Por un simple capricho de Arcalón? En ese



Juan Esteban Peláez

momento Arcalón pensaba que sí, pero meses después Irgoliath lo haría cambiar de opinión.

Méladriel permaneció meditando por unos instantes, mirando el ondeante reflejo de su rostro en el agua. Se sentía en verdad extraña. Tenía una combinación de furia con preocupación. -¿Y tú qué harás, Sergail? -preguntó sin dejar de mirarse en el agua.

Sergail suspiró. -Iré con él -dijo.

Méladriel levantó la mirada. -No sé si tu devoción hacia Arcalón es una virtud o un defecto -dijo-. ¿Irás a esas horribles tierras simplemente porque te lo ordenó?

-Me lo pidió.

-¿Cómo amigo?

-Sí, como amigo.

-¿Así que arriesgarás tu vida por tu amigo?

-Sí.

-¿Él lo haría?

-Sí.

-¿Seguro?

Entonces Sergail dudó.

-Piénsalo Sergail. En las batallas que han librado has sido tú siempre el que expone su vida.

-Y les he dado la victoria siempre.

En ese momento fue Méladriel la que dudó.

-Sólo yo podía lograr esas hazañas -aseguró Sergail con sencillez.

Méladriel volvió a bajar la cabeza. -En eso tienes razón -dijo.

-Arcalón lo sabía.

Méladriel cada vez parecía dudar más. Entonces, cabizbaja, dijo: -Te pido, Sergail, que me dejes meditar. Llama al guardia que está en la puerta, pues le daré instrucciones para que te enseñe tu habitación. Por orden mía te quedarás hasta que yo decida.

-Pero debo ir con Arcalón.

-Estás en mis tierras, Sergail. Aquí mando yo, no Arcalón-. Las palabras de Méladriel eran severas.

-Méladriel, Herda también está en guerra con las Tierras Espectrales. Es el momento preciso para acabar la guerra y derrotar al Demonio -dijo Sergail en un último intento de convencer a la reina.

Pero Méladriel negó con la cabeza. -Irgoliath no está derrotado, y ambos sabemos eso. Si voy a Gorthgath y pierdo mi ejército también perderé mi reino -aseguró, suspiró y añadió: -Aun así, déjame pensarlo. No puedo tomar una decisión tan importante de repente y sin el apoyo de los nobles. Mientras tanto no saldrás del reino de Herda.

Sergail no pudo hacer más que seguir las órdenes de Méladriel. Así que llamó al guardia y dejó que le enseñaran el castillo. Mas poca atención prestó, pues sólo pensaba en cómo podría convencer a Méladriel para que fuera a ayudar a Arcalón en las Tierras Espectrales.

Mientras Sergail recorría el castillo, Méladriel no dejaba de pensar. Salió de la piscina y se secó el cuerpo, ensimismada. Sentía molestia por la decisión de Arcalón, ya que temía por su bienestar. No sabía qué hacer. ¿Qué le diría al pueblo de Herda? ¿Voy a las Tierras Espectrales porque hacia allá va el Hombre que amo, y deben seguirme porque soy su reina? ¡Qué absurdo! Además, en Herda lo tenía todo. Méladriel, inconscientemente, le guardaba rencor a Arcalón por el abandono. Le incomodaba sentirse presa a un Hombre que no siempre estaba con ella. Un Hombre así no era digno de su amor. ¿Pero cómo luchar contra su amor? No podía negar que había pasado los días más felices de su vida



Juan Esteban Peláez

al lado de Arcalón. Sabía lo que debía hacer, pero no le gustaba la idea. Tenía dos opciones: Guiar a Herda contra el Diablo o abandonar a Arcalón a su suerte. Herda y las Tierras Espectrales ya estaban en guerra, pero internarse en el territorio enemigo era otra historia. Y tampoco deseaba dejar a Arcalón en manos de Demonio.

Después de la noticia, Méladriel ordenó tratar a Sergail como un invitado de honor. Hizo preparar una deliciosa comida de pastas con salsa de tomate, acompañada de vino y quesos. Todo se hizo tal y como Méladriel había ordenado.

La cena se hizo en completa soledad, pues Méladriel les había dado el día libre a todos sus servidores. Sólo ella y Sergail permanecían en el amplio comedor.

-Debes estar cansado por el viaje -aseguró Méladriel mientras se llevaba a la boca un pedazo de queso cremoso.

-La verdad es que estoy muy agotado -aseguró Sergail-. Pensé que nunca llegaría a Herda -añadió.

-Dímelo a mí que llegué a pie -dijo Méladriel con una sonrisa en los labios.

-No sé cómo lo lograste -admitió Sergail, que tomó un sorbo de vino y prosiguió: -Tus historias me parecían extraordinarias, pero ahora que estoy en una de ellas me parecen maravillosas y casi increíbles.

Méladriel volvió a sonreír. Pero de repente quitó la sonrisa del rostro y se quedó mirando el plato de comida, meditabunda, como si recordara algún momento fatuo. -¿Crees que merezco ser reina? -preguntó sin levantar la mirada.

Sergail la miró de inmediato, extrañado por la pregunta. -Claro que sí -afirmó con vehemencia.

-¿Por qué?

-Porque si no fuera por ti, la estrella que reluce plateada sobre Herda no estaría en el cielo

-respondió el Hombre refiriéndose a la Estrella de Jores.

-¿Y soy buena reina? -preguntó la joven mientras levantaba la cabeza para ver el rostro de Sergail entre los candelabros y la luz de las velas.

Sergail asintió. -Lo eres -dijo con profundidad.

-¿Estoy actuando bien? Me refiero a cuidar mi reino olvidando a mis aliados.

Sergail tragó saliva, pues sabía que Méladriel se refería a Arcalón. -Esa es decisión tuya, Méladriel -respondió cautamente.

-Una respuesta prudente.

-Es la única respuesta que puedo dar.

Méladriel sonrió. -Te has vuelto más sabio, Sergail -dijo.

En ese momento Sergail vio hermosa a Méladriel, y sintió un estremecimiento en todo su interior, pues temió enamorarse de la amada de su amigo. Pero no podía negar la belleza de Méladriel, no sólo por su impecable físico, sino por su elocuencia y su sagacidad. Era la Mujer soñada de muchos, además de una reina amada. ¡¿Pero qué estaba pensando?! Ella era la amada de Arcalón, y él no podía entrometerse. Sin embargo, una parte de sí, el monstruo egoísta que se anida en todo Humano, le gritaba que se abalanzara a ella y la besara. Entonces, involuntariamente, Sergail bajó la mirada a los labios tersos y rosados de la reina, con ansiedad. Pero de repente volvió en sí, y prosiguió la conversación. -No más sabio que tú -dijo el Hombre.

-Pero sí más valiente -aseguró Méladriel.

-¿Por qué lo dices?

-Yo no hubiera podido enfrentarme a los Ariánicos y competir con Victoria como tú lo hiciste.



Juan Esteban Peláez

-Yo no hubiera sobrevivido al cruce por las Tierras Espectrales.
-Y yo no hubiera sobrevivido a la Batalla de los Cuatro Elementos.
Sergail sonrió apenado, pues se sintió gallardo y valiente.
Entonces Méladriel levantó la copa. –Brindo por la valentía de los dos -dijo.
Sergail levantó la copa del otro lado de la mesa y convidó el brindis.

La cena se extendió por varias horas. La pareja habló de todo un poco, menos de la situación actual de Arcalón. Sin embargo, revivieron recuerdos de cuando vivían en Verdelheid. Y recordaron con alegría el Reino de las Hadas y con orgullo la Batalla de Ahl. Pero se incomodaron al recordar el robo de Yíldarel y de la Flauta de las Flores. A menudo, Sergail intentaba abarcar el tema de Arcalón; pero Méladriel lo evitaba a toda costa, pues le era doloroso e incómodo.

-Mañana tengo varias reuniones con los nobles, pero pasado mañana podremos recorrer la ciudad sin ningún problema -aseguró la joven.
-Estoy ansioso por conocer tus dominios -aseguró Sergail, satisfecho por el banquete.
-Entonces mañana podrás pasear por el castillo. Si te aburres, puedes salir a caminar por los jardines.

181

Poco se documenta sobre los días que Sergail estuvo en Dan-Silum, pero es bien sabido que no dejó de maravillarse con la opulencia de la ciudad. Eran majestuosas las estatuas de mármol blanco, y desdeñosos los altos edificios de terrazas planas. Los dos poderosos castillos daban un aire de seguridad, pues sus torres altas eran fuertes. Las lagunas abundaban, pero no había agua más pura que la del estanque que bordeaba el Castillo Real, hogar de Méladriel. Allí nadaban peces dorados y rojizos, y cisnes blancos y negros. También abundaban los gatos, lo que permitía tener la plaga de ratas controlada.

La arquitectura de la ciudad era extraña para Sergail, pero le fascinaba. Los suelos encerados le impactaban, y las puertas corredizas eran una obra maestra de arquitectura. Las altas pagodas de varios pisos eran deslumbrantes. Los recintos eran amplios, pero con pocos muebles, y estos últimos era de por sí pequeños y sin patas. Muchas costumbres también eran extrañas para Sergail, como visitar los baños por lo menos dos veces al día, o quitarse los zapatos para entrar a cualquier casa.

Pero durante todo este tiempo no hizo más que insistirle a Méladriel para que ayudara a Arcalón. Méladriel siempre cambiaba el tema, aplazando cada vez más la decisión. Estaba sintiendo el peso de la corona y la importancia de sus decisiones.

Así pasaron dos meses. Ya era el mes de marzo cuando Sergail se preparaba para partir. Le había llegado una carta de Hércól con las buenas nuevas. Ya empacaba todo cuando Méladriel irrumpió en su cuarto, presurosa y azarada.

-¿A dónde crees que vas? -le preguntó la joven, con el rostro más pálido que de costumbre. Sergail, de nuevo incómodo, respondió: -A ayudar a Arcalón.
-¿Acaso estás loco?! -exclamó Méladriel-. Pensé que eso ya había quedado aclarado -añadió.



Juan Esteban Peláez

-Sabes que nunca aclaramos ese tema, Méladriel -aseguró Sergail.

-Pero...

-No sé si irás; pero yo sí iré. Ha llegado la hora de acabar esta guerra, ganemos o perdamos. Y yo voy a estar en ese momento decisivo.

-¡No vayas! -pidió Méladriel con desespero.

-¡Debo hacerlo!

-¿Por qué?

-Porque no sólo es mi general, él es mi amigo.

Méladriel bajó la plateada mirada, apretando los dientes por la impotencia. -Sabes que no puedo ir -dijo la reina.

-No te estoy pidiendo que lo hagas. Ya me cansé de pedirlo -dijo Sergail mientras preparaba su última alforja.

Pero cuando iba a salir del cuarto, Méladriel gritó: -¡Guardias!

Entonces dos Hombres de atavíos negros y alta talla se posaron en la puerta, impidiéndole la salida al Hombre.

-¿Qué Diablos haces, Méladriel? -preguntó Sergail.

-Te protegeré, Sergail, así sea de ti mismo -aseguró Méladriel, que no sabía cómo más reaccionar.

Desde ese día, Sergail no pudo hacer más que quedarse en Herda, mientras Arcalón marchaba hacia las tierras del Demonio. Y pasaron así tediosos días, soleados, pero tristes. Mas no sólo Sergail se lamentaba, pues todo el peso recaía en los hombros de Méladriel. La hermosa reina cada vez se sentía más asfixiada con la situación. A veces se levantaba con la firme intención de marchar hacia el oriente, pero después se arrepentía y decidía no hacer nada. Ya había tenido muchos debates con los nobles. Algunos querían ir a la guerra, pero otros más cautos preferían no movilizar sus tropas. La duda la estaba destrozando. Ya no dormía bien, y pensaba en las penurias que Arcalón podría estar pasando en ese momento, mientras ella se acomodaba lánguida entre los cojines de su ostentosa cama.

De esta forma llegó el invierno con sus fuertes tempestades. En Herda nada se sabía de Gorthgath, y la impaciencia de Méladriel y de Sergail se incrementaba. La presión de los nobles cada vez aumentaba más, por lado y lado. El pasar de los días habíase vuelto una clepsidra espantosa, y la inactividad habíase tornado insoportable. Pero todo cambio cuando un mensajero llegó los primeros días del mes. Era un soldado de la Élite del Fuego, los Hombres más fieros bajo el mando del Dragón.

Méladriel lo atendió en la sala de los tronos, donde su retrato pendía tras ella, hermoso y romántico. En el trono de la izquierda, el más alto de los dos estaba sentada Méladriel, vestida con un manto verde de terciopelo y ostentando una corona de oro en la cabeza. El trono de la derecha estaba vacío. Pero al lado de Méladriel, de pie, estaba Sergail, más como un guardia que como un preso. Alrededor del salón había varios nobles, incluyendo al duque de Larul.

El mensajero llegó casi sin aliento, pero lo suficientemente lúcido. Primero examinó a la reina, y se dio cuenta que efectivamente era la reina que el remitente le había descrito: Cabellos negros y lisos, ojos claros y grises como estrellas (casi azules a la luz), tez blanca como la porcelana y rostro pulido. Entonces el mensajero miró a Sergail con detenimiento mientras se acercaba al trono.



Juan Esteban Peláez

-Señora de Herda, vengo de parte de las dos Amatistas con noticias -dijo.
Méladriel abrió los ojos entonces, sorprendida, pues pensó de inmediato en Arcalón. -
¿Qué mensaje? -preguntó, temiendo por la seguridad de su amado.
Entonces el mensajero dudó, hasta que finalmente dijo: -Las Amatistas solicitan la ayuda del reino de Herda para ir a las Tierras Espectrales.
Méladriel miró incómoda y dudosa a los nobles presentes. Negarse a la voluntad de las Amatistas era muy diferente a negarse a la solicitud de Arcalón. Además, Méladriel se sentía en deuda con Torlad y tenía una gran angustia por lo ocurrido con Derren y Alor.
-¿Dónde están las Apsaras? -preguntó para tener tiempo de pensar una respuesta adecuada.
-Marchan a Yavín con las tropas de los Areshti -respondió el mensajero.
Esta respuesta desconcertó a Sergail y a Méladriel.
-¡No marcharemos! -dijo uno de los nobles, anticipándose al debate.
-No nos arriesgaremos a perderlo todo -dijo otro-. Que los orientales arreglen solos sus problemas -añadió furioso.
Entonces varias voces de inconformidad invadieron la sala.
Méladriel permanecía pensativa en su trono, mirando al mensajero que le devolvía la mirada con ansiedad. -¿Qué ganaremos si vamos a ayudar a las Amatistas? -preguntó con increíble astucia.
El mensajero dudó, pues no esperaba tal pregunta. -No sabría decirle -aseguró.
-¿Entonces por qué habríamos de ir? -volvió a preguntar la reina, tanteando la reacción de los nobles presentes.
-Porque el Diablo está acorralado, y él es enemigo de todos. Si lo derrotamos, ya no tendríamos enemigo -respondió el mensajero.
-Si está acorralado, ¿para qué nos necesitan? -volvió a preguntar la reina sagazmente, siempre pendiente de los rostros de los presentes.
Y el mensajero calló. -Sólo soy un mensajero. Mi deber es dar el mensaje. No puedo responderte eso -dijo finalmente, sintiéndose encerrado.
Méladriel permaneció en silencio por un momento, mientras los nobles alzaban sus voces y mostraban su disconformidad. La joven no demostraba las dudas que la abarcaban. Por el contrario, mostraba una serenidad envidiable.
-¿Ayudará a las Apsaras, amada reina de Herda? -preguntó el mensajero.
La reina miró a los presentes, cada vez más convencida, y dijo: -Conozco a las Amatistas. Ellas nos dieron la victoria en el Valle de Ahl y ayudaron a la defensa de Metys. Son deidades poderosas y sabias. Yo, personalmente estoy en deuda con ellas -entonces recordó a Yíldarel con tristeza-, y por lo mismo yo debo ir en su ayuda. Sin embargo, no obligaré a los nobles a que me apoyen en esta decisión, pues es mi deuda, no la del reino. Entonces todos callaron por un momento. Pero después empezó un debate acalorado. Los nobles ya habían debatido sobre este mismo tema días antes, pero esta vez Méladriel tenía una posición clara, y por eso muchos nobles empezaron a unirse en torno a la reina.

Mientras los nobles seguían gritando, Méladriel se derrumbó sobre el trono, desolada y estupefacta, deseando escapar de la situación. No quería arriesgar a sus tropas, pero sabía que debía ir a Gorthgath. Quizás lo deseaba. No, en verdad lo deseaba. Deseaba ir a ayudar a su amado Arcalón, y necesitaba sólo un impulso y un motivo ineludible; ese motivo era la solicitud de las Amatistas.

Entonces, cansada del debate, tomó una decisión. Se levantó del trono, en medio del bullicio, y con la orgullosa cabeza en alto, dijo: -Está decidido: Ningún noble está



Juan Esteban Peláez

obligado a ir al oriente; pero quienes me apoyen marcharán conmigo. Herda combatirá al enemigo, al asesino del gran Megot; pero si ha de desatarse una batalla será en las holladas tierras del Demonio y no en las fértiles campiñas de mi reino. Mensajero, dile a las Amatistas que haremos alianza con ellas, aprovechando la invasión en curso. ¡Marcharemos y arruinaremos Irgoliath, antes que él nos arruine a nosotros!

182

Casi de inmediato fueron enviados emisarios a los Desiertos de Jerlán y a las Minas Enanas de Ashor. Al conocer la decisión de Méladriel, Arsej-Tarar instigó al sultán de los Jerládrim a marchar al lado de Herda. Por otra parte, Darhil, rey de Ashor, había aprendido a amar a la reina Méladriel, y por eso no dudó ni un momento en acudir al llamado. Los Enanos odiaban a los Nomos con fiereza, y no perderían oportunidad de rebanar algunas de sus cabezas.

Así, en medio del invierno, los reinos occidentales decidieron marchar hacia la ruina de Gorthgath, con la Shidraha en alto para encontrar y atacar al enemigo. Pocos nobles se opusieron al mandato de Méladriel, y mucho marcharon a su lado reuniendo a sus ejércitos. De Dan-Silum salieron Hombre fieros de cabellos oscuros, cantando y vitoreando a la reina. Entre esos Hombres iba Sergail, que había convertido en el guardia personal de Méladriel. También acudieron al llamado montañeses del norte y varios Hombres valientes de las praderas de Herda. Fue el llamado más grande en la historia de Herda, sin contar las edades pasadas, cuando Morlán y Dan-Silum gobernaron.

Y de las dunas salieron los Jerládrim con aire de guerra, con cimitarras afiladas y lanzas bruñidas. Y guiándolos estaba Arsej-Tarar, montando un gigantesco y blanco *milmidón* que hacía ver pequeños a los elefantes. Y llevaron dos *milmidones* más, y veinte elefantes, y un grupo de cinco mil Hombres que montaban camellos y caballos. Los Hombres tenían la piel morena y se cubrían el rostro con paños.

Y las pesadas puertas de las Minas de Ashor se abrieron, y de allí salieron dos mil Enanos de cotas de mallas relucientes, hachas de doble filo y cascos lustrosos. Marcharon vitoreando a la reina, mientras golpeaban con sus hachas sus escudos, produciendo un gran estruendo.

Pero Méladriel dio el mando de gran parte de los ejércitos al duque de Larul cuando se acercaron al río Harllén; en la frontera de las Tierras Espectrales. Pues ella iría con Sergail y con parte de su ejército por otro camino para anticiparse al enemigo. Sergail, que en verdad desconocía las pretensiones de Méladriel, había visto durante los últimos días un mapa a medio hacer donde había una torre marcada con una equis roja. Esa equis estaba muy cerca de la Almena de Carrhas. Sergail especuló que irían allá.

A medida que marchaban al sur, la hierba se tornaba parda y seca, y las nubes de lluvia parecían convertirse en nubarrones de ceniza. El paraje se iba tornando más lúgubre y árido a medida que se acercaban al negro río Harllén. Los árboles ya no eran frondosos, y en vez se levantaban agotados por las adversidades, y la fauna era casi inexistente. El agua de los arroyos era amarga y sucia, y en las noches ya no eran visibles las estrellas.



Méladriel no recordaba ese tramo del camino, pues habíase desmayado antes de llegar allí. Los campos malsanos se extendían a lado y lado cuando llegaron al caudaloso Harllén. Su agua impura y llena de espuma emitía olores fétidos y gélidos vapores que subían en volutas apresuradas. Más allá se extendía la llanura que Méladriel había cruzado tiempo atrás. Ella pensó que jamás volvería a esas espantosas tierras, y tembló, pues le recordaban traumas que parecían superados.

Siguieron el sendero y llegaron al Puente de Trarras, el puente más septentrional del río. Por ese puente Méladriel no había pasado, pues ella había cruzado el Puente de Aigón, kilómetros más al sur. Se acercaron lentamente, guiados por batidores. Entonces, en un acto valeroso y simbólico, Méladriel, montada sobre el Bayo Mono y con la Shidraha en un báculo, fue la primera en cruzar el amplio puente de piedra. Al acercarse al puente sintió de inmediato el cortante frío del vapor emanado por las aguas. El rostro se le enrojeció y le dolió; pero no se detuvo. Fustigando e incitando al renuente Bayo a seguir, cruzó el puente, que estaba custodiado por cuatro grotescas gárgolas aladas que, aunque elaboradas por manos diestras, eran deformes y horripilantes.

Después de cruzar el luctuoso y negro río, Méladriel y su ejército siguió el accidentado camino hasta llegar a un bosque enorme de árboles retorcidos y monstruosos, como desfigurados por el mal. Allí, a los lindes del manto arbóreo, se quedaron por dos días, mientras las patrullas informaban del terreno alrededor.

-Según los batidores, al otro lado del bosque está la ciudad de Trarras -informó el conde de Elel, que había enviado sus Hombres más diestros para examinar el terreno. La compañía de la reina todavía no se había separado del ejército.

-¿Está custodiada? -preguntó Méladriel mientras miraba con suspenso las espesas arboladas.

-Al parecer está desolada -respondió el conde-. Por más que buscamos a los alrededores, la ciudad parece estar deshabitada. Encontramos varios fosos, pero todos vacíos -añadió. Méladriel permaneció callada por un momento. -¿Y la Almena de Carrhas? -preguntó. El conde se sobó la nuca, como apenado. -Ningún Hombre sobre caballo puede llegar hasta la Almena. Esa horrible torre está entre varios despeñaderos, y el camino es muy accidentado para cruzarlo. Parece que también está deshabitada, pero varios cuervos todavía se posan en la cima de esa espantosa fortaleza.

Méladriel siguió pensativa. -Debemos cercar la Almena de Carrhas -pidió.

Entonces Sergail, que permanecía a su lado, la miró asombrado. -¡Méladriel, es muy peligroso! -exclamó.

-Si la torre no está vacía la victoria puede estar en riesgo -aseguró Méladriel.

Así que, a petición de la reina, un ejército de nueve mil hombres se separó finalmente del ejército principal. Méladriel dio un vehemente discurso que inflamó los corazones de los Hombres. Las instrucciones de Méladriel eran sencillas: El duque de Larul guiaría las tropas hasta el Valle de Yavín y se encontraría con los orientales. Ella los alcanzaría días más tarde. Aunque en desacuerdo, los nobles no pudieron hacerla cambiar de opinión.

Méladriel, acompañada de Sergail y de valientes y devotos soldados y heraldos, bordeó el oscuro bosque hasta llegar a una alfombra blanda de moho. Apenas el Bayo Mono dio



Juan Esteban Peláez

el primer paso, retrocedió, pues el suelo era muy blando. Los caballos no podían pasar por allí, pues se ahogarían en ese cenagal.

Méladriel, limpiándose el rostro por la salpicadura producida por el Bayo, preguntó: - ¿Desde dónde se ve la Carrhas?

-Por allá, mi señora -respondió un soldado.

Entonces subieron una pequeña cuesta calva, y desde allí vieron, a la luz gris de un crepúsculo lamentable, cómo la poderosa Almena de Carrhas desgarraba las nubes plomizas. Allí estaba, postrada en una colina pedregosa e inalcanzable por los despeñaderos a sus bordes. Parecía una lanza gruesa y letal que coronaba con malignidad las Tierras Espectrales. Era igual que la Almena vista por Ángor en Yavín, de piedra negra y pulida, como un sepulcro gigantesco.

Sin embargo, aunque se levantaba amenazante y trágica, la torre parecía estar desolada. Sólo los cuervos parecían visitarla. Ningún reflejo de vida relucía en la alta torre, que sin embargo parecía vigilante y hostil. No había otro sonido que el graznar de las aves negras, que parecían esperar alguna carroña por parte del algún saurio volador.

Pero, aunque parecía estar sin vida, la Almena hedía, y desde los peñascos parecía subir un olor pesado a forja. Entonces la reina supo que, bajo la torre y entre los abismos pedregosos, había todavía huestes fieles al Yúcida. Pero Méladriel necesitaba estar segura para poder dar su siguiente paso. Así que esperó a que la fría noche cayera.

Durante toda la noche, Méladriel permaneció callada. Al parecer estaba tan desanimada que no deseaba hablar. No había sonreído desde que había salido de Dan-Silum, y su silencio le indicaba a Sergail el temor que acunaba en su ser. La reina demostraba su miedo con inexpresividad, y no hacía más que ver entre la densa oscuridad cómo la silueta de la torre sobresalía de los altos árboles a su alrededor. Más abajo nada era visible, pues no prendieron fogatas.

El frío de la noche se hizo insoportable para Sergail, que se preguntaba cómo Méladriel había sobrevivido tantas noches en esas inmundas tierras. El graznar de los cuervos era constante, y de vez en cuando un croar de algún sapo irrumpía en la noche. No había estrellas ni brillaba Sírel, y las nubes formaban una bóveda intraspasable.

Pero, aunque la noche se hizo casi insoportable para todos, Méladriel obtuvo lo que deseaba. Sin saber la hora exacta (pues la oscuridad era perenne), Méladriel, cubierta por varias mantas, escuchó entre los cuervos un rugido ronco y gutural. Entonces se descubió de inmediato, alertó a los Hombres para que se escondieran y miró al cielo. Allí estaba frente a sus ojos el más cruel y terrible de los saurios, montado por el Señor de Carrhas. Como una sombra recortada contra las nubes volaba el Yúcida Alanior de la Almena de Carrhas. Venía del sur, quizás después de espiar a Levanov en Yavín. No tenía guardias, pues no los necesitaba. Aunque a los ojos normales podría ser cualquier enemigo, Méladriel había aprendido a detectar a los Yúcidas, pues una sensación extraña se le formaba en el interior cuando uno estaba cerca.

Entonces, apenas la luz hizo el terreno visible, Méladriel ordenó a los Hombres continuar el camino en formación cerrada hacia el oriente, como si siguiera los pasos que dio años atrás. Bajaron la colina calva, pero tuvieron que dejar los caballos cerca del cenagal.



Juan Esteban Peláez

Entonces vadearon la alfombra de moho, ensuciándose sus arreos, y siguieron caminando hacia el oriente, escondidos de la vista de la Carrhas.

Anduvieron entre pegajosas nieblas y árboles húmedos hasta aproximadamente las cinco de la tarde, hasta por fin ver una planicie parda en medio del bosque. Allí, a lo lejos, se erguía una torre grisácea, pequeña por la distancia. Entonces Méladriel pareció amedrentarse, pues por un momento dudó en ir hacia esa torre. Parecía un monolito coronado por un techo negro y una bandera enarbolada que flameaba por el viento.

-¿Sucede algo, Méladriel? -preguntó Sergail, que conocía bien a la reina, y sabía cuándo temía a algo.

-Que sólo unos diez Hombres me acompañen. El resto del ejército prepárese para el asedio a esa torre; pero no ataquen hasta que dé la señal –dijo la reina a su heraldo. Respiró hondo y se dirigió a la torre, sin importarle si los ojos de los espías estaban sobre ella. De hecho, parecía que Méladriel deseara dejarse ver. Entonces diez Hombres la siguieron sin preguntar nada.

Así se acercaron hasta un semicírculo amplio que se abría en un prolongado linde. Sobre el linde, solitaria como un monumento olvidado otrora, estaba la torre gris de ventanas ennegrecidas. La puerta negra estaba ajustada, invitando a los viajeros a entrar.

-¿Nos esperan? -preguntó Sergail.

Pero Méladriel meneó la cabeza. No había hablado en casi todo el camino, pues un temor enorme se anidaba en su ser, mas no podía demostrarlo frente a sus Hombres. –No creo que el anfitrión me espere. Creería que soy muy astuta o una completa idiota -respondió mientras levantaba la cabeza y miraba las ventanas allá arriba.

-¿Entraremos? -preguntó uno de los heraldos.

Pero Méladriel meneó la cabeza. –Ustedes no, pero yo sí. Lo difícil no es entrar, lo difícil es salir -aseguró la joven.

-Yo entraré contigo -dijo Sergail con tono severo.

Méladriel volteó a mirarlo, extrañada. –No lo harás -dijo.

-Estas no son tus tierras, Méladriel, así que aquí no acataré tus órdenes -respondió Sergail que, mirando la puerta negra de la torre, añadió: -No te dejaré entrar allí sola.

-No sabes a lo que te enfrentas -aseguró Méladriel.

-No le temo.

-Quisiera que lo hicieras.

-Quizás lo haga cuando esté adentro, pero por ahora te acompañaré.

Méladriel, al ver la determinación de Sergail, asintió. La reina suspiró y miró a Sergail, se acomodó el mithril bajo su armadura negra y se sacudió el ruedo de su manta, pues estaba lleno de semillas espinosas. Volvió a suspirar y se adentró en la torre. Sergail la siguió sin decir ni una sola palabra.

183

Apenas entraron a la torre, Méladriel sintió cómo el nerviosismo la asfixiaba, a tal punto, que tuvo que apoyarse sobre el hombro de Sergail para no desmayarse. Incluso realizó dos arcadas a causa de la ansiedad. Esa torre inmolaba quizás los terrores más profundos de la reina, y el estar allí hacía que su cuerpo se retorciera de espanto y la hiciera hiperventilar.



Juan Esteban Peláez

-¿Estás bien? -preguntó el Hombre mientras miraba el lívido rostro de la joven. Méladriel asintió, mas no dijo palabra alguna. Entonces, cuando pudo tranquilizarse, detalló el recinto, ahora iluminado por la luz de algunas antorchas encendidas que se empotraban en la pared. Recordó que tiempo atrás había entrado a la misma torre cuando Alanior la perseguía; pero en aquel instante todo estaba muy oscuro. Ahora el recinto parecía más grande que antes. Y apenas tuvo la lucidez necesaria, miró hacia la pared de la derecha. El cadáver que tanto recordaba Méladriel ya no estaba, pero los grilletes ensangrentados todavía pendían de las cadenas de una forma tenebrosa, como si ese mismo cadáver hubiera escapado de sus férreas ataduras sólo segundos antes. Después del escape de esa torre, Méladriel juraba que había sido el cadáver encadenado a la pared el que le había hablado y la había puesto bajo alerta, mas nunca lo comprobaría.

Por otra parte, Sergail, que no estaba acostumbrado a la estrecha torre, sintió una claustrofobia casi inaguantable. El pasillo era abovedado, iluminado por esas extrañas lámparas. Al final del pasillo estaba la escalera en espiral que doblaba a la izquierda, también iluminada por las antorchas.

-¿Quién vive aquí, Méladriel? -preguntó el Hombre mientras especulaba, pues se acordaba bien de las historias de la reina.

Méladriel, un poco más calmada, respondió: -Sergail, no te dejes llevar por sus dulces palabras, ni por sus lujuriosos actos. También debes despreciar la codicia. Si ella logra convencerte, ni yo podré salvarte.

-¿Es la Vampira?

Y Méladriel asintió.

-¿Y para qué venimos aquí? -preguntó el Hombre mientras seguía a Méladriel por las escaleras. El techo cada vez se hacía más alto y lejano de la luz.

-Necesitamos paso libre por estas tierras para ir a la Almena de Carrhas -aseguró Méladriel. En ese momento llegaron al pasillo largo con antorchas bronceas en forma de manos de Nomos. Si Méladriel mal no recordaba, al final de ese pasillo estaba el salón repleto de hediondos huesos. Méladriel jamás olvidó que durante esa persecución una mano huesuda se le había aferrado a la manta de forma inexplicable.

-¿Entonces qué haremos? -preguntó Sergail.

-Espero hacer un trato -aseguró Méladriel mientras caminaba hacia la puerta roja al final del pasillo. Sólo los pasos de la pareja se escuchaban en la torre. -La Almena de Carrhas todavía tiene un ejército que irá al sur para rodear a la alianza. Debemos cortarle el paso a Alanior y evitar que se una con Irgoliath -explicó.

Méladriel suspiró para calmarse de nuevo, pues su temor era muy fuerte. Su cuerpo no dejaba de temblar y su corazón palpitaba con fuerza, nublándole la realidad de vez en cuando. Y después de suspirar aguantó el aliento y abrió la puerta. Mas su sorpresa fue enorme cuando miró el recinto: Ya no había huesos en la horrible sala, ni uno solo. Estaba vacía, limpia de osamentas.

-¿Sucede algo? -preguntó Sergail, que ya sentía impregnado el temor de Méladriel.

Pero la reina meneó la cabeza. Y en vez, cruzó la cámara y subió por unas escaleras, las mismas que había subido tiempo atrás con Algar y la compañía.

Después de subir las escaleras bien iluminadas llegaron a la cima de la torre, al mismo salón donde había conocido a la Vampiresa dueña de la torre. La cámara casi no había cambiado, a excepción de algunos muebles negros que habían sido cambiados de lugar.



Juan Esteban Peláez

La alfombra roja permanecía impecable, y finos candelabros mitigaban la oscuridad que crecía afuera, pues la noche ya caía.

Y entre las dos columnas de piedra todavía estaba el cómodo trono de cojines donde la Vampira los había recibido tiempo atrás. Tal trono rebosaba de fragancias dulces, como un altar vencido por la lujuria; pero estaba vacío. Las sombras alargadas de una de las columnas sumergían el trono en la oscuridad.

-¿Y ahora? -preguntó Sergail llevado por las ansias. El absoluto silencio lo impacientaba. Pero Méladriel nada dijo. Estaba demasiado asustada como para reaccionar. Miraba a su alrededor, pero llevada por un instinto enigmático, detuvo su mirada en la columna a la derecha del trono.

Y después de unos segundos escucharon por fin una coqueta y dulce voz proveniente de detrás de la columna. -¡No lo puedo creer! -exclamó la sensual voz-. La joven concubina del Mago que llevaba la Estrella de Jores viene a mi torre. Me siento halagada.

-¡No soy la concubina de nadie! -exclamó Méladriel, ofendida por tal título. El temor parecía haber desaparecido de repente, y ahora hablaba con propiedad.

-¿Méladriel es tu nombre? -preguntó la voz. Es que mi memoria falla a menudo.

-Así es.

-Pero veo que has cambiado.

-Ahora soy más fuerte.

-Yo no hablo de eso.

Méladriel permaneció callada por un momento, vacilante.

-Estás maldita, Méladriel. Cuando estuviste en estas tierras la Shidraha del Demonio te inmoló en su maldición; pero veo que lo ignoras. Incluso veo que la Shidraha de Herda está cerca, pues puedo verte con detalle.

La reina volvió a dudar.

-No me explico el por qué estás aquí, pero me agrada tener visitas inesperadas de vez en cuando.

-Necesito tu ayuda, Valane -dijo Méladriel por fin.

Entonces de la columna salió el rostro más hermoso que Sergail vio alguna vez. Aunque había visto a Melina, a las Amatistas y a Victoria, este rostro era distinto: Tenía ojos verdes que demostraban experiencia. La tez era lívida y tersa, y sus facciones bien proporcionadas. Jamás vio cabello más brillante y suave, y era rubio como un río de oro. La Vampira reparó primero a Méladriel, y la notó gallarda y ostentosa. -Veo que vienes con armadura nueva -dijo. Entonces miró a Sergail de arriba abajo, reparándolo con detalle. Sus ojos no disimularon las ansias por tal presa, pues Sergail era atractivo, de quijada cuadrada y cuerpo fornido. Un deseo febril y lúbrico pareció invadir a la Vampira, que añadió: -Ahora entiendo. Necesitas mi ayuda y por eso me has traído una presa.

Sergail, acosado por tan ardiente mirada, se asomó al escuchar eso. ¿Podría ser verdad? Pero, poniendo su valentía sobre su temor, levantó la cabeza y plantó sus pies sobre el suelo, y dijo: -No seré la cena de nadie.

Méladriel se sorprendió al escuchar las desafiantes palabras. En ese momento supo que el Hombre no había asimilado el peligro todavía, y temió por eso.

-Un Hombre arrogante. Eso me gusta -dijo Valane. Y mientras lo decía, miraba los labios de Sergail, invitando al Hombre a un beso.

Sergail lo sabía, y un deseo le gritó para se rindiera, pero, más cauto y controlado que la mayoría de los Hombres, Sergail no se movió. Muchas Mujeres habían pasado por la vida de Sergail, que era descrito por muchos como un mujeriego, y quizás esto le ayudó para su increíble autocontrol.



Juan Esteban Peláez

Aunque Valane podía haberse abalanzado hacia Sergail y hacerlo añicos, algo le atraía de él; quizás el reto. Valane no había sido desafiada hacía ya muchas décadas, y eso parecía instigarla. –Muy bien -dijo la Vampira mientras dejaba ver su torso y se recostaba contra la columna. –Me gustan los retos, y tú pareces ser uno. Espero que no me decepciones -le dijo a Sergail-. Así que tienes dos opciones: Quedarte y luchar contra tu excitación -dijo mientras se inclinaba hacia delante, mostrando su pronunciado escote-, o salir y enfrentarte contra Alanior. Me imagino que debes saber quién es él.

-Lo sé.

-Entonces también debes saber que si él los atrapa los llevará a su torre y los torturará por prolongado tiempo; pero no los dejará descansar hasta que su sanguinaria y morbosa voluntad lo desee.

Sergail no dejaba de mirar esos enigmáticos y verdes ojos, que le hacían recordar a las Hadas del Reino de los Bosques.

-¿Qué decides? -preguntó la Vampira.

Entonces Sergail miró a Méladriel, y vio que permanecía inmóvil, mirando fijamente a la Vampira con furia, como sumida en alguna clase de celos. De sus ojos grises fulguraba la furia. Entonces Sergail levantó la cabeza, y con el corazón vibrante, dijo: -Lo que la reina de Herda decida.

Valane sonrió con malicia, lanzándole una lujuriosa mirada al Hombre, y le guiñó el ojo con picardía. Posteriormente miró a Méladriel. -¿Reina? -preguntó -. ¿Qué desea «la reina»?

A Méladriel le tocó tragarse la furia, y en vez habló con elocuencia y serenidad. -Valane, sé que detestas a los Yúcidas, sé que detestas a Irgoliath y sé que detestas las inmundicias que agobian estas tierras -dijo con profundidad, perdiendo el temor-. Sé que eras un Hada, pues tus facciones me lo dicen: Ojos verdes, cabello rubio, rostro pálido... -detalló a la Vampira y prosiguió. -Desconozco por qué renunciaste a ser un Hada y te convertiste en una Vampiresa; pero sé que odias todo lo que te rodea. Puedes rectificar eso. Ayúdame y dame paso libre con mi ejército hacia la Almena.

Entonces Valane rio cínicamente. -En serio crees que te voy a ayudar porque fui un Hada. De hecho, las Hadas odian a las Brujas; sería más fácil que te ayudara como Vampira que como Hada. Además, no estoy tan loca como ustedes, y no me lanzaré a una guerra abierta contra Irgoliath por los Hombres que ya están muertos. No soy tan estúpida, Méladriel -en ese momento miró a Sergail, salió definitivamente de la columna y se recostó en el trono, dejando ver su esbelto cuerpo. Vestía una blusa de seda roja, escotada y con la espalda destapada, y una falda lozana y negra-. Sin embargo, ésta presa me tienta. Quédense una noche en esta torre y mañana tomaré una decisión. Si me convencen, no enviaré mis tropas contra las tuyas, y los dejaré pasar por el bosque para que ataquen Carrhas.

-No podemos perder tiempo -dijo Méladriel.

Valane sonrió entonces, como si supiera algo que la pareja desconocía, cruzó la pierna y continuó. -Méladriel, tú mereces el final más grotesco que te pueda dar. Así que quizás mande tu desfigurado rostro, lleno de cicatrices y completamente destrozado al sur para que el Dragón Escarlata lo vea.

En ese momento Méladriel abrió los ojos, espantada.

Sergail miró a Valane con ira y a la vez impotencia. ¡El Dragón Escarlata! ¿Qué sabía Valane de Arcalón? ¿Cómo era posible que la Vampira supiera más de Arcalón que las mismísimas Amatistas?



Juan Esteban Peláez

-¡Ah sí Méladriel, el Dragón Escarlata! ¡Ese Hombre es sensacional! -aseguró Valane mientras suspiraba, como si soñara alguna ardiente situación; o quizás como si ya hubiera sucedido algo entre ellos.

Méladriel púsose roja de la furia, y apretó los dientes. -¿Qué sabes de Arcalón, maldita ramera?! -exclamó con una ira incontenible-. ¡Habla maldita! -añadió gritando.

Entonces Valane sonrió, pues supo que había tocado una fibra sensible. -El Dragón y sus Hombres han sido acibillados por los ejércitos de las tres Almenas: Lavrhas, Sacrhas y Althras. Fue rodeado y derrotado. Además, Alanior y Cranior están listos para movilizar sus tropas. Y no reunirás un ejército lo suficientemente grande para atacar la Carrhas y al mismo tiempo ayudar a los orientales en el sur. Tú sólo has venido con este Hombre, diez patéticos guardias que esperan allá abajo y un mísero ejército que se organiza en el bosque. Jamás llegarás a la batalla Méladriel, pues ya fallaste. Si no te quedas aquí, dejando tu destino a mi merced, serás cazada por Alanior. «Reina de Herda», todo está perdido. Ahora, hagan lo que quieran -entonces miró a Sergail de nuevo, tentándolo a que la acariciara-. Mi hogar es enteramente de ustedes, por lo menos hasta que yo lo quiera - y así, sin más, desapareció tras una puerta al final del salón.

Méladriel y Sergail se vieron de nuevo envueltos en el tétrico y pavoroso silencio, impotentes y asombrados por las noticias de Arcalón.

-¿Le crees? -preguntó Sergail a la reina.

Méladriel parecía atontada, incrédula. No habló por un momento, con la mirada baja, como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza.

-¿Le crees, Méladriel? -preguntó Sergail.

-¿Por qué conoce a Arcalón? -preguntó Méladriel.

Entonces Sergail intentó calmar a la Mujer. -Es obvio: Él venció a Irgoliath dos veces en Falheid. No deberíamos preocuparnos, pues yo no le creo.

Méladriel entonces miró a Sergail, un poco más calmada, y dijo: -Tienes razón. Yo no le creo. Arcalón ya debe estar con Clara y Bella. Por ahora enfoquémonos en Valane.

184

Sin saber qué hacer, la pareja se sentó en unos voluminosos sillones que había en la sala, los cuales contrastaban con la alfombra roja. Estaban muy cansados y hambrientos por la marcha, y deseaban descansar más que cualquier otra cosa.

-¿Y ahora qué haremos? -preguntó Sergail un poco más calmado, pero igual atento.

Méladriel se sobó los ojos y bostezó. -No podemos hacer más que esperar -aseguró mientras se echaba el cabello hacia atrás con su mano.

Sergail también empezaba a sentirse cansado, agotado por los duros días de marcha. - Pero no podemos dormirnos -aseguró el Hombre.

Méladriel bostezó de nuevo y asintió. Se levantó para ver algunos libros en los estantes negros y barnizados que se recostaban contra la pared, y allí vio algunos libros muy antiguos, y dos escritos en lenguas ya olvidadas. Méladriel, aunque no sabía la lengua antigua, sí identificaba algunos símbolos.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó Sergail, que seguía a Méladriel con la mirada.

La reina miró con parsimonia a Sergail, ojeó de nuevo el libro que tenía en sus manos y respondió: -Valane desconoce mi fuerza; eso es una ventaja. Pero no debes saber mis planes.

-¿Por qué no?

-Porque si caes en su encanto no dudarías en contárselos.



Juan Esteban Peláez

Sergail se sintió abatido, pues Méladriel ahora parecía no confiar en él. -¿Por qué piensas que caeré a los pies de esa Mujer? -preguntó indignado.

-Porque conozco a los Hombres, y no me fío de ellos cuando se sumergen en el mundo de las tentaciones -respondió Méladriel con serenidad. Volvió a ojear el libro y lo dejó en el estante. -Sergail, esta será una larga noche. Ten cuidado -dijo.

-¿Alguna otra aclaración? -preguntó Sergail, incómodo y algo dolido por las palabras de Méladriel. Se sentía ofendido, pero Méladriel parecía no notarlo.

-Cuídate el cuello -respondió la joven sin siquiera mirarlo.

Sergail tornó rojo el rostro, pero nada respondió.

Méladriel volvió a sentarse en el sillón por un momento, miró otro libro y se volvió a levantar. Entonces fue hacia la ventana e intentó ver a sus heraldos allá abajo, pero esa ventana no daba al frente de la torre. -Debemos buscar otra ventana -aseguró la reina.

-La verdad no conozco esta torre más que tú -respondió Sergail, todavía ofendido.

Méladriel miró el salón y vio dos puertas. -Juraría que había tres puertas en esta sala -dijo mientras intentaba recordar-. Debemos volver por donde subimos.

Sergail asintió y se levantó del sillón, espabilándose, pues el sueño ya lo estaba dominando.

La pareja salió por la misma puerta por la que habían entrado; y descendieron las escaleras. Mas ambos se sorprendieron, pues esas escaleras ahora estaban sumidas en la oscuridad. Pero fue mayor la sorpresa cuando bajaron a la sala, pues allí, como un cuadro infernal, estaban esparcidos miles de horribles y podridos huesos cual infame tapiz.

-¡¿Qué Diablos sucede?! -preguntó Sergail estupefacto. La cámara todavía tenía unas pocas lámparas prendidas que dejaban ver la sala en su totalidad. En las paredes pendían algunos cuadros de personajes desconocidos, pero todos con rostros enigmáticos. Y había dos puertas: La primera por donde habían ascendido, y la segunda parecía llevar a alguna sala contigua. La segunda puerta estaba ajustada. Todo el suelo estaba lleno de osarios.

-Vamos por allí -pidió Méladriel, que pasó con indiferencia por entre omoplatos, fémures, tibias, cúbitos, falanges y cráneos horrendos. Pero Méladriel no parecía asustada, de hecho, pareció más alarmada al ver la cámara limpia sólo instantes antes. En cambio, Sergail miraba con repudio la tenebrosa sala. Miraba los cuadros colgados en la pared, y dos tapices negros sin adorno alguno que también colgaban de esquina a esquina.

Abrieron del todo la puerta y cruzaron una antesala con dos sillas y una mesilla con una lámpara pequeña. Y después de abrir otra puerta se vieron frente a una larga escalera que subía recta. Subieron casi a tientas, pues no había teas, y llegaron a una amplia sala hexagonal. En cada pared había una puerta, lo que dejaba seis puertas en total. Del techo pendía una lámpara de cristal enorme que iluminaba toda la sala. El piso allí era de losas grises, y las paredes estaban pintadas de blanco. Esa sala parecía estar aislada de la Torre del Vampiro, pues era de un contraste enorme. La torre parecía más un féretro grisáceo que una vivienda, pero esa sala era bella y agradable.

-¿Y ahora? -preguntó Sergail.

-Busca una ventana que dé hacia el frente de la torre. Necesitamos dar la señal a los heraldos -respondió Méladriel mientras se apresuraba a una de las puertas.

Después de examinar todas las puertas, diéronse cuenta que había cuatro puertas sin tranca: Dos de las puertas daban a cuartos estrechos, y las otras dos a salas que estaban sumergidas en una penumbra intraspasable.



Juan Esteban Peláez

Sergail fue entonces por una antorcha que había colgada en una pared y la prendió con un poco de *vellina* que tenía en un frasco. Todo soldado de Falheid cargaba una dotación de *vellina*. Sólo entonces entraron a la primera sala. Cuando bajaron dos escalones diéronse cuenta que había un largo y estrecho pasillo frente a ellos. Pero a los lados del pasillo parecía haber prisiones embotelladas de cielorrasos podridos y vigas oxidadas. Y de vez en cuando, un mugido ahogado era escuchado desde la penumbra.

-Salgamos de aquí, ahora -dijo Méladriel con autoridad.

-Pero...

-¡Dije ahora! -insistió Méladriel.

Sergail asintió y salió renuente de la cámara. Ya estaba cansándose de la actitud de Méladriel, puesto que él la había conocido sencilla y dulce, pero ahora pensaba que tenía a todo el mundo a sus pies. Mas Méladriel sabía lo que hacía, aunque quedara fuera del conocimiento de Sergail.

-Lo último que necesitamos es quedar encerrados -aclaró Méladriel-. El tiempo de dar la señal se nos escapa, y si el Yúcida decide marchar hacia el sur antes del amanecer mis planes quedarán enterrados.

-¿Cuál es tu plan? -insistió Sergail.

Peo Méladriel meneó la cabeza. -Sólo confía en mí.

Sergail, renuente, asintió.

Entonces se internaron de nuevo en la amplia cámara hexagonal. Miraron otra puerta, pero Méladriel, que algo intuía, meneó la cabeza.

-Será mejor no entrar allí -aseguró la joven.

-¿Entonces qué haremos? -preguntó Sergail.

Méladriel sonrió y dijo: -Dormir.

-¡¿Estás loca?! -preguntó Sergail-. Me acabas de decir que se nos acaba el tiempo.

Pero Méladriel no respondió, y en vez, dio media vuelta y se dirigió a uno de los cuartos.

-No te vayas a meter en problemas, Sergail -pidió la reina mientras cerraba la puerta tras ella.

La actitud de Méladriel era inexplicable para Sergail, que, ofuscado por tales reacciones, tomó la antorcha con fuerza y se internó en la cámara prohibida por Méladriel; pero de haber sabido lo que iba a suceder, no le hubiera hecho caso a su tedio y a su soberbia.

Allí sólo había un altar negro con un cuerpo envuelto en un sudario blanco. El resto era oscuridad. Tal imagen hubiera sido horrible para Sergail tiempo atrás, pero parecía haberse adecuado a las pinturas engendradas por la maldad, y no retrocedió. En vez, se acercó lentamente a la mortaja, inquieto y a la vez curioso. Aunque su respiración pareció desaparecer por unos instantes, no se detuvo. Y cuando estuvo muy cerca del negro altar, sintió el chillar de los goznes de la puerta, que sutilmente se cerró llevada por una mano invisible.

Pero Sergail poco caso le hizo a esto. Entonces levantó la mortaja y vio allí una imagen horripilante: Allí yacía un cadáver inerte, como una carroña que se burla de la belleza y de la vida, y muestra al Hombre como el más espantoso de los seres. El cuerpo yacía en un estado deplorable, rígido como una estatua y de tez cenicienta. Sus ojos no eran más que cuencas rojas, y sus fríos dientes lanzaban una morbosa sonrisa, puesto que sus labios carcomidos dejaban ver los rojizos maxilares en su totalidad.



Juan Esteban Peláez

Sergail no exhaló antes de ver tan horrible aparición. Y, como si volviera del tenebroso sopor, fijóse en la puerta y se apresuró a abrirla. Pero su ser pareció helarse al ver que estaba trancada. Intentó una segunda vez, esta vez con más fuerza, pero no logró abrirla. Entonces el temor se apoderó de él, y sacudió la puerta con todas sus fuerzas.

-¡Méladriel! ¡Estoy atrapado! ¡Méladriel! -gritó con todo el aire de sus pulmones.

Pero en medio del trájín, logró escuchar unos pasos suaves, y sintió una presencia viva cerca de él. Entonces volteó de inmediato y vio que la mortaja estaba vacía, tendida inerte sobre el altar. ¡¿Dónde estaba el cadáver?!

-¡Méladriel! ¡Ayúdame! ¡Méladriel! ¡Méladriel! -gritó Sergail con más afán y terror. Su voz se resquebrajaba, mientras aterrado y pálido como la nieve, golpeaba la puerta. Daba furiosos puñetazos y fuertes patadas, desesperado, intentando abrir la puerta; pero no lo lograba. El sólo pensar que estaba en una cámara oscura en compañía de un cadáver viviente no cabía en su ser racional, haciéndolo caer en una situación de pesadillas.

-¡Méladriel! ¡Estoy encerrado! ¡Ayuda! -gritó de nuevo, con voz trémula y desesperada. Se volteó para ver si la terrible aparición estaba a su vista, pero el oscuro recinto parecía estar vacío. Sólo el altar se erguía en la mitad, sosteniendo la blanca mortaja.

Y de repente la puerta cedió, de nuevo impulsada por una mano invisible, y se abrió con una suavidad inexplicable. Sergail no dudó un instante y se apresuró a salir de tan aterrador sitio. Y cuando estuvo afuera, se lanzó a cerrar la puerta, se acurrucó al otro extremo del hexágono, empapado en sudor, y rezó todas las plegarias que sabía a sus Ángeles Guardianes. Su mente divagaba en los dibujos y emblemas del mal, y se sentía incapaz de calmarse. Y así, como sumergido en un sueño tenebroso, púsose a llorar, lanzando lágrimas amargas a causa del miedo. Méladriel tenía razón: Esa noche sería muy larga.

185

De alguna forma, Sergail, en su siniestro letargo y su pronunciada locura, logró arrastrar sus pies hasta una habitación que había encontrado. Allí se sintió un poco más seguro, pues la habitación estaba iluminada por una lámpara de vidrio redonda, como una fruta luminosa. En el cuarto sólo había una cama y una mesa donde descansaba la lamparilla. Pero, aunque se sentía un poco más calmado, veía todas las formas monstruosas y difusas, como si una droga de demencia y enajenación hubiera llegado a su cerebro. Y así, en medio de la insensatez, intentó dormir.

Pero el sueño fue imposible de atrapar, y abrió los ojos muy seguido. El tedio y el hastío empezaron a dominarlo de nuevo, pues Sergail era muy activo, y el estar allí, prácticamente encerrado en un pequeño cuarto, lo aburría. Así, poco a poco, y después de unas eternas horas, Sergail volvió a conciliar un poco el equilibrio y la razón. Dejó atrás las pinceladas que el horror de la torre le había dejado en el cerebro, y cambió el temor por el fastidio.

Sólo en ese momento asimiló el peligro en el que estaba. Si los planes inexplicables de Méladriel no funcionaban, estaría condenado a seguir preso de tan tirana Vampiresa. ¡¿Qué había hecho?!. Por seguir a la reina había arriesgado no sólo su vida, sino su libertad y su razón. Además, si lograba salir de la Torre del Vampiro tendría que ir a enfrentarse con el Yúcida Alanior, y si sobrevivía debía después ir al sur y enfrentarse con Irgoliath.



Juan Esteban Peláez

¡Qué situación tan absurda! Entonces se arrepintió de haber conocido a Londrake, el Mago Rojo, y de sumergirse en los hados de la guerra. Si él y Arcalón hubieran permanecido en el feudo de Came, nada de esto hubiera pasado.

En medio de estos profundos pensamientos, una presencia se coló a la habitación sin que Sergail se diera cuenta.

-¿Me extrañaste? -se escuchó un dulce susurro en el oído del Hombre.

Sergail abrió los ojos, pero no se movió. Al parecer la locura lo había dejado desahuciado, sin fuerza alguna. Entonces el Hombre sintió una cálida respiración en su oreja y en su cuello, un aliento febril que lo hizo sentir calores ocultos.

-¿Por qué no me dices cuál es tu nombre? -preguntó la Vampira, lujuriosa.

Sergail, inundado por un sopor lúbrico, respondió débilmente.

-Y dime, Sergail, ¿por qué has venido hasta aquí? -preguntó Valane casi susurrando.

En ese momento Sergail entendió a Méladriel. Él hubiera contado sin dudar el plan de la reina; pero como no lo sabía, sólo dijo: -Acompañando a Méladriel.

-¿Y cuáles son los designios de Méladriel? -preguntó la Vampiresa-. Si me lo dices, quizás te premie -añadió.

Aunque Sergail era docto en el arte del amor, jamás se sintió tan ávido de deseo. Ninguna Mujer había sido tan pasional, tan sensual. Entonces pensó en tomar a la Vampira entre sus brazos y rodearle la esbelta cintura.

Pero, volviendo a sus cabales, Sergail volvió en sí. Respiró hondo como para calmar sus ardores y, agitado, miró a Valane, que más que irritada estaba sorprendida.

-¿Es verdad que eras un Hada? -preguntó Sergail, intentando desviar sus deseos.

Valane, en ademán pícaro, se sentó al lado del Hombre y asintió. Se mecía el rubio cabello y volvió a mirar con deseo sus labios. -¿En verdad quieres saber mi historia? -preguntó.

Sergail asintió. -Deseo saber tu historia -dijo agitado, intentando ganar tiempo.

Valane miró de nuevo al Hombre y asintió. -Te daré gusto, pues sé que Méladriel está desesperada buscando una forma de llamar a sus ejércitos para invadir la torre y abrir la puerta desde adentro, y matarme; pero no lo logrará -aseguró, se acomodó en la cama y prosiguió. -«Érase una vez una bella Hada que vivía en los bosques de Herda, y tres Hombres se enamoraron de ella; pero el Hada no deseaba lastimarlos. Los tres Hombres eran amigos de infancia, pero desde que conocieron al Hada, la amistad desapareció. El Hada, para evitar conflictos, decidió mostrarles indiferencia a los tres. Y los tres Hombres pelearon entre ellos, y cada uno por separado decidió conquistarla. Y al ver que el Hada nada sentía por ellos, los tres, por separado, se suicidaron, por la traición a la amistad y por la desdicha de estar solos».

Sergail escuchó esta corta historia con asombro, pues más que la historia en sí, Valane la narraba con una frialdad sorprendente, como si en verdad no le importara.

Pero en ese momento Valane pareció escuchar algo, como si alguien le susurrara al oído.

-¿Estás seguro? -preguntó al aire.

Sergail percatóse de esto. Incluso vio sorpresa en el rostro de la rubia. Y en ese preciso momento un frío invadió la sala, el mismo frío que sintió en la Batalla de Metys. -¿Hay un Espectro en esa sala? -preguntó. Pero en ese preciso momento Sergail vio, claro como el agua, que un fantasma estaba de pie al lado de la Vampira. Era tan nítida la visión, que incluso logró verle el rostro sobre la calavera.

Valane volteó a mirar a Sergail, y sonrió como si cayeran en cuenta de algo. -Si -dijo-. En esta sala hay un Espectro y un Hombre, pero no se pueden ver porque no hay una Shidraha cerca -añadió.



Juan Esteban Peláez

Pero Sergail sabía que sí había una Shidraha cerca. Méladriel le había dado la joya a uno de sus heraldos. Él podía ver al fantasma, pero nada le dijo a Valane. -¿Y qué sucede? -preguntó el Hombre, un poco temeroso.

-Parece que la Bruja de tu amiga está aumentando sus tropas para atacarme. Llegó un nuevo ejército de Herda proveniente del sur; pero igual no será suficiente para vencerme a mí y a Alanior -respondió la Vampira; pero esta vez parecía dubitativa. No hablaba con la seguridad de siempre. Entonces se escuchó un estruendo fortísimo en toda la torre, y hubo un temblor por toda la edificación. Los cimientos se sacudieron y polvo cayó sobre las cabezas de la pareja. Al parecer el ejército de Herda empezaba a atacar la torre. Y unas trompetas sonaron a las afueras de la torre, unas trompetas estridentes y potentes que retumbaron en el nocturno paraje de las tierras del Diablo. Y se escucharon vítores y un repetitivo desafío proveniente de Hombres allá abajo, listos para la batalla.

Valane abrió los ojos, alarmada y sorprendida. -¡Esa maldita Bruja! -exclamó con una ira incontenible. Entonces miró a Sergail, que devolvía la mirada con temor. Y, sin decir más, Valane salió corriendo del cuarto.

Entonces Sergail salió corriendo de la habitación, mientras escuchaba un segundo estruendo que sacudió en la torre, y fue al cuarto de Méladriel, pero vio que estaba vacío. En ese momento vio que en la estancia hexagonal había una puerta abierta, una que antes estaba trancada. La cruzó y se encontró con una escalera ascendente y oscura. Subió rápidamente y llegó a un salón lleno de estantes que sostenían varios frascos. Pero Sergail no les prestó atención a los repugnantes contenidos.

Al salir del salón llegó a otras escaleras ascendentes. Las subió corriendo y llegó a otro salón, iluminado por lámparas empotradas en las paredes. El salón tenía una mesa oval de madera barnizada. También había allí dos bustos de mármol y unas sillas de madera. En esa sala estaba Méladriel, con la espada en la mano y capucha en los hombros. La armadura negra sobre el mithril le relucía a la luz de las velas, al igual que su sedoso cabello. El rostro de la joven parecía triunfal, mientras miraba por la ventana cómo sus heraldos repetían una y otra vez el desafío, y cómo su ejército se formaba en hileras cerradas con sus escudos en alto. Ya los soldados habían empezado a lanzar rocas contra la torre, y algunos se apresuraban a romper las puertas de la Torre del Vampiro.

-¿Estás bien? -preguntó la reina al Hombre, ahora con tono dulce y amoroso.

Sergail, asombrado, asintió. -¿Qué haces? -preguntó.

Méladriel sonrió, esta vez más alegre que antes. -Vamos a invadir esta torre -respondió con sencillez.

En ese momento el cielo negro y sin estrellas tronó, y una tempestad de rayos púrpuras azotó las gruesas nubes, y un sonido de truenos, semejante a un clamor horripilante, inundó todo el norte de Gorthgath. Desde la ventana era visible la Almena de Carrhas, erguida de forma maléfica sobre los acantilados más al norte y coronada por rayos purpúreos. La silueta de la perversa Almena sobresalía de los árboles y se recortaba contra los destellos de los rayos.

-¿Qué crees que haces, Bruja?! -preguntó Valane, que había acabado de llegar a la sala. Tenía el corazón agitado y la respiración rápida.

Entonces varios Nomos entraron detrás de Valane, prestos a la guerra. Y Méladriel empezó a hablar en susurros, y varios Einheriar aparecieron en la habitación, prestos a defenderla. Y abajo, frente al primer ejército de Herda apareció un nuevo ejército de cinco mil Hombres al mando de Nolat. Este ejército había ido por unos días al sur con el ejército



Juan Esteban Peláez

principal, pero por orden de Méladriel había virado hacia el norte, llegando por el sur a la Torre del Vampiro; una estrategia que Valane no esperaba. Entonces la Vampira entendió el motivo por el cual Méladriel estaba tan segura: Ella había logrado invocar, igual que Eleonora antaño, a los Einheriar. Ella ahora podía invadir la Torre del Vampiro con sus dos ejércitos, allá abajo, prestos a la guerra. Y ahora sus tropas le podían hacer daño a sus Nomos, pues la Shidraha estaba cerca. ¡Claro, la Shidraha que tenían en Herda!

-¿Crees que me puedes vencer por la fuerza? -preguntó la Vampira, pero tartamudeaba, insegura.

-Claro que sí -respondió Méladriel-. Sé cuántas tropas tienes, pues yo también tengo espías. Sé que no puedes vencerme con tu ejército. Yo tengo más tropas, y con la Shidraha en mi poder puedo matarte a ti y a tus aliados.

-¡No nos podrás vencer a Alanior y a mí! -exclamó Valane.

Entonces Méladriel soltó una carcajada. -¿En verdad crees que Alanior vendrá a defenderte? Según sé, la gran mayoría de tropas de Alanior iniciaron su marcha hace dos días hacia el sur. Estás sola contra Herda.

Valane sabía que Méladriel tenía razón, pues la Almena había enviado casi todas sus tropas hacia el sur. -¿Por qué no simplemente dejas este mundo? ¡Bruja loca! -exclamó Valane temerosa, pues se vio encerrada finalmente.

Méladriel, con expresión de triunfo, respondió: -Ahora tú decides Valane: O te enfrentas a mí ahora que tengo toda la torre rodeada por mis ejércitos, o te unes a mí y atacamos a Alanior antes que llegue al sur-. En ese momento hubo otro retumbe, y la torre se sacudió de nuevo, pues uno de los balcones cedió por las rocas. Al mismo tiempo, los Hombres de Herda rompieron las puertas y entraron a la torre, con la joya en su poder y matando todo Nomo que osaba desafiarlos.

Valane quedó estupefacta. No tenía más salida que unirse a Méladriel si quería sobrevivir. Y, desde la ventana, los tres vieron cómo una silueta alada, negra como la noche, emergía de la cima de la Almena, lanzando un gruñido furioso y ronco. Y detrás de tan monstruosa aparición emergieron más bestias aladas. Y de entre los despeñaderos emergieron huestes de enemigos. La marcha desde Carrhas se había adelantado, pues el Yúcida no esperaba enemigos tan cerca de sus dominios y debía actuar rápido para encontrarse con Irgoliath en el sur. Al parecer, el reinado de la Vampiresa había terminado.

186

El bloqueo de la Alianza habíase iniciado tres días atrás. Tal y como se había planeado, los Hombres habíanse apostado entre las tres Almenas sureñas, dejándolas aisladas una de la otra, y evitando que Irgoliath uniera sus incontables raleas.

En el camino que llevaba al oriente estaban posicionados los ejércitos del príncipe Órenot, los Jerládrim y Levanov. Estos ejércitos ya habían batido varias patrullas de Nomos, y habían confiscado varios carromatos repletos de víveres que se dirigían de Althras a Sacrhas. En el camino occidental estaban las tropas de Ángor, de Darhil el Enano y de Herda, estas últimas al mando del duque de Larul. También habían atacado varias caravanas y habían tomado dos enormes fosos entre los peñascos que se erguían alrededor de las torres.



Juan Esteban Peláez

Y, según lo planeado, Ángor y el resto debían cruzar una estrecha garganta entre los despeñaderos para tomar una mejor posición. Después de esto debían cruzar unas venenosas y verdosas ciénagas, y finalmente posarse en el recodo del camino, donde pasaban todas las caravanas que iban a Lavrhas.

Por otra parte, aunque los Hombres seguían teniendo mando, los mayores poderes entre la Alianza eran las dos Amatistas. Todos los Hombres les servían con devoción, y las consideraban reinas. Bella, protegida por Bélaron, guiaba a los Hombres a los caminos orientales, mientras Clara marchaba con Ángor, Darhil y el duque de Larul.

Ahora bien, a las diez de la gris mañana llegaron las nuevas noticias a oídos de Ángor.

-Los batidores que fueron por los barrancos no volvieron -aseguró un explorador con presura.

Ángor, que descansaba en su tienda, se tomó la barbilla en señal de preocupación. -¿Cuántos fueron hacia la garganta? -preguntó el capitán.

-Veinte Hombres -respondió el explorador.

-Una patrulla numerosa -dijo Ángor. Caminó por la tienda por unos instantes, meditabundo. -¿Ya enviaron otra patrulla? -preguntó.

-Es la segunda que mandamos, y ninguna ha vuelto.

-¿Cuántos Hombres había en la primera patrulla?

-Doce, señor.

Ángor seguía pensativo. -Quizás el enemigo nos espere allá -dijo como a sí mismo-. No envíen más patrullas -ordenó-. Consultaré con la Amatista.

Y así lo hizo. Ángor habló de esto con la Apsara, y Clara, con pensamientos más sabios y sensatos, apoyó la decisión de Ángor.

-Ya nos acercamos mucho a la Almena de Lavrhas, y la Yúcida Ana debe estar inquieta al tener al enemigo tan cerca de su morada. Pero debe estar más inquieta que antes, pues ve que ustedes ya no le temen. Debe estarnos esperando con sus huestes tras los despeñaderos -dijo con solemnidad. La Apsara parecía no estar asustada en absoluto, de hecho, parecía satisfecha de que por fin el Espíritu respondiera al desafío.

-¿Qué propones que hagamos? -preguntó Ángor, mirando a la Apsara con admiración.

La Apsara sonrió y dijo: -Iremos tú y yo mañana a esa garganta. Que vayan también el Señor Enano y el duque heraldo de Méladiel.

Ángor asintió, calló por un momento y después habló de nuevo. -¿Dónde estarán Méladiel, Arcalón y Sergail? -preguntó.

Clara meneó la cabeza. -Sólo espero que estén bien -respondió la Amatista mientras se mecía los rizos y buscaba su cetro de oro.

Al día siguiente, Ángor reunió a Darhil y al duque de Larul, llamó algunos guardias personales, y marchó con la Amatista hacia el estrecho que los separaba del valle de Lavrhas. Anduvieron bajo un cielo embrujado hacia los montes cenicientos, hasta llegar a una honda garganta que horadaba el muro de gibas pedregosas.

Allí se quedaron por unos instantes, sobre la árida y cuarteada tierra, sintiéndose diminutos ante los montes, mirando las cimas boscosas. Los árboles allí, de cortezas muy rugosas y nudosas enredaderas, podían esconder colonias enteras de enemigos sin ningún problema.



Juan Esteban Peláez

-¿Por qué simplemente no avanzamos y cortamos cabezas? -preguntó Darhil, que amaba la lucha y odiaba a los Nomos.

La Apsara, mirando las cimas de los montes, respondió: -Porque nos esperan tras esos árboles.

Darhil poco caso le hubiera hecho a los Hombres, pero veneraba a la Apsara como a una diosa, y por eso no increpó.

-¿Cuántos pueden ser? -preguntó el duque de Larul.

-No lo sé -respondió Clara.

-¿Qué haremos entonces? -preguntó Ángor, impaciente por la extrema calma. Nada era escuchado, ni el viento ni el sonido de las bestias salvajes.

-Esperaremos aquí unos momentos -respondió Clara. Entonces zafó de su cinto una bolsa de cuero; allí tenía la Shidraha. Plantó los pies en la tierra, tomó su cetro de oro con fuerza y levantó la Shidraha embolsada. -¡Si deseas la Shidraha, muéstrate y lucha! -gritó con voz impetuosa. Tal desafío se perdió en los ecos producidos por las laderas escarpadas.

Pasaron unos momentos donde no hubo respuesta. Los Hombres y los Enanos ya empezaban a impacientarse, mirando el lúgubre paisaje; pero la Apsara seguía firme, con la cabeza en alto y la tiara brillando. Clara no dejaba de observar las cimas boscosas, pero bajó la mirada cuando escuchó retumbar un cuerno desde el interior de la garganta. El Demonio había respondido al desafío.

No hubo Hombre ni Enano que no titubeara, pero Clara permanecía serena y desafiante, mirando fijamente la garganta polvorienta que se internaba en los valles del sur. La Apsara no se movió ni un tramo, al mismo tiempo que los Hombres y los Enanos tomaban las armas con fuerza y miraban a todos los lados con nerviosismo e inquietud.

Entonces, momentos después, una silueta apareció entre la garganta, solitaria y desafiante. Por la gran distancia a la que estaba era difícil saber qué clase de enemigo era, pero montaba un corcel poderoso y embravecido. La capa negra que poseía el jinete era amplia, al igual que el faldón del caballo.

-¡Vamos a matarlo! -exclamó Darhil.

-¡No! -ordenó Clara, que detallaba al jinete lejano. Sus ojos verdes permanecían atentos, como un gato a la caza.

-Pero debemos...

Mas Darhil fue interrumpido por otro cuerno atronador que retumbó en las estribaciones.

-¿Y ahora? -preguntó Ángor, que ya calzaba una flecha en su arco.

Pero Clara no respondió. Parecía dudar de algo que los Hombres y los Enanos no lograban entender. Y sin decir palabra alguna, caminó hacia el interior de la garganta, desdeñosa, mientras los rizos le danzaban y caían sobre los hombros, y sus vestimentas de sedas purpúreas bailaban con una pequeña ventisca.

-¡¿Qué haces?! -preguntó Ángor.

-Sígueme si quieres -dijo la Apsara con serenidad.

Ángor dudó por unos momentos, pero se sentía seguro al lado de la Amatista. Así que se apresuró a ponerse a su lado. Darhil y el duque también lo hicieron, dejando a los guardias en la entrada de la garganta.

Al ver esto, el capitán desconocido también fue al encuentro. Cuando se fueron acercando, la Amatista fue disminuyendo su paso, sorprendida y angustiada, pues el enigmático jinete tenía un rostro conocido y amado.



Juan Esteban Peláez

-¡Clara, poderosa Apsara, te ruego que abandones estas tierras! -dijo el jinete con la voz cansada y evidentemente angustiado.

187

-¿Estás bien? -preguntó la deidad preocupada.

Arcalón tenía una protuberancia en la cabeza, claramente un golpe, y tenía un dedo entablillado. Eran claros signos de tortura. -Físicamente he estado mejor -dijo el general sonriendo resignado-, pero nunca he estado en una situación tan precaria -añadió suspirando. Miró la Shidraha y se tomó la quijada, como si le doliera. -Siempre que tengo una de esas joyas cerca me duele la vieja herida que recibí en la Batalla de los Cuatro Elementos.

-¿Qué sucede? -preguntó Ángor, claramente sorprendido y preocupado. Aunque ver a Arcalón le había dado gran alegría, la actitud preocupada del Hombre lo tenía expectante. Arcalón miró a su alrededor, consciente de que estaba vigilado, y dijo: -Hemos sido capturados al norte de la Lavrhas. Irgoliath me ha prometido que nos perdonará la vida si evito que las Apsaras lleguen a las Almenas.

-¿Y le crees? -preguntó Clara.

Arcalón meneó la cabeza. -No le creo ni un poco, pero he logrado ganar tiempo... aunque con algunos pequeños altercados -dijo mientras mostraba el dedo entablillado, suspiró y prosiguió: -Aunque estamos rodeados aún somos muchos, y estamos bien armados. A Irgoliath le costará por lo menos una jornada para matarnos a todos.

Clara miraba con detalle a Arcalón, muy preocupada. El Hombre temblaba, claramente asustado por su precaria situación. -Sabes que no puedo retirarme ahora que estoy tan cerca de capturar a ese miserable Espíritu; pero aun si lo hiciera Irgoliath acabaría con todos ustedes -aseguró mientras algunas lágrimas salían de sus ojos. Se sentía culpable, pues ella podría ser un motivo para que le hicieran daño a Arcalón.

El general asintió. -Lo sé, y no espero que hagas caso a mi petición. Debes seguir hacia el sur y asediar las tres torres-. Entonces miró al rey Enano y al duque de Larul. -¿Y Méladriel y Sergail? -le preguntó a Ángor en voz baja.

Pero Ángor meneó la cabeza. -Sé que vinieron a ayudarnos, pero no me he encontrado con ellos.

Arcalón, un poco más tranquilo, asintió. Incluso sonrió: -Cómo la extraño -se dijo a sí mismo.

-¿Tienes algún plan? -preguntó Clara.

Pero Arcalón negó con la cabeza. -Mi único plan es aguantar y, en medio del caos, ayudar a Yíldarel a que escape.

-¿Yíldarel? ¿Está con Yíldarel? -preguntó Ángor claramente animado. El color le volvió al rostro y los ojos le brillaron.

Arcalón sonrió con un tino orgullo, y asintió. -Pero el Demonio la vigila, y no me permite sacarla de la jaula donde está para que no escape volando. Apenas empiece la masacre, la liberaré.

-¿Está resignado a morir? -preguntó Ángor.

-No tengo un plan esta vez. Sólo puedo esperar que nuestra muerte sea rápida; pero no le dejaré al enemigo la tarea fácil.

-¿Y por qué no escapa con nosotros?

Arcalón miró a Ángor y después a las estribaciones. -No puedo dejar a Yíldarel y a mis Hombres. Si vuelvo a Metys sin mis tropas los nobles me castigarán, y si dejo a Yíldarel



Juan Esteban Peláez

en estas tierras nunca me lo perdonaré, ni Torlad lo hará. No puedo escapar. Sólo les pido que no se demoren en atacar. Quizás si llegan a tiempo puedan salvarnos.

-Apenas des media vuelta y llegues a tu campamento el enemigo te atacará -dijo Clara sollozando.

-Por eso espero que ustedes puedan derrotar a Irgoliath antes que nos extermine -dijo Arcalón que, pasándole un papel con un mapa de su posición, añadió: -Haremos lo posible para resistir mientras ustedes llegan.

Clara no dejaba de llorar. -¡Perdóname! -dijo finalmente-. No quiero que ese maldito Espíritu te haga pensar que todo es mi culpa. Me siento mal, angustiada y triste. Perdóname.

Pero Arcalón sonrió y dijo: -No hay nada que perdonar. Vine por Yíldarel y le ayudaré a escapar. Creo que si logro eso mi misión está completa. La Flauta se las encargo -dijo mirando a Ángor.

Este último asintió. -La recuperaremos -aseguró-. ¿Y Derren y Alor?

-Irgoliath los tiene cautivos; pero no creo que me los entregue si no es derrotado. Esta tarea también queda para ustedes-. Arcalón suspiró y miró con detalle a sus amigos, como si quisiera guardar esa última imagen. El general era consciente que Irgoliath lo atacaría apenas llegara al campamento. No había logrado convencer a Clara para que diera media vuelta, (y en verdad no lo quería). Sintió angustia, mucha angustia, y temblando por temor a las represalias, dio media vuelta sin mirar atrás. Y desapareció tras un recodo de la garganta. Casi de inmediato se escuchó el soplar de un cuerno, y los enemigos en las alturas se retiraron, dejando el paso libre.

Entonces Clara se secó las lágrimas, y la angustia fue reemplazada por rencor y odio. Deseaba capturar a Irgoliath ahora más que nunca, y tomó su cetro con fuerza. -No esperaremos a Méladriel -aseguró la deidad-. Debemos atacar lo antes posible. Preparen todo. Cruzaremos la garganta y los pantanos, y llegaremos a la Almena de Lavrhas. También manden las nuevas noticias a Bella, pero que el príncipe Órenot no se entere de la captura de Arcalón.

-Así se hará -respondió Ángor, que se sintió con bríos renovados. Tenían que atacar rápido para rescatar a Arcalón y a Yíldarel. El general ya había ganado suficiente tiempo, y era hora que ellos actuaran.

Clara miró hacia la polvorienta garganta, mientras sentía crecer esa furia implacable en su interior. -Vamos a ver si Irgoliath puede vencer a las Apsaras -dijo.

188

No hay mejor registro que el de dos humildes juglares que presenciaron la batalla que siguió después. Llámese suerte o destino que los dos juglares estaban en la única colina cercana desde donde se podía ver todo el campo de batalla sin estar en peligro. Al amparo de algunos ramajes, vieron por completo lo sucedido allá abajo, entre los valles y las colinas donde se erguían las tres poderosas Almenas, que semejaban patíbulos negros; el último baluarte de Irgoliath.

Bien, los ejércitos de Herda, Ashor y los Areshti cruzaron la garganta cuarteada sin ningún problema, y vieron cómo se abría ante ellos pantanos interminables, venenosos y pestilentes. Unos nenúfares oscuros y cuajados de hongos se esparcían sobre las negras y estancadas aguas, y una bruma hedionda dejaba ver más allá la poderosa torre de Lavrhas.



Las moscas allí proliferaban como líquidos negros, pero esas moscas tenían un tamaño considerable, y aleteaban con estridencia alrededor de los fastidiados soldados, que por más que lo intentaban no lograban espantarlas. A la derecha se erguía un manto de matorrales y zarzas espinosas, ennegrecidas quizás por las envenenadas ciénagas. Pero antes de llegar a los pantanos había unas pequeñas colinas calvas y resquebrajadas.

-Éste es un lugar perfecto para desafiar a la Yúcida. Así tendrá que vadear las ciénagas para atacarnos, y quedaremos fuera del alcance de la Almena -aseguró Ángor mientras subía hasta la cima de una de las colinas y miraba su entorno. A su derecha estaban las ciénagas, y más allá los matorrales. A su izquierda más colinas áridas. Al frente veía el vasto valle, y un poco más a su derecha veía la velada Almena, negra como una horca que desafía las nubes.

Clara también miró su alrededor y asintió. -Aquí estarás tú, Ángor, desafiando a la dueña de Lavrhas. Ella será la que lance el primer ataque, y tú lo recibirás. Ten cuidado, pues ella es cruel y causa desesperanza y pánico. Debes ser un capitán capaz, y debes poder mantener a los soldados juntos, por lo menos hasta que el Espíritu haga su segunda jugada -dijo la Apsara a modo de orden. Aunque dulce al principio, ahora la Amatista tomaba las riendas de la alianza con mano firme. Entonces miró los matorrales a su derecha, y añadió: -No descuides ese flanco.

-No lo haré -respondió Ángor mientras se sentaba un momento, pues la subida de la colina lo había cansado. Muchos de sus Hombres hicieron lo mismo.

Entonces Clara miró hacia su derecha, hacia las colinas y hacia el vasto valle, y dijo: -Arcalón estará en el medio. Allí estaré yo con el ejército de Herda y con los Enanos de las Minas de Ashor para intentar liberarlo del cerco. Aunque temo que ya pudo haber iniciado la batalla.

Ángor miró hacia el centro de valle, y, quizás por alguna extraña premonición, supo que el enemigo ya se había abalanzado contra Arcalón y sus tropas.

-¿Y la Almena de Sacrhas? -preguntó el duque de Larul.

-Bella enviará a Órenot frente a la Sacrhas, y a los Jerládrim los plantará en los recodos del amplio valle, apoyándose en el medio. A Levanov y al ejército de Velheid los dejará como retaguardia, pues son los Hombres más experimentados y los que darán el golpe decisivo -explicó la Amatista mientras miraba hacia el cielo que ya se empezaba a teñir de negro, absorbiendo toda luz mortecina que lograba colarse en esas horribles tierras. -Mañana todos saldrán de la Maldición de las Shidrahas. Por fin todos podrán descansar del ciclo de la maldición, y nosotras vengaremos el honor de Feya -añadió.

Aunque Clara mencionó el nombre de Feya, nadie se atrevió a preguntar sobre ella.

-¿Qué sabemos del enemigo? -preguntó Darhil con su ronca voz. Se mecía la barba y miró hacia la Almena de Lavrhas, que parecía dormir entre las brumas hediondas.

-Que nos superan en número, tienen el factor de la sorpresa y la ventaja de conocer el terreno, y tienen cautivo al mejor general que esta era ha visto -respondió Clara con sinceridad.

-¿Entonces qué esperanza tenemos?! -preguntó el duque, que por un momento se sintió con una desventaja enorme.

Clara sonrió y volvió a mirar al cielo, donde las nubes grisáceas y pesadas se esparcían, impidiendo el brillo de las estrellas y de la Dama. -Somos más astutos, y mejores guerreros -respondió-. Además, estamos nosotras, las Amatistas.

Aunque la respuesta fue algo insulsa, el tono de voz de la Apsara fue profundo, y bastó para calmar a los capitanes.



Juan Esteban Peláez

-Muy bien, mis queridos amigos, vamos a empezar lo que debimos haber empezado años antes. Formen sus tropas donde mejor crean. ¡Mañana desafiaremos a Irgoliath aquí, en sus tierras!

Y así se hizo. Ángor hizo cavar zanjas y armar empalizadas alrededor de las áridas colinas, a las orillas de las ciénagas que rodeaban la Almena de Lavrhas. El ejército de Herda se plantó a lo largo de valle, acompañado de los Enanos y bajo el mando de la Apsara. Y tal y como Clara lo había previsto, los Jerládrim llegaron durante la noche, amparados por la oscuridad nocturna, y armaron sus campamentos en las laderas de las colinas más orientales, fortaleciendo el centro de la invasión. Órenot, ignorante de la situación de Arcalón, formó un cerco en todos los caminos que llevaban a la Almena de Sacrhas, y fue el cerco más exitoso durante el bloqueo. Finalmente estaba Levanov, que por orden de Bella aguardaba en las laderas de los montes pedregosos del norte del valle. Nada se sabía de Méladriel ni de Melina.

Pero ningún capitán sabía de los movimientos del Diablo, y era muy peligroso mandar batidores en la oscuridad, pues en esas tierras pululaban los enemigos escondidos en la oscuridad. Y, aunque nadie los veía, todos los Hombres y los Enanos sabían que Irgoliath movía sus tropas durante las horas más oscuras de la noche. La tierra se sacudía bajo los campamentos, y de vez en cuando se escuchaba algún famélico cuerno en la intraspasable oscuridad.

Pero la noche se hizo más aterradora a eso de la una de la mañana, pues de repente, y como un eco repleto de odio y sevicia, el cielo estalló en una lluvia de relámpagos púrpuras y truenos ensordecedores. Todos los Hombres que habían logrado conciliar el sueño fueron despertados y salieron de inmediato de sus tiendas para ver tan aterrador espectáculo.

Dicen los que lograron salir de allí que bajo los rayos purpúreos y sobre el horizonte negro se veían ríos incontables de enemigos de todas las razas que iban y venían, instigados por la malicia de los Yúcidas, encorvados y con sus armas en alto, prestos a la lucha.

El día siguiente llegó sombrío y cargado de expectativa y temor. Ángor no durmió, pues el nerviosismo no lo dejó. Apenas se levantó comió un pan rancio y púsose sus atavíos de lucha: Su armadura gris, su capa blanca, su yelmo coronado con un penacho blanco, su carcaj repleto de flechas, su gran arco y sus guantes blancos. Salió de la tienda y ordenó buscar al portaestandarte, y cuando éste se presentó, Ángor lo llevó a la cima de la colina más alta y le pidió que permaneciera allí durante todo el tiempo, ondeando el emblema de los Areshti: Una estrella de plata en un fondo blanco.

Después ordenó a todos los Hombres formarse tras las empalizadas, a las faldas de las colinas agrietadas. Finalmente, él se posicionó al lado del portaestandarte, más desafiante que nunca. Desde allí vio que, durante la tormentosa noche púrpura, los enemigos habían plantado horribles adornos entre las ciénagas. Allí, rodeados de intoxicantes nieblas y de aguas calmas que guardaban monstruos horripilantes y sin nombres, reposaban clavados y en forma de espantapájaros varios cadáveres, empalados sin piedad y exudando vapores. Algunos tenían el vientre desfondado, y casi todos tenían las cuencas oculares vacías. Los intestinos descansaban sobre muslos sangrantes, y a ellos se abalanzaban las moscas con voracidad. ¡Qué horrible acto! Además, había un agravante que aterró a Ángor: Los



Juan Esteban Peláez

cuerpos tenían armaduras rojas, por lo que era obvio que esos cadáveres correspondían a las tropas de Arcalón. ¡Arcalón! ¿Acaso había perecido? ¿Acaso no había aguantado el embate de Irgoliath?

Pero, aun inundado en la angustia y en el temor por la suerte de su amigo y la suya propia, Ángor no se movió ni un tramo, mostrando la valentía que sus Hombres necesitaban como inspiración.

Y, como Ángeles que hubieran caído del cielo para ayudar a los Hombres, llegó el más majestuoso de los capitanes y el más sublime de los guerreros. De los aires, batiendo sus alas con desdén, descendieron tres cóndores majestuosos, y sobre uno de ellos estaba Rub, el Cóndor Blanco, Señor de los Hombres Voladores y de los Cóndores. Al ver llegar al poderoso Rub, todos los Hombres sintieron henchir sus corazones, y lo alabaron y vitorearon.

Rub apeóse del cóndor y dirigióse a Ángor. –Te ayudaremos primo, compañero de alegrías y tristezas -dijo.

Ángor, sin poder aguantar la felicidad, se apresuró a abrazar a Rub. –Ahora no me siento solo -dijo mientras sentía unas lágrimas de felicidad escapársele de los ojos.

Rub, halagado, devolvió el abrazo. –Somos pocos los que vinimos, pero mantendremos los cielos despejados de enemigos y llevaremos los mensajes necesarios -aseguró.

-Dicen que Alanior también vendrá a esta batalla con sus monstruos voladores.

-¿Alanior de Carrhas?

-Así es.

-Entonces lo estaré esperando, y si se topa en mi camino le daré muerte.

Ángor asintió y miró de nuevo la torre negra. –Ahora esperemos que Ana ataque -dijo.

En las primeras horas de la mañana nada pasó, pero a eso de las nueve de la mañana, ya cuando los ánimos de los Hombres habían decaído un poco, se escuchó un grito aterrador desde la cima de la Almena de Lavrhas. Por fin la torre respondió al desafío de Ángor, y abrió sus puertas de poderosos batientes, y vomitó sus innumerables huestes, como insectos que se hacen a una presa que todavía vive pero que no puede defenderse. Así empezó la Batalla de las Almenas.

189

Ángor, con un vacío vertiginoso en el estómago, alcanzaba a ver desde la cima de la colina cómo las incontables huestes de Nomos, Goblins y arácnidos pululaban de la Almena como un río negro que bulle de furia y crueldad. Aunque borrosas por los vapores cenagosos, las figuras de los enemigos se acercaban con una velocidad aterradora, aclarándose cada vez más. Y, al ver el gran número de enemigos, los Hombres titubearon; pero, como eran de linajes valerosos no se movieron y enfrentaron el temor con desdén. Tomaron sus arcos y sus flechas, y desenvainaron sus espadas, y se prepararon para la arremetida.

Entonces algunos Nomos intentaron vadear las ciénagas en desordenado y embravecido tropel. Pero fueron recibidos por un aluvión de flechas que silbó en el aire. Muchas flechas se clavaron en las oscuras pieles, y otras chapotearon en las charcas. Muchos Nomos



Juan Esteban Peláez

cayeron heridos y seseando de dolor, blasfemando, o muertos; pero no se detuvieron. Se atropellaron entre ellos, y muchos cayeron a charcas negras y se ahogaron. Pero el avance no cesaba. Algunos Hombres vieron con horror cómo tentáculos viscosos repletos de ventosas, púas y lodo, emergían de las aguas y agarraban y hundían a algunos enemigos; pero las huestes no dejaban de correr hacia las colinas, bramando y lanzando injurias.

Y los primeros Nomos y Goblins que lograron pisar tierra firme fueron recibidos con el filo de las espadas y de las lanzas. Pero poco a poco se volvió más furioso el masivo ataque, y cada vez más enemigos llegaban a las faldas de las colinas, empujándose unos a otros contra las filosas empalizadas. Entonces la batalla se encarnizó a las orillas de las ciénagas.

Ángor miraba desde la cima de la colina más alta cómo los enemigos ya trababan combate con sus Hombres. Pero vio la oportunidad perfecta al ver que las ciénagas parecían ser más profundas a la izquierda, pues allí pocos enemigos lograban vadearlas. Así que envió todo un regimiento para esa zona. Y desde allí, los arqueros lanzaron sus flechas a diestra y siniestra, matando enemigos a voluntad.

En ese momento se escuchó un nuevo cuerno, esta vez a la derecha de Ángor. El capitán miró hacia el occidente, y vio que de los matorrales y espinos emergían más Nomos, pero tres moles carnosas también salieron. Las grotescas abominaciones tenían la piel rugosa y verde, facciones asimétricas, sin narices y con los cráneos aplanados. Mugían y bramaban con un furor maligno, y mostraban sus podridos dientes con amenaza. Estaban protegidos por petos gruesos y cascos con un cuerno de marfil.

Los tres horrendos Trolls se internaron en las luctuosas ciénagas, chapoteando y avanzando trabajosamente entre los plagados nenúfares. Levantaban mazas enormes y martillos muy pesados, y lanzaban roncros y enloquecidos bramidos.

-¡No los dejen llegar! ¡Mátenlos! ¡Ahora! -gritaba Ángor una y otra vez, aterrado por la presencia de las corpulentas bestias.

Entonces varios arqueros descendieron de las cimas y lanzaron flechas a los Nomos y a los Trolls. Pero cuando lograron abatir a uno de los Trolls, haciéndolo caer de cara contra las inmundas charcas, emergieron cuatro Trolls más de los matorrales, acompañados por más Nomos raquíticos y patizambos.

Entonces los Hombres vacilaron. Pero Ángor en un acto de valentía que quedó en las canciones, bajó de la cima, con el portaestandarte al lado, y tomó una flecha, la apuntó y la clavó en el ojo de un Troll que había logrado llegar a tierra firme. Al ver al Troll caer desgonzado, los Hombres tomaron de nuevo bríos, y se lanzaron contra el enemigo.

De esta forma, Ángor se vio luchando al lado de sus Hombres, lanzando flechas a todos lados y conteniendo al enemigo. El capitán abatió a tres Nomos, disparando desde la pequeña elevación a los pantanos hediondos. Mató otros cuatro sobre la colina, y a un Troll en las ciénagas. Pero sólo se alarmó cuando vio que le quedaban cuatro flechas en el carcaj. En total desespero, y con la cabeza ardiente por la adrenalina, Ángor intentó recoger las pocas flechas en el suelo, e increíblemente encontró a un arquero muerto entre la carroña con el carcaj casi entero. Pero cuando se levantó, escuchó un nuevo sonido, esta vez proveniente del norte, en su retaguardia.



Juan Esteban Peláez

Sólo entonces se dio cuenta de su gravísimo error. ¡Había dejado su retaguardia desprotegida! Y esta vez no era un cuerno lo que sonaba, era una estridente trompeta. Entonces supo que la Yúcida Ana lo había medido y lo había superado. Y desde las elevaciones arbóreas del norte salieron miles de arañas como una colonia de insectos infernales. Sin saberlo, Ángor habíase puesto frente a dos colonias enterradas de arácnidos. Éstos habían esperado pacientes bajo tierra la orden de la reina de Lavrhas. Y cuando Ana ordenó el ataque, los insectos emergieron de sus estrechos y asfixiantes túneles para dar lucha.

Para Ángor fue aterrador ver cómo los arácnidos emergían de los árboles, cuesta abajo, y se lanzaban hacia su posición. Entonces se puso de rodillas sobre la árida tierra, mientras un nuevo redoble de tambores y bongos invadía el aire, acompañados de la trompeta impertinente que Ana soplabá. Ella habíase desplazado con un destacamento de Nomos y Goblins por la negra noche hasta el costado izquierdo, hasta el valle que ahora invadía con furia. Ella había encerrado a Ángor por completo, mostrando su conocimiento en batalla. La Yúcida había ganado.

De esta forma, Ana desenvainó su larga espada, que brilló como un rayo de muerte, y se lanzó en embravecida carga sobre su monstruoso caballo, negro como la noche y de ojos rojos como rubíes. Ángor, todavía en la colina, miraba jadeante y de rodillas cómo Ana, protegida por su guardia, se apresuraba hacia el costado oriental de la colina, seguida por miles de Nomos que balbuceaban y babeaban, y gritaban empuñando cimitarras oxidadas y melladas.

Pero Ana era quien más terror causaba: Sus ojos amarillos y brillantes parecían hechizar a los Hombres que se cruzaban en su tempestuoso camino, y sobre su poderosa montura destrozaba al ejército de plata en las colinas. Los cascos del corcel negro aplastaron muchos Hombres, y la espada de la hechicera cortó cabezas y cuellos. Al mismo tiempo que los arácnidos trepaban por las empalizadas de la retaguardia, y los Trolls y Nomos no dejaban de salir de la Almena y cruzar los pantanos.

Ángor miró entonces el cielo gris, con lágrimas en los ojos y temblando de miedo, pues sabía que estaba derrotado, y sudando dijo: -Mis señores Areshti y mis amigos: Les he fallado.

En ese momento, lejos, en la Tierra de los Magos, Londrake sintió un frío en su pecho. Fue tal fuerte el vértigo que tuvo que sentarse. Desorbitó la mirada y vio que Háladriel se acercaba para ayudarlo a levantar, asustada.

-¿Qué sientes? -preguntó Háladriel.

-Está sucediendo -aseguró el Mago con la voz vacilante.

-¿Qué está sucediendo? -preguntó la hermana de Méladriel mientras levantaba al Mago y lo sentaba en una silla cercana para que descansara.

Londrake la miró, pálido como la nieve, y dijo con angustia: -Mis muchachos están saliendo de la Maldición de la Shidraha.

A diferencia de Ana, los enviados desde la Almena de Altrhas no podían atacar por sorpresa, puesto que el valle donde se encontraban era yermo y despejado. En la seca



Juan Esteban Peláez

llanura no crecía matorral alguno, ni árbol; sólo hongos venenosos que sarpuñían de blanco la tierra como una purulenta infección. Atrás, muy a lo lejos, como una maligna arma que recuerda el desespero, se erguía la torre de Victoria. Ésta despuntaba el cielo como una lanza perversa, pero por la distancia sólo se veía su negra silueta contra el cielo.

Clara se había levantado muy temprano y había avanzado rápidamente al valle, acompañada del duque de Larul, los carrud y Darhil el Enano. La Apsara no había podido dormir a causa de la angustia, pues temía por la seguridad de Arcalón. Por eso mismo, cuando llegó al valle y vio que muchos nubarrones de polvo se alzaban tuvo esperanza, pues se dio cuenta que las tropas de Arcalón aún seguía luchando cerca de la Almena de Althas, fieros y desesperados. Entre las nubes de polvo se veían varias siluetas pequeñas entrelazadas y furiosas, lo que significaba una férrea batalla.

Victoria, por órdenes de Irgoliath, había atacado durante la noche a Arcalón. Al ver que Clara y Bella seguían su avance hacia el sur, Irgoliath ordenó asesinar a Arcalón antes que las Amatistas llegaran; pero no contaba con que Arcalón tenía soldados fieros y muy organizados, y, aunque estaban rodeados, no dieron el brazo a torcer, ni se rindieron ni salieron despavoridos a correr. Arcalón, armado de su gran carisma y su capacidad de liderazgo, había logrado resistir con sus Hombres hasta el amanecer, aun siendo atacados por todos los flancos.

-¿Están luchando entre ellos? -preguntó el Enano, que no alcanzaba a ver bien lo que sucedía en el valle.

El duque meneó la cabeza. -Es imposible saber qué sucede desde aquí, pero espero que se estén matando entre ellos -aseguró.

Pero Clara sonrió, sonrió con gran alegría mientras miraba la batalla en el valle. -¡Es Arcalón! -exclamó.

En ese momento se escuchó la trompeta de Ana, lejana pero furiosa.

La Apsara miró a su derecha, a las colinas que llevaban a las ciénagas, y suspiró. -Cuídate, Ángor -pidió, pero nadie la escuchó. Entonces, afanada y con bríos intensos, la Apsara caminó hacia el frente del ejército de Herda y levantó el cetro de oro al cielo lúgubre. - ¡Vamos a desafiar al hacedor de las Shidrahas!

Entonces todos los Hombres gritaron al inmundo aire, y se sintieron invencibles. Golpearon sus escudos con sus armas y lanzaron ofensas al Demonio.

En ese momento unas trompetas de bronce se unieron en un solo clamor, retumbando en el horizonte. Y fueron los Jerládrim quienes, llevados por un impulso abrumador, se abalanzaron contra el flanco derecho de Irgoliath. Sus elefantes mugieron y sus caballos resoplaron, y, acompañados de camellos, iniciaron un tempestuoso avance. Los Jerládrim alzaron sus cimitarras y calzaron sus flechas en sus arcos, y avanzaron embravecidos contra los océanos negros de enemigos. Y, como una avalancha de arena, cayeron sobre las huestes que todavía no estaban preparadas.

La primera fila de enemigos murió aplastada por cascos impetuosos, o por cimitarras filosas, o por marfiles agudos; pero el avance, aunque poderoso, fue frenándose poco a poco por las zanjás que los Nomos habían cavado allí, repletas de palos afilados. Muchos jinetes y animales murieron al caer en esas pestilentes trincheras; pero muchos otros lograron saltarlas o rodearlas, y lograron darle frente al enemigo.



Juan Esteban Peláez

Y más impetuoso fue el avance de los dos blancos *milmidones* de los carrud, que mugían y levantaban sus trompas, mostrando sus cuatro colmillos de marfil. Y, como si aplastaran setas, pisotearon con fuerza las tropas enemigas. Pero varias lluvias de flechas iban y venían por todas partes, hostigando a los poderosos paquidermos.

Entonces, como azuzados por una cruel fusta, todos los enemigos lanzaron blasfemias al aire y se abalanzaron contra los Hombres y Enanos sobre la árida llanura, levantando nubes de polvo bajo sus pies. En un tropel bestial, Nomos, Goblins, Trolls, Espectros y arañas se lanzaron hacia los Hombres, atropellándose unos a otros. Y en un primero encuentro furioso se machacaron huesos y se desgarraron carnes. Mas ningún enemigo se acercó a Clara, que impertinente y arrogante, permanecía al frente de los Hombres. Todos preferían rondarla y evitarla, pues la Apsara los intimidaba. Pero de todos lados seguían llegando enemigos como negros ríos que se unen en un delta torrentoso, intensificando la batalla.

Así, entre nubes de polvo, risas seniles, gritos infernales y sonidos metálicos, se desataron las fuerzas de ambos bandos. Allí parecía arreciarse la batalla cada vez más, pues del norte venían bloques de Hombres y Enanos, mientras que del sur pululaban huestes horribles y temibles fantasmas. La batalla parecía muy reñida en el seco y asfixiante valle. Pero Clara empezaba a desesperarse, pues no lograba llegar a la comprometida posición de Arcalón, y temía no poder llegar a tiempo y romper el cerco que encerraba al general.

Al mismo tiempo, Bella, custodiada por Bélaron y guiando al príncipe Órenot, ya trababa combate contra las incontables tropas que venían de la torre de Prior, la Almena más oriental. Pero todos sabían que, aunque la batalla ya era muy fuerte y violenta, hasta ahora empezaba, y como peones en un ajedrez, esas huestes no eran más que una medición.

El primer golpe sorpresivo fue lanzado por Irgoliath, que abriendo los fosos más profundos y ardientes de la Almena de Altrhas, lanzó sus bestiales monstruos. Clara, que aún no podía ganar mucho terreno, vio entre los nubarrones cómo dos dragonas negras de corazas gruesas y púas en sus grupas batían sus alas membranosas para lograr emprender vuelo. Y cuando lo lograron, otros cuatro dragones llegaron volando desde las montañas del sur, clavando su mirada diamantina en la caótica batalla allá abajo.

Entonces, instigados por la voluntad de Irgoliath, los seis dragones, de fauces poderosas y un hambre insaciable, se lanzaron a la batalla, prestos a engullir y quemar. Y dos de ellos, más voraces que los demás, abrieron sus alas cartilaginosas y ensombrecieron la batalla, y cayeron sobre amigos y enemigos, y trituraron con sus fauces a todos por igual, pues esos monstruos no diferenciaban aliados de invasores. Y los otros sobrevolaron el llano, lanzando sus intoxicantes hálitos sobre el valle.

Pero uno de los dragones fue sorprendido y abatido con un golpe fulminante, pues mientras se acercaba para dar una segunda arremetida, Clara levantó el cetro de oro, que, actuando como una bobina, atrajo un blanco rayo que redirigió hacia la sombría criatura. El rayo quemó al dragón, haciéndolo caer inerte al suelo árido. El monstruo humeante levantó una nube de polvo y aplastó a varios enemigos.

Mas ese no fue la única respuesta de la alianza, pues del norte, de los montes cenicientos, emprendieron raudo vuelo los orgullosos cóndores de Rub, y se apresuraron al encuentro



Juan Esteban Peláez

con los dragones del Diablo. Y, sacudiendo las alas y produciendo un ruido de huracán, volaron y se lanzaron hacia los saurios con flechas y venablos.

Irgoliath sacó en ese momento su segunda carta, e hizo que la Almena de Altrhas se coronara de rayos púrpuras, lo que era una llamada a Alanior, que aguardaba paciente entre escarpadas elevaciones. Alanior ya había librado una batalla al norte, cerca de la Torre del Vampiro contra Méladriel, Sergail y Nolat; pero aún tenía algunas tropas. Así que el Yúcida de Carrhas lanzó a sus saurios salvajes contra los cóndores. Pero no fue el único convocado, pues las Brujas del Árbol Macabro también se lanzaron sobre sus aves negras, rodeadas de grandes murciélagos que aleteaban con violencia y chillaban alrededor, formando una caótica nube negra.

Rápidamente los cóndores fueron rodeados y superados por los torrentes de enemigos voladores. Y la esperanza desapareció cuando Alanior divisó a Rub. Entonces, lacerando las nubes, el Yúcida se lanzó hacia el capitán. El saurio plegó las alas y, sin hacer ruido, descendió sobre el Cóndor Blanco, y sobre el ave clavó sus garras, y por el impacto le rompió la columna, matando al cóndor de inmediato. Aunque el saurio intentó morder a Rub entre las plumas negras, no lo logró, pues Rub alcanzó a blandir su espada y lastimar al animal en las fauces; pero la muerte del cóndor dejó a Rub en caída libre. Triste fue el final del gran Cóndor Blanco, pues el mal triunfó sobre el bien. Así acaba la maldición para Rub, quien ayudó con la victoria en Metys.

Y, para empeorar la situación, las pocas tropas que habían sobrevivido del ataque en las ciénagas traían las malas noticias, corriendo desesperadas y jadeantes. Pero no venían solos, pues Ana les pisaba los talones con sus innumerables huestes.

Mas no todo era desespero y desilusión, pues en el oriente Bella y Órenot habían logrado retener las tropas del enemigo. Para después del mediodía habían obligado a retroceder al enemigo por los accidentados sederos que llevaban a la Almena de Sacrhas. Pero el príncipe había aprendido de Arcalón, y reunió de nuevo sus tropas sobre la yerta llanura. No dejó que sus soldados persiguieran al enemigo. En vez, el príncipe y la Amatista se apresuraron a marchar hacia el occidente, donde el terreno se inclinaba un poco. Bajaron las laderas y allí vieron una violenta escena llena de nubes de polvo, y gritos y chillidos. Pero el valeroso príncipe no vaciló y, montando su poderoso corcel zaino, se apresuró a bajar sin miedo hacia la batalla. Aunque su guardia intentó alcanzarlo, el embravecido príncipe cabalgó con más maestría que todos, y dicen las canciones que fue el primero de los Hombres de Telheid en blandir su espada en esa hondonada.

Tras el gallardo Órenot llegó Tóldoras, y tras él llegaron las poderosas tropas de armaduras bronceas y cascos con crestas negras. Sus capas negras ondeaban mientras corrían y rugían, y sus espadas parecieron centellear en la creciente oscuridad. No hay duda que ese día las tropas del príncipe fueron las más efectivas.

Al ver las valerosas tropas de Órenot descender desde las laderas orientales, el valor volvió a los Hombres de Herda, que volvieron a dar una fiera lucha. Y los Jerládrim, después de despejar todo el flanco derecho, volvieron y atacaron la retaguardia del enemigo, causando caos. Ahora las huestes del Irgoliath eran superadas desde el oriente, el norte y el sur.



Juan Esteban Peláez

Pero las tropas de Ana habían despejado todo el occidente, y desde allí lanzaban nuevas tropas que parecían no terminar nunca. Y sólo entonces una de las cartas más fuertes de Irgoliath fue mostrada: El suelo retumbó bajo la batalla, y un cuerno que nadie olvidó dio aviso de un nuevo desespero incubado en la oscuridad. Y, en el yermo horizonte, entre humaradas, fueron divisadas nubes de polvo levantada por una nueva caballería. Los caballos bufaban con furia, azotados por sus amos, y se dirigían en tempestuosa marcha hacia la hondonada. Y tras la caballería había varios Espectros. El reino de Félgor había mandado sus tropas desde el sur, y eran tropas poderosas y casi invencibles. La vanguardia de caballeros causaba un terremoto bajo sus enormes cascos. Los caballos estaban enjaezados con rojos atavíos. La oscuridad volvió a cernirse en el valle al ver el nuevo ejército.

Fueron los Jerládrim al mando de Arsej-Tarar los que intentaron bloquearles el paso a las tropas de Félgor. En medio de la batalla, el carrud hizo soplar su cuerno varias veces. «¡Jerládrim!» gritaba desde el lomo del *milmidón* blanco que mugía y arrasaba todo a su paso. Entonces los Jerládrim rodearon al enorme animal, e incitados por el flameante estandarte que llevaba el carrud, se lanzaron contra el ejército que venían desde el sur. Los caballos y camellos se negaban a avanzar, pero los Jerládrim los azuzaron y los llevaron contra el enemigo.

Arsej-Tarar miraba cómo sus Hombres avanzaban en un raudo galope hacia la caballería negra. Y vio cómo varias flechas y venablos emergieron del nuevo ejército, y cómo varios Jerládrim cayeron. Y vio cómo los jinetes y camelleros zigzagueaban entre los caballos del enemigo, lanzándoles flechas y blandiendo cimitarras. Aunque la tempestuosa embestida del enemigo se vio frenada, no fue detenida del todo. Muchos Jerládrim murieron intentando detener la carga enemiga.

Sólo en ese momento se escuchó un nuevo cuerno, pero su sonido no era conocido. Provenía del norte, de la garganta que horadaba los montes. Los Hombres y los Enanos no lo escucharon con claridad, pero sonó por segunda vez y rebotó en ecos por todo el valle. Los aliados habían sacado una nueva carta, poderosa e inesperada: Méladriel había llegado.

191

Cuando el plúmbeo cielo empezaba a tragarse la poca luz de los soles, Méladriel llegó al valle de las Almenas, acompañada de Sergail y lo que quedaba de su ejército, además de unos nuevos aliados. Llegó altiva y con aires de triunfo, pues había logrado una victoria en el norte. Además, no llegó sola, pues la acompañaba Valane y sus tropas de Nomos.

Ahora bien, cuando Valane vio el ejército de Herda a las afueras de su torre, no tuvo más opción que aliarse con la reina de Herda para luchar contra Alanior. Aunque parecía renuente, en su interior sentía satisfacción porque por fin podía desafiar al Yúcida y quitarle el dominio del norte de Gorthath.

Cuando Méladriel inició su avance, el Yúcida se apresuró a sacar todas sus tropas de la Almena de Carrhas, lanzándolas a una marcha forzada en dirección al sur. Pero Méladriel,



Juan Esteban Peláez

Sergail, Nolat y Valane se apresuraron a cortarle el paso. Sergail había aprendido bien de Arcalón, y fue quien dirigió las tropas de Herda y los Nomos de la Vampira. Posicionó las tropas alrededor de una hondonada, y cuando el ejército de Alanior entró a ese terreno fue rodeado y masacrado casi por completo. Pero Alanior tenía órdenes de ir al sur con urgencia, así que dejó su infantería a merced de Méladriel.

Ya en el campo de batalla, Clara, que tenía ya el rostro sucio por el polvo, miró hacia las elevaciones más próximas del norte, y allí vio a la gallarda Méladriel guiando a las tropas de Herda que acudían a su llamado.

-¡Vamos mis amados Hombres, démosle a Herda la gloria y la victoria! -gritaba Méladriel en medio de los atronadores ruidos que casi la acallaban; pero su voz era impetuosa, y una furia roja la rondaba. Su corona le brillaba en la altanera cabeza, y los cabellos negros se mecían de un lado a otro, con visos azulados como las plumas de los cuervos. Su capa gris flameaba y su rostro blanco brillaba.

Aunque el temor siempre la había invadido, la reina se podía considerar una experimentada en la batalla. Había librado más batallas que casi todos los Hombres que le servían en ese momento. Todos lo sabían, y por eso acataban sus órdenes sin objeción. La reina, con la adrenalina a flote, parecía aletargada e inundada por un furor y un trance extraño. Aunque sentía miedo no retrocedía, y con lucidez enviaba tropas a diestra y siniestra, leyendo con maestría el desarrollo de la batalla.

Aunque el caos era gigantesco, Clara detalló a Méladriel por unos segundos con una calma que ningún Humano hubiera logrado dominar. Allí estaba la joven inocente que Ahora había criado en Verdelheid. Una jovencita antes tímida y sonriente que balanceaba la cabeza cuando caminaba como un joven y juguetón elefante, y que no hacía más que ir al mercado por víveres y ayudar a su tutora. Allí estaba la joven que, por hados malignos, había sido literalmente obligada a cruzar las Tierras Espectrales para llevar la Estrella de Jores a Herda. La misma que había luchado contra Alanior y Cranior en Dan-Silum al lado de Megot el Glorioso. La misma que había inspirado a Éliot, el mejor pintor del mundo. La mismísima reencarnación del poder en Herda. La misma que había estado en la Batalla del Valle de Ahl. La misma que sólo hacía horas había batido un ejército completo más al norte.

El verla allí, orgullosa, coronada y desdeñosa, fue para Clara un placer. Ahora la tímida joven de Verdelheid era la reina de Herda, amada por sus Hombres y respetada y temida por sus enemigos. Y por ella brillaba en los cielos la Estrella de Jores, la única estrella que fue bajada del cielo y volvió a él. El verla con la espada corta y pulida en alto, causó en Clara una gran alegría y un profundo orgullo.

Con este nuevo avance, los Yúcidas vacilaron y temieron, pues por un momento contemplaron la derrota. El ánimo de los combatientes a menudo inclina la balanza en las batallas, y la llegada de Méladriel y Sergail ahora inflaba los corazones de los Hombres y los Enanos. Clara diose cuenta de esto, así que, instigada, inició un poderoso avance hacia la posición de Arcalón. Era ahora o nunca. La deidad lanzó varios rayos, lo que hizo que muchos enemigos corrieran despavoridos por todos lados. Y los Hombres del duque de Larul se lanzaron en precipitada carga contra el centro del ejército enemigo. Irgoliath entonces supo que debía dejar de atacar a Arcalón, pues Clara era más peligrosa. Así que lanzó algunas tropas para detenerla; pero ninguno se acercó, pues le temían y sabían que



Juan Esteban Peláez

no podían vencerla. Entonces sucedió algo que nadie esperaba: Irgoliath tocó la retirada. Las tropas del Demonio empezaron a replegarse hacia las Almenas. Estaban aterrorizados, pues temían a Clara y a Bella, y vieron que los invasores no eran débiles, y que en verdad podían vencerlos a campo traviesa; pero en las torres podrían defenderse. Clara sabía eso, así que simplemente dejó que se retiraran.

Y por más que las bestias voladoras de Alanior intentaron frenar el avance de la alianza, no lo lograron. En vez, los enemigos corriendo despavoridos, dejando despejados los flancos de la batalla. Y los dragones de Irgoliath se lanzaron de nuevo hacia la batalla, pero fueron abatidos por los rayos de las Amatistas. Aunque la victoria aún estaba lejos, y Gorthgath todavía tenía poderosas sorpresas, este era el primer jaque a Irgoliath.

192

Irgoliath se escondió en el más profundo de los socavones, tan oscuro que ninguna luz podía traspasarlo. Allí, acurrucado y a la vez molesto, el Diablo no pudo hacer más que ordenar a sus tropas resguardarse en las tres torres mientras los refuerzos llegaban. Todavía esperaba apoyo de dos poderosos ejércitos del norte que podían darle la victoria. Sólo tenía que aguantar en las Almenas para aplastar a la alianza.

Así terminó la primera batalla en el valle resquebrajado. Los Hombres, fatigados y malheridos, no pudieron aguantar la felicidad. Muchos de ellos lloraron de alegría, vitorearon y se abrazaron. El ver la retirada de los enemigos les dio esperanzas de volver a sus casas, y olvidaron por un momento el hambre y la sed, y el dolor y el cansancio.

Clara, aún con la zozobra a flor de piel, no descansó. En vez, fue al centro del valle para encontrar a Arcalón y a sus tropas. Temía que el general hubiera flaqueado y no hubiera aguantado la batalla. A medida que se acercaba al centro del valle, más y más cadáveres fétidos se apilaban en la tierra. Un frío le recorrió la espalda, pues no veía sobrevivientes por ningún lado. Y cuando llegó a la posición de Arcalón no vio más que víctimas. Había allí muchos cuerpos de rojas armaduras, unos sobre otros, sangrantes y desfigurados. Había muchos mutilados, pero ninguno quedaba con vida.

-Mi señora, debemos encontrarnos con el resto de generales para evaluar el paso a seguir -dijo el duque de Larul con respeto-. Según algunos exploradores, Irgoliath está esperando refuerzos del norte y aún puede derrotarnos sobre el valle -añadió.

Clara empezó a sentir un dolor profundo en el pecho, pues el temor de que Arcalón y Yíldarel estuvieran entre los cadáveres la aterraba. Pero suspiró, intentándose calmar, y asintió. -Volvamos al campamento -dijo-, pero envía batidores alrededor de esta posición, pues debemos reunirnos con Arcalón -añadió esperanzada, apegada a una idea vaga de que el general todavía vivía.

La Apsara volvió al campamento y allí vio a algunos valientes Hombres rendirle homenaje al caído Rub. Llevaron su cuerpo inerte al centro del campamento de Velheid y lo cremaron en una pira. Muchos Hombres lloraron esta pérdida.

-¿Ya sabe Ángor de la muerte del Cóndor Blanco? -preguntó Clara al duque.

Pero este último meneó la cabeza. -Nada sabemos del señor Ángor -respondió el noble para desdicha de Clara.



Juan Esteban Peláez

Así pasaron algunas horas. Los Hombres y los Enanos montaron algunos campamentos y descansaron y comieron un poco. Pero los generales se apresuraron a reunirse en la tienda de las Amatistas, menos Arsej-Tarar, que decidió montar guardia en el valle.

El primero en llegar fueron el príncipe Órenot. -¿Qué se ha sabido de Arcalón? -preguntó, orgulloso de la victoria.

Pero ni Clara ni Bella respondieron de inmediato.

Este silencio impacientó al príncipe. -¿Está bien? -preguntó.

Pero Bella respondió negando con la cabeza. -Queremos pensar que sí; pero no estamos seguras.

En ese preciso instante entraron a la tienda Méladriel y Sergail. Al escuchar esto la reina palideció y sintió sus fuerzas decaer, a tal punto que Sergail tuvo que sostenerla para que no se cayera. Darhil, el rey Enano, también se apresuró a ayudarla.

-¡Gran reina! -exclamó el barbudo Enano preocupado.

-No puede haber caído -dijo Méladriel, mintiéndose para asimilar la situación-. Es imposible. ¡No pudo haber caído! -gritó mientras temblaba.

-No estamos seguros Méladriel -se apresuró a decir Clara-. Sencillamente no sabemos dónde está.

-Valane nos dijo que estaba rodeado. ¿Es cierto? -preguntó Sergail mientras sostenía a la reina y tragaba saliva. Él también ya empezaba a temblar.

-¿Valane les ayudó? -preguntó Bella, que bien sabía quién era ella. La Vampira en ese momento estaba en su campamento, y se negó a reunirse con las Amatistas; pero prometió ayudar a Sergail y a Méladriel.

-Así es -respondió Sergail.

-Lo que la Vampira dijo es cierto: Arcalón estaba rodeado. Pero cuando llegué al campo de batalla sus tropas aún luchaban. Por eso puede que lo hayan logrado -afirmó.

-Pero estamos aquí por otro tema -dijo el duque-. Debemos planear el ataque a las Almenas antes que los refuerzos de Irgoliath lleguen.

El príncipe Órenot permanecía en silencio, incrédulo con las noticias. Quería combatir al lado de Arcalón, con orgullo y valor, y quizás ahora nunca podría hacerlo. Pero era un príncipe, y uno fuerte y sabio, aunque joven. Entonces dijo: -Es cierto. Debemos planear la ofensiva. Después nos preocuparemos por encontrar a Arcalón.

Méladriel sintió una furia indescriptible, acompañada de una impotencia enorme. Quería salir corriendo, dejar todo atrás y obligar a cada uno de sus seguidores a buscar a Arcalón. Pero ahora era reina, y no podía ser caprichosa. Así que dijo con gran astucia: -Propongo atacar primero la Almena de Altrhas. Si cae Victoria caerán el resto de hechiceros.

Clara sabía que la Almena de Altrhas era la posición más obvia para buscar a Arcalón; pero también era la torre más fuerte y las más importante. La reina tenía razón: Si Altrhas caía Irgoliath no sólo perdería la batalla, sino que perdería la guerra. -Estoy de acuerdo -convidió la Apsara.

-¿Pero no esperaremos a Ángor? -preguntó Sergail mientras miraba a su alrededor, buscando a su amigo.

Las Apsaras volvieron a callar.

-¿Ángor está bien? -preguntó Sergail con la voz entrecortada. Por un momento pensó que todo estaba perdido, pues ninguno de sus dos amigos estaba en esa reunión; además habían perdido a Rub.

En ese preciso momento llegó Levanov con varios guardias, muy apresurado y con la cara blanca, como si hubiera visto un fantasma. Y dijo acelerado y casi gritando: -¡Ha llegado!



Todos los generales salieron de la tienda para ver a los recién llegados. Casi todos estaban heridos, muchos cojeaban y se quejaban, y muchos aún sangraban. Eran varios Hombres que llegaban de todos lados, con armaduras hendidas y armas melladas; pero vivos. Uno de ellos traía el pendón de un dragón rojo, el símbolo de Arcalón.

-¡Ayúdenlos! ¡Ayúdenlos a todos! -ordenó Clara mientras corría con Méladriel y Sergail hacia el portaestandarte: Era Édolf. El Hombre había perdido un ojo y tenía dos costillas rotas, pero estaba vivo, gallardo y con el estandarte erguido.

-¿Estás bien? -preguntó la Apsara mientras le pedía que mascara unas hierbas.

Édolf, maravillado por el aura de Clara, tomó las hierbas y se sintió anestesiado. Dejó de sudar a causa del dolor y finalmente pasó el estandarte a Sergail, que se apresuró a ayudarlo a sentar.

-¿Y Arcalón? -preguntó Méladriel sin rodeos. El ver a Édolf con vida le iluminó el ser, pero verlo tan herido la atemorizó, pues temió por la salud de su amado.

-El señor... está vivo... debe estar entre los heridos -dijo lentamente, pues las hierbas lo habían adormecido.

Entonces Méladriel se lanzó hacia los heridos que llegaban en algunos carromatos tirados por los mismos Hombres, y miraba camilla por camilla buscando al general. Pero no era la única, pues las Amatistas y Levanov también lo hicieron, esperanzados.

Y en pocos minutos la reina escuchó que la llamaban varios Hombres. Ella volteó y entonces lo vio. Allí estaba, de pie, ayudado por un bastón y con una pequeña silueta alada cerca de su hombro. Alrededor había algunos soldados que le pedían a la reina que fuera a su encuentro. Méladriel corrió apresurada, hasta por fin tenerlo al frente, delgado, con el rostro barbado y sucio, con un hematoma en la frente que le causaba mareo y un dedo entablillado; pero Arcalón estaba vivo.

-¡Mi amor! -exclamó Méladriel mientras abrazaba con fuerza al Hombre, olvidando su posición y la etiqueta. Olvidó que era reina y que todavía tenía una batalla que librar. Olvidó el dolor de sus músculos por las marchas, y la molestia en sus hombros a causa del estrés; nada importaba más que él.

Arcalón devolvió el abrazo, mientras sentía su corazón henchido de la alegría. Sus heridas dejaron de dolerle de repente, pues por fin se reunía con el amor de su vida, aunque fuera en esas horribles tierras. -Te extrañé -le dijo al odio mientras ambos lloraban de la felicidad y se abrazaban con fuerza.

Al mismo tiempo, Méladriel sintió un dulce aroma en medio de ese pestilente valle. Entonces miró hacia el hombro de Arcalón y vio a Yíldarel volando, con los ojos cristalinos de la alegría y una sonrisa hermosa en la pequeña carita. Ella también estaba sucia, pero por fin se sentía segura.

-¡Yíldarel! -exclamó Méladriel.

El Hada no podía dejar de sonreír, pues Arcalón había cumplido: Ahora era libre y podía volver con las Amatistas a su hogar, al lado del gigante Torlad. Y cuando el Hada vio a Clara y a Bella acercarse, se abalanzó hacia ellas y les mecía el cabello y las abrazó con infinita dicha. Las dos Apsaras, sonrientes y con un enorme peso fuera de sus hombros, estaban tan felices que pensaron en volver de inmediato y llevar el Hada al Reino de los Bosques; pero aún tenían una batalla que terminar. Sin embargo, ahora caminaban más erguidas y felices, más tranquilas y animadas.

Sergail llegó y abrazó al herido Arcalón. -Me estaba asustando mucho. No quería darle una mala noticia a Almond -dijo el capitán con la voz temblorosa.



Juan Esteban Peláez

Arcalón sonrió y dijo: -O volvemos los dos o no vuelve ninguno -dijo mientras miraba hacia el sur, hacia la Almena de Altrhas.

Entonces Sergail miró a Yíldarel y río con regocijo. -Bienvenida -le dijo.

Y el Hada asintió apresurada, contenta.

Sergail y Levanov llevaron a Arcalón a la tienda de las Amatistas. Méladriel fue a su lado, limpiándole el rostro con un paño húmedo y dándole agua para que saciara la sed. El golpe que Arcalón había recibido en la cabeza le había causado una contusión cerebral, pues sentía náuseas, dolor de cabeza y un zumbido en los oídos; pero él mejor que nadie sabía que el tiempo se acababa.

Se realizaron las formalidades entre los generales de la alianza y empezaron la reunión para dar el golpe final.

-¿Y Ángor? -preguntó Arcalón a Sergail.

-No sabemos nada de él -respondió Clara con una evidente angustia.

Arcalón soltó el vaso de agua y sintió que un peso le caía sobre los hombros, pero meneó la cabeza para intentar sacudir la angustia. -Debemos apresurarnos a atacar -aseguró.

-¿Cuál es el plan? -preguntó Órenot, que tenía un brillo en los ojos al ver a su querido general con vida.

Arcalón bajó la cabeza para mirar el mapa, pero de inmediato sintió que la sangre brotaba de su nariz. Esto alarmó a todos. Méladriel se apresuró a pasarle un paño, mientras pedía al duque de Larul que trajera un médico. Este último se apresuró a acatar la orden.

Entonces Arcalón habló mientras secaba su nariz: -Sé que Cranior de Macrhas viene con un ejército gigantesco, y hay otro ejército que viene del norte, de la ciudad de Trarras. Cuando lleguen estos refuerzos Irgoliath lanzará sus huestes de nuevo y nos rodearán. Además, los Jerládrim lograron detener la avanzada de Félgor, pero más soldados enemigos vienen en camino desde el sur.

-¿Cómo sabe todo eso? -preguntó Darhil.

-Antes de que Victoria me atacara me reuní con Alanior. Él me contó todo intentando llevarme al desespero; quizás para que simplemente me rindiera sin pelear.

-¿Y le crees? -preguntó Bella.

Arcalón asintió. -Estoy seguro.

-¿Y qué propone? -preguntó el príncipe de Telheid.

El Dragón Escarlata puso su dedo en el mapa y dijo: -Si la Almena de Altrhas cae, Irgoliath caerá -aseguró, dándole la razón a Clara y a Méladriel-. Allí esta el Demonio escondido. Si es capturado todo habrá terminado.

Después de varias horas de reunión y de planear varias estrategias, los generales decidieron volver a sus campamentos. Pero Arcalón y Méladriel permanecieron juntos en la tienda de la reina.

-¿Crees que saldremos de esta? -preguntó Méladriel con los ojos brillantes de amor. Reparaba el rostro del Hombre con detalle; y aunque Arcalón estaba notablemente maltratado y su dolor de cabeza sólo empeoraba, veía en él la encarnación de su felicidad. El Hombre bajó la cabeza entonces. -Sé que las Apsaras ganarán esta batalla; pero no creo que nosotros salgamos bien librados; pues ya conozco el poder de Irgoliath. Incluso tengo un mal presentimiento sobre Ángor. Sin embargo, es mejor librar la guerra acá y no en Herda ni en Falheid. Ya estamos a puertas de acabar.

-Yo también tengo miedo por la ausencia de Ángor -dijo la Mujer con la voz cortada, aguantando el llanto. Entonces meneó la cabeza para volver a la lucidez. -Quizás no sea



Juan Esteban Peláez

el mejor momento Arcalón, pero me dolió que me hayas dejado sola en Verdelheid. Sin embargo, quiero pensar que saldremos de esto. ¿Iremos a Herda o a Verdelheid?

Arcalón, un poco más pesimista, respondió: -Te pido que me perdones por irme a Kárijan, pero pensé que era la mejor decisión en ese momento. En cuanto a volver...-miró a Méladriel y se perdió en la esperanza de sus ojos grises, así que añadió: -En cuanto a volver, iremos donde quieras.

Méladriel sonrió entonces, satisfecha.

-Méladriel, te he amado desde que te conocí, y ni estas horribles tierras han hecho que ese amor desaparezca. Ni las torturas del Demonio ni la distancia entre nosotros han hecho que te deje de amar por un solo momento. Admito que fui egoísta al desear que estuvieras siempre a mi lado, y que me esperaras, y me disculpo contigo por eso. Pero créeme que te necesito en este momento, no como mi aliada ni como la reina de Herda, sino como mi compañera y mi amada -añadió mientras miraba el bello rostro de la reina.

Méladriel, al escuchar esto, abrazó a su amado, al tiempo que sonreía y le brillaban los ojos. -Yo tampoco he dejado de amarte -dijo profundamente mientras apoyaba la cabeza contra su pecho. Y así estuvieron por buen tiempo.

El día siguiente llegó, gris y silencioso. Pero durante todo ese día las tropas de Irgoliath estuvieron acuarteladas en las Almenas. El Espíritu sabía que necesitaría por lo menos un día para recuperarse del golpe recibido. Además, la alianza también debía descansar y sabía que no atacarían de inmediato.

Durante todo ese día, Arcalón y Méladriel hablaron en la tienda, contándose todas sus aventuras. Méladriel le contó al Hombre sobre cómo consiguió el trono y de su victoria con ayuda de Valane en el norte. Por otro lado, Arcalón le contó sobre la Batalla de Metys, sobre Irgoliath y sobre cómo logró cuidar a Yíldarel durante la batalla.

-Cuando hablé con el Yúcida me miraban extraño, como si estuviera muerto y tuviera una herida en la quijada, pues no dejaban de examinarme la boca. Me pareció curioso.

-¿Y cómo es su personalidad? -preguntó la reina, detallando maravillada el rostro de Arcalón, como si de repente su vida tomara un nuevo sentido.

-Sólo hablamos de la guerra. Victoria, Ana y Prior se negaron a reunirse conmigo, pero Alanior sí lo hizo. A mi modo de ver, los Yúcidas se comportan como Magos. Incluso tienen ademanes que me recuerdan a Londrake; como su forma de expresarse y su sabiduría, pues son muy sabios. Pero tienen un odio irracional por las Apsaras. No pude saber el motivo.

-¿Y viste a los Espectros? -preguntó Méladriel.

Arcalón asintió. Miró su reloj (pues ya la tarde caía) y le pidió ayuda a Méladriel para ponerse la armadura.

Méladriel lo ayudó con la parte de atrás del peto.

-Sí vi a muchos Espectros -aseguró el Hombre-. En la Almena de Altrhas vi varios Espectros con rostro y cuerpo. Parecían Hombres vestidos con túnicas negras y armaduras grises. Aunque los veía traslucidos, podía verles el rostro. Y supe que ellos también podían verme por sus rostros de temor -dijo mientras reía.

Méladriel también soltó una carcajada. -Sí, recuerdo que yo también vi algunos cuando Megot apareció con la Shidraha en Herda -dijo la reina mientras se llevaba el broche de rubí a la boca. Le puso a Arcalón el broche a la altura del cuello y lo peinó con la mano.

-¡Listo! -respondió. Entonces miró los profundos ojos de Arcalón y vio en ellos un brillo de felicidad. E incapaz de resistirse, clavó en el Hombre un beso tierno. Después se acomodó el mithril a la altura de su pecho, púsose la capa y se pintó los labios de rojo.



Juan Esteban Peláez

Arcalón sonrió. —«Mujeres» -exclamó.

-Una Mujer siempre debe estar hermosa, así esté en el fin del mundo -respondió Méladriel mientras devolvía la sonrisa y se acomodaba una cayena roja en el pelo-. Más que todo si se trata de una reina —añadió al mismo tiempo que se perfumaba.

Arcalón reparó a Méladriel mientras se maquillaba, y la vio hermosa, con su flor roja en el pelo y su fragancia a durazno.

-¿Ahora qué haremos? -preguntó la Mujer.

-Atacar la Altrhas -respondió Arcalón-. Irgoliath todavía me debe dos cabezas, y las voy a conseguir, aunque sea lo último que haga -añadió.

-¿Derren y Alor?

Arcalón asintió. —Recuperaré la Flauta de las Flores y llevaré a Torlad la cabeza de esos dos malditos, o por lo menos las enviaré si mi destino es morir aquí.

194

Para desdicha de Irgoliath, la noche llegó más clara de lo normal, pues Sírel y sus hijas lograron colar su luz de plata entre las nubes pesadas. Bajo la luz fría, Clara y Bélaron esperaron a Méladriel en la entrada del campamento principal. La reina llegó acompañada del Édolf. El tuerto portaestandarte estaba muy adolorido y cansado, pero estaba decidido a enarbolar el símbolo de Arcalón en la última batalla de la guerra.

Méladriel apeóse del Bayo y se posó frente a la Apsara y al Dragonífero. Parecía acelerada, aunque muy contenta. —¡Estamos listos! -dijo sin disimular su felicidad.

-¿Cómo sigue Arcalón? -preguntó Clara.

-Aún le duele la cabeza -respondió-; pero ya se ha adelantado. ¡Vamos adentro, que el tiempo apremia! -exclamó.

-Eso es verdad -respondió Bélaron.

Todos ingresaron al campamento bajo la mirada de los cansados soldados, y se reunieron con el resto de capitanes en la tienda principal.

Allí, Méladriel, muy apurada, contó a los Hombres los planes Arcalón. —Él ya está frente a la Almena de Altrhas -dijo mientras llenaba su carcaj de flechas.

-¡Es un suicida, además de un loco! -exclamó el duque de Larul-. ¿Cómo osa desafiar a Victoria con las heridas que tiene?

-Él no le teme a Victoria. Además, su plan es evitar que los defensores de Altrhas se reúnan con el resto de los enemigos, por lo que quiere montar un bloqueo alrededor de la torre lo más pronto posible. El ataque debe ser ahora -respondió Méladriel.

-Pero...

-Méladriel tiene razón -interrumpió Darhil el Enano, que ya tenía su cota de malla puesta y su hacha preparada-. Debemos marchar de inmediato -añadió con ronca voz.

-¿Cuánto falta para amanecer? -preguntó el duque.

-Diez horas -respondió Clara.

-¡¿Sólo diez?! Duraremos meses en tomar esa torre -aseguró el duque.

-La Dama nos está dando una oportunidad única -aseguró la reina mientras tomaba su arco de una mesilla cercana.

-Ya en sí es un milagro que Sírel haya logrado iluminar estas tierras. No debemos perder tiempo- aseguró Clara.

El duque, aunque inconforme, asintió.



Juan Esteban Peláez

-¿Y Bella? ¿Encontró a Ángor? -preguntó Méladriel que, afanada, se ponía el cinto con la vaina.

Clara meneó la cabeza.

Entonces Méladriel tragó saliva, pues sintió un vacío en su interior. –Espero que Ángor esté bien -dijo con una extraña zozobra.

-¿Y el príncipe Órenot? -preguntó Sergail, que también estaba allí.

-Apenas se enteró del avance de Arcalón se apresuró a seguirlo. Ya debe estar llegando a la Almena -aseguró Clara.

-¿Es posible tomar la torre de Altrhas en diez horas? -preguntó el duque, que seguía escéptico.

Clara hizo una mueca de duda. –Si no lo logramos ahora, será el asedio más corto de la historia -respondió mientras pasaba su cetro de oro de una mano a otra.

Y así, con los estandartes desafiantes en alto, con vítores y bajo la luz pálida de la Dama, avanzaron con antorchas hacia el sur, hacia el más poderoso baluarte de Demonio, donde él se escondía. Todos los campamentos quedaron vacíos, y cientos de escaleras y arietes improvisados fueron armados. Todo estaba listo para realizar un ataque contra el tiempo.

A medida que avanzaban, las Amatistas y el resto de los capitanes se internaban en la parte más árida y peligrosa del reino enemigo. Ante ellos se abría un desierto cada vez más vasto y muerto. La yerta llanura estaba azotada por vientos gélidos, y se abría resquebrajada como un mar seco y chamuscado. La tierra allí era grisácea y malsana, y sólo algunos hongos lechosos apestaban en la planicie.

A la derecha de la marcha ya empezaba a tronar de nuevo el cielo. Sobre las ciénagas putrefactas y entre los vapores venenosos unos rayos púrpuras rompían las pocas nubes aglomeradas allí. A la izquierda se erguían unas elevaciones muy escarpadas, con profundos socavones e intrincados túneles. Tras esas elevaciones estaba la Almena de Sacrhas.

Pero la alianza no se desvió, y en vez siguió marchando hacia el sur, donde el cielo parecía más pesado y negro. Allí se extendía un vasto y cuarteado desierto bañado por la luz fría de Sírel. Y al fondo, recortada en el horizonte como un guardia poderoso, se erguía solitaria la soberbia Almena de Altrhas, sobre un monte de laderas escabrosas.

A medida que los Hombres se acercaban, empezaron a temer y a dudar, pues dábanse cuenta de la magnitud imposible de la empresa. Así contarán con el triple de los Hombres, y así llevarán arsenales de asedio muy avanzados, jamás podrán tomar la torre en tan poco tiempo, así estuviera custodiada por pocos enemigos.

Al monte sólo se podía subir por dos estrechos caminos zigzagueantes que horadaban las laderas rocosas y subían en alta pendiente hacia las dos poderosas puertas de la muralla aserrada. Desde la cima de la torre se tenía una vista de todo lo que sucedía en la llanura desnuda y hollada, y se podían dar órdenes sin problemas y anticipar al enemigo con mucho tiempo de ventaja.

Pero no era sólo la formidable posición lo que hacía inexpugnable a la torre de Altrhas, pues más que una torre, la Altrhas era una fortificación. En la aplanada cima del monte, llamado Monte Althgai, se erguía una poderosa muralla en forma de rombo, negra como



Juan Esteban Peláez

la brea y muy gruesa. En cada punta del rombo se erguía un soberbio torreón de almenas con parapetos altos y atalayas iluminadas por teas colgantes. Las planas terrazas de los torreones estaban bordeadas de un grueso muro dentado. Las puertas tenían batientes de bronce muy pulidos y sumamente fuertes, y eran custodiadas por grandes y tenebrosas gárgolas. También había dos gárgolas a cada lado de cada torreón, de formas aladas y bestiales.

Finalmente, en el interior de la fortaleza, estaba la altísima y perversa torre. La base era muy ancha, y a su alrededor se abrían unos insanos jardines de flores venenosas y púrpura. Por esos horribles jardines pasaban canales mefíticos de agua grasienta. De allí tenían que beber las horribles huestes que permanecían presas a la maligna torre.

La edificación en sí tenía la misma estructura que las demás Almenas, y su boca apuntaba a Yavín. En sus niveles inferiores, bajo tierra, varias cámaras de tortura evocaban dolores pasados de desollados esqueletos, y máquinas siniestras hechas para el dolor descansaban de un arduo trabajo ahora lejano. También había estrechos y sucios calabozos, y túneles entraban y salían del Monte Althgai, escondidos a la vista de los Hombres. Casi todos los túneles salían hacia el sur, lejos de alcance de la alianza. En sus niveles medios estaban las cámaras de los habitantes de la negra ciudadela. El nivel superior nunca se conoció, pues nadie nunca llegó hasta allá, sólo la Yúcida.

La torre emanaba un aire hostil al viento sofocante, pero parecía estar vacía. Mas todos sabían que en las entrañas de la macabra torre se anidaban las raleas de Victoria, y que sólo era cuestión de tiempo para que la Altrhas las expulsara. La reina de Altrhas sólo esperaba el apoyo del norte para poder reivindicarse de las dos humillaciones sufridas durante la guerra: La primera cuando intentó asesinar a la Majestad de las Aguas, y la segunda cuando fue derrotada por Arcalón en Metys. Ella no podía soportar más esa situación, pues era la más poderosa de los hechiceros.

Y abajo, en el valle ceniciento, esperaba el ejército más formidable de los orientales. Algunos de los soldados ostentaban armaduras rojas bajo capas negras, pero la mayoría tenían armaduras bronceíneas con penachos. Y frente a los poderosos Hombres de Falheid y Telheid estaba el príncipe Órenot, vestido con su armadura de bronce. Tenía una corona de oro con incrustaciones de esmeraldas y jades, y amatistas y crisoberilos. Sostenía una espada larga en su zurda y una daga en su diestra, y venía escoltado por el corpulento Tóldoras, el Mata-Nomos, que tenía un yelmo empenachado de negro a modo de cresta y sostenía la bandera del príncipe.

Al lado de Tóldoras estaba Arcalón, el Dragón Escarlata, con sus arreos de batalla enteros. El visor de su yelmo estaba arriba, dejando ver su almendrada y severa mirada. Montaba con desdén a su poderoso Alazán, de color granate y con crin, cola y patas negras. La crin era larga y caía a un lado del pescuezo, y sus bridas enjoyadas brillaban de todos colores, como las escamas de un pez fantástico.

Arcalón y Órenot se habían adelantado a todos los ejércitos para impedir la reorganización del enemigo en la llanura, y había logrado batir varias patrullas enemigas. Y ahora esperaban a las faldas del Monte Althgai a que Victoria e Irgoliath respondieran al desafío.



Juan Esteban Peláez

Poco después llegaron el resto de los generales. Clara se acercó y le dijo algo a Arcalón, algo que ningún soldado escuchó. Y Bella también llegó al frente, portando en su báculo una de las malignas Shidrahas. Después se acercó Méladriel, montando su Bayo Mono. El negro cabello le flotaba en el aire y le acariciaba el blanco rostro. El carcaj descansaba en su espalda y sus manos enguantadas sostenían las riendas. Al lado de la reina estaba el duque de Larul y Nolat, este último como portador de la Shidraha de Herda. Después llegaron Bélaron, Sergail y Levanov. Arcalón miró a Levanov y lo saludó de mano, y miró a Sergail con detenimiento.

Sergail levantó la cabeza y sintió por un momento una paz insondable, y dijo a Arcalón: -Hemos estado en las buenas, pero hemos estado más en las malas. No iba a perderme la peor.

Entonces Arcalón y Sergail se apearon y se dieron un abrazo como si fueran hermanos, y sintieron nostalgia, pues ambos habían salido inocentes del feudo cerca de Metys, y ahora desafiaban al Demonio en sus propias tierras.

Después llegó Darhil con sus Enanos, y casi al mismo tiempo llegaron los emisarios de los Jerládrim, que ya venían marchando desde el oriente.

Los ejércitos se formaron de la siguiente manera: Arcalón y Méladriel en el centro. Órenot, Clara y Levanov en el ala izquierda, y Bella, los Jerládrim y los Enanos de Ashor a la derecha. Todos listos para el último combate de esa era. Bodearon el Monte Althgai y se prepararon para el asedio. Sólo quedaban siete horas para que amaneciera.

195

Arcalón miraba con detenimiento su alrededor, como si viera algo que los demás no podían ver.

-¿Sucedo algo? -preguntó Méladriel.

Arcalón asintió. -Nos tienen rodeados.

-¿Podremos lograrlo? -preguntó la reina mientras miraba la siniestra torre sobre el escabroso monte. La Altrhas permanecía hostil y vigilante, como un guardia altísimo. Ya en sus torreones se apiñaban Espectros, Nomos y Goblins. Batallones enteros corrían de lado a lado tras los parapetos y sobre las murallas, chillando y azuzados por la cruel voluntad de la Yúcida.

Arcalón también miraba a la Almena, y suspiró. -Me hubiera gustado despedirme Londrake. ¡Vaya que lo extraño! Por él soy lo que soy. También me hubiera gustado despedirme de Ángor. Espero que esté bien.

-¿Y de quién más?

Arcalón miró a su amada y respondió: -De Almond. Me gustaría hablar con mi hermana y agradecerle todo lo que hizo por mí. Le dije que la amaba siempre que partía; pero creo que me faltó decírselo más veces.

Méladriel levantó la cabeza en ademán triste, mirando hacia el cielo nocturno, y dijo con la luz de Sírel en su rostro: -A mí me hubiera gustado hablar con Algar. Lo extraño mucho. También me hubiera gustado hablar con Háladriel y conocer la lejana Tierra de las Brujas.

-¿Te arrepientes de algo? -preguntó Arcalón mientras se acomodaba las correas del escudo en su antebrazo. La cabeza cada vez le dolía más y, por la proximidad de la Shidraha, la quijada también empezaba a molestarle.



Juan Esteban Peláez

Méladriel, con una pequeña molestia en su pecho (como una leve puñalada), sonrió y negó con la cabeza. Se acomodó la vaina en la cintura y desenfundó su corta espada. — No, Arcalón, no me arrepiento de nada -respondió segura.

Arcalón también sacó su espada, y suspirando dijo unas palabras que quedaron en todos los registros de los libros escritos en esa era. —«Y ni de las estrellas me despediré» -dijo mientras miraba el cielo. Efectivamente no había estrella alguna, aunque Sírel, Valen y Halen brillaban pálidas en el cielo. Ni siquiera la Estrella de Jores era visible.

Segundos después los goznes potentes sonaron y se desatrancaron, y las puertas se abrieron como fauces famélicas. Y de la Almena emergieron dos torrentes oscuros, como vómitos de negra hiel, que bajaron por los angostos caminos. Varios de los enemigos, empujados por sus compañeros, cayeron a los hondos despeñaderos y murieron; pero esas pérdidas parecían no importarle a Victoria, que miraba desde la terraza de la torre. Ella sabía que debía mantener a Arcalón alejado del Monte Althgai mientras Cranior llegaba.

Pero esta vez los Hombres no vacilaron, y ninguno de ellos se movió, fuese pena o valentía. Pero tampoco se precipitaron hacia los enemigos que bajaban atropelladamente. Por el contrario, esperaron la orden del Dragón o de sus capitanes.

Entonces Arcalón miró a Méladriel con una mirada sublime, como si de repente su alma hubiera descansado. Y sereno, pero con una pantalla de lágrimas en los ojos vidriosos, dijo una frase que quedó en todos los archivos. —«Viví bien» -dijo en voz baja a la reina, mientras se acomodaba en la silla del Alazán.

Méladriel, sonriendo, se apoyó en los estribos y tomó las riendas del Bayo Mono con fuerza, y asintió.

Sólo entonces Arcalón tomó una bocanada de aire para calmarse. Miró a la Altrhas y a las miseras huestes que pululaban de ella, y a sus Hombres petrificados como estatuas gallardas de tiempos lejanos. Volvió a tomar otra bocanada de aire, pues sus manos temblaban, y soltó un grito con todas las fuerzas de sus pulmones y con todo el brío de su corazón. Ningún sobreviviente olvidó ese grito, y muchos aseguraron que Arcalón lanzó su alma al viento y al cielo en ese instante.

Y así, embravecido y furioso, Arcalón espoleó al Alazán y lo mandó directo a las castas enemigas que se acercaban a ellos, con la espada en alto y las riendas bien tomadas. Sergail, al verlo cargar con tanto ímpetu, recordó la Batalla de los Cuatro Elementos, donde Arcalón también se había jugado la vida de igual manera. Pero tras él, más rápido que cualquier otro jinete, iba Méladriel sobre el Bayo Mono. Sus cabellos danzaban y su tiara de plata brillaba. Y tras la reina y el Dragón iban jinetes furibundos, y Hombres a pie que corrían lo más rápido posible, con sus armas en alto y un clamor de sangre y guerra en sus bocas.

Entonces Sergail se sintió reanimado, y le dijo a Valane: -Si ya tenemos todo perdido, no le demos al enemigo una victoria fácil. No tenemos nada que perder-. Y salió rugiendo y con su larga lanza en el ristre, apuntada al enemigo que ya llegaba y se desplegaba en la resquebrajada y seca llanura.

Y a Vampira, ahora con la bondad de un Hada, sonrió y asintió. Entonces les dijo a sus generales que avanzaran. Así, tras la reina de la Torre del Vampiro, se lanzaron al ataque los Nomos que tanto la amaban.

Y de la izquierda retumbaron las trompetas del príncipe. Y Tóldoras enarboló el estandarte, y fue el primero en correr hacia los enemigos. Y segundos después los



Juan Esteban Peláez

Jerládrim llegaron e irrumpieron en los océanos negros de los enemigos. Y machacaron sin problema todo el flanco izquierdo de Irgoliath. Y tras los Jerládrim venían los Enanos con cotas de plata, y hachas y mazas.

Así, Arcalón, con paso temerario y atrevido, destrozó sobre su poderosa montura varios enemigos a su paso, y de esta forma llegó hasta la tercera hilera de la vanguardia defensora. Y allí hizo brillar su espada, blandiéndola a todos lados, y golpeando cabezas y hombros. Cubríase con maestría de los ataques del enemigo con su escudo, y devolvía el ataque con rapidez felina. Así cayeron varios enemigos.

Y los Hombres de la Élite del Fuego se abrieron paso entre los enemigos, y corrieron a toda prisa hacia la cima del monte yerto. Pero los dos caminos zigzagueantes eran una trampa mortal. Y desde los torreones los enemigos de la Althras lanzaron sus dardos, y mataron a muchos valientes. Pero muchos otros lograron llegar hasta la muralla, y pusieron sus escaleras contra los murallones negros. También golpearon las poderosas puertas con arietes improvisados; pero los batientes, ahora cerrados, no se movían, y los Hombres no lograban llegar a la cima del muro a causa de los enemigos apostados tras los parapetos, que lanzaban flechas y jabalinas, y rompían las escaleras.

La noche declinaba y la Dama empezaba a desaparecer el horizonte distante. Los Hombres se lanzaron de nuevo hacia la Althras, cada vez con más desespero; pero ésta los volvió a repeler sin problema alguno. Aunque abajo, en el llano cuarteado, la alianza dominaba la batalla, en la cima del monte los Hombres perdían sus fuerzas y sus esperanzas al chocar contra las murallas y los soberbios torreones que sobresalían del Althgai. Y, para empeorar la situación, no había suficiente espacio para atacar varios puntos a la vez. Sólo estaba el espacio de los dos estrechos caminos que llevaban a las puertas, y bastaba con un puñado de enemigos para defender sólo esos dos puntos. Incluso Clara lanzó un ataque poderoso de rayos contra la Almena; pero todo fue en vano. Aunque murieron muchos defensores por el ataque eléctrico de la Apsara, no hubo mella en la defensa de la Althras.

Entonces, en medio del furioso asedio, la Dama de la Noche, sin desearlo, fue tragada por el gris horizonte, y en el cielo se tendió una capa de nubes como plomo. Llego el triste amanecer, y con él el poder del Diablo. Entonces Victoria, con una sonrisa maligna pintada en sus labios rojos, vio con tono malévolo lo que traía el amanecer: Desde el norte venía el Yúcida de la Almena de Macrhas, Cranior. Y más al oriente marchaba el ejército de Trarras al mando de capitanes fanáticos y perversos. Los refuerzos de Irgoliath habían llegado prestos a la guerra.

Arcalón ya estaba a las faldas del Althgai cuando escuchó con desilusión cómo desde el norte sonaban unos cuernos terribles que anunciaban el caos. En ese momento el terror se apoderó de los Hombres y de los Enanos, pues miles de enemigos llegaron de todas direcciones, como si un mar negro se lanzara furioso sobre un risco colorido. La batalla pareció terminar.

Los nuevos refuerzos de Irgoliath atacaron todos los flancos de los Hombres. En el norte, la vanguardia de Méladriel fue triturada; y en el oriente Levanov fue sorprendido y obligado a retirarse, al igual que el príncipe; y los Jerládrim y los Enanos se turbaron por la aparición de los enemigos espectrales, y titubearon.



Casi de inmediato volvieron a aparecer los Yúcidas en la llanura. Alanior volvió del norte, acompañado de sus bestias voladoras, y Prerior vino con Espectros desde el oriente, y Ana cruzó las pútridas ciénagas y atacó el occidente.

En ese momento toda esperanza se apagó, y todos los Hombres cayeron en el tormento y la desesperación, pues se vieron atrapados, incapaces de huir. Todo parecía haber terminado. Pero, entre los furiosos aleteos de los saurios y los gritos de la batalla, se escuchó una trompeta clara desde el norte. No era un sonido espectral, y fue un sonido que Arcalón reconoció de inmediato, pues lo había escuchado anteriormente. Así que el Hombre se miró la mano y tomó la pulsera que la Sirena Serena le había regalado tiempo atrás. Posteriormente se volteó para mirar hacia el norte, mientras sentía cómo el suelo retumbaba ¡Quizás no todo estaba perdido!

196

Copos de nieve caían sutilmente sobre el tapete blanco que cubría las gélidas tierras del norte, anunciando así el frío invierno. Ya eran principios de marzo cuando un barco de velas blancas arribó en los muelles más cercanos a la capital de la Península de Sadamarca. De tal barco, llamado el Vela Vera, bajó una soberbia comitiva de Hombres de talla alta, cabellos largos y pieles pálidas. Todos vestían armaduras azules y algunos enarbolaban banderas con el emblema de la Sirena Azul.

Y entre la gran comitiva estaba la gobernante más poderosa de la alianza. Vistiendo sedas azules y rosa pastel, bajó la orgullosa Majestad de las Aguas, y montó su soberbio corcel *emarot*, blanco como la nieve y con crines largas que caían de lado. Un faldón azul de encajes dorados lo cubría de las frías ventiscas, y estaba adornado con jaeces y un cabestro azul.

Escortando a Melina estaban los tres poderosos almirantes de las islas: Ardorad, Ezlifo y Égorad, éste último había conocido a Méladriel en la defensa de Dan-Silum, y era el portador de la Shidraha de Alheid. Sólo Málem permanecía en el Castillo de Cristal, vigilando la Península de los Elementos.

La visita de Melina a la Península de Sadamarca era sencilla: Héliz, hermana de Melina, habíase enterado sobre el encuentro de Alana con las Amatistas. Cuando se enteró que Alana había renunciado a su alianza con Irgoliath, supo que algo andaba mal. Así que decidió firmar un armisticio y convocar a una reunión para enterarse de lo sucedido. El punto de la reunión fue en el palacio de Héliz, en la ciudad de Helión, la más grande de la península nevosa.

Melina, mientras iba sobre su caballo, miraba con detenimiento los hermosos paisajes blancos que se abrían ante ella: Bosques de pinos y coníferas cubiertos por la nieve; grupos enteros de caribúes y renos, y jaurías de lobos con lomos de plata. Y a lo lejos, a la izquierda de la marcha, Melina perdía su mirada verde en las gigantescas montañas que formaban la Cordillera de Níilver, las más altas del Nallhard. Se coronaban de nieve, y



Juan Esteban Peláez

por sus laderas trepaban bosques enteros y blancos. El cielo encapotado dejaba caer una nieve liviana sobre los cabellos y los hombros de la marcha.

Así llegó la Majestad de las Aguas y su compañía a la poderosa ciudad de Helión, de murallas grises con grabados de lobos y osos, y un parapeto alto que era cubierto por blanca nieve. Algunas ladroneras fortificadas sobresalían de las murallas, y dos poderosas torres cilíndricas custodiaban la puerta de madera de roble.

Apenas la Majestad y sus almirantes llegaron a la ciudad, muchos habitantes se aglomeraron en el parapeto para verlos. Muchos ciudadanos nunca habían visto a sus enemigos y sentían curiosidad. Los Hombres de las islas también devolvieron la mirada, y detallaron a sus antiguos enemigos.

Por una parte, estaban los habitantes de Sadamarca, que descendían de los linajes puros de la raza Nórdica, una de las cuatro razas de Hombres. Los Hombres eran rubios y fornidos, altos y barbados. Sus ojos eran azules como el mar y hablaban todavía el idioma nórdico antiguo. Las Mujeres eran también rubias o pelirrojas, altas y voluptuosas, de ojos como zafiros y narices pulidas. La Península de Sadamarca era uno de los sitios donde todavía había linajes de raza pura.

Por otro lado, estaban los Hombres del Imperio del Agua que, aunque de raza Nueva o Írima, tenían rasgos marcados de la raza Nocturna. Tenían cabellos negros, ojos oscuros y tez muy pálida. También eran de alta talla, pero no eran tan fornidos como los Nórdicos. Las Mujeres eran más esbeltas y más bajas, pero muy hermosas.

Las otras dos razas de Hombres eran la raza Ariánica, que eran de cabellos castaños o rubios, y ojos almendrados y mieles. Estos Hombres eran de más baja estatura, pero tenían cuerpos robustos y eran sumamente fuertes; y las Mujeres eran voluptuosas y hermosas. Sus facciones eran gráciles, parecidas a las de los Ángeles de otrora. Finalmente estaba la raza de Hombres Negros. Los Jerládrim eran descendientes de los Hombres Negros; pero poco se habla de estos Hombres, pues tenían historias distintas a las documentadas, y lo que se sabe de ellos es solamente lo documentado por los historiadores Ariánicos durante la expansión del Imperio de los Dos Soles. Pero se sabe con detalle que fueron unos de los principales guerreros en las guerras antiguas, cuando las Apsaras aparecieron en el Nallhard y los Ángeles aún dominaban los imperios.

Ahora bien, las puertas se abrieron y de la ciudad salieron varias cortesanas rubias, de ojos azules y vestidas de blanco. Y apenas vieron llegar a la arrogante Melina, las Mujeres Nórdicas se inclinaron y no se levantaron hasta que la Majestad pasó frente a ellas.

Bajo el umbral de la puerta de la ciudad esperaba la Apsara de las Heladas, vestida con pieles plateadas y montando un poderoso caballo *emarot*. Una diadema de plata con engarces de diamantes relucía en su cabeza, y el cabello plateado bajaba hasta sus hombros. Tenía los ojos verdes y brillantes. Su rostro hermoso inmolaba las miradas de los atónitos soldados insulares.

Apenas ambas Apsaras se encontraron bajo el umbral de la entrada, se quedaron mirando por unos instantes sin decirse nada. Del belfo de ambos caballos emanaba un vapor cálido. Ninguna se apeó. Los ojos verdes permanecieron quietos, como un reflejo del otro;



Juan Esteban Peláez

mientras los Hombres de las islas veían con horror que todo había cambiado: No eran personas Nórdicas las que se asomaban por el parapeto de la muralla; eran Espectros traslucidos. Y tras Héliz también se aglomeraba un gran grupo de fantasmas. ¡Incluso las cortesanas hincadas eran Espectros! Al parecer la ciudad también estaba maldita.

197

-¿Tus músicos o los míos? -preguntó Héliz a Melina. Ya se encontraban en el palacio de Helión.

-Los míos -pidió Melina-. Cuando estoy en las islas me alimento del arrullo del mar, pero acá tuve que valerme de mis músicos para no aguantar hambre -añadió. Es de recordar que las Apsaras eran sinestésicas, y que una forma que tenían para evitar el hambre era escuchar música. Por eso, cuando entraban a la batalla se ponían tapones en los oídos para evitar vomitar con los excesivos gritos; los cuales para ellas sabían ácido.

Héliz asintió.

Melina pidió que entraran sus músicos.

Entonces Héliz los detalló y no vio más que fantasmas con instrumentos musicales. Pero cuando empezaron a tocar, la Apsara sintió y delicioso sabor dulce, como a chocolate.

La Majestad tomó un poco de una cálida bebida y se recostó en el cómodo sillón de terciopelo. Una chimenea calentaba el recinto y varios tapetes se tendían sobre las paredes con intrincados mosaicos bordados por diestras manos.

-¿Por qué odias tanto a Irgoliath? -preguntó Héliz finalmente, después de una conversación llena de rodeos-. ¿Por qué no simplemente dejas las islas? No creo que sea por las Almas en Pena de la península. Tampoco tienes algún interés por las tierras del Demonio o sus joyas. ¿Por qué? Entiendo a Irgoliath, pues tus amigos están matando sus seguidores por toda la península. Incluso los vivos y los muertos se están dañando. ¿Por qué no dejar que Irgoliath tenga las Shidrahas y que la maldición desaparezca? Sin esas joyas tú no hubieras entrado en esta guerra -añadió Héliz.

-Tú tampoco hubieras entrado a la guerra sin esas joyas -respondió Melina astutamente.

Entonces Héliz bajó la cabeza, como regañada. -Tienes razón -admitió.

-¿En verdad ignoras el motivo de mi odio? -preguntó Melina-. ¿En verdad aún desconoces lo que Irgoliath le hizo a Feya?

-¿Es verdad lo que Aldaéral y Sildaéral cuentan? -preguntó Héliz mientras se mecía el cabello de plata a la luz de la chimenea.

-Sí, es verdad -dijo Melina mientras dejaba la taza sobre una pequeña mesa-. Los pecados de Irgoliath empezaron desde hace mucho tiempo; edades atrás, cuando la Serafina Mírlóth despreció su declaración de amor -añadió.

-¿Entonces es verdad que Irgoliath le declaró su amor a una Serafina, y ésta lo despreció? -preguntó Héliz, que era la penúltima Apsara. Sólo Alana era más joven que ella. Héliz había formado un lazo muy especial con Melina, pero por medio de engaños, Irgoliath la había convencido para ayudarlo.

Melina asintió. -Después de que Irgoliath fue despreciado por Mírlóth se hundió en su desdicha y en su desesperación. Y, lleno de una furia incontenible, mató Hadas y las convirtió en Vampiras, y enseñó a Mujeres Humanas el arte de la magia negra y las convirtió en Brujas. Y, por medio de horribles e innombrables experimentos, dio forma a los arácnidos, y sumió a los Goblins a la miseria. Todo esto por el odio a sí mismo, pues se odió al verse despreciado por un ser angelical.

-¿Y después?



-Vinieron los Hombres de más allá del mar.

-¿Los Ariánicos?

-Así es-. Melina tomó otro sorbo de la cálida bebida, comió un trozo de queso cremoso y prosiguió. –Los Ariánicos del Imperio de los Dos Soles azotaron las tierras de Irgoliath. Así que, como no pudo ganarles por la fuerza, destrozó y maldijo la natura de sus dominios, y las convirtió en ese árido desierto que llamaron Gorthgath, las Tierras Espectrales. ¡Ese desgraciado dañó la obra de nuestra madre! Los Hombres no pudieron vivir allí por mucho tiempo, así que se vieron obligados a partir.

-¿Cuándo entra Feya a la historia?

-En este preciso momento. Irgoliath sembró todo su odio en los Hombres Írimos, pues los consideró como vástagos de los Ariánicos. En eso no se equivoca, pues las costumbres en la Península de los Elementos son semejantes a las Ariánicas.

-¿Y por eso los atacó? -preguntó Héliz, atenta. Le fascinaba conocer la parte de la historia que desconocía. Se abrigó con sus mantas y subió las piernas al sillón, cobijándolas. Al mismo tiempo, todavía sentía el dulce sabor de los violines.

-No directamente -respondió Melina-. Irgoliath sabía que los Írimos no estaban solos.

-Feya los protegía.

-Así es. Irgoliath no podía atacar a los Írimos pasándole por encima al Corazón de los Volcanes. Primero tenía que deshacerse de Feya para poder desatar la guerra que ahora libra.

-¿Entonces qué le hizo Irgoliath a Feya?

Melina suspiró. –La atacó donde nadie la había atacado. Pero no lo entenderás tan bien como yo -aseguró la Majestad con voz melancólica. De repente pareció aletargarse en un baño de recuerdos.

-¿Por qué no puedo entenderlo? -preguntó Héliz mientras los ojos verdes le brillaban por el fuego de la cálida chimenea.

-Porque nunca te has enamorado.

-¿Y tú sí?

Melina calló y bajó la cabeza, intentando aguantar el llanto.

-¿Sucedió algo, Melina? -preguntó Héliz con voz compasiva y comprensiva. Permanecía arropada hasta el cuello con pieles blancas, y la diadema con diamantes todavía le brillaba en la cabeza.

-Sí -respondió Melina con voz trémula. Por un momento bajó la altiva cabeza y escondió sus ojos verdes tras sus cabellos negros.

-¿De quién te enamoraste?

-De un mortal.

-¡¿Un Humano?! -exclamó Héliz; pero al ver que Melina no reaccionaba, calló por un momento-. Disculpa mi expresión -dijo-; pero jamás se me pasó por la cabeza.

-Yo tampoco lo imaginé -aseguró la Majestad, todavía cabizbaja.

Entonces Héliz se apresó a abrazarla para apoyarla. -¿Y qué sucedió con él? -preguntó.

-Murió batallando.

-¿Cuándo?

-Hace mucho tiempo.

-¿Años?

-Han sido siglos.

Héliz permaneció en silencio por un momento, mirando el rostro nostálgico de Melina. - ¿Por qué ayudas a los malditos por las Shidrahas? Eres la emperatriz de un imperio olvidado y ayudas a reinos malditos. ¿Por qué los ayudas?



Juan Esteban Peláez

Melina miró con detenimiento los fuegos de la chimenea, pensativa, y volvió a recostarse en el sillón. –Tienen almas buenas. Los he visto y los he conocido.

-¿Conoces al que llaman Dragón Escarlata?

-Antes estuvo bajo mi mando.

-¿Y antes de eso?

-Fue uno de mis más acérrimos enemigos.

-¿Dio buena pelea?

-La mejor.

Héliz sonrió. –Veo que no cambias mucho -dijo-. Todavía admiras a los que dan una buena pelea.

-Sería muy aburrido ganar siempre.

-Hablas como un Humano.

-Tengo un corazón mortal.

-Y parece que se hubiera detenido cuando murió tu amor –aseguró Héliz.

Y Melina asintió. –Siento un vacío enorme en mi interior cuando murió mi amado.

-Los Hombres no aman para siempre, como los Ángeles o como nosotras. Los Hombres olvidan fácilmente; y por lo mismo no merecen nuestro amor.

Melina permanecía pensativa mientras escuchaba las profundas palabras de Héliz con detenimiento.

-¿Seguirás ayudando a las Almas Buenas?

Y la Majestad volvió a asentir. –Aunque creo que ya deben descansar de la maldición, voy a ir por Irgoliath y le voy a hacer pagar su osadía -dijo con una voz furiosa.

-¿Irgoliath atacó a Feya? -preguntó Héliz.

-La enamoró -respondió Melina-. La llenó de presentes y le dijo hermosas palabras, y la engañó, pues Irgoliath siempre estuvo enamorado, y siempre ha estado enamorado, y siempre estará enamorado de Míroth.

-¿Con qué objetivo la enamoró?

-Para cegarla y hacerle olvidar el amor que tenía por los Hombres. Feya sólo tuvo ojos para Irgoliath, y dejó la custodia de la Muralla de Volcanes. Así que, mientras Irgoliath engañaba a Feya, este enviaba sus huestes por los despeñaderos de los volcanes hacia la Península de los Elementos.

-¿Cuándo?

-Cuando se enteró que la Estrella de Jores había sido encontrada. Malformado y pervertido, Irgoliath no deseó más que esa joya. Dicen que la deseó para regalársela a la Serafina. Entonces, cuando vio que Feya ya no le era útil, intentó deshacerse de ella.

-¿Cómo? -preguntó Héliz, cada vez más impaciente.

-Nadie sabe de dónde salieron ni cómo fueron invocados, pero desde ese momento se tiene registro de los Yúcidas. Fue Ana quien atacó a Feya a traición, mientras ella descansaba en el Necromurtur, donde vivía en ese momento. Pero Feya logró escabullirse. No supo qué hacer, y, aunque era mucho más poderosa que la maldita Yúcida, se vio tan sorprendida que no hizo más que bajar las escaleras y salir por la puerta principal del palacio, corriendo. Y, humillada, no hizo más que arrastrarse por entre las sombras de Yavín.

-Pero Feya es más poderosa incluso que Irgoliath. Podía haber destruido el Necromurtur sin problemas. ¿Por qué escapó en vez de luchar?

Melina miró a Héliz con detenimiento. -¿Amas a tu reino?

-Por supuesto.

-¿Y amas a sus habitantes?

Héliz asintió, pensativa. –Claro que sí.



Juan Esteban Peláez

-¿Y qué harías si tu pueblo se revela contra ti y te ataca?

Héliz sintió una enorme angustia al pensar en esa situación. -¿Por qué lo harían si yo los amo y muestro mi amor en mi forma de gobernar?

-Sólo imagínalo.

Entonces Héliz miró las danzantes llamas de la chimenea. En ese momento pareció entender el predicamento de Feya y de Melina. -No levantaré mi mano contra mi pueblo -aseguró-. Huiría, igual que Feya antaño.

Melina también miraba hacia la chimenea. -Ese mismo amor es el que tengo por los imperios de la península. Por eso aún lo ayudo.

-Pero sabes que sería más fácil dejar en paz a Irgoliath con su maldición.

Pero la Majestad de las Aguas negó con la cabeza. -Esa maldición es lo que ha ocasionado todo este caos -aseguró con sabiduría.

Entonces Héliz calló, incapaz de refutar tal argumento. -¿Feya e Irgoliath volvieron a encontrarse? -preguntó mientras se sobaba las manos para calentarlas.

-Sí-. Melina parecía más serena. -Antes de que Feya volviera a la Muralla de Volcanes, Irgoliath le dio alcance con el sexto Innombrable; al que llaman el Guardián del Demonio, y el que habita la Almena de Delfrhas.

-¿Cuál es su nombre?

-No lo sé; incluso dudo que hasta él lo sepa. En fin, Irgoliath atormentó a Feya por mucho tiempo; pero Feya todavía lo amaba y no lo atacaba. Así, mi querida Héliz, una de las Apsaras más poderosas fue humillada y degradada por un Espíritu antiguo. Y tal fue su humillación, que desde entonces no sale de su recinto en la Cordillera de los Volcanes.

A Héliz le pasó un brillo furioso por los ojos verdes. -¡Nadie humilla a una Apsara! -exclamó furiosa.

-Alana fue a verla después de hablar con Sildaéral y Aldaéral, pero no sé qué hablaron. Sólo sé que Alana salió furiosa de allí y fue a buscar a Irgoliath hasta el Necromurtur, pero Irgoliath se escondió y no le dio frente.

-No sabía esa historia -aseguró Héliz-; pero de haberla sabido le hubiera cortado la cabeza a Irgoliath la primera vez que nos encontramos. ¡Jamás me volveré a dejar engañar de ese maldito Espíritu! -entonces se levantó de la silla, descubijándose, y crispando el puño añadió: -¡Vamos por Feya para que tenga la venganza que se merece!

-Entonces ayudemos al Dragón Escarlata y a la alianza. Marchemos a las tierras del Espíritu y hundamos a Irgoliath en el más oscuro y húmedo socavón del mundo.

Héliz asintió con un fragor interno y una furia azul; y se alistó para la guerra, ahora sabiendo la verdad y quitándose la venda que Irgoliath había puesto en los ojos.

198

Poco se documenta después de tal encuentro, pero se supo que los ejércitos de Sadamarca y de Alheid desembarcaron por separado en las orillas septentrionales de las Tierras Espectrales, ahora vacías, pues Irgoliath había reunido todas sus huestes en el sur. El punto de encuentro fue Yavín.

Mas las dos Apsaras no fueron con sus ejércitos. Aunque nadie sabe qué camino tomaron, hay registros en las memorias de Melina que describen el camino al Corazón de los Volcanes. Dicen las historias que tomaron un sendero escondido bajo la ceniza que trepaba por una ladera escarpada. Cuando ya estuvieron varios metros sobre la yerta llanura, vieron otro sendero de losas negras. Siguió el camino y cruzaron piedras



Juan Esteban Peláez

negras que semejaban dientes oscuros. El aire cada vez se tornaba más cálido, y de vez en cuando un pequeño hilo de lava se deslizaba entre las rocas como una herida roja en la montaña.

Finalmente llegaron a una grieta honda que parecía ir directo a las entrañas de los volcanes. La fisura era estrecha; pero cabía por allí un Hombre corpulento sin ningún problema. A cada lado de la fisura había dos estatuas de Hombres talladas en la piedra. Ambos tenían coronas en las cabezas. Hélix y Melina se apearon de los caballos y entraron a la grieta. Al hacerlo, vieron que la fisura se anchaba. Varios arcos sostenían las paredes unos tras otros, como si se pusiera un espejo frente a otro y se reflejaran arcos infinitos.

Las Apsaras descendieron por el camino, doblando de vez en cuando en un recodo, hasta llegar a una amplia sala octagonal. Allí el suelo era de baldosas negras pulidísimas y brillantes, y al fondo se erguía un trono de piedra volcánica que estaba vacío. Unas antorchas iluminaban el recinto, una en cada pared, y esparcían lánguidas sombras sobre el suelo. Había una mesilla al lado derecho con una sola silla, y dos baúles pesados al costado izquierdo, repletos de algunas joyas, sedas y pertenencias personales.

Entonces, de un rincón ensombrecido emergió una silueta magistral y solemne. Los ojos le brillaban como dagas verdes y tenía un rostro esculpido por la belleza misma. El cabello rojizo le llegaba casi hasta la cintura, y la tez era pálida, aunque el hollín la ensuciaba. Tenía las uñas bien pintadas de rojo, y unas sedas escarlatas con mangas amarillas le forraban el esbelto cuerpo.

-Sabes a qué vinimos -dijo Melina con voz severa.

-No hay nada que hacer -respondió la Apsara pelirroja, que mirando a Melina añadió: - Debes dejarlos descansar. La vida de los Hombres es un ciclo horrible de sufrimientos, y la maldición de las joyas lo único que hace es prolongarlo en amplas espirales. Sólo deja que rompan el ciclo.

-De eso hablaremos después -dijo Melina.

-¿Acaso permanecerás oculta aquí durante otra era? -preguntó Hélix con dulce pero profunda voz.

-No me importa lo que pase en la superficie -respondió el Corazón-. Todo es un recuerdo de eras pasadas. Mi imperio ya es regido por fantasmas del pasado, y allá al occidente se elevan poderes contra los que no pude luchar.

-Amas aún a tu imperio, aunque esté maldito; y sabes que sin tu protección él lo vencerá -increpó Melina, que era la más desafiante y malgeniada de las Apsaras. Turbia como los mares y fuerte como los ríos. Impredicible como las aguas, pues a veces era calma, pero otras veces era tempestuosa.

Por otro lado, estaba Hélix, serena y de expresiones frías como témpanos, pero caprichosa como la nieve que cae donde le place.

Mas nadie había visto nunca a Feya, o por lo menos no durante esa era. Ningún mortal sabía cómo era; pero todos le inventaban mitos y leyendas, y le atribuían favores. Ella era el amado Corazón de los Volcanes.

-Miles de almas buenas están dándole lucha a Irgoliath. Tú imperio está luchando. Es el momento preciso para tu venganza -aseguró Melina.

Pero Feya meneó la cabeza. -No quiero venganza alguna -respondió un poco avergonzada.



Juan Esteban Peláez

-¿Acaso has olvidado quién eres?! -exclamó Melina furiosa-. ¡Eres Feya, Apsara de los Fuegos y de la Lava! ¡Eres el Corazón de los Volcanes! Naciste en el lejano volcán Drum y luchaste en las batallas de otrora.

-Al lado de Irgoliath -interrumpió Feya.

-El Irgoliath de antaño ya no existe -aseguró Hélix.

Melina se acercó a la debilitada Feya y le tomó el rostro con dulzura y suavidad. -Eres mi hermana mayor, la más antigua de las Apsaras; no una débil que huye y se esconde bajo las montañas de lava -dijo con profundidad mientras le acariciaba la mejilla y la limpiaba del hollín.

Entonces a Feya se le escurrieron unas lágrimas muy brillantes, más puras que los ríos cristalinos. -¿Quién soy? -preguntó con voz trémula. Parecía haber olvidado su poder y su gallardía, además de su estatus en el Nallhard.

-Eres una Apsara, al igual que nosotras, mi querida hermana -respondió Melina con voz profunda-. Y eres amada por Falheid, el Imperio del Fuego, y por sus habitantes.

-Y es hora que Irgoliath pague por lo que te hizo -añadió Hélix.

-Lo amé -aseguró Feya.

Entonces Melina la abrazó. -Sé qué es estar enamorada. Y durante el camino te contaré mi historia; pero por amor no puedes sacrificar tu tranquilidad ni tu felicidad -dijo, y acordándose de Arcalón, añadió: -Si en verdad quieres sacar a tu imperio del ciclo del sufrimiento, entonces vamos al sur y acabemos con Irgoliath. Si la maldición acaba ellos descansarán.

Feya se limpió las lágrimas de sus mejillas y levantó la cabeza. -Tienen razón, mis amadas hermanas -dijo mientras una llama blanca parecía rodearla-. ¡Soy el Corazón de los Volcanes! -exclamó-. ¡Y es hora de que todos descansen, incluyendo al desdichado de Irgoliath! -añadió con una fuerza renovada.

199

Los ejércitos del Imperio del Agua y de Sadamarca marcharon sin inconvenientes por el norte de las Tierras Espectrales, llegaron al malsano valle de Yavín y continuaron hacia el sur. Melina y Hélix les habían dado alcance y ahora iban al frente de los majestuosos ejércitos; pero Feya marchaba sola, pues no deseaba que ningún mortal la viera, no por ahora.

Así pasaron los días. Y cuando ya estaban cerca de las Almenas, vieron pasmados la noche clara y a la Dama de la Noche, acompañada de sus hijas. Todos miraron estupefactos los cielos. Las nubes habíanse corrido por vientos fuertes, y la Dama brillaba plateada en el cielo. Esto pareció instigar más a los guerreros que, valerosos, aceleraron el paso. En ese preciso momento, Arcalón y el resto estaban batallando en Althras. Melina, deduciendo lo que ocurría más al sur, formó sus tropas y se alistó para la cruenta lucha que se avecinaba.

La Majestad de las Aguas, ya con sus atavíos de guerra puestos, envió varios batidores. Algunos de los exploradores se tardaron más tiempo, pues se perdieron en el camino de vuelta. Pero cuando volvieron, informaron a Melina que miles luchaban tras las pequeñas elevaciones frente a la Almena de Althras.

-¡El Dragón está rodeado! -exclamó uno de los batidores de Égorad.



Juan Esteban Peláez

Melina permaneció pensativa un rato. -¿En dónde está exactamente? -preguntó mientras miraba el rostro del explorador.

El batidor, intimidado por la presencia de su emperatriz, señaló un poco hacia la izquierda.

-Aproximadamente en esa dirección -respondió con nerviosismo en su corazón. Nunca había tenido a la Majestad tan cerca, y se sentía absorbido por la belleza de la Apsara.

Melina asintió y soltó un suspiro. -Ardorad, bajarás por aquella ladera -ordenó mientras señalaba una colina desnuda y craqueada a su izquierda. -Ezlifo bajará por el flanco derecho, y Égorad y yo iremos en el medio -aseguró.

-Con todo respeto, Majestad, no creo que deba internarse en la batalla -dijo Ardorad.

Melina miró con severidad al almirante. -¿Acaso no acatarás mi orden? -preguntó.

Ardorad bajó la cabeza de inmediato. -Claro, mi señora -respondió.

Mientras las instrucciones de Melina se llevaban a cabo, Héliz también formaba sus tropas tras los Hombres de Alheid. Héliz veía desde su posición cómo todos iban y venían, y se formaban a lo largo, semejando la espuma destructiva del embravecido mar. Pero no cantaban, ni aclamaban ni vitoreaban; todo lo hacían en silencio. Mientras tanto, tras las colinas se escuchaban los estruendos de la batalla, los sonidos del acero y los horripilantes gritos. Incluso se sentía el frío críptico que los Espectros emanaban.

Entonces la vanguardia de Melina subió en el mayor silencio posible por las pequeñas elevaciones, y antes de llegar a la cima se detuvieron. Los Yúcidas estaban tan confiados y hundidos en su poder, que no enviaron batidores al norte, y por lo mismo se lamentaron después.

Y cuando la ruina de Arcalón estaba próxima Melina dio la orden. Sonaron las trompetas de bronce, y Égorad levantó la Shidraha, que brilló ante la luz creciente del amanecer. La Dama de plata mermaba, pero los soles se alzaban sobre la tierra, lanzando destellos a los vapores dorados que vomitaban las putrefactas ciénagas.

-¡Adelante! -gritó la deidad.

Y los corazones de los Hombres se llenaron y flamearon, y la sangre les hirvió. Y la Majestad de las Aguas cargó entonces contra el enemigo. Y la marcha retumbar la tierra muerta, pues bajaron furiosos las colinas, formando así una embestida tempestuosa.

200

Arcalón miraba cómo todos los azules guerreros bajaban por la colina, y en ese momento Arián llenó de luz el cielo. El Ajedrecista permaneció incrédulo al ver los valientes soldados bajar por las laderas, envueltos en luz dorada, mientras dejaban nubes de polvo a su paso atronador. Todas las miradas estaban fijas en la nueva carga. Todo el mundo parecía estar enfocado solamente en ese momento, todo parecía muy lento y hermoso.

Pero cuando bajaron la ladera y se internaron en la quebrada llanura, el ataque se volvió estrepitoso y violento. Muchos caballos relincharon y galoparon a toda velocidad con una fuerza impresionante, y tras ellos muchos soldados de Alheid irrumpieron en la batalla. Los enemigos que luchaban al norte vacilaron, se asustaron y salieron a correr. Y la brutalidad del choque se acercó. Arcalón entonces sintió un poco de esperanza. ¡Quizás sí podría volver con Méladriel a Herda o a Verdelheid!



E instantes después, como una helada de las tierras nórdicas, bajaron coronando el norte las tropas de Sadamarca. Entonces Irgoliath vio su victoria titubeante, pues le era difícil luchar contra cuatro Apsaras al mismo tiempo. Al principio, las tropas del Demonio pensaron que su aliada había llegado, pero después vieron con pánico que Héliz ya no era amiga de Irgoliath, y temieron.

El ejército de Melina arrastró la inmundicia negra como olas furiosas por el norte y por el occidente. Los enemigos no fueron capaces de contenerlo, y fueron cediendo terreno muy rápido. Las lanzas volaron al igual que las flechas. Las espadas y las hachas se blandieron, y los escudos negros se rompieron, y el sol Arián, guiando la marcha, se posó sobre la batalla.

Pero Arcalón y Méladriel aún seguían atrapados en medio de un soberbio y denso círculo de enemigos. Melina había mandado su ejército por los flancos de la batalla, mas no al centro, donde Arcalón y Méladriel aguantaban. Los guardias de Méladriel formaron un círculo alrededor de ella, manteniendo a los enemigos a raya. Algo semejante pasaba con Arcalón, que protegido por Édolf, Sergail y sus guardias, lograba aguantar.

Entonces el Ajedrecista y un grupo de Hombres intentaron abrirse paso desesperadamente por medio de los enemigos, pero era casi imposible. Arcalón blandió su espada a diestra y siniestra, a los costados de la grupa del Alazán, con furia y desesperación, mientras veía cómo cada vez más enemigos se le atravesaban en el camino, al mismo tiempo que sus irritados ojos se aguaban a causa de los densos humos del rededor. Méladriel también intentó salir de allí, pero ella no era tan fuerte, aunque tenía el corazón de una guerrera.

Fue grande el desespero de Arcalón y Méladriel al ver cómo cada vez más de sus guardias caían. Miraban impotentes mientras incontables enemigos se abrían paso hacia ellos. Arcalón miraba hacia todos lados, intentando buscar un escape; pero no había ninguno. Por donde miraba se arremolinaban enemigos que golpeaban a sus Hombres y los linchaban con sus armas. Muchos pedían clemencia y lanzaban sus armas para no combatir más, pero igual eran mutilados o asesinados. Arcalón veía aterrado esto desde la silla del Alazán, atemorizado. Méladriel, no muy lejos, también veía cómo sus tropas eran masacradas, y veía como cada vez más enemigos venían en torno a ella. Entonces la joven reina tembló de terror, incapaz de blandir su espada.

Y cuando ya casi todos los soldados estaban vencidos en el suelo, varios Espectros se abalanzaron hacia el Dragón. Todo fue en cuestión de segundos. Varios intentaron tumbarlo del caballo, pero el Alazán corcoveó y los alejó. Entonces uno de los enemigos atacó con una lanza al Arcalón. La punta le dio en el pecho y lo hizo caer del caballo; pero la punta no perforó la piel. Arcalón intentó levantarse rápido pero el peso de su armadura se lo impidió. Entonces su cuerpo se llenó de adrenalina y terror cuando sintió que varios enemigos se lanzaban sobre él. Uno intentó apuñalarlo varias veces en la cara, y logró meter el cuchillo en el visor del casco, cortándole la frente y casi sacándole un ojo. Al mismo tiempo, otro logró atravesarlo con una espada en el costado, entre las divisiones de la armadura. La espada entró muy profunda.

-¡Largo malditos! ¡Quítense de encima! ¡Largo! -gritó Arcalón una y otra vez, mientras sentía golpes y cortaduras en todo su cuerpo.



Juan Esteban Peláez

Y sólo hasta que Arcalón dejó de gritar los Espectros se levantaron y lo dejaron en paz, pensando que ya estaba muerto; pero Arcalón aún respiraba. Sin embargo, la sangre que bajaba de su frente dentro de su casco empezó a asfixiarlo. No podía abrir el ojo derecho y no podía respirar bien. Entonces, como pudo, logró voltearse y se incorporó, quedando de rodillas. No pudo sacarse el casco por los guantes, así que se los quitó con premura, pues cada vez se sofocaba más, y se quitó el casco finalmente. Tomó una bocanada de aire y se limpió la sangre del rostro para poder abrir los ojos. Pero con la segunda bocanada sintió un dolor horrible en el costado, y tosió sangre. Entonces supo que lo habían herido de muerte. Cada respiración se volvió un martirio, y empezó a sudar a causa del suplicio. Incluso intentó calmarse para no respirar tanto y aguantar el dolor.

Y, en un momento de euforia, intentó levantarse, pero no pudo. Así que cayó de nuevo de rodillas a la tierra, ahora verde y hermosa. Y, de repente, el dolor de su abdomen y de su frente desaparecieron; pero apareció un dolor aún peor, esta vez en la quijada. Se tomó la cara, desesperado, mugiendo, mientras sudaba por el dolor. Ahora recordaba ese golpe, era un golpe que había recibido antaño, en la Batalla de los Cuatro Elementos. Pero casi tan rápido como apareció ese dolor desapareció.

Ya con más calma, miró a su alrededor, a un paisaje hermoso, con la vista perdida, y poco a poco empezó a escuchar menos voces, hasta que el mundo se quedó mudo. Y por fin entendió con claridad la Maldición de la Shidraha. Fue en ese momento cuando Arcalón pareció descansar de toda una vida de guerra, de preocupaciones y de dolores.

Entonces bajó la cabeza... y sonrió.

201

Méladriel, al ver la desesperación de los guardias de Arcalón, buscó al Dragón entre las densas nubes de ceniza y humo; pero en vez encontró al Alazán desbocado y corriendo despavorido. La reina, ahora más asustada, cabalgó sobre el Bayo Mono en busca de Arcalón. Y no muy lejos vio un Hombre envuelto en una capa negra, de rodillas y sobre un charco de sangre. El Hombre miraba hacia la pobre tierra negra.

Entonces, desesperada, intentó abrirse paso hasta Arcalón. Salió del círculo formado por sus guardias y se dirigió hacia su amado. En ese momento recibió un golpe seco de una lanza en el costado derecho, pero la armadura negra la cubrió. Mas una flecha alcanzó al pequeño Bayo Mono, su compañero de aventuras, y lo hizo caer sobre el campo de batalla. Así murió Bayo, el caballo de Méladriel.

Y aunque estaba muy adolorida por la caída, la reina siguió adelante, blandiendo su corta espada de un lado a otro, desesperada, evitando que algún enemigo se le acercara. Y tras ella estaban los fieros guardias de Herda que la protegían con sus vidas. Cuando finalmente llegó hasta el Dragón, vio su herida en el costado, una herida que lanzaba sangre a borbotones. Sintió una angustia indescriptible, aún más amarga que la pérdida de Alora y de Éliot. Tembló descontroladamente, desesperada, y las mejillas se le empaparon y las lágrimas le limpiaron el hollín del rostro.



Juan Esteban Peláez

-¡Arcalón! ¡No me vayas a dejar sola! ¡Arcalón, no me hagas esto! -gritó Méladriel una y otra vez mientras intentaba en vano tapar la herida con sus manos. -¡Arcalón! ¡Que alguien haga algo! -gritaba a todo pulmón.

Poco después llegó Sergail, agitado y mareado por el humo y el cansancio. Miró a Arcalón y de inmediato fijó la vista en Méladriel que, hiperventilando, lloraba con amargura mientras acomodaba sobre sus rodillas el cuerpo a su amado. Su rostro, envuelto en llanto, se veía cansado y sucio, triste y demacrado; ella ya quería descansar y salir de ese infierno. Entonces le dijo varias veces mientras le tomaba el rostro ya ceniciento: -Te amo, Arcalón, te amo.

Sergail miraba a la afligida reina, paralizado por la situación. Entonces diose cuenta que Méladriel también había sido herida. Era una herida profunda, muy profunda, en su pierna izquierda. Quizás se la hizo al caer del Bayo. La herida había cortado la arteria femoral. Méladriel perdía sangre a torrentes, y cada vez se sentía más débil.

-¡Méladriel, estás herida! -dijo Sergail muy asustado. Entonces se apresuró a hacerle un torniquete a la reina.

Pero la reina meneó la cabeza. -Ya no tengo fuerzas para pelear más, y la verdad no quiero pelear más -dijo mientras miraba el rostro inerte de Arcalón y lo peinaba con la mano. Sus dedos sangraban por la cuerda del arco, pero ya no le dolían.

Sergail asintió, y Méladriel pareció descansar. Y los rayos cayeron, las humaradas emergieron de la pobre llanura, y ventiscas gélidas inundaron el aire inmundado.

En verdad toda la batalla se desarrolló tan rápida, que casi ninguno de los generales supo qué le sucedió al otro. Todos los textos se tornan confusos en este momento, y mucho fueron escritos por poetas o fantasiosos, más que por historiadores. Mas hay una conversación que tiene un registro verídico, y fue la explicación para muchas situaciones.

202

-«Arcalón, Arcalón, Arcalón» -exclamó una voz burlona, pero conocida por el Dragón. Arcalón abrió pesadamente los ojos y vio a Almond, su hermana, a su lado, con los brazos enlazados alrededor de sus rodillas. El Hombre había perdido la noción del tiempo, y ya no escuchaba la batalla, ni sentía el dolor de sus heridas. Sin embargo, sabía por un extraño sentimiento que se encontraba entre los brazos de su amada Méladriel.

Almond, sonriente, lo miraba con detenimiento. Mas en sus ojos se posaba una referencia difícil de ignorar.

-Tú no eres Almond -aseguró Arcalón.

-En eso tienes razón. Sólo deseaba que me vieras como una imagen más... ¿cómo decirlo?... «familiar».

-¿Qué quiere ahora, Irgoliath?

-Hiciste bien en esconder a Almond de mí, Arcalón. Te imaginarás la sorpresa que tuve cuando supe que venías de un mísero feudo a las afueras de Metys.

Arcalón lo miró con debilidad. -¿Qué se siente ser desafiado por una persona venida de un mísero feudo? -preguntó.

-Veo que sigues orgulloso.

-¿Qué desea?

El Demonio se acercó a Arcalón, y le susurró con malicia: -Tú, Arcalón, nunca envejecerás.



Juan Esteban Peláez

-Porque moriré luchando -respondió el Hombre que, aunque débil, todavía guardaba parte de su gallardía.

La imagen de Almond meneó la cabeza. -No lo digo por eso -respondió.

-¿Entonces?

Irgoliath calló por un momento. -Arcalón, así te escondieras en una pocilga, nunca hubieras envejecido -aseguró el Demonio-. Igual, a todos nos llega la hora. La mía está próxima, por ejemplo. Supe que el Corazón de los Volcanes viene hacia acá, y viene por mí. Según la profecía de Jihn, si Feya y yo nos encontrábamos en un campo de batalla, pero en bandos opuestos, no importarían las tropas, ella me mataría sin excepción; y Jihn nunca falla en sus profecías. Incluso, ella ya visualizó el fin de este mundo. Pero primero se cumplió tu ciclo, y en verdad se cumplió dos veces.

Arcalón no entendió la referencia de «dos ciclos», pero no pidió explicación.

Irgoliath sonrió. -Dime, Arcalón, ¿las personas que conoces han cambiado? -preguntó.

-Sí.

-¿Seguro?

Arcalón dudó. -Ahora son mejores personas.

-Quizás sus experiencias cambiaron, pero pregunto sobre sus físicos. ¿Méladriel ha cambiado? -entonces subió la cabeza. En ese momento nada era visible, pero Arcalón sabía que Irgoliath miraba a Méladriel, que lo sostenía entre sus brazos.

-Ha pasado poco tiempo, sólo algunos años.

-¿Seguro?

Arcalón cada vez se sentía más extraño. La conversación se volvía difusa y enigmática.

-Mi querido Dragón, han pasado más de cien años desde que estuviste en la Batalla de los Cuatro Elementos. ¿Qué recuerdas de esa batalla?

Arcalón escarbó en sus pensamientos, pero poco se acordaba de esa batalla. -Recuerdo que...

-Espero.

Pero Arcalón no dijo más. Entonces se tocó la cara, recordando la herida en su quijada.

-¿Sabes cuál es la Maldición de la Shidraha? -preguntó Irgoliath finalmente.

Entonces Arcalón subió la cabeza, asombrado, y se miró las manos, y vio que no eran más que falanges. Y vio que las tierras donde yacía arrodillado eran verdes y fértiles, bañadas por un hermoso y despejado día. ¿Dónde estaba entonces? Y miró entre difusas apariciones una batalla lejana, como invocada por una mente débil, ajena a su presencia.

-La maldición revive algunas almas de seres que mueren cerca de una de las Shidrahas -respondió Irgoliath-, y esas almas sólo ven lo que quieren ver. El permanecer coagulados en tiempos de antaño distorsiona toda una realidad -entonces la visión de Almond se tomó el mentón, pensativa. -Claro que para el caso de ustedes todo es real.

Arcalón, atónito y con los ojos desorbitados a causa de la sorpresa, miró hacia arriba y vio frente a él el Monte Althgai, y sobre él la Almena de Althras.

-Los Espectros no éramos nosotros, Arcalón -añadió Irgoliath con una sonrisa triunfal-. La maldición consiste en prolongar el sufrimiento de los malditos, pues prolongar la estancia en este plano es prolongar el sufrimiento. Durante todo este tiempo no envejeciste, pero sufriste pérdidas y dolores físicos. La maldición simplemente extiende el ciclo de sufrimiento de la vida hasta que un arma benigna te da paz-. Entonces abrazó a Arcalón como si fuera Almond misma, y preguntó con enigma: -Dime, Arcalón, ¿de qué te sirvió ignorar lo que lloran los muertos?

Arcalón, con los ojos bien abiertos a causa del asombro, volvió a mirarse las esqueléticas manos, y supo porque los enemigos le temían. ¡Él mismo era un Espectro!



.....

Sólo hasta ese momento Arcalón abrió los ojos a la cruel realidad, y por medio de ilusorias imágenes, supo todo lo sucedido.

Todos habían muerto. Se supo que Arcalón había muerto en la Batalla de los Cuatro Elementos, al igual que Sergail, Ángor, Lev, y Trisanio. Por lo mismo, los jóvenes sólo aparecieron hasta que Londrake recuperó la Shidraha y fueron inmolados por la maldición. Por eso fueron ignorados por los piratas que los llevaron a Kárijan y por los habitantes de la isla. Estaban muertos, y sólo Londrake y la Melina lograban verlos.

Se supo que Arcalón cayó presa de la espada enemiga. Cuando cargó recibió un golpe en la quijada que le quitó la vida. Se supo que Sergail murió cuando el Armatón fue destruido, pues él estaba debajo de la poderosa arma. Se supo que Ángor murió cuando Norad cargó contra él en el norte, y se supo que Lev había muerto en una batalla más al norte, después de que le había dado muerte al Delfín de Zafiro. Londrake sintió que falló en su empresa porque los jóvenes jamás salieron vivos de la horrible batalla, y por eso nunca pudo recuperarse de su congoja y de su angustia.

Se supo que Méladriel sí se había suicidado en las Tierras Espectrales después de haber salido de la Torre del Vampiro. Después de la muerte de la joven, Éliot, sin esperanza e incapaz de aguantar la pérdida, también se suicidó. Sólo Algar permaneció allí, estático, hasta que la Shidraha que estaba en Gorthgath encontró ambas almas y las inmoló en su maldición. Esto duró casi cien años.

Se supo que el motivo por el cual Méladriel y Arcalón no pudieron tener hijos, pues fantasmas no tienen descendencia. Ninguno de los implicados en esta historia tuvo hijos por la maldición, ni murió por enfermedad o vejez; nadie murió por una causa ajena a la guerra.

Se supo que los Yúcidas eran hechiceros poderosos, exorcistas que buscaban dar paz a las Almas en Pena de los imperios antiguos.

También se supo que la Shidraha que estaba en Herda traicionó a Irgoliath, y despertó las huestes muertas de Herda y Jerlán. Estas huestes, ahora enemigas del Espíritu, expulsaron a sus tropas del occidente. Cuando Méladriel, Algar y Éliot llegaron a Darrelli, ésta ya era una ciudad olvidada, una ciudad repleta de fantasmas. Lo mismo pasó en Dan-Silum cuando llevaron la Estrella de Jores. Sólo Algar veía todo tal y como era, mas nada les dijo a Méladriel y a Éliot.

Se supo que Égorad, Helad y sus marineros, habían muerto años atrás en la Guerra de los Cuatro Elementos, intentando defender a Kárijan de las invasiones del Falheid y de Velheid; y que ya eran Espectros cuando lucharon en Dan-Silum. Se supo que el rey Megot había muerto tiempo antes, en la primera invasión a Herda. Se supo que en la defensa de Dan-Silum, las tropas de Irgoliath se retiraron



Juan Esteban Peláez

espantadas y aterrorizadas cuando la Shidraha brilló y mostró la enorme cantidad de fantasmas que había en la necrópolis. Se supo que cuando Arcalón fue por Méladriel a Herda, ambos ya eran Espectros. En los Muelles de Adsul, Algar no vio más que barcos fantasmas de velas rotas y cascos ennegrecidos, manejados por silenciosos Espectros.

También se supo que Málem, Señor del Castillo de Cristal, murió en la Guerra de los Cuatro Elementos, meses después de la partida de Méladriel hacia Gorthgath, y que se defendió como Espectro de las tropas de Hellmer. Se supo que Hellmer no era un Espectro, sino un valeroso e intrépido rey que guiaba las tropas de Irgoliath contra las huestes muertas de la Península de los Elementos. Esta batalla la ganaron los Espectros, pues intimidaron a los vivos. Y se supo que Almond, hermana de Arcalón, cayó presa de la peste que proliferó en el feudo mientras Arcalón le servía a Melina como almirante. Arcalón ya estaba muerto para ese entonces.

Se supo que Derren no había sobrevivido a la lucha contra el Troll. Se supo que Pecaín era un rey valiente, sucesor de Hellmer, y que decidió darles paz a los espíritus errantes de la Península de los Elementos en una segunda invasión. Se supo que cuando la Shidraha fue alejada del Valle de Ahl, no fueron las tropas de Pecaín las que desaparecieron del valle, sino las tropas de Falheid. Apenas vieron la pérdida de Pecaín, las tropas de Irgoliath decidieron dejar la espectral península, de nuevo. Se supo que las dos Amatistas, al igual que el resto de las Apsaras, sí veían quiénes eran los vivos y quiénes los revividos; y se supo que ayudaron a las huestes fantasmales, pues se conmovieron con ellas. También se supo que las Hadas se compadecieron de los Espectros bajo el mando de Arcalón, y por eso los ayudaron en Ahl. Se entendió el motivo por el cual Alana y las Amatistas llamaban a Arcalón y a los demás «Almas Buenas». Por eso ninguna Apsara ni ninguna Hada tocaron a los revividos.

También se supo que Quetzal había muerto en la guerra por la codiciada Shidraha. Todos los reinos septentrionales de Pacán habían ansiado la joya para ellos, y por lo mismo se habían declarado la guerra unos contra otros; pero sus muertos quedaron presos a la maldición.

Se supo que Valane no vio más que dos fantasmas cuando Méladriel y Sergail volvieron a la Torre del Vampiro, mas como era una Vampiresa podía ver a los fantasmas tal y como eran.

Se supo que cuando Melina llegó a Helión, sus guardias sólo vieron Espectros porque la ciudad la habitaban los vivos. Y fueron los ciudadanos de Helión los que vieron llegar una comitiva de fantasmas provenientes de las islas ahora malditas.

Se supo que Irgoliath sólo quería recuperar las Shidrahas porque la maldición se había salido de control, y sólo quería que no hubiera más almas en pena vagando por el mundo. Esas almas se estaban acumulando y se habían vuelto sus enemigos. Él necesitaba acabar la maldición; pero sus pecados pasados no lo eximían de sus intenciones.

.....



Y Arcalón sonrió.

204

Arcalón recordó en ese momento las palabras que Londrake le había dicho mucho tiempo atrás, cuando apenas habían llegado a Metys por primera vez: «La gloria sólo se obtiene después de muerto».

-Es hora de que tú y tu amada Méladriel dejen el ciclo del sufrimiento -aseguró Irgoliath. -Quizás -respondió el Dragón con una calma sorprendente.

-Es hora de que todos descansen en paz bajo sus frías tumbas, o encerrados en sus suntuosos mausoleos de mármol negro. Quizás sea hora que escuchen los cantos de las Brujas y sean sometidos a las perversidades de los saqueadores. Descansa ya, Arcalón de Metys, que le has dado al Nallhard más de cien años de guerra, de espantos y de destrucción. Deja a los vivos y envía a los muertos a sus serenas camas de piedra.

Arcalón seguía acostado, apoyado aún contra algo invisible, mientras poco a poco se sentía mareado y frío. Entonces, entre borrosas apariciones, subió la mirada y finalmente la vio. Allí estaba, meciéndole el cabello, con esos ojos grises brillantes y una sonrisa en el blanco rostro. -Te veo -le dijo a su amada.

Y Méladriel, que por fin pareció verlo, lloró de felicidad. -Y yo a ti, mi amado Arcalón -dijo mientras lo abrazaba con todas sus fuerza-. Ahora te veo -añadió con la voz resquebrajada. Sólo entonces ambos se dieron cuenta que estaban bajo un árbol fértil sobre una campiña florida de dulces aromas. Arián y Herén lo iluminaban todo, y un viento pasajero les refrescaba los cuerpos. Entonces la pareja se tomó de la mano, permaneciendo quietos bajo la sombra del árbol; él con la cabeza sobre las rodillas de ella, y ambos cerraron los ojos como si de repente se hubieran unido con el universo de nuevo.

Así descansó por fin Arcalón de Metys. El mismo Hombre que tomó Kamea y ayudó a tomar el Castillo de Cristal. El mismo que ingenió el plan para ganar la Batalla de los Cuatro Elementos, y el mismo que murió en esa batalla. Después renació el fantasma, el «Alma Buena», que defendió Arsen y ganó la Batalla del Valle de Ahl. También derrotó a los Yúcidas en la necrópolis de Metys, y desafió en la llanura de las tres Almenas a Irgoliath. Así acabó la historia del joven que vivía en un feudo cercano a Metys, el mismo que el Mago Londrake había conocido, orgulloso de haber construido el baño de su casa, de tener una cama para él solo y por haber comprado una toalla.

En ese preciso momento Londrake miró al cielo desde su ventana, y lo supo. -Ya estás en paz -dijo con lágrimas en los ojos mientras miraba la Estrella de Jores.

Háladriel estaba a su lado. -¿Ella también lo logró? -preguntó refiriéndose a Méladriel. Y el Mago asintió. -Ambos lo lograron.

Allí también terminó la historia de Méladriel, la reina de Herda, la joven que quedó atada a la Maldición de la Shidraha en su cruce por las Tierras Espectrales, y que batalló en la defensa de Dan-Silum y en la batalla de Ahl. La misma que había sido la inspiración del cuadro de Éliot, y que ahora batallaba en Gorthgath al lado de su amor eterno.



Pero no sólo ellos dos emergieron de los socavones de la desgracia. Sergail recibió su descanso por parte de Victoria, y esa historia está bien documentada. Dicen que, en el fragor de la batalla, Victoria vio desde el balcón a Sergail, luchando ahora más retirado de Méladriel y del cuerpo de Arcalón. Entonces la Yúcida recordó que Sergail le había robado la Shidraha en la defensa de Metys. Así que, vengativa, bajó con presura y con sus guardias, y se escabulló por pasadizos que daban a la ladera más cercana. Entonces salió del foso en silencio, sigilosa, y, sin dejar reaccionar a Sergail, se abalanzó con sus tropas y arreció con la guardia del capitán. Entonces las tropas de Victoria lo alcanzaron, y un enemigo le atravesó el abdomen con su espada. Los músculos fueron desgarrados y los órganos vitales atravesados, y así Sergail, el soldado más valiente de Falheid, descansó en paz.

Por otro lado, aunque aún no se sabe si Valane murió o no durante el ataque, dicen los textos que la Vampira fue atacada por Alanior desde el cielo. Valane vio una sombra negra sobre ella, pero antes de poder levantar la mirada todo se oscureció, y no sintió nada más. Ese fue el fin del dominio de la Torre del Vampiro. En ese momento el ejército de la Vampira vio aterrado cómo su reina caía, y por lo mismo esas tropas se lanzaron furiosas y con más ímpetu hacia la Almena, reavivando la batalla. Algunos Nomos sacaron a Valane de la batalla, pero no se sabe con certeza si murió por las heridas o se recuperó. Además, no todos estaban presos a la maldición y no todos estaban derrotados.

205

Desde la perspectiva de los vivos, la batalla se desenvolvía de la siguiente manera: Antes del amanecer, los Espectros se encontraban rodeados por completo por las tropas de Irgoliath, y la Almena todavía seguía siendo poderosa y aguantaba sin problemas los ataques de las tropas enemigas. Pero la herida de Valane hizo que los Nomos de la Torre del Vampiro se lanzaran furiosos y lograran despejar el camino oriental que llevaba directo a la Altrhas. Aprovechando eso, muchos Espectros llegaron hasta la puerta de la torre.

Pero el verdadero peligro para Irgoliath estaba en los flancos del valle, pues allí arreciaban las tropas espectrales de Melina. Además, veía con desconsuelo como un ejército blanco de Hombres bajaba por las laderas y entraba en combate. Héliz, poderosa y furiosa, lanzó su ejército por todo el norte, batiendo a las tropas del Espíritu con gran éxito. En ese momento Irgoliath supo de la fragilidad de la victoria; y aunque había logrado liberar al Dragón y a la reina de Herda de la maldición, todavía tenía que lidiar con las poderosas Apsaras.

Y dicen algunos textos que Héliz logró romper el cerco en el centro del valle, y Melina derrotó con sus tropas los flancos del ejército defensor. Esto permitió que el asedio a la Almena fuera posible. Victoria intentó ocultar la Shidraha para que los Espectros desaparecieran, pero ya era muy tarde, pues las cuatro Shidrahas se encontraban en el valle. Y fueron las Amatistas las primeras en atacar la torre, lanzando rayos a las tropas sobre las murallas. Los soldados de Irgoliath no pudieron detener tan poderoso ataque; así que dejaron sus puestos y se internaron en la edificación, temerosos y esperando la ruina.



Así, mientras las tropas se retiraban de los muros exteriores a la torre, Irgoliath supo que su destino estaba sellado, pues vio en medio de la batalla un estallido enorme en el norte. Ese estallido lanzó al aire flujos piroclásticos, semejantes a la explosión de un volcán. Tal ataque destrozó Hombres y Nomos, y quebró por completo la resistencia de Irgoliath. Sólo segundos después hubo dos explosiones más. Y después del tercer estallido, el Espíritu alcanzó a notar entre los flujos los cabellos rojos de una enemiga que no podría vencer ni con todos los ejércitos del mundo, y vio su derrota en esos ojos verdes y en ese rostro hermoso y pálido.

206

Cuando los rayos dorados de los soles llegaron desde el occidente, Feya apareció en el campo de batalla. Desdeñosa, caminó bañada por la luz del amanecer por las prolongadas pendientes hasta internarse en la hondonada donde la batalla se desarrollaba.

Apenas llegó, unos Nomos se apresuraron a cerrarle el paso. Pero el interior de Feya hervía como la lava, y olvidando su bondad, sopló la palma de su mano, y de ella salió un aire tan caliente que carbonizó el rostro del Nomo que encabezaban la turba. Entonces los demás chillaron y le lanzaron blasfemias, pero ninguno se atrevió a acercársele al Corazón de los Volcanes. Y los Hombres a su alrededor, enamorados por su presencia y a la vez temerosos por su poder, no hicieron más que seguirla con la mirada, retirándose a su paso.

Así que Feya siguió su solemne caminar sin interferencias. Y, para ayudar a Melina, lanzó su poder por medio de tres explosiones. Estas explosiones hicieron que los enemigos escaparan y dejaran despejado el flanco.

Alanior la vio desde la grupa de su saurio, pero le temía, y no la atacó. Ana, quien fue una de sus atacantes tiempo atrás, se alejó lo más que pudo, atemorizada. Victoria la vio desde el fragor de la batalla, pero el temor la paralizó, y no pudo hacer más que dejarla continuar hacia el Althgai, donde las dos Amatistas ya se encontraban y con poderosa voz exigían la presencia de Irgoliath. Sildaéral y Aldaéral esperaban en la puerta oriental de la fortaleza, mirando hacia la torre y esperando la rendición del Espíritu. Pero Feya no quería una rendición, quería una venganza.

Entonces Feya subió la senda hasta las poderosas puertas de la torre, donde Hombres y Espectros le abrieron camino. Allí se encontró con las Amatistas y las abrazó con amor. -¡Mis amadas hermanas! -exclamó.

Ambas, sonrientes y felices, olvidaron la batalla del rededor y se enfocaron en su hermana mayor.

-Como en las batallas de otrora –dijo Aldaéral, o Bella.

Feya sonrió. –Así es. Pero esta vez la batalla es personal –añadió mientras miraba la Almena tras los muros. Ningún enemigo osaba en acercárseles a las Apsaras.

Sildaéral, o Clara, entendió entonces la furia de Feya, y asintió. –Entonces ve por él –añadió mientras le quitaba a Feya algunas cenizas de su cabello rojo.

Entonces Feya asintió y plantó sus pies sobre la tierra. -¡Exijo la presencia a Irgoliath! –gritó, pero su idioma era antiguo y ningún Hombre lo conocía.



Juan Esteban Peláez

Pero no hubo respuestas. No había defensores sobre los muros, pues todos habían escapado de las Amatistas.

En ese momento, Feya, que había aprendido a sentir la presencia de los Espíritus, supo que Irgoliath intentaba escapar de la fortaleza. Miró a las Amatistas, como cayendo en cuenta de algo, incluso preocupada. Ambas, rodeadas de dulces fragancias, le devolvieron la mirada, intentando descifrar sus pensamientos. Y, sin decir nada, Feya saltó al precipicio que flanqueaba la puerta de Altrhas. Aunque era una altura que mataría a cualquiera, Feya cayó como si hubiera bajado un escalón, y más rápida que un ciervo, corrió entre las rocas y los desnudos brezales, siempre siguiendo la presencia.

Y así, en menos de diez minutos de persecución, Feya llegó a un claro árido. Allí, inmóvil tras un seco abedul, permanecía Irgoliath, agazapado e intentándose fundir con la sombra del árbol. Apenas vio a Feya, supo que todo estaba perdido.

-¡No me mates! -exclamó el Espíritu.

Pero Feya permaneció en silencio, mirándolo con detalle. El cabello rojo le ondeaba con el viento, y sus dientes estaban apretados tras sus labios rojos.

-Por favor, he cometido errores, pero quiero enmendarlos -añadió Irgoliath.

Feya seguía en silencio y con las delicadas manos crispadas.

Irgoliath prosiguió: -Déjame reivindicarme. Si obtengo las Shidrahas la maldición acabará. Sólo deseo la paz para esas Almas en Pena, para esos Espectros. No puedes culparme por querer sacarlos de la rueda del sufrimiento. La península ya no tiene reinos, y los fantasmas vagan sin control. Es hora que descansen.

-¿Y por eso tenías que engañarme y mentirme? -habló Feya por fin.

Irgoliath no había escuchado esa dulce pero severa voz por siglos.

-¿Por eso tenías que enamorarme? -prosiguió la deidad-. Ahora no veo al Irgoliath que luchó conmigo contra Gorth en el Infierno. Ahora veo un Espíritu encorvado, débil, mentiroso y roído por un amor fallido. ¿Dónde quedó el gallardo Irgoliath que mató al Hechicero creador de los Orcos y destructor de los Elfos?

Irgoliath bajó la cabeza, como si miles de imágenes antiguas se le vinieran a la cabeza.

-¿Cómo fuiste capaz? -dijo la Apsara con un tono amargo. Por fin la ira parecía haber desaparecido, reemplazada por un hondo dolor. -Te amé, Irgoliath, y lo hubiera hecho por toda la eternidad. ¿Por qué me engañaste? ¿Para que dejara de vigilar la Cordillera de Volcanes y dejara pasar a tus tropas a la Península de los Elementos? ¿Acaso te interesaba tanto la Estrella de Jores? ¿Acaso se la ibas a regalar a Mírlth? Sí, eso ibas a hacer. ¿Acaso una Estrella vale la vida de una Apsara?

Irgoliath sólo miraba la verde hierba, enmudecido y avergonzado.

-¿Por qué no simplemente me pediste la Estrella de Jores? Yo te la habría dado sin problemas. Pero pensaste que si la veía me quedaría con ella, ¿cierto? Ese es un pensamiento lleno de amargura; cuando alguien está tan hundido en la codicia piensa que todos son codiciosos. No son capaces de ver que no todos necesitan ni desean lo mismo. Irgoliath no decía palabra alguna.

-Tienes un reino que pudo convertirse en un verdadero paraíso, pero cometiste muchos errores, y ahora tienes que pagarlos.

En ese momento Irgoliath se levantó e intentó correr, pero Feya le cerró el paso. Entonces el Espíritu sacó un tridente, otrora azul, pero ahora negro, pues poseía su maldad. E intentó atacar a Feya. Pero en ese momento aparecieron dos listones de fuego, como serpientes de llamas, que se retorcieron alrededor de la Apsara, ardiendo entre humos asfixiantes. Uno de los fuegos pulverizó el tridente de Irgoliath, y el otro se apresuró al Espíritu.



Dicen las historias que cuando el fuego envolvió por completo a Irgoliath, una figura cadavérica recorto el rojo intenso, como si un esqueleto negro se retorciera entre víboras ardientes. Todo fue en solo segundos, y apenas acabó, todo fue silencio. Irgoliath nunca volvió a aparecer en el mundo mortal. Ese fue el final del Espíritu Irgoliath, otrora un poderoso y gallardo guerrero, después un Demonio para los Ariánicos, y finalmente el fundador de Gorthgath.

207

Apenas Irgoliath dejó el mundo mortal, Victoria le dio la Shidraha a Alanior para que la sacara del campo de batalla sobre su monstruo alado, y de esta manera tener un punto de negociación, pues sabía lo que venía a continuación. Ahora la Altrhas estaba asediada por las tropas de Héliz. Además, estaban las tropas de Nomos de Valane; y finalmente tenían a cinco Apsaras a las laderas del Althgai: Aldaéral, Sildaéral, Melina, Héliz y Feya. No sólo se había perdido la batalla, se había perdido la guerra.

Cuando Feya retornó al Althgai, en horas de la tarde, vio con claridad cómo los dos planos de realidades se solapaban. Entonces la Apsara vio por un lado cómo las tropas de Victoria se replegaban y corrían hacia la Almena de Altrhas, asediados por las tropas blancas de Héliz. Al mismo tiempo veía de manera traslucida cómo los Espectros de la alianza se reagrupaban, conscientes de la victoria.

Y cuando el Corazón de los Volcanes entró al valle, vio que muchos Espectros la miraban maravillados. Ella podía ver sus rostros claramente, pues era una deidad; pero veía sus cuerpos un poco transparentes. Y entonces se acercó un Espectro que parecía un general, y se hincó frente a ella.

-Mi señora, de ahora en adelante te juro lealtad eterna –dijo el Espectro.

Feya se sintió apenada, pues había olvidado qué era ser venerada. Durante su encierro en la Muralla de Volcanes había ignorado la devoción de los Hombres del antiguo Imperio del Fuego.

Entonces Aldaéral se acercó a Feya y la abrazó. Miró al Espectro y sonrió. –Mi querida hermana, te presento al valiente Levanov.

Feya asintió y sonrió. –Es un placer conocerte, amigo Levanov –dijo Feya con ternura.

Entonces el corazón de Levanov se llenó de alegría al escuchar las dulces palabras de su amada Apsara.

Y sólo instantes después, mientras las puertas de la torre enemiga se cerraban de nuevo, llegó un grupo de Espectros que se hincó ante Feya. Y entonces uno, que tenía una corona en la cabeza, habló: -Mi señora, mientras tú gobiernes Falheid tendrás el apoyo incondicional de mi imperio. Lo juro –aseguró.

Entonces Aldaéral le dijo a Feya: -He aquí, mi querida hermana, al príncipe Órenot, poderoso y valiente. Quizás el príncipe más valiente y amado de los imperios antiguos.

Feya entonces, en ademán humilde, realizó una reverencia al príncipe. –Si mi hermana te otorga tan grandes virtudes, entonces serás mi amigo y mi aliado hasta que decidas descansar –dijo Feya con doble sentido.

Órenot pensó que descansar era la muerte, así que ignoró la maldición. En vez, llenó su interior de felicidad por tener tan grande honor. Ahora era aliado de Feya, el Corazón de



Juan Esteban Peláez

los Volcanes, y ella misma había asegurado que sería su amiga y su aliada. ¿Qué más podía pedir?

Feya miró entonces a un Hombre barbado que llegaba, translucido pero visible para la Apsara, y sonrió. -Mi querido amigo Bélaron -dijo al Dragonífero.

Bélaron, infinitamente feliz por ver a la Apsara, se hincó de inmediato y dijo: -Ahora te podré servir como guardia personal, si así lo deseas, mi amada reina.

Y Feya, recordando tiempos más agradables con Bélaron, respondió. -Será un placer.

Y así pasó la tarde. Feya fue nombrada rápidamente como la emperatriz de Falheid, ignorando por completo el mandato de Hérself. Tiempo después, el emperador le juraría lealtad, renunciando gustoso a su mandato; pues amaba al Corazón de los Volcanes. Sin embargo, Hérself serviría como senescal hasta que el tiempo cambió y la maldición desapareció por completo.

Ahora bien, todas las tropas de las Apsaras se reunieron a lo largo del seco valle cuando el atardecer bañaba el mundo. Se hizo una enorme carpa para las deidades, y fue allí donde las hermanas se reunieron. Los gobernantes de cada uno de los reinos de la alianza decidieron ir a reunir sus tropas.

-Lo hallaste –preguntó Melina a Feya en voz baja.

Feya la miró y asintió, pero su expresión era de melancolía. No se encontraba agitada, aún permanecía bien peinada y un perfume dulce le rodeaba el cuerpo.

-Entonces todo ha acabado –dijo Hélix. Suspiró, y de su boca salió un vapor gélido que bajó la temperatura de la tienda. Entonces añadió: -Debemos buscar un final a esta guerra.

-Debemos contactar a Victoria, pues ella es ahora la encargada de este reino, y sobre ella recaen las decisiones de estas tierras –aseguró Melina mientras se quitaba el cabello negro del rostro.

-Nosotras iremos por ella mañana a la torre –aseguró Aldaéral mientras miraba a Sildaéral.

Esta última asintió. -Ninguno de los seis Yúcidas nos ha atacado directamente, por lo que es posible que nos teman menos o esperen menos represalias por parte de nosotras.

La Majestad asintió. -Estoy de acuerdo –dijo. Entonces miró los rostros de todas, sintiendo en las verdes mirada una sensación de piedad y compasión. Entonces entendió y preguntó: -¿Alguna de ustedes ha visto a Arcalón?

Y todas negaron con la cabeza; pero las palabras sobraban, pues todas ya especulaban que el Dragón había salido de la maldición.

Entonces Melina sintió vértigo en su pecho, y sintió que le había fallado a Arcalón. Y no pudo aguantar las lágrimas. Y se derrumbó sobre Hélix, llorando desconsolada, pues, aunque deseaba la paz de Arcalón, él era su amigo. -¡No puede ser! –exclamó con amargura.

-Ya descansa al lado de Méladriel, mi querida Melina –dijo Feya mientras se acercaba a la Apsara y la abrazaba, intentado mitigar el dolor de la Majestad.

Las Amatistas también se acercaron, pero Sildaéral no pudo aguantar la angustia, y también lloró por la partida de Arcalón, y de Méladriel, y de Sergail y de Ángor. Aldaéral se apresuró entonces a abrazarla.

-Sé que están bien, que ya son uno solo con el universo, pero eso no implica que no me duela –dijo Sildaéral.

-Lo mismo siento –dijo Melina que, sollozando, se apoyó en el hombro de Hélix.

Feya le tomó la mano a Melina, mientras Hélix le mecía el negro cabello.



Juan Esteban Peláez

-Fue un alma buena. Así que debemos buscar por lo menos sus atavíos y hacerle un homenaje –dijo Aldaéral-. Sus seguidores lo merecen.

-También a Méladriel –añadió Sildaéral mientras se secaba las mejillas e intentaba calmarse.

-Para eso necesitamos la Shidraha –aseguró Feya.

-Ése debe ser uno de los puntos para la finalización de la guerra –aseguró Melina en voz baja.

-Mañana se lo diremos a Victoria –aseguró Aldaéral, abrazando aún a su gemela. Y así, en medio de tristeza, pasó la noche y llegó el último día de la guerra.

Con la llegada del dorado amanecer también llegó una impactante sorpresa. Una comitiva pequeña con pendones púrpuras llegó al centro del valle y se dirigió de inmediato a la tienda de las Apsaras. Esta comitiva era encabezada por la hermosa Yúcida Victoria, ahora reina de esas tierras. Con ella iban algunos soldados, Hombres temerosos y cansados que vestían túnicas negras sobre armaduras grises. Estos guardias miraban prevenidos las tropas de Sadamarca y a los Nomos de Valane; mas no veían ningún Espectro, pues en el campamento no había cerca una Shidraha. Los Hombres le temían a Arcalón más que a cualquier otro enemigo, y como ninguno sabía sobre su deceso, temían que de un momento a otro apareciera y los hundiera en la ruina. Pero nada de esto pasó, y en vez, Victoria y sus Hombres se posaron frente a la tienda de las Apsaras. Un heraldo pidió hablar con las deidades, y fue Feya la primera en salir de la tienda.

-No te esperábamos. Por el contrario, pensamos que tendríamos que ir por ti –dijo Feya mientras miraba detenidamente a Victoria.

La reina rubia de ojos amarillos le devolvió la mirada, pero la bajó casi de inmediato, intimidada por la poderosa deidad. –Acabaste con Irgoliath, y con su partida mermaron nuestros poderes. No pienso seguir una guerra que no puedo ganar –añadió Victoria con una sinceridad inesperada.

En ese momento salieron el resto de las Apsaras. Entonces Victoria vio a Melina y temió. Melina le devolvió la mirada, pero nada hizo.

En vez, Sildaéral fue la que habló. -Victoria, ha sido astuta esta visita. Veo tu voluntad de acabar esta guerra, pero la primera petición de las Apsaras es que traigas la Shidraha que tienes.

Victoria miró a todas las Apsaras con humildad, como si fuera una simple mortal, y asintió con la cabeza. –Así será –dijo desde el lomo de su caballo negro.

208

Alanior trajo la Shidraha al valle en horas de la tarde. Con él llegaron Cranior y Prerior. Ana huyó después de la batalla, pues temía a la ira de Feya y no quería sufrir bajo su voluntad. Los Yúcidas, vestidos con largas capas negras, entraron a la tienda de las Apsaras con la joya. Allí vieron algunos fantasmas transparentes además de las deidades. Los Yúcidas podían ver los fantasmas tales y como eran.

Los invitados a la reunión eran: El duque de Larul (ahora rey de Herda), Darhil el Enano, dos embajadores Areshti, Levanov (ahora nuevo comandante en jefe de los ejércitos de Falheid), el príncipe Órenot y su guardia Tóldoras. Además, estaban las cinco Apsaras. Del otro lado estaban los cuatro Yúcidas. Ahí estaban las máximas autoridades de la guerra.



Como no hubo escribas poco se supo de la reunión, pero Héliz les comentó a sus generales sobre las exigencias para alcanzar la paz. El primer punto era la destrucción de las Shidrahas para evitar el contacto entre los vivos y los muertos. Victoria entregó a las Apsaras la Shidraha de Irgoliath, al igual que el rey de Herda. Melina prometió destruir su Shidraha, y nadie objetó ni dudó de su palabra.

El segundo punto fue una indemnización por parte de los Yúcidas a la Península de Sadamarca por los costos de la guerra. Victoria y los Yúcidas, renuentes, aceptaron, pero no sin antes lograr bajar el valor de la indemnización. El tercer punto lo pusieron las dos Amatistas, y era la entrega de dos Espectros que se encontraban en la Altrhas: Derren y Alor. Victoria aceptó sin problemas.

El cuarto punto fue solicitado por los Yúcidas, y constaba en que las Apsaras no volverían a pisar sus tierras. Melina se sintió ofendida, pues ella era una Apsara y podía pasear por todo el mundo sin problemas, pero fue convencida por Feya, pues era una petición pequeña que ellas podía cumplir sin inconvenientes. ¿Cuán difícil era evitar un pequeño reino? El Nallhard era muy grande como para enfrascar la discusión en pequeñeces. Entonces las Apsaras aceptaron. Otro punto era que las Almenas seguiría bajo el reinado de los Yúcidas y no habría injerencia de los reinos de la alianza. Este punto también se aceptó sin mucha discusión.

Se realizaron más peticiones por parte y parte, incluyendo la Flauta de las Flores, pero casi todas eran pequeñas y no se documentaron. De esta manera, con el tratado cerrado y después de miles de muertes y miles de redenciones, culminó la Guerra Espectral.

209

Ahora bien, apenas acabó la reunión, los Yúcidas volvieron a sus Almenas, confiados de la palabra de las Apsaras. Apenas los Yúcidas salieron de la tienda, Melina se apresuró a tomar una de las Estrellas del Inframundo y empezó a recorrer todo el valle a la luz podrida de la joya, buscando el lugar de descanso de Arcalón. Ordenó a todas sus tropas que lo buscaran, y sólo hasta el día siguiente un soldado le indicó a Égorad sobre un descubrimiento asombroso. Casi de inmediato Égorad llamó a Melina.

A unos pocos metros de las faldas del Monte Althgai, Melina vio sin necesidad de la Shidraha una pequeña Hada que brillaba como una estrella verde. El Hada lloraba inconsolablemente. Entonces Melina se acercó y vio que era Yíldarel, que había permanecido en el campamento durante la batalla, pero que después de enterarse de la desaparición de Arcalón salió apresurada a buscarlo. Entonces Melina la tomó con amor y mandó a llamar a las Amatistas.

–¿Qué sucede pequeña? –preguntó Melina al Hada.

Yíldarel, llorando como una niña pequeña, se lanzó al pecho de Melina, y allí se quedó un buen tiempo.

Poco después llegaron las Amatistas. –Mi querida Yíldarel –dijo Sildaéral mientras tomaba con cuidado al Hada. Le meció el rojizo cabello con sus dedos y le secó las lágrimas. Parecía una Mujer que consuela una muñeca.



Juan Esteban Peláez

Entonces Melina miró bajo el destello de la Shidraha una capa negra y una espada con mango de garra. Entonces suspiró y ordenó a sus guardias tomar los atavíos de Arcalón con cuidado. Al mismo tiempo Aldaéral pedía a unos soldados tomar la corona de Méladriel. -Con esto comprobamos que Arcalón y Méladriel están descansando del ciclo de la maldición –dijo mientras miraba la capa negra de la reina con amargura, embutiendo el llanto.

Y Melina, mirando al crepúsculo descolorido, dijo: -Arcalón, amigo mío, dale a Norad mis saludos y sé feliz con Méladriel, al igual que con Ángor y con Sergail-. Y mirando con cariño el broche de la capa, añadió con profundidad: -Descansa, mi querido amigo. Esas cuatro palabras son las últimas en los registros oficiales de la Guerra Espectral. Sin embargo, hay unos textos recuperados que explican lo acontecido después la batalla, y de lo que sucedió con los traidores Derren y Alor.

210

Sólo horas después de que Melina encontró a Yíldarel, Victoria, hermosa como siempre, bajó del monte con dos prisioneros encadenados. Eran visibles para las Apsaras, pero muchos de sus guardias también los vieron, pues Melina tenía la Shidraha en sus manos. Ambos presos se veían agotados. Los cabellos estaban arremolinados y sucios, y los rostros eran descarnados. Sus ojos hundidos se mostraban rojos a causa de las noches en vela. Uno de ellos caminaba cojeando.

Entonces fue Sildaéral la que habló. –Derren y Alor. ¿Cómo fue posible que causaran tanto daño por la codicia? –dijo mientras aún tenía a Yíldarel en sus manos.

El Hada miró a Derren y temió, y abrió sus alas y se puso detrás de la Apsara.

Aldaéral miró con desconsuelo a los prisioneros. –¿Valió la pena? –preguntó.

Pero ambos prisioneros bajaron la cabeza, incapaces de aguantar la vergüenza. Entonces los guardias de Melina tomaron las cadenas de los prisioneros. Y Victoria, sin decir palabra alguna, dio media vuelta y volvió a la Almena en compañía de sus guardias.

Ahora bien, Derren y Alor, en su desespero por escapar de Arcalón, se sumergieron en las Tierras Espectrales; pero fueron capturados casi de inmediato. Irgoliath, al saber los tesoros que poseían, se apresuró a encerrarlos y a torturarlos. El Espíritu podía torturar Espectros porque tenía una Shidraha consigo. Poco duró el triunfo de Derren y Alor. Desde entonces fueron prisioneros, y no vieron riqueza alguna por parte de Yíldarel o la Flauta de las Flores.

Cuando Irgoliath se enteró que Levanov invadiría Yavín, decidió llevar a la Shidraha lejos, al sur, a la Almena de Altrhas. Y consigo llevó a muchos Nomos y arácnidos, y a Derren y a Alor. Sólo unos pocos se quedaron en Yavín protegidos por el Yúcida de la Delfrhas.

Y cuando Derren y Alor supieron que Arcalón estaba asediando la Almena, temieron en caer en manos del general. Y sólo hasta que supieron que el Dragón había salido de la maldición, pudieron descansar. Pero ahora estaban frente a la ira de las dos Amatistas. Sin embargo, las Amatistas no eran vengativas, y estaban decididas a llevar a Derren y a Alor frente al gigante Torlad.

-Es justo que Torlad sea quien determine el castigo para ellos y no nosotras. Pues a nosotras no nos hicieron daño alguno –dijo Sildaéral.



Y su hermana gemela asintió.

Pero Yíldarel no estuvo de acuerdo, pues ella había sufrido el rapto. Entonces clavó sus ojos grises sobre Alor, y siendo rápida como un dardo, se posó frente al Hombre y le besó la mano. Entonces ocurrió lo que se ha considerado hasta ahora el descanso más doloroso y costoso del mundo de los Espectros: Alor empezó a sentir encalambrada y fría la mano, y ese entumecimiento después convertido en un dolor insoportable que le trepó por todo el cuerpo, mientras iba convirtiéndose lentamente en esmeralda.

Entonces los soldados soltaron las cadenas de Alor, que se retorció en el suelo, gritando y gimiendo de dolor, hasta que el entumecimiento le llegó al pecho y le convirtió el interior en una piedra preciosa. En ese momento dejó de respirar, y cayó inerte y con el rostro desfigurado del dolor. Derren veía con terror y desconsuelo cómo su amigo se retorció y gritaba, mientras su piel se ponía verde. Ese fue el triste final de Alor.

Derren y Alor robaron los tesoros de Torlad sólo para caer en manos de Irgoliath y posteriormente caer presas de Yíldarel. Sus traiciones nunca les trajeron riquezas, y en vez renunciaron a ser héroes en Falheid. Ahora Alor era una estatua de esmeralda que yacía en unas tierras lejanas, y Derren un prisionero cojo a merced de un Hada. Melina y las Amatistas quedaron atónitas por la acción de Yíldarel, pero nada le reprocharon.

-¿Qué destino deseas para Derren? –le preguntó Sildaéral al Hada.

Y ésta respondió en lenguas inentendibles para Derren. De esta manera Yíldarel se volvió jueza, y condenó al traidor a una penuria eterna, el peor castigo registrado en la Maldición de la Shidraha: Fue encadenado en una saliente de la Montaña de Flamas. Allí permaneció eternamente, sabiendo que ya estaba muerto, pero por la voluntad de Yíldarel y una maldición que el Hada le lanzó, no recibió nunca la paz eterna, y siguió eternamente en el ciclo del sufrimiento del mortal.

Algunos que escalaron la montaña dijeron que sobre una saliente había una cadena empotrada en un monolito de piedra que a menudo se sacudía violentamente, como si tuviera atado a un preso invisible. Muchos escépticos dijeron que el movimiento de las cadenas no es más que el pasar del viento, pero otros aseguraron que era el alma del traidor Derren. Incluso hay registros de escaladores que aseguraron ver bajo la luz la Dama a un Hombre harapiento, desnutrido, barbado y con el pelo desarreglado. Dijeron que el Hombre se encontraba encadenado al monolito de las muñecas, mirando con desconsuelo a quienes le devuelven la mirada. Incluso parecía pedir ayuda, pero nada se escuchaba de su boca. Ese fue el destino de Derren el Desdichado.

211

Después de esos acontecimientos, los ejércitos de la alianza se retiraron del valle. El cuerpo de Alor fue picado por cinceles Enanos hasta destruirlo y repartirlo entre los capitanes de la alianza que no salieron de la maldición: Órenot, Levanov, los Areshti, Darhil y el rey de Herda. Arsej-Tarar, el carrud de Jerlán, recibió el descanso eterno cuando una flecha lo alcanzó en el hombro y lo hizo caer del alto lomo del *milmidón*, muriendo con el impacto de la caída. El otro carrud corrió una suerte similar.

Después del armisticio entre las Apsaras y los Yúcidas, muchos vivos decidieron ir a vivir a las tierras de los Antiguos Imperios, conscientes de que había fantasmas habitándolos.



Juan Esteban Peláez

Sin embargo, sin la Maldición de las Shidrahas, las apariciones cada vez se volvieron más esporádicas, hasta finalmente ser sólo especulaciones. Por otro lado, el mandato de los Yúcidas continuó en las Almenas, y estas tierras prosperaron con el tiempo, olvidando la Guerra Espectral.

Ahora bien, después de casi un mes, Yíldarel y las Amatistas llegaron bajo la luz de los soles al Reino de las Hadas. Las rosas lanzaban frescas fragancias al aire, y varias Hadas se apresuraron a recibirlas. Las Apsaras se posaron frente al palacio, y Torlad salió de inmediato, caminando torpemente y con ojos de ansiedad, pues se había enterado de la culminación de la guerra días atrás. Dicen que el gigante lloró de felicidad cuando supo sobre el armisticio. Al salir, tuvo que cubrirse los ojos con la mano por la luz intensa del día.

-Aldaéral y Sildaéral, siempre es un... honor recibirlas... en casa –dijo torpemente.

Entonces ambas Amatistas se bajaron de los caballos y se apresuraron a abrazar al gigante.

-Nos es grato volver después de tantas aventuras –dijo Bella.

-Y nos es aún más grato volver acompañadas –aseguró Clara mientras indicaba al gigante que mirara a los caballos.

Entonces Torlad vio en la grupa de uno de los corceles el Hada pequeña que brillaba de verde bajo la luz de los soles. La hermosa Yíldarel sonreía con profundidad, como una hija que ve a su padre después de mucho tiempo de ausencia. Torlad quedó petrificado, pues nunca había sentido tanta felicidad; esto porque la mayor felicidad es recuperar lo que se ha dado por perdido, y más si es un ser amado. El corazón del gigante se aceleró, y una inmensa alegría hizo que su cabeza palpitara y su pecho se agitara. Entonces el Hada se apresuró a abrazar al gigante y lloró con él de la felicidad. Las Amatistas, al ver el reencuentro, también se contagiaron de felicidad, y lloraron.

Entonces Bella, mientras se secaba las lágrimas, fue a su caballo y sacó de una de sus alforjas la Flauta de las Flores, y se la entregó a Torlad. –La promesa que te hicieron Arcalón y Méladriel está cumplida, aunque seamos nosotras las que te traigamos de vuelta estos tesoros –dijo mientras el viento le mecía los risos.

Torlad recibió con extremo cuidado la Flauta, pero al ver la congoja en los ojos de Bella supo que algo estaba mal. Entonces dijo lentamente: -Por favor... mi querida Sildaéral, cuéntame sobre... sobre mi amigo Arcalón y... sobre mi amiga Méladriel, y... y sobre mi amigo Sergail, y sobre mi amigo Ángor, y sobre... mi amigo Levanov, y sobre mi amigo... mi amigo Lev, y sobre... mi amigo Bélaron.

Entonces Clara miró a Bella, y se apresuró a decir: -Te contaremos todo lo que desees, pero primero entremos al palacio.

Y el gigante asintió.

Cuando entraron al palacio voltearon a mirar y vieron a Shadar en umbral la puerta, como pidiendo permiso para pasar. El Hada permanecía cabizbaja y con las alas grises plegadas en señal de arrepentimiento. Incluso estaba más delgada a causa de la pena. Una infinita alegría le llenó el cuerpo al ver a Yíldarel, pero aún se sentía culpable de sus penurias.

-Me gustaría pasar y conversar con ustedes –dijo sin levantar la cabeza.

Yíldarel diose cuenta del dolor del Hada, y en su lengua le dijo que todo estaba bien, y la abrazó. Entonces Shadar estalló en alegría y la besó en la frente. Y se apresuró a Torlad a pedirle su perdón.

Pero Torlad la tomó suavemente de sus manos y le dijo: -Tú no tuviste la culpa... tú eres buena... Shadar. Y Yíldarel te ama, y... yo te amo.

Entonces Shadar miró a las Amatistas y las abrazó. –¿Y Méladriel? –preguntó ansiosa.



Juan Esteban Peláez

Y Clara, mirándola directamente a los ojos, le pidió que las acompañara para relatar todo lo sucedido.

Las Amatistas contaron todo lo acontecido a Torlad y a Shadar, y a otras Hadas poderosas del reino. Y todos los presentes escucharon atentos la historia. Torlad pidió que no le contaran nada sobre el horrible desenlace de Derren, pues él no deseaba su mal y confiaba en el criterio de Yíldarel. Y cuando se enteró del descanso de sus amigos no lo lamentó, pues sintió que ellos por fin estaban en paz, lejos del sufrimiento y del dolor. Mas Shadar sí sintió angustia por el paso de sus amigos al otro plano, pues deseaba verlos una vez más. Sin embargo, se sintió mejor al enterarse de sus hazañas. Incluso se sintió orgullosa de ellos. Y Yíldarel la animó con palabras bondadosas que no tiene traducción alguna.

Durante los días siguientes se realizaron festejos y homenajes a las «Almas Buenas» y a las Amatistas. A los días llegó Bélaron, que fue recibido como un héroe entre las Hadas. Aprovechó una licencia que Feya le dio para ir a visitar a sus amigos. Aún era ignorante de la maldición, pero estaba muy feliz.

Torlad nunca volvió a entristecerse después de la llegada de las Apsaras. Pero aprendió de sus errores y cerró para siempre el Reino de las Hadas a los mortales, y nunca nadie lo encontró después. Como agradecimiento por los homenajes, las Amatistas le regalaron al Gigante un pedazo de esmeralda. El gigante la puso en un faro enorme, y dicen las historias que ese faro lanzaba una luz verde en los meses de octubre.

Con este brillo verde como pista, muchos se aventuraron a buscar el Reino de las Hadas. Pero el reino no fue encontrado, y muchos exploradores que se internaron al bosque se perdieron en el camino. Entonces, cuando se encontraron extraviados, siempre apareció un Hombre vestido de gris. Ese Hombre era alto y de buen aspecto, y algunos de los reportes aseguraron que estaba siempre acompañado de Hadas pequeñas. Este Hombre los guiaba hasta los senderos para que pudieran salir de los árboles y después desaparecía tras los ramajes. Por las descripciones se cree que ese misterioso Hombre era el alma de Ángor, que bondadosa, ayudaba a los vivos, al mismo tiempo que mantenía ocultos los senderos que llevaban al Reino de las Hadas. Muchos de los aventureros lo consideraron un Ángel Guardián, y algunos eruditos aseguraron que Ángor quedó como el eterno Guardián del Reino de los Bosques.

212

El príncipe Órenot volvió a su imperio y fue recibido como un héroe, ignorante de la Maldición de la Shidraha. Entonces se convirtió en el mejor gobernante de Telheid, y llevó bienestar y gloria a sus súbditos. Incluso hay historias que dicen que un pedazo de una Shidraha fue regalado al príncipe, y que sus seguidores tomaron ese fragmento y lo pusieron en una estatua de bronce erguida en la mitad de la plaza en Larem. Y cuando la Dama de la Noche brillaba en el solsticio de verano, la estatua del príncipe era visible tanto para los vivos como para los muertos. Se podía ver poderoso sobre su corcel y esgrimiendo su espada, recordando la gallardía de antaño. Muchas personas llevaban ofrendas a la estatua, y muchos creyentes vieron a Órenot como un santo y le rindieron culto, creyendo que el valiente príncipe siempre los protegería.



Juan Esteban Peláez

Los Areshti volvieron a las ciudades y comentaron lo acontecido. Entonces Velheid celebró la paz y rindieron valiosos homenajes a Rub y a Ángor. Y se decía que a veces, entre las nubes, muchos vivos veían un Hombre sobre un cóndor vestido completamente de blanco. Este Hombre ayudaba a los perdidos entre las nubes a llegar a sus destinos. Algunos dijeron que era Jores, pero por las descripciones, los eruditos coincidieron que era Rub quien guiaba a los extraviados.

La Torre del Vampiro fue abandonada después de la guerra, pero se dijo por muchos años que el fantasma de Valane rondó largo tiempo por la Torre. Incluso algunos pensaron que la mismísima Valane logró volver de la muerte y habitó los salones más altos. Otras historias dijeron que Valane salió con vida de la batalla. Esta hipótesis se intensificó porque hubo muchos salones trancados a los que no se pudo acceder ni siquiera con los cerrajeros expertos. No se pudieron romper las puertas ni con los mejores instrumentos, pues estos instrumentos se oxidaban o se dañaban inexplicablemente. Se decía que la Torre estaba maldita.

Adicional, dicen las historias que poco después de que Bélaron llegó al Reino de los Bosques, llegó un Hada rubia de ojos verdes. Su nombre y su origen fueron desconocidos para los mortales, pero los más instruidos aseguraron que quien llegó al Reino de los Bosques fue Valane, y que ella vivió mucho tiempo con Torlad antes de volver a la Torre del Vampiro, recuperándose de todos sus sufrimientos y dejando atrás todo su dolor.

Ahora bien, también se registraron avistamientos de un Hombre en la Torre del Vampiro. Estos avistamientos fueron reportados exclusivamente por Mujeres. Decían que era un Hombre atractivo, corpulento, que ostentaba una armadura roja. Casi todos estos avistamientos se hicieron desde el exterior de la torre, donde las Mujeres afirmaban que el Hombre las miraba desde las ventanas más altas. Según los eruditos, estos avistamientos corresponden al espíritu de Sergail. Pero el alma de Sergail también fue vista en Metys, más que todo en el centro de la ciudad. Algunos incluso aseguraron que lo vieron acompañado de una rubia hermosa que pudo ser Valane. Pero todos los que vieron a Sergail y a Valane aseguraron que los vieron felices, y no causaron temor, sino nostalgia, e incluso seguridad; pues consideraban a Sergail como un protector y a Valane como una dulce compañía.

213

Poco después de la batalla, Falheid celebró la culminación de la Guerra Espectral. Feya, a petición del ejército, decidió ir a Metys. Y cuando llegó, el emperador Hércól supo que su mandato había acabado.

-Nunca vi tanta belleza y poderío frente a mí, mi amada emperatriz –dijo mientras recibía al Corazón de los Volcanes en la plaza principal y se hincaba frente a ella.

Entonces todos los habitantes presentes, impactados por el cabello rojo y los ojos verdes de la Apsara, se hincaron, mientras la luz de los soles hacía brillar a la deidad con un halo blanco, como si fuera una aparición mágica.

Feya, sonriente, asintió y ayudó a levantar a Hércól. –Si el deseo de los habitantes de Falheid es que yo sea su gobernante, entonces lo seré –dijo mientras una brisa le acariciaba la cara y le mecía el cabello rojo.



Juan Esteban Peláez

Entonces todos los habitantes del imperio celebraron el reinado de Feya. Y aplaudieron y lloraron de la alegría.

Por orden de Feya, el imperio tuvo siete días de luto en honor a los caídos en la guerra. Y en el último día del luto mandó a hacer homenajes a Arcalón, a Méladriel y a Sergail. Y todo el imperio se regocijó y lloró la ida del Dragón, de la reina y del poderoso capitán. Incluso, Feya mandó a construir soberbias catedrales para recordar a los poderosos que cayeron. Construyó una catedral en Metys que llamó La Catedral del Dragón, y en el altar de la catedral puso los atavíos de Arcalón: La capa negra y la espada con mango de dragón, (el rubí de su capa fue llevado por Melina a las islas). La otra catedral se llamó La Catedral Roja, en homenaje a Sergail. Allí se hizo una estatua del capitán en una de las alas de la edificación. La estatua mostraba a Sergail sosteniendo la Shidraha que había recuperado en la defensa de Metys. En el ala opuesta se hizo una estatua para Valane, pero pocos en Falheid supieron la historia de esa estatua. Finalmente, la última catedral la mandó a construir en Verdelheid, y la llamó La Catedral de la Reina de Herda, en honor a Méladriel. Y en ella hizo una estatua en mármol de la bella Méladriel. Pero también mandó a hacer una estatua de la jovencita en el mundo de los vivos, para que Méladriel fuera recordada y amada por los mortales. Feya también gobernó el mundo de los vivos, pues ella podía ver los dos planos. Entonces en ambos planos mandó a construir hospitales y universidades, y llevó al imperio a su apogeo.

El guardián personal de Feya fue Lev, que fue considerado el sucesor de Arcalón. Siempre recordó a su amigo con fascinación, y se dice que nunca volvió a estar triste, pues su servicio a la Apsara lo hacía un Hombre muy feliz. Por otro lado, Levanov fue considerado el nuevo comandante en jefe de los ejércitos del imperio, pero sin guerras que librar, se encargó de mantener el orden en las ciudades, y lo hizo con una maestría excepcional. Hérself, finalmente, se convirtió en el senescal del imperio, siempre bajo la tutoría de Feya.

Y Feya, ahora orgullosa y feliz, abrió las rutas mercantes con sus hermanas. Melina, Héliz, Órenot y Feya hicieron que el comercio en la península impulsara la economía de los imperios olvidados. Además, con ayuda del tesoro de los Picos Rojos, los Imperios de los Elementos se volvieron ricos y prosperaron. El reinado de Feya fue el mejor reinado de Falheid, pues lo hizo con bondad y sabiduría; cualidades que las Apsaras aprendieron con el pasar de las edades. Incluso, fue tal la bondad de la deidad, que decidió abrir el Paso de Llamas. Y de esta manera limó asperezas con los Yúcidas; y los imperios permanecieron en una paz duradera.

Sólo días después de que Feya se hiciera al trono de Falheid, Melina, la Majestad de las Aguas, llegó a las islas con su cansado ejército. Cuando arribó vio que la noche cada vez se volvía más clara. Sobre la arena blanca, y con el arrullo del mar, Melina miró a Sírel mientras sostenía el rubí de la capa de Arcalón, y dijo: -Mi amado Arcalón, espero que estés con Norad y espero que por fin puedas descansar-. Entonces miró la Estrella de Jores y recordó a Méladriel, y añadió mientras la luz plata de las estrellas le bañaba el rostro blanco: -Y espero que estés con tu amada Méladriel, juntos y felices por siempre.

Melina mandó a construir en su palacio un altar para Arcalón, y allí puso el rubí que le perteneció. También le hizo homenajes, y ordenó poner en su barco personal el estandarte del Dragón como tributo. Adicional, pidió a los vivos que habitaban las islas hacer una



Juan Esteban Peláez

estatua de un Dragón en cada uno de los puertos. La Majestad estaba feliz por Arcalón, pero su angustia la hizo pensar seriamente en dejar el mundo de los vivos e irse a reunir con Norad. Y dicen las historias que Melina logró comunicarse con ellos; pero el reencuentro de Norad con Melina está bien documentado en otro libro.

Melina también gobernó a los vivos y a los muertos en Alheid. Además, afianzó su lazo con Héliz, y fue a visitarla constantemente. Pero hay una visita muy bien documentada de la Majestad a Telheid. Melina llegó en los meses de diciembre a la Tierra de los Magos; pero no fue a ver a Arus. En vez, ingresó sin escolta en el Bosque de Tirendel. Anduvo sobre su caballo por las frondas coloridas a la luz de los soles hasta llegar al Obelisco Rojo. Allí se apeó y vio que una bella Mujer de cabellos negros se bañaba el cuerpo en una quebrada cristalina. Apenas la joven vio a la Majestad se apresuró a cubrirse, apenada. Melina quedó atónita, pues vio en el rostro de la joven el rostro de Méladriel, pero con unos años de más. Sin embargo, la joven se veía radiante, aunque en sus ojos se veía sabiduría y experiencia.

-¿Puedo ayudarte? –preguntó la joven.

Melina la miraba con detenimiento bajo las frondas, con el cabello mojado y tiritando del frío. –Si eres quien creo que eres, entonces encontraste la forma de extender tu vida. Pues sólo sé de una Mujer que vivió en este obelisco, pero vivió hace más de cien años. ¿Acaso tienes más de cien años?

La joven enmudeció. –¿Cómo lo sabes? –preguntó mientras abría sus ojos con sorpresa.

-¿Eres Háladriel de Verdelheid? ¿Hermana de Méladriel? –preguntó Melina.

La joven tragó saliva. –Tuve una hermana llamada Méladriel, pero supe que pereció en las Tierras Espectrales.

-¿Cómo lo supiste?

-Algar me lo dijo –aseguró mientras bajaba la cabeza, acongojada.

Entonces Melina se apresuró a abrazarla para mitigar su dolor. La joven quedó sorprendida por la actitud de la Apsara.

-¿Quién eres? –preguntó Háladriel.

-La Majestad de las Aguas. Ella es Melina, la poderosa Apsara del Agua, emperatriz de Alheid y a quien considero mi amiga –interrumpió Londrake mientras bajaba del obelisco por unas escaleras, ayudado de un bastón. Entonces se acercó a Melina y se hincó respetuosamente. –Jamás esperé tal honor –dijo el Mago, ahora más viejo que antes, pero igual de lúcido.

Háladriel sintióse irrespetuosa, y de inmediato se hincó frente a la Apsara.

Pero Melina les pidió que se levantaran de inmediato. –Es un placer verte de nuevo, Mago de la Orden Roja –dijo la Majestad sonriente, y se apresuró a abrazar al Mago. Pero el abrazo estaba lleno de melancolía, por lo cual Londrake supo de inmediato el motivo de la visita. Entonces miró a los ojos verdes de la deidad, y preguntó: –Hace unos meses sentí que se había acabado la maldición. ¿Estoy en lo correcto?

Y Melina, con una pantalla de lágrimas en los ojos y con la voz entrecortada, dijo mientras asentía: –Nos dejaron, Londrake. La maldición acabó, y ellos ya descansan. Pero no me deja de doler.

Entonces Londrake abrazó de nuevo a la Majestad, y la invitó a pasar a su hogar.

Ya dentro del obelisco, Melina se apresuró a contarles todo a Londrake y a Háladriel. La Mujer nada sabía del reinado de su hermana en Herda, y se sintió orgullosa al saberlo. Londrake en cambio, sintió dolor por las penurias sufridas por Arcalón y Méladriel, y, a diferencia de Melina, descansó al saber que ya estaban fuera de la maldición. El Mago se



Juan Esteban Peláez

liberó de un peso enorme, pues sentía que por su culpa los jóvenes habían quedado sumergidos en un eterno sufrimiento. Y quitarle ese peso de encima al Mago era la misión de Melina, pues ella era consciente de su pena y deseaba informarle personalmente sobre la situación.

-Mi madre, la gran Híldred, fue la primera en poder desplazarse y dominar varios planos. Y domina el mundo de los vivos y de los muertos. Dependiendo de cómo el mortal haya vivido la vida, mi madre le concede una o varias visitas desde el plano de los muertos al plano de los vivos. Si el mortal desperdició su vida no tendrá este beneficio; pero si su vida fue valerosa y ejemplar, podrá volver varias veces. Por todo esto, es muy posible que Arcalón, Ángor y Sergail vengán a despedirse de ti, mi querido Londrake, al igual que Méladriel venga a despedirse de ti, mi querida Háladriel.

Y Londrake, mirando por la ventana las copas arbóreas del colorido bosque, asintió y dijo: -Espero con ansias la visita de mis queridos muchachos, pues deseo verles los rostros llenos de felicidad y tranquilidad, tal y como los recuerdo cuando estaban vivos.

Y Háladriel, que había aprendido a evadir a la muerte por enseñanzas del Mago, dijo después de morder una manzana verde: -Me alegra que mi hermana haya hecho tanto, y que ahora descanse en paz con Arcalón, el amor de su eternidad.

Después de visitar a Londrake, Melina fue a visitar a Algar para darle la noticia del descanso de Méladriel. Dicen los escritos que Algar suspiró y miró a la Estrella de Jores, y dijo: -Por fin mi niña descansa-. Y lloró de amargura, pero a la vez de felicidad. Y dicen los Magos que Algar desde ese momento empezó a hablarle a la Estrella de Jores, como si le hablara a la mismísima Méladriel. Incluso, los eruditos aseguraron que Algar pudo comunicarse con Méladriel por medio de la Estrella de Jores; pero ningún sabio supo cómo lo logró.

214

Tal y como Melina lo había previsto, a finales de diciembre Háladriel tuvo una visita. A eso de las tres de la mañana se despertó de súbito. Intentó dormir de nuevo, pero no lo logró. Entonces se levantó por un vaso de agua y bajó del obelisco. Estuvo bajo la luz de las estrellas por un tiempo. Háladriel entonces se enfocó en la Estrella de Jores, y de repente le pareció ver una figura negra y encapuchada en los lindes del bosque. Háladriel al principio temió, pero después recordó lo que Melina le había dicho, y preguntó: -¿Eres tú, Méladriel?

Entonces la figura levantó la mirada hacia la Estrella de Jores. Cuando lo hizo dejó su rostro al descubierto. Efectivamente era Méladriel. Entonces el fantasma bajó de nuevo a mirar a su hermana, y pareció decir algo, pero Háladriel no pudo escucharla.

-¿Estás feliz? -preguntó.

Y Méladriel sonrió con profundidad y asintió.

-¿Estás con Alora?

Méladriel asintió de nuevo, y le hizo un ademán a Háladriel haciéndole entender que Alora la amaba.

-Te entiendo -dijo Háladriel-. Supe que le hiciste homenajes y estatuas a Alora cuando reinaste en Herda. Dale mis agradecimientos y un abrazo de mi parte, por favor.

Méladriel afirmó con la cabeza, al mismo tiempo que Valen la iluminada. Entonces Méladriel se vio traslucida; pero aún visible para Háladriel. Sus ojos grises brillaban y su rostro hermoso era bañado por la luz plata.



Juan Esteban Peláez

-¿Y estás con tu amado Arcalón? –preguntó la hermana mayor mientras sentía el frío de la noche.

Y Méladriel volvió a asentir mientras le danzaban los cabellos negros al viento. Entonces le lanzó un beso a su hermana y dio media vuelta, desapareciendo entre las sombras del Bosque de Tirendel.

Háladriel se sintió extraña por un tiempo, pero volvió a mirar la Estrella de Jores y una paz le llenó el corazón. Entonces volvió a su cuarto, feliz, pues ese era el adiós de Méladriel. Háladriel nunca supo si fue un sueño o fue verdad lo que vio, pero sí supo que su hermana estaba feliz.

Ahora bien, después de la guerra se rindieron tributos excesivos a la reina en Herda. Méladriel se convirtió en una santa en los reinos occidentales, y muchos vivos afirmaron ver a la reina en el Castillo Real de Dan-Silum, hermosa como siempre, con los ojos grises como la plata y el cabello negro. Pero ese fantasma no asustaba a los habitantes, en vez muchos deseaban la aparición de la reina; pues cuando ella aparecía siempre sucedían gratos acontecimientos, como la curación de una enfermedad o la fortuna económica.

La aparición de la reina también se registró en los Desiertos de Jerlán. Cuando la joven de cabellos negros se les aparecía a los extraviados en los desiertos, era porque había un oasis cerca. Muchos de los sobrevivientes al cruce de las dunas coincidieron en que la reina de Herda les salvó la vida.

Pero no sólo en los reinos occidentales se vio a la reina. En Verdelheid los avistamientos fueron numerosos, algunos verdaderos y otros falsos. Los que vieron a Méladriel aseguraron que estaba siempre de la mano con un Hombre de capa negra, y siempre feliz y sonriente. El avistamiento más frecuente fue en el Parque de la Cima, donde un columpio se mecía sin viento. Sobre el columpio estaba una joven de cabellos negros, y era mecida por un Hombre apuesto.

215

Sólo una semana después de la despedida de Méladriel, Háladriel fue a recoger algunas bayas a los lindes del bosque. Cuando volvió al obelisco vio a Londrake en su estudio hablando aparentemente solo. Tenía la chimenea prendida (pues un frío helado rondaba en el recinto, aunque era de día), y parecía mantener una conversación animada y jovial. Háladriel no lo interrumpió, pues supo que Arcalón, Sergail y Ángor habían venido a despedirse; y aunque ella no veía a nadie más que al Mago sentado en un voluptuoso sillón, tenía razón.

Londrake estaba sentado frente a dos sillones vacíos, y hablaba animado sobre la captura del Híbrido; una proeza lograda hacía más de cien años. Aunque traslucidos, Londrake podía ver claramente a Arcalón sentado en el sillón frente a él, con un rostro pacífico y alegre. Tras Arcalón estaba Sergail apoyado de lado en el espaldar del sillón. Y también podía ver a Ángor en el otro sillón, riendo a carcajadas al recordar gratos momentos de años pasados.

-Nada supe de la Guerra Espectral, pues cuando la Guerra de los Cuatro Elementos acabó simplemente no volví a entrometerme en asuntos mortales. La orden de Arus fue clara, pues ordenó olvidar la política de los Hombres. Por eso los Magos nos olvidamos de los



Juan Esteban Peláez

conflictos, de Irgoliath y de los Espectros. Pero de haber sabido que tú eras el Dragón Escarlata, y que fuiste tú quien desafió al Espíritu antiguo, te hubiera ayudado sin pensarlo –dijo el Mago.

Arcalón se sintió alegre y bajó la cabeza en agradecimiento.

Londrake siguió hablando con los jóvenes toda la noche. Cuando el alba llegó, Háladriel, acabada de levantar, se dirigió al salón. Fue allí cuando escuchó al Mago decir: -No puedo expresar la alegría de saber que ya están fuera de la maldición, y que ahora están en paz. Es hora de descansar, mis queridos muchachos. Gracias por venir a visitarme, y aquí son siempre bienvenidos, aunque creo que esta será nuestra última conversación.

Háladriel entró entonces y vio a Londrake de pie en medio del salón, solo y mirando el fuego de la chimenea. Y se apresuró a abrazar al Mago, que, con una mezcla de tristeza y felicidad, suspiró y dijo: -Ahora sí mis deberes están completos. Ya mis muchachos están en paz y felices.

Pero no fue la única aparición documentada de Arcalón. Hay un evento en especial que se encuentra registrado en todos los textos, y menciona a Melina. Dicen los textos que una noche la Majestad estaba descansando en su palacio en Kárijan, al calor de la chimenea, cuando sintió una presencia extraña y un frío súbito. Entonces miró hacia la ventana y le pareció ver un Hombre mirándola desde el exterior.

Melina asintió y sonrió. -Pasa, mi querido amigo –dijo.

Entonces la figura atravesó la pared y miró a los ojos verdes de la Majestad. El Hombre sonreía y un brillo de felicidad se posaba en sus ojos.

-¿Estás feliz? –preguntó la Majestad.

Y el alma de Arcalón sonrió y asintió. –Por fin estoy con Méladriel y ya somos uno con el palpito del universo –dijo, y añadió antes de desaparecer por completo: -Y Norad te espera...

216

Quizás sea la casualidad o el destino, pero el día de la muerte de Arcalón coincidió con la redención del Dragón Escarlata. Él literalmente murió dos veces el mismo día. Arcalón pereció en la Batalla de los Cuatro Elementos en el año 206. Y Arcalón, ya convertido en el Dragón Escarlata, acabó su estadía en el ciclo del sufrimiento en el año 482 de la denominada Edad de las Estrellas, edad que culminó con la Guerra Espectral.

Dicen las leyendas que casi un mes después de la firma de la paz, algunos lugareños del Paso de Llamas vieron llegar una pareja tomada de la mano y sonriente; pero cuando los guardias fueron a abordarla no la encontraron por ninguna parte. Dicen que la pareja desapareció en la bruma circundante.

De todas las apariciones registradas, quizás fue la de Arcalón la más frecuente. Dicen las historias que cuando dos Hombres se batían en un duelo, el Hombre que veía a Arcalón tras su enemigo siempre resultaba vencedor. Todos los duelistas rindieron homenaje a Arcalón y le brindaron presentes y tributos; incluso sacrificios en batalla. Y todos los generales de edades posteriores pidieron ayuda al alma de Arcalón cuando iban a librar una batalla, como si él fuera su patrono.



Juan Esteban Peláez

Todos los guerreros que veían al fantasma coincidían en la descripción: Un Hombre de armadura rojiza con una capa negra y larga que ondea, y un casco enterizo en forma de dragón. Pero la aparición era transparente y duraba pocos segundos. Sin quererlo, Arcalón fue considerado como un Dios de la Guerra, y le hicieron muchas estatuas, tanto los vivos como los muertos.

Pero, según testigos, la figura de Arcalón no siempre se encontraba sola. Hubo gente que aseguró haber visto fantasmas cerca de la antigua casa de Méladriel. Decían que veían una pareja sentada a la sombra de un roble. Todos aseguraron haber visto una joven de manta negra que sonreía dulcemente, y un Hombre que la abraza y que también sonreía. Estas apariciones se intensificaban el mes de abril y mayo, cuando el invierno es intenso y las nieblas azuladas y densas.

También se dijo que el antiguo hogar de Méladriel quedó embrujado por años. La graba brotaba a veces del techo como sangre negra, aunque no hiciera calor. Los que vivieron en la villa afirmaron escuchar pasos en la casa, y muchas veces se escucharon risas. Incluso se alcanzó a ver la luz suave de una chimenea bajo el umbral de la puerta; pero al abrir la puerta la luz desaparecía.

Muchos que osaron dormir una noche allí por aventurarse, afirmaron escuchar caer arena sobre las tejas, y escucharon pasos por las escaleras, y cuchicheos tan sutiles que no eran entendibles. Incluso algunos aseguraron ver la forma transparente de una Mujer de pelo negro y ojos grises en la casa. Otros aseguraron ver un Hombre de vestimenta negra. Y unos pocos aseguraron ver una anciana, que podría ser el fantasma de Alora. Nadie nunca se mudó a esa casa; pero con el tiempo se convirtió en un museo y en un atractivo turístico.

Sin embargo, todos coincidieron en que los fantasmas no pretendían atemorizar. Por el contrario, muchos deseaban las apariciones de Arcalón y Méladriel, pues ambos traían fortuna y valor. También coincidieron en que esos fantasmas siempre estaban sonrientes, como si estuvieran felices.

217

El cuerpo de Arcalón fue recuperado después de la Batalla de los Cuatro Elementos y enterrado en el cementerio central de Metys. Pero por orden del Corazón de los Volcanes fue trasladado a un mausoleo de mármol negro construido por Feya, Melina y las Amatistas siglos después de su muerte. Los fieles fueron allí por muchos años para dejarle regalos y ofrendas.

Los restos de Méladriel fueron repatriados después de una gestión llevada a cabo por Feya, Algar, Háladriel y los Yúcidas. Y fue el mismísimo Alanior quien entregó el cuerpo de Méladriel. Dicen las historias que, increíblemente, el cuerpo de Méladriel permanecía intacto cuando fue encontrado cerca a la Almena de Carrhas, como si ella durmiera entre la hierba, aun después de más de cien años de su muerte. Por eso mismo muchos la tildaron como santa. Los sabios dicen que la magia que ella manejó antes de morir mantuvo su cuerpo intacto; otros dicen que la Maldición de la Shidraha fue la encargada de mantener preservado el cuerpo. El todo es que Alanior entregó el cuerpo a Feya,



Juan Esteban Peláez

cubierto de una mortaja transparente. Y Feya quedó sorprendida al ver el rostro durmiente y bello de la hermosa y eterna joven.

Hubo algunos debates sobre si Méladriel debía descansar en Herda o en Falheid. Pero finalmente coincidieron en que Méladriel deseaba descansar al lado de su amado Arcalón; por lo cual el cuerpo inmaculado fue sepultado en Falheid.

Ahora bien, el mausoleo fue muy visitado, tanto por turistas como por devotos. Allí, cuatro estatuas de Ángeles hincados custodiaron los cuerpos con detenimiento; dos a cada lado de la entrada. Se bajaba por una escalera y se llegaba a un recinto silencioso. En medio del recinto había dos ataúdes de piedra lisa, como altares de religiones antiguas. En el ataúd de la izquierda había un escrito el idioma de Herda; pero en la lengua común estaba escrito el nombre de «Méladriel» y las palabras «Verdelheid» y «Reina de Herda». En el ataúd de la derecha había una inscripción más detallada escrita en la lengua común y en el idioma antiguo:

*Aquí yace el defensor del Imperio del Fuego.
Aquí descansa el Hombre cuyo ingenio logró la victoria del imperio.
Aquí yace Arcalón.
-El Ajedrecista-
-14 de octubre del año 175-
-16 de abril del año 206-
- «Día de la Batalla de los Cuatro Elementos» -*

Y más abajo, en lenguajes enigmáticos, aparece el siguiente epígrafe:

*Yace aquí el defensor de las Almas en Pena.
Yace aquí el cuerpo del alma que desafió al Espíritu Irgoliath.
Yace aquí, rondando el mausoleo, el alma que todavía busca el motivo por el cual
lloran los muertos.
-16 de abril del año 206-
-16 de abril del año 482-
-Yace aquí Arcalón de Metys, el Dragón Escarlata-*



Arcalón y Méladriel permanecían sobre la hierba a la sombra de un árbol, bajo la luz clara de Herén y de Arián, con el dulce calor sobre sus cuerpos, mientras sentían el fresco viento en sus rostros. Y, aunque era de día, la Estrella de Jores era visible desde la cima herbosa, plateada como una perla en el cielo azul. También era visible desde allí el mar, emitiendo un susurro que los aletargaba y los hacía dormir de vez en cuando (la Música de los Arquitectos). La Dávina, el hogar de la Arquitecta Híldred, y las torres blancas de los Serafines eran visibles allá abajo, en la playa blanca. Arcalón le mecía el cabello negro a la joven, que permanecía acostada sobre su regazo, adormilada y mimada.

-¿Crees que es hora de volver? -preguntó Méladriel con la vista gris fija en la Estrella de Jores. Entonces recordó que por ella esa estrella brillaba en la punta de la Dávina.

Arcalón meneó la cabeza. -No quiero volver, pues la vida es sufrimiento. No hay mortal que no sepa qué es el dolor físico o una pérdida emocional. Quiero que la vida del Dragón Escarlata y la vida de la reina de Herda sean nuestras últimas vidas-. Entonces le tomó la mano a Méladriel y le acarició la mejilla.

Ella sonrió y asintió. Entonces miró a Sergail y Ángor, que estaban cerca, y a Rub y a Norad, y dijo: -Tienes razón. Esperemos a que lleguen los demás. No volvamos al ciclo del sufrimiento y a la vida mortal si no nos convocan para el «Fin de Todos los Tiempos». Estoy feliz contigo, y quiero prolongar esta felicidad y esta tranquilidad lo más posible.

Arcalón le acomodó a su amada la cayena roja en su cabello, y mirando al mar azul añadió: -Creo que ya sé cuál es el motivo por el que lloran los muertos.



CRONOLOGÍA

ERA DE LAS LUCES:

Año 1001: Aparece en la oscuridad nocturna Sírel, la Dama de la Noche, con sus hijas Valen y Halen.

Año 1152: Jores obtiene su estrella.

EDAD DE LAS ESTRELLAS:

Año 201: Irgoliath ataca Herda y Jerlán, devastándolas por completo. Éliot alcanza a escapar de Dan-Silum.

Año 192:

-8 de mayo: La Estrella de Jores es encontrada por las Brujas en Telheid.

-19 de mayo: Los Nomos arrebatan la estrella a las Brujas.

Año 205:

-3 de enero: Falheid ataca Kamea y el Castillo de Cristal. Arcalón tiene su primera batalla a los lindes del Bosque Denso. Se inicia la Guerra de los Cuatro Elementos.

-5 de marzo: Londrake encuentra al Híbrido y le arrebató la Estrella de Jores.

-24 de julio: Melina derroca al emperador Veret.

-15 de septiembre: Norad, el Delfín de Zafiro, desembarca en las costas septentrionales de Falheid.

-30 de noviembre: Norad toma el Castillo de Cristal. Lioric sale herido en su defensa.

-2 de diciembre: Facet, con ayuda del poderoso Armatón, destroza Kamea por completo.

Año 206:

-7 de enero: Se inicia la Cacería de Brujas en Verdelheid. Los Hombres de Viento atacan y exilian a las Brujas de la Ciudad Nublada.

-16 de abril: Se desarrolla la Batalla de los Cuatro Elementos. Arcalón, Ángor, Sergail y Lev mueren.

-4 de mayo: Se inicia el viaje de Méladriel por Gorthgath, las Tierras Espectrales.

-13 de junio: Muere Méladriel en las Tierras Espectrales.

-25 de septiembre: Málem, Señor del Castillo de Cristal, muere en un ataque por parte de Falheid.

-6 de diciembre: Culmina la Guerra de los Cuatro Elementos.

Año 303:

-24 de marzo: La Shidraha revive a los muertos de Herda, volviéndolos Espectros. Estos se revelan al Demonio y toman Dan-Silum.

-12 de abril: Koral es tomada por los Espectros. Irgoliath decide iniciar su retirada de los Reinos Occidentales.

Año 304:



Juan Esteban Peláez

-3 de enero: La Shidraha despierta las ciudades destruidas de Darrelli y Tirrem, en los Desiertos de Jerlán. El Demonio se ve obligado a dejar los desiertos del sur de Herda.

Año 305:

-2 de febrero: Algar, ayudado por Éliot y Méladriel (ya como fantasmas), llegó al puente de Aigón y cruzó las Tierras Espectrales con la Estrella de Jores.

-18 de diciembre: El Espectro de Éliot acaba el cuadro de Méladriel, conocido después como el Cuadro de Dan-Silum. El cuadro queda maldito.

Año 450:

-9 de marzo: Es entregada por fin la Estrella de Jores a los Dacones.

-23 de septiembre: Koral cae a manos de Irgoliath. Empieza la Guerra Espectral.

-2 de octubre: Dos de los Seis atacan la ciudad fantasma de Dan-Silum. Pero la Shidraha ataca a los Hombres bajo el mando de los hechiceros, y los Espectros logran defender la espeluznante ciudad.

-21 de octubre: Se da la Batalla de Koral. Cranior, sorprendido por el repentino avance de los Espectros inmolados por la Shidraha de Herda, es obligado a volver al sur.

-26 noviembre: Hellmer ataca el fantasmal Castillo de Cristal, vigilado por Espectros. Hellmer muere en el ataque.

Año 478:

-15 de junio: Se desata la Batalla de Ahl. Pecaín, el sucesor de Hellmer, ataca la fantasmagórica Península de los Elementos. Pero es derrotado finalmente en el Valle de Ahl, cerca de Arsen. Lo derrota el fantasma del antiguo guerrero conocido como Arcalón de Metys.

Año 480:

- 24 de mayo: La reina Bruja de Herda aparece en Dan-Silum.

- 8 de junio: Los Hombres de Irgoliath que se encontraban en el Bosque Denso atacan la necrópolis de Metys, pero son rechazados por Arcalón, de nuevo.

Año 482:

-23 de marzo: Los Espectros invaden las tierras de Irgoliath y toman Yavín.

-16 de abril: El Dragón Escarlata, la reina de Herda y los demás Espectros finalmente descansan. Irgoliath es asesinado por Feyá. Culmina la Guerra Espectral.

Año 485: Termina la Edad de las Estrellas.

ERA NUEVA (CRONOLOGÍA DE LOS MUERTOS):

Año 192:

-8 de mayo: La Estrella de Jores es encontrada por las Brujas en Telheid.

-19 de mayo: los Nomos arrebató a las Brujas la estrella.

Año 205:

-3 de enero: Falheid ataca Kamea y el Castillo de Cristal. Arcalón tiene su primera batalla a los lindes del Bosque Denso. Se inicia la Guerra de los Cuatro Elementos.

-5 de marzo: Londrake encuentra al Híbrido y le arrebató la Estrella de Jores.



Juan Esteban Peláez

- 24 de julio: Melina derroca al emperador Veret.
- 15 de septiembre: Norad, el Delfín de Zafiro, desembarca en las costas septentrionales de Falheid.
- 30 de noviembre: Norad se toma el Castillo de Cristal. Lioric sale herido en su defensa.
- 2 de diciembre: Facet, con ayuda del poderoso Armatón, destroza Kamea por completo.

Año 206:

- 7 de enero: se inicia la Cacería de Brujas en Verdelheid. Los Hombres de Viento atacan y exilian a las Brujas de la Ciudad Nublada.
- 16 de abril: Se desarrolla la Batalla de los Cuatro Elementos.
- 4 de mayo: Se inicia el viaje de Méladriel por las Tierras Espectrales.
- 25 de junio: Algar, Éliot y Méladriel, los únicos sobrevivientes del cruce de las Tierras Espectrales, llegan a la frontera occidental, al puente de Aigón, con la Estrella de Jores.
- 6 de diciembre: Culmina la Guerra de los Cuatro Elementos.

Año 208:

- 5 de mayo: Éliot acaba el retrato de Méladriel. Los viajeros parten a Herda, el último destino del viaje.
- 26 mayo: Es entregada por fin la Estrella de Jores a los Dacones.
- 15 de julio: Cae la ciudad de Koral. Gorthgath y su aliado Félgor le declaran la guerra a Herda y a Jerlán.
- 9 de agosto: El Demonio lanza sus huestes a Dan-Silum. Pero el rey Megot, con la ayuda de la Shidraha, logra repeler el ataque.
- 29 agosto: Se da la Batalla de Koral. Cranior es obligado a volver al sur.
- 26 de noviembre: Hellmer ataca el Castillo de Cristal y a Málem. Hellmer muere.

Año 210:

- 15 junio: Se desata la Batalla de Ahl. Cae Pecaín.
- 19 de junio: Derren y Alor roban al Hada Yíldarel y la Flauta de las Flores.

Año 212:

- 9 de abril: Méladriel es coronada reina de Herda.
- 6 de mayo: Los tres Yúcidas atacan Metys. Arcalón sale victorioso.
- 27 de diciembre: Arcalón es coronado Dragón Escarlata.

Año 213:

- 23 de marzo: Levanov toma Yavín.
- 16 de abril: Arcalón, Méladriel y demás descansan finalmente. Irgoliath es asesinado por Feya, y culmina la Guerra Espectral.

215: 1 de enero: Culmina la Nueva Era en la cronología de los Espectros.